

Lectulandia

Gerry Fenn, redactor de un periódico de la ciudad inglesa de Brighton, cierta noche regresa a su casa y, en el camino, se le cruza una extraña figura. Gerry frena su coche y comprueba que se trata de una niña, a la que lleva a una iglesia próxima. El párroco conoce a la pequeña: se trata de Alice, una criatura sordomuda. Pero Gerry la ha oído hablar y se queda profundamente intrigado. Alice se le ha presentado una dama vestida de blanco, asegurándole ser la Inmaculada Concepción. De improviso, la niña puede oír, hablar… y realizar milagros.

El lugar de la aparición, situado bajo un viejo y retorcido roble, se convierte en un santuario visitado por millones de peregrinos. La prosperidad llega a la población y los codiciosos comerciantes locales manipulan la situación. La Iglesia católica se aferra a la oportunidad de reafirmar la fe de millones y de convertir a los que nunca han creído. Pero Alice deja de ser la inocente criatura rebosante de su recién adquirida santidad… Se ha transformado en el agente de algo maligno, una fuerza satánica cuyo origen se remonta a tiempos antiguos.

Lectulandia

James Herbert

Santuario

ePub r1.0
Titivillus 06.09.15

Título original: *Shrine*
James Herbert, 1983
Traducción: R. M. Bassols
Diseño de cubierta: Harishka

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sangre roja fuera y sangre roja dentro,
mi niñera dice que soy hijo del pecado.
¿Cómo elegí mi parentela de brujos?
Sé que apenas empiecen los sueños de la noche,
mi corazón quedará atrapado en una pesadilla;
nunca puedo vencer al terror;
así que, al amanecer y al anochecer, languidezco,
me torno pálido y delgado.
y casi no sé distinguir uno de otro
—Mi bisabuela— era una bruja.

The little creature,
WALTER DE LA MARE

AGRADECIMIENTOS

El autor y los editores agradecen vivamente la autorización concedida para incluir los siguientes extractos:

De «The Little Creature», «The Ogre» y «The Ghost» de Walter de la Mare.

De *Alice's Adventures in Wonderland* y *The Looking Glass*, de Lewis Carroll.

Old Nursery Rhymes, de *The Oxford Nursery Rhyme Book*, de Oxford.

De «The Crystal Cabinet», de William Blake, «A Slinsber did my Spirit Seal», de William Wordsworth, «Wake all Dead!», de Sir William Davenant, «The Hag», de Robert Herrick, y «Alison Gross» y «Jemima», de *The Faber Book of Children's.*

De *The Secret Garden*, de Frances Hodgson Burnett.

De «Juniper Tree», «The Three Golden Hairs of the Devil», «Rumpelstiltskin», «The Goose Girl», «Fitcher's Bird», «Hansel and Gretel» y «Little Snow White», de *The Brothers Grimm: Popular Folk Tales*, traducido por Brian Alderson.

De *Peter Pan*, por J. M. Barrie.

De «The Little Mermaid», «The Emperor's New Clothes» y «The Snow Queen», de Hans Andersen, en *Hans Andersen's Fairy Tales*, elegidos por Naomi Lewis.

De «On a Lord», de Samuel Taylor Coleridge, «Three Witches Charms», de Ben Jonson, «Look Out, Boys», de Oliver Wendell Holmes y «Kehama's Curse», de Robert Southe, y de *The Beavers Book of Creepy Verse*, escogidos por Ian y Zinka Woodward.

De *Pollyana,* escrita por Eleanor Porter.

De «Shadow Bride», de *The Adventures of Tom Bombadil*, de J. R. R. Tolkien.

De «The Two Witches», de Robert Graves, de *Collected Poems*.

De «Grave by a Holmoak», escrito por Stevie Smith, en *Poems of Stevie Smith*.

De «The Curse be Ended», de *The Family Reunions*, escrita por T. S. Eliot.

PRIMERA PARTE

¡Alicia! toma una historia infantil
y, con una mano infantil,
déjala allí donde los sueños de la infancia están entrelazados
en un sector mágico de la memoria,
como marchita guirnalda de flores de peregrino
arrancadas en una tierra lejana.

Alicia en el país de las maravillas
LEWIS CARROL

UNO

Abajo los corderos,
arriba la alondra
a la cama, niños,
ante de que el sol se ponga.

Vieja poesía infantil

Los pequeños montículos de tierra oscura esparcidos en torno a la tumba daban la impresión de que los muertos se estaban abriendo camino hacia el mundo viviente. La pequeña sonrió nerviosamente ante la idea mientras iba de tumba en tumba. Eran toperas. Resultaba difícil librarse de los topos: envenenas a uno, y otro ocupa su madriguera. A menudo había visto al trampero, un hombre rechoncho, de cara puntiaguda, y pensaba que el hombre parecía un topo. Sonreía mientras sumergía delicadamente sus regordetes dedos en la lata de judías cocidas, y arrancaba un gusano, empapado en estricnina, de sus retorcidos parientes y amigos. Siempre sonreía cuando ella le miraba. Y reía tontamente cuando alargaba el gusano hacia ella, y la pequeña daba un salto hacia atrás, lanzando al mismo tiempo un silencioso chillido. Los labios del hombre, siempre húmedos, como sus gusanos, se movían, pero ella no oía nada. Nunca había oído, por lo que podía recordar. Sentía un estremecimiento cuando el trampero aparentaba comerse aquel trocito de retorcida carne rosada; pero siempre se quedaba para observar cómo el hombre introducía su varilla de metal en la tierra y luego metía el gusano en el agujero que había creado. Se imaginaba al topo allí abajo, respirando fatigosamente, mientras se abría camino en la oscuridad, buscando comida, dirigiéndose hacia su propia muerte. Cavando su propia tumba. Soltó una risita, y no pudo oírse a sí misma.

Alice se detuvo y cogió las marchitas flores de un tiesto manchado de barro. Era bastante nueva la lápida contra la que las flores habían descansado; su inscripción no estaba aún cubierta de suciedad ni difuminada por el tiempo. Alice había conocido a la vieja señora —¿sería sólo unos huesos ahora?— y había encontrado a aquel cadáver viviente mucho más espantoso que el muerto. ¿Podías vivir a los noventa y dos años? Podías moverte; pero ¿podías vivir? La duración del tiempo resultaba incomprensible para Alice, que sólo tenía ocho años de edad. Era difícil imaginar la propia carne seca y arrugada, el cerebro encogido por años de uso de manera que, en vez de volverse sabio y omnisciente, te convertías en un bebé. Un encorvado y frágil bebé.

Descargó las flores muertas en el cubo rojo de plástico que llevaba y siguió su camino, buscando con los ojos en las desordenadas filas de lápidas para hallar más flores. Era su tarea semanal: mientras su madre fregaba, quitaba el polvo y limpiaba la iglesia, Alice retiraba los marchitos tributos dejados en las tumbas por parientes

que creían que aquellos a los que habían perdido apreciarían su gesto. Las flores serían vaciadas en el vertedero del cementerio junto con las ramas y hojas podridas, para ser ritualmente quemadas allí una vez al mes. Cuando estaba terminado este trabajo, Alice regresaba apresuradamente a la iglesia y se unía a su madre. Dentro encontraba flores frescas destinadas a adornar el altar para los servicios dominicales del día siguiente, y, mientras su madre seguía fregando, ella arreglaba los jarrones de cristal. Más tarde quitaba el polvo de los bancos, recorriendo cada fila, una por abajo, la otra por arriba, conteniendo la respiración, comprobando cuánto tiempo podía hacerlo hasta que estallaban sus pulmones. Alice disfrutaba de su trabajo si podía convertirlo en un juego.

Una vez realizado esto, y si su madre no tenía más tareas que encomendarle, la niña se dirigía a su lugar favorito: el extremo del banco delantero al lado derecho del altar.

Debajo de la estatua. *Su* estatua.

Más colores desvaídos captan su mirada, y la niña salta por encima de un pequeño montículo —esta vez, largo cómo un cuerpo; no se trata de topos— para recoger las agonizantes flores. Pequeñas bocanadas de vapor escapan de su boca, y ella se dice que son los fantasmas de palabras que quedaron muertas dentro de ella, palabras que nunca consiguieron escapar.

Hacía frío, aunque el día era soleado. Los árboles estaban en su mayor parte desnudos, ofreciendo las peladas ramas un aspecto retorcido y torturado. Algunas ovejas, con las barrigas hinchadas por fetos de lentos movimientos, pastaban en los campos al otro lado del muro de piedra que rodeaba el patio de la iglesia. Más allá de los campos se alzaban espesos bosques, sombríos, pardo-verduscos, nada invitadores; y detrás de los bosques, colinas bajas, colinas que desaparecían de la vista en días de niebla intensa. Alice se quedó mirando fijamente el campo, observando a las ovejas. Frunció las cejas y luego se dio la vuelta.

Había más flores que recoger antes de que pudiera meterse adentro, donde el aire no era tan cortante. Frío —la iglesia estaba siempre fría—, pero los dientes del invierno no eran tan agudos dentro del viejo edificio. Caminó a través de las tumbas; las lápidas no la molestaban, los descompuestos cadáveres ocultos debajo de sus pies no le causaban ninguna preocupación.

Las empapadas hojas y ramas formaban una alta pila, más alta que ella, y la niña tenía que empujar para atrás el cubo de plástico y luego impulsarlo con fuerza hacia delante para conseguir que su contenido alcanzara la cima. Se inclinaba a recoger los tallos que iban cayendo y los arrojaba nuevamente a la pila, satisfecha sólo cuando conseguía situarlos en la cúspide. Alice palmeó con fuerza para limpiarse las manos de suciedad, sintiendo el pinchazo de la palmada, pero sin llegar a oír el ruido. Otrora podía, pero de eso hacía mucho tiempo. Cuando escuchaba intensamente y no había nada que la distrajera, pensaba que podía oír el viento; pero luego Alice pensaba que lo oía también cuando la brisa no rozaba sus mejillas o enredaba su amarillo cabello.

La pequeña y delgada niña se volvió y empezó a caminar hacia la vieja iglesia, con el vacío cubo balanceándose indolentemente a su costado.

Atrás, adelante, atrás, adelante, rojo brillante bajo la fría luz del sol. Atrás, adelante, atrás… y la pequeña miró hacia atrás.

El cubo de plástico se escapó de sus dedos y se estrelló contra el suelo, trazando un semicírculo en su carrera, hasta que fue a detenerse contra una manchada lápida verde. Alice ladeó la cabeza como si estuviera escuchando. Había asombro en sus ojos, y sonreía a medias.

Permaneció inmóvil durante algunos segundos antes de dejar que su cuerpo girara completamente, quedándose en esta postura congelada durante varios segundos más. Su media sonrisa desapareció, y en su cara brotó la ansiedad. Se movió lentamente al principio, dirigiéndose a la áspera pared de piedra situada en la parte trasera del patio de la iglesia, y luego rompió a correr.

Tropezó con algo —probablemente la esquina de una aplanada lápida— y cayó hacia delante, manchándose las rodillas con el color de los tonos verde y pardo de la tierra. Gritó, pero no salió sonido alguno, y rápidamente se puso en pie, ansiosa de llegar al muro y sin saber por qué. Se mantenía dentro del estrecho sendero que discurría por entre las apiñadas tumbas, y se detuvo sólo cuando hubo llegado a la pared. Alice se asomó por encima; la piedra más alta estaba a la altura de su pecho. Las ovejas preñadas se encontraban no muy lejos de allí, pastando hierba; todas las cabezas se alzaron y miraron en la misma dirección.

Ni siquiera se movieron cuando Alice se encaramó a la pared y, saltando al otro lado, corrió por entre ellas.

Pero sus pasos empezaron a hacerse más lentos; la larga hierba empapaba sus zapatos y calcetines. La niña parecía confusa, y agitaba la cabeza de izquierda a derecha. Tenía las manecitas apretadas.

Miró ante ella una vez más y regresó la media sonrisa, ensanchándose poco a poco, hasta que su cara mostró sólo una expresión de extasiado asombro.

En el centro del campo se alzaba un árbol solitario, un roble, de centenares de años de edad, el tallo grueso y retorcido, sus robustas ramas más bajas extendidas como si los extremos se esforzaran por tocar otra vez el suelo del que habían brotado. Alice se dirigió al árbol, con pasos lentos, pero no vacilantes, y cayó de rodillas cuando se hallaba a unos diez metros de distancia.

Su boca se abrió mucho, y sus ojos se entrecerraron, esforzándose las pupilas por abrirse paso a través de las diminutas aberturas. Levantó una mano para protegerse de la cegadora luz blanca que brillaba en la base del árbol.

Luego retomó su sonrisa cuando la luz se convirtió en un deslumbrante sol, una inmaculada blancura. Un sagrado resplandor.

DOS

Otra Doncella como ella,
translúcida, adorable, brillando con claridad,
tres veces encerrada cada una en la otra…
¡Oh, que agradable miedo tembloroso!

The Cristal Cabinet
WILLIAM BLAKE

La blanca furgoneta resbaló por el terreno antes de detenerse bruscamente, y la cabeza del conductor se proyectó inquietamente hacia el parabrisas. Soltando una maldición, se echó para atrás, apartándose del volante y dando una palmada al endurecido plástico, como si se tratara de la mano de un niño travieso.

Los faros de la furgoneta iluminaron los árboles del otro lado de la encrucijada en forma de T, y el conductor miró a derecha e izquierda, gruñendo para sí mientras trataba de penetrar la oscuridad que le rodeaba.

—Debería ser a la derecha, tiene que ser a la derecha.

No había nadie en la furgoneta para oírle, pero eso no le importaba: estaba acostumbrado a hablar consigo mismo.

—Es a la derecha.

Metió la primera e hizo una mueca de dolor al oír el sonido rechinante. La furgoneta dio una sacudida hacia delante, y él hizo girar el volante a la derecha. Gerry Fenn estaba cansado, irritado y un poco borracho. El mitin al que había asistido a primera hora de aquella noche había sido aburrido, monótono. ¿A quién le importaba un rábano si las casas más apartadas de la localidad desaguaban o no en la red de alcantarillado principal? No a los ocupantes, desde luego; una conexión con el sistema de alcantarillado significaba impuestos más altos para ellos. Casi dos horas para decidir que nadie quería alcantarillado. Preferían sus pozos negros. Como de costumbre, los agitadores alquilados habían alargado la sesión. Una red de cloacas era buena para la causa, suponía Fenn. No había tenido intención de quedarse tanto rato, y ni siquiera tenía necesidad de hacerlo. Pero lo cierto es que se había quedado dormido en la parte trasera de la sala, y le despertaron sólo los ruidos hechos al acabar el mitin. Los agitadores se sentían irritados de que la moción a favor hubiera sido derrotada —un buen titular: MOCIÓN DE ALCANTARILLA LOCAL DERROTADA. Demasiado conciso para el *Courier*, sin embargo. Conciso. Tampoco esto era malo. Asintió con la cabeza, en un gesto de apreciación de su propio ingenio.

Gerry Fenn llevaba más de cinco años en el *Brighton Evening Courier* —hombre y muchacho, se dijo a sí mismo—, y seguía esperando la noticia grande, la historia que ocuparía las cabeceras mundiales, la noticia sensacional que le transportaría del periodicucho local de la ciudad balnearia al corazón del mundo periodístico: ¡FLEET

STREET! ¡Aplauso de Kermit[1] para FLEET STREET! ¡YEEAAAY! Tres años de contrato en Eastbourne, cinco en el *Courier*. Paso siguiente: jefe del equipo *Insight* (perspicacia) en el *Sunday Times*. A falta de eso valdría *News of the World*. Lleno de interés humano. Desentierra la porquería, reparte la basura. Colecciona las demandas judiciales.

Había telefoneado a la redacción después del mitin, para contar al redactor jefe de la noche —a quien no le habían hecho mucha gracia las instrucciones de Fenn de ¡RETENER LA PRIMERA PLANA!— que la reunión había degenerado casi en un disturbio y que el apenas había conseguido escapar con sus partes vitales intactas, y mucho menos con su libreta de notas. Cuando el redactor jefe le informó de que el recadero del periódico acababa de presentar su dimisión debido a una crisis emocional a sus dieciséis años, de manera que el puesto estaba disponible, Fenn modificó su historia, explicando que el mitin realmente había sido muy animado y que quizá debería haber salido antes: pero cuando el Izquierdista de ojos extraviados se había abalanzado a la plataforma y tratado de meter un excremento —parecía el de un perro, evidentemente usado sólo para causar impresión— en las ventanillas de la nariz de una sorprendida concejal, se imaginó… Fenn apartó el auricular de su oído, viendo casi cómo el salivazo emergía del teléfono. Unos zumbidos excitados del teléfono acabaron con el discurso, y una nueva moneda renovó la conexión. El jefe de redacción había recuperado el control para entonces, aunque sólo lo justo. Como Fenn disfrutaba tanto del itinerario campestre —dijo—, había un par de asuntitos que podía cubrir en aquella zona. Fenn gimió, pero el redactor jefe siguió hablando. Una excursión al Departamento de Policía local: descubrir si los imitadores de los *boy scouts* (un chelín por trabajo a domicilio, y, una vez dentro, empezaban a desaparecer libretas de pensiones, dinero suelto, pequeños objetos de valor) seguían todavía imitando a los *boy scouts*. Visita rápida al cine de baja categoría local: ¿Estaban todavía las feministas embadurnando los carteles eróticos de fuera con pintadas anti-violación y arrojando tomates a la pantalla en el interior? Durante el camino de regreso, visitar el emplazamiento de caravanas de Partridge Green: comprobar si disponían ya de energía eléctrica (el *Courier* había emprendido una pequeña campaña en favor de los residentes alentando a la Junta Local a conectar el emplazamiento a la red; hasta el momento habían transcurrido seis meses). Fenn preguntó si el jefe de redacción sabía el condenado tiempo que estaba haciendo, y le aseguraron que, desde luego, lo sabía, y, ¿Fenn era consciente de que todo lo que su escapatoria nocturna había causado para las ediciones del día siguiente era un ATC (Accidente de Tráfico en Carretera) y un perro de lanas diabético que iba a su revisión veterinaria en un maldito «Rolls-Royce»? Y el ATC ni siquiera había sido mortal.

Fenn se volvió loco y advirtió al redactor jefe de su agitado estado de ánimo, informándole de que cuando regresara a la oficina le demostraría cuán excitado estaba introduciéndole en su culito el clavo de archivo de sobremesa, con el extremo de madera primero, y metiendo la máquina de escribir más próxima en aquella

bocaza que estaba siempre llena de mierda, pero nunca de mierda agradable; presentaría luego su dimisión al *Courier*, dejándole así en la estacada. Así se lo dijo al redactor jefe, aunque se aseguró de que el auricular estaba descansando en su soporte antes de hacerlo.

Su siguiente llamada fue a Sue para decirle que le esperara cuando llegara, pero no recibió contestación de su piso. Y tampoco del de ella. Deseó con toda su alma que ella se instalara permanentemente con él; era un sufrimiento no saber nunca dónde encontrarla.

De muy mal humor, hizo aquello para lo que le pagaban. Los imitadores de los *boy scouts* estaban ahora imitando a los que hacen recogida de objetos usados para las tómbolas benéficas (una anciana dama había perdido incluso sus dientes postizos —se los había dejado en la mesa de la cocina—, pero se resistía comprensiblemente a hablar de ello). El cine local había estado proyectando *Bambi* durante los últimos quince días (se esperaban problemas la semana siguiente cuando se proyectara *Diosas adolescentes del amor* y *Sexo en las ciénagas*). Condujo el vehículo hasta Partridge Green, y vio sólo luces de velas a través de las ventanas de las caravanas (llamó a una puerta y le dijeron que se fuera al cuerno, de manera que no preocupó más).

Arañó en la puerta del *pub* más cercano sólo cinco minutos antes del cierre, y afortunadamente el propietario no se mostró opuesto a admitirle una vez que hubo despejado el grupo principal de clientes: dos jugadores de dominó y una mujer con un gato en una caja de madera. Fenn deslizó la información de que pertenecía al *Brighton Evening Courier*, confesión que podía haber conseguido que le mostraran la puerta inmediatamente, o tomar una copa informativa fuera de horas. Los dueños de los locales buscaban generalmente la buena disposición de la Prensa local (incluso los más monótonos eran aspirantes al Premio al *Pub* del Año), si no tenían alguna razón privada para sentirse irritados contra los periodistas (problemas matrimoniales descubiertos, camareras demasiado voluptuosas en el negocio, o cocinas sin condiciones higiénicas denunciadas, eran generalmente la causa de su desconfianza). Éste no planteó problemas; permitió incluso a Fenn que le pagara un *rumm and pep*, un gesto que hizo que el reportero se rascara mentalmente la cabeza (¿no debería ser el propietario quien procurara que él se sintiera cómodo, y no al contrario?) No estaba para periodismo de investigación —Fleet Street y los servicios de información del mundo tendrían que esperar hasta que estuviera de humor—, así que, ¿por qué diablos estaba invitando al dueño? ¡Ah, sí, para poder beber fuera de horas, eso era! Fenn estaba cansado.

Tres pintas y cuarenta minutos de conversación nada excitante más tarde, Fenn se encontró en el frío aire de la noche; los cerrojos crujían detrás de él para indicarle que el puente levadizo había sido alzado, y que la casa pública ya no era un refugio, sino una fortaleza, construida para resistir a los más poderosos invasores. Dio un puntapié a la blanca furgoneta antes de dejarse caer en el asiento del conductor.

El vehículo constituía una molestia. Llevaba escrito el nombre del periódico, con

rótulos que despedían brillantes destellos rojos, a ambos lados. Muy discreto. Muy secreto. El *Courier* se había peleado con la compañía que generalmente le alquilaba los coches, y ahora los periodistas tenían que usar sus propios coches, para los que no había subvención de gasolina, o la única furgoneta de entregas disponible. Demasiado grande para seguir a incendiarios sospechosos o vendedores ambulantes de droga. Demasiado grande para vigilar citas ilícitas entre personas conocidas que se convertirían en más conocidas aún. Ideal para reuniones secretas con la hierba favorita. ¿Habrían conocido Woodstock y Bernstein a «Garganta Profunda» en una maldita furgoneta blanca con las letras del *Washington Post* adornando los costados de su vehículo?[2]

Los faros apenas conseguían perforar la oscuridad que se alzaba delante del vehículo, y Fenn meneó la cabeza sintiéndose aún más disgustado. ¡Cristo, qué noche! A veces la escapada nocturna podía resultar buena. Una hermosa violación o un asalto. Un asesinato ocasional. Brighton estaba lleno de misterios hoy en día. Y de árabes. Y de antiguos traficantes. Cosas curiosas sucedían cuando todos ellos iban juntos. El problema era que muchas de las mejores historias nunca llegaban a ser publicadas. O las publicaban suavizadas. No era costumbre del *Courier* denigrar la imagen de la ciudad balnearia. Malo para los negocios. Demasiado grande para el comercio de tipo familiar, eso era Brighton. No se debía ahuyentar a los que venían a jugar. Desgraciadamente, sus llamadas rutinarias de primera hora no habían producido nada de interés. Siempre hacía las llamadas normales cuando se dirigía al trabajo: Policía, hospitales, empresarios de pompas fúnebres y bomberos… todos estaban en su lista regular. Incluso el clero merecía una llamada. No había mucho que esperar de ellos. La *Agenda* del periódico, con los hechos del día (y de la noche) que habían de ser cubiertos, ofrecía pocas cosas excitantes. De haberlas tenido, él probablemente se habría ahorrado la reunión en el Ayuntamiento aquella noche; tal como estaban las cosas, no había mucho más que hacer.

Luces al frente. ¿Qué ciudad era aquélla? Debía de ser Banfield. La había cruzado al venir. No era un mal lugar. Dos *pubs* en High Street. Qué más se podía pedir? Si hacía buen tiempo el domingo, podría traer a Sue a tomar una copa. A la chica le gustaban los *pubs* rurales. Más atmósfera. Auténtica cerveza inglesa. Generalmente, una hermosa selección de botas de goma, jerseys de cuello de cisne y trajes de *tweed*. Con algún que otro buhonero para bajar el tono.

Entrecerró los ojos. Se inclinó hacia delante. ¡Maldita oscuridad! Chillidos. Frenazo. Colina abajo.

La furgoneta se estabilizó al pie de la colina, y Fenn aflojó el pie del pedal. «Seguramente los frenos se están gastando», se dijo. A veces sospechaba que los hombres del reparto saboteaban el vehículo como una pequeña protesta contra el hecho de que fuera usado por los periodistas. Algún día alguien iba… *¡Cristo!, ¿qué era aquello?*

Apretó el pie con fuerza y giró el volante a la izquierda. La furgoneta patinó,

trazó casi un círculo completo, y detuvo su parte delantera en el arcén de hierba al lado de la carretera.

Fenn puso la palanca del cambio en punto muerto y, por unos instantes, descansó apoyándose en el volante. Soltando luego un profundo y tembloroso suspiro, levantó de golpe la cabeza y empezó a bajar el cristal de la ventanilla. Se asomó al frío aire de la noche.

—¿Qué demonios habrá sido eso? —se preguntó en voz alta.

Algo había salido corriendo de la oscuridad cruzándose en su camino. Algo blanco. Pequeño, pero demasiado grande para ser un animal. Casi lo golpeó. Erró el golpe por centímetros. Le temblaban las manos.

Observó un movimiento, una mancha grisácea.

—¡Eh! —gritó.

La mancha desapareció.

Fenn abrió la puerta del coche y bajó a la húmeda hierba.

—¡Espera! —volvió a gritar.

Oyó ruidos ahogados. De pies sobre la grava.

Corrió a través de la carretera, encontrando una puerta baja, una de cuyas hojas estaba abierta totalmente. Sus ojos se estaban adaptando rápidamente a la escasa luz, y la media luna que emergía de las nubes en su lento movimiento le ayudaba aún más en su visión. Volvió a ver la diminuta figura.

Se alejaba de él corriendo por un sendero bordeado de árboles. Pudo distinguir apenas alguna clase de edificio situado en el extremo del sendero. Se estremeció. Todo aquello era fantasmal. Tenía que ser un niño. O un enano. Fenn trató de no pensar en el enano de Du Maurier en *No mires ahora*. Quería regresar a la furgoneta. Su zangoloteante músculo esfínter podía ponerle en una situación incómoda. Pero si era un niño, ¿qué estaba haciendo fuera a aquella hora? Moriría congelado con aquella temperatura.

—¡Eh, vamos, párate! ¡Quiero hablar contigo!

Ninguna respuesta, sólo unos pies que corrían.

Fenn cruzó la puerta, gritó una vez más, y luego empezó a correr detrás de la forma que se empequeñecía. Mientras corría por el sendero y el edificio de allá delante se iba haciendo más grande y más visible, se dio cuenta de que estaba en los terrenos de una iglesia. ¿Qué significaba un niño corriendo hacia una iglesia a aquellas horas de la noche?

Pero la figura, todavía a la vista, no se dirigía a la iglesia. Giró a la izquierda justo cuando llegaba frente a las grandes puertas y desapareció tras la esquina del edificio. Fenn le siguió, respirando cada vez más fatigosamente. Casi resbaló, porque el sendero estaba ahora fangoso, y era más estrecho. Se recuperó y siguió corriendo hasta llegar a la parte trasera de la iglesia. Allí se detuvo bruscamente, y deseó haberse quedado en la furgoneta.

Se extendía ante él una oscura extensión de silenciosas, inmóviles y grisáceas

formas. ¡Oh, Jesús, un cementerio!

La mancha brincaba entre ellas; era la única cosa que se movía.

La luna decidió que ya tenía bastante. Se puso una nube ante los ojos como un manto.

Fenn se apoyó contra la pared de la iglesia, sintiendo contra sus húmedas manos el contacto de la áspera obra de piedra. Estaba siguiendo un maldito fantasma. Caería en una tumba en cualquier momento. Su instinto le decía que era mejor regresar silenciosamente de puntillas a la furgoneta y proseguir su camino sin averiguar nada más; pero su olfato, que, a fin de cuentas, era el de un periodista, le persuadió de lo contrario. No había cosas tales como fantasmas; sólo buenas historias de fantasmas. «Piérdete ésta y siempre te preguntarás lo que te perdiste. Diles a tus amigos (por no hablar de tu camarada el redactor jefe) que abandonaste, y nunca te volverán a invitar a una copa. Adelante, muchacho.» Su nariz se lo decía, no su cerebro, no su corazón.

—¡Eh!

El grito se quebró en la mitad.

Se apartó del muro y anduvo a grandes zancadas por entre los grises centinelas. Parpadeó con fuerza cuando vio a sus pies los montones de forma cónica de oscura tierra. *¡Están haciendo una vía de escape!*

Se obligó a encontrar una explicación. «Son agujeros de topo, estúpido bastardo.» Su débil sonrisa de auto desprecio fue mecánica. Fenn descubrió la figurilla revoloteando entre las lápidas una vez más. Parecía dirigirse hacia la parte trasera del patio de la iglesia, donde grandes formas casi cuadradas parecían estar al acecho. «¡Oh, Dios mío, son tumbas! ¡Es un vampiro, un vampiro enano, que se va a casa a dormir!» Fenn no se encontraba demasiado divertido a sí mismo.

Se agachó, repentinamente temeroso de ser descubierto. La luna no se mostraba amistosa; salió a echar otra ojeada.

Fenn se zambulló detrás de una inclinada lápida y, cautelosamente, atisbo por encima. La figura se estaba encaramando a una pared baja. Luego desapareció.

Él frío aire nocturno tocó su cara, y Fenn se imaginó que unas almas solitarias trataban de llamar su atención. No quería moverse, pero tampoco quedarse. Tampoco deseaba mirar por encima de aquella pared. Pero sabía que lo haría.

El reportero se arrastró hacia delante, con las articulaciones de las rodillas rígidas ya por el frío. Esquivando las sepulturas, y haciendo todo lo posible por no molestar a los «no-está-muerto-sino-que-descansa», se dirigió a la parte trasera del patio de la iglesia, hacia las tumbas que se alzaban como viejos y agrietados congeladores de supermercado, que permitían que se pudriera su contenido. Observó que la tapa de una de ellas estaba ladeada, y trató de no ver la imaginaria mano abriéndose camino a arañazos, la piel verdosa por el tiempo, las uñas arrancadas, los huesos brillando a través de la corrupta carne. «¡Deja eso, Fenn!»

Llegó a la pared, y allí se arrodilló, no demasiado ansioso por ver lo que había al otro lado. Estaba temblando, sin aliento (seguía olvidándose de aspirar) y muerto de

miedo. Pero también sentía curiosidad. Fenn se levantó de manera que sus hombros quedaron al mismo nivel de la cima de la pared, con la cabeza proyectándose como un coco a la espera de ser lanzado.

Se trataba de un campo, color gris pizarra y llano, bajo la tímida luz de la luna, y cerca de su mitad, a cierta distancia, se alzaba un espantoso espectro negro. Sus múltiples brazos retorcidos se levantaban hacia el cielo mientras los miembros bajos, más gruesos, se inclinaban en un esfuerzo por tocar el suelo del que habían brotado. El aislado árbol daba un relieve demoníaco a un paisaje por lo demás monótono.[3] Los ojos de Fenn se estrecharon mientras buscaba la figurilla. Algo se movía. Sí, allí estaba. Andando directamente hacia el árbol. Se detenía. Luego proseguía. Luego… ¡Oh. Cristo, se estaba hundiendo en el suelo! No, se había arrodillado. No se movía. Ni tampoco el árbol.

Fenn esperó y se impacientó. La cerveza que había consumido presionaba su vejiga. Siguió esperando.

Al final decidió que si no hacía que ocurriera nada, nada ocurriría. Se encaramó a la pared y esperó.

No sucedió nada.

Anduvo hacia la figura.

Mientras se acercaba, vio que no se trataba de un enano.

Era una niña.

Una niña pequeña.

Y miraba fijamente el árbol.

Sonreía.

Y cuando le tocó en el hombro, la niña dijo:

—¡Qué hermosa es!

Entonces puso los ojos en blanco y cayó hacia delante.

Y no volvió a moverse.

TRES

—¿Quién eres tú —dijo, al fin,
con un susurro no muy entusiasta—.
¿Eres un fantasma?
—No, no lo soy —respondió Mary,
con susurro medio asustado—. ¿Lo eres tú?

El jardín secreto
FRANCES HODGSON BURNETT

El padre Hagan yacía allí en la oscuridad, obligando a sus sentidos a escapar del pegajoso abrazo del sueño. Sus ojos parpadearon y luego se abrieron de golpe. Apenas podía distinguir la débil luz de la noche a través de las cortinas casi cerradas. ¿Qué era lo que le había perturbado?

El sacerdote alargó la mano hacia la lámpara de la mesilla de noche y palpó en busca del interruptor. Sus pupilas acusaron el aguijonazo de la repentina luz, y transcurrieron varios segundos antes de que pudiera abrir nuevamente los párpados. Miró al pequeño reloj, estrechándose sus ojos en una mirada miope, y comprobó que era más de medianoche. ¿Había oído algo fuera? ¿O era dentro de la casa? ¿O era su propio sueño lo que le había perturbado? Se echó hacia atrás y contempló fijamente el techo.

El padre Andrew Hagan tenía cuarenta y seis años, y pertenecía a la Iglesia hacía diecinueve. El hito decisivo para él había tenido lugar dos días después de su vigesimoséptimo cumpleaños, cuando un ligero ataque de corazón le dejó aturdido, asustado y exhausto. Había ido perdiendo a Dios, permitiendo que el materialismo de un mundo caótico confinara su yo espiritual, lo sojuzgara hasta un punto en que sólo se daba cuenta de que existía. Cuatro años dando clase de Historia y Teología en un Instituto de Segunda Enseñanza en Londres; luego tres años en otro Instituto de los suburbios, una verdadera casa de locos, habían corroído lentamente el caparazón de su fe y estaban empezando a afectar a su parte más interior, el centro de su creencia, que no tenía respuestas, sino sólo SABÍA. Tenía que salvarse a sí mismo. La proximidad de la muerte era como una madre estimulante que no permite que su hijo permanezca bajo las sábanas ni un momento más.

Ya no enseñaba Teología en la escuela, sino sólo Historia, y de vez en cuando daba alguna clase de inglés; la religión estaba casi muerta en aquella particular escuela. Las Humanidades la habían remplazado, y el joven profesor de Humanidades había sido puesto de patitas en la calle en su segundo trimestre por poner un ojo a la funerala al director. El inglés se había convertido pronto en la segunda asignatura de Hagan. Al no poder ya discutir su fe diariamente con unas jóvenes y curiosas —bien que a menudo aburridas, mentes—, sus pensamientos de Dios se habían ido haciendo más y más introvertidos, frenados por trabas de timidez. El ataque al corazón, aunque

no muy grave, había acrecentado el gradual aunque aparentemente irrevocable deslizamiento. De repente se dio cuenta de lo que había estado perdiendo. Quería estar entre otras personas que creyeran como él, porque la creencia de ellos fortalecería la suya; la fe de ellos aumentaría la suya. Al cabo de un año estaba en Roma estudiando para sacerdote. Y ahora se preguntaba si la anterior corrosión no habría dejado algún residuo.

Un ruido. Fuera. Movimiento. El padre Hagan se incorporó.

Y pegó un brinco cuando alguien llamó a la puerta de abajo.

El sacerdote buscó sus gafas, que estaban en la mesilla de noche, y saltó de la cama; se dirigió a la ventana. Apartó las cortinas, pero dudó antes de abrir la ventana. Nuevos golpes le alentaron a hacerlo.

—¿Quién hay ahí?

Un aire frío le envolvió y le hizo estremecerse.

—¡Sólo nosotros, los espectros! —Fue la réplica—. ¿Quiere usted bajar de una vez y abrir?

Hagan se asomó por la ventana y trató de descubrir quién había en el porche. Una figura se adelantó, pero no se distinguía bien.

—Tengo un problema, *usted* tiene un problema, ¡aquí! —dijo la voz.

El hombre parecía llevar algo en los brazos.

El sacerdote se retiró y, rápidamente, se puso una bata sobre el pijama. Olvidó ponerse las zapatillas y bajó las escaleras descalzo, con los pies fríos. Encendió la luz del vestíbulo y permaneció de pie detrás de la puerta de entrada durante unos momentos, resistiéndose a abrir. Aunque el pueblo se hallaba cerca, su iglesia y casa parroquial estaban aisladas. Por tres lados le rodeaban campos y bosques, y por la parte delantera, la carretera principal le conectaba con sus feligreses. El padre Hagan no era un hombre timorato, pero vivir sobre un cementerio tenía que hacer su efecto. Un puño golpeando contra la puerta le despertó una vez más.

Encendió la luz del porche antes de abrir la puerta.

El hombre que estaba allí parecía asustado, aunque intentaba sonreír. Tenía la cara arrugada, pálida.

—Encontré a ésta paseándose por ahí —explicó el hombre.

Tendió al sacerdote el fardo que llevaba en sus brazos, señalándolo al mismo tiempo con un gesto de la cabeza. Sin necesidad de ver su cara, Hagan reconoció el frágil cuerpecito en camisón.

—Tráigala aquí en seguida —dijo, abriendo camino.

Cerró la puerta principal y dijo al hombre que le siguiera. Encendió la luz del cuarto de estar, fue a buscar una estufa eléctrica, y la encendió.

—Póngala en el sofá —dijo—. Voy por una manta. Debe de estar helada.

El hombre gruñó mientras colocaba a la pequeña sobre los cojines del sofá. Se arrodilló a su lado y le apartó de la cara el largo pelo amarillo. El sacerdote regresó y, cuidadosamente, envolvió la figurilla con una manta. El padre Hagan contempló la

apacible cara de la niña durante unos momentos antes de volverse hacia el hombre que la había traído a su casa.

—Dígame lo que ha sucedido —indicó.

El hombre se encogió de hombros. Tendría casi treinta años, o quizás un poco más, necesitaba un afeitado, y llevaba una gruesa chaqueta de pana que le llegaba hasta los muslos, el cuello levantado contra el frío, y unos pantalones corrientes o vaqueros azul oscuro. Su escaso pelo castaño estaba enmarañado, pero no era demasiado largo.

—Se cruzó en mi camino, frené justo a tiempo. Aunque estuve a punto de golpearla. —Hizo una pausa para mirar a la pequeña—. ¿Está dormida?

El cura levantó uno de los párpados de la niña. La pupila le devolvió la mirada sin inmutarse.

—No lo creo. Parece estar…

Dejó la frase sin terminar.

—No se detuvo cuando la llamé, así que la seguí —prosiguió el hombre—. Corrió en dirección a la iglesia, y luego se desvió hacia el cementerio que hay allí. Me asustó, ¡maldita sea! —Sacudió la cabeza y volvió a estremecerse, como para aliviar la tensión—. ¿Tiene idea de quién es?

—Se llama Alice —informó el sacerdote tranquilamente.

—¿Por qué corrió hacia aquí? ¿De dónde es?

El padre Hagan ignoró sus preguntas.

—¿Se… se encaramó a la pared de la parte trasera del patio?

El hombre asintió.

—Eso, eso. Corrió hacia el campo. ¿Cómo lo sabe usted?

—Dígame exactamente lo que sucedió.

El hombre miró a su alrededor.

—¿Le importa si me siento un momento? Mis piernas no están muy seguras.

—Lo siento. Debe usted de haber tenido una impresión desagradable, la pequeña corriendo y usted allí.

—Fue el maldito cementerio lo que me afectó. —Se sentó, con agradecimiento, en un sillón, y soltó un largo suspiro. Luego su cara volvió a adoptar una expresión de alarma—. Oiga, ¿no sería mejor llamar a un médico? La niña parece rendida.

—Sí, en seguida llamaré uno. Antes dígame qué ocurrió cuando se dirigió al campo.

El hombre pareció sorprendido.

—¿Es usted su padre? —preguntó, mirando directamente al sacerdote con sus azules ojos.

—Soy padre, pero no el suyo. La iglesia es católica, y yo soy su cura párroco, el padre Hagan.

El hombre abrió la boca, y luego asintió en un gesto de comprensión.

—Naturalmente —dijo, esbozando una breve sonrisa—. Debería haberme dado

cuenta.

—¿Y usted es Mr…?

—Gerry Fenn. —Decidió no decirle al cura que era del *Courier*, de momento—. ¿Vive usted aquí solo?

—Tengo una ama de llaves que viene durante el día. Por lo demás, sí, vivo solo.

—Espeluznante.

—Iba usted a decirme…

—¡Oh, sí! El campo. Bueno, aquello fue misterioso. La seguí y la encontré arrodillada en la hierba. No estaba temblando siquiera; sólo mirando hacia delante, sonriendo.

—¿Sonriendo?

—Sí, toda su cara irradiaba. Como si estuviera contemplando algo, ¿sabe? Algo agradable para ella. Pero lo que estaba mirando era un viejo árbol grandote.

—El roble.

—¿Mmm? Sí, creo que sí. Estaba demasiado oscuro para ver.

—El roble es el único árbol que hay en aquel campo.

—Entonces supongo que era el roble.

—¿Qué ocurrió?

—Entonces vino la parte más extraña. Bueno, todo lo era condenadamente… lo siento, padre… todo era extraño, pero esto fue lo que más me chocó. Creía que podía tratarse de sonambulismo… andar dormido, o correr dormido, para ser más exactos… así que la toqué en el hombro. Un toque suave, ¿comprende? No quería asustarla. Pero ella siguió sonriendo y dijo: «¡Es tan hermosa!», como si viera algo allí en el árbol.

El cura, rígido, miraba a Fenn con tanta intensidad, que el reportero dejó de hablar. Y levantó las cejas.

—¿Es algo que he dicho…? —preguntó.

—Ha dicho usted que la pequeña habló. ¿Alice le habló?

Fenn estaba asombrado por la actitud del cura. Se movió incómodamente en el sillón.

—Realmente no me habló. Bueno, más bien lo hizo a sí misma. ¿Algo anda mal, padre?

El sacerdote bajó sus ojos hacia la niña y, suavemente, le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—Alice es sordomuda, Mr. Fenn. No puede hablar, ni oír.

La estupefacta mirada de Fenn fue de la cara del sacerdote a la de la niña. Allí estaba la pequeña, pálida, inmóvil, una frágil y arrugada figurilla, tan pequeña y tan vulnerable.

CUATRO

—Pero yo no quiero ir con los locos —observó Alice.
—¡Oh, no puedes evitarlo! —replicó el Gato—.
Todos estamos aquí locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

Alicia en el país de las maravillas
LEWIS CARROLL

Una mano tocó ligeramente el hombro de Fenn.

—Hola, Gerry. Creía que tenías el turno de cementerios esta semana.

Levantó la mirada al ver a Morris, uno de los trece redactores del *Courier*, pasar por su lado, su cuerpo vuelto a medias en dirección a Fenn, pero su paso apenas interrumpido mientras se dirigía a su mesa.

—¿Qué? ¡Ah, sí, no sabes la verdad de lo que dices! —respondió Fenn sin dar más explicaciones.

Volvió su atención a la máquina de escribir, leyendo rápidamente la última línea que acababa de mecanografiar. Gruñó de satisfacción, y sus dedos índices apuñalaron rápidamente la máquina de escribir una vez más. El reportero ignoró el aparente caos que le rodeaba: el repiqueteo de otras excesivamente usadas y mal cuidadas máquinas, las ocasionales maldiciones e incluso las no tan ocasionales risotadas roncas, el zumbido de voces, máquinas y olores. El barullo iba creciendo durante el día, hasta formar un contenido frenesí que estallaba sin remilgos cuando la edición de la noche entraba finalmente, en prensa, a las 3,45 de la madrugada. Todo aprendiz de periodista pronto aprendía el arte de aislarse del alboroto, dejando que sus pensamientos, manos y caracteres negros sobre el papel tejieran su propio capullo de insularidad.

El índice derecho de Fenn tecleó un punto final, y el reportero arrancó de la máquina el papel con sus tres papeles carbón. Lo leyó rápidamente, y su sonrisa se dilató. Maravilloso. Una figura aparecía como un hada maligna en la noche. Corría por delante de la furgoneta. Perseguía la aparición. A través del cementerio —podría ser un poco más espeluznante, pero no había que pasarse—. La niña arrodillada en el campo, mirando al árbol. Es pequeña, y va vestida sólo con un camisón blanco. Sola. Habla. Nuestro intrépido reportero descubre, finalmente, que es —o era— sordomuda.

¡Terrorífico!

Fenn se movió por entre atestadas mesas de escritorio, con los ojos radiantes, en busca del redactor jefe de noticias. Permaneció de pie junto a la encorvada figura y resistió el impulso de dar un golpecito con el dedo sobre la tentadora calva que tenía ante él.

—Déjalo ahí, ya me meteré con ella —gruñó el redactor.

—Creo que deberías leerlo, Frank.

Frank Aitken levantó los ojos.

—Creía que tenías el turno de medianoche, Hemingway.

—Sí, y lo tengo. Sólo que esto es algo especial para ti.

Fenn agitó el papel que llevaba en la mano.

—Enséñaselo al ayudante.

El hombre calvo volvió a su tarea.

—Anda, échale una miradita, Frank. Creo que te gustará la historia.

Aitken dejó pesadamente el lápiz a un lado y estudió la sonriente cara de Fenn durante unos momentos.

—Tucker me dijo que no habías hecho nada la noche pasada.

Tucker era el redactor jefe de la noche.

—He traído un par de cosas, Frank, pero no ha ocurrido mucho la noche pasada. Excepto esto.

Le arrancó el original de la mano.

Fenn se metió las manos en los bolsillos y aguardó impacientemente, mientras Aitken echaba una ojeada a la historia, silbando una cancioncilla casi inaudible, en tono autosatisfecho. Aitken no levantó la mirada hasta que hubo leído la última palabra, y cuando lo hizo, había una expresión de incredulidad en su cara.

—¿Qué es esta mierda? —dijo.

La sonrisa desapareció de la cara de Fenn.

—Bueno, ¿te ha gustado o no?

—No estarás hablando en serio.

Fenn se inclinó sobre la mesa del redactor, su cara ansiosa, su voz empezando a levantarse.

—Todo es cierto, Frank. —Señaló hacia el papel como si lo apuñalara—, ¡eso me ocurrió realmente la noche pasada!

—¿Y qué? —Aitken empujó a través de la mesa la hoja escrita—. ¿Qué demuestra eso? La pequeña tuvo una pesadilla y empezó a andar dormida. ¿Y qué? No tiene ninguna importancia.

—Pero era muda, y sorda, y me habló.

—¿Dijo algo a alguien más? Quiero decir después, cuando la llevaste a casa del cura…

—No, pero…

—¿Y cuando llegó el doctor? ¿Le dijo algo?

—No…

—¿Y a sus padres?

Fenn se enderezó.

—El matasanos la hizo volver en sí para examinarla mientras el cura iba a buscar a sus padres. Cuando ellos llegaron, la pequeña se había vuelto a dormir. El médico les dijo que no le pasaba nada malo… un poco de temperatura, eso era todo.

El redactor jefe apoyó los codos en la mesa y dijo en tono paciente:

—De acuerdo, así que te habló a ti. Tres palabras, ¿no? ¿Fueron normales esas palabras o mal articuladas?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si la niña era una sordomuda, no sabría pronunciar muy bien las palabras. Estarían distorsionadas, si no eran incomprensibles, porque nunca las había oído decir anteriormente.

—Eran perfectas. Pero ella no siempre fue sordomuda. El cura me dijo que sólo lo es desde que tenía cuatro años.

—¿Y cuántos tiene ahora? —Aitken miró la hoja escrita—. ¿Once? Siete años es mucho tiempo, Gerry.

—Pero yo sé lo que he oído —insistió Gerry.

—Era un poco tarde, tú estabas bajo una impresión. —El redactor de noticias miró a Fenn suspicazmente—. Y probablemente con una o dos copas.

—No lo suficiente como para hacerme oír cosas.

—Ya, ya, eso es lo que tú dices.

—¡Es el Evangelio!

—Pues, ¿qué quieres que haga con ello?

Sostenía en el aire la hoja de papel.

Fenn le miró, sorprendido.

—Publicarlo.

—Echarlo aquí.

Aitken arrugó la hoja de papel, convirtiéndola en una bolita, y la dejó caer en una papelera que tenía a sus pies.

El reportero abrió la boca para protestar, pero Aitken levantó una mano.

—Escucha, Gerry. No hay ninguna historia. Eres lo bastante grandote y feo como para comprenderlo. Todo lo que tenemos es lo que tú cuentas sobre la niña, o sea que, después de siete años de estar sorda y muda, habló. Tres palabras, chico, tres jodidas palabras, y nadie más las oyó. Sólo tú. Nuestro reportero estrella, bien conocido por su vivida imaginación, famoso por sus sátiras sobre los mítines del Ayuntamiento local…

—¡Ah, Frank, eso fue sólo una broma!

—¿Una broma? ¡Oh, sí, hubo algunas bromitas en el pasado! El piloto de ala delta al que le gustaba saltar de los Downs y flotar en el aire completamente desnudo.

—Yo no sabía que llevaba un uniforme rosa ajustado a la piel. Parecía bastante realista…

—Ya, eso parecía la foto. Los policías se sintieron muy felices cuando tuvieron que correr como locos por el campo esperando que aterrizara la vez siguiente en que le divisaron.

—Era un error fácil de cometer.

—Desde luego. ¿Como los *poltergeists* de Kemptown?

—¡Cristo! Yo no sabía que la vieja dama tenía un gato neurótico.

—Porque no te preocupaste de averiguarlo, Gerry; ése es el motivo. El clarividente que alquilamos vendió su historia al *Argus*. Y tú no puedes censurarles por creerse la broma a pies juntillas… ahora son nuestros mayores rivales.

Algunos reporteros que se encontraban cerca sonrieron, aunque ninguno de ellos levantó su mirada de la máquina de escribir.

—Hay más cosas, pero no tengo tiempo de repasar la lista. —Aitken recogió su lápiz y apuntó con él hacia las ventanas de la oficina—. Ahora te irás y volverás cuando empiece tu horario de trabajo de noche.

Se inclinó sobre su trabajo, y su brillante calva rosa desafió a Fenn a seguir discutiendo.

—¿Puedo seguir con el asunto?

—No durante el tiempo pagado por el *Courier* —fue la brusca respuesta.

En honor de sus indiscretos colegas, Fenn se tiró de las orejas y sacó la lengua al preocupado redactor jefe, luego se volvió y regresó, ceñudo, a su mesa. ¡Jesús!, Aitken no sabría reconocer una buena historia aunque ésta viniera a él y le escupiera en un ojo. La niña había hablado. Después de cinco años de silencio, ¡había dicho tres palabras! Se dejó caer en la silla. *Tres palabras*. Pero ¿qué había querido decir? ¿Quién era hermosa? Se mordió el labio y se quedó mirando, absorto, la máquina de escribir.

Al cabo de un rato se encogió de hombros y alargó la mano para coger el teléfono. Marcó el número de la emisora de Radio local y preguntó por Sue Gates.

—¿Dónde demonios te has metido esta noche? —dijo Gerry tan pronto como la chica se puso al aparato.

—Déjate de eso, Gerry. No tenemos ningún compromiso.

—De acuerdo, pero podrías habérmelo dicho.

Fenn oyó el largo suspiro.

—De acuerdo, de acuerdo —siguió diciendo rápidamente—. ¿Podemos almorzar juntos?

—Desde luego, ¿dónde?

—En tu casa.

—¡Uh, uh! —Negativa—. Tengo trabajo que hacer esta tarde. Tendrá que ser un almuerzo muy corto.

—En «El Ciervo» entonces. ¿Dentro de diez minutos?

—Ponle veinte.

—Conforme. Nos veremos allí.

Colgó, pensó durante unos momentos; y fue a buscar la guía telefónica. La hojeó, y luego deslizó un dedo por una lista de nombres, deteniéndose cuando encontró el número que estaba buscando. Lo fue repitiendo en voz baja mientras volvía apresuradamente a su mesa, en donde lo marcó. Ninguna respuesta. Lo intentó de nuevo. Tampoco. El cura debía de estar haciendo su ronda, o lo que fuera que

hiciesen los curas durante el día. El ama de llaves tampoco estaba. La iglesia de St. Joseph parecía un lugar solitario.

Fenn se levantó y cogió su chaqueta del respaldo de la silla, mirando hacia las ventanas que se abrían a lo largo de la pared de la gran oficina. Era un día soleado de mediados de invierno. Se dirigió a la puerta, y casi se topó con el redactor de deportes, que entraba en aquel momento.

—¿Cómo va todo, campeón? —dijo el redactor alegremente, y quedó sorprendido ante la respuesta, en forma de gruñido a media voz.

Sue Gates llegó tarde, pero —Gerry tenía que admitirlo— valía la pena esperar. A sus treinta y tres años, cuatro más que Fenn, tenía aún la esbelta figura de una muchacha de veintitantos. Su pelo moreno era largo, y algunos rizos sueltos le enmarcaban la cara, y sus ojos marrón oscuro podían captar la atención de un hombre a través de una habitación atestada en una noche encantada. Llevaba tejanos ajustados, jersey holgado y abrigo de marinero, corto, azul marino. Hizo un ademán cuando le vio, y se abrió camino a través del atestado bar. Él se levantó y la besó al llegar a su lado, gozando de la húmeda suavidad de sus labios.

—¡Hola, chica! —exclamó Gerry alegremente, disfrutando del calor que corrió rápidamente por su cuerpo y fue junto a su ingle.

—¡Hola, tú! —replicó ella, deslizándose en la silla que estaba junto a él. Fenn empujó hacia ella la cerveza que ya le habían servido, y la joven tendió la mano agradecida, tomando un largo y apreciativo trago.

—¿Has comido? —preguntó Fenn. Sue se pasaba a menudo dos días sin probar una pizca de comida.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Comeré algo esta noche.

—¿Vas a pescar?

—¡Idiota!

Gerry pinchó el último trozo de queso y se lo metió en la boca, sonriendo a través de sus hinchadas mejillas.

Poniendo una mano sobre la de él, Sue dijo:

—Siento que no me encontraras la noche pasada.

Fenn tuvo que tragar el bocado antes de poder replicar.

—Y yo siento haberme mostrado furioso por teléfono —se excusó, a su vez.

—Olvídalo. A propósito, llamé al *Courier*, sólo para dejarte el recado de que no estaría allí. Me dijeron que habías salido a una misión.

—Yo también llamé a tu casa.

—Había salido…

—Lo sé.

—Reg me llevó a cenar.

—¡Oh, sí! —Su voz era indiferente—. El bueno de Reg.

—¡Eh, vamos! Reg es mi jefe, sabes que no significa nada.

—Desde luego que lo sé. ¿Lo sabe Reg?

Sue rió.

—Es tan delgado como un tubo de desagüe, lleva unas gafas que parecen el culo de una botella de leche, se está quedando sin pelo y tiene la desagradable costumbre de hurgarse la nariz con el meñique.

—Es eso último lo que le hace irresistible.

—Y para colmo, está casado y tiene tres hijos.

—Ya te dije que era irresistible. —Fenn apuró el vaso—. Te traeré otro.

—No, deja que sea yo quien lo traiga —insistió ella—. Puedes reflexionar sobre lo mentecato que eres mientras estoy en la barra. —Alargó la mano para coger su vaso—. ¿Otra cerveza amarga?

—No, un «Bloody Mary» —dijo Gerry con aire satisfecho.

La vio abrirse camino en el bar a través de la multitud, y se dijo cuánto admiraba la independencia de aquella mujer —se lo había dicho a sí mismo, y a ella, muchas veces— y deseaba que ella se convenciera de su admiración. Sue se había casado y divorciado antes de cumplir los veintiséis años; su ex marido era un publicitario de Londres, dinámico, de vida regalada, le gustaban las chicas, cosas que contribuían al aspecto creativo de los negocios. Después de muchas indiscreciones por su parte, Sue tuvo que pedir el divorcio. Ella había tenido un buen empleo en una compañía productora de películas —ella y su marido se habían conocido cuando su compañía fue contratada para hacer un comercial de Televisión para la agencia de él—, pero después de concretarse el divorcio, Sue decidió que ya estaba harta de anunciar personas, harta de Londres y harta de los hombres.

El gran problema fue que el matrimonio había dado como fruto un hijo, un pequeño llamado Ben. Él había sido la razón de su traslado a la costa Sur. Los padres de Sue vivían en Hove, que era la otra mitad —algunos decían que la mejor de las dos— de Brighton, y ellos aceptaron convertirse en permanentes niñeras. Ben estaba con sus abuelos la mayor parte del tiempo, pero Sue hacía los posibles para estar junto con él cada día, y se lo llevaba con ella casi todos los fines de semana. Fenn sabía que ella echaba siempre de menos al pequeño, pero tenía que ganarse la vida —su fiera independencia significaba rechazar cualquier tipo de ayuda económica, ni siquiera para Ben, del marido errante. La mitad del dinero de la venta de su casa de Islington era todo lo que ella pedía—. Consiguió un trabajo en Radio Brighton, y pronto se convirtió en realizadora. Pero eso le consumía un montón de tiempo, y cada vez veía menos a Ben, lo cual la preocupaba. Y veía cada vez más a Fenn, lo cual la preocupaba igualmente. No había querido enredarse con ningún otro hombre; unas relaciones casuales era todo lo que permitiría, necesarias sólo en aquellos raros momentos en que un cuerpo débil precisaba de algo más que una almohada para recostar su cabeza. Aquellos extraños momentos se habían hecho más frecuentes

desde que conociera a Fenn.

Éste le había apremiado a que abandonara su piso y se fuera a vivir con él. Era ridículo que se sintieran tan próximos y vivieran tan apartados (exactamente tres manzanas de distancia). Pero ella se había resistido, y aún lo hacía; Sue había jurado que nunca volvería a depender totalmente de una persona. Jamás. Algunas veces, y en secreto, eso constituía un alivio para Fenn, porque le concedía su propia independencia. De vez en cuando los remordimientos le afectaban (el trato parecía *demasiado* favorable para él), pero cuando los expresaba en voz alta, ella siempre le aseguraba que él había invertido las cosas, y que era ella la que se llevaba la mejor parte del trato. Un hombre en el que apoyarse cuando las cosas iban mal, un cuerpo para consolarla cuando las noches eran solitarias, y un amigo con el que divertirse cuando las cosas marchaban viento en popa. Un hombro para llorar, un amante al que espiar y una cartera con la que contar. Y soledad, cuando ésta hacía falta. ¿Qué más podía pedir una mujer? Mucho más —pensó Fenn—, pero no iba a sugerírselo él.

Sue regresó, y le tendió el espeso cóctel rojo, con una ligera desaprobación en su cara. Fenn sorbió el «Bloody Mary» e hizo una mueca de disgusto: Sue le había dicho al barman que *cargara la mano* con el tabasco. Gerry observó que hacía esfuerzos por no sonreír.

—¿Qué haces aquí hoy, Woddstein?[4] —preguntó—. Creía que estarías bien arropado en la camita después de tu turno de la noche.

—Tropecé con una buena historia la noche pasada. Bueno, en cierto modo, la noticia tropezó conmigo. Pensé que podría alcanzar la última edición, pero el Ayatolá tenía otras ideas.

—¿No le gustó a Aitken?

Fenn movió negativamente la cabeza.

—¿Gustarle? Ni siquiera la creyó.

—Prueba conmigo. Yo sé que tú sólo mientes cuando esperas sacar un beneficio.

Brevemente, Gerry le contó todo lo ocurrido la noche anterior, y ella sonrió ante la excitación que poco a poco empezaba a brillar en sus ojos, a medida que avanzaba la historia. En un momento dado, cuando describía como halló a la niña arrodillada en el campo, unos fríos dedos le rozaron la espina dorsal, haciéndola estremecerse. Fenn siguió hablándole del sacerdote, del médico, y luego de la llegada de los enloquecidos padres.

—¿Qué edad tenía la pequeña? —preguntó Sue.

—El cura dijo que once años. A mí me pareció más pequeña.

—¿Y estaba allí simplemente mirando el árbol?

—Estaba simplemente mirando *hacia* el árbol. Tuve la impresión de que miraba algo más.

—¿Algo más?

—Sí, en cierto modo es difícil de explicar. Estaba sonriendo, ya sabes, como si algo la hiciera muy feliz. Extasiada, casi. Era como si estuviera contemplando una

visión.

—¡Oh, Gerry…!

—¡Espera! Eso es lo que parecía. La pequeña estaba contemplando una visión.

—Tenía un sueño, Gerry. No exageres todo el asunto.

—¿Y cómo explicas que me hablara entonces?

—Quizá tú también estabas soñando.

—¡Ah, Sue…! Vamos, estoy hablando en serio.

Ella rió y se cogió de su brazo.

—Lo siento, querido, pero te pones tan excitado cuando crees que estás oliendo una buena historia…

Fenn soltó un gruñido.

—Quizá tengas razón. Quizás imaginé esa parte. Lo extraño era que tuve la impresión de que aquélla no era la primera vez que algo le ocurría a la pequeña. Cuando llegaron los padres, oí que la madre murmuraba algo sobre que Alice —ése es el nombre de la pequeña— había ido ya anteriormente a aquel lugar. El cura asintió, pero sus ojos parecían estar advirtiéndola de que no dijera demasiado delante de mí. Se mostraron todos muy cautelosos.

—¿Sabía él que eres reportero?

Fenn hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No preguntó, así que no se lo dije. —Sorbió su bebida pensativamente—. Sin embargo, quería librarse de mí. Yo no iba a permitírselo estando allí el padre y la madre. Así que aparenté estar más trastornado de lo que realmente estaba, y me dejaron descansar un rato. Luego, antes de que los padres se llevaran a Alice, él hizo algún ritual con ella. Murmuró alguna cosa y trazó la señal de la cruz.

—¿La bendijo?

Él la miró con curiosidad.

—Si tú lo dices…

—No. Eso es lo que tú estás diciendo. Debió de haberla bendecido.

—¿Y por qué había de hacerlo?

—Un sacerdote bendice una casa, una medalla, una estatua. Incluso tu coche, si se lo pides amablemente. ¿Por qué no a un niño?

—Sí, ¿por qué no? Oye, ¿cómo sabes todo eso?

—Soy católica… al menos lo era. Ahora no estoy tan segura de serlo; la Iglesia católica no aprueba el divorcio.

—Nunca me lo dijiste.

—No era importante. Ya no voy a la iglesia; sólo por Navidad, y aun eso, principalmente, por Ben. Le gusta la ceremonia.

Fenn asintió con un gesto de complicidad.

—Ahora veo por qué eres tan salvaje en la cama.

—¡Desgraciado!

—¡Ujú! ¡Por eso te gusta la flagelación!

—¿Te callarás? El día en que deje que me pegues…

—Sí, y por eso tengo que desnudarme en la oscuridad…

Ella lanzó un gruñido y le pellizcó en el muslo por debajo de la mesa. Fenn gritó, casi derribando su bebida.

—De acuerdo, de acuerdo, mentí, eres normal. Es una lástima, pero ésa es la verdad.

—Pues recuérdalo.

Él le estrujó el muslo a cambio, pero su toque fue más suave, así como más arriba y más íntimo.

—¿Me estás diciendo que fue algo corriente que él la bendijera?

—¡Oh, no! Me parece extraño en aquellas circunstancias. Pero no demasiado. Podría haberlo hecho para tranquilizar a sus padres, más que por otra cosa.

—Sí, podría ser.

Sue contempló su perfil, y se dio cuenta de que lo amaba unos días más que otros. Hoy era un día de los de más. Recordaba cuando se habían conocido, tres años atrás. Era una fiesta dada por la Radio a uno de sus locutores, que se marchaba para ir a unirse al barco nodriza, la Gran Tía BBC, de Londres. Una parte de la Prensa más amistosa había sido invitada; Gerry Fenn era considerado agresivo, pero lo bastante amistoso.

—Me resultas familiar —le dijo ella cuando Gerry consiguió hábilmente presentarse.

Ella le había observado cómo la miraba varias veces antes de abrirse paso en la habitación para poder tropezarse deliberadamente con ella.

—¿Sí? —dijo él, levantando las cejas.

—Sí, me recuerdas a un actor…

—Correcto. ¿Quién?

Gerry sonreía ampliamente.

—¡Oh!, ¿cuál es su nombre? Richard…

—Eastwood. ¿Richard Eastwood?

—No, no. Salía en esa cosa del espacio…

—¿Richard Redford?

—No, tonto.

—¿Richard Newman?

—Dreyfuss, ése es. Richard Dreyfuss.

Su sonrisa desapareció, y sus labios formaron una O.

—¡Oh, sí, él! —Volvió a sonreír—: Sí, está bien.

Charlaron, y él la hizo reír con sus repentinos cambios de humor, su súbita intensidad, rota por una mueca maligna, que la dejaba intrigada, preguntándose si no estaba bromeando cuando parecía tan serio. Habían pasado tres años, y aún no estaba segura.

Gerry se volvió para mirarla, con la misma mueca malvada en su cara.

—¿Estás ocupada este fin de semana?
—No especialmente. Iré a ver a Ben, por supuesto.
—¿Podrías tener libre el domingo por la mañana?
—Desde luego. ¿Por alguna razón en particular?
La sonrisa de Gerry se ensanchó.
—¿Te gustaría ir a misa conmigo el domingo?

CINCO

—Bueno, no quiero —dijo la madre—.
He tenido presentimientos de que iba a haber una tremenda tempestad.

El enebro
HERMANOS GRIMM

Molly Pagett escuchó desde el pie de las escaleras. Su casa era un pequeño edificio de ladrillo rojo, idéntica en todo a las otras casas del polígono de viviendas protegidas de Banfield, y cualquier movimiento en una de sus habitaciones podía oírse claramente desde abajo. Llegó a sus oídos el familiar *bip bip* del Invasor Galáctico de Alice; su hija se pasaba horas con aquel jueguecito accionado por baterías, derribando a los extranjeros verdes con una infalible habilidad, que desconcertaba e impresionaba a Molly. Ésta entró en la cocina y llenó el hervidor.

Al menos Alice había dejado a un lado sus carboncillos durante un rato. Molly se sentó a la mesa plegable. Su cara, ya de por sí delgada, estaba ahora más demacrada aún a causa de la creciente ansiedad de las últimas dos semanas. Alice había constituido una fuente constante de preocupación para Molly Pagett desde que la vulgar enfermedad sufrida por su hija a los cuatro años dejara a la niña un insólito legado: en efecto, las paperas habían dejado a Alice sordomuda. Molly tamborileó con los dedos sobre la mesa y resistió el impulso de encender un cigarrillo. Cinco al día era su máximo: uno, la primera cosa que hacía por la mañana; otro, a media mañana; uno, poco antes de que Len, su marido, volviera del trabajo; y otros dos, más tarde, por la noche, cuando estaban mirando la tele. Cinco al día era el máximo que podía permitirse; pero a veces fumaba diez. Y otras, llegaba hasta veinte. Dependía de Len. Porque éste podía llegar a comportarse como un auténtico hijo de perra.

Molly se santiguó rápidamente, una manera de apaciguar a Dios por la palabrota, pero no por el pensamiento; éste estaba plenamente justificado.

Su malhumor aumentó al recordar la noche anterior. El cura los había asustado al llamar a su puerta en mitad de la noche y luego al permanecer allí de pie en el umbral, con su cara pálida y ansiosa, como un negro mensajero de malas noticias. «Tonterías», le dijo Molly cuando el padre le informó de que Alice estaba en la casa parroquial, y un médico estaba cuidando de ella. «Alice está a salvo en la cama —insistió Molly—. Lleva en ella desde las siete. Quiso ir a acostarse temprano porque se sentía cansada.»

El padre Hagan meneó negativamente la cabeza, y les pidió con urgencia que se vistieran y fueran con él; pero Molly corrió a la habitación de Alice, sabiendo que el sacerdote no mentiría, pero que probablemente estaba cometiendo un error. La cama estaba vacía; las ropas, echadas hacia atrás, y la muñeca, medio colgando de la cama y mirando al suelo con sus ojos sin vida. Len y el sacerdote la habían seguido a la

habitación, y fue el padre, no su marido, el que trató de calmarla. Alice estaba bien, en opinión del médico. Probablemente había estado andando dormida, eso era todo.

«¿Hasta la maldita iglesia?», preguntó Len, sin preocuparse de que estaba hablando con un cura.

El padre Hagan les dijo que llevaran consigo ropa de abrigo para su hija; la pequeña vestía sólo un delgado camisón. Para cuando ambos se hubieron vestido apresuradamente, Len mostraba ya un humor irritado, por cuanto, al ser ateo, le gustaba mantenerse lejos de las iglesias. Aunque lo cierto era que disfrutaba con los ocasionales funerales a los que asistía, porque los consideraba un acontecimiento social, y verse arrastrado a una de ellas en mitad de la noche —¡y de una noche condenadamente fría, además!— no era especialmente de su agrado.

Alice estaba muy pálida cuando ellos llegaron al lugar. Incluso Len guardó silencio y dejó de murmurar. Pero parecía muy tranquila.

El médico les dijo que no había encontrado nada malo en la niña, pero que sería bueno que se quedara en casa un día o dos, para asegurarse de que descansaba lo suficiente. Si actuaba de una forma extraña o se comportaba como si no fuera la misma, podían llamarle por teléfono, y él vendría en un salto. No obstante, estaba seguro de que no había motivos para preocuparse. Los niños pequeños hacen a menudo escapatorias nocturnas, dormidos o de otro modo; Alice sólo había ido un poco más lejos que la mayoría.

Molly seguía asustada. ¿Por qué había ido Alice al árbol otra vez? Se puso frenética cuando su hija se perdió dos semanas antes. Registró la iglesia y sus alrededores y fue por dos veces hasta la carretera, para cerciorarse de que Alice no estaba allí. Presa de pánico, corrió hasta la casa del padre Hagan, y éste se ofreció a buscar otra vez por los alrededores. Finalmente, fue el cura el que descubrió a la pequeña en el campo, arrodillada ante un árbol. Alice sonreía cuando ellos se dirigieron hacia allí, pero su sonrisa se desvaneció al darse cuenta de que ellos se acercaban. Luego se mostró confusa, desorientada. La llevaron a casa, y allí Molly le preguntó por señas por qué había ido al campo. Alice se mostraba asombrada, como si no comprendiera, y no respondió. Sin embargo, no parecía que aquello la hubiera afectado mucho, y su aspecto era excelente después de aquel día —quizás un poco alejada, pero eso tampoco era demasiado insólito en Alice; era fácil perderse en un mundo de silencio— y Molly había tratado de olvidar el incidente.

Ahora, debido a lo ocurrido la noche anterior, la ansiedad se había apoderado de ella otra vez, y con creces. Y el temor se mezclaba con algo más. ¿Qué era ese algo? ¿Aprensión? Más. Algo más. El débil resplandor de esperanza… No, era imposible. Aquel hombre había cometido un error. Sin embargo, parecía tan seguro…

No podía recordar el nombre de aquel joven que casi había atropellado a Alice. Estaba sentado en un sillón y parecía no encontrarse muy bien cuando llegaron ella y Len. El olor familiar a bebida alcohólica flotaba en el aire en torno a él —familiar, porque aquel desagradable olor siempre formaba parte de su esposo—, aunque el

hombre no parecía borracho. Y dijo que Alice le había hablado.

El hervidor emitió ahora un silbido distinto, y el vapor se esparció por la cocina. Molly cerró la espita del gas y dejó caer una bolsita de té en una taza vacía del fregadero. Vertió zumo de limón puro en otra taza para Alice, y llenó las dos con agua hirviendo. Molly permaneció allí contemplando el agitado líquido verdeamarillo, pensando en su hija, su única hija, pensando en que los milagros nunca ocurrían. Al menos, no a los Molly y Alice de este mundo.

Puso la taza y dos galletas en un plato, y salió de la cocina. Mientras subía las escaleras, por su mente cruzó una rápida y silenciosa plegaria; pero no se atrevió a sentir esperanza. Alice pronto estaría de vuelta a la escuela especial para sordos de Hove, y Molly, por su parte, regresaría a su trabajo a tiempo parcial como asistenta, y Len volvería a ser tan desagradable como siempre, y todo volvería a la normalidad en casa de los Pagett. Rezó para que fuera así, aunque rezó también por algo mejor.

Alice no levantó los ojos cuando Molly entró en la habitación. Aun cuando no podía oír, su hija podía siempre sentir cuando alguien entraba en un lugar; pero esta vez se hallaba concentrada en sus dibujos. El Invasor Galáctico yacía ahora en el suelo al lado de la cama, y los carboncillos estaban a mano en una caja sobre la mesita de noche. Molly se quedó de pie a su lado con la bebida caliente de limón, y Alice siguió sin levantar su mirada del cuaderno.

Molly frunció el ceño al ver el dibujo. Era el mismo. El mismo que llevaba dibujando día tras día durante las últimas dos semanas. Molly se los había mostrado al padre Hagan, el cual pasó por allí aquella mañana, y tampoco él supo encontrarles sentido.

Molly dejó la taza y el plato al lado de los carboncillos y se sentó al borde de la cama. Alice pareció sorprendida cuando le quitaron de la mano el lápiz amarillo. Por unos instantes, fue como si no reconociera a su madre. Luego sonrió.

La lluvia era como diminutos perdigones golpeando contra la cara del padre Hagan. Éste permanecía de pie junto a la pared, mirando el campo, observando el árbol; el cielo, después de un brillante comienzo aquel día, estaba ahora oscuro, mientras una ligera neblina se extendía entre el lejano horizonte y las nubes colgadas del cielo.

No ocurrió nada. Y tampoco esperaba que ocurriera. El árbol era sólo un árbol. Un viejo y cansado roble. Un silencioso testigo del tiempo. El cura podía ver cómo pastaban las ovejas al otro extremo del campo, sus cuerpos de un gris amarillento hinchados, preocupadas sólo por el siguiente bocado de hierba y por la creciente pesadez de sus preñadas barrigas.

El sacerdote se estremeció y se subió el cuello de su impermeable azul marino, para protegerse del frío. Tenía húmedo el negro cabello, y las gafas, salpicadas de agua; llevaba allí cinco minutos sin prestar atención a la fría lluvia. Percibía en su

interior una sensación que no podía captar, una sensación de incomodidad que era incapaz de definir. No había dormido bien después de que se marcharan el doctor, los Pagett, Alice y el hombre llamado Fenn. Después de eso se abatió sobre la casa una peculiar soledad, haciéndole sentirse vulnerable, aislado. En sus años de sacerdote, la soledad se había convertido en una conocida, y raras veces en un enemigo. Pero la noche pasada, la soledad fue total; su habitación era una celda rodeada de impenetrable negrura, desprovista de vida, un vacío mortal que le separaba del resto de la Humanidad. Tuvo la terrorífica sensación de que si abandonaba su cuarto y se adentraba en la oscuridad, nunca volvería a salir de ella; caminaría y caminaría hasta perderse, para no volver jamás a su habitación. La sensación era sofocante, y sintió miedo.

Rezó y rezó, obligando a que las paredes del miedo se fueran retirando lentamente. Su sueño había sido inquieto, más agotador que si hubiera permanecido despierto, y recibió con inmensa gratitud el primer resplandor de la mañana. Solo en la iglesia, durante sus oraciones de la mañana, se había estremecido, y más tarde, en la misa compartida con cuatro de sus feligreses, empezó a sacudirse la punzante inquietud. Pero no del todo; aún permanecía en él durante el día como un escurridizo atormentador, negándose a ser identificado, limitándose a golpearle y luego esconderse.

El árbol estaba marchito; los años lo habían convertido en una cosa retorcida. Dominaba aquella parte del campo cual gargantuesco guardián, sus innumerables brazos proyectados hacia fuera, para expulsar a los intrusos. Una grotesca forma desnuda de hojas estivales, intimidadora en su fealdad. No obstante —se dijo a sí mismo—, era sólo un roble de centenares de años de edad, sus ramas inferiores dobladas, la corteza agrietada y reseca, su vitalidad pacientemente arrancada por el tiempo. Pero ¿por qué la niña se arrodillaba ante él?

Los Pagett siempre habían vivido en la parroquia, y Molly Pagett era un fiel, aunque callado, miembro de la comunidad católica. Le pagaba por su trabajo de limpiar la iglesia, pero el sueldo era mínimo; probablemente habría trabajado por nada si el padre Hagan se lo hubiera pedido. No había visto a menudo a Leonard Pagett, y de mala gana había de admitir que no sentía demasiada simpatía por aquel hombre. El ateísmo de Pagett y su mal disimulado disgusto hacia la Iglesia y los clérigos no tenían nada que ver con sus sentimientos por él, porque el cura conocía y respetaba a muchas personas así. No, había algo más, digamos, no bueno en aquel hombre. En las raras ocasiones en que el padre Hagan había ido a su casa, Pagett siempre se había mostrado malhumorado, incómodo en presencia del sacerdote. Y, a su vez, éste se sentía desasosegado en presencia de Pagett. Se alegraba de que el padre de Alice hubiera estado ausente aquella mañana cuando fue a ver a la niña.

Alice. Una buena niña, una curiosa niña. Su incapacidad la había convertido en solitaria. Era frágil, aunque parecía encerrar en su pequeño cuerpo una fuerza interior. Se mostraba feliz en la iglesia, ayudando a su madre, respetuosa con lo que la

rodeaba. Alice no parecía tener muchos amigos, pero, desde luego, su silencio era frustrante para los demás niños, que sentían poca compasión para cosas semejantes. Parecía ser tan inteligente como cualquier otro niño de su edad, a pesar de la cruel aflicción, aunque a menudo se perdía en su propio mundo, en sus propios sueños, resultado evidente de su incapacidad. Aquella mañana parecía casi completamente perdida en aquel terreno privado, absorta en sus confusos garabatos. Fue el recuerdo de los dibujos de Alice lo que le hizo regresar a la iglesia.

Anduvo a través del desapacible cementerio, sus hombros encorvados para protegerse de la hiriente lluvia, sus pasos apresurados. Molly Pagett le había mostrado más dibujos hechos por la niña las últimas dos semanas, y todos guardaban un parecido; la mayor parte eran amarillos y grises, y algunos tenían toques de azul. De forma extraña, sólo uno era diferente, casi de estilo distinto; el color había cambiado. Era negro y rojo. Todos tenían un aire vagamente familiar.

Alice no era ninguna artista, pero sus ilustraciones se esforzaban por reflejar una figura, una persona vestida de blanco, el color azul usado de manera poco frecuente y el rojo sólo una vez. La figura estaba rodeada de amarillo y no tenía cara. Parecía ser una mujer, aunque la forma global no era clara.

Entró en el porche de la iglesia, aliviado de escapar de la lluvia. Hurgó en su bolsillo buscando la llave para abrir las grandes puertas de roble, porque la iglesia se mantenía siempre cerrada en estos tiempos debido al creciente vandalismo y robos. El santuario estaba disponible para los que lo necesitaban sólo a horas señaladas. La larga llave crujió en la cerradura, hizo girar una de las hojas de la doble puerta, pasó al interior y la cerró. El golpe resonó en las paredes de la oscura iglesia, y sus pasos hicieron un ruido desusado mientras caminaba por la nave lateral después de hacer una genuflexión y de santiguarse.

Se detuvo antes de empezar su trayecto en la parte delantera de la iglesia, observando desde lejos la congelada figura de la pared a un lado del altar. ¿Podía ser? El padre Hagan se sentía cada vez más seguro a medida que se acercaba a la estatua: los brazos extendidos, la cabeza ligeramente inclinada para ver a todo el que se arrodillara, sentara o permaneciera de pie ante ella. Los dibujos adquirían más sentido cuando la imagen que representaban aparecía a la vista.

Alice se sentaba a menudo allí. Curiosamente, no sintió ningún alivio al identificar el objeto de sus obsesivos dibujos. En vez de eso, experimentó una inquietante sensación.

El sacerdote levantó su mirada hasta la compasiva aunque pétrea cara de la Virgen, y se asombró ante el agudo sentido de desesperación que sintió de repente.

SEIS

—Y digo, ¿cómo lo haces? —preguntó John,
frotándose la rodilla. Era un muchacho bastante práctico.
—Procura tener pensamientos hermosos —explicó Peter—,
y ellos te levantarán en el aire.

Peter Pan
J. M. BARRIE

Domingo. Por la mañana. Soleado. Pero frío.

Fenn detuvo su «Mini» detrás de una larga fila de coches, la mayor parte de los cuales se hallaban estacionados sobre el arcén de hierba al lado de la carretera.

—Son más de las nueve y media, Gerry. Vamos a llegar tarde.

Sue que iba en el asiento del pasajero, no hacía ningún gesto de salir del coche.

Fenn sonrió.

—No te obligarán a hacer penitencia, ¿verdad?

Apagó el motor.

—No estoy segura de que quiera hacer esto. —Sue se mordía ansiosamente el labio inferior—. Quiero decir algo hipócrita, ¿no?

—¿Por qué? —Fenn la miró, sorprendido, aunque sus ojos seguían sonriendo—. Los hijos pródigos siempre son bien acogidos.

—Para con eso; no es divertido.

Fenn cambió de tono.

—¡Ah, vamos, Sue, no tienes que convertirte en una católica renacida! Yo me sentiría perdido si estuviera ahí solo; no sabría qué demonios hacer.

—Reconócelo: estás condenadamente asustado. ¿Qué crees que le hacen los católicos a los agnósticos? ¿Quemarlos en la hoguera? ¿Y qué te hace pensar que se fijarán siquiera en ti?

Fenn se retorció, con incomodidad.

—Me imagino que me sentiré como un intruso.

—¿Un espía, quieres decir? ¿Y cómo crees que voy a sentirme yo?

Él se inclinó hacia delante y pasó una mano en torno a su cuello, atrayéndola suavemente hacia él.

—Te necesito conmigo, Sue.

Ella le miró a la cara, dispuesta a rechazarle por su evidente expresión infantil; pero en vez de eso gruñó, y le empujó a un lado para bajar del coche, cerrando la puerta de golpe.

Fenn arrugó el ceño, pero no pudo reprimir una risita. Cerró el coche y corrió detrás de Sue, que marchaba a grandes zancadas por el sendero bordeado de árboles que conducía a la entrada de la iglesia. Algunos otros rezagados se apresuraban a su

lado; el sonido de la música de órgano aceleraba sus pasos.

—¡Las cosas que llego a hacer por ti, Fenn! —murmuró Sue mientras entraban en el pórtico.

—Ya, pero no todas son malas —susurró Fenn en respuesta, pero un fuerte codazo hizo desaparecer su sonrisa.

La iglesia estaba llena, y Fenn quedó sorprendido; él había oído decir que los clérigos se quejaban del número cada vez menor de feligreses. Allí había una multitud. Demasiado, en realidad; él y los otros recién llegados tendrían que quedarse en la parte trasera. Observó cómo Sue se mojaba los dedos en la pila situada en el extremo de la nave central, y admiró sus piernas mientras la joven hacía una rápida genuflexión. «Recuerda dónde estás, Fenn», se dijo a sí mismo. Decidió que se sentiría demasiado tímido para actuar como ella, y descubrió que le daba vergüenza no hacerlo.

Retirándose a un lado y tratando de pasar lo más inadvertido posible, echó una mirada a su alrededor. Había gente de todas las edades, formas y tamaños. Muchos niños; algunos, acompañados de adultos, otros, sólo con sus hermanos, hermanas o amigos; muchas mujeres, la mayoría, de edad mediana o mayores, algunas adolescentes aquí y allí; y una buena muestra de hombres, la mayoría del tipo familiar, y uno o dos grupos de muchachos adolescentes entre ellos. Cantaban un himno, y las bocas se abrían y cerraban, aunque muchas de ellas no formaban palabras… sólo se abrían y cerraban. Sin embargo, la melodía no era mala y no era desagradable el efecto global de todas las voces acompañado por los ricos acordes de un asmático órgano. Fenn canturreó con ellos.

El himno terminó y se oyó un susurro de libros que se cerraban y cuerpos que cambiaban de postura, un sonido ahogado como el de una ola rompiendo suavemente contra la playa. Los feligreses se arrodillaron, y él se preguntó qué hacer —el suelo de piedra parecía irrazonablemente duro—. Echó una mirada de soslayo a Sue para tener una guía, y se sintió aliviado al ver que ella simplemente inclinaba la cabeza un poco. Él hizo lo mismo, pero sus ojos miraban hacia arriba, por encima de las cabezas de las personas que tenía delante.

La monótona letanía del sacerdote llamó su atención hacia el altar, y apenas reconoció al hombre con su sorprendente uniforme de oficiante, una casulla blanca y brillante vestidura verde y amarilla. El padre Hagan había cambiado de identidad; se parecía muy poco, tanto en carácter como en apariencia, al confuso y ansioso personaje vestido con una bata y con los pies descalzos de unas noches atrás. La transición era tan dramática como la de Clark Kent transformándose en Supermán. O Popeye después de comer espinacas. Llevaba las ropas como si fuera una santa armadura, y le proporcionaban una tranquila fuerza. Fenn estaba un poco impresionado, aunque cínicamente se recordó a sí mismo que un traje de fantasía era el disfraz más enmascarador de todos.

La cara del padre Hagan carecía de expresión; sus ojos estaban bajos, casi

cerrados, mientras murmuraba rápidamente las plegarias iniciales. Los feligreses respondían a sus solemnes súplicas con un murmullo casi incoherente. Luego rezaron juntos sacerdote y creyentes; mientras lo hacían, Fenn observó que los ojos del sacerdote permanecían abiertos de par en par, y su cabeza ya no estaba inclinada. No dejaba de mirar a su izquierda, como observando a alguien arrodillado en aquel lado de la iglesia. Fenn siguió su mirada, pero sólo pudo ver filas de cabezas inclinadas. Cambió de posición para tener una clara visión de la nave lateral; pero siguió sin ver nada extraño. Volvió entonces su atención hacia la misa, interesado en el servicio, pero sin obtener de él ningún bienestar, ninguna elevación espiritual. Pronto sintió una creciente frustración, un ligero resentimiento.

Quizá no le gustaba, sencillamente, formar parte de la reunión, parte de una multitud que parecía —le parecía a él— estar repitiendo estúpidamente unas palabras como si fueran una fórmula mágica, una petición colectiva de adoración. Aquello empezó a enervarle. Fenn ni creía ni dejaba de creer en la existencia de Dios: en todo caso, esto significaba poco para él. «Encuentra tu propia moral, tu propio código; luego, aférrate a él.» Mientras nadie recibiera daño (demasiado grande), actuaba uno bien. Si había un Dios, Él sería lo bastante grande como para comprenderlo. Era el hombre, el maldito hombre mortal, el que creaba los mitos. ¿Qué Supremo Ser podía alentar, y mucho menos apreciar, aquel repetitivo ritual dogmático? ¿Qué Altísimo Poder alentaría a Su propia creación (a los que, según el rumor indicaba, había creado a Su propia imagen) a adularle para poder conseguir una tajada de felicidad celestial cuando fuera llamado su número? Aquello no tenía sentido.

Fenn miró desafiadoramente hacia el altar. Había montones de cosas más para discutir. Como la idolatría, la interpretación teológica errónea y el simbolismo ingenuo. Como el control de natalidad, la confesión, penitencia y absolución. Como el fanatismo (¿quién dice que tengas que ser católico para poner un pie en la puerta?), la ceremonia, la solemnización y la maldita infalibilidad. ¡El pecado original, por el amor de Cristo! Y por no hablar de la opinión de la Iglesia sobre la fornicación.

Empezó a sonreír ante su propia indignación. Nada como un buen servicio religioso para agitar las emociones, en favor o en contra.

Mientras el padre Hagan leía el Evangelio, Fenn miró a Sue y, subrepticiamente, le cogió una mano, estrechándosela con suavidad; ella le ignoró, atenta a las palabras del cura. Fenn le soltó la mano, sorprendido.

Empezó el sermón, y Fenn le prestó escasa atención, aunque estudió a Hagan con interés. Era extraño: el sacerdote no parecía tan invencible ahora. Su cara tenía una expresión tensa y seguía mirando a un lado, a alguien sentado en el banco delantero. De nuevo, el reportero trató de ver, y en esta ocasión consiguió distinguir la parte trasera de la cabeza de una mujer entre los hombros de un hombre y una mujer sentados en la segunda fila.

Ella llevaba una brillante bufanda rosa. Quizás al cura no le gustaba el color rosa.

Fenn cambió el peso de su cuerpo sobre los pies. Si hubiera sido fumador, se

estaría muriendo por un cigarrillo. ¿Era un sacrilegio masticar chicle en una iglesia? Decidió que seguramente lo era.

Las palabras del sacerdote parecían vacilantes, como si ni siquiera él estuviera convencido. Pero habló y desarrolló su tema; sus palabras se fueron haciendo más enérgicas, y Fenn pudo sentir casi la sensación de alivio que experimentaron los feligreses; evidentemente preferían sus sermones duros e implacables. La voz del padre Hagan fue aumentando sutilmente de volumen, hasta alcanzar un tono agudo, en un momento dado, acusadora, y al siguiente, zalamera, luego tranquilizando, recuperando más tarde un tono de reproche cuando las cosas se ponían demasiado agradables. Fenn disfrutó de su técnica.

El servicio continuó (para Fenn, interminablemente…), y él lamentó haber llegado a tiempo de asistir a toda la misa. Su idea era la de empaparse de la atmósfera del servicio dominical, quizá charlar luego con algunas personas; pero el propósito principal era hablar con el cura. Tenía intención de mantener con él una larga charla cuando hubiera acabado la misa, esperando descubrir cómo estaba la niña. ¿Había vuelto a la iglesia? ¿Había hablado otra vez? Se preguntó si no estaría soportando demasiado por su aventura.

Echó otra mirada de soslayo a Sue, sintiéndose algo embarazado ante la clara actitud de reverencia de la joven hacia el entorno. El que ha sido católico una vez, siempre será católico. Esperaba que esto no la indujera a echarlo de la cama aquella noche.

La iglesia se tornó particularmente silenciosa. El padre Hagan estaba haciendo ahora algo con un cáliz sumamente bruñido, rompiendo sobre él lo que parecía ser una hostia blanca. La comunión, eso era. Beber vino, comer pan. La sangre y el cuerpo de Cristo. ¿Cómo lo llamaban…? La Eucaristía. Todas las cabezas estaban inclinadas, y la gente en torno a él se arrodilló mientras tintineaba una campanilla. Fenn dirigió su mirada alarmada hacia Sue, y ésta le hizo un gesto con los ojos para que él se arrodillara a su lado. El suelo de piedra le hirió las rodillas.

Gerry mantuvo la cabeza baja, temeroso de ofender a alguien —particularmente a AQUEL QUE LO VE TODO— hasta que percibió movimiento a su alrededor. Levantando la mirada, vio que la gente salía a las naves y formaba una doble cola que conducía a la barandilla del altar, donde el sacerdote esperaba con la copa de plata y las hostias de la comunión. Un anciano que llevaba una casulla blanca le ayudaba a un lado. La procesión de personas avanzaba lentamente arrastrando los pies, y el órgano volvió nuevamente a resoplar.

Varias personas estaban sentadas ahora, y algunas de las que estaban en la parte trasera de la iglesia se pusieron en pie, no dispuestas a seguir soportando el dolor en sus rodillas. Fenn consideró que su decisión era sensata, y también se levantó; Sue permaneció arrodillada.

Se reanudó el canto, y los feligreses empezaron a moverse arriba y abajo, acercándose al altar por la nave central y volviendo a sus lugares por las naves

laterales. Fenn vio la bufanda rosa moverse en un banco y dirigirse hacia el centro, e instantáneamente reconoció a su portadora como la mujer que había ido a casa del cura, unos días atrás, con su marido, a hacerse cargo de la niña sordomuda. El sacerdote había estado mirando hacia la madre de Alice durante el servicio.

La bufanda rosa se unió a las otras cabezas inclinadas en la lenta procesión y desapareció por completo de la vista cuando la mujer se arrodilló para recibir la hostia del sacerdote.

Entonces fue cuando una figurilla se levantó del lugar en que la mujer había estado sentada durante la misa. Salió a la nave lateral y levantó los ojos hacia una estatua que tenía ante ella; luego se volvió y empezó a caminar hacia la parte trasera de la iglesia. Fenn reconoció a Alice.

Llevaba el cabello partido en el centro, y dos largas trenzas descansaban sobre sus hombros; vestía un impermeable marrón, una talla demasiado grande para ella, y largos calcetines blancos. Sus manos estaban juntas, firmemente entrelazadas y apretadas, y sus ojos parecían mirar hacia delante, a nada en particular.

Fenn la miró fijamente, y advirtió que ocurría algo raro. La niña estaba pálida, y sus nudillos, blancos. Fenn comprendió que el cura la había vigilado *a ella*, no a su madre.

Y el padre Hagan la seguía vigilando ahora.

La hostia de la comunión se mantuvo tentadoramente por encima de una boca abierta, en tanto la lengua del receptor, colgando del labio inferior, empezaba a sufrir un movimiento espasmódico. La madre de Alice, arrodillada junto a la persona que comulgaba, estaba demasiado absorta en sus propias plegarias como para darse cuenta del retraso en la acción.

El sacerdote miró como si se dispusiera a gritar, y Fenn vio que se contenía a duras penas. Algunas cabezas se estaban volviendo para descubrir lo que provocaba la atención de su sacerdote, pero todo lo que vieron fue a la pequeña Alice Pagett, la sordomuda, andando hacia la parte trasera de la iglesia, probablemente para unirse a la cola que iba a recibir la sagrada comunión. El padre Hagan se dio cuenta de que estaba retrasando la misa y reanudó la ceremonia, pero sus ojos siguieron con preocupación el avance de la pequeña.

Fenn sintió curiosidad. Por un momento pensó en adelantarse para cerrar el camino de la niña, pero luego se dio cuenta de que eso sería una estupidez; tal vez Alice no se sentía muy bien, y lo único que quería era respirar un poco de aire fresco. Sin embargo, aunque estaba pálida, había una expresión de felicidad en su cara, una alegría remota en aquellos vívidos ojos azules. Parecía no ver nada; sólo lo que estaba más allá de su visión física, y la idea inquietó a Fenn. ¿Podía estar en trance? No tropezaba con nadie, ni tampoco sus pasos eran lentos o adormilados. La miró cuando pasaba, y sonrió a medias, sin saber por qué.

El órgano seguía tocando, y las voces se alzaron en una adoración colectiva; éste era el momento de la misa en que las emociones alcanzaban su punto culminante.

Nadie parecía darse cuenta de que los demás niños salían de sus bancos.

Fenn miró con sorpresa a derecha e izquierda. Los pequeños —alguno de sólo seis años de edad, otros de doce o trece— se estaban deslizando de las manos de sus mayores y dirigiéndose hacia la salida de la iglesia; el éxodo infantil pasó en gran parte inadvertido a causa de la multitud que atestaba la nave central.

A diferencia de Alice, no había nada parecido a un trance en aquellos niños. Estaban excitados, algunos soltaban risitas, mientras corrían dando saltitos tras la niña sordomuda.

Una madre advirtió que su hijo trataba de escapar (algo muy corriente en aquella criatura), y rápidamente lo aferró. Sus berridos de rabia y esfuerzos por liberarse dejaron sorprendida a la mujer. La gente a su alrededor, los demás padres, empezaron a comprender lo que estaba sucediendo. Quedaron asombrados al principio, y luego confusos. Más tarde, sólo un poco irritados. Un padre perdió los estribos y lanzó un grito a un muchacho que se escapaba.

El padre Hagan lo oyó y levantó los ojos. Llegó a tiempo de ver a la pequeña con su impermeable marrón y largas trenzas abrir la puerta de la iglesia y desaparecer bajo la brillante luz del sol. Otros niños se lanzaron apresuradamente tras ella.

Las voces de los cantores se iban debilitando a medida que la gente advertía que algo andaba mal. Pronto, sólo cantaba la regordeta monja del órgano, perdida en su propia extasiada plegaria a Dios como para que éste se mostrara benevolente con la Humanidad.

Fenn se despabiló de pronto. ¡Qué barbaridad!, casi había caído también él en trance; tuvo que hacer un esfuerzo por arrancarse de aquel estado. Se movió rápidamente hacia la puerta y abrió una de sus hojas. La luz le hirió los ojos durante unos momentos, pero algunos rápidos parpadeos le permitieron ver claramente una vez más.

Los niños corrían a través del cementerio hacia la pared baja, de piedra gris, de la parte trasera.

Fenn salió del pórtico y aceleró los pasos cuando vio cómo Alice se encaramaba a la pared. Los otros niños empezaron a hacer lo mismo, los más pequeños, ayudados por sus compañeros más altos.

Una mano agarró al reportero por el brazo.

—Gerry, ¿qué pasa?

Sue miró a los niños, y luego a él, como si Fenn supiera la respuesta.

—No tengo ni idea —respondió Fenn—. Corren detrás de la pequeña sordomuda. Y creo que sé adonde van.

Se separó ahora de Sue, y empezó a correr, ansioso de llegar a la pared.

Sue estaba demasiado sorprendida para moverse. Unas voces que sonaron detrás de ella la hicieron volver la cabeza; padres aturdidos estaban saliendo de la iglesia, mirando a su alrededor ansiosamente en busca de sus pequeños perdidos. El sacerdote se abrió camino por entre la multitud, vio a Sue de pie en el sendero que atravesaba el

cementerio y luego descubrió la figura de Fenn corriendo hacia los niños.

El reportero saltó por encima de agujeros de topo recientes, dando un traspiés, pero consiguiendo mantenerse en pie. Prácticamente cayó contra la pared, y sus manos se hirieron con la áspera superficie. Permaneció allí, jadeando, los ojos abiertos de par en par.

La pequeña Alice se arrodillaba ante el retorcido roble, tal como hiciera aquella oscura y helada noche una semana atrás. Los otros niños estaban diseminados detrás de ella, algunos, arrodillándose como ella, otros, simplemente mirando. Varios niños señalaban al árbol, riendo y dando saltitos de delicia.

Los ojos de Fenn se estrecharon mientras estudiaba el objeto de su atención. ¡No había nada! ¡Sólo un viejo árbol! Ni siquiera era hermoso; en realidad era espantosamente feo. ¿A qué se debía aquella fascinación? Alguien tropezó con él, y Gerry miró a su alrededor y vio a Sue, que se había pegado a él una vez más.

—¿Gerry…?

La pregunta quedó congelada en sus labios cuando vio a los niños.

Oyeron pasos apresurados detrás de ellos y personas que se detenían a causa de la pared baja. Fenn y Sue fueron empujados cuando unos padres angustiados quisieron ver lo que había ocurrido con sus hijos. La multitud estaba impresionada. Luego se produjo un silencio tranquilo. Hasta el órgano había dejado de tocar.

Fenn vio que el cura estaba de pie a su lado. Se miraron durante unos momentos, y el reportero creyó detectar cierta hostilidad en la mirada de Hagan, casi como si sospechara que Fenn había tenido algo que ver con el fenómeno.

Gerry apartó la mirada, más interesado en los niños que en el cura. Se sacó del bolsillo una pequeña cámara de fotografiar barata; tomó cuatro rápidas instantáneas, y luego saltó por encima de la pared.

De manera irracional, Sue trató de hacer que volviera; por alguna razón tenía miedo, o quizás estaba sólo sobresaltada, y era la sensación de miedo lo que la mantenía callada. Las personas que la rodeaban se inquietaron cuando vieron a Fenn entrar en el campo, y no parecían decididos a seguirle. Asustados como ella, o perplejos. O quizás ambas cosas.

Fenn se acercó al primer niño, un muchacho de once o doce años con trenca y tejanos. El muchacho sonreía como lo hiciera Alice aquella primera noche. No parecía darse cuenta de la presencia de Fenn, y el reportero agitó una mano ante sus ojos. Por unos instantes frunció el entrecejo, y luego echó la cabeza a un lado, tratando de conseguir una visión clara del árbol.

Fenn lo dejó tranquilo y se dirigió a otro niño. Esta vez una niña, de cuclillas en la húmeda hierba, con una mirada de felicidad en la cara. Se agachó hasta ponerse a su altura y le tocó en un hombro.

—¿Qué es eso? —preguntó Fenn suavemente—. ¿Qué ves?

La pequeña le ignoró.

Fenn siguió moviéndose y vio a un pequeño de cinco años que palmoteaba de

regocijo, también en cuclillas; a dos niñas, gemelas, cogidas de la mano y sonrientes; a un muchacho de trece años, de rodillas, con las manos juntas ante su nariz y las palmas enfrentadas, moviendo los labios en silenciosa plegaria.

Otro muchacho, éste con pantalones cortos, las rodillas sucias de barro, pues se había caído, abrazándose a sí mismo, los hombros encogidos y una amplia sonrisa en su cara. Fenn se quedó ante él, tapándose deliberadamente la vista. El muchacho se hizo a un lado, sin dejar de sonreír.

Fenn se inclinó de manera que su cara quedara a nivel de la del muchacho.

—Dime lo que ves —ordenó.

Una cosa quedó clara: el muchacho no veía a Fenn. Ni tampoco le oía.

El reportero se enderezó y sacudió la cabeza con frustración. Todas las caritas que le rodeaban estaban sonrientes. Algunos lloraban, pero sin dejar de sonreír.

Observó que el sacerdote se encaramaba a la pared, y que otros seguían su ejemplo. Fenn se volvió y marchó rápidamente hacia la pequeña de impermeable marrón, la niña sordomuda, que estaba arrodillada a unos metros de los otros niños, cerca del roble. Se puso delante de ella, aunque a un lado para no impedirle la visión. Agachándose un poco, apuntó la cámara y sacó dos fotografías más. Poniéndose de pie nuevamente, fotografió al resto de los niños.

Luego se volvió y fotografió el árbol.

Los padres y guardianes estaban ya entre los niños, tomándolos en brazos o abrazándoles estrechamente. Una pequeña, a unos seis metros de distancia de Fenn, se balanceó y cayó sobre la blanda tierra antes de que su turbada madre pudiera alcanzarla. Otra niña la siguió. Y luego un muchacho. El pequeño de cinco años que había estado dando palmadas rompió en histérico llanto cuando su padre y su madre se acercaban a él. Muchos niños empezaron a llorar, y voces preocupadas disiparon el extraño silencio que había reinado, cuando los adultos trataron de consolarles.

Los ojos de Fenn brillaron de abstraída admiración; tenía una historia, una gran historia. Contemplaba la misma clase de histeria que se había apoderado de una multitud de trescientos niños en Mansfield algunos años atrás; se había producido un desmayo masivo en el Festival de Bandas de Desfile. Esto no era de la misma magnitud, pero los acontecimientos guardaban cierta semejanza. Estos niños eran afectados por algo que funcionaba con la mente de Alice Pagett. ¡De alguna manera, la niña les transmitía su propio estado hipnótico, haciendo que se comportaran igual que ella! ¡Jesús, una especie de telepatía! Ésa era la única explicación. Pero ¿qué había provocado su delirio… si es que se trataba de delirio? El padre Hagan se abrió paso a través de las preocupadas familias y niños desmayados, dirigiéndose hacia Fenn.

El reportero se sintió tentado de sacarle una foto, pero decidió que aquél no era el momento adecuado; había algo intimidador en el cura, pese a su actitud preocupada. Y se deslizó la cámara en el bolsillo.

El clérigo ignoró a Fenn y se arrodilló junto a Alice. Le pasó un brazo a su

alrededor, cubriendo su mano completamente el hombro de la pequeña. Le habló, sabiendo que no podía oírle, pero esperando que la pequeña captara la dulzura de sus palabras.

—Todo va bien, Alice —dijo—. Tu madre va a venir, estarás bien.

—No creo que deba moverla, padre —le interrumpió Fenn, agachándose de nuevo para poder mirar a los ojos de Alice.

El sacerdote le miró de una extraña manera.

—¿No es usted el hombre que me la trajo la otra noche? Fenn, ¿no es así?

El reportero asintió con la cabeza, sin dejar de observar a la pequeña.

—¿Cuál es su juego, Mr. Fenn? —La voz de Hagan era brusca. Se levantó, arrastrando a Alice con él—. ¿Qué tiene usted que ver con todo este asunto? Fenn le miró, sorprendido, y luego también él se puso en pie.

—Mire usted… —empezó a decir, cuando otra voz habló.

—Quiere que volvamos.

Los dos hombres se sobresaltaron, y luego permanecieron en silencio. Finalmente, miraron a Alice.

Ésta sonrió y dijo:

—La señora de blanco quiere que volvamos. Dice que tiene un mensaje, padre. Un mensaje para todos nosotros.

Fenn y el cura no se daban cuenta de que la muchedumbre había vuelto a guardar silencio y de que todo el mundo había oído las palabras dichas con suavidad de Alice, aunque habría sido imposible, por encima del frenético alboroto de voces ansiosas.

El sacerdote fue el primero en hablar, con palabras vacilantes.

—¿Quién, Alice? —¿Podía oírle? La niña había hablado, pero ¿podía oír?—. ¿Quién… quién te ha dicho eso?

Alice señaló hacia el roble.

—La señora, padre. La señora de blanco me lo dijo.

—Pero ahí… no hay nadie, Alice.

La sonrisa de la pequeña desapareció por unos momentos, para reaparecer luego, aunque menos intensa.

—No, ahora se ha ido.

—¿Dijo quién era?

El sacerdote hablaba lentamente, procurando que su voz siguiera siendo baja, suave.

Alice asintió con la cabeza, luego frunció el ceño como concentrándose, como tratando de recordar las palabras exactas.

—Dijo que era la Inmaculada Concepción.

El sacerdote quedó rígido, mientras su cara empalidecía espantosamente. En ese momento fue cuando la madre de Alice, con su brillante bufanda rosa colgándole por detrás de la cabeza, se precipitó de rodillas, arrastrando a Alice consigo y apretándola con fuerza. Los ojos de Molly Pagett estaban cerrados, pero las lágrimas manaban de

ellos, empapando la cara y el cabello de la pequeña Alice.

WILKES

De manera que la madre cogió al muchachito y lo cortó en pedazos,
lo arrojó a la cazuela y lo coció con el estofado.

El enebro
HERMANOS GRIMM

Cerró la puerta, sin olvidarse de dar la vuelta a la llave. Luego encendió la luz. No tardó más de un par de segundos en cruzar la pequeña habitación y dejarse caer en la estrecha cama.

Se quitó los zapatos de un puntapié, cruzó las manos sobre el pecho y se quedó mirando fijamente el techo.

—¡Los jodidos! —dijo en voz alta. ¡Tratarme como si fuera basura!, añadió en silencio.

No le había ido muy bien aquel día su trabajo como camarero en un restaurante de moda de Covent Garden. Había derramado café, llevado pedidos equivocados a las mesas, discutido con el barman —¡que era un maldito marica, dicho sea de paso!—, y se había encerrado en el lavabo del personal durante veinte minutos, negándose a salir hasta haber terminado de llorar. El encargado le había advertido por última vez —¡más escenas como ésta, y estás despedido!—, y los copropietarios —¡dos malditos expublicitarios, no mucho mayores que él!— se habían mostrado de acuerdo.

¡Bien, no volvería! «¡A ver cómo se las arreglarían sin mí mañana! ¡Hijos de perra!» Se hurgó la nariz y se limpió el dedo debajo de la cama. Trató de calmarse, repitiendo mentalmente su mantra una y otra vez; pero no dio resultado. Visiones de su madre —como siempre que estaba irritado— cruzaron por su mente, apartando con violencia las escogidas palabras de apaciguamiento. Había tenido que aceptar aquel trabajo denigrante porque aquella vaca le había echado de casa. Si hubiera seguido en su casa, podría haberse permitido vivir del subsidio de paro, como los otros tres millones más o menos de desempleados.

Al cabo de un rato se levantó y se acercó a una cómoda pintada de blanco, situada en el otro lado del cuarto. Abrió el cajón inferior, sacó un álbum de recortes y se lo llevó a la cama. Volvió las páginas y, aunque esto no le relajó, cambió algo su humor. Le gustaba releerlos. Incluso ahora, nadie realmente sabía por qué lo habían hecho. Pero lo cierto era que: ¡LO HABÍAN HECHO!

Estudió sus caras impresas, mientras con una mano impaciente se apartaba el espeso mechón de rubio cabello que le caía sobre los ojos. Pensó incluso en que uno de ellos se le parecía. Sonrió, encantado.

Todo lo que se necesitaba era la persona adecuada. Era fácil si se encontraba a la persona correcta. Alguien famoso; era todo lo que hacía falta.

Se echó hacia atrás en la dura y estrecha cama, y, mientras consideraba las

posibilidades, la mano se le deslizó hacia el regazo, que se acarició.

SIETE

¡Cuán alegremente parece sonreír,
cuán netamente extiende sus garras
y acoge a los pececillos en ellas!
¡Con fauces que sonríen amablemente!

Alicia en el país de las maravillas
LEWIS CARROLL

Lunes, última hora de la tarde

A Tucker le gustaba el inventario de los lunes. Cada estante vacío significaba dinero en el Banco. Cada caja de cartón vacía significaba que podía pagar sus facturas. Cada congelador vacío significaba que su sonrisa se ensanchaba. Pero estantes, cajas de cartón y congeladores no estaban vacíos últimamente. La recesión no impedía que la gente siguiera comiendo y bebiendo, sólo que no lo hacían tan bien; los jugadores se mostraban cuidadosos con su dinero y, particularmente, con su elección. El margen de beneficio que dejaba una lata de espárragos era más alto que el de una lata de guisantes, pero los campesinos estaban más interesados en lo sustancial que en el gusto. Él comprendía su problema, porque cada semana tenía que marcar precios nuevos, más altos, en cada producto, pero eso no significaba que simpatizara con ellos. También él tenía que comer, y cuando sus clientes no comían tan bien, lo mismo le pasaba a él. Quizá no hasta ese momento, pero con el tiempo tendría que hacerlo.

Sin embargo, los inventarios del lunes aún representaban para él una pequeña alegría, y ésa era Paula. Paula, la del adorable trasero y tetas prominentes. La cara era demasiado carnosa, pero cuando uno hurga en el fuego, no mira la repisa de la chimenea, se decía siempre, constituyendo el viejo refrán una consideración muy seria para él, nunca una excusa o una ingeniosidad.

Rodney Tucker era propietario del único supermercado de la Calle Mayor de Banfield, una tienda pequeña comparada con las cadenas de grandes establecimientos, pero Banfield era una ciudad pequeña. O un pueblo, como a él le gustaba llamarlo. Había venido aquí desde Croydon once años antes, después de verse obligado a cerrar su tienda de ultramarinos por la competencia del consorcio de supermercados de la zona. No sólo había aprendido de la experiencia, sino que el dinero que había hecho vendiendo el local le había permitido hacer la competencia. Banfield estaba madura para la explotación en aquel momento; demasiado pequeña para las grandes cadenas, pero adecuada para el gran establecimiento individual (siempre se había considerado como un gran individuo). Las dos tiendas de alimentos de la ciudad habían sufrido lo mismo que él, aunque no con tanta intensidad, sólo una se había visto obligada a cerrar. De forma bastante extraña, aquella tienda en

particular se había convertido en una lavandería automática, como ocurriera con su propia tienda de Croydon. Sin embargo, recientemente, había paseado en coche por delante de su antiguo local, y vio que la habían transformado en un centro de ventas de vídeo porno. ¿Ocurriría esto en Banfield ahora que las máquinas de lavar domésticas eran tan corrientes como las tostadoras? En todo caso, lo dudaba; los comités de planificación de lugares como aquél se mostraban notablemente difíciles de impresionar por los cambios en las exigencias de la venta al por menor del siglo XX. ¡Dios, ya había sido bastante difícil conseguir el permiso de apertura de su supermercado once años antes! Las ciudades y pueblos como aquél tenían su propia manera de llevar las cosas. Aun habiendo vivido en la zona todos estos años, seguía siendo considerado un forastero. Conocía a la mayoría de los hombres importantes de Banfield; había cenado con ellos, jugado al golf con ellos, flirteado con sus mujeres —sin importarle lo feas que fueran—, pero seguía sin ser aceptado. Tenías que haber nacido en la zona y haberte criado allí para ser considerado uno de ellos: ¡tu padre y *su* padre tenían que haber nacido allí! Eso no le importaba un bledo a Tucker, aunque le habría gustado ser elegido para el concejo municipal. ¡Oh, sí, eso sería estupendo! Había parcelas de tierra que iban a quedar libres en los alrededores de Banfield, y él tenía muchos contactos en el negocio de la construcción. Éstos se mostrarían muy agradecidos con cualquier miembro del concejo que se mostrara dispuesto a destinar a urbanización algunas parcelas. Muy agradecidos.

Con una mano se frotó la prominente barriga como si sus pensamientos fueran comida puesta ante él.

—¡Están bajando las existencias de pomelos en rodajas, Mr. Tucker!

Hizo una mueca de dolor al oír la penetrante voz de Paula. Añadid quince años y veinticinco kilos de peso, y Paula sería una réplica de Marcia, su mujer. Habría sido estupendo imaginar que su atracción por Paula se debía a que ésta le recordaba a su mujer cuando era más joven, antes de que unos años de matrimonio hubieran acentuado los defectos, en vez de los aspectos buenos. Gordas, delgadas, opulentas, sin pechos —eso no suponía ninguna diferencia para Tucker—. Bonitas (si podía tener esta suerte), sin atractivo, experimentadas, virginales (nunca podía tener *esta* suerte)… Tucker las tomaba a todas. ¿Edad? Trazaba la línea divisoria en los ochenta y tres.

Sin embargo, la mayoría de las chicas que él perseguía tenía algo en común con Marcia. Todas eran condenadamente estúpidas. No es que ésta fuera una cualidad que él exigiera, en modo alguno; pero ayudaba en su postura de regateo. Era bastante realista como para saber que, físicamente, él tenía poco que ofrecer; su gordura iba aumentando con los meses (pese a la falta de ventas), y su pelo, al parecer, se aclaraba por minutos (llevaba ahora la raya justo encima de su oreja izquierda, rojizas hebras de cabello, de unos veinte centímetros de longitud, extendidas y aplastadas contra su cráneo). Pero tenía una mente rápida, un ingenio rápido y los ojos de Paul Newman (un Paul Newman hinchado, lo reconocía). Y, lo más importante de todo —

atractivo que él admiraba en sí mismo—, tenía un poco de dinero. Y éste era un atractivo sobre el que nunca se mostraba modesto. Trajes caros, camisas a medida, zapatos italianos y calcetines limpios cada día. Pesadas joyas de oro en sus dedos y muñeca, pesados empastes de oro en sus dientes. Un llamativo «Jaguar XJS» amarillo que conducir, una hermosa casa imitación Tudor en la que vivir. Una hija de quince años que ganaba escarapelas de montar y certificados de natación; y una esposa… bueno, olvidemos a la esposa. Tenía un poco de dinero y se notaba. Él se aseguraba de que se notara.

Tucker sabía cómo dar a las mujeres de su vida un buen rato (olvidemos otra vez a su mujer), y como todas eran condenadamente estúpidas, eso era todo lo que ellas querían. Podía distinguir a una ambiciosa a un kilómetro de distancia, y tenía el suficiente sentido común como para mantenerse a cubierto: de ninguna manera quería que se balanceara su confortable barco.

Las tontas eran lo ideal: hacedles pasar un buen rato en Brighton —una comida agradable, un ratito de juego en el casino o en los galgos, la discoteca después—, y la cosa terminaba en su motel favorito en la carretera de Brighton. Si lo merecían, una excursión a Londres; pero tenían realmente que merecerlo. Paula merecía dos estancias en el motel hasta el momento, pero no un viaje a la ciudad. ¡Qué lástima aquella cara!

¡Montones de canelonni!

Tampoco la voz ayudaba mucho.

Tucker se paseó por entre las filas de estanterías, percibiendo fuertemente el olor del cartón y las bolsas de plástico en su nariz. Paula estaba subida a una pequeña escalera plegable, el tablero en una mano y la otra extendida para examinar el contenido de una caja de cartón. El corte de moda de su ajustada falda dejaba al descubierto la parte posterior de sus rodillas, que siempre era la más sensual de las visiones, pero, a última hora de una húmeda tarde de lunes, lo suficiente como para tensar un nervio en las sombreadas regiones por debajo de su prominente barriga.

Deslizándose silenciosamente hasta ella, le puso una mano en la pantorrilla. Sus dedos se deslizaron hacia arriba, y ella se puso rígida, enojada porque su pesado brazalete de oro se había enganchado en los leotardos.

—¡Rodney!

Tucker liberó el brazalete y dejó que su mano viajara una vez más hacia arriba. Se detuvo allí donde los leotardos se unían por la mitad formando, en colaboración con las bragas, un sello irrompible, una costra de nilón sobre una herida blanda, permanentemente húmeda. «El hombre que inventó los leotardos debía haber sido estrangulado con su propia creación», pensó Tucker con tristeza. Sus dedos juguetearon con las redondas nalgas.

—¡Rod, podría venir alguien!

Paula empujó su mano por debajo de la falda.

—No vendrán, cariño. Tienen otras cosas que hacer, en vez de interrumpir cuando

hago inventario.

Su voz tenía aún acento norteño, delatando sus orígenes de Banfield, de Croydon y de Londres.

—No, Rod, no podemos. Aquí no.

Paula empezó a bajar de la escalera, con los labios fruncidos en un gesto de resolución.

—Nunca te importó antes.

Retiró la mano con presteza para evitar que su dedo quedara aprisionado en el torno entre sus muslos.

—Bueno, es un poco vulgar, ¿no?

Dio la vuelta apartándose de él, sujetando el tablero contra su pecho como un escudo de castidad y contemplando pensativamente las estanterías que tenía a su alrededor como si también la concentración fuera un campo de fuerzas protector.

—¿Vulgar? —Él la miró con sorpresa—. ¿Qué demonios significa eso?

—Lo sabes perfectamente.

Siguió caminando, punteando algunos artículos en su tablero. Paula era la secretaria-supervisora-mujerfácil-desde-la-fiesta-de-Nochebuena-después-del-cierre-de-la-tienda. La había contratado tres meses antes porque era capaz de escribir a máquina, contar sin emplear los dedos, organizar al personal —había trabajado durante una temporada para «Butlin's» como ayudante del director de inversiones—, tenía buenas tetas y parecía maravillosa comparada con los tres pecosos jóvenes y un fracasado representante de cristales dobles que habían optado al puesto. Paula tenía veintiocho años, vivía con su madre, viuda y artrítica, tenía algunos novios, aunque nada fijo, y no era mala en su trabajo. Desde la fiesta-de-Nochebuena-después-del-cierre-de-la-tienda, sus relaciones habían sido muy agradables: copas después del trabajo, algunas noches en Brighton, un polvo en el motel, rápidos y excitantes magreos siempre que lo permitía la ocasión. Como durante el inventario de los lunes. ¿Qué coño le pasaba hoy?

—Paula, ¿qué coño te pasa hoy?

Dijo estas palabras en un susurro para que las cajeras de la tienda no pudieran oírle, pero su exasperación le agudizó la voz hasta convertirla en un chillido.

—No hay por qué utilizar ese lenguaje, Mr. Tucker —fue la áspera réplica de ella.

—¿Mr. Tucker? —Se tocó el pecho, señalándose con un gesto de incredulidad—. ¿Qué es todo este Mr. Tucker? ¿Qué le ha pasado a Rod?

Paula dio la vuelta para mirarle de frente, y el desdén que mostraban sus ojos era intimidador.

—Creo, *Mr. Tucker*, que deberíamos mantener nuestras relaciones sobre una base estrictamente comercial.

—¿Por qué, demonios…? ¿Por qué, Paula? ¿Qué ha ocurrido? Lo hemos pasado bien juntos, ¿no?

La voz de la mujer se suavizó, pero no sus ojos, como advirtió Tucker, no.

—Sí, lo hemos pasado muy bien juntos, Rodney. Pero… ¿es bastante eso?

Timbres de alarma empezaron a sonar en su cabeza.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó con cautela.

—Quiero decir que quizá yo pienso más en ti que tú en mí. Quizá yo solo soy un buen plan para ti.

«¡Oh, sí —pensó Tucker—, ya estamos! Se está haciendo ilusiones.»

—Por supuesto que no, cariño. Quiero decir que sí, pero que pienso más en ti que todo eso.

—¿Sí? ¡Nunca me lo demuestras!

Él levantó las manos, con las palmas hacia abajo.

—Cálmate, amor. No querrás que toda la tienda se entere de lo nuestro, ¿verdad?

—Tú quizá no; pero yo no estoy especialmente interesada en ocultarlo. ¡Ni siquiera me importaría que lo descubriera tu condenada mujer!

Tucker aspiró con fuerza y sintió cómo su corazón *latía con fuerza*. ¡Oh, no, quizás había juzgado erróneamente a Paula! ¡Quizá no era tan tonta!

—Podríamos pasar una noche en Londres, si quieres —dijo.

Ella le miró como si la hubiera abofeteado. Luego le arrojó el tablero. Tucker estaba más preocupado por el estrépito que hizo la madera al rebotar y luego caer al suelo, que por cualquier daño que pudiera sufrir él. Se inclinó para recuperar el tablero, mientras con una mano le hacía un gesto que significaba: «Por favor, no hagas ruido.» Un silencioso magreo era una cosa; una riña histérica que podía ser oída desde fuera, otra: esto último podía rebajar su posición como propietario-director… y el rumor podía llegar también a Marcia.

Se tambaleó contra las estanterías cuando Paula le empujó al pasar.

—¡Puedes terminar tú mismo el maldito inventario! —le dijo mientras se dirigía a la puerta que daba a la zona principal de ventas.

Se detuvo un momento en la puerta como para recomponer sus emociones antes de cruzarla. Cuando se volvió para mirarle, Tucker estaba seguro de que había cálculo en aquellos ojos nublados por las lágrimas, justo detrás de la aflicción.

—Harías bien en pensar en nuestra situación, Rodney. Harías bien en decidir qué vas a hacer al respecto.

Desapareció por la puerta, dejándola abierta de par en par.

Tucker gimió en su interior mientras se enderezaba. La había juzgado mal. No era ninguna tonta. Su siguiente táctica sería la conciliación, hacerle jadear de nuevo; luego, *¡zas…!* más escenas de histerismo, más de lo mismo. Algo que realmente le asustaba. ¡Bruja! Sabía el nombre del juego —lo había jugado una vez anteriormente —, pero no si el chantaje era emocional o financiero. Esperaba que no fuera financiero.

Salió del almacén una hora más tarde, y su humor era aún más negro que antes. Ya había advertido que las ventas del fin de semana eran malas, pero los montones de cajas de cartón intactas en las estanterías constituían siempre para él como una

especie de burla. No había muchos pedidos que hacer esta semana, y, tal como iban las cosas, no habría muchos la semana siguiente, ni la otra. ¡Oh, Dios, lunes, maldito lunes!

Aumentó su malhumor la visión de la tienda vacía de clientes y sus tres cajeras charlando juntas en una de las cajas. El chico encargado de distribuir las mercancías en las estanterías estaba sentado en un rincón leyendo una historieta, con su dedo índice metido en la nariz hasta la primera articulación. Tucker apartó la mirada con disgusto, demasiado apesadumbrado para gritarle al muchacho. Levantó sus ojos hacia la oficina y vio, a través del largo cristal de la ventana, que estaba vacía; Paula, evidentemente, se había marchado para todo el día. Mejor. No estaba de humor.

—Vamos, señoras —dijo en voz alta, obligándose a caminar animadamente hacia las cajeras—. Vuelvan a sus cajas, estén preparadas para el alud.

Las tres mujeres, con sus verdes batas, levantaron los ojos, sorprendidas. «Borboteo, trabajo duro y problemas»[5], pensó mientras se aproximaba a ellas. ¡Dios, había mujeres feas en aquel pueblo!

—Diez minutos para la hora de cerrar, señoras. Podría correr el rumor de que el paquete doble de «Kleenex» vale tres peniques esta semana, así que estén preparadas para la estampida.

Las mujeres rieron tímidamente ante su consabida broma —de vez en cuando cambiaba el producto para mantener fresco el humor—, y una de las cajeras sostuvo algo en el aire.

—¿Ha visto usted el *Courier* de la mañana, Mr. Tucker?

Se detuvo ante ellas.

—No, Mrs. Williams, no lo he visto. Como usted sabe muy bien he estado demasiado ocupado para leer periódicos.

—Hemos ganado el premio gordo, Mr. Tucker —dijo otra cajera entusiásticamente, haciendo que sus compañeras soltaran unas risitas propias de escolares.

—¿Así que su peña ha ganado en las quinielas? Bueno, espero que eso no signifique que vayan a abandonar la seguridad de un buen empleo sólo porque se han convertido en millonarias.

—No, Mr. Tucker —dijo, en tono de reproche, Mrs. Williams—. Es sobre Banfield. Estamos de actualidad.

Él la miró interrogadoramente y cogió el periódico. Sus labios se movían silenciosamente mientras leía la parte principal de la historia.

—Es la iglesia que hay en la carretera, Mr. Tucker. ¿No oyó hablar de ella ayer? El chico de mi hermana estaba allí, ¿sabe? Yo no voy a la iglesia mucho, pero mi…

—Usted conoce a la pequeña, Mr. Tucker. Alice Pagett. Viene a menudo aquí con su madre a hacer la compra de la semana. Es sordomuda…

—Era sordomuda, Mr. Tucker. Dicen que ya puede oír y hablar. Una especie de milagro, suponen…

Se alejó de ellas y recorrió rápidamente con la vista las columnas. Era una buena historia, aunque el periodista, evidentemente, se había entusiasmado demasiado. Pero es que pretendía ser un testigo ocular, pretendía haber estado presente cuando sucedió. CURA MILAGROSA DE UNA NIÑA DE BANFIELD, rezaba el titular. Y debajo decían los subtítulos: «¿Tuvo Alice Pagett una visión de Nuestra Señora?»

Subió los tres escalones que llevaban a su oficina sin dejar de estudiar el artículo, y cerró la puerta detrás de sí. Todavía estaba leyendo la historia cuando salieron del local las tres cajeras y el mozo.

Finalmente alargó una mano hacia su mesa, tomó un cigarrillo de su paquete, lo encendió y se quedó mirando pensativamente el humo exhalado. Su mirada volvió al párrafo que comparaba la supuesta cura «milagrosa» con las curas «milagrosas» de Lourdes, en el Pirineo francés. Tucker no era católico, pero conocía el santuario de Lourdes. Un ligero resplandor brotó en sus ojos, y, por primera vez aquel día, la excitación penetró en su malhumor como un láser a través de la niebla.

Alargó la mano al teléfono.

Lunes, primera hora de la noche

El sacerdote bajó del «Renault» y regresó a la puerta de batientes que acababa de cruzar con el coche. La empujó para cerrarla, mientras la grava crujía bajo sus pies y el viento, acompañado de punzantes gotas de agua, le azotaba la cara. Volvió al coche y condujo lentamente hacia la casa parroquial, con los ojos parpadeando constantemente en dirección a la iglesia de piedra gris que se levantaba a su derecha. El camino corría paralelamente al sendero que llevaba a la iglesia, y entre ambos se alzaban algunos árboles, matorrales y una pequeña extensión de césped. Parecía adecuado que hubiera una división entre los dos caminos, uno de los cuales llevaba directamente a la Casa de Dios, y el otro, a la casa de Su sirviente. El padre Hagan se preguntaba a veces si su puerta no debería llevar un letrero que dijera: PUERTA DE SERVICIO.

Paró el coche y cerró el contacto. La iglesia estaba a más de un centenar de metros de distancia, y sus robustas y desgastadas paredes parecían desoladas, muy desoladas, en aquel día gris. Su imagen era reproducida en el periódico que estaba en el asiento del pasajero. Era una mala reproducción, borrosa en los bordes, una fotografía tirada apresuradamente, ampliada, como para subrayar la ineptitud del fotógrafo. Debajo se veía una instantánea aún más borrosa de Alice Pagett, arrodillada en la hierba.

El padre Hagan apartó sus ojos de la iglesia y los dirigió al *Courier*. No necesitaba volver a leer el artículo, porque parecía como si tuviera éste grabado en su mente. La historia, contada tan fríamente, parecía equivocada, distorsionada; sin embargo, reflejaba con exactitud lo que había ocurrido el día anterior. Quizá

confundía su verdad el sensacionalismo sustituyendo a la pasión. ¿Había tenido lugar una visión? ¿Había asistido a un milagro toda aquella gente reunida en la iglesia? ¿Estaba Alice Pagett realmente curada?

Sonrió, pero era una sonrisa cautelosa. De la última cuestión no cabía ninguna duda: Alice ya no era una sordomuda.

Hagan acababa de llegar del Hospital Sussex de Brighton, donde la niña era aún sometida a algunas pruebas. La repentina capacidad de Alice para hablar y oír la habían elevado de ser un caso interesante, a un caso extraordinariamente interesante. Años antes, los especialistas, incapaces de encontrar ninguna malformación física en los oídos o garganta de Alice, informaron a sus padres de que ellos creían que la enfermedad de la niña era puramente psicosomática (su mente le decía a su cuerpo que no podía oír ni hablar); por tanto, ella ni oía, ni hablaba. Ahora su mente le decía que sí podía hacerlo. De manera que, por lo que se refería a la profesión médica, no había existido ningún milagro; sólo un cambio en su mente. De haber habido un «milagro» —y se vieron algunas sonrisas cínicas cuando la palabra fue mencionada a los aturdidos padres—, éste era aquello que había causado el cambio en la mente. Aunque la observación resultaba irrespetuosa, era algo que el padre Hagan podía aceptar.

El artículo del periódico había comparado la experiencia de Alice Pagett con la de la joven francesa Bernadette Soubirous, quien afirmaba haber tenido una serie de visiones de la santa Virgen en 1858. La gruta, situada en las cercanías de la pequeña ciudad de Lourdes, donde habían tenido lugar las supuestas visiones, se había convertido en lugar de adoración, elevándose a cuatro o cinco millones el número de visitantes que tenía el santuario cada año. Muchos padecían enfermedades o incapacidades, y viajaban allí con la esperanza de ser curados, en tanto que otros iban a reafirmar su fe o, simplemente, a rendir homenaje. De los primeros se habían registrado más de cinco mil curas, aunque, después de rigurosas investigaciones realizadas por la propia Oficina Médica de la Iglesia Católica, sólo sesenta y cuatro habían sido proclamadas como milagrosas. Pero muchos otros peregrinos, no sólo los enfermos, eran bendecidos por otra clase de milagro, un milagro ignorado por los registros médicos, pero notado por la propia Iglesia: estas personas recibían una renovación de la fe, una tranquila aceptación de lo que tenía que ser, una paz interior que les permitía enfrentarse con su propia incapacidad o la de sus seres amados. Éste era el verdadero milagro de Lourdes. Intangible, porque era una realización íntima, espiritual, una iluminación que podía no tener ninguna importancia para los registros clínicos, para los «tanteadores» médicos.

Alice Pagett había sufrido sin duda una profunda experiencia emocional, *quizás* espiritual, que había hecho que los reprimidos sentidos volvieran a funcionar normalmente. Eso, en sí mismo, era el milagro. La verdadera cuestión para el padre Hagan era si dicha experiencia estaba o no inducida por la divinidad; nadie era más severo que la propia Iglesia sobre los supuestos milagros «santos».

Dobló el periódico, se lo metió bajo el brazo y se apeó del coche. El cielo nocturno se había oscurecido considerablemente en los últimos minutos, como si la noche presentara su reclamación con apresurada brusquedad; ¿o es que llevaba sentado en el coche más tiempo del que suponía? Su sacristán llegaría pronto a fin de iluminar la iglesia para el servicio nocturno, y el sacerdote agradecería la compañía. Entró en la casa parroquial y fue directamente a la cocina. Si hubiera sido bebedor —y conocía a muchos curas que lo eran—, habría tomado con gusto un gran trago de *whisky*; tal como estaban las cosas, serviría una taza de té.

Parpadeó bajo la luz de la cocina, llenó el hervidor y se quedó contemplando el anillo de gas, sólo vagamente consciente de que cuanto más se quedara allí mirando, más tiempo tardaría el agua en hervir. Sus pensamientos se dirigían a Alice.

Su madre estaba emocionada y llorosa por la increíble recuperación, y su padre, todavía en un estado de incredulidad. Alice podía no sólo hablar y oír perfectamente, sino que flotaba en torno a ella una irradiación especial, que se debía a algo más que a su recuperación física.

El padre Hagan necesitaba hablar con la niña en privado, interrogarla detalladamente sobre su visión, ganarse su confianza para que no tuviera ocasión de inventar nada en su historia; pero aquel día fue imposible hablar en privado con la niña. El médico local se había llevado rápidamente a la familia Pagett al hospital a última hora de la tarde del domingo. Tan asombrado estaba el médico por el repentino cambio en el estado de la niña, que insistió en que la examinaran inmediatamente los especialistas. Alice había estado toda la noche sometida a observación, y durante todo el día siguiente se llevaron a cabo más exámenes.

Para alguien que había recuperado el poder del habla, Alice no estaba charlando mucho, que digamos. Cuando los médicos la interrogaron sobre la señora de blanco que ella afirmaba haber visto, su expresión de felicidad se convirtió en otra de serenidad, y repitió lo que le había dicho al sacerdote.

—La señora de blanco dijo que era la Inmaculada Concepción (el difícil título se le había vuelto más fácil de pronunciar para Alice)…

—¿A qué se parecía?

—Era blanca, brillante, blanca. Como la estatua de la iglesia de St. Joseph, pero una especie de brillo… una especie de luz…

—¿Quieres decir resplandeciente?

—¿Resplandeciente?

—Como hace el sol a veces cuando es un día neblinoso.

—Sí, eso es. Resplandeciente…

—¿Y qué más te dijo, Alice?

—Me dijo que volviera a verla…

—¿Dijo por qué?

—Un mensaje. Tiene un mensaje…

—¿Un mensaje para ti?

—No. No; para todo el mundo.
—¿Cuándo debes volver?
—No lo sé.
—¿No te lo dijo?
—Lo sabré.
—¿Cómo?
—No sé. Lo sabré.
—¿Por qué te curó?
—¿Curarme?
—Sí. Tú no podías hablar ni oír antes. ¿No recuerdas?
—Claro que recuerdo.
—Entonces, ¿por qué te ayudó?
—No sé. Lo hizo.

Una pausa. La niña estaba pensativa, abstraída, pero bien dispuesta. El personal médico estaba evidentemente encantado con Alice, pero había algo más que los afectaba. Su tranquila serenidad era contagiosa. Un psicólogo, familiarizado con el caso de Alice, rompió el silencio.

—¿Te gustó la señora, Alice?
—¡Oh, sí, sí! Amo a la señora.

Alice lloró entonces.

El padre Hagan abandonó el hospital confuso, no muy emocionado por el júbilo que notaba a su alrededor. Para entonces había estallado la historia, y él quedó asombrado al ver el titular excepcional en el *Courier*. Lo que le preocupaba tanto no era sólo la atención que indudablemente despertaría su iglesia parroquial, ni tampoco la publicidad que perseguiría a Alice —éste era un precio pequeño que pagar por la curación de su aflicción—, sino la comparación con los milagros de Lourdes. Hagan temía el circo que iban a crear tales noticias. Y había algo más. Como una especie de presentimiento. Tenía miedo y no sabía por qué.

El hervidor soltaba vapor cuando él salió de la cocina y se dirigió al teléfono del vestíbulo.

Lunes, avanzada la noche

—¿Cómo estaba el cordero, Mr. Fenn?

Fenn levantó su vaso de vino hacia el propietario del restaurante.

—*Carré d'agneu* en su punto, Bernard.

Bernard se mostró radiante.

—¿Y el suyo, Madam?

Sue hizo gestos aprobadores a través de los *Crêpe Suzette* que tenía en la boca, y Bernard asintió con la cabeza.

—¿Un *brandy* con el café, Mr. Fenn?

Normalmente permitía que sus clientes dispusieran de mucho tiempo para relajarse entre los platos, pero ahora ya sabía que Gerry Fenn nunca podría relajarse hasta que toda la comida hubiera terminado, y tenía un gran vaso de *brandy* ante él.

—¿*Armagnac*, Sue? —preguntó el reportero.

—No, creo que no.

—Vamos. Celebraremos algo, ¿recuerdas?

—De acuerdo. Bueno, Drambuie, entonces.

—Muy bien —dijo Bernard. Era un hombre bajito, pulcro, que se tomaba un interés auténtico por sus clientes—. ¿Celebran algo?

Fenn hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿No ha visto usted la edición de la tarde?

Bernard sabía que Fenn se refería al *Courier*, porque el reportero había escrito un articulito en aquel periódico sobre su restaurante, «The French Connection», unos años atrás, cuando él y su compañero en el negocio (que era también el *chef*) lo inauguraron en Brighton. Eso dio un buen impulso al negocio en aquella época, porque la ciudad balnearia estaba saturada de restaurantes y *pubs*, y, a partir de ese momento, el reportero había sido considerado como un cliente privilegiado.

—No he tenido oportunidad de echar una mirada a los periódicos de hoy —dijo excusándose.

—¿Qué? —Fenn fingió un sorprendido horror—. ¿Se ha perdido mi primera plana? ¡Me avergüenzo de usted, Bernard!

—Lo leeré más tarde.

Bernard sonrió, desapareció escaleras arriba y subió al nivel de la calle, en donde estaba el pequeño bar. Casi como si estuvieran trabajando con poleas, un camarero descendió al sótano para quitar los platos de postre.

El restaurante estaba repartido en tres pisos y emparedado entre un fabricante de marcos y una taberna, con una fachada tan estrecha, que parecía haber sido encajada allí a martillazos. Para Fenn era el mejor restaurante de la ciudad, al que sólo había que acudir en ocasiones especiales.

—Pareces muy pagado de ti mismo, Gerry —dijo Sue, mientras con el dedo daba vueltas en el borde del vaso de vino.

—Sí —reconoció con una sonrisa, que desapareció al verla con el ceño fruncido —. Oye, era una buena historia.

—Sí, lo era. Aunque un poco exagerada.

—Un poco exa… ¡Cristo! ¿Lo que sucedió era un poco exagerado?

—Lo sé, Gerry, lo sé. Lo siento, no te estoy echando la culpa. Es sólo que, bueno, me parece que todo el asunto se está desproporcionando.

—¿Qué esperas? Quiero decir: fue algo muy extraño lo que ocurrió allí. Una sordomuda repentinamente curada y que afirma haber visto a la Inmaculada Concepción. Algunos niños dicen que vieron también algo, cuando hablé después con

ellos. Es decir, los únicos a los que pude encontrar, pues sus padres se los llevaron tan deprisa, que tuve muchas dificultades en cazar a alguno.

—Yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Sí, claro. No parecías muy espabilada tampoco.

Sue jugueteó con el mantel en su regazo.

—Tuve una sensación extrañísima, Gerry. Era una cosa… no sé… como de ensueño. Casi hipnótica.

—Histeria. ¿No notaste que ayer estaba flotando en el aire? A los niños se la contagió la pequeña. ¿Recuerdas aquella historia de hace unos años? ¿El Festival de Bandas de Desfile en Mansfield? Trescientos chicos se desmayaron al mismo tiempo en un campo mientras esperaban tomar parte en el concurso; tras una investigación muy concienzuda, las autoridades dictaminaron que había sido histeria colectiva.

—Uno o dos de los médicos investigadores no estuvieron de acuerdo. Dijeron que los niños quizás habían sufrido una especie de envenenamiento orgánico. Y se hallaron indicios de malatión en el suelo.

—No el suficiente como para dar esa clase de resultado; pero, de acuerdo, considerémoslo como un caso no resuelto. De todas maneras, hay muchos otros casos de histeria colectiva que prueban que eso ocurre, ¿no?

Ella asintió, y luego dijo:

—¿Así que tú crees que eso es todo? ¿Histeria colectiva?

—Probablemente.

—Eso no se translucía demasiado en tu historia.

—No, estaba implicado. Mira, hoy la gente quiere leer cosas sobre lo paranormal. Están enfermos de oír hablar de guerra, de política y de economía en crisis. Quieren algo más en que pensar, algo que se aparte de las actividades humanas mundanas.

—Y ayuda a vender más ejemplares.

Fenn no tuvo ocasión de responder con acritud, porque acababa de regresar Bernard.

—Armagnac para el señor, Drambuie para la señora.

La sonrisa de Bernard desapareció al captar algo helado en la atmósfera.

—Gracias, Bernard —replicó Fenn, sin quitar los ojos de Sue.

Bernard se esfumó para averiguar cómo marchaban las cosas en la mesa siguiente.

—Lo siento otra vez, Gerry —dijo Sue antes de que Fenn pudiera iniciar su réplica—. No tengo intención de empezar una pelea.

Fácilmente apaciguado, Fenn alargó una mano a través de la mesa para coger la de Sue.

—¿Qué pasa, Sue?

Ella se encogió de hombros, pero sus dedos se enlazaron con los de Fenn. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Creo que no me gusta que el asunto se degrade. Algo maravilloso ocurrió allí

ayer. Si fue o no alguna clase de milagro, no es importante; fue algo hermoso. ¿No lo sentiste? ¿No sentiste algo cálido, algo lleno de sosiego que te bañaba?

—¿Hablas en serio?

La ira brilló en los ojos de la joven.

—¡Sí, maldita sea, hablo en serio!

Fenn le apretó la mano.

—Tranquila, Sue, no te exaltes. Ya viste que estaba ocupado: no tuve oportunidad de sentir nada. Observé una cosa, sin embargo: una o dos personas —entre las que no estaban preocupadas por sus pequeños— se veían muy regocijadas por lo que ocurría. Mostraban una sonrisa de oreja a oreja, pero en aquel momento creí que era sólo diversión al ver cómo los niños se estaban saltando la misa. Sin embargo, no estaban riendo o bromeando; sólo de pie mirando a su alrededor, con expresión feliz. Quizá sea esa felicidad de que tú hablas.

—¿Otra vez histeria?

—No descarto nada.

—¿No crees que esa pequeña, Alice, vio realmente una aparición?

—¿Una aparición? —La palabra dejó atónito a Fenn durante unos momentos. Se movió incómodamente en su asiento, y luego alargó la mano hacia el *brandy*. Tomó un sorbo y dejó que el líquido le quemara la parte posterior de la garganta—. No soy católico, Sue. Si de eso se trata, no estoy versado en religión. Ni siquiera estoy seguro de que haya un Dios. Si lo hay, debe de estar sintonizado con otro canal. Ahora, ¿realmente esperas que yo crea que la niña vio a la Madre de Dios?

—La Madre de Cristo.

—Es lo mismo para los católicos, ¿no?

Sue no insistió, pero no quería crear confusión en la discusión.

—¿Y cómo te explicas las palabras de Alice? La Inmaculada Concepción. No hay muchos niños que fueran capaces de decirlas juntas, particularmente si han estado sordos la mayor parte de su vida.

—Tendría que ser incapaz de pronunciar nada coherente después de todos estos años; pero ésa es otra cuestión. Quizá vio ese título en algún libro religioso.

—Y los dibujos. Según tú, la madre de Alice dijo que su hija había hecho dibujos de Nuestra Señora una y otra vez desde su anterior aparición.

—Sí, eso es lo que dijo. Eso es todo lo que saqué de ella antes de que el cura se interfiriese. Se los llevó rápidamente antes de que pudiera obtener mucho más. Pero eso tampoco demuestra nada, Sue, excepto que Alice estaba obsesionada con la imagen. Y *eso* sí que pudo sacarlo de cualquier libro sobre el catolicismo. Hay incluso una estatua de María en la iglesia.

Fenn se detuvo y bebió el *brandy* mientras el camarero servía el café.

Cuando estuvieron nuevamente solos, Fenn continuó:

—La cuestión es ésta: Alice tuvo una visión, para ella, real. Pero eso no la convierte en real para nadie más. Mi punto de vista personal es que se trata de un

caso propio de un psiquiatra.

—¡Oh, Gerry…!

—¡Espera un momento! Para que ella hable tan claramente y tan bien después de todos estos años, tiene que haber estado oyendo palabras, sonidos, la mayor parte del tiempo.

—A menos que los recordara.

—¡Tenía cuatro años cuando se quedó sordomuda, por el amor de Dios! No hay forma de que pudiera recordarlos.

Los que cenaban en la mesa de al lado miraban en su dirección, así que se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Mira, Sue, no trato de meterme con tu religión, aunque no veo que te haya importado mucho hasta ahora; pero ¿tienes idea de cuántos casos se dan cada año de personas que pretenden haber visto a Dios, o ángeles, o santos? Sí, incluso a la Virgen María. ¿Tienes idea?

Ella movió negativamente la cabeza.

—No, yo tampoco la tengo. —Sonrió—. Pero sé que corren parejos con los que han visto OVNIS. Y hay muchos asesinos que cometen su acción porque «Dios se lo mandó». Mira a Sutcliffe, el Destripador de Yorkshire. Es un fenómeno bastante corriente.

—Entonces, ¿por qué lo magnificas, para que sea algo más?

Fenn enrojeció.

—Eso es periodismo, nena.

—Es nauseabundo.

—Tú también estás metida en el negocio de los medios de comunicación.

—Sí, y a veces me avergüenzo de ello. Ahora quiero irme a casa.

—¡Ah, vamos, Sue, esto se está complicando!

—Hablo en serio, Gerry. Quiero irme.

—Pero ¿qué te pasa? Lamento haberte llevado a esa maldita iglesia; te me estás volviendo santa.

Sue le lanzó una mirada llameante, y por unos momentos Gerry creyó que ella iba a tirarle el vaso a la cabeza. Pero, en vez de eso, se secó los labios con su servilleta y se puso en pie.

—Me iré sola a casa.

—¡Eh, Sue, para ya! Creí que ibas a quedarte conmigo esta noche.

—Debes de estar bromeando.

Fenn la miró, asombrado.

—No puedo creerlo. ¿Qué te ha cogido?

—Quizás es que simplemente ahora te veo tal como eres.

—Te estás comportando ridículamente.

—¿De verdad? Quizá tengas razón, pero así es como me siento en este momento.

—Pagaré la nota.

Fenn apuró el coñac y se levantó.

—Prefiero irme sola a casa.

Dicho esto, dio la vuelta a la mesa y subió por la escalera, con fuertes pisadas.

Fenn se sentó, demasiado confuso para seguir protestando. Alargó la mano hacia el intacto Drambuie, lo levantó hacia los otros comensales que, evidentemente le encontraban fascinante, y lo ingirió de dos rápidos tragos.

Unos pasos en la escalera le hicieron volverse, con la esperanza de que Sue se hubiera aplacado.

—¿Todo está bien, Mr. Fenn? —preguntó Bernard ansiosamente.

—Terrorífico.

Lunes por la noche

Jadeaba mientras subía por la colina, murmurando de vez en cuando cosas relativas a la desconcertante inestabilidad del carácter femenino. Su cena de «celebración» había empezado bastante bien, pero cuanto más discutió la historia de Alice Pagett con Sue, más callada se había vuelto. Sue tenía un temperamento variable, voluble en un momento, tranquilo e incluso indiferente, en otro. El truco estaba en saber predecir sus humores —y él se tomaba mucho interés en ello— y seguirles la corriente. Esta noche, sin embargo, no estaba preparado para su ataque. No preparado, y aún desconcertado.

¿Por qué demonios se había ofendido tanto? ¿Quizá la misa de aquel domingo había provocado un resurgir de sus pasados ideales religiosos? ¿Y por qué? Ella llevaba a Ben a misa por Navidad, y no se producía ninguna metamorfosis religiosa repentina en ella. ¿Por qué ahora? Tenía que ser por causa de los niños; tal vez simplemente no quería que los explotaran. Y quizá tenía razón.

Pero su trabajo consistía en informar de las noticias, ¿no? Y, ¡por Dios!, aquello *eran* noticias. Incluso los Nacionales[6] las querían. No cabía ninguna duda: la historia sería su billete para Fleet Street.

Con alivio, se detuvo al fin ante una de las casitas de la ascendente (o descendente, según la dirección en que fuera uno) calle, un edificio de dos pisos, sin contar el sótano, estilo Regencia, con paredes blanquísimas y bastidores de ventanas y puertas negrísimas.

Fenn metió la llave; le temblaba la mano ligeramente por la contenida frustración más que por las pocas copas que había consumido en el *pub* de al lado de «The French Connection». Cerró la puerta detrás de sí y subió por la escalera hasta su apartamento del primer piso; esperaba que Sue le estuviera aguardando, aunque estaba convencido de que no sería así. El timbre del teléfono le hizo apresurarse.

OCHO

¿Te unirás, no te unirás, te unirás, no te unirás,
te unirás al baile?
¿Te unirás, no te unirás, te unirás, no te unirás,
no te unirás al baile?

Alicia en el país de las maravillas
LEWIS CARROLL

El tamaño del «Crown Hotel» estaba en consonancia con el del pueblo: pequeño, íntimo, del tipo apreciado por los amantes de fin de semana. Una placa colgada en la pared de recepción informó a Fenn de que otrora había sido una posada para coches de posta del siglo XVI, ampliamente reformada en 1953, año en que se le habían añadido algunas habitaciones. El comedor, de vigas de roble, albergaba confortablemente a cincuenta personas, y las dieciséis habitaciones estaban bien amuebladas, algunas de ellas, con baño privado, y todas, con televisión y radio. El rótulo también indicó a Fenn que la dirección estaba convencida de que él disfrutaría de la buena comida y atento servicio del establecimiento, y le daban la bienvenida. «Gracias —se dijo—, pero no creo que me quede mucho tiempo.»

Observó que el bar, a su izquierda, estaba abierto, y decidió que las 10,35 de la mañana era demasiado temprano para tomar una cerveza. El olor a café matutino flotaba en el aire, y de vez en cuando alguna pareja de edad entraba y desaparecía en el bar. Decididamente, aquel aroma era un canto de sirenas subliminal para los viejos.

—¿Mr. Fenn?

Fenn se volvió y se vio frente a un hombre de cara juvenil, pero pelo grisáceo, que le sonreía desde el umbral de una puerta al otro lado del vestíbulo.

—¿Mr. Southworth?

—Yo soy.

El hombre de pelo gris se adelantó un paso, con un brazo levantado hacia la abierta puerta, en una clara invitación a que el reportero le acompañara. Fenn lanzó una mirada agradecida a la bonita recepcionista que había ido a buscar al director del hotel, considerando demasiado atrevido hacerle un guiño en presencia de su jefe.

—Me alegro de conocerle, Mr. Fenn.

Southworth tendió al reportero una firme mano, que él estrechó brevemente antes de entrar en la habitación. Otro hombre se levantó de su silla y alargó la mano a Fenn. Éste estrechó también la regordeta mano, y resistió la tentación de secarse en la pernera del pantalón la humedad transferida.

El director del hotel cerró silenciosamente la puerta, dio la vuelta a una gran mesa forrada de piel y se sentó. Vestía traje negro con chaleco gris claro y corbata de seda gris. Mirándole más de cerca, su cara no parecía tan juvenil, aunque la piel era suave,

salvo algunas indiscretas arrugas en torno a sus ojos y la comisura de la boca. Fenn y el otro hombre se sentaron frente a la mesa en dos sillas de respaldo recto.

—Éste es Mr. Tucker —dijo Southworth.

Mr. Tucker hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y, durante un incómodo momento, Fenn pensó que tendría que volver a estrechar aquella sudorosa mano; pero el hombre barrigudo simplemente inclinó la cabeza hacia él; su sonrisa no parecía estar en consonancia con los penetrantes y astutos ojos que valoraban a Fenn. Southworth continuó la presentación:

—Mr. Tucker reside en Banfield… ¿cuánto hace, Rodney… diez años?

—Once —corrigió Tucker.

—Sí, once años. Se trata de un miembro muy estimado por la comunidad, si se me permite decirlo.

Tucker se pavoneó, y Fenn arrugó el ceño secretamente ante la zalamera sonrisa de aquellos labios lloriqueantes. Observó la pesada cadena de oro en la gruesa muñeca, los anillos, uno de ellos con un soberano, en los carnosos dedos, y se preguntó cuántos kilos de peso adicional añadían a la ya sobrecargada humanidad.

—Muy amable por tu parte al decirlo, George. —Había un ligerísimo acento del Norte en la voz de Tucker. Éste se volvió hacia el reportero—: Soy el dueño del supermercado local.

—Eso es maravilloso —replicó Fenn.

Tucker le miró durante unos momentos, sin estar completamente seguro de cómo tomar el cumplido. Decidió que el reportero era sincero.

—Leí su maravillosa historia del *Courier* ayer noche, Mr. Fenn. Una muestra de periodismo de primera clase.

—Evidentemente, por eso querían ustedes verme esta mañana, ¿no?

—Sí, sin duda —respondió Southworth—. Como puede usted imaginar, las noticias corrían por toda la ciudad el domingo por la noche, pero fue su reportaje lo que dio a esas noticias una mayor importancia en la región. Por ello le quedamos agradecidos.

—Esto quizá sea prematuro.

—¿Perdón?

—Tal vez se encuentren con un montón de visitantes indeseables en la ciudad en las próximas semanas, ahora que los Nacionales se han apoderado también de la historia.

Fenn observó la mirada que se cruzó entre los dos hombres. Los ojos de Tucker brillaron unos instantes, pero Southworth permaneció impasible.

—Semanas, Mr. Fenn —dijo el director del hotel—, pero, desgraciadamente, no meses.

—¿Desgraciadamente?

Southworth se echó hacia atrás en su silla y cogió una estilográfica de encima de la mesa; fríamente miró al reportero mientras jugueteaba con la pluma.

—Déjeme que sea absolutamente franco con usted, Mr. Fenn. Me había enterado de lo ocurrido en la iglesia de St. Joseph, por supuesto, pero no había prestado mucho crédito a la historia, ni incluso, mucho me temo, demasiada atención. Naturalmente, supuse que la historia había sido exagerada o, simplemente —para decirlo de una manera suave—, había existido mala información. Pero cuando Mr. Tucker me llamó por teléfono ayer por la noche y tuve la oportunidad de leer su relato de lo ocurrido, hube de admitir que el asunto merecía más atención. En la posterior reunión que celebré con Mr. Tucker, me convencí de que este asunto podría tomar mayores proporciones.

—Deje que pasen un par de semanas, como les dije, y todo se olvidará. El público es muy voluble cuando se trata de noticias; le gustan frescas.

—Ésa es precisamente la cuestión.

Fenn enarcó las cejas.

Southworth se inclinó hacia delante, con los codos descansando en la mesa, y la pluma sujeta aún entre los dedos de ambas manos, como un puente delicadamente suspendido sobre un barranco. Sus palabras eran lentas, mesuradas, como si considerara importante que su significado fuera captado correctamente en toda su intención.

—El mundo, no creo que haga falta decírselo, se halla en una grave recesión. Los problemas económicos ya no se limitan individualmente a los países; afectan a la totalidad del Planeta. Pero son las personas individualmente las que sufren, Mr. Fenn; no los continentes, no los países. El hombre corriente tiene que soportar la errónea gestión mundial.

Fenn se removió en su asiento.

—Em… no veo la relación…

—Por supuesto que no, Mr. Fenn. Le presento mis excusas. Permítame que sea más directo. Nosotros somos una pequeña ciudad, realmente un pueblo, en un pequeño país, y somos nosotros, los pueblos y ciudades pequeños, los que sufrimos bajo la desafortunada política económica del Gobierno. Nadie subvenciona nuestras industrias locales o negocios porque, individualmente, su pérdida es insignificante cuando se comparan con las grandes cadenas o las industrias nacionalizadas. Nuestros negocios locales están agonizando, Mr. Fenn. Banfield se está muriendo lentamente.

—No puede ser tan malo.

—No, quizás esté exagerando, para ir a parar adonde quiero. No es tan malo, pero lo será dentro de unos años. Si no detenemos la descomposición.

—Sigo sin ver qué tiene esto que ver con lo ocurrido el domingo.

Pero esto no era del todo cierto. Fenn había empezado a columbrar algo, aunque la idea estaba sólo empezando a filtrarse.

Tucker movió su voluminoso cuerpo en el asiento y lanzó un profundo suspiro, como si se dispusiera a hablar. Southworth lo cortó apresuradamente, como si temiera

que su colega llegara a expresar sus pensamientos.

—Ya debe de haber visto usted bastante de Banfield a estas alturas como para formarse una opinión del lugar, Mr. Fenn.

—No puedo decirlo todavía. Había pasado por aquí una o dos veces antes, pero hasta hace una semana más o menos, cuando casi atropellé a la pequeña Pagett, realmente no le había prestado mucha atención.

—¿Y ahora?

—Es un lugar bastante bonito. Bastante bonito…

—Pero carente de excitación.

—Ya, quizá podría decirse eso. Hay muchas otras ciudades y pueblos del Sur que son más bonitos, más tradicionales.

—¿Y más atractivos para el negocio turístico?

Fenn asintió con la cabeza.

—Eso es exactamente. Nosotros, como comunidad, realmente no tenemos demasiado que ofrecer. En verano, este hotel es un lugar muy concurrido, pero mis huéspedes lo usan sólo como base para viajar por el campo de Sussex, o visitar Brighton u otras ciudades balnearias de la costa del Sur. El beneficio para Banfield es mínimo. Sin embargo, yo, personalmente, estaría dispuesto a invertir más dinero en el pueblo si creyera que iba a producir unas ganancias razonables. Sé que Mr. Tucker piensa de la misma manera, pero se resiste a despilfarrar buen dinero.

—Y no somos sólo nosotros, Mr. Fenn. —Tucker consiguió hablar al final—. Hay muchos otros hombres de negocios por aquí que están buscando una buena inversión.

—Lo siento, no les sigo. ¿De qué clase de inversión están ustedes hablando?

—Por lo que a mí se refiere —dijo Southworth—, me gustaría mucho abrir un nuevo hotel. De tipo moderno, con más comodidades que las que puede ofrecer el «Crown». Quizás, incluso, un motel en las afueras; eso sería muy adecuado para el comercio de paso que recibimos.

—Y a mí me gustaría abrir más tiendas —intervino Tucker entusiásticamente—, quizás un par de restaurantes… ya sabe, del tipo barato donde los padres puedan llevar a sus pequeños en un día de excursión.

—Y hay mucha tierra por aquí esperando ser urbanizada —dijo Southworth—. El pueblo podría crecer, extenderse y convertirse en una auténtica ciudad.

«Y de paso, usted y algunos amigos suyos ganarían un poco de dinero», pensó Fenn maliciosamente.

—De acuerdo —dijo—. Ya veo lo que ustedes pretenden. Pero aún no estoy seguro de qué tiene que ver todo esto conmigo. Cuando mi redactor jefe me telefoneó la noche pasada dijo que usted, Mr. Southworth, quería verme personalmente, que tenía más información sobre el «milagro» de Banfield… éstas son palabras de usted, no de él. Como no dijo usted nada más, decidió que yo me diera una vueltecita por aquí esta mañana, que quizá fuera importante. ¿Estaba en lo cierto?

Nuevamente, los dos hombres intercambiaron una mirada; esta vez había en ella

cautela.

—Consideramos su relato de lo ocurrido en la iglesia de St. Joseph como una pieza maestra del periodismo, Mr. Fenn. Exacta en los detalles e imaginativa en las cuestiones que plantea.

Tucker asentía haciendo ruiditos.

«¡Oh, sí!», pensó Fenn.

—¿Qué cuestiones?

—Bueno, realmente fueron comparaciones. Eso fue lo que indujo a Mr. Tucker a ponerse en contacto conmigo en mi calidad de presidente del concejo municipal. Comparó usted Banfield con Lourdes. De hecho, hizo usted la pregunta: ¿Puede Banfield ser otro Lourdes?

Dejó la pluma en la mesa y sonrió al reportero.

—Admito que desproporcioné un poco las cosas.

—En absoluto, Mr. Fenn. Por el contrario, nosotros creemos que fue una observación muy acertada.

La metafórica bombilla se encendió sobre la cabeza de Fenn, con brillante relampagueo. Ahora veía con claridad adonde conducía todo aquello, aunque seguía sin ver qué papel le tocaba representar.

—Ha habido más de un supuesto milagro en Lourdes, Mr. Southworth. Hablando con absoluta seriedad, no creo que Banfield llegue a cumplir los requisitos; ¿ustedes sí?

—¡Oh, yo creo que sí! Fíjese en Walshingham y Aylesford, ambas, ciudades de Inglaterra. Se han convertido en santuarios para muchos peregrinos cada año. En cuanto a Aylesford, nadie está completamente seguro de si alguna vez tuvo o no lugar una aparición de la Virgen María; muchos creen que se produjo en Francia. Asimismo, nunca se han producido milagros espectaculares en ninguna de estas ciudades; no obstante, lo místico está presente ahí, la gente acude a ellas en tropel, en la firme creencia de que se trata de lugares santos. Al menos tenemos la prueba de que algo extraordinario ocurrió en St. Joseph, algo que permitió a una niñita oír y hablar después de años de silencio.

—Extraordinario, sí, pero no necesariamente un milagro —estimó Fenn.

—¿Conoce usted una de las mejores definiciones de milagro? «Una excepción decretada por la divinidad.» Creo que eso es más bien apropiado en este caso.

—«¿Decretado por la divinidad?» ¿No necesita usted alguna prueba de eso?

—La Iglesia, sí, desde luego. Pero la niña afirma que vio a la Inmaculada Concepción. ¿Por qué iba a mentir?

—¿Y por qué iba usted a creerla? —Opuso Fenn rápidamente.

—Creo que es irrelevante el que la creamos o no. Quizá, como católico que soy, estoy más dispuesto a hacerlo que Mr. Tucker, pero, como digo, ésa es una cuestión marginal. El hecho es que muchos miles de personas —quién sabe, quizá millones, si la historia circula lo bastante ampliamente— lo creerán. Y querrán visitar la iglesia de

St. Joseph.

—Dando nueva vida a un pueblo moribundo.

—¿Es eso tan malo?

Fenn hizo una pausa, antes de contestar.

—No, quizá no sea malo. Pero me perdonarán ustedes si digo que suena un poco cínico de su parte.

Tucker no pudo contenerse por más tiempo.

—Ése es el mundo real en que vivimos, Mr. Fenn. Las oportunidades pasan, y hay que agarrarlas.

Southworth se mostró algo embarazado.

—Vamos, Rodney, las cosas no son tan blancas o negras como eso. Estoy profundamente convencido, Mr. Fenn, de que algo —y vaciló en utilizar la palabra, pero la consideró necesaria—, algo divino ha tenido lugar en la iglesia. Algo ordenado por Dios. Y si esto es así, tiene que haber una razón. Quizás el verdadero milagro sea el que a Banfield se le haya dado la oportunidad de renacer, una oportunidad de salvarse del olvido. Y una oportunidad de que la gente recuperara sus creencias. Fue Shaw quien escribió: «Un milagro es un acontecimiento que crea fe.» ¿Por qué la fe no podía ser creada o renovada aquí?

Fenn estaba confundido. Southworth parecía sincero, aunque admitía abiertamente que obtendría beneficios si Banfield se revitalizaba. El gordo, Tucker, no se andaba con rodeos sobre sus motivos; estaba en aquello por el dinero. ¿Pero qué, exactamente, esperaban de él?

—Aprecio su franqueza, Mr. Southworth, pero aún no estoy seguro de por qué me cuentan ustedes esto.

—Porque nos gustaría que escribiera usted más sobre lo que será conocido como el Milagro de Banfield. —Los ojos de Southworth estaban fijos en Fenn, y su expresión era seria, casi grave—. Su historia ha despertado ya enorme interés. No sé si ha tenido usted la oportunidad de visitar St. Joseph esta mañana…

Fenn negó con la cabeza.

—Yo mismo fui a ver al padre Hagan esta mañana temprano —continuó Southworth—. No estaba allí, pero su casa estaba asediada por un pequeño ejército de periodistas.

—¿De los Nacionales?

—Así lo creo. Hablé con ellos, mas, por desgracia, sé muy poco sobre ese increíble suceso. No había mucho que pudiera contarles.

«Apuesto a que te las arreglaste, de todos modos», musitó Fenn para su coleto.

—Bien, puede usted estar seguro de que el «Milagro de Banfield» tendrá ahora buena difusión. Quizá demasiada.

Estaba un poquito resentido de que aquellas personas metieran las narices en lo que él consideraba una exclusiva suya, pero sabía —y lo había sabido siempre— que era inevitable.

—Estoy seguro de que será así… durante uno o dos días. Como usted dice, el público es voluble cuando se trata de noticias, y así es también la Prensa.

Tucker intervino una vez más:

—Ésta es una historia demasiado maravillosa como para permitir que muera en un par de días, Mr. Fenn.

El reportero se encogió de hombros.

—No hay nada que puedan ustedes hacer al respecto. A menos, por supuesto, que ocurra algo más…

¡A menos que ocurra algo más, a menos que ocurra algo más! ¿Qué es lo que no funciona en este idiota? Tucker retorció con impaciencia el tacón izquierdo sobre la roja alfombra de dibujos. Había intentado convencer a Southworth de que tratara con los grandes y de que no perdiera el tiempo con la Prensa local. Los Nacionales podían dar el máximo de publicidad *ahora*, cuando la cosa estaba aún caliente; Southworth estaba *demasiado* preocupado por la futura pérdida del interés, si no ocurría nada más en la iglesia. Había insistido en que mantener la conciencia de una manera sostenida y constante sería más provechoso a largo plazo que una difusión sensacionalista, masiva, a corto plazo. Apoyando al *Courier*, esperaba garantizar ese interés continuado. El periódico era, a fin de cuentas, un reflejo de los asuntos locales; tenía un deber para con sus lectores —y para sí mismo, en términos de cifras de circulación — de informar coherentemente (y, desde luego, proporcionar) cualquier historia periodística que generara interés (y comercio) en la zona. Pero ¿estaba aquel hombre, Fenn, tragando el anzuelo, o tenía demasiados sesos de mosquito para ver las posibilidades?

—Ahí está el problema —decía Southworth—. No hay garantía de que vaya o ocurrir algo más en St. Joseph. Por eso creemos que el *Courier* concederá al incidente y a sus consecuencias más dedicación que cualquier otro medio de comunicación. Podemos prometerle a usted, personalmente, Mr. Fenn, toda clase de cooperación, de ayuda, que pueda usted precisar.

Fenn permanecía en silencio.

—Nos damos cuenta —dijo Tucker— de que su periódico probablemente no es muy generoso con sus gastos, así que es nuestra intención ayudarle…

Sus palabras se fueron apagando ante las heladas miradas que recibió tanto del reportero como del propietario del hotel.

—Lo siento, Mr. Fenn —replicó Southworth rápidamente—. Lo que Rodney está tratando de decir, sin demasiado tacto, es que nosotros no quisiéramos que saliera usted perdiendo en este asunto. Realmente, como miembro del concejo municipal, propondré que se constituyan unos fondos para cubrir cualesquiera gastos que se precisen hacer para el desarrollo de este… bueno… proyecto. Esto cubriría el material de promoción inicial, los gastos personales en que incurran los miembros del concejo y cualesquiera gastos extra.

—¿Y yo entraría en el epígrafe de gastos «diversos extra»? —preguntó Fenn.

Southworth sonrió.

—Justamente.

Para Fenn, la cosa no sonaba mejor que del modo como el gordo lo había sugerido. Se inclinó hacia delante, los codos sobre las rodillas.

—Miren, Mr. Southworth y Mr. Tucker, yo trabajo para el *Courier*; este periódico paga mi salario, y mi redactor jefe me dice qué asuntos tengo que cubrir. Si quiere que escriba sobre entierros durante un mes, eso es lo que hago. Si quiere que al mes siguiente me dedique a hablar de fiestas de jardín, no me queda más remedio que hacerlo también. Si quiere que me pase el tiempo hurgando en los extraños sucesos ocurridos en la iglesia local de un pueblo, me sentiré muy feliz. —Hizo una profunda aspiración—. Lo que digo es que mi redactor jefe es el que da el tono. Él toca la gaita, yo bailo. Soy independiente hasta cierto grado, y este grado no es muy grande, pero no hay manera de que me deje perder el tiempo en una historia que él considere acabada. Ahora, como he dicho, si sucede algo más, entonces volveré como una exhalación.

Southworth asintió con la cabeza.

—Apreciamos su postura. Sin embargo…

—No hay sin embargos en este caso. Es así, y no hay más que decir.

—Iba simplemente a decirle que la pequeña, Alice Pagett, mencionó que la figura que supuestamente veía le pidió que volviera.

—Mas no dijo cuándo.

—Pero si tiene otra… otra aparición, usted debería considerar esto de interés periodístico.

—No estoy tan seguro. Las alucinaciones de una niña prepubescente no merecen demasiada atención.

—¿Después de lo ocurrido el domingo?

—Eso fue el domingo. Hoy es martes. Mañana será miércoles. Las cosas avanzan, Mr. Southworth, y vivimos en una época apática. Lo que usted necesita es otro milagro; entonces quizá tengamos una continuación de la historia. Durante los próximos días, Banfield tendrá toda la atención que necesita, así que mi consejo es que la aprovechen ahora. La semana que viene serán noticias muertas.

Fenn se puso en pie, y Southworth se levantó con él. Tucker permaneció sentado, con una mezcla de decepción y mal disimulado desprecio en su cara.

Southworth se acercó a la puerta y la abrió para dejar pasar al reportero.

—Gracias por haber venido, Mr. Fenn, y gracias por ser tan franco.

—De acuerdo. Mire, si sucediese algo, me gustaría saberlo.

—Desde luego. ¿Va usted a ir a la iglesia?

Fenn asintió con la cabeza.

—Y echaré una mirada por el pueblo, para ver las reacciones de la gente.

—Muy bien. Espero volver a verle.

—De acuerdo.

Fenn salió de la habitación.

Southworth cerró la puerta y se volvió para enfrentarse con el gordo.

—Esto pasa por mezclar en el asunto a la maldita Prensa local —se burló Tucker.

Southworth cruzó la habitación y se sentó a su mesa una vez más.

—Valía la pena intentarlo. Me temo que ha sacado la impresión de que hemos tratado de sobornarlo para que escribiera la historia.

—¿Y no es así?

—No, en el sentido verdadero de la palabra. Sólo le hemos ofrecido ayuda financiera.

Tucker gruñó.

—¿Y ahora qué?

—Nosotros, yo me aseguraré de que el concejo municipal se interese por nuestro plan. Si no, todo lo que podemos hacer es esperar a que suceda algo más, como ha dicho Mr. Fenn.

—¿Y si no ocurre eso?

El sol brilló a través de la ventana en rayos de polvo, iluminando con un matiz dorado un lado de la cara de Southworth.

—Entonces, recemos porque sea así —dijo simplemente.

NUEVE

¿Y no ves aquella ancha, ancha carretera,
que atraviesa la llanura de azucenas?
Es el sendero de la Maldad,
aunque algunos lo llaman el Camino del Cielo.

Anon
THOMAS EL RIMADOR

El obispo Caines observó al cura con mirada preocupada.

—Siento graves recelos de todo este asunto, Andrew —dijo.

El sacerdote encontró difícil mirar directamente a la cara de su obispo, como si éste pudiera ver lo que había más allá de sus propios ojos.

—Yo también estoy preocupado, señor obispo. Y confuso.

—¿Confuso? Dígame por qué está confuso.

Estaba oscuro en el despacho del obispo, porque las dos ventanas que daban al pequeño jardín no recibían el sol de la mañana. El grueso revestimiento de madera de las paredes aumentaba el aspecto sombrío de la habitación, e incluso el brillo del fuego parecía amortiguado.

—Si… —Luchó con sus propias palabras—… si la niña realmente hubiera… realmente hubiera visto…

—¿A la Virgen Santísima?

El obispo miró al sacerdote frunciendo el ceño.

El padre Hagan levantó la mirada brevemente y respondió:

—Si… si lo hizo… y fue curada por ello, entonces, ¿qué? ¿Por qué Alice, y por qué en mi iglesia?

El tono del obispo Caines era seco, impaciente.

—No hay pruebas, Andrew, ninguna en absoluto.

—Los demás niños… vieron algo.

—No hay pruebas —repetía el obispo lentamente, y las yemas de sus dedos presionaban la pulida superficie de la mesa. Se obligó a sí mismo a relajarse, consciente de que el párroco le irritaba de alguna manera, y se sentía aún más enfadado, no contrito, por ello.

—La Iglesia debe tratar con cautela estos asuntos.

—Lo sé, señor obispo, por eso me resistía tanto a llamar su atención. Cuando leí el artículo periodístico de ayer me di cuenta de que no tenía elección. ¡Estúpido de mí! Había imaginado que el caso sería discretamente silenciado por la Prensa.

—Debería haberse puesto en comunicación conmigo rápidamente.

El obispo se esforzó por reprimir la dureza de su reconvención, pero no lo consiguió.

—Le telefoneé tan pronto como leí el artículo del *Courier*. Parecía tan exagerado…

—¿Lo era? La niña quedó curada, ¿no?

—Sí, sí, pero seguramente no de una manera milagrosa.

El sacerdote miró a su superior con ansiosa sorpresa.

—¿Cómo sabe eso, Andrew? —Las palabras del obispo se habían suavizado, porque no deseaba atemorizar al hombre que estaba ante él—. La niña afirmó haber visto a la Santísima Virgen, después de lo cual se produjo una increíble transformación. La niña podía hablar y oír.

—Pero dijo usted que no había pruebas de un milagro.

El sacerdote volvió a apartar la mirada.

—Por supuesto que no. Pero aunque tenemos que rechazar la sugerencia tal como lo vemos ahora, no por ello debemos cerrar nuestra mente a la más ligera posibilidad. ¿Comprende eso, padre? —Y no esperó a oír la respuesta—. Tiene que ser considerado de una manera global antes de emitir un juicio. Existen unas guías estrictas para estos asuntos, como usted bien sabe. —El obispo sonrió débilmente—. Algunos dicen que estas directrices son demasiado estrictas; que eliminan todos los aspectos de la fe. Pero eso no es enteramente cierto; nos esforzamos por eliminar las dudas. Las reglas que seguimos para discernir si es o no un milagro datan del siglo XV , y fueron establecidas por el Papa Benedicto XIV, un hombre que tuvo muchos intereses progresistas. Advirtió la situación apurada en que la Iglesia católica podía encontrarse al proclamar milagros que más tarde se demostrara que eran falsos merced a los progresos científicos. En una época como la nuestra, en que los adelantos tecnológicos explican continuamente «los fenómenos» en términos racionales, científicos, la necesidad de seguir tales reglas es aún mayor.

Los ojos del sacerdote mostraban una mirada intensa, y el obispo Caines se preguntó por qué. Había algo que no andaba del todo bien en aquel hombre, algo… ¿qué? ¿Desequilibrado, quizá? No, ésta era una palabra demasiado fuerte. El padre Hagan estaba trastornado por el hecho peculiar ocurrido en su parroquia, en la puerta de su propia iglesia nada menos. Y estaba… sí, algo asustado. El obispo forzó una sonrisa, un aliento para que el cura le abriera su corazón.

—¿Se aplicarían estas reglas a Alice Pagett? —preguntó Hagan.

—Tendría que hacerse, si decidiéramos llevar el asunto adelante —replicó el obispo Caines, manteniendo la sonrisa.

—Por favor, dígame cuáles son, señor obispo.

—No lo considero necesario, en esta fase. Todo el asunto será olvidado dentro de un mes, puedo garantizárselo.

—Probablemente tenga usted razón, pero me gustaría saberlas.

El obispo Caines refrenó su impaciencia, y luego suspiró. Sus ojos buscaron el techo como si estuviera escrudiñando los rincones de su propia memoria.

—La aflicción o enfermedad tiene que ser muy grave, imposible o

extremadamente difícil de curar —empezó a hablar—. La salud de la persona afectada no debería estar mejorando, ni tampoco la naturaleza de la enfermedad debe ser de las que puede mejorar por sí sola. No ha de haberse administrado medicación alguna. O al menos, si se ha hecho, su ineficacia tiene que haber sido claramente establecida. La cura debe ser instantánea, no una mejoría gradual. —Sus ojos bajaron otra vez hacia el sacerdote—. La curación no debería corresponder a una crisis en la enfermedad provocada por causas naturales. Y, desde luego, la curación debe ser completa; no tiene que producirse ninguna reincidencia de esa particular enfermedad.

Dejó de hablar, y el padre Hagan asintió con la cabeza.

—Parecería casi imposible establecer un milagro —dijo, finalmente.

—Sí, cierto, pero he de admitir que las reglas se relajaron un poquito en el pasado. Aunque, por lo general, se cumplen rigurosamente. —Volvió a sonreír, y esta vez la sonrisa era auténtica—. Por eso se han escapado algunos de nuestros mejores milagros.

El sacerdote no reaccionó ante aquella muestra de humor.

—Entonces, ¿sería demasiado pronto para hacer juicio alguno sobre la niña?

—Demasiado pronto, y muy imprudente, padre. Me siento algo inquieto por su seriedad. ¿Hay algo que le trastorna?

El cura se enderezó en la silla, como si la pregunta le hubiera sorprendido. No respondió inmediatamente. Movió la cabeza y luego dijo:

—Es sólo el cambio que he notado en la pequeña. No me refiero a que ahora pueda oír y hablar, sino a su conducta, a su disposición. Su personalidad ha cambiado.

—Y así debería ser después de una cura tan maravillosa.

—Sí, sí, lo sé. Sin embargo, es algo más, algo…

Sus palabras se fueron desvaneciendo.

—¿Algo que no puede usted definir?

El cuerpo del padre Hagan pareció desplomarse en sí mismo.

—Sí, es algo más que simple júbilo. Está serena… como si realmente hubiera visto a la Madre de Dios.

—No es una aparición poco común, Andrew. Muchos son los que han pretendido haber visto a Nuestra Señora, desde luego, y existe un culto de los mariologistas. Pero los psicólogos dicen que los niños pueden ver a menudo lo que no está allí. Creo que el término es «imagen eidética».

—¿Está usted convencido de que la niña tuvo una alucinación?

—De momento, no estoy convencido de nada, aunque tiendo a inclinarme hacia esa teoría. Dice usted que la estatua favorita de la niña en su iglesia es una de María. Si su dolencia fuera realmente psicosomática, entonces quizá fue una visión alucinatoria lo que produjo su curación. Ni siquiera la Iglesia puede negar el poder de nuestras mentes.

El obispo Caines echó una rápida mirada a su muñeca y empujó su silla hacia

atrás; su corpulencia convertía así la acción en un esfuerzo.

—Tendrá usted que excusarme ahora, padre; tengo que asistir a una reunión con nuestro comité financiero. Es el momento del mes que más temo. —Soltó una corta risita—. Es una lástima que la Iglesia católica romana no pueda funcionar sólo con la fe.

El padre Hagan se quedó mirando la corpulenta figura, consciente, por primera vez, de que la ropa negra difícilmente simbolizaba la santidad. Se sintió inquieto ante aquel pensamiento; sabía que su superior era un hombre bueno, infinitamente mejor que él. ¿Por qué, entonces, se había filtrado esa idea en su cabeza? ¿Era sólo parte de su propia duda, la intranquilidad que estaba royendo sus creencias? La cabeza le dolía, le zumbaba con pensamientos informes, fugaces… agresivos. Era casi abrumadora la necesidad de acostarse y taparse los ojos. ¡En nombre de Dios!, ¿qué le estaba ocurriendo?

—¿Andrew?

La voz era suave, casi tierna.

—¿Está usted bien, padre Hagan?

El sacerdote parpadeó, y pareció aturdido durante un momento.

—Sí. Lo siento, señor obispo, mis pensamientos estaban a kilómetros de distancia.

Se puso en pie cuando el obispo Caines dio la vuelta a su mesa y se acercó.

—¿No se encuentra bien, Andrew?

El sacerdote trató de calmarse.

—Quizás esté incubando un resfriado, señor obispo, eso es todo. El tiempo está cambiando tanto…

El obispo Caines asintió comprensivamente, y enseñó el camino de la puerta.

—¿No estará usted demasiado preocupado por este asunto?

—Estoy preocupado, naturalmente; pero no, creo que se trata sólo de un resfriado. —O de una sensación de presentimiento—. Nada importante. —Se detuvo antes de cruzar la abierta puerta que daba al despacho exterior y se enfrentó con su obispo—. ¿Qué tengo que hacer, señor obispo? Quiero decir, con la niña.

—Nada. Absolutamente nada. —El obispo Caines intentó dirigirle una mirada tranquilizadora—. Téngame al corriente de los acontecimientos, vigile cuidadosamente la situación. Pero no tome parte en la histeria que pueda despertarse durante los próximos días. Y manténgase lejos de la Prensa; ésta explotará la situación todo lo posible, sin necesidad de su colaboración. Necesitaré un informe completo para la Conferencia Episcopal que se celebrará dentro de los próximos dos meses, pero sólo como un hecho establecido. Estoy convencido de que para entonces todo estará olvidado.

Dio una palmadita en el brazo del sacerdote, con un afecto que difícilmente sentía.

—Ahora debe usted tener cuidado, Andrew, y recordar que ha de mantenerme

informado. Dios le bendiga.

Observó cómo el sacerdote cruzaba la oficina exterior e ignoraba a la secretaria, que le hacía un gesto de despedida. Esperó a que la puerta del fondo estuviera cerrada antes de decir:

—Judith, por favor, sea usted amable y tráigame la ficha del padre Hagan. Y luego haga saber al comité de finanzas que llegaré con cinco minutos de retraso.

Judith, su secretaria, una mujer silenciosa, pero capaz, de algo más de cincuenta años, no mostró siquiera curiosidad por la petición. Nunca hacía preguntas sobre nada que le pidiera su amado obispo Caines.

El obispo se sentó otra vez a su mesa, golpeando con sus dedos sobre ella. ¿Era todo aquello una tontería? ¿Había exagerado el padre Hagan la situación? El sacerdote se había incorporado a la diócesis trece años antes como sacerdote auxiliar en Lewes, y luego en Worthing como coadjutor.

Banfield era su primera parroquia como titular. ¿Se estaba demostrando que era demasiado para él? Su trabajo había sido ejemplar, y aunque su devoción a la Iglesia no era notable entre sus pares, su escrupulosidad sí lo era; donde todo clérigo secular trataría en lo posible de visitar al menos a cuatro o cinco feligreses durante el día, y pasar diez o quince minutos con ellos, el padre Hagan visitaba el mismo número, pero pasaba al menos media hora con cada uno; daba clases dos mañanas a la semana en la escuela de monjas local; participaba en la actividad de muchas organizaciones locales tales como el Grupo de Esfuerzo Personal, el Grupo de Liturgia y el Grupo de Juventud, y asistía a las fraternales reuniones mensuales de todos los ministerios de Banfield: los baptistas, anglicanos, la Iglesia Evangélica Libre y la Comunidad Cristiana (bastantes para un lugar tan pequeño).

Y éstas eran sólo actividades complementarias de sus deberes normales. Quizás era demasiado para un hombre con un corazón débil.

Se oyó un golpecito en la puerta, entró Judith y dejó sobre la mesa ante él una carpeta amarilla. El obispo sonrió dando las gracias, y esperó a que la mujer hubiera salido de la habitación antes de abrir la carpeta. No es que contuviera secreto alguno; era sólo que atisbar en el pasado de un hombre era como hacerlo en su alma, y ambas cosas deben hacerse en privado.

En la ficha no había nada sorprendente, y tampoco nada que hubiera olvidado. Las escuelas a las que había asistido; seis años en Roma estudiando para sacerdote después de su ataque de corazón; ordenado en Roma y regreso a Inglaterra. Luego, Lewes, Worthing, Banfield. Pero ¡un momento…! *había* algo que había olvidado. El padre Hagan pasó seis meses en una parroquia cerca de Maidstone, a su regreso de Roma. Su primera misión, por decirlo así. Seis meses como sacerdote auxiliar en Hollingbourne. Sólo seis, luego se trasladó. No era importante; los sacerdotes jóvenes efectúan frecuentes cambios adonde más necesarios son en un momento determinado. ¿Por qué le preocupaba eso ahora? ¿Había empezado ya a perder confianza en la capacidad de su sacerdote para enfrentarse con una situación difícil, una situación que

fácilmente pudiera desembocar en un fenómeno importante… si se manejaba correctamente? Una cura milagrosa en su diócesis. Algo extraordinario, demostrado más allá de toda duda. El obispo Caines era pragmático; la Santa Iglesia católica romana no se vería perjudicada por dicho milagro en estos cínicos y antirreligiosos tiempos. La Santa Iglesia católica romana se beneficiaría con ello.

Imaginen: un santuario en su diócesis.

Apartó aquel pensamiento, avergonzado de su propia vanidad. Pero persistía. Y pronto supo lo que tenía que hacer. Sólo en el caso… sólo en el caso de que realmente hubiera habido un milagro…

DIEZ

En cuanto hubo cruzado el agua,
se encontró a las puertas del Infierno.
Todo se veía negro y fuliginoso allí,
y el Diablo no estaba en casa,
pero su abuela se encontraba
sentada en un gran sillón.

los tres cabellos dorados del diablo
THOMAS EL RIMADOR

Bip bip bip-dip…

Los ojos de Molly Pagett parpadearon. Y se abrieron. ¿Qué era aquel sonido? Su delgado cuerpo yacía, rígido, en la cama; su marido, pesadamente tumbado a su lado. Contuvo la respiración, escuchando, deseando oír el sonido otra vez, pero temiendo oírlo.

…Bip bip bip bid-dip bip…

Era débil. Y familiar.

Apartó la ropa, cuidando de no despertar a Len. Su bata descansaba en el extremo de la cama; se la echó encima de los hombros para resguardarse del frío de la noche. Len gruñó y se dio la vuelta.

…bip-dip…

El sonido, el familiar sonido, llegaba del cuarto de Alice. Molly se sentó en el borde de la cama durante unos momentos, organizando sus pensamientos, ahuyentando los últimos restos de un inquieto sueño. El día había sido largo: una confusa mezcla de ansiedad y alegría. Habían tratado otra vez de quedarse con Alice toda la noche en el hospital, pero Molly no lo consintió. De alguna manera sentía que sus manoseos, sus pruebas, sus tests —sus interminables preguntas— estaban arruinando el milagro.

…bip dip…

Y era un milagro. No tenía dudas en su mente. La Santísima Virgen María había sonreído a su hija.

…bip…

Molly se levantó de la cama, abrochándose la bata. Anduvo rápida y silenciosamente hacia la abierta puerta, temerosa de despertar a Len, y salió al descansillo. Había dejado abierta la puerta por si Alice lloraba durante la noche —¡qué *alegría* el que Alice llorara por la noche!—. Era un sonido que Molly no oía desde que su hija era muy pequeña. ¡Cómo había escuchado durante aquellos primeros días, atenta a oír el más ligero gemido, el comienzo de un llanto! Molly se precipitaba escaleras arriba, o por el pasillo, en una demostración de pánico que sólo provocaba la burla de su marido. Pero lo cierto es que a éste nunca le gustó mucho el

exceso de afecto que la pequeña había despertado en Molly. Alice había llenado un vacío, una vida sin aliciente; era una respuesta a años de plegaria. Dios, por la divina intercesión de María, Madre de Jesús, a la cual Molly había rezado fervientemente, la había bendecido con un matrimonio y una hija. ¡Cuán cruel, sin embargo, castigar a la pequeña tan joven! (¡Y cuán decepcionante el matrimonio!)

…bip bid-dip…

Ahora, nuevamente, había intervenido Nuestra Señora. La aflicción había desaparecido tan repentinamente como viniera. La fe de Molly en la Santísima Virgen no había languidecido durante los años de prueba, y había alentado a Alice a venerar a la Virgen María tal como ella misma hacía. En todo caso, la veneración que la pequeña sentía por la Virgen era aún mayor que la suya. Y los años de devoción la habían recompensado.

Molly estaba ahora de pie ante la puerta de Alice. Silencio durante un rato, y luego…

…bid-dip bid-dip bip bip…

La excitación de los últimos dos días había sido demasiado para Alice; en mitad de la noche, y aún no había podido dormir. Le gustaba observar cómo los luminosos invasores verdes descendían por la negra pantalla del juguete electrónico y los destruía con un rápido golpe del botón rojo, accionando un interruptor con la otra mano para que su nave espacial barrenara de un lado a otro, eludiendo las mortales bombas de los invasores. Ahora la niña ya podía oír la máquina, oír los computerizados pitidos de victoria cuando el último invasor había sido eliminado del oscuro espacio de plástico. Debía de parecerle como un juguete nuevo.

…bip dip…

Pero la niña tenía que dormir. Los médicos habían insistido en que descansara. Y Molly no deseaba una recaída. Eso sería demasiado duro por parte de Dios…

…bip…

Empujó la puerta y la abrió.

…bi…

Molly no estaba segura de haber visto desvanecerse la lucecita verde en el otro extremo de la habitación. Había sido sólo un parpadeo vislumbrado por el rabillo del ojo, y quizá no había sido nada en absoluto. Miró a la cama de Alice, esperando encontrar a su hija sentada, los ojos abiertos y felices y a los Invasores Galácticos en sus manos.

Todo lo que vio, a la luz de la calle que se filtraba a través de las cortinas, fue la forma del pequeño cuerpecito bajo las ropas de la cama.

—¿Alice? —Molly se dio cuenta de cuán naturalmente había pronunciado aquel nombre, cuán rápidamente se había acostumbrado al retorno de los sentidos de su hija, como si nunca hubiera aceptado su pérdida—. Alice, ¿estás despierta?

No hubo ningún sonido. Nada procedente de la niña, ni de la máquina. Molly sonrió en la oscuridad y se acercó a la cama. Pequeña simuladora, se burló

silenciosamente, engañando a su mamá.

Se inclinó sobre su hija, dispuesta a pellizcarle en la nariz y terminar con la farsa. Pero su mano se detuvo. Alice estaba realmente dormida. Su respiración era demasiado profunda, y su cara, demasiado relajada como para estar simulando.

—Alice —dijo Molly nuevamente, tocándole el hombro. La pequeña no se movió.

Molly levantó las ropas, esperando encontrar el juguete electrónico en los brazos de Alice. No estaba. Y tampoco en el suelo, al lado de la cama. Pero tenía que estar cerca; Alice no podía haber corrido a través de la habitación para volver a la cama antes de que ella entrara. No era posible. Molly se arrodilló y bajó la cabeza a nivel del suelo, atisbando debajo de la cama. No había allí forma alguna de plástico.

Recordó entonces la luz verde que se desvanecía.

No, era ridículo. Simplemente, imposible.

Pero, de todos modos, miró.

El juego electrónico estaba en el tocador al otro lado de la habitación; su interruptor, en la posición de CERRADO, y la pantalla, negra y sin vida.

Molly sabía que no había imaginado el familiar sonido. Sabía también que no podía haber estado en las manos de su hija. Y no había nadie más en la habitación. Sólo sombras y el ruido de la acompasada respiración de Alice.

ONCE

¿Puedes mantener un secreto, si te lo cuento?
Es un gran secreto,
no sé qué haría si alguien lo descubriera.
¡Creo que me moriría!

El jardín secreto
FRANCES HODGSON BURNETT

Fenn dio la vuelta en la cama, y su propio gemido le despertó. La cabeza parecía seguir dándole vueltas.

—¡Oh, Jes…! —murmuró haciendo una mueca de dolor, mientras una mano se dirigía para tocar la palpitante protuberancia que el sentido común le decía que era su propia frente. Sus dedos no consiguieron aliviar el dolor.

Volviéndose otra vez para quedar boca arriba, con una mano sobre sus cerrados ojos, se esforzó por dominar la sensación de vértigo. Otro gemido fue aumentando de volumen hasta trasformarse en un tarareo de autocompasión, un sonido que armonizaba perfectamente con el melodioso y agudo zumbido que sentía en su cabeza. Un minuto más tarde, la cadencia empezó a disminuir, y, lentamente y experimentalmente, aflojó los postigos sobre sus ojos. Transcurrió otro medio minuto antes de que levantara la mano.

El techo dejó de moverse cuando él dejó de parpadear y entonces consideró la posibilidad de sentarse en la cama. Descartada dicha consideración, permaneció allí, y una mano se dirigió a tientas hacia la mesilla de noche; mientras tanto, Fenn procuró no levantar la cabeza de la almohada, ni volverse en ninguna dirección. Los dedos aventureros no encontraron su reloj de pulsera, y Fenn maldijo su necesaria costumbre de mantener el reloj despertador tan lejos de la cama como le era posible (necesaria, porque era demasiado fácil cerrar la campanilla y volver a dormir; descubrió que la distancia recorrida para encontrar al bastardo era la suficiente como para despertarle de su usual estado de sopor matutino). ¿Dónde demonios estaba el reloj? No podía haber estado tan borracho la noche pasada. Por otra parte, quizá sí lo estaba.

Fenn suspiró, se armó de valor y dejó que su cabeza se deslizara hacia el borde de la cama. Con la cabeza colgando, la sangre golpeando contra la losa de hormigón que tenía en su interior, como olas contra un dique, se quedó mirando fijamente el suelo. No había allí ningún reloj. Pero uno de sus brazos colgaba también del borde, y su mano, doblada flácidamente, tocaba el suelo con el dorso.

—¡Estúpido, estúpido! —murmuró al descubrir la correa de piel en torno a su muñeca.

Torció el brazo y bizqueó para mirar la esfera del reloj. Las once y seis minutos.

Tenía que ser de la mañana; por las cerradas cortinas se filtraba luz. Retrocedió hasta el centro de la cama, resistiendo la tentación de echarse otra vez. La cabeza apoyada contra la cabecera, la espalda apuntalada por la almohada, trató de recordar cómo había llegado a aquel estado. Cerveza y *brandy*, fue la respuesta.

Se rascó el pecho y, mentalmente —el acto físico habría sido demasiado doloroso —, meneó la cabeza, en un gesto de autodesaprobación. «Tienes que dejarlo, Fenn. Un borracho joven, quizá sea divertido; uno viejo, es sólo un maldito pelmazo; y tú no te estás haciendo joven.» Los periodistas tenían reputación de ser grandes bebedores, y esto no era cierto. Eran *enormes* bebedores. No todos, por supuesto; sólo los que él conocía personalmente.

Poco a poco y con cautela, Fenn iba incorporándose en la cama. Él llamaba a este lento método de recuperación la «resurrección gradual».

Recuerdos de la noche anterior empezaban a filtrarse en su mente, y sonrió un par de veces, pero acabó frunciendo el ceño y levantando las ropas de la cama para inspeccionar la parte inferior de su cuerpo, como sospechando que algo pudiera haber desaparecido. Soltó un gruñido de alivio; aún estaba allí, aunque no parecía ninguna cosa grande. ¿Cómo diablos se llamaba la chica? Boz, Roz, o algo así. O quizás era Julia. Se encogió de hombros, sin importarle realmente demasiado. «Mientras no me haya dejado embarazado…», se dijo.

Apartó las ropas, utilizando los pies para empujarlas al extremo de la cama. Luego, lenta y cuidadosamente, dejó que su cuerpo se deslizara fuera del lecho. La cabeza le pesaba más que el resto del cuerpo, y el truco estaba en mantenerla equilibrada sobre los hombros mientras se dirigía a la ventana. Corrió las cortinas, mientras sensatamente procuraba tener cerrados los ojos para protegerse del resplandor que sabía que penetraría en la habitación; el sol se mostraba especialmente parcial con su cuarto en aquella hora del día. Se quedó allí, dejando que los rayos calentaran su cuerpo, mientras la parte peor de la frialdad del día quedaba bloqueada por el cristal. Cuando, al fin abrió los ojos, vio a una mujer subiendo con dificultad la colina, empujando ante ella un carrito de supermercado cargado con la compra, y contemplando, con la boca abierta de par en par, su desnudo cuerpo. Su paso no se interrumpió por ello, aunque sí disminuyó algo su rapidez, y la cabeza le giró en redondo en un gesto casi como el de la niña del *Exorcista*. Fenn se desvaneció lentamente en el interior de la habitación, sonriendo tímidamente y dirigiendo a la compradora un amistoso ademán para demostrar que no había amenaza alguna en él. Confió en que la cabeza de la buena mujer no quedara paralizada en aquella poco natural posición.

Una vez fuera de la luz del sol, el frío presentó su reclamación, haciéndole sentir pequeños escalofríos, y Fenn cogió la bata de los pies le la cama. Era corta y holgada, le quedaba muy encima de las rodillas y le sentaba mucho mejor a Sue. Ya le había sentado bastante bien a Boz, Roz —¿o era Anthea?— la noche pasada, pero no tanto como a Sue. Hasta borracho como estaba lo había notado.

Se dirigió a la cocina y llenó de agua el hervidor, contemplando, fascinado, cómo corría el agua, aunque realmente sin verla. Encendió el hervidor y luego se pasó ambas manos por el despeinado cabello. «Necesito un cigarrillo», se dijo, y se sintió aliviado al recordar que no fumaba. La nota estaba apoyada contra el paquete de copos de maíz, y Fenn cogió una silla y examinó el mensaje unos segundos antes de tocarlo. Era un número de teléfono, y estaba firmado: «Pam.» «¡Oh, sí, *ése era su nombre*.» Brevemente se preguntó si ella habría tratado de despertarle antes de marcharse del piso. Probablemente, sí, ignorando que hacía falta un terremoto de cierta magnitud para despertarle después de una noche de borrachera. Sólo Sue conseguía hacerlo con furtivas manos, que sabían andar a tientas, pero ella tenía una técnica muy personal. Dejó la nota de Pam en la mesa y trató de recordar el aspecto que tenía la chica. Recordó haber observado a Eddy, su compañero de copas, encargado de la página deportiva del *Courier*, «bonita cara, pero lástima de piernas», cuando la vieron a ella y un amigo en el club, pero no logró evocar su imagen. Las piernas, sí, no obstante. Sí, estaban volviendo. «Te aplastarán la cabecita», le había advertido Eddy; y Eddy no anduvo muy equivocado, recordaba ahora. Se tocó cautelosamente las orejas, preguntándose si realmente estaban tan rojas como las sentía. ¿Podían ser machacadas las orejas? Se fue al baño a comprobarlo.

Cuando Fenn volvió a la cocina, satisfecho al menos de que sus orejas no hubieran sido aplastadas contra los lados de su cabeza, pero no muy contento con los nublados ojos que le miraban despectivamente desde el espejo del baño, la habitación estaba llena de vapor. Le había llevado tiempo aliviar el castigo recibido en su vejiga, y con los sentidos repentinamente agudizados por cualquier extraña sensación de hormigueo mientras el líquido fluía; uno nunca podía estar seguro con las chicas que no conocía. Y con alguna que creía que conocía.

¡Jesús!, se había olvidado de Sue.

Vertió el agua hirviendo en una taza, acordándose de añadir el café sólo cuando estaba instalado otra vez en la mesa de la cocina. Se quemó los labios al sorber, pero al menos era un dolor limpio, punzante, no como el zumbido doloroso que sentía en su cabeza. Metió la mano en el paquete de copos de maíz y comió algunos, reflexionando sombríamente en que menos mal que trabajaba en el turno de noche; porque no se hallaba en muy buen estado esta mañana.

Echó una mirada en torno a la pequeña cocina y se estremeció. Tendría que hacer un esfuerzo hoy; no podía seguir viviendo en semejante pocilga. Quizás era un poco desordenado, pero toda aquella porquería era ridícula. «Ya es hora de volver a organizarse», se dijo. Ninguna mujer lo merecía. «¿Estás bromeando?», se preguntó. Todas lo merecían… bueno, quizá con unas pocas excepciones.

Quince minutos más tarde seguía aún cavilando, sobre su tercera taza de café, cuando sonó el timbre de la puerta.

Se asomó por la ventana de la cocina y vio a Sue de pie en la calle. O bien su resaca se curó instantáneamente, o la agitación que le produjo ver a la chica borró los

efectos perjudiciales de aquélla. Sue miró hacia arriba y saludó con la mano.

A Fenn le resultó difícil hablar durante unos momentos; luego, balbuceó:

—Usa tu… tu llave, Sue.

—¡No me gusta hacerlo! —gritó ella.

La joven hurgó en su bolso y luego introdujo la llave en la cerradura. Fenn metió otra vez la cabeza dentro, y al hacerlo, el cabello de su cogote rozó dolorosamente contra el marco de la ventana. Se frotó la piel y no pudo evitar sonreír. Llevaba casi tres semanas sin verla, concretamente desde que ella se marchó del restaurante. Habían sostenido varias tensas conversaciones por teléfono, pero eso era todo. Su ausencia le había hecho advertir cuán atado estaba a ella. Se apoyó contra la cocina, sonriendo aliviado, expectante.

—¡Oh, mierda!

Su sonrisa se desvaneció.

Fenn recogió la nota que estaba aún en la mesa de la cocina y consideró por un momento la posibilidad de tragársela; pero, en vez de eso, la dobló y se la metió en el bolsillo. Dirigiéndose precipitadamente al salón, efectuó una rápida inspección de la estancia. No había ninguna prueba acusatoria allí. Luego, al dormitorio: inspeccionó la cama, en busca de horquillas para el pelo, o hebras de color diferente del suyo, manchas de lápiz de labios o de sombra de ojos en las almohadas. Se aseguró de que no hubieran manchas de ningún otro tipo. Suspirando con alivio, se permitió unos momentos para organizar sus pensamientos. Entonces, se le ocurrió: «¡Cristo!, ¿fumó la chica?» No podía recordarlo. No había ningún cenicero junto a la cama. ¡El salón! ¡Había colillas manchadas de lápiz de labios en el salón! Entró en él justo en el momento en que Sue abría la puerta del piso.

—Sue —dijo, olfateando el aire en busca del aroma rancio de cigarrillos. El aire parecía estar bien, aunque olía un poco a alcohol.

—Hola, Gerry.

Su sonrisa no era completa.

—Tienes un aspecto terrorífico —dijo él.

—Y tú, espantoso.

Fenn se frotó su mejilla sin afeitar, sintiéndose molesto.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bastante bien.

Se metió las manos en los bolsillos de la bata.

—¿Por qué diablos no contestaste a mis llamadas? —Trató de mantener su voz uniforme, pero la última palabra le salió un poco más aguda—. ¡Por el amor de Dios, tres semanas!

—No tanto. Y he hablado contigo un par de veces.

—Sí, no es que dijeras mucho.

—No he venido a discutir contigo, Gerry.

Éste se contuvo para no responder. Luego, dijo tranquilamente:

—¿Quieres un café?

—No tengo mucho tiempo. Voy de camino a la Universidad, para escribir algunas entrevistas.

—Uno rápido.

Fue a la cocina y puso a hervir otra vez agua. Tuvo suerte de encontrar una taza limpia en la parte trasera del armario.

La voz de Sue le llegó desde el salón.

—Este lugar es una pocilga.

—Es el día libre de la criada —le recordó él, gritando.

Cuando regresó, ella estaba sentada en el sofá, observándole con calma; la chica tenía buen aspecto. Puso las dos tazas en la mesita de café de cristal y luego se dejó caer en el otro extremo del pequeño sofá. No los separaba ni un metro.

—Fui a verte una o dos veces —dijo a la joven.

—He pasado muchos ratos en casa de mis padres con Ben.

Fenn asintió.

—¿Cómo está?

—Revoltoso, como siempre. —Sorbió e hizo una mueca—. Tu café no ha mejorado.

—Ni tampoco mi carácter. No es broma, Sue, te he echado de menos.

Ella se quedó mirando fijamente su taza.

—Necesitaba separarme de ti. Te estabas convirtiendo en… algo demasiado…

—Ya, lo sé. Es una costumbre mía.

—Necesitaba un descanso.

—Ya lo has dicho. Nada personal, ¿verdad?

—Para, Gerry.

Él se mordió el labio.

—Y tal vez necesitabas también estar un tiempo separado de mí —apuntó ella.

—No, pequeña, yo no.

Sue no pudo por menos que preguntar:

—¿Has estado saliendo con alguien?

Él la miró directamente a los ojos.

—No, no he tenido ganas. —Sus orejas zumbaron dolorosamente durante unos culpables segundos. Se aclaró la garganta y preguntó—: ¿Y qué me dices de ti? Sue movió negativamente la cabeza.

—Ya te lo he dicho, he estado ocupada con Ben.

Sorbió nuevamente su café, y él se acercó un poco. Le tomó la taza de su mano y la dejó otra vez en el plato. Sus dedos se deslizaron hacia el cuello de la mujer, bajo su pelo. Le besó la mejilla, luego le hizo girar la cabeza con la otra mano, para llegar a sus labios.

Ella se mostró blanda, cediendo a su presión, devolviéndole el beso con una

emoción que igualaba la de él; pero luego se apartó, empujándole el hombro con una mano.

—No, por favor. No es por eso por lo que estoy aquí.

Parecía tener dificultad en respirar.

Él la ignoró y lo intentó de nuevo, sintiendo en su interior una sensación que era algo más que un deseo.

—¡No, Gerry!

Esta vez había ira en su voz.

Él se detuvo, tenía problemas con su propia respiración.

—Sue…

La mirada de la mujer detuvo sus palabras. Y cualquier otro intento. Fenn se esforzó por contener su propia furia.

—De acuerdo, de acuerdo. —Se apartó de ella con malhumor—. ¿A qué demonios has venido, Sue? ¿Sólo a recoger algunas de tus cosas?

Oyó el suspiro de la mujer.

—No te enfades, Gerry. No quiero eso —respondió.

—¿Y quién se enfada? Yo no estoy enfadado. Puede que me salgan espinillas en cualquier momento ahora, pero eso es sólo una pubertad tardía. ¡Cristo!, ¿cómo ibas a hacerme enfadar?

—¡Qué chiquillo eres!

—Sigue, pon en marcha tu encanto.

Ella tuvo que sonreír, a pesar de sí misma.

—Gerry, vengo a hablarte sobre la iglesia. La iglesia de Banfield.

Él la miró con curiosidad.

—He vuelto. He llevado a Ben allí los domingos.

Fenn abrió la boca para hablar, pero no pudo encontrar nada que decir.

—Es maravilloso, Gerry.

Ahora su sonrisa era amplia, y sus ojos brillaban de excitación. La transición fue tan rápida, que cogió por sorpresa a Fenn.

—Muchas personas acuden en tropel a St. Joseph —prosiguió Sue—. La gente lleva a sus niños, a sus enfermos, a sus disminuidos. Es casi como una peregrinación para ellos. Y la dicha parece apoderarse de ti antes de que llegues incluso a los alrededores de la iglesia. Es increíble, Gerry.

—¡Eh, oye, espera un momento! Creía que todo esto había terminado. Llamé al cura de allí, el padre Hagan, y me dijo que no había ocurrido nada más. No más milagros, no más apariciones. Desde luego, nada interesante, o los Nacionales habrían pululado por ahí como moscas en un montón de mierda.

—¡Tendrías que estar allí para verlo! Desde luego que no ha habido más milagros físicos, pero el milagro es la atmósfera misma. Por eso estoy aquí, Gerry. Quiero que vengas a verlo por ti mismo. Quiero que lo vivas.

Fenn frunció el ceño.

—¡Pero yo no soy católico, Sue!

—No hace falta que lo seas; eso es lo estupendo del caso. No tienes más que *sentir* para darte cuenta de que es un lugar santo.

—Pero ¿por qué me mintió el cura?

—No te mintió. Nada está ocurriendo en el sentido material; te dijo la verdad. Él no quiere que la situación sea explotada, ¿lo comprendes?

—¿Y tú? ¿Tampoco lo quieres?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas?

Ella le tomó la mano y la mantuvo apretada entre las suyas.

—Porque quiero quitar un poco de cinismo de esa tonta cabecita tuya. Si pudieras ver por ti mismo el efecto que tiene el lugar sobre la gente, sé que empezarías a creer en algo.

—Aguarda un momento. Empiezas a parecer una especie de misionero. No estarás tratando de convertirme, ¿verdad?

La mujer le sorprendió riéndose.

—No creo que el propio Espíritu Santo fuera capaz de ello. No, sólo quiero que atestigües…

—¡Oh, definitivamente una misionera…!

—Velo por ti mismo.

Su voz se había vuelto tranquila.

Fenn soltó un profundo suspiro y se apoyó contra el respaldo del sofá.

—¿Y qué hay de la niña, de Alice? ¿Sigue yendo a la iglesia?

—Es difícil decirlo. —Sus palabras fueron lentas, deliberadas, como si sus pensamientos fueran profundos—. Parece haber cambiado.

—¿En qué sentido?

—Resulta difícil describirlo. Parece… no sé… mayor, más madura. La rodea una especie de aura. Algunas personas lloran cuando la ven.

—¡Ah, vamos, Sue! Se trata sólo de una clase de histeria. Han oído hablar de la historia… y su mente hace el resto.

—Velo por ti mismo.

—Quizá debería. —Tuvo que admitirlo: sentía curiosidad por el asunto una vez más. El contacto con Sue podría también juntarlos otra vez—. Podría ir esta tarde —dijo.

—No, espera al domingo.

Él la miró interrogadoramente.

—Ven a misa conmigo, cuando la multitud esté allí.

—La cosa puede haber fallado para entonces. El lugar podría estar vacío.

—Lo dudo. Pero hay otra razón por la que quiero que vengas el domingo. —Se puso en pie y consultó su reloj—. He de marcharme o tendré problemas.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? No puedes marcharte.

Sue fue hacia la puerta.

—Lo siento, Gerry, realmente tengo que irme. Recógeme el domingo por la mañana en mi casa. Ben estará conmigo, así que podremos ir juntos.

Abrió la puerta.

—Pero ¿cuál es la otra razón? —preguntó Fenn, todavía sentado, perplejo, en el sofá.

—Corre el rumor de que Alice ha dicho al cura y a su madre que la Señora quiere verla otra vez. El día 28. O sea, el domingo.

Sue cerró silenciosamente la puerta detrás de ella.

DOCE

Todos vosotros, padres que tenéis hijos,
Y vosotros, que no los tenéis,
Si los queréis tener seguros fuera,
Os ruego que los guardéis en casa.

Vieja poesía infantil

Este domingo era diferente. Hacía frío, lloviznaba, y el tiempo era desagradable. Pero los sentidos de Fenn percibían una aguda excitación en el aire, como una rata capta el olor de la sangre desde lejos.

Sue tenía razón: la cosa se percibía aun antes de llegar a la iglesia. Los primeros signos se produjeron cuando conducía a través de la calle Mayor del pueblo. Había allí una actividad inusitada para un domingo por la mañana en cualquier ciudad, pueblo o localidad, especialmente un domingo frío y húmedo. Y la mayoría de la gente se encaminaba en la misma dirección. El tráfico era también más intenso de lo normal.

En el asiento trasero, Ben estaba quieto, lo cual constituía un alivio en cualquier situación. Sus brazos descansaban en el respaldo del asiento delantero, y su cara permanecía cerca de la de su madre. Fenn echó una breve ojeada al muchacho de ocho años, y vio una mirada expectante en aquellos grandes ojos castaños; Ben tenía la boca abierta y esbozaba una media sonrisa mientras miraba hacia delante a través del parabrisas.

—¿Empiezas a sentir la atmósfera, Gerry? —preguntó Sue, mirando al reportero por encima de la cabeza de su hijo.

Fenn murmuró algo no comprometedor. No estaba dispuesto a admitir nada todavía. Disminuyó la velocidad del coche cuando se acercaban a un paso de cebra, y los peatones hicieron gestos de agradecimiento mientras cruzaban. Niños pequeños agarraban las manos de sus padres, y los ancianos se apoyaban en sus compañeros más robustos. Un hombre de mediana edad, en una silla de ruedas, llegó empujado por otro hombre más joven: su parecido indicada que era padre e hijo. El tullido sonrió a Fenn, luego miró por encima del hombro a su hijo y le apremió a que le empujara más deprisa. Una vez la calle estuvo libre, Fenn permitió que su pie apretara el acelerador, consciente de que el tráfico había crecido a sus espaldas. El convoy avanzó, con el «Mini» de Fenn a la cabeza.

Éste echó una mirada por el retrovisor, sorprendido del enredo que había creado en tan poco tiempo.

—Espero que no todos vayamos al mismo lugar —comentó.

—Creo que te vas a llevar una sorpresa —replicó Sue.

Estaban adelantando ahora a grupos de personas que avanzaban por el borde de la

carretera, y las casas a ambos lados se fueron haciendo más escasas, hasta que sólo hubo campos y árboles. Ni la constante llovizna podía amortiguar la alegría que parecía exhalar toda aquella gente.

Pronto empezaron a descubrir coches aparcados al borde de la carretera, todos metidos a medias en el arcén de hierba.

—No me lo creo —dijo Fenn cuando se vieron obligados a seguir sin detenerse ante la entrada de la iglesia.

—Ya te dije que te sorprenderías.

No había ningún indicio de suficiencia en la voz de Sue.

Fenn examinó ambos lados de la carretera, en busca de un espacio para dejar el coche.

—¿Todos los domingos ha sido así desde aquel día?

—No. Venía gente, pero no tanta. Evidentemente, se ha extendido el rumor.

—No me has dicho cómo te habías enterado de esto.

Desvió el «Mini» para evitar una puerta que se había abierto. Dos bastones de metal salieron del interior del vehículo, seguidos por dos piernas mal controladas. El conductor empezaba a bajar para ayudar a su pasajero inválido, cuando el coche de Fenn cruzó por delante.

—Estuve aquí durante el servicio de la noche, el miércoles pasado. Oí cómo hablaban algunos feligreses.

Fenn se arriesgó a echarle una mirada.

—¿Estuviste en el servicio de la noche? ¿Entre semana?

—Eso es, Gerry.

—Eso es.

Se detuvo detrás del último vehículo de la fila.

—Me imagino que aquí estará bien —dijo irónicamente. El «Mini» dio un salto al meterse en el arcén, e inmediatamente otro vehículo se detuvo detrás.

—De acuerdo, Ben, ya es hora de mojarse.

El muchacho empujaba el respaldo del asiento de su madre, ansioso por bajar. Sue lo hizo y proyectó su asiento hacia delante, permitiendo que Ben bajara. Fenn cerró su portezuela de golpe y se subió el cuello del impermeable.

—Un día estupendo para un maldito carnaval —murmuró.

Se metió las manos en los grandes bolsillos del impermeable, consciente del grueso objeto que se encontraba en él: esta vez, después de las quejas del redactor jefe fotográfico, a quien no le habían complacido sus últimos esfuerzos con la cámara de bolsillo, había pedido prestada una «Olympus». Si (y aquel era un gran si) algo ocurría, estaría preparado. En otro bolsillo llevaba una microcasete, un regalo navideño de Sue. Se encaminaron a la iglesia; llevaba cogida a Sue por el brazo; Ben corría delante de ellos.

Más vehículos reducían la velocidad y se detenían más allá del suyo. La puerta del sendero que conducía a la iglesia estaba abarrotada de gente, y Sue tuvo que

agarrar a Ben, para impedir que lo empujaran. Fenn paseó su mirada en torno a la ansiosa multitud, perplejo y excitado también por contagio. Aunque no sucediera nada espectacular —y estaba seguro de que no sucedería—, tenía ya una bonita historia como continuación de la otra: Podía exagerar un poquito diciendo que la iglesia de St. Joseph era asediada por peregrinos, creyentes y simples curiosos, pero eso no estaba muy alejado de la verdad. Sacudió la cabeza, maravillado: ¿qué demonios esperaban todos ver? ¿Otro milagro? Contuvo una risita, encantado ahora de que Sue le hubiera convencido para venir. No iba a ser una absoluta pérdida de tiempo.

Los tres, Fenn, Sue y Ben, se deslizaron a través de la abierta puerta, incorporándose a la multitud que avanzaba lentamente. Fenn observó que una muchacha a su izquierda, de no más de quince o dieciséis años, temblaba visiblemente; luego se dio cuenta en seguida de que sus movimientos espasmódicos eran algo más que simple excitación. El lado caído de su boca le dio una pista, porque había visto anteriormente aquel trastorno. Sus movimientos eran torpes, las manos y brazos se le crispaban de manera incontrolable; iba escoltada a ambos lados por un hombre y una mujer, probablemente sus padres. Si no estaba equivocado, aquella muchacha sufría de una forma de corea, sin la menor duda, el baile de San Vito, porque había visto exactamente los mismos síntomas en una joven de un hospital de Brighton cuando cubría la historia del inminente cierre del hospital, debido a recortes en los presupuestos gubernamentales. Era un trabajo en el que no había disfrutado, porque la enfermedad siempre le hacía sentirse incómodo, pero al menos su artículo, con sus múltiples y conmovedoras entrevistas de pacientes, había ayudado a aplazar el cierre del hospital. Su futuro seguía incierto, pero aquello era mejor que ningún futuro en absoluto.

Se apartó, permitiendo que el pequeño grupo tuviera más espacio para maniobrar, y el padre sonrió agradecido. Una vez cruzada la puerta, la cola se estiró, aunque la línea llegaba hasta la misma puerta de la iglesia. Había varias personas entre la multitud que, al igual que la muchacha, eran ayudadas por otras. Cruzaron por delante de un muchachito demacrado en una silla de ruedas, que charlaba animadamente con su familia: sus ojos, grandes y salientes, brillaban debido a alguna alegría interna. Fenn vio la sonrisa triste en la cara de la madre del niño; y había esperanza en su expresión, una desesperada esperanza. Esto le hizo sentirse incómodo, como si fuera un *voyeur* inmiscuyéndose en la vida privada de los demás. Aunque no sólo eso: iba también a ser testigo de su decepción. Podía simpatizar con su desesperación, pero no podía comprender su credulidad. Lo que le había ocurrido a la pequeña Alice Pagett había sido una chiripa de la Naturaleza, un desencadenamiento accidental de algo en su cerebro que había contrarrestado la acción de otros nervios desobedientes, devolviendo el funcionamiento a unos sentidos que nunca estuvieron realmente perdidos desde un punto de vista físico; estas personas creían ahora que la misma casualidad podía volver a actuar en ellos o en

quienes estaban a su cuidado. Era —tuvo que admitirlo— extrañamente conmovedor. Y empezó a sentir ira, porque lamentaba ver cómo su pantalla protectora de cinismo se rompía por una estupidez tan evidente, y esa ira se volvía contra la Iglesia, que alimentaba y alentaba semejante ignorancia. Su rencor se había convertido ya en agitada indignación cuando llegaban al pórtico.

El interior de la iglesia estaba atestado; las filas de bancos, totalmente llenas. Fenn lo esperaba debido a la actividad del exterior, pero, no obstante, quedó sorprendido por la importancia del número de feligreses, así como por el ruido, el constante murmullo de conversaciones susurradas. Un apacible silencio, había supuesto él, era el requisito previo de cualquier iglesia cuando no tenía lugar una respuesta al servicio, pero, al parecer, la tensión colectiva estaba hoy resultando difícil de contener.

Consultando su reloj, vio que faltaban dieciséis minutos para el comienzo de la misa. De haber llegado un poco más tarde, no habrían conseguido cruzar la puerta.

Sue humedeció sus dedos en la pila, se persignó con un rápido y fluido movimiento y alentó a Ben a que hiciera lo mismo. El muchacho alargó su mano hasta el receptáculo, pero su ritual fue más lento, más solemne. Uno de los hombres, sin duda escogidos como acomodadores para controlar a la multitud, hizo un gesto cortés para que los tres se dirigieran a la parte izquierda de la iglesia, a una nave lateral donde se encontraban de pie los que no habían podido hallar asiento. Fenn se resistió, porque ya sabía desde qué lugar ventajoso deseaba contemplar la reunión. Tomó a Sue por el codo y la guió hacia la derecha. El acomodador abrió la boca para protestar, pero luego decidió que realmente no valía la pena.

Sue miró a Fenn con sorpresa cuando él la empujó para que ocupara el mismo lugar de su anterior visita. Se produjeron algunas miradas desaprobadoras cuando se abrieron paso a codazos. Ben se aferraba ansiosamente al impermeable de su madre, pero consiguieron llegar a la nave lateral derecha sin impedimento. Sue quedó asombrada cuando Fenn se puso de puntillas, estirando el cuello hacia la parte delantera de la iglesia; luego se dio cuenta de que estaba buscando a Alice Pagett, suponiendo que estaría otra vez sentada bajo la estatua de la Virgen María. No había manera de saber si la pequeña se encontraba allí, porque la nave estaba demasiado abarrotada de gente. Sue observó que había más sillas de ruedas junto a los bancos, y se apoderó de ella la emoción, despertando unos sentimientos que hacía muchos años tenía controlados. Aquellas emociones habían ido creciendo en su interior durante las últimas tres semanas, y ahora sintió que, finalmente, se habían desmandado, fluyendo al exterior y uniéndose a las de los demás. No estaba segura de cuáles eran aquellos sentimientos, pero tenían mucho que ver con la compasión, con el amor por los demás. Sintió una especie de llanto y supo que no estaba sola en aquel sentimiento. Había una expectación en su interior que le producía exaltación, aunque también miedo.

Aun ahora seguía sin estar segura de si la cura de Alice había sido o no milagrosa,

aunque quería creerlo con todo su corazón. Después de años de esterilidad espiritual, unida sólo por un tenue hilillo a la religión, algo había ocurrido aquí en esta iglesia que la había hecho retroceder, siendo la absorción al principio gradual; la unión, tenue todavía, hasta que su propia voluntad reforzó la renovada aceptación. Había contemplado algo extraordinario, fuera o no un milagro, y esta impresión reavivó su confianza. Y ése era el sentimiento que compartía con tantos otros reunidos en la iglesia de St. Joseph. Confianza. Ésta impregnaba el aire como el olor a incienso que la acompañaba.

Se apretó estrechamente contra Ben y tocó con ternura el brazo de Fenn; amaba a ambos y deseaba su amor.

Fenn se volvió y le guiñó; una pequeña y desagradable conmoción hizo a Sue bajar la mano. El impetuoso sentimiento que fluía en su interior casi se interrumpió, obstaculizado por aquel guiño tan realista. Aunque no la realidad de ella, sino la de él. Aquella insensibilidad, aquella actitud burlona… Su única razón para ir allí era la posibilidad de conseguir un artículo, la continuación de una crónica que había aumentado su reputación periodística. Sue creía que él había ido porque la amaba y quería agradarla; ella se lo había pedido debido a lo que sentía por él, quería que Gerry compartiera su propia aceptación. Aquel pequeño gesto suyo había disipado su sentimiento, le había hecho tomar conciencia de que eran dos personas muy diferentes, porque delataba el destructivo desprecio, aunque fuera muy leve o estuviera muy humorísticamente disfrazado, del detractor, de la persona que nunca creería —nunca confiaría—, porque hacerlo influiría en su propio egoísta oportunismo. En aquel momento —y ésta fue la razón por la que sus emociones se habían interrumpido—, ella le despreció.

Fenn frunció el ceño mientras la muchacha le miraba, reconociendo la repentina hostilidad en sus ojos y quedando confundido por ella. Sue apartó su mirada, dejándolo intrigado.

Llegaban tras ellos muchas más personas, obligándoles a avanzar en la nave. Fenn trató una vez más de ver el banco delantero, pero aún había demasiadas cabezas que le tapaban la visión. Su excitación inicial estaba ahora empezando a desvanecerse, por efecto de la espera y de la atmósfera claustrofóbica de la atestada iglesia. Aún le rodeaba la tensión, pero él ya no la compartía, o, al menos, aquella particular clase de tensión; sus sentimientos eran de curiosidad más intensa. Examinó las caras de aquellos que estaban sentados en los bancos. ¿Eran todos del pueblo de Banfield, o el rumor se había extendido más lejos? Reconoció a algunas personas, porque había hablado con ellas el día en que Alice fue curada. Sus ojos tropezaron con una cara especialmente familiar, vista sólo de perfil, porque la persona estaba sentada al otro lado del pasillo central, cerca de la parte delantera. Era Southworth, el dueño del hotel. Bien, Mr. Southworth, al parecer se había equivocado: el interés no había muerto por completo. Quizá moriría después de hoy, de todos modos. Los jugadores estaban esperando demasiado, y no podían más que salir decepcionados.

De hecho, no le sorprendería en absoluto que se produjeran algunas escenas de irritación después del servicio religioso.

Fenn buscó al hombre gordo, Tucker, al que conociera junto con Southworth en el hotel; pero, o estaba oculto a la vista, o no se hallaba presente. Un alboroto en la parte trasera de la iglesia captó su atención.

Estaban cerrando las puertas, con gran irritación de los que se encontraban todavía fuera. Las cabezas se volvieron a medida que la disputa se hacía más fuerte, y un hombre vestido de oscuro, con el discreto alzacuellos de los modernos clérigos, se levantó del banco delantero y se dirigió a grandes zancadas hacia el origen del problema. Era alto, más de uno ochenta —calculó Fenn—, cargado de espaldas y terriblemente delgado. No obstante, su cara —con su alta frente y prominente nariz —, revelaba fuerza, un hecho confirmado por su poderoso andar. Las mejillas del sacerdote estaban hundidas, sus pómulos eran como altos acantilados en sombreados valles, y su piel tenía un aspecto amarillento, que delataba una pasada enfermedad; sin embargo, todo esto no lograba arrebatarle la fuerza.

Cuando llegó al final de la nave, levantó una mano como si suavemente se abriera paso con una guadaña por entre la multitud reunida allí, y Fenn se quedó sorprendido de su tamaño; desde donde se hallaba el reportero, parecía como si los dedos del sacerdote pudieran abarcar fácilmente una pelota de fútbol. Tal vez aquello era una exageración en la mente de Fenn, pero los feligreses de la parte trasera de la iglesia parecieron estar de acuerdo, porque se abrieron ante aquella mano que avanzaba, como el mar ante Moisés. Fenn pudo seguir el avance del hombre alto justamente porque su elevada estatura se destacaba por entre las cabezas de los demás, y se preguntó quién era y por qué estaría allí. Segundos más tarde, él cura regresaba por la nave, una vez solucionado el alboroto: las puertas de la iglesia permanecieron abiertas de par en par, pese al frío, y Fenn tuvo la oportunidad de estudiar con más detalle la cara del hombre.

Los ojos bajos, los párpados gruesos, daban la impresión de estar completamente cerrados. La mandíbula, firme, aunque no demasiado prominente, y el labio superior ligeramente salido, estropeaba el efecto de lo que, de otro modo, habrían sido unos rasgos capaces de intimidar por su fuerza. Profundas arrugas en su frente, y más en torno a sus ojos, se curvaban hacia arriba y hacia abajo como los extremos extendidos de un cepillo de alambre. Las cejas, grises y espesas, como su cabello, oscurecían las cuencas de sus ojos. El encorvamiento de sus espaldas no se debía a la fatiga o una postura negligente; la columna vertebral estaba curvada de una manera poco natural, aunque no enfermiza. El sacerdote hizo una genuflexión y ocupó de nuevo su asiento. Fenn tuvo la clara sensación de que acababa de contemplar una tormenta magnética en forma humana. Se dio también cuenta de que el zumbido de los murmullos y conversaciones se había detenido repentinamente mientras el sacerdote se movía. Los susurros empezaron de nuevo, ahora que la intimidadora figura había desaparecido de la vista.

La multitud de la parte trasera fluyó hacia el pasillo central, y los tres acomodadores se abrieron camino a través de ella para formar una barrera humana, impidiendo que se llenara completamente la nave. Fenn estaba intrigado por todo lo que sucedía, y ahora lamentaba no haber continuado su historia durante las semanas siguientes. Evidentemente, en aquella zona se había creado una corriente oculta de interés y especulación, que culminó en la pequeña aglomeración de hoy. Todos querían ver cómo se producía otra vez el truco. Quizás un poquito más esta vez. Ya hemos visto el triple salto mortal; veamos ahora el cuádruple. Por eso habían traído con ellos a sus enfermos. Un gran truco por última vez; pero ¿qué habrá para mí? O: Perdone, me perdí el último espectáculo; ¿puede repetirlo?

Su historia, el punto de vista, el aspecto que tomaría, estaba ya formándose en su mente, y tenía mucho que ver con la credulidad, la superstición, la avaricia… y, sí, quizás incluso con la duplicidad. La reunión con Southworth y Tucker, cuyos motivos se inclinaban con toda evidencia hacia la explotación, daba una buena indicación de lo que podía haber detrás de los extendidos rumores. Habían tratado de reclutarle para su campaña y habían quedado decepcionados, aunque probablemente no desalentados. Y, ¿cuánta culpabilidad tenía la Iglesia católica? ¿Qué se había hecho para disipar la historia del milagro? ¿O quizá la habían alentado? Fenn se sintió torvamente satisfecho: todo esto tenía las condiciones para una hermosa investigación periodística. No lo bastante como para incendiar el mundo, pero sí levantar la controversia suficiente como para vender algunos ejemplares más en los condados del Sur. Entonces echó una mirada a Sue y experimentó un sentimiento de culpabilidad.

La cabeza de la chica estaba inclinada, y sus manos agarraban fuertemente los hombros de Ben. Rezaba en silencio, y en su frente aparecía una arruga debido a la concentración. Incluso Ben permanecía quieto, perdido en sus propios pensamientos.

Fenn estaba perplejo. Sue no era ninguna tonta y, ciertamente, ninguna ingenua en lo que se refería a la religión. Al menos, desde que la conocía. Por tanto, ¿a qué este cambio? ¿Qué había ocurrido que la hizo volver a la iglesia con tanta rapidez y convicción? ¿Y cómo reaccionaría al artículo que estaba ya planeando? Trató de minimizar el incómodo sentimiento de culpabilidad que experimentaba: quizá su historia devolvería a Sue el buen sentido. Así lo esperaba, porque no había manera de que él pudiera retroceder ahora que había mordido el anzuelo.

Le sorprendió el tintineo de una campanilla y se produjo en toda la iglesia un movimiento general cuando se pusieron en pie los que habían tenido la suerte de encontrar un asiento, y los que ya lo estaban, adoptaran una actitud más reverente. Se abrió una puerta al lado izquierdo del altar, y Fenn pudo apenas divisar movimiento alguno por entre las cabezas de los que estaban en primera fila. El órgano hizo sonar sus primeros acordes, una breve indicación del tono en que iba a ser cantada la canción, se aclararon las gargantas y los feligreses tomaron aire. El comienzo del himno fue desigual, pero rápidamente el cántico se fue homogeneizando.

El sacerdote subió los dos escalones que conducían al altar, y una vez allí, se

volvió y quedó frente a los feligreses congregados. Fenn se mostró sorprendido y algo sobresaltado por el cambio ocurrido en el aspecto del padre Hagan. El hombre parecía haber envejecido, haberse encorvado un poco. Sus ojos tenían la extraña luminosidad de alguien que está a punto de morir de hambre, y su tez aparecía cetrina y tensa en sus mejillas. La lengua chascaba por entre sus labios en un gesto nervioso, y Fenn observó que los ojos del sacerdote revoloteaban por la iglesia en rápidos movimientos, como si el número de feligreses le produjera incomodidad. Las ropas de Hagan no constituían ya un escudo; simplemente subrayaban la fragilidad que había debajo de ellas.

Fenn se inclinó un poco hacia Sue para hacer un comentario sobre el inquietante cambio observado en el sacerdote, pero advirtió que la chica estaba demasiado absorta en la liturgia como para prestarle atención. Durante la larga misa —espantosamente larga, para él— estudió la cara del padre Hagan, dándose cuenta poco a poco de que el deterioro sufrido por el hombre no era tan drástico como al principio supusiera (o quizás el cura estaba recuperando algo de su talla anterior, a medida que se desarrollaba la misa). Podía ser también debido a que Fenn llevaba tiempo sin verle, y al encontrarse de repente ante él, los aspectos del cambio le habían parecido más bruscos.

En el momento de dar la paz, cuando todos los presentes estrechan la mano de su vecino y le desean «La paz sea contigo», Fenn ofreció su mano a Sue. Ésta le miró fríamente antes de tomarla, y su presión careció de firmeza. Cuando ella le soltaba, él la retuvo y apretó su palma, en un esfuerzo por establecer alguna clase de contacto mental. Sue bajó los ojos y pareció como si una sombra cruzara por sus rasgos. Fenn no pudo hacer otra cosa más que mirar fijamente, hasta que una manecita tiró de su impermeable, y entonces bajó la mirada para encontrarse con un Ben que le tendía la mano, esperando estrechar la suya.

—La paz sea contigo, Ben —susurró Fenn, observando otra vez a Sue. Ella miraba ya hacia el sacerdote del altar.

Continuó la misa, y después de la consagración, el interés de Fenn se desplazó hacia los feligreses. Los que deseaban recibir la comunión se apresuraron a invadir el pasillo central con una no muy digna (y quizá no muy santa) prisa, provocando un embotellamiento. Avanzaban inválidos en sus sillas de ruedas y otros con muletas, y Fenn no podía ayudarles, sino sólo sentir pena por ellos. Su desesperación era evidente, y eso renovó la ira que Fenn sentía al verlos así explotados. En la cola había niños, de no más de siete años, y algunos de ellos, no mucho mayores. Tenían expresión ansiosa y los ojos muy abiertos, y tal vez no comprendían exactamente lo que ocurría, aunque captaban la excitación que reinaba en la iglesia. Un muchacho de unos diecisiete años era conducido al altar como si se tratara de un niño de cinco, y sus lentos pasos daban razón del motivo. El muchacho era un retrasado mental profundo, y Fenn pudo ver brillar la esperanza en la cara de su madre.

La expresión del padre Hagan era de angustia mientras observaba la larga y triple

fila de creyentes, y el reportero sintió, a regañadientes, una cierta simpatía por él. Estaba convencido de que nada de aquello tenía que ver con el cura y de que Hagan estaba tan sorprendido como él mismo. Había varias monjas entre la procesión que se movía lentamente, sus cabezas inclinadas, las manos muy juntas. El himno llegaba a su final; todas sus estrofas terminaban antes de que lo hubiera hecho la cola y dejaban sólo el ruido de los pies que se arrastraban y las toses que resonaban. Los comulgantes que regresaban tenían que abrirse camino empujando a través de los pasillos laterales para llegar a sus asientos, obligando a los que estaban de pie a empujar a sus vecinos para cederles el paso. Una figurilla apareció de repente ante Fenn, y el reportero frunció el ceño cuando vio las manos del muchacho cubiertas de desagradables verrugas. En el pasillo central, otro niño era llevado en brazos al sacerdote, sus piernas envueltas en una gruesa manta. Era el mismo niño que Fenn había visto en la silla de ruedas, en el sendero que conducía a la iglesia. El pequeño, persuadido por el hombre que le sostenía, abrió la boca para recibir la hostia, y los ojos del cura se llenaron de nueva tristeza.

La procesión continuó, una constante corriente humana que parecía no tener fin, y por dos veces se produjo un retraso cuando el padre Hagan tuvo que ir al altar por más hostias. Finalmente se agotaron sus reservas, y el sacerdote se vio obligado a anunciar este hecho a los feligreses que aguardaban.

Fenn sintió un malicioso placer ante la decepción de la gente, cuando los restos de la cola tuvieron que regresar triste y lentamente a su lugar.

La misa terminó poco después, y los feligreses levantaron sus ojos y se miraron mutuamente, como esperando algo más. El sacerdote y sus acompañantes con sotana y roquete, desaparecieron en la sacristía, y el sentido de anticlímax fue casi tangible. Empezaron a oírse murmullos en la iglesia, y las cabezas atisbaron al lado derecho del altar, al banco situado bajo la estatua de Nuestra Señora. Los murmullos llegaron hasta las filas traseras de la iglesia: la niña no estaba allí. Alice Pagett no había asistido a misa aquella mañana. Se oyeron unos gemidos, algunos murmullos de queja, pero como estaban en la casa de Dios, la mayoría de los congregados se guardó sus quejas para sí. Salieron de la iglesia, con la clara sensación de que habían sido defraudados, pero no teniendo más remedio que hacerlo así (lo cual aumentaba su frustración).

La gente empezó a empujar a Fenn, y Sue le miró en actitud interrogadora, dispuesta, ella también, a salir de la iglesia.

—Llévate a Ben, Sue; nos encontraremos en el coche —le dijo Fenn.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, sintiendo que la empujaban por detrás.

—Sólo quiero intercambiar unas palabritas con el cura.

—No puedes ir a la sacristía, Gerry.

Casi se lo estaba prohibiendo.

—No van a quemarme en aceite, ¿verdad? No te preocupes, no estaré mucho rato.

Antes de que pudiera protestar más, la apartó suavemente a un lado y se metió

entre la muchedumbre que avanzaba.

Era difícil andar, pero los feligreses que salen de una iglesia no son generalmente tan arrogantes como una multitud, y, así, le abrieron camino cuando pudieron hacerlo. Los bancos se estaban vaciando, y utilizó uno de ellos como canal para llegar al pasillo central. Se detuvo un instante para echar una mirada más detenida a la estatua de la Virgen, la imagen de piedra que tanto había fascinado a Alice Pagett, y consideró brevemente la posibilidad de tomar una rápida fotografía. Decidiendo que sería mejor tomar la instantánea un poco más tarde, cuando la iglesia estuviera vacía —no quería escandalizar a nadie, especialmente al clero—, Fenn reanudó su marcha.

Una vez en el pasillo central, el camino fue ya más fácil, porque la multitud, a estas alturas, se estaba concentrando en la salida. Cruzó por delante del altar, en busca de la puerta que había a su lado, ligeramente entrabierta. Vaciló antes de entrar. Salían voces del interior.

—¿…por qué, monseñor, por qué escuchan estos rumores? ¿Qué es lo que esperaban…?

—Cálmese, padre. Debe usted comportarse como si se tratara de un domingo cualquiera, yendo a la puerta de su iglesia y conversando con sus feligreses. Si quiere desanimarlos de todas esas frívolas ilusiones, muéstreles que todo es normal.

La segunda voz era profunda, autoritaria.

Decidiendo entrar sin llamar, Fenn empujó la puerta. El padre Hagan le daba la espalda, pero el otro clérigo, el hombre alto vestido de oscuro y de hombros hundidos, estaba de cara a la puerta. Se detuvo en mitad de la frase, mirando fijamente al periodista por encima del hombro del sacerdote. Hagan se volvió, y sus rasgos quedaron rígidos al ver a Fenn.

—¿Qué desea? —preguntó, con evidente hostilidad.

Fenn no era fácil de intimidar, de manera que entró en la estancia. Sonrió como excusándose, y dijo:

—Me preguntaba si podría intercambiar unas palabras con usted, padre.

—Lo siento, pero no puede usted estar aquí —le respondió el cura.

Los monaguillos y el sacristán, tres muchachos y un hombre, que estaban acabando de quitarse sotanas y roquetes, se detuvieron y miraron al sacerdote con sorpresa: aquella aspereza era extraña en su temperamento, normalmente suave.

Fenn se mantuvo firme.

—Sólo un minuto.

—Desearía que se marchara usted ahora mismo.

La sonrisa del reportero desapareció mientras devolvía la fría mirada del sacerdote. Fue el cura de más edad, alto, quien rápidamente dio un paso adelante para romper el punto muerto.

—Soy monseñor Delgard —dijo—. ¿Hay algo en que pueda ayudarle?

—Es un periodista —interrumpió Hagan cuando Fenn iba a responder—. En gran parte, a él se debe todo este alboroto.

El cura más viejo asintió y dijo amablemente:

—¿Es usted Mr. Fenn? ¿El hombre que encontró a Alice en los terrenos de la iglesia cuando empezó todo el asunto? Me alegro mucho de conocerle, joven. Le ofreció su enorme mano, que el reportero tomó cautelosamente. En realidad, el apretón del clérigo fue firme, pero sorprendentemente suave.

—No tenía intención de importunar… —dijo Fenn, y el sacerdote sonrió ante la mentira.

—Me temo que estemos muy ocupados en este momento, Mr. Fenn, pero quizá podamos servirle de ayuda un poco más tarde, ¿no?

—¿Podría decirme por qué está usted hoy en la iglesia de St. Joseph?

—Simplemente para ayudar al padre Hagan. Y para observar, por supuesto.

—¿Observar qué, exactamente?

—Ya ha visto usted cuántas personas han asistido a la misa hoy. Sería tonto que la Iglesia pretendiera que los feligreses no han concedido un significado especial a este particular domingo.

—Pero ¿lo ha concedido usted, monseñor?

La cinta magnetofónica del bolsillo de Fenn estaba en marcha, accionada por su pulgar.

El cura vaciló, pero siguió sonriendo.

—Deje que le diga sólo que no esperábamos que ocurriera ningún fenómeno. Estamos más preocupados con nuestros feligreses…

—Afuera no hay sólo feligreses —interrumpió Fenn—. Yo diría que ha venido gente de una zona mucho más amplia que Banfield.

—Sí, me temo que éste es el caso —dijo Hagan fríamente—, pero eso se debe a que su periódico publicó una historia muy exagerada, que ha influido en la susceptibilidad del público.

—Yo sólo informé de lo que había sucedido —respondió Fenn.

—Con un poquito de especulación por su parte. Y, añadiría, especulación que difícilmente ocultaba el cinismo que había detrás.

—No soy católico, padre. No esperará…

—Por favor.

Monseñor Delgard se colocó firmemente entre los dos protagonistas, con sus grandes manos levantadas a nivel del pecho, como para apoyar sus observaciones. Su voz no se levantó, su tono apenas se endureció, pero se trataba de una voz que captaba la atención.

—Estoy seguro de que esta discusión debería continuar. Se le han de responder sus preguntas, Mr. Fenn, y usted, padre, tal vez obtenga beneficio escuchando un punto de vista más objetivo de todo este asunto. Pero ahora no es el momento ni el lugar. Sugiero que se marche usted, Mr. Fenn, y vuelva un poco más tarde, hoy mismo.

Más que una sugerencia, era una orden, una orden que el reportero, de mala gana,

decidió obedecer. Sería mejor para su historia tener la cooperación de Hagan que su antagonismo, y su conversación en aquel momento no conducía a nada útil. Sin embargo, como alguien siempre dispuesto a sacar ventaja de la situación, por pequeña que fuera, Fenn dijo:

—Si vuelvo esta tarde, ¿me concederá usted una hora de su tiempo?

El padre Hagan abrió la boca para protestar, pero Monseñor Delgard habló con rapidez.

—Tanto tiempo como usted guste, Mr. Fenn. No pondremos límite a la entrevista.

Fenn fue pillado por sorpresa. Había esperado que le respondieran media hora, quizá veinte minutos.

—Trato hecho —replicó con una sonrisa, y luego empujó la puerta.

La iglesia estaba casi vacía, y parecía mucho más oscura. Las nubes tormentosas se habían cargado más, y la luz exterior que penetraba a través de las ventanas de vidrios de color era pobre y difusa, carecía de fuerza. Cerró la puerta de la sacristía y cruzó por delante del altar en dirección a la estatua de la Virgen. Los ojos sin pupilas de la blanca estatua le miraban ciegamente, y mostraban sus labios de piedra las ligerísimas huellas de una sonrisa benevolente. Las esculpidas manos se extendían hacia abajo, y las palmas, vueltas hacia arriba, eran el símbolo de la aceptación por la Virgen de todo lo que se hallaba ante ella.

Para Fenn era sólo un bloque de piedra, una efigie bien hecha, pero que carecía de significado para él. Los ojos sin expresión resultaban inquietantes por su mirada ciega; la expresión de compasión no tenía sentido porque estaba hecha a mano, no era algo sentido.

Fenn entornó los ojos. Y la estatua mostró un defecto. Era sólo una débil grieta en el nacimiento del pelo, que corría desde debajo de la barbilla hacia un lado del cuello. «Nadie es perfecto», dijo silenciosamente Fenn a la escultura.

Estaba buscando en el bolsillo de su impermeable la cámara —pues decidió que aquélla era una oportunidad tan buena como cualquier otra para fotografiar la estatua —, cuando unos pasos apresurados le hicieron volverse. Un joven de quince o dieciséis años andaba precipitadamente por el pasillo central hacia el altar. No pareció darse cuenta de la presencia de Fenn mientras daba la vuelta al banco delantero y se encaminaba a la puerta de la sacristía. Golpeó en la puerta con la palma de su mano y luego irrumpió dentro.

Fenn salió tras él apresuradamente, y llegó justo a tiempo de oír al joven que decía sin respiración:

—Se trata de Alice Pagett, padre. Está aquí.

—Pero yo le di instrucciones a su madre de que la mantuviera alejada hoy — replicó el padre Hagan.

—Pues está aquí, padre. En el campo, ¡junto al árbol! Y todo el mundo la sigue. ¡Se dirigen todos al campo!

TRECE

La Magia está en mi,
la Magia está en ti.
Está en cada uno de nosotros.

El jardín secreto
FRANCES HODGSON BURNETT

Cuando Fenn entró en la sacristía, vio sólo a los dos sacerdotes y al chico que salían por otra puerta que daba al exterior. Los monaguillos y el sacristán estaban aún demasiado sorprendidos como para moverse. El reportero atravesó la estancia corriendo, tras los que acababan de salir. Afuera, se encontró en el sector del patio trasero de St. Joseph; los dos curas y el muchacho andaban apresuradamente por un estrecho sendero que corría entre las tumbas hacia la pared baja que dividía los terrenos de la iglesia y el campo. Fenn aceleró el paso para alcanzarlos; en sus ojos brillaba la ansiedad.

El reportero cambió de dirección al ver que la pared estaba abarrotada de gente, ansiosa por ver el campo, pero resistiéndose, por razones propias, a entrar en él. Un sector del muro cercano a la esquina del patio estaba libre, y ahí fue adonde se dirigió Fenn. Los dos curas trataban de abrirse paso a través de los mirones, pero tenían dificultad en llegar a la pared. Fenn rozó con el zapato un agujero de topo mientras corría hacia el lugar elegido. La hierba estaba húmeda y resbaladiza, y por dos veces sus pies estuvieron a punto de fallarle. Pronto llegó a la pared; se inclinó sobre ella, reteniendo la respiración. Luego se subió al muro, balanceándose sobre su áspero e irregular borde, mientras buscaba en sus bolsillos, con temblorosos dedos, la cámara.

Alice, que llevaba un impermeable azul de plástico, se hallaba de pie ante el árbol, mirando sus retorcidas ramas, mientras la suave lluvia le salpicaba su cara, vuelta hacia arriba. Las nubes eran oscuras y pesadas; aún no se habían librado del todo de su carga; el horizonte aparecía de un blanco plateado, como contraste. Las personas se mantenían algo apartadas de la niña, como si temieran aproximarse, acercarse demasiado al roble. Formaban pequeños grupos, silenciosos, observadores. Algunos se encaramaron a la pared, saltando al otro lado y acercándose cautelosamente, pero no había nadie que se atreviera a situarse más adelante que los grupos. Fenn vio cómo levantaban al muchacho tullido —el que había recibido la comunión antes—, por encima de la pared y lo llevaban luego, a través de las personas que esperaban, hacia la niña. A unos cinco metros de distancia de ella, su padre se arrodilló y, suavemente, dejó al pequeño sobre la hierba, ajustando la manta en torno al frágil cuerpecito para preservarle de la humedad.

Llevaban hacia delante a una muchacha, y Fenn pudo reconocerla por sus ropas: era la misma que se dirigía antes a la iglesia, la que sufría de corea.

Otras personas se abrían camino, trayendo a sus hijos con ellas o apoyando a adultos. Pronto los grupos fueron fundiéndose a medida que se llenaba el espacio entre ellos, y los enfermos fueron depositados en la hierba, sin preocuparse de la humedad del suelo o del frío aire.

Fenn calculó que habría al menos unas trescientas personas, muchas de ellas en el mismo campo, y el resto, agrupadas todavía nerviosamente detrás de la pared, como si ésta fuera un escudo. Todas estaban calladas.

Podía sentirse la tensión reinante, y casi deseó gritar contra ella. Estaba aumentando, contagiándose de persona a persona, de grupo a grupo, una histeria creciente que alcanzaría su máxima cota antes de romperse. Se estremeció, porque era algo extraño, misterioso.

Enfocó la cámara, tratando de mantener firmes sus manos. Su situación sobre la pared le proporcionaba una buena visión general, y esperó haber elegido la correcta apertura del objetivo bajo aquella débil luz. La «Olympus» disponía de un equipo de *flash* incorporado, pero él se resistía a usarlo: sentía que el repentino resplandor podía de alguna manera perturbar el humor de la multitud, romper el hechizo bajo el que parecían estar. ¿Hechizo? «Domínate, Fenn. No es más que una atmósfera como la que se crea en partidos de fútbol o conciertos pop.» Sólo que más silenciosa, eso era todo, y eso era lo que la hacía tan fantasmal.

Apretó el botón y fotografió primero a Alice y el árbol. Luego, a ella con la multitud detrás. La gente de la pared fue la siguiente. Buena instantánea; se podía ver la aprensión en sus caras. Y algo más. Miedo. Miedo, pero también… anhelo. ¡Cristo, estaban ansiosos de que ocurriera algo!

Vio a los dos curas encaramándose a la pared y tomó una rápida instantánea. La foto podía resultar magnífica cuando se ampliara y se recortara la cara del padre Hagan, porque raramente había visto una expresión más intensa de angustia en la cara de un hombre.

Los sacerdotes avanzaron a través de los reunidos, pero ni siquiera ellos cruzaron la franja de personas que formaban un desigual semicírculo en torno a la pequeña Alice. Fenn saltó al suelo, se dirigió al roble, y se aproximó lateralmente, para obtener una buena visión de lo que estaba sucediendo. Sus zapatos y la parte baja de los pantalones estaban empapados cuando llegó al borde la multitud, pero Fenn no sintió incomodidad por ello. Al igual que los demás, estaba demasiado fascinado por la diminuta figura que permanecía de pie allí, perfectamente inmóvil, contemplando el árbol. Desde su situación pudo ver el perfil de Alice, y la expresión de ésta era de pura felicidad. Muchos de los niños sonreían también, mostrando una alegría que no era totalmente compartida por los adultos que les acompañaban, aunque tampoco éstos mostraban ya la misma temerosa aprensión de momentos antes. Al menos, no los que estaban más cerca de la niña. Fenn vio cómo la madre de Alice se arrodillaba cerca del grupo que había traído al niño tullido al campo, y no pudo estar seguro de si la mujer lloraba o eran sólo gotas de la lluvia lo que había en su cara. Tenía los ojos

cerrados, y las manos juntas y apretadas, en un gesto de plegaria. La bufanda le había caído sobre los hombros, y el cabello le colgaba húmedo encima de la frente. En sus labios se formaban silenciosas palabras.

Y entonces, todo adquirió una inmovilidad poco natural.

Sólo la lluvia que caía convenció a Fenn de que el mundo no se había detenido.

Ni siquiera se oían sonidos. Ni el de los pájaros, ni el balido de las ovejas en el otro extremo del campo, ni ruido de tráfico de la cercana carretera. Un vacío.

Hasta que la brisa agitó la hierba.

Fenn se estremeció, porque la repentina corriente de aire era más fría que la llovizna. Se subió el cuello del impermeable y, nerviosamente, miró a su alrededor, al sentir de una manera irrazonable la fuerte presencia de algo invisible. No había nada allí, por supuesto, sólo el campo y los setos que lo bordeaban. A su izquierda estaban la multitud, la pared, la iglesia; a su derecha, el árbol… el árbol… Más allá… del árbol… No conseguía enfocar su mirada más allá del árbol.

El viento —porque ahora ya no se trataba de una brisa— susurraba a través de las desnudas ramas, agitando los deformados miembros del árbol y haciéndolos oscilar como si se tratara de dormidos tentáculos súbitamente vueltos a la vida. El susurro se convirtió en un aullido grave cuando se movieron las grotescas ramas.

Las ropas de los espectadores fueron azotadas por el viento, y cada uno se abrazó a su vecino o levantó los brazos para protegerse de él. Algunos empezaron a retroceder, claramente asustados, mientras otros mantenían su posición, temerosos también, pero lo bastante curiosos —y en algunos casos, desesperados— como para quedarse. Muchos cayeron de rodillas e inclinaron las cabezas.

De manera bastante extraña, Fenn sintió que las piernas se le debilitaban, y tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse de pie. Vio cómo el padre Hagan empezaba a avanzar tropezando, en un intento por llegar hasta la niña, pero el otro sacerdote le cogió del brazo y le retuvo. Se cruzaron algunas palabras entre los dos clérigos, pero estaban demasiado lejos y el viento era demasiado fuerte como para que el reportero pudiera oí nada. De pronto, Fenn se tambaleó, como si algo le hubiera empujado desde atrás. Podía sentir cómo los músculos de la espalda se le iban agarrotando, y su cabello azotado por el aire se había vuelto quebradizo.

Pero aquello pasó. El aullido grave cesó, el viento amainó. La lluvia siguió cayendo suavemente, sin que el viento la ladeara.

La gente pareció aliviada, algunos se persignaban. Todos miraron a su alrededor, a sus vecinos, sintiendo cada uno de ellos la confortable presencia de los demás, y volviéndose hacia su párroco en busca de seguridad. Pero el padre Hagan no podía ofrecer ninguna. Su piel parecía aún más pálida mientras miraba a Alice Pagett.

Los brazos de la niña estaban estirados en dirección al ahora inmóvil roble, y hablaba, aunque ninguno de los presentes podía captar las palabras. Reía también, irradiando su cuerpecito una alegría casi visible. Sin embargo, no había nada en el árbol, ninguna forma, ningún movimiento, nada en absoluto. Un grito de asombro

corrió por entre los espectadores, un grito que se convirtió en un gemido.

Los pies de Alice no se apoyaban en el suelo. La niña se mantenía en el aire unos centímetros por encima de los tallos de hierba más altos.

Fenn parpadeó, sin llegar a creer lo que estaba viendo. Sencillamente, aquello no era posible. La levitación era sólo un truco realizado por prestidigitadores en condiciones artificiales. Pero aquí no se daban tales condiciones; sólo se veía campo abierto. Y no había ningún prestidigitador; sólo una niña de once años de edad. Pero ¿qué estaba pasando?

Sintió que corría por su interior una electricidad, un brusco y hormigueante sofoco que, de alguna manera, saltó de su cuerpo a los demás, uniéndolos a todos en un manto de estática. Lo estaba hipnotizando la pequeña; no estaba seguro de si veía alucinaciones, y se negaba aún a aceptar la evidencia que tenía ante sus ojos. Vagamente, en algún lugar de la región más sana de su mente, se acordó de la cámara que tenía en el bolsillo; pero no pudo encontrar las suficientes fuerzas, ni —algo más importante aún—, suficientes ganas de cogerla. Sacudió la cabeza, en parte para aclararla, y en parte para experimentar alguna sensación física. El sueño, la alucinación, la ilusión telepática, seguían allí ante él, negándose a obedecer a la parte de su cerebro que insistía en que aquello era irreal. Alice Pagett permanecía elevada por encima del suelo, y la hierba oscilaba suavemente bajo las suelas de sus zapatos.

Transcurrieron los minutos, y nadie se atrevía a moverse ni a hablar. Había un aura alrededor de Alice que, aunque no podía ser vista, sí podía ser notada. Un resplandor que, si *hubiera* sido visible, tendría una tonalidad blanca brillante, con un matiz dorado en su periferia. La posición de la niña no variaba; ni subía ni bajaba. Y su cuerpo permanecía inmóvil, los brazos aún estirados hacia fuera; sólo sus labios se movían.

No había muchos de los presentes que siguieran de pie. Las piernas de Fenn empezaron a ceder por completo, y lo que lo hizo agacharse no fue una actitud de reverencia hacia lo que estaba ocurriendo; era como si todo su cuerpo se estuviera vaciando de energía. Se sintió entumecido, aterido.

Se apoyó en una rodilla, con una mano en la hierba para mantener el equilibrio. Los curas seguían de pie, aunque el monseñor se agarraba con fuerza al brazo del padre Hagan, en busca de apoyo. Parecían confusos, desconcertados ante el increíble espectáculo, y —pensó Fenn con cierta torva satisfacción— parecían también asustados ahora.

Volvió la cabeza para mirar a Alice una vez más y vio que la pequeña estaba ahora bajando lentamente, lentamente… los tallos de hierba se doblaban bajo sus pies, cual flexible cojín, antes de que tocara tierra. Una vez en el suelo, Alice se volvió para mirar al auditorio, con una sonrisa de éxtasis en la cara.

Y en ese momento empezaron los milagros.

Un muchachito salió disparado hacia delante, con las extendidas manos convertidas en una masa de protuberancias negrogrisáceas. Cayó ante los pies de Alice, sosteniendo sus manos en alto para que aquellos que observaban desde atrás pudieran ver su fealdad. Su llorosa madre trató de unírsele, pero su marido se lo impidió, al no saber lo que iba a ocurrir, y sólo rogando que aquello fuera bueno para su hijo.

La pequeña sonrió al muchacho, y las negruzcas verrugas, con sus bordes grises, empezaron a desvanecerse.

La madre gritó y se liberó, corriendo hacia su hijo y abrazándole fuertemente; las lágrimas corrían por sus mejillas, para ir a mezclarse con la lluvia que empapaba el cabello de su hijo.

Surgió un grito entre la multitud, y todos los ojos se dirigieron hacia la muchacha adolescente cuyos músculos faciales no podían ser controlados y cuyos miembros se agitaban espasmódica e incesantemente. Había estado arrodillada con el grupo de sus familiares, pero ahora se encontraba de pie, con expresión serena en el rostro. Aunque se movía con cautela, sus miembros ya no temblaban, no se retorcían; se observaba a sí misma, examinaba sus manos, sus piernas. La muchacha avanzó, lenta pero con seguridad, y su pecho empezaba a palpitar de alegría. Se arrodilló a los pies de Alice Pagett y lloró.

Un hombre avanzó tropezando, abriéndose paso por entre la gente arrodillada; tenía los ojos nublados por las cataratas. Todo el mundo le abría paso, guiándole hacia delante con una suave presión en los brazos, apremiándole, orando por él.

Cayó antes de llegar a la niña, y se quedó allí sollozando, en su cara una expresión de ansioso anhelo. La opacidad de sus ojos empezó a aclararse. Por primera vez en cinco años empezó a ver color, a ver formas, a ver el mundo de nuevo; sólo sus lágrimas le empañaban ahora la visión.

Una niña, que acudía al mismo hospital que Alice y cuyos padres habían sentido nuevas esperanzas desde la repentina cura de Alice, preguntó a su madre por qué el hombre del suelo estaba llorando. Las palabras no fueron muy claras, pero la madre de la niña las comprendió. Para ella fueron las palabras más hermosas que jamás oyera, porque su hija no había hablado nunca en los siete años que constituían su corta vida.

Muchas personas se desmayaban, desplomándose en el suelo, o cayendo contra aquellos que estaban a su lado, como marionetas a las que se hubieran cortado los cordeles. Fenn se vio obligado a sentarse, pues la rodilla que le sostenía había cedido también. Sus ojos parecían extraviados, saltando de la niña a la multitud, de la niña a la multitud, de la niña… al árbol…

Un nuevo grito, que iba convirtiéndose en un gemido, de entre la multitud empapada. El gemido de angustia de una mujer.

Los ojos de Fenn escudriñaron los cuerpos acurrucados y se detuvieron en el fardo envuelto en una manta que yacía al borde del semicírculo. El muchacho se

estaba sentando más erguido; sus ojos brillaban con una recién hallada comprensión. Apartó la manta a un lado, y unas manos se adelantaron para ayudarle. Sin embargo, no necesitó su ayuda. Se estaba levantando con los movimientos rígidos y torpes de un corderito recién nacido. Estaba ya en pie, y las manos le sostenían. Se movió hacia delante, desequilibrado, pero luchando, esforzándose ansiosamente por llegar hasta la niña. Su padre y su madre llegaron a su lado rápidamente, tomándole de los brazos. El muchacho anduvo usando a los adultos como soporte, pero el movimiento procedía de sus propias piernas. Sus padres le ayudaron a avanzar, y hasta haber llegado a una distancia en la que podía tocar a Alice, el muchacho no se dejó caer al suelo. Permaneció allí semisentado, semiacostado, sus rodillas juntas, sus delgadas piernas casi ocultas entre la hierba, la parte superior de su cuerpo erecta, con su padre sosteniéndolo por los hombros.

Todos miraban a la niña con adoración en sus caras.

Fenn estaba asombrado. Recuperaba su fuerza, aunque no se sentía aún lo bastante fuerte como para ponerse en pie. Pero ¿qué ocurría aquí? *¡Aquello no era posible!*

Miró a los dos sacerdotes, uno de ellos totalmente vestido de negro, el otro, todavía con la indumentaria del servicio religioso, verde y amarillo, con el blanco debajo. El padre Hagan había caído de rodillas, y el sacerdote alto, el monseñor, se derrumbaba lentamente a su lado. Fenn no podía estar seguro de si ambos sufrían la misma debilidad que le había afectado a él, o si su gesto era simplemente de homenaje. El padre Hagan inclinaba su cabeza entre las manos y se mecía hacia delante y hacia atrás. Monseñor Delgard sólo podía mirar fijamente, con los ojos abiertos de par en par, a la niña, que se hallaba de pie en el campo, con su cuerpecito tan vulnerable debajo del retorcido árbol negro que la dominaba.

CATORCE

«Ella es tan tierna y dulce como un corderito gordo.
¡Am, am! ¡Será una sabrosa cena!»
Sacó un afilado y brillante cuchillo,
que relució de manera espantosa.

La Reina Nieve
HANS ANDERSEN

Riordan sacudió la cabeza con fatiga. Aquello no tenía sentido. En sus treinta y ocho años como granjero, nada parecido había sucedido anteriormente. No a su ganado. Movió su camioneta para meterla hacia atrás en el campo y luego hizo un gesto de asentimiento a sus trabajadores para que emplearan sus palas.

El veterinario se acercó y se puso a su lado, sin decir nada, con la cara macilenta. Riordan lo había llamado a primeras horas de la mañana, y cuando él, el veterinario, llegó allí, supo que era muy poco lo que podía hacer. Incluso aquellos fetos que había sacado de los vientres de sus madres, los que él consideraba lo suficientemente formados como para soportar el prematuro nacimiento, habían muerto. Era inexplicable. ¿Por qué les había ocurrido aquello a todas las ovejas al mismo tiempo? Habían sucedido hechos inquietantes en el campo el día anterior —un increíble suceso, a juzgar por todos los confusos relatos que había oído—, pero las ovejas preñadas estaban lejos de todo aquello, en un sector diferente del campo. El hombre suspiró y se pasó la mano por los cansados ojos mientras los obreros recogían con sus palas los pequeños cuerpecitos brillantes y los arrojaban a la trasera del camión. Las ovejas, las madres que el veterinario no había sido capaz de salvar, eran cogidas por sus rígidas patas y soltadas, tras un rápido balanceo, en el vehículo que aguardaba.

Riordan miró hacia la grisácea iglesia que se alzaba a lo lejos y se preguntó cómo la gente podía adorar a un Dios tan malévolo. La vida del granjero era dura: cabía esperar fracasos, contratiempos e incluso tragedias. Las cosechas podían ser arruinadas, los animales podían —y así ocurría siempre—, tener accidentes o enfermedades a consecuencia de las cuales morían. Eso les ocurría también a los trabajadores de la granja. Pero no se podía esperar, no se podía estar preparado para algo así.

Sencillamente, no tenía sentido.

Se volvió de espaldas al campo y contempló cómo se marchaba la cargada camioneta.

SEGUNDA PARTE

¿He cambiado quizá durante la noche?
Dejad que piense:
¿Era la misma cuando me levanté esta mañana?
Casi me parece que puedo recordarme algo diferente.
Pero si no soy la misma, la pregunta es:
¿Quién demonios soy?
Ah, ¡ése es el gran rompecabezas!

Alicia en el país de las maravillas
LEWIS CARROL

QUINCE

Cuando leía cuentos de hadas,
me imaginaba que esa clase de cosas nunca ocurrían,
¡y heme aquí ahora en medio de una de ellas!

Alicia en el país de las maravillas
LEWIS CARROL

—Santo Dios, ¿se encuentra usted mal, Andrew?

El obispo Caines se quedó mirando fijamente al sacerdote, preocupado por el cambio producido en el hombre. Ya tenía aspecto enfermizo cuando el obispo habló con él unas semanas antes, pero ahora su aspecto físico se había deteriorado de manera alarmante. El obispo Caines avanzó unos pasos y tomó la mano del sacerdote, indicando luego con un gesto un sillón delante de su mesa. Miró interrogadoramente a monseñor Delgard, pero la expresión del alto clérigo permaneció impasible.

—Creo que quizás un poquito de *brandy* le sentaría bien.

—No, no, estoy bien, de verdad —protestó el padre Hagan.

—¡Tonterías! Le devolverá el color. Peter, ¿lo mismo para usted?

Delgard movió negativamente la cabeza.

—¿Quizás un poco de té? —sugirió, mirando directamente a la secretaria del obispo que los había introducido en el estudio.

—Sí, desde luego —respondió el obispo Caines, regresando a su asiento detrás de la mesa—. También para mí, me parece, Judith. Quizá lo necesite.

Sonrió a su secretaria, y ésta salió de la habitación. La sonrisa del obispo desapareció en cuando se hubo cerrado la puerta.

—Estoy sumamente molesto, caballeros. Habría preferido que vinieran a verme ayer.

Monseñor Delgard había dado unos pasos hacia la emplomada ventana que daba al recoleto jardín. La débil luz del sol de finales de febrero iluminaba el otro extremo del limpio y parcialmente sombreado césped, incapaz de arrebatarle la humedad, haciendo brillar las gotas de rocío. Había llovido durante la noche y la tarde anteriores; parecía como si el sol se estuviera recobrando todavía del remojón. Monseñor se volvió hacia el corpulento obispo.

—Me temo que eso no era posible. —Su voz era baja, pero las palabras llenaron el oscuro estudio de paredes revestidas con paneles de madera—. No podíamos abandonar la iglesia, obispo, después de lo que había ocurrido. Había demasiada histeria.

El obispo Caines no dijo nada. Había destinado a monseñor Delgard a la vigilancia del joven sacerdote y su iglesia, para controlar cualquier situación que pudiera surgir relativa a la niña y sus apariciones. Su misión era observar, influir e

informar. Peter Delgard era un sacerdote para quien no eran extraños los incidentes supuestamente paranormales o sobrenaturales, y en los medios eclesiásticos tenía cierta reputación de aportar cordura a situaciones insensatas. Era un hombre tranquilo, distante, que a veces intimidaba por su fuerza; pero uno se daba cuenta instantáneamente de que era un hombre compasivo, alguien que compartía el sufrimiento de los demás como si de una carga suya sé tratara. Su autoritaria tranquilidad no contribuía mucho a revelar esta faceta de su carácter, pero estaba presente en su aura como debía de haberlo estado en la de Cristo. El obispo confiaba en monseñor Delgard, respetaba su juicio, reconocía su sabiduría en cuestiones que eran a menudo demasiado extrañas para que la aceptara su propia sensibilidad; y le tenía un poco de miedo al alto sacerdote.

Delgard estaba mirando otra vez por la ventana.

—Pensé también que el padre Hagan necesitaba un poco de descanso —añadió.

El obispo Caines estudió al sacerdote sentado en el sillón. Sí, podía notarlo: el padre Hagan parecía haber sufrido un *shock* excesivo para él. Su cara tenía un tono más grisáceo que la última vez; sus ojos eran oscuros, y había en ellos una mirada de desesperación.

—Padre, parece usted agotado. ¿Es a causa de lo que sucedió ayer? —preguntó.

—No lo sé, señor obispo —respondió el sacerdote, con voz que era casi un suspiro—. No duermo bien estas últimas semanas. La noche pasada apenas dormí nada.

—No me sorprende. Pero no veo por qué todo esto ha de causarle tanta ansiedad. Realmente, hay mucho que celebrar en ello.

El obispo se dio cuenta de que monseñor Delgard le estaba observando.

—¿No está de acuerdo, Peter?

Monseñor meditó antes de responder, y luego dijo:

—Es demasiado pronto para decirlo. —La inclinación de los hombros de monseñor pareció más pronunciada mientras lentamente regresaba de la ventana y se sentaba en el otro sillón del despacho. Miró al obispo con ojos que veían demasiado —. Lo que ocurrió es completamente inexplicable, supera cualquier cosa que yo haya visto anteriormente. Cinco personas se curaron, obispo, cuatro de ellas, niños. Es algo pronto para decir si sus curas son completas, pero, hasta hace dos horas, cuando hice mis comprobaciones, no se habían producido recaídas.

—Por supuesto, no podemos aceptar estas curas como milagrosas hasta que las autoridades médicas hayan efectuado un examen detallado de los afectados —dijo el obispo, y había una ansiedad cuidadosamente reprimida en su tono.

—Le llevará mucho tiempo a la Iglesia poder aceptarlas como curas, y más como «milagrosas» —replicó Delgard—. El procedimiento antes de que se haga semejante proclamación es lento, por no decir otra cosa.

—En efecto —reconoció el obispo—. Y así debe ser. —Encontró desconcertante la mirada de Delgard—. Conseguí hablar con el cardenal arzobispo la noche pasada,

después de que usted me telefoneara. Reiteró mis propios sentimientos de que debemos proceder con cautela: no desea que parezca insensata la Iglesia católica romana en Inglaterra. Quiere un informe completo antes de que se anuncie nada a los medios de difusión, y cualquier declaración que se haga debe proceder directamente de su oficina.

Hagan movía la cabeza.

—Me temo que todo esto está fuera de nuestro control, señor obispo. El reportero, Gerry Fenn, estaba allí otra vez ayer. No hemos visto todavía la primera edición del *Courier*, pero puede usted estar seguro de que el acontecimiento estará ampliamente reflejado en él.

—¿Estaba allí? ¡Buen Dios, la intuición de ese hombre debe de ser increíble!

—Me parece que no —intervino Delgard—. Aparentemente, el rumor de que Alice iba a tener otra «aparición» se había extendido por Banfield mucho antes del domingo.

—Le prohibí a su madre que la trajera —dijo Hagan justo en el momento en que se abría la puerta y entraba Judith con una bandeja de bebidas.

—No me parece juicioso. —El obispo Caines hizo un gesto con la cabeza hacia su secretaria para que dejara la bandeja en la mesita situada a un lado de la habitación. Esperó a que la mujer hubiera salido, antes de volver a hablar—: Muy imprudente. No puede usted prohibir a la gente que vaya a la iglesia, padre.

—Creí que lo mejor sería que Alice permaneciera aparte durante un tiempo.

—¿Mejor para quién?

—Para Alice, por supuesto.

Delgard se aclaró la garganta.

—Creo que el padre Hagan estaba preocupado por el efecto traumático que la obsesión de la niña ejercía en ella.

—Sí, ésa fue una razón. ¡La otra es que no deseo que St. Joseph se convierta en una feria!

Su voz se había vuelto tensa, casi estridente, y sus dos colegas le miraron sorprendidos. Delgard le estudiaba con ojos preocupados.

El obispo Caines se levantó con un suspiro audible y se dirigió a la bandeja de bebidas. Tendió el coñac al pálido sacerdote.

—Es un poco temprano para esta clase de brebaje, lo sé, pero le sentará bien, Andrew.

Observó que la mano del cura temblaba al coger la bebida, y rápidamente miró a Delgard. La cara del monseñor estaba impasible, aunque —él también— observaba al padre Hagan.

El obispo Caines se volvió hacia la mesita auxiliar.

—Sin azúcar para usted, ¿verdad Peter? Ahora recuerdo. —Le tendió el té a Delgard, y luego puso en la mesa el suyo y el *brandy*—. Cuénteme algo más de este periodista —dijo mientras se sentaba nuevamente—. ¿Qué es lo que vio?

Hagan sorbió su bebida, sintiendo un rechazo ante el sabor y la quemadura que le producía en la garganta.

—Lo vio todo. Estaba allí desde el comienzo.

—Bien, no importa. Las noticias se habrían extendido pronto. Lo que hemos de tener en cuenta ahora es cómo hay que actuar. ¿Dónde está la niña, Alice Pagett?

Delgard habló:

—Creí que lo mejor sería que ella y su madre se trasladaran a un convento del pueblo por unos días; allí no les puede molestar la Prensa.

—¿Su madre se mostró de acuerdo?

—Es una devota católica y desea seguir nuestra guía. Su marido, me temo, ya es otro asunto. Dudo de que nos permita mantener a Alice allí mucho tiempo.

—¿No es católico?

El padre Hagan consiguió sonreír.

—De una manera categórica, puedo afirmar que no. Es ateo.

—¡Hum, es una lástima!

Delgard se preguntó por el significado que había detrás de aquella observación del obispo: ¿Era una lástima que el hombre no creyera en Dios, o que, como no católico, no pudiera ser fácilmente manipulado por la Iglesia? A Delgard no le gustaba tener tales sospechas sobre los motivos del obispo Caines, pero sabía que éste era un hombre ambicioso. Ni siquiera los clérigos estaban exentos de esta mancha.

—Me parece que quizá deberíamos ver a la niña y a su madre —dijo el obispo, sorbiendo su *brandy* pensativamente—. Si Alice ha sido realmente bendecida, esto podría significar ciertas consecuencias para la Iglesia en Inglaterra.

—¿Una ola de fervor religioso? —preguntó Delgard bruscamente.

—Un retorno a la fe de millares de personas —repuso el obispo.

El padre Hagan miró rápidamente a uno y otro.

—¿Quiere decir que St. Joseph podría convertirse en un santuario?

—¿No se ha dado usted cuenta? —preguntó el obispo Caines—. Si esta niña ha tenido realmente una visión de la Santísima Virgen, llegarán peregrinos de todo el mundo para adorar el lugar de la aparición. Sería algo maravilloso.

—Sí, lo sería —replicó Delgard—. Pero, como dije antes, hay un largo y extremadamente laborioso proceso antes de que se pueda hacer semejante declaración.

—Me doy perfecta cuenta de ello, Peter. Lo primero que debo hacer es presentarme ante la Conferencia Episcopal y ofrecerle toda la información que tengamos. Pediré al Delegado Apostólico que esté presente, de manera que el asunto pueda ser sometido a la atención del Papa sin demora, y quizá discutido en el próximo sínodo en Roma.

—Con el debido respeto, señor obispo, creo que vamos demasiado deprisa —dijo Hagan, sujetando con fuerza su vaso de coñac—. No tenemos ninguna prueba de que Alice viera realmente a Nuestra Señora, o de que las curas fueran milagrosas.

—Eso es lo que hay que averiguar —replicó rápidamente el obispo—. Tanto si nos gusta como si no, las noticias se propagarán rápidamente. Tengo miedo de imaginar el sensacionalismo que este hombre, Fenn, sacará de ello. Cinco curas, Andrew, *cinco*. Seis, contando la propia recuperación de Alice Pagett. ¿Se da cuenta de la excitación que esto provocará, no sólo entre los católicos, sino en los corazones de todos aquellos que creen en el Divino Poder? El que St. Joseph sea declarado o no un santuario será completamente irrelevante; la gente acudirá en tropel por millares al lugar por pura curiosidad. Por esto, la Iglesia católica debe controlar la situación desde el comienzo.

El padre Hagan parecía irse recogiendo en sí mismo, pero el obispo no se aplacaba.

—Existen muchos precedentes —continuó—, el más famoso de todos, Lourdes. Hubo una tremenda resistencia por parte de las autoridades eclesiásticas, a aceptar que Bernadette Soubirous hubiese visto realmente a la Inmaculada Concepción, y no fue sólo la abrumadora prueba de las curas milagrosas y la evidente integridad de Bernadette lo que influyó en su decisión final: fue la opinión pública. La Iglesia no podía hacer caso omiso de la situación porque la gente —y no se trataba sólo de la gente del entorno— no se lo iba a permitir. ¿Se da usted cuenta de cuántos miles de personas acuden al santuario de Nuestra Señora en Aylesford cada año? Y no hay ninguna prueba de que la Virgen se hubiera aparecido allí. De hecho, las autoridades de la Iglesia ni siquiera lo sugieren. No obstante, acuden peregrinos a visitarla cada año de todas las partes del mundo. Lo mismo podemos decir del otro santuario, el de Walshingham. Si la gente quiere creer, no hay edicto de la Iglesia que les persuada de lo contrario.

—¿Está usted diciendo que deberíamos admitir la historia de Alice? —preguntó Hagan.

—En absoluto. Todo el asunto debe ser cuidadosamente examinado antes de hacer una declaración oficial. Lo que digo es que debemos actuar rápidamente para dirigir lo que pueda ocurrir en St. Joseph. ¿No está usted de acuerdo, Peter?

Echó una mirada al alto sacerdote, cuyos ojos estaban bajos.

Éste habló lentamente, midiendo sus palabras:

—Estoy de acuerdo en que la situación se desarrollará por sí sola. Ya tenemos experiencia en este sentido con la gran multitud que se reunió ayer en la iglesia. Incluso esta misma mañana, antes de que las noticias hayan estallado en la Prensa, y en un día laborable, había congregada mucha gente en la iglesia. En cierto modo, es un alivio estar aquí lejos de ellos. No obstante, creo que no debemos prestarles ningún aliento.

—No, no, por supuesto que no.

—Debemos primero hablar con cada una de las personas que aparentemente fueron curadas ayer. Sus médicos personales deben ser también entrevistados para que nos permitan examinar sus expedientes médicos. Creo que obtendremos

fácilmente el permiso de los pacientes, así que los doctores en cuestión no pondrán objeciones. Propongo que se forme en seguida una Comisión Médica, independiente de la Iglesia católica, que pueda investigar completamente las historias médicas de estas seis afortunadas personas, incluyendo a Alice, por supuesto. Con el enorme interés que se generará después del grandioso espectáculo de ayer… —Una seca sonrisa apareció en su cara—… no veo que haya ningún problema al respecto. Verdaderamente, imagino que se realizará una investigación sin que nosotros lo pidamos.

El obispo Caines asintió con la cabeza y evitó mirar directamente los penetrantes ojos del monseñor.

—Igualmente —prosiguió Delgard—; si vamos a seguir el ejemplo de Lourdes, creo que deberíamos considerar la posibilidad de organizar nuestra propia Oficina Médica en el mismo lugar del santuario.

El obispo Caines no pudo contener ya más su ansiedad:

—Sí, eso sería juicioso. Muchos supuestos milagros han sido desechados en el pasado por falta de datos científicos o médicos.

—Debemos ser conscientes, obispo, de que en eso hay peligro para la propia Iglesia. Podríamos quedar expuestos al ridículo si se encuentran razones lógicas y válidas para lo ocurrido. En este momento, uno de los más grandes misterios de la Iglesia católica puede ser explicado por la ciencia, y las creencias de millones de personas sufrirán a causa de ello.

—¿Se refiere usted al Sudario?

—Sí, al Sudario de Turín. La investigación termográfica, la espectroscopia de infrarrojos, la radiografía, la microscopía electrónica y el análisis químico… todos estos medios científicos se han utilizado para probar o refutar que la imagen que aparece en el trozo de lino hallado en 1356 es la de Cristo. Hasta el momento, nada concluyente ha surgido de todas estas pruebas. Inútil decir que la Iglesia es vista con cierta sospecha por no permitir una prueba vital… según los científicos. Me refiero al proceso de datación mediante el carbono.

—¡Pero eso requeriría destruir un trozo bastante grande del paño! —protestó el obispo Caines—. Nunca podríamos permitir eso.

—Los métodos de investigación han mejorado muchísimo desde que se pidió el permiso por última vez. No se necesitarían más que unos 25 mm de material. Sin embargo, seguimos diciendo «no», y el público se pregunta de qué tenemos miedo.

—Con mucha más razón, no deberíamos ocultar nuestros hallazgos en este asunto. Creo que no tenemos nada que temer, aunque estoy completamente de acuerdo en que hay que proceder con cautela.

—Yo… creo que estamos cometiendo un grave error.

Los dos clérigos se volvieron hacia el padre Hagan. Éste se hallaba inclinado hacia delante en su asiento, sus manos fuertemente unidas.

El obispo Caines se alarmó ante la congoja que observó en la cara del sacerdote.

—¿Por qué dice eso, Andrew? ¿Qué es lo que le inquieta?

El sacerdote se frotó una mano contra la sien.

—Es sólo una sensación, señor obispo. No sé por qué, ni qué es, pero siento que las cosas no están bien. Hay una atmósfera en la iglesia…

—¿Siente usted esa… esa atmósfera, Peter? —preguntó el obispo.

Delgard hizo una pausa antes de responder.

—No, me temo que no. Al menos, no la clase a que se está evidentemente refiriendo el padre Hagan. Ayer había una tensión en el aire que casi era tangible, pero eso era provocado por los propios feligreses. He experimentado histeria de masas anteriormente, aunque no puedo decir tajantemente que fuera lo mismo. Estoy seguro de que los científicos se referirán a hipnosis colectiva y sugestión de masas y tal vez demuestren que tienen razón. Sé que yo caí de rodillas para adorar lo que tenía ante mí.

—¿A la niña?

—Lo que ella representaba. O parecía representar.

—Entonces, ¿percibió usted su santidad?

—No puedo estar seguro. Una debilidad pareció apoderarse de toda la multitud, no sólo del padre Hagan y de mí, pero no puedo recordar mis emociones. Sólo puedo recordar la debilidad, la incredibilidad de lo que acababa de suceder. Quizás un psicólogo podría explicar el fenómeno. O un parapsicólogo.

—Me refiero a la atmósfera de St. Joseph —dijo el padre Hagan tranquilamente —. Siento que es tan fría…

El obispo soltó una risita:

—Es invierno, ¿sabe? La iglesia está probablemente fría.

—No, no se trata de frialdad física. Y no se limita a la iglesia; está en el presbiterio, en el terreno.

—Parecía estar usted bajo una fuerte tensión la última vez que nos vimos, Andrew —dijo el obispo Caines, de manera no muy amable—. Ésa fue una de las razones por las que pedí a monseñor Delgard que le ayudara… eso, y también a causa de su inexperiencia en asuntos tan extraordinarios. Francamente, su salud parece haber empeorado mucho desde la última vez que le vi. ¿Está usted seguro de que su estado general no explica las extrañas sensaciones de que nos habla?

—Estoy seguro. Admito que últimamente no me encuentro muy bien de salud, pero que creo que eso, puede ser debido a las actuales circunstancias.

—No veo cómo, a menos que la publicidad sea lo que le está trastornando. Si ése fuera el caso…

—¡No!

El obispo parpadeó, asombrado.

—Lo siento, señor obispo —se excusó el sacerdote—. No quería levantar la voz. Por favor, perdóneme. Pero hay algo más, está ocurriendo, algo que no comprendo.

—Todos nos damos cuenta de ello, padre —dijo el obispo Caines, conteniendo la

irritación en su voz.

—No me refiero sólo a Alice Pagett. Hay algo más…

—Sí, sí, ya ha dicho usted eso antes. ¿Puede explicar exactamente a qué se refiere?

El sacerdote se dejó caer hacia atrás en su sillón y cerró los ojos.

—Quisiera poder hacerlo —dijo al cabo de un rato.

—Entonces, creo que lo mejor…

Un suave golpecito en la puerta interrumpió sus palabras:

—¿Sí, Judith? —gritó el obispo.

La secretaria asomó la cabeza por la puerta.

—Una llamada de Londres, señor obispo. Es el *Daily Mail*, me temo. Dicen que les gustaría una declaración de usted sobre el incidente de la iglesia de St. Joseph en Banfield ayer.

—Bien, caballeros —dijo el obispo—, al parecer, la historia ha estallado a nivel nacional. Pase la llamada, querida; luego póngame en comunicación con Su Eminencia, cuando acabe.

Levantó el auricular, y Delgard no estuvo seguro de si su sonrisa era de resignación o de anticipación. Cuando el obispo empezó a hablar, Delgard observó que las manos del padre Hagan agarraban fuertemente los brazos del sillón. Los apretaba con tanta fuerza, que los nudillos mostraban un brillo blanquecino a través de la pálida piel.

DIECISÉIS

«No puedo explicarme a mi misma, me temo —dijo Alicia—,
porque yo no soy yo misma, ¿sabe?»

Alicia en el país de las maravillas
LEWIS CARROL

Martes, a media mañana

Southworth sonrió mientras se servía un jerez. Llenó el vaso casi hasta el borde. Normalmente le bastaba con medio vaso, un regalo privado de media mañana que se permitía ocasionalmente; pero hoy había algo que celebrar.

Una reunión de urgencia del concejo municipal había sido convocada la noche anterior debido a los nuevos «milagros de Banfield», las asombrosas curaciones que habían tenido lugar en St. Joseph el domingo. Y no sólo curaciones: muchos pretendían haber visto levitar a Alice. Southworth, que también había estado allí, no estaba seguro de este aspecto, porque su visión se hallaba algo restringida por la gente que tenía delante, pero estaba dispuesto a creerlo casi todo después de las impresionantes curaciones. La levitación de la niña podía ser algo imaginado, tan intenso era el sentimiento que corría por la multitud; pero no cabía la imaginación en la curación de los inválidos. Aun ahora, y aunque él era un testigo visual, resultaba difícil de aceptar.

Afortunadamente, no se podía hablar de fraudulencia. Las cinco personas curadas tenían enfermedades auténticas, todas ellas confirmadas por sus propios médicos, y posteriormente garantizadas por los registros médicos de los hospitales que las habían atendido. Aquellas enfermedades y debilidades habían desaparecido por completo en todos los casos menos dos: el hombre de las cataratas aún no había recuperado por completo la visión, aunque el informe de aquella mañana señalaba que su vista seguía mejorando constantemente; y el muchacho tullido tenía aún dificultad para caminar sin ayuda, pero esto bien podía ser debido a los deteriorados músculos de las piernas (se esperaba que su estado mejorara a medida que sus piernas se fortalecieran).

Southworth sorbió el jerez seco y echó una mirada a los periódicos esparcidos ante él en su mesa. La historia se había difundido por todo el mundo. Banfield estaba literalmente atestada de enviados de los medios de difusión. Prensa, Televisión, revistas… todos querían la historia. El pueblo hervía como jamás lo había hecho antes y como no se podía esperar que lo hiciera nunca. ¡Estaba vivo! Los residentes estaban aturdidos, ¡pero el mundo sabía de su existencia! Y ellos, los del pueblo, estaban respondiendo a la repentina atención. No sólo respondiendo, ¡sino prosperando con ella! Desde luego, también estaban aquellos que no deseaban la publicidad, los que preferían su confortable y estancada intimidad, pero éstos se

hallaban en minoría. Una indicación del alto grado de excitación generado en todo Banfield la proporcionó la reunión del concejo municipal del lunes por la mañana. ¡Nunca se había visto tan activos a sus miembros! Y tan dispuestos a escuchar los planes de expansión.

No cabía ninguna duda de que St. Joseph se convertiría en un santuario después de las últimas noticias emitidas por la radio por la noche y aparecidas en los periódicos de la mañana, aunque la Iglesia católica se negara a proclamarlo como tal. La publicidad por si sola atraería a millares de peregrinos, turistas y buscadores de emociones (uno de los concejales, el director de uno de los Bancos nacionales de Banfield, estaba tan entusiasmado con la idea, que hacía subir su número a millones, estimación que provocó carcajadas entre sus compañeros de concejo, aunque en el fondo no rechazaban del todo la cifra en cuestión). Southworth aventuró la posibilidad de que la Iglesia se viera forzada a hacer concesiones y pudiera incluso disfrutar con la situación. ¿Qué más podía pedir ninguna religión que un milagro actual para perpetuar la fe? Él conocía personalmente al obispo de la diócesis, el obispo Caines, y trataría de conseguir una reunión con él para discutir los recientes acontecimientos. Sacaría también a colación el tema de cómo podían combinar sus fuerzas para enfrentarse con el diluvio humano que seguramente se desencadenaría sobre la zona.

Southworth había hablado con el obispo esta mañana, quedando muy sorprendido por la buena receptividad mostrada en general por el eminente clérigo a la proposición del concejo. Sí, comprendía perfectamente la necesidad de un acuerdo entre el concejo municipal y la Iglesia en los meses venideros, y se esforzaría por cooperar con cualesquiera planes patrocinados por ellos con tal de que no significaran explotación barata ni se relacionaran con actividades que pudieran perjudicar la dignidad de la Iglesia católica. Southworth se sintió más que satisfecho de la afirmación, aunque un poco pomposa, y aseguró al obispo Caines que el concejo no tenía intención alguna de comercializar lo que debía ser considerado como un acontecimiento sumamente santo. El obispo le advirtió sin vacilar que aún no podía, y quizá no podría nunca, ser proclamado un hecho «santo». Realmente, todo el asunto precisaría de un detalladísimo examen para determinar la validez de la visión de Alice Pagett y las curaciones subsiguientes dentro de un contexto religioso. Su Eminencia el cardenal arzobispo había expresado profunda preocupación, e instaba a la cautela.

El obispo Caines prosiguió sugiriendo que una reunión entre los miembros del concejo, monseñor Delgard —a quien el obispo había nombrado supervisor de St. Joseph— y el padre Hagan, podría resultar provechosa en aquella temprana fase. Ellos le informarían a él, quien, a su vez, comunicaría lo que hubiera a la Conferencia Episcopal.

Southworth lo había considerado una excelente idea. De hecho, se celebrarían dos reuniones: una, informal, entre él y los dos clérigos, en la que podría valorar las

actitudes de éstos —y a la que quizás invitaría también al reportero, Fenn—; y otra reunión, más amplia, en la que participara el resto del concejo. De esta manera, él podía allanar el terreno primero —algunos de sus colegas del concejo se mostraban demasiado francos con sus ideas—. Al igual que Rodney Tucker, no eran católicos y se mostraban inclinados a olvidar la sensibilidad de los creyentes. La mayoría de los concejales eran miembros de la comunidad desde muy antiguo, y las historias familiares, como la suya, se remontaban a través de los siglos hasta el comienzo mismo del pueblo, en algún momento del siglo XIV. Entonces había sido conocido como *Banefeld*, una comunidad formada por aquellos que habían huido de los horrores de la Muerte Negra, que se había extendido por las ciudades densamente pobladas. Aquellos primitivos colonos habían prosperado en la rica tierra de cultivo de la zona y habían permanecido allí, contentos de ignorar la faz cambiante de Inglaterra, como tantas otras pequeñas comunidades del país. Ningún acontecimiento importante había ocurrido nunca en Banfield; quizás algunos delitos menores a través de los siglos, pero nada que tuviera grandes consecuencias. Y ahora el pueblo tenía la oportunidad de salir de la oscuridad, una oportunidad de salvarse del olvido. Y los miembros del concejo lo sabían. Eran conscientes de ello incluso los viejos intransigentes «dejad-al-mundo-al-otro-lado-de-la-puerta». Aquellos cuyos nombres familiares estaban entrelazados con el pasado poco glorioso y falto de acontecimientos de Banfield, vieron la oportunidad no sólo de revivir el cadáver que se descomponía, sino de inyectarle una vida mucho más brillante de la que hasta el momento había tenido, y de esta manera restaurar su propia historia.

Y todos se sentían excitados por la prosperidad que aquel dramático y espantoso incidente podía traerles.

Southworth volvió a sonreír. Era difícil no hacerlo.

Miércoles, primera hora de la mañana

La mujer se subió la ropa de la cama hasta el cuello y permaneció allí mirando al techo, en espera de que él saliera del baño. Éste era uno de los buenos aspectos de Rodney: era limpio. Siempre se lavaba, antes y después. Su mente no era tan limpia, pero esto no le preocupaba demasiado a Paula; sus propios pensamientos podían ser igualmente groseros.

Se frotó con las manos el estómago, experimentando una sensación tan agradable como si fueran otros dedos los que estuvieran palpando su carne. Paula, aún soltera, conocía bien los placeres de su propio cuerpo. Comprobó si sus pezones estaban erectos; quería aparecer de la manera más deseable posible a su empleador, y los pellizcó para que se endurecieran. Oyó tirar de la cadena, y se impacientó un poco con el ritual de Rodney. «Tranquila, Paula —se dijo a sí misma—, esta noche no es el momento adecuado para disgustarle. Esta noche es noche de progreso.» Ya le había

dado bastante con qué preocuparse las últimas semanas, y ahora era el momento de tener un poco de misericordia, un poco de amor, un poco de concesión por su parte. Se trataba de un fino equilibrio: mantenerle ansioso y mantenerle interesado.

El hombre estaba de buen humor, porque sus planes se iban cumpliendo. El pueblo se agitaba, despertando finalmente al gran mundo más allá de sus confines semirrurales. Las cosas se movían, y Tucker se movía con ellas.

Los dedos de Paula tantearon más abajo, deslizándose a través de un recio y oscuro pelo como serpientes por entre la maleza, y su dedo medio, el jefe del grupo, encontró la depresión. Abrió las piernas, sabiendo que a Rodney le gustaba encontrarla húmeda y esperando, y contuvo la respiración ante la punzada de placer que sintió. Había algo sórdido y excitante a la vez en hacer el amor en una habitación de motel, la clase de degradación que iba acompañada de masturbación, y Paula era aficionada a ambas cosas. Habría preferido una cena con candelabros para dos, seguida de una noche de amor en una lujosa *suite* de hotel, la energía y las ideas sostenidas por un cubo de hielo con Dom Perignon —había algunas cosas que ella sabía hacer con una toalla de lino llena de hielo—. Pero, a falta de ello, tenían cierta gracia una ginebra con tónica y un polvo en un motel.

Oyó a Rodney chapoteando en el lavabo y se aplicó un poco más a darse placer a sí misma, consciente de que su patrón no era el más lentos de los amantes. Muchas veces ella había perdido la carrera del clímax con él; ahora se aseguraba tener una buena salida. Soltó un pequeño gemido y cerró los ojos.

Tucker la estaba contemplando desde la abierta puerta del baño, disfrutando con la visión. Le gustaba que ella se lo hiciera a sí misma, mientras le guardara el mejor bocado para él. Eso le ahorraba un montón de trabajo preliminar.

Paula le confundía, porque su humor parecía cambiar de un día para otro. Y era también, preocupante: en sus días realmente malos se percibía algo más que un poco de histeria en sus actos. Cuando le gritaba, no parecía preocuparle mucho quién pudiera oírla, y por dos veces había sugerido incluso que no le importaría a la larga que Marcia se enterara de su asunto. Estaba harta de ser tratada como una ramera. Tucker se preguntó de qué otra manera se trataba a una ramera.

Pero hoy y ayer ella había sido todo dulzura y estaba auténticamente encantada con la buena fortuna personal (o inminente buena fortuna) de Tucker. Quizá simplemente se había contagiado de la atmósfera de carnaval del pueblo. O quizá quería un papel en sus nuevos planes.

El recién lavado pene de Tucker revelaba su impaciencia presionando incómodamente contra sus calzoncillos. Como él no era una persona a quien le gustara tener a un amigo esperando, se dirigió a la cama en donde los movimientos de Paula empezaban a hacerse un poco demasiado frenéticos. La mujer abrió los ojos, le sonrió lascivamente, y su mano empezó a moverse con más lentitud.

—¿Disfrutando sola? —dijo Tucker, desabrochándose la camisa y dejándola sobre sus pantalones colgados en el respaldo de una silla cercana. El rojizo pelo de su

blando pecho asomó a través de la camiseta de hilo como el relleno de un viejo sofá.

—Sólo esperándote, amor —replicó ella y, lentamente, apartó la ropa para él. Le permitió una excitante mirada a su desnudo cuerpo, y luego dejó caer nuevamente las ropas—. Quítate la camiseta, amor —dijo ella mientras Tucker se encaramaba a la cama. A Paula no le gustaban las marcas del tejido que aquél la dejaba en sus pechos y estómago.

Él se puso de cuclillas en la cama y luchó por quitarse la camiseta; la liberada grasa se balanceó en torno a la cintura de sus calzoncillos durante un segundo antes de encontrar su nivel. «¡Dios mío —pensó Paula—, es como ser poseída por una ballena!»

Apagando el aplique de su lado de la cama, aunque dejando encendido el de Paula, se deslizó bajo las mantas. Sin preámbulo alguno, una fría mano se cerró en torno al seno derecho de la mujer como la garra de metal de una caja de sorpresas en una galería de atracciones.

—Espera, Rod —dijo ella en tono de súplica—, no hay prisa. —Se retorció contra él para asegurarse de que él se diera cuenta de que no había rechazo o reproche en sus palabras—. Además… —añadió riendo tontamente—, tengo un regalito para ti.

Los ojos de Tucker se animaron, y su pene adquirió un nuevo interés. Los «regalitos» de Paula merecían, por lo general, retrasar un poco la acción.

La mano de la mujer vagó por su pecho, sobre su barriga, y luego se paseó por su carnosa espalda. Dedos delicados resbalaron sobre la marea de grasa, para irrumpir luego bajo la goma de sus calzoncillos y extenderse sobre sus nalgas. Él le hocicó el cuello en agradecimiento.

Ella murmuró algo, y Tucker preguntó:

—¿Qué?

—He dicho que si viste a Southworth esta mañana…

Los dientes de la mujer le mordisquearon un pezoncillo.

Él soltó un gruñido que ella tomó como una afirmación.

Paula se apartó al ver que él no decía nada más y le miró directamente a la cara.

—¿Y bien? —dijo.

—Bien, ¿qué?

—¿Qué ocurrió en la reunión del concejo? ¿Qué se decidió?

—¡Oh, demonios, no quiero hablar de esto ahora!

Gritó al sentir cómo las largas uñas de Paula se clavaban en su carne.

—Ya sabes que estoy interesada en tus asuntos, Rodney.

—Tú *eres* mi asunto, preciosa.

Volvió a gritar.

—Ya sabes lo que quiero decir —le regañó ella—. Tienes ideas, Rod. Puedes hacer cosas en esta ciudad.

—Eso es cierto. De todos modos, creo que todo está previsto.

Se volvió y quedó boca arriba, olvidando el sexo por un momento; las ambiciones

apartaron la necesidad física.

—¿Han dado vía libre para otra tienda?

—No, no, no se mueven tan deprisa. Pero ahora están escuchando a Southworth; les está haciendo mover el trasero. Y, tal como van las cosas, amor mío, esto podría significar algo más que simplemente otra tienda. Podría significar un gran supermercado, mayor que el que jamás haya tenido.

Soltó una risita, y ella se unió a él.

—De manera que probablemente necesitarás entonces que yo dirija esa tienda por mí sola, para que tú puedas dedicarte a organizarlo todo —dijo astutamente.

—¡Hum! Bueno, sí… supongo que sí. Es muy pronto para todo eso, mi cielo. Ya sabes, todo podría ocurrir.

Paula no pudo ver el fruncimiento de su entrecejo.

«Y tanto que podría», pensó Paula. El turismo iba a caer como una nube de moscas sobre la ciudad si aquel asunto del santuario tenía éxito, y alguien iba a ganar un buen montón de dinero. Conocía a Tucker lo bastante bien como para saber que él sería el primero en la cola, con los brazos extendidos para recibir el beneficio. Y ella tenía intención de estar allí junto a él, con Marcia Tucker o sin Marcia Tucker.

El fruncimiento de cejas de Tucker fue sustituido por una sonrisa cuando éste revisó la reunión que había tenido con Southworth. El dueño del hotel no era hombre dado a la exuberancia, pero ni siquiera él podía contener su satisfacción. Nuevos planes de desarrollo serían presentados al Concejo del Distrito de Horsham durante las próximas semanas, con una imprudente rapidez que nunca antes se había permitido. La expansión —la rápida expansión— era una necesidad. El pueblo estaba embotellado ya por los curiosos, y aunque no volviera a ocurrir nunca más otro «milagro», la leyenda ya había nacido. Lo había procurado la increíble cantidad de publicidad a escala mundial.

Soltó otra risita. Únicamente porque Tucker no necesitaba la habitación para toda la noche, el director del motel se la había facilitado. El establecimiento estaba atestado, casi todas las habitaciones, tomadas por gente de los medios de difusión, y el resto, por turistas; él y Paula tendrían que marcharse a las diez para que un equipo de cámaras holandeses pudiera mudarse a ella.

—¿De qué te ríes? —preguntó Paula, riéndose a su vez.

—Sólo de la idea de las glorias por venir, querida. Banfield no sabe lo que le espera.

Paula no tenía frío, pero se estremeció. Era casi como si algo helado la hubiera tocado. Pero no se dejó impresionar por aquella especial sensación.

—¿No estarás demasiado ocupado para mí, verdad, Rod? —Su voz era otra vez zalamera, y su mano le tiraba de los calzoncillos.

—¿Para ti, mi amor? De ninguna manera. Siempre tendré tiempo para ti. —Soltó un gemido cuando ella tiró de los calzoncillos hacia abajo y levantó su gordo trasero de manera que la mujer tuviera facilidades. La necesidad física se imponía de nuevo

—. ¡Eh!, ¿dónde está mi regalito especial? —le recordó.

Paula se sentó, y sus senos se balancearon con el repentino movimiento. Tucker no pudo resistir la tentación de mordisquear su bien formado trasero cuando ella se volvió y alargó la mano para coger algo al lado de la cama. Ella soltó un pequeño chillido y meneó el trasero. El hombre lo volvió a besar, preguntándose qué estaría buscando.

Paula se incorporó con una botella envuelta en un papel, y él imaginó inmediatamente su contenido. No pudo evitar sonreír cuando Paula desenvolvió el Freezomint.

—¿Has atracado la tienda otra vez? —preguntó sin malicia.

—Sé que no te importa que me ayude con esto, Rodney. No, cuando es en beneficio tuyo.

Desenroscó el tapón y tomó un profundo trago de la *créme de menthe*, la gargarizó con la boca y garganta hasta que ambas estuvieran revestidas del líquido verde. Lo tragó y luego volvió a beber, y su lengua ardió cuando ella la agitó en aquel frío y punzante líquido. Sus ojos estaban seductoramente entornados cuando dejó la botella en la mesita de noche; y Tucker abrió los ojos de par en par en anticipación.

Su pene, corto, pero robusto, estaba ya hormigueando, pero él sabía que aquello no era nada comparado con el hormigueo que sentiría cuando los labios y lengua de la mujer se cerraran en torno a él.

Paula sonreía otra vez, mientras bajaba su cabeza hacia el cuerpo del hombre. Mirándolo bien, aquél había sido un buen día.

Jueves, primera hora de la mañana

Alice estaba en camisón mirando por la ventana. El sol le dañó los ojos, aunque era poco el calor que emanaba de él. Detrás de la niña, las ropas del catre de las monjas aparecían arrugadas como si su sueño no hubiera sido tranquilo. Hasta el momento no se oían otros sonidos en el convento, porque el sol aún no se había levantado. Sin embargo, las monjas se reunirían pronto, para la plegaria en la habitación que' usaban como capilla, y la madre de Alice estaría entre ellas, dando gracias a Dios por el honor que le había sido concedido a ella y a su hija. No había ninguna expresión en la cara de Alice.

Únicamente doce monjas vivían en el convento, porque éste era sólo una gran casa, adquirida diez años antes a un actor de teatro retirado que se había mudado a climas más soleados, en el extranjero. Sus paredes estaban pintadas de color crema, y los marcos de puertas y ventanas, de blanco. Un alto muro de ladrillo mantenía la intimidad de las monjas, y más allá de las pesadas puertas negras, tan altas como la pared misma, había un espacioso patio, donde las hermanas aparcaban su «Morris 1100» y el minibús. El minibús se utilizaba durante la semana para recoger a

los niños del pueblo que asistían a la escuela católica, a seis kilómetros de distancia, en la que enseñaban las monjas.

Las altas puertas, sólidas e imponentes, y la pared que rodeaba el convento, habían constituido una formidable defensa contra las hordas de reporteros que habían caído sobre Banfield la semana pasada, porque pronto se supo que la pequeña Alice Pagett era mantenida en el convento para su propia intimidad y protección.

El convento estaba situado en el extremo sur de la ciudad, cerca de una cerrada curva donde la carretera principal torcía a la izquierda para dirigirse a Brighton, y otra carretera, de menor importancia, continuaba recta hacia los Downs. Había un garaje en la misma curva, y las monjas sabían que el propietario había alquilado sus oficinas de arriba a los equipos de cámaras y fotógrafos para que pudieran filmar el convento. No era mucho lo que las monjas podían hacer con respecto a esta situación, excepto rogar para que la mente de Alice no se perturbara demasiado por toda aquella frenética atención.

La espartana habitación de Alice daba al patio de la parte delantera del convento. Aparte la pequeña cama, contenía sólo una silla, una estera de paja y un pequeño lavabo en un rincón. Un sencillo crucifijo de madera colgaba de la pared. Dos de las muñecas favoritas de Alice compartían su cama por la noche, pero cada mañana su madre las encontraba en el otro extremo de la habitación.

Molly Pagett dormía en la habitación de al lado, cerca de su hija, y la mayor parte de las noches desde que se trasladó las había pasado con las hermanas, despierta, murmurando oraciones y escuchando cualquier posible ruido procedente de la habitación de Alice. Tenía los ojos enrojecidos debido a la falta de sueño, y su cara y toda su figura parecían haber envejecido diez años desde que empezaron los milagros. Mujer siempre devota y fiel a la Iglesia, ésta se había convertido ahora en su obsesión. Alice no parecía sentir frío mientras permanecía en la ventana; y tampoco le interesaban mucho los pájaros que irrumpían en el patio.

Odiaba el convento, odiaba su sencillez, su falta de comodidad. Y le disgustaba el aburrido color gris de los hábitos de las monjas. Tenía miedo de los médicos que le hacían pruebas y exámenes, que examinaban su cuerpo y le hacían preguntas, preguntas, preguntas. Y estaba cansada de las preguntas de los sacerdotes, de las monjas, de… de… de todo el mundo que hablaba con ella.

Quería marcharse de aquel lugar.

Quería volver a la iglesia.

Quería ver el árbol.

Un movimiento captó su atención a través de la ventana. El gato había saltado desde la alta pared a un arriate de flores vacío en un lado del patio. Caminaba majestuosamente y con paso perezoso a través de los húmedos guijarros, y los pájaros habían huido ya. Se detuvo. Miró hacia arriba. Vio la pequeña figura que le estaba observando.

Se sentó y miró hacia arriba.

Por primera vez en algunos días, Alice sonrió. Su mano, inconscientemente, tocó su costado y frotó el pequeño bulto que tenía a unos quince centímetros por debajo del corazón. Los médicos habían mostrado gran interés en aquella extraña protuberancia, al comienzo, y su madre explicó que siempre había estado allí, aunque era muy pequeña, y no era nada de que tuviera que preocuparse, como le había dicho el médico. Todos estuvieron de acuerdo en que no valía la pena preocuparse por ella, ni examinarla nuevamente.

Pero ahora escocía, y era más grande —aunque no mucho— que antes. Alice se la frotó mientras observaba al gato, y su sonrisa no parecía la de una niña de once años.

DIECISIETE

Un sueño selló mi espíritu
Yo no tenía miedos hermanos.
Parecía algo que no podía sentir
El paso de años terrenales.

WILLIAM WORDSWORTH

—¡Eh, vamos, Sue, abre!

Fenn aplicó el oído a la puerta y escuchó. Sabía que ella tenía que estar allí, porque le había llamado por teléfono desde una cabina de la esquina sólo unos minutos antes, y colgado el aparato cuando ella respondió. Dos veces aquella semana, Sue le había colgado el aparato, y dos veces se hallaba fuera cuando él llegó a su apartamento. No había sentido ninguna satisfacción al colgarle él a su vez, pero quería verla. Ya era hora de dejar de hacer tonterías. Si ella realmente quería terminar, bueno… pero que se lo dijera en la cara.

Había sido una semana cargada, gloriosa. El *Courier* había vendido su historia personal de los «milagros de Banfield» a la mayor parte de Nacionales, tanto de Gran Bretaña como del extranjero, en tanto que revistas, publicaciones periódicas y compañías de Televisión ofrecían cantidades interesantes por historias complementarias y entrevistas. En sólo cuatro días se había convertido en lo que podía calificarse de «figura de los medios de difusión», y los fenómenos de Alice Pagett se hallaban inextricablemente ligados a su propio nombre, porque habían sido sus reportajes de primera mano de ambos acontecimientos —la primera visión y milagro experimentados por Alice en sí misma y los posteriores cinco milagros del segundo domingo— los que había captado la atención de millones de personas en todo el mundo. Las cosas le iban bien.

Se notó movimiento en el interior.

—Soy yo, Sue.

Sólo le respondió el silencio.

—Vamos, Sue, sólo quiero hablar.

Descorrió el cerrojo de la puerta y dio la vuelta al picaporte. Sue atisbaba por una rendija de quince centímetros.

—No hay mucho que decir, Gerry.

—¿Ah, sí? ¿Es ésa tu considerada opinión?

—¿Has estado bebiendo?

—Naturalmente.

Parecía como si fuera a cerrar la puerta de nuevo, así que Fenn puso una mano contra ella.

—Sue, hablemos un poquito. Prometo marcharme dentro de diez minutos, si tú lo

quieres.

Por un momento, ella pareció indecisa, y Fenn levantó sus cejas en un silencioso «por favor». Sue desapareció de la vista, y, con alivio, él abrió la puerta. La siguió por el corto pasillo hasta el salón. Como siempre, la habitación estaba confortablemente limpia, e iluminada por una lamparita que arrojaba íntimas sombras. Fenn vio que llevaba puesta la bata.

—¿En cama tan temprano? —preguntó—. Pero si acaban de dar las diez…

—Es demasiado tarde para llamar a alguien —replicó ella, sentándose en un sillón. Fenn advirtió que había evitado cuidadosamente el sofá. Iba a sentarse en el brazo de su sillón cuando Sue sacudió la cabeza y señaló hacia el sofá, que estaba en frente. Con un suspiro, él obedeció.

Ninguno de los dos habló durante un rato; luego Sue dijo:

—Te estás haciendo un nombre.

Fenn se aclaró la garganta, sintiendo odio hacia su propia torpeza.

—Tuve bastante suerte como para estar en el lugar. Es el sueño de un periodista.

—Me alegro que estés recogiendo los beneficios.

—Ya hablamos de eso antes, Sue. Es mi trabajo.

—No soy sarcástica, Gerry. Realmente me alegro por ti. Y me gusta la manera en que has escrito tus artículos; son realistas, nada de interpretaciones, ninguna exageración. No como tu primera historia.

—No había necesidad de exagerar. La verdad era ya de por sí bastante espectacular. —Se inclinó hacia delante, resistiendo el impulso de arrodillarse a sus pies—. Bueno, ¿qué pasa, Sue? ¿Por qué no has querido verme? ¿Por qué no has querido hablarme? ¿Qué diablos he hecho?

Ella se miró las manos.

—No estoy segura de si eres tú o soy yo. He recuperado mi fe, Gerry, y no tengo tiempo para nada más.

—¿Quieres decir que ser católico excluye la posibilidad de enamorarse de alguien?

—Claro que no. Sólo que pienso que tú no eres probablemente la persona adecuada.

—¡Fenómeno! Perdona mis malos modales, pero parecíamos marchar bastante bien hasta que empezaste con este asunto de la iglesia.

—¡Ése es justamente el caso! He cambiado. Pero tú, no.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¡No soy un maldito católico!

—Fuiste testigo de una de las más estremecedoras y maravillosas cosas que pueden ocurrir en esta Tierra. ¿Por qué no significó nada para ti?

—¿Y cómo sabes que ha sido así? Llevas una semana sin verme. Hoy es jueves; ¡podría haber enviado mis formularios de converso desde el domingo!

—Deja de bromear, Gerry. Leí tus artículos, y sé que nada ha cambiado.

—Has dicho que te gustaban.

—Sí, y también he dicho que son realistas. Fríos y realistas, el relato de un observador imparcial.

—¿Qué esperabas?

—¡Esperaba que te conmovieras por lo que habías visto! ¡Esperaba que te hubieras conmovido espiritualmente!

Los ojos de Fenn se abrieron de par en par. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo entiendo.

La voz de Sue se ablandó.

—Eso es justamente. Realmente no comprendes, ¿verdad?

Él permaneció en silencio.

—Todo el mundo que estuvo presente aquel día sufrió una profunda experiencia emocional. Lo sé, he hablado con muchas personas desde entonces. Creen que contemplaron un acto divino del mismo Dios, curas milagrosas que demostraron Su existencia más allá de toda duda, y sus vidas han tomado un nuevo rumbo por dicha causa. Sin embargo, tú no sientes nada. No puedes negar que ocurriera, pero eso no ejerce ningún efecto en ti. ¿Qué es lo que no funciona bien en ti, Gerry? ¿Qué te hace tan… tan inalcanzable?

—No estoy tan seguro de que sólo sea yo. No he tenido oportunidad de acercarme al padre Hagan durante los últimos días, ha evitado todo contacto con la Prensa; pero no parece demasiado feliz.

—¿No puedes ver que el pobre hombre está abrumado por todo lo sucedido? Seis maravillosos milagros. La levitación de una niña que vio a la Santísima Virgen. ¡En su parroquia! ¿Tienes idea de la magnitud de todo lo que ha ocurrido? El padre Hagan se halla todavía en estado de *shock*, y su propia humildad hará que permanezca así durante algún tiempo más. Así que no te atrevas a comparar su reacción con la tuya, porque en ti no hay reacción alguna, excepto la de aprovechar la oportunidad para hacerte un nombre.

—Eso es injusto.

—Sé que es injusto, y no te acuso por ello. Sólo desearía que hubiera algo más, alguna indicación de que tu cinismo ha sido, si no quebrantado, al menos perforado.

Ahora lloraba a lágrima viva, y de repente experimentó un irracional sentimiento de culpabilidad.

Fenn se dirigió a ella, se arrodilló en el suelo, la tomó suavemente de las muñecas y le apartó las manos de su cara. Ella le miró y vio pura tristeza en sus ojos, detrás de las lágrimas.

—¡Oh…, Gerry! —exclamó, y luego cayó en sus brazos, su cabeza enterrada entre los hombros de Fenn, y todo su cuerpo presa de sacudidas.

Fenn sintió sequedad en la garganta y como un peso que le tiraba del pecho. A veces, un llanto de mujer le hacía sentir frialdad y embotaba sus emociones, de manera que le acusaba de no tener sentimientos, acusación que a menudo era verdad, pero sólo en relación con aquella particular mujer o situación. Fenn había aprendido a

guardarse, a proteger su propia sensibilidad contra las exigencias de los demás, pasadas heridas, rechazos, quizás olvidados, aunque permanecía en él su indeleble marca. Con Sue no cabía semejante protección. La abrazó estrechamente, a punto él mismo de llorar.

—Lo siento —fue todo lo que se le ocurrió.

—No es culpa tuya, Gerry —replicó ella blandamente—. No puedes evitar ser como eres. Quizá yo esté equivocada al pretender que seas diferente.

—Te quiero, Sue.

—Sé que me quieres y desearía que no fuera así.

—Es imposible no quererte.

—¿Lo has intentado?

—Continuamente. Sin embargo, no es bueno; estoy enganchado.

Ella le apartó ligeramente.

—Gerry, no estoy segura ya de lo que siento por ti.

«Aquello dolía, ¡Dios!, dolía.» Volvió a apretarla contra él.

—Eso se debe a todo lo que está sucediendo, Sue. Las cosas se están moviendo demasiado aprisa, todo es confuso. Sólo te pido que no hagas de mí el Anticristo, ¿eh?

—Es sólo que te veo de manera diferente. ¡Oh, siempre me he dado cuenta de tus fallos…!

—¿Fallos? ¿Yo?

—Los había descubierto, y decidía ignorarlos. Pero ahora parecemos estar en conflicto mutuamente…

—¿Yo, en conflicto contigo? No, pequeña.

—Entonces, ¿por qué no puedes sentir lo mismo que yo? ¿Por qué esto es sólo una plataforma para tu carrera? ¿Una forma de hacer dinero?

Esta vez fue Fenn el que la apartó ligeramente.

—Déjame que te diga algo —observó—. De acuerdo en que me estoy aprovechando de una fantástica historia, pero es sólo porque me ha venido a las manos. Cualquier periodista del mundo haría lo mismo. Pero hay otros que usan también los milagros de Banfield para sus propios propósitos. ¿Sabes?, después de que Alice tuviera su primera visión y yo escribiera el artículo, un tipo llamado Southworth se puso en comunicación conmigo. Es el dueño del «Hotel Grown» de Banfield, un concejal, y que, por lo que pude ver, posee mucha tierra en la zona. Él y alguien más llamado Tucker —otro de los peces gordos de Banfield— quisieron contratarme para explotar la situación con artículos míos complementarios sobre el asunto que mantuvieran el interés del público de manera artificial, tratando de hacer parecer interesante lo que ya no lo era. Fueron más sutiles en su proposición de lo que te estoy indicando, pero en resumen, ¡se trataba de esto! Querían iniciar el carnaval en aquel momento.

Se echó hacia atrás, apoyándose en los talones.

—Deberías sentirte encantada de saber que rechacé su propuesta.

—Eso no significa nada. Dos hombres de un…

—¿Has estado últimamente en el pueblo?

—Desde luego. He estado en St. Joseph…

—No, no quiero decir la iglesia. En el pueblo. Todos los comerciantes pueden hablarte del dinero que piensan ingresar. Un montón de propietarios están solicitando permisos para convertir sus locales en tiendas de *souvenirs*, salones de té, restaurantes y bares… cualquier cosa que les saque dinero a los turistas, que ya acuden en tropel al lugar.

—Ahora exageras.

—¿Lo crees? Deberías echar una miradita. Una especie de locura se ha apoderado de Banfield, y es fácil ver el motivo. Por primera vez en su historia, el pueblo es el foco de la atención mundial. Quizá sea porque todos estamos hartos de oír hablar de violencia, guerras y depravación; quizá porque sucede cuando algo bueno, algo que nos devuelve nuestra fe en la bondad, nos pasamos. A todo el mundo le gusta el milagro, porque éste trasciende a este podrido y pestilente mundo en que vivimos. No olvides que ésta es la Era de la ciencia, donde todo se ha hecho explicable. La religión es sólo un montón de historias que satisfacen las ilusiones de las masas; el amor es sólo química corporal; el arte, una expresión de reflejos condicionados. Y ahora tenemos algo que es realmente inexplicable. ¡Algo hoy mismo, en esta época!

—Pero tú dices que el pueblo sólo quiere hacer dinero con ello.

—Sin duda que quiere. Pero eso no significa que no crean en los milagros.

—Pero no todos deben de pensar de esta manera.

—¿En términos de dinero? No, desde luego que no. Hay muchos a los que les gusta lo que está sucediendo por sí mismo, que se sienten orgullosos de que su Banfield haya sido elegido para albergar a la Virgen.

Sue escuchaba atentamente, en busca de alguna indicación de sarcasmo, pero no halló ninguna.

—Sí, son felices y están más que impresionados, asombrados y agradecidos. También están aquellos que no desean tener nada que ver, quizás algunos incluso se mudarán, pero todos éstos constituyen una minoría. El resto, me imagino, nadará en la gloria.

—No hay nada malo en ello.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, pero espera a ver la porfía que se establecerá por contar a los medios de difusión sus propias historias personales. De cómo conocían a Alice Pagett desde que era un bebé; de cómo la pequeña iba a su tienda una vez por semana a buscar caramelos; de cómo son primos segundos lejanos; de cómo sus almorranas desaparecían *milagrosamente* cuando pasaban ante la iglesia de St. Joseph; de cómo su migraña se disipaba cuando Alice les sonreía. Tal vez creas que el periodismo de talonario es una frase de la que se ha abusado, pero espera a ver cuántas historias

personales de los milagros de Banfield se venden a los periódicos. Y espera a ver cuántos amigos «íntimos» va a tener la familia Pagett, todos con detalles íntimos de sus vidas privadas. Toda la personalidad del pueblo va a cambiar, Sue, así como su aspecto.

Ella le miraba fijamente, dándose cuenta por primera vez del aspecto comercial de la experiencia mística. Para alguien cuya profesión era el periodismo, se había mostrado notablemente ingenua; o quizá demasiado afectada espiritualmente.

Fenn odiaba desilusionarla más, pero continuó, ansioso por justificar sus propios motivos:

—Muy pronto no podrás ir a la iglesia sin ser bombardeada con chucherías religiosas: Madonas en tormentas de nieve, Madonas que se encienden, Madonas en forma de muñeca, rosarios a miles, postales, crucifijos, medallas… di lo que se te ocurra; estará a la venta.

—La Iglesia no lo permitiría…

—¡Juh! La Iglesia tendrá parte en ello.

—Eso no es cierto.

—¿Crees realmente que la Iglesia católica, con su constante pérdida de seguidores y general desencanto entre sus fieles, puede permitirse el lujo de no aprovecharse de algo así? Sus sacerdotes jóvenes están desertando, algunos para casarse; las mujeres exigen que se les permita llegar al sacerdocio; el Vaticano es criticado por acumular sus vastas riquezas y no usarlas para alimentar a los que mueren de hambre, para ayudar a los desvalidos, criticado por no condenar con más energía la violencia en Irlanda del Norte; se burlan de él abiertamente por sus anticuados puntos de vista sobre el control de natalidad, el divorcio y muchos otros tópicos que no parecen tener relación con la sociedad de hoy. ¡La Iglesia necesita sus milagros para sobrevivir, caramba!

Sue parpadeó y Fenn pudo sentir su creciente ira.

—Mira, cuando dispararon contra el Papa Juan Pablo en el 81 —seis disparos, recuerda, un anciano acribillado a balazos—, millones de católicos recobraron la fe. Incluso los no creyentes sintieron pena. Y, cuando se recuperó milagrosamente, todo el mundo —todo el mundo que no estaba loco o era simplemente malvado— sintió un nuevo respeto por el Papado. Se le recordó al mundo el triunfo final del bien. Bueno, ahora la Iglesia tiene algo más grande: seis curaciones, todas ellas con testigos, una posible levitación y una aparición. No hay manera de que no se aprovechen de ello.

—El padre Hagan no permitiría que fuera explotado.

—Al padre Hagan le dejarán de lado. No sé demasiado sobre el obispo Caines, el que gobierna la diócesis, pero, por la información que he conseguido recoger esta semana, parece ser un hombre ambicioso. ¡Oh!, sí, tienen a esa clase de personas en la jerarquía católica, ¿sabes? Al parecer, ya ha pedido autorización para comprar el campo cercano a la iglesia, y el granjero propietario está deseoso de vender. Según

parece, últimamente no ha tenido mucha suerte.

—Tiene sentido conseguir que el campo en que Alice tuvo la visión forme parte de St. Joseph.

—¡Oh, sí, tiene todo el sentido del mundo! El que la Iglesia sea propietaria del campo será necesario para acomodar a todos los visitantes que llegarán en oleadas al lugar. Te apuesto a que el obispo se irá acomodando también de otra manera, a medida que esto crezca como una bola de nieve. Ya ha convocado una conferencia de Prensa para mañana.

—No me sorprende, con el interés que ha despertado entre el público.

—Bien, esperemos a ver cómo la lleva. Cuántas cosas refuta, cuántas evade y cuántas alienta. Sería bonito decirlo.

—¿Estarás allí?

—¿Y cómo podría perdérmelo?

Ella suspiró y se echó hacia atrás en la silla, secándose la húmeda cara con el dorso de la mano. Él enderezó las piernas y se inclinó sobre ella, consciente de que las rodillas de la chica se apretaban contra su ingle.

—Lamento toda esta diatriba, pequeña, pero quería que comprendieras que no soy el único pasajero en este particular tren.

Sue le acarició la mejilla.

—Todavía no confío en ti, Gerry.

Él soltó un gemido.

—Quizá los milagros nos han cambiado —prosiguió Sue—. En algunos ponen a flote lo peor; en otros, lo mejor.

—Quizás algunos son más crédulos que otros.

Su mano quedó congelada en su cara.

—¿Qué quieres decir?

Fenn se encogió de hombros.

—Quizás algunos han sido engañados por un fenómeno que no tiene ninguna base mística.

—¿Otra vez la teoría de «el poder de la mente humana»?

—Podría ser. ¿Quién puede decir lo contrario?

—Han terminado tus diez minutos.

—Ya estamos de nuevo. ¿No estás dispuesta a escuchar ningún argumento más? ¿Me convierte de pronto todo lo ocurrido en un enemigo, Sue, en un hijo de Satanás, ante el que tienes que cerrar los oídos? Antes solíamos mantener largas y racionales discusiones, ¡por el amor de Dios! Con todo este profundo sentimiento religioso que estás sufriendo, ¿no deberías amarme aún más?

Ella no respondió.

—De acuerdo, olvidemos por ahora la otra alternativa y aceptemos que los supuestos «milagros» tienen un contexto religioso. Me parece que Jesucristo tomó a doce buenos chicos Relaciones Públicas para difundir la Palabra, cuatro de los cuales

escribieron un *best-seller* mundial: La historia de Su vida. Me imagino que tú podrías considerarme a mí como un discípulo del siglo XX; pero ¿no hay una especie de dicho en el Libro Sagrado, sobre utilizar a los mejores instrumentos disponibles? Quizá yo pudiera ser uno de estos instrumentos.

Fenn levantó las cejas.

Sue frunció el ceño, pero Fenn supo que se había apuntado un tanto. Al cabo de un rato, la chica atrajo su cabeza hacia ella y Fenn se encontró sonriendo contra su pecho.

—Estoy confundida, Gerry, todavía confundida. Pero quizás he estado metiendo la cabeza en la arena. Tal vez a nuestras creencias ya no se les permita más ser aisladas o introspectivas. —Le besó el pelo—. Y tu cinismo quizá sea algo saludable, ¿quién sabe? ¡Es tan fácil entusiasmarse con todo lo ocurrido!

Fenn se contuvo, pues no deseaba estropear su estado de ánimo. Levantando la cabeza para mirarla a los ojos, dijo:

—Todo lo que te pido es que no me cierres el paso. Quizá no apruebes mi enfoque o mi valoración del asunto, pero puedes estar segura de que es honesto. Y me parece que eso es algo que tú puedes al menos respetar. —La besó en la mejilla—. ¿Conforme?

Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y luego le besó en los labios. Fenn pudo darse cuenta en ese momento de que la abstinencia había despertado en ella mucho, mucho apetito.

Estaba oscuro; las cortinas, corridas.

Fenn yacía allí, aturdido durante unos segundos. ¿Dónde demonios estaba? Luego recordó y se relajó. Sonrió en la oscuridad, recordando su acto de amor. ¡Por Dios, Sue casi daba miedo en su intensidad! Su necesidad física de él la había sorprendido incluso a ella. Pero él no se quejaba; estaba exhausto, pero no se quejaba. Sintió cómo ella se movía en la cama.

¿No era algo inquietante aquel desasosiego? Se movió hacia ella, le tocó la espalda y se alarmó al ver lo caliente que estaba. Se acercó más, le pasó un brazo alrededor y pudo percibir que todo el cuerpo estaba húmedo y pegajoso. Se agitaba, y su cabeza se retorcía en la almohada.

—¿Sue? —susurró.

Ella murmuró algo, pero no se despertó. Sus labios temblaban.

Fenn le sacudió suavemente el hombro; deseaba despertarla de la pesadilla, pero trataba al mismo tiempo de no asustarla.

La mujer se retorció hacia él, dormida aún, su respiración rápida, superficial.

—No es… —murmuró.

—¡Sue, despierta!

Sintió su cara, su cuello y su pecho. Estaba empapada.

Rápidamente alargó la mano y encendió la lámpara de la mesita de noche. Ella apartó la cabeza de la luz, murmurando todavía. Apenas se podían oír sus palabras, pero parecían algo así como:

—No es… su… no es… no es…

—¡Sue, despierta!

La sacudió con más energía, y de pronto ella abrió los ojos de par en par. Miraba con fijeza.

El temor que se percibía en ellos era alarmante.

De repente parecieron nublarse y parpadeó varias veces. Finalmente, le reconoció.

—Gerry, ¿qué ocurre?

Lanzó un suspiro de alivio.

—Nada, cariño —repuso—. Acabas de tener una pesadilla.

Apagó la luz, se arrellanó de nuevo y la abrazó. Sue se durmió casi instantáneamente.

Pero él se quedó despierto durante bastante rato.

DIECIOCHO

«¡El diablo te dijo eso! ¡El diablo te dijo eso!»,
gritó el hombrecillo, y, en su furia,
hundió el pie derecho en el suelo, hasta la cintura;
luego, echando espumarajos de cólera,
se agarró el pie izquierdo con ambas manos y
lo desgarró por la mitad.

Rumpelstiltskin
HERMANOS GRIMM

DAILY MAIL: ¿Ha hecho el Vaticano alguna declaración «oficial» relativa a los milagros de Banfield?

OBISPO CAINES: La única declaración «oficial» que podemos hacer en esta temprana fase es la de que la santa Iglesia católica romana reconoce que en los terrenos de St. Joseph se han producido una serie de hechos que pueden ser descritos como curaciones extraordinarias…

DAILY MAIL: Perdone mi interrupción, obispo, pero acaba usted de decir en los terrenos de St. Joseph. ¿No se referirá al campo próximo a la iglesia?

OBISPO CAINES: Tiene usted razón, pero tan cerca, que puede ser considerado dentro de la propiedad de la Iglesia. Debería quizás informarle de que se ha llegado ya a un acuerdo para la compra, por parte de la Iglesia, de dichas tierras, y que los documentos pertinentes serán firmados dentro de un día o dos. No obstante, y volviendo a nuestra pregunta original: las seis extraordinarias curaciones —supuestas curaciones, debería decir— que se han producido en St. Joseph serán escrupulosamente examinadas por una Oficina Médica especialmente constituida, y sus hallazgos, comunicados al Comité Médico Internacional. No se espera ningún anuncio, proclama o declaración hasta que el Comité Internacional esté convencido de que cada aspecto de los seis casos individuales haya sido completamente investigado.

REUTERS: El Comité Internacional a que usted se refiere, ¿no es el mismo que examina las curaciones de Lourdes?

OBISPO CAINES: Sí.

CATHOLIC HERALD: Pero el Comité sólo puede recomendar que las curaciones sean declaradas milagrosas.

OBISPO CAINES: Exactamente. Como obispo de la diócesis en donde tuvieron lugar las curaciones, la decisión final, en cuanto a declarar o no como milagrosas las curaciones, me corresponde sólo a mí.

THE TIMES: ¿Tiene ya alguna opinión?

OBISPO CAINES: No.

THE TIMES: ¿Ninguna en absoluto? ¿Ni siquiera después de haber hablado con Alice Pagett y las demás personas más estrechamente implicadas, su propio cura párroco, por ejemplo?

OBISPO CAINES: Considero intrigante todo el asunto, por no decir otra cosa, pero no puedo emitir ningún juicio en esta fase.

WASHINGTON POST: ¿Qué sería, pues, obispo Caines, un milagro para la Iglesia?

OBISPO CAINES: Una curación que sea médicamente inexplicable en el actual estado de la ciencia.

DAILY EXPRESS: ¿Cuándo se organizará la Oficina Médica?

OBISPO CAINES: Ya se está organizando.

DAILY EXPRESS: ¿Y cómo operará?

OBISPO CAINES: Constará, al menos, de doce médicos…

JOURNAL DE GENEVE: ¿Todos católicos romanos?

OBISPO CAINES: No, de ninguna manera.

DAILY EXPRESS: ¿Pero será un cuerpo independiente?

OBISPO CAINES: Absolutamente, aunque el director de la Oficina y algunos de sus miembros estarán empleados por la Iglesia. Otros se buscarán entre unidades médicas y de investigación científica interesadas. Serán examinados los expedientes médicos de cada persona curada, y se consultará al médico general propio, así como al hospital en donde están sometidos a tratamiento. Naturalmente, efectuarán su propio examen médico de cada persona curada, y se llevará un *dossier* completo. Sus hallazgos se transmitirán, finalmente, al Comité Internacional, quien hará la recomendación final.

ASSOCIATED PRESS: ¿Cuáles serán los criterios? Para dictaminar un milagro, quiero decir.

OBISPO CAINES: Tal vez monseñor Delgard prefiera responder a esto.

MONSEÑOR DELGARD: Creo que esto debería establecerse claramente: A la Oficina Médica y al Comité Internacional les compete sólo decidir si estas curas son o no inexplicables, no si son milagrosas.

ASSOCIATED PRESS: ¿Hay alguna diferencia?

MONSEÑOR DELGARD: El obispo Caines ya ha dicho hace un momento que la curación debe ser inexplicable en el estado actual de la ciencia. El Comité decidirá sobre este aspecto, no sobre si las curaciones tienen una connotación mística o religiosa. Lo que se considera médicamente inexplicable hoy, podría ser perfectamente lógico dentro de unos años. Son el obispo y sus consejeros quienes deben examinar los aspectos espirituales de las curaciones, y decidir si la intervención divina es la causa de las recuperaciones.

La Oficina y el Comité Internacional tienen que hallar respuestas satisfactorias a los siguientes puntos:

¿Fue la cura repentina, inesperada y sin proceso de convalecencia?

¿Es completa?

¿Es permanente? Eso, señoras y caballeros, requiere cierto tiempo —digamos tres o cuatro años—, que debe transcurrir antes de que pueda ser confirmada la curación.

¿Cuán grave era la enfermedad?

¿Se debía a una enfermedad específica? Un achaque debido a trastorno mental, por ejemplo, sería descartada como objeto de curación milagrosa.

¿Había sido la enfermedad objetivamente demostrada por pruebas de rayos X o biopsias?

El tratamiento médico previo, ¿podía ser responsable, en todo o en parte, de la curación?

Éstos son los criterios sobre los que trabajarán la Oficina y el Comité Internacional. Hay otros más técnicos, pero creo que los que he enumerado les dan ya una idea general.

PSYCHIC NEWS: ¿Puede usted decirnos, monseñor Delgard, cuál es su implicación en todo este asunto?

OBISPO CAINES: Quizá deba contestar yo a esta pregunta. En el momento de la primera curación —cuando, de hecho, Alice Pagett fue capaz de hablar y oír después de siete años de no poder hacerlo— se creó una gran cantidad de interés público.

Creí entonces que el padre Hagan necesitaría algo de apoyo y guía al tratar con las multitudes que inevitablemente acudirían a St. Joseph.

PSYCHIC NEWS: ¿Pero no ha estado usted mezclado en ciertos casos de fenómenos desusados, monseñor Delgard?

MONSEÑOR DELGARD: Sí, es cierto.

PSYCHIC NEWS: ¿Los describiría usted como paranormales?

MONSEÑOR DELGARD: *(Pausa.)* Podrían ser calificados así, supongo.

PSYCHIC NEWS: En realidad, ¿ha llevado usted a cabo algunos exorcismos?

MONSEÑOR DELGARD: Sí.

PSYCHIC NEWS: ¿Sospechaba usted y sospecha ahora que Alice Pagett pudiera estar poseída?

(Risas.)

MONSEÑOR DELGARD: ¿Por el Diablo?

(Risas.)

PSYCHIC NEWS: O por malos espíritus.

MONSEÑOR DELGARD: Consideraría esto sumamente improbable. La niña me parece bastante equilibrada.

PSYCHIC NEWS: Entonces, ¿por qué…?

OBISPO CAINES: Ya he explicado las razones por las que monseñor Delgard fue destinado provisionalmente a St. Joseph. Aunque es cierto que a lo largo de los años ha investigado muchos incidentes extraños para la Iglesia católica, y ha realizado un estudio de los fenómenos psíquicos, el papel de monseñor Delgard ha sido generalmente —si se me permite usar la expresión— el de abogado del diablo, más que de buscador del diablo.

(Risas.)

Ya ve usted: la Iglesia católica tiene a menudo que efectuar el examen de incidentes insólitos en favor de feligreses y clérigos afectados. Vivimos en un mundo

peculiar, ¿sabe?, donde la lógica humana no siempre es aplicable a ciertos acontecimientos. Monseñor Delgard investiga los dos aspectos de esos acontecimientos —los naturales y los no naturales— y generalmente consigue proporcionar el correcto equilibrio. En St. Joseph tenemos circunstancias que, sin duda, no son naturales, así que es perfectamente sensato pedir la asistencia y el consejo de alguien que tiene experiencia en tales materias y que puede proporcionar también una ayuda más material al tratar con el interés del público. El hecho de que monseñor Delgard haya realizado exorcismos es aquí absolutamente irrelevante.

¿Otra pregunta, por favor?

DAILY TELEGRAPH: Se rumorea que la enfermedad de Alice Pagett pudo haber sido psicosomática. ¿Es cierto?

OBISPO CAINES: Eso les corresponde decidirlo a las autoridades médicas y a la Oficina. Pero, por supuesto, es dudoso que las otras cinco enfermedades fueran debidas a causas psicosomáticas.

LE MONDE: ¿Cuál es la opinión de la Iglesia sobre la curación por la fe?

OBISPO CAINES: Jesucristo fue el mayor curador por la fe de todos los tiempos.

(Risas.)

GAZETTE (Kent): Tengo una pregunta para el padre Hagan. Hace algunos años era usted párroco ayudante cerca de Maidstone.

PADRE HAGAN: *(Pausa.)* Sí, en un lugar llamado Hollingbourne.

GAZETTE (Kent): ¿No estuvo usted allí mucho tiempo, ¿verdad, padre?

PADRE HAGAN: Unos seis meses, me parece.

GAZETTE (Kent): Se marchó usted más bien repentinamente. ¿Podría preguntar la causa?

PADRE HAGAN: *(Pausa.)* Como sacerdote auxiliar, iba allí donde más me necesitaban. A menudo la necesidad era urgente, y mi marcha de una parroquia a otra podía ser repentina.

GAZETTE (Kent): ¿No había otra razón, entonces para que dejara usted Hollingbourne, aparte ser requerido en otra parte?

PADRE HAGAN: Por lo que puedo recordar, el párroco de St. Mark, en Lewes, había caído enfermo, y se precisaba ayuda urgentemente.

GAZETTE (Kent): ¿Ninguna otra razón?

OBISPO CAINES: El padre Hagan ha respondido ya a su pregunta. ¿Podemos pasar a la siguiente?

DAILY TELEGRAPH: ¿Podría ser un engaño todo este asunto de las curaciones milagrosas?

OBISPO CAINES: En todo caso, un engaño muy bien elaborado, ¿no cree? ¿Y con qué objeto?

DAILY TELEGRAPH: ¿No es probable que Banfield haga mucho dinero con el turismo que esto movilizará?

OBISPO CAINES: Sí, imagino que puede ocurrir así. El pueblo es ya el foco de la atención mundial, y supongo que los turistas acudirán en tropel a St. Joseph antes incluso de que los resultados de nuestra investigación se hagan públicos. Pero, a menos que ustedes crean que todos los niños y el adulto implicado en estas curaciones son estafadores y mentirosos, por no decir maravillosos actores…

(Risas.)

…entonces, difícilmente creo que merezca ser considerada su sugerencia. Y, por supuesto, los padres de los niños y sus médicos generales tendrían también que estar implicados en el fraude.

L'ADIGE: Alice Pagett pretende haber tenido una visión de la Virgen. ¿Puede hacer usted algún comentario al respecto, por favor?

OBISPO CAINES: No en este momento.

NEW YORK TIMES: ¿Vio alguien algo más? Padre Hagan usted estaba presente en las dos ocasiones en que la niña afirmaba ver a la Virgen María. ¿Vio usted alguna cosa?

PADRE HAGAN: Yo… no, no, no puedo decir que lo viera.

NEW YORK TIMES: Pero ¿sintió usted como si ocurriera algo extraño?

PADRE HAGAN: Había cierta atmósfera, sí, una atmósfera muy cargada, pero no puedo

explicarla.

OBSERVER: Sin duda tendría algo que ver con el estado de ánimo de la multitud, ¿no?

PADRE HAGAN: Sí, supongo que sí.

OBSERVER: Lo siento, padre, no lo he oído.

PADRE HAGAN: He dicho que supongo que sí. Con toda seguridad, en la última ocasión. Algunos de los otros niños presentes parecían extasiados, de la misma manera que lo estaba Alice, pero no pudieron recordar nada cuando se les preguntó más tarde.

DAILY MIRROR: ¿Qué pasos está dando la Iglesia para asegurarse de que la situación no sea explotada?

OBISPO CAINES: ¿Explotada?

DAILY MIRROR: Comercialmente explotada.

OBISPO CAINES: Creo que ya hemos tratado de esto en una pregunta anterior. Es muy poco lo que la Iglesia pueda hacer para impedir que los comerciantes y hombres de negocios locales se aprovechen, digamos, de la situación. Pero difícilmente eso es de nuestra incumbencia, y sólo podemos esperar que se use de la moderación y discreción adecuadas.

MORNING STAR: Pero ¿no explotará la situación la propia Iglesia?

OBISPO CAINES: ¿Y por qué íbamos a hacerlo?

MORNING STAR: Por la publicidad.

OBISPO CAINES: La verdad, no creo que Dios necesite publicidad.

(Risas.)

STANDARD: Pero eso no perjudicaría a la Iglesia.

OBISPO CAINES: No lo crea. Por el contrario, semejante publicidad podría ser sumamente peligrosa. Muchos practicantes podrían ver destrozadas sus ilusiones si lo que ellos creían genuinos milagros realizados en St. Joseph eran más tarde desechados por las autoridades médicas como tales. Ésta es una de las razones por las que la Iglesia católica se muestra extremadamente cautelosa en tales asuntos.

ASSOCIATED PRESS: ¿Casi hasta el punto de que los milagros son más difíciles de demostrar por parte de la Iglesia que por los seglares?

OBISPO CAINES: Sí, en muchos casos ocurre eso. En realidad, la Oficina Médica de Lourdes desecha como no milagrosas casi todas las curaciones ocurridas allí. Creo que ha habido sólo unas sesenta curaciones milagrosas reconocidas oficialmente en Lourdes desde 1858.

OBSERVER: Muchas personas pretenden haber visto levitar a Alice el domingo pasado. ¿Podría preguntar al padre Hagan y a monseñor Delgard si ocurrió eso realmente?

MONSEÑOR DELGARD: No puedo estar seguro. No estaba tan cerca de Alice como de los otros. Y si he de ser absolutamente sincero, no tengo un recuerdo claro de ello.

OBSERVER: ¿Y usted, padre Hagan?

(Silencio.)

MONSEÑOR DELGARD: El padre Hagan y yo estábamos de pie juntos, así que ambos teníamos la misma visión. No…

PADRE HAGAN: Creo que Alice levitó.

(Preguntas desordenadas.)

ECHO DE LA BOURSE: ¿Lo vio usted realmente?

PADRE HAGAN: Lo único que puedo decir es que creo que eso es lo que sucedió. La hierba del campo es larga… quizás ella estaba simplemente de puntillas. No puedo estar seguro.

OBSERVER: Pero otros testigos dicen que sus pies se despegaron efectivamente del suelo.

PADRE HAGAN: Es posible. Sin embargo, no puedo estar seguro.

(Conversación general.)

STANDARD: Si se demuestra que las curaciones fueron milagrosas y que Alice Pagett realmente… vio a, bueno, a la Virgen María, ¿será proclamada santa la niña?

OBISPO CAINES: ¿Y cómo demuestra usted semejante cosa? Además, antes de que pueda ser considerada la canonización de alguien debe llevar muerto algún

tiempo.

(Risas.)

BRIGHTON EVENING COURIER: ¿Por Qué mantienen escondida a Alice Pagett?

OBISPO CAINES: ¡Ah!, usted es Mr. Fenn, ¿verdad? Bien; no mantenemos a Alice «escondida», como usted apunta. A juzgar por la cantidad de personas de los medios de difusión que rodean el convento de Nuestra Señora de Sión en Banfield, no me atrevería a decir que su paradero sea secreto. Alice está descansando. Ha pasado por una experiencia extraordinaria, y, como puede usted imaginar, está exhausta por completo, tanto física como emocionalmente. Necesita paz y tranquilidad… su propio médico es tajante en ese sentido. Y, por supuesto, está allí con el total consentimiento de sus padres. Alice es una niña delicada, y hasta hace poco, era considerada una inválida. Tiene que ser tratada con gran cuidado.

BRIGHTON EVENING COURIER: ¿La están sometiendo a pruebas médicas?

OBISPO CAINES: Sí, pruebas muy rigurosas.

BRIGHTON EVENING COURIER: ¿Ya interrogatorio por parte de las autoridades de la Iglesia?

OBISPO CAINES: Interrogatorio es una expresión demasiado fuerte. Evidentemente le están haciendo preguntas, pero le prometo que no se halla bajo presión. Creo que el único peligro que corre es el de ser asfixiada por las amabilidades.

(Risas.)

BRIGHTON EVENING COURIER: ¿Cuánto tiempo se mantendrá a Alice en el convento?

OBISPO CAINES: No está bajo ninguna orden de detención, Mr. Fenn. Está en perfecta libertad de marcharse cuando sus padres lo quieran y cuando su médico crea que eso puede convenirle.

CATHOLIC HERALD: ¿Ha tenido Alice más visiones desde el domingo pasado?

OBISPO CAINES: No ha hablado de ninguna.

DAILY MAIL: ¿Asistirá a misa este domingo? En St. Joseph, quiero decir.

MONSEÑOR DELGARD: *(Pausa.)* Alice ha expresado su deseo de hacerlo. Sin embargo,

debemos considerar las consecuencias que ello pudiera tener para ella. Estamos más bien preocupados de que, con toda la publicidad que esos… incidentes han tenido, St. Joseph se vea invadida por los curiosos, y, evidentemente, por los propios medios de difusión. Como acaba de decir el obispo Caines, Alice es una niña frágil, y la excitación continua podría ser excesiva para ella. Tiene que ser protegida.

INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE: Pero tarde o temprano tendrá que enfrentarse con el público.

OBISPO CAINES: Eso es cierto, pero supongo que querrán más bien que eso se retrase en esta fase en que el equipo médico estudia su caso, así como su propio doctor y la Iglesia. Sin embargo, nada se ha decidido con relación a este próximo domingo.

BRIGHTON EVENING COURIER: Pero Alice quiere ir a misa este domingo, ¿no?

OBISPO CAINES: Alice está algo confusa en este momento. Me parece comprensible.

BRIGHTON EVENING COURIER: Pero ella quiere ir.

OBISPO CAINES: Como ha dicho monseñor, la niña ha expresado su deseo de hacerlo.

BRIGHTON EVENING COURIER: Así que hay muchas posibilidades, ¿no?

OBISPO CAINES: Creo que he contestado ya a esta pregunta.

(Más preguntas desordenadas.)

OBISPO CAINES: Me temo que debemos terminar esta conferencia, caballeros. Gracias por sus preguntas, y espero que hayamos podido aclarar algunos puntos. Lo siento, no más preguntas. Nuestro horario es apretado, y ahora tenemos que hacer entrevistas por la Televisión y la Radio. Gracias por su tiempo, señoras y caballeros.

(Termina la conferencia de Prensa.)

WILKES

Sí tu madre supiera,
su corazón seguramente se partiría.

La niña de los gansos
HERMANOS GRIMM

No podía dormir.

El cabello le picaba, las sábanas de la estrecha cama estaban manchadas, rígidas y sin lavar. No tenía hambre, no tenía sed, y, ciertamente, no estaba cansado. Era culpa suya por quedarse en cama casi todo el día. Debería haber ido al Centro Job, pero ¿para qué demonios? Seguramente sólo le habrían ofrecido algún maldito trabajo de servir a las mesas como el último que tuvo, o cavar condenados agujeros en las carreteras, o hacer funcionar alguna máquina en una fábrica. O peor aún, ¡el jodido servicio de comunidad! ¡Cabrones! Tendría que volver a ir a ver a la vieja mañana a pedirle dinero. ¡Oh, cuánto odiaba volver allí! *¡Mírate! No sé por qué no puedes llevar el pelo corto. Nunca conseguirás un trabajo decente como ése. Y mira tus ropas. ¿Cuándo te plancharon la camisa por última vez? ¿Y no podrías, al menos, limpiarte los zapatos?*

Y, lo peor de todo: *¿Cuándo fuiste a la iglesia por última vez? ¿Qué diría tu pobre padre si viviera?*

¡A la mierda con ella! Si no necesitara el pan, nunca volvería.

Se volvió en la cama; una arruga en la camiseta le irritaba la piel. Se quedó mirando por la ventana la oscura noche. Si por lo menos tuviera una pájara consigo… Eso le haría entrar en calor, ¡bueno! Sin embargo, ellas no querían saber nada. Si no tienes dinero, no están interesadas. ¡Si eres un don nadie, eres un condenado don nadie! Se volvió otra vez y golpeó furiosamente con el puño las protuberancias de la almohada. Había tenido un tipo allí una vez, pero eso no había sido demasiado bueno. La masturbación estuvo bien, pero todo aquel maldito besuqueo le había dado ganas de vomitar.

Se quedó mirando al cielo y tiró del extremo de la camiseta para tapar su desnudo estómago.

Todo era un buen montón de mierda. Caes en él, y los bastardos no te dejan salir. Vas dando vueltas y vueltas en el cieno hasta que tienes que comerlo para dejar de asfixiarte. Y entonces te envenena y te mata de todos modos.

¡Pero al menos *ellos* habían devuelto el golpe! Aquellos tres se habían tragado la mierda y la habían vomitado en la cara de los mirones. *Ellos* habían encontrado un camino, y eso era todo lo que se necesitaba.

Sonrió en la oscuridad. Sí, ellos habían encontrado la manera.

Apartó las ropas de un golpe y fue al armario en calcetines. Poniéndose de

puntillas, consiguió llegar a la parte superior del armario y encontró la caja que buscaba. La bajó y luego tomó una llavecita de su chaqueta, que colgaba del respaldo de la única silla de la habitación.

Encaramándose otra vez a la cama, insertó la llave y abrió la tapa. Cogió un objeto oscuro y lo apretó contra su mejilla, sonriendo en la oscuridad. Dejó la caja abierta en el suelo y se tapó con las ropas.

Tumbado en la oscuridad, empujó el objeto bajo las ropas de manera que su frío metal quedó en la parte interna de sus muslos. Suspiró cuando sintió que su miembro se endurecía.

DIECINUEVE

Aquí yace el Diablo — no preguntes por otro hombre.
Bien — pero ¿quieres decir Señor? —¡chitón! queremos decir lo mismo.

Sobre un señor
SAMUEL TAYLOR COLERIGDE

Fenn bostezó y comprobó su reloj. Las 7,45. ¡Qué barbaridad! ¡Así que esto era el alba!

Otro coche se acercaba a él en dirección opuesta, y Fenn le dirigió un cansado gesto con la mano como si ambos fueran miembros del mismo club exclusivo. El otro conductor le miró como si estuviera loco. Fenn tarareó una melodía discordante, y sólo el hecho de que tenía mal oído se la hacía soportable.

Echó una mirada a los Downs, a su izquierda; las nubes aparecían cargadas sobre ellas; su blanda y aterciopelada barriga arañaba las cimas de las colinas. Tendrían otro día frío y encapotado, de la clase de los que acaban con el más fuerte optimismo y amortiguan el más ardiente entusiasmo. La clase de día como para quedarse en cama hasta que una positiva oscuridad nocturna contrarrestara la negativa monotonía.

Las casas a ambos lados de la carretera eran escasas y estaban muy separadas, la mayor parte, retiradas de la calle y con altas cercas o paredes que las protegían de toda atención no solicitada. La carretera estaba normalmente muy concurrida, ya que era una de las principales rutas desde la costa a las grandes ciudades de Sussex, cortando en su camino las pequeñas comunidades rurales como el alambre al queso. Pero en una fría y húmeda mañana de domingo —una fría y húmeda *madrugada* de domingo—, los pájaros y los conejos constituían una visión más corriente que los motoristas.

Fenn detuvo su canturreo cuando vio ante él las afueras de Banfield, y el resto de su cansancio se evaporó como si se lo hubieran aspirado de la cabeza. Sonrió, dispuesto a disfrutar del especial privilegio que se le había permitido y a olvidarse del cálido lecho que acababa de abandonar. Era una lástima que el desnudo cuerpo de Sue no hubiera estado en aquella cama —aunque entonces habría sido más difícil dejarla—, pero aún no volvían a ser los íntimos amantes que habían sido anteriormente. Cuando durmieron juntos tres noches antes, Fenn imaginó que su relación volvería a ser la misma, y quedó decepcionado al descubrir a la mañana siguiente que aquello sólo había sido una pequeña interrupción en su nueva reserva. Aunque no con tanta frialdad como antes, y ciertamente no con tanto desprecio, Sue había dejado bien claro que necesitaba más tiempo para pensar. Le quería, de aquello no había la menor duda, pero aún existía la confusión, y el hacer el amor no la había aclarado. «De acuerdo, te toca a ti, Sue. Ya sabes mi número.»

Fenn se sentía irritado y frustrado ante aquel cambio de humor, particularmente

en un momento en que le estaba ocurriendo cosas, en que no debía tener semejantes distracciones. Se maldijo a sí mismo por no ser capaz de apartarla de su mente. ¡Iba a comprar su billete para Fleet Street, y ella actuaba como si él hubiera olvidado el dinero! La invitación para aquel domingo por la mañana era una indicación de cuánto había avanzado en cuestión de prestigio en cosa de unas semanas. Sólo él y otros cinco reporteros compartían el privilegio, y sus colegas habían sido elegidos entre la flor y nata de los periódicos del mundo. Quizás estaba sobrevalorando un poco su importancia, pero no era ninguna tontería la situación en que se encontraba ahora.

Aflojó el acelerador al entrar en la zona de velocidad limitada. La carretera torcía bruscamente a la derecha, mientras que confluía en ella por la izquierda otra carretera de menor importancia. El blanco y redondo bulto de una pequeña glorieta ayudaba —o estorbaba— la unión. El convento de Nuestra Señora de Sión estaba casi en el lado opuesto, justamente a la izquierda; Fenn paró su «Mini» y comprobó que la glorieta estaba despejada. Desde su situación podía ver las ventanas superiores de la gran casa color crema, y durante breves instantes le pareció ver una cara pálida observándole. Luego desapareció aquello, y él no estuvo seguro de si realmente la había visto.

Un solitario policía se hallaba ante las puertas, su coche medio aparcado en el bordillo de la carretera. A un lado había un grupo de reporteros, de aspecto húmedo y desgraciado. Miraron suspicazmente el coche de Fenn mientras el coche de éste pisaba la glorieta. Fenn condujo hasta un cercano antepatio de garaje, vacío, y aparcó. El garaje estaba cerrado y, como era domingo, imaginó que no lo abrirían en todo el día. Dejó allí el coche y caminó de vuelta al convento.

Los periodistas y el operador, pálidos, los hombros hundidos y los pies golpeando contra el pavimento, estaban dispuestos a recibirle entre ellos; cualquier recién llegado era bien venido para romper la monotonía de su fría vigilia.

—Buenos días, escritorzuelos —dijo, sonriendo y guiñando el ojo mientras cruzaba entre ellos a grandes zancadas.

Ignoró las réplicas dichas en voz baja mientras se dirigía a las puertas. El policía de servicio levantó una mano.

—Soy Fenn, del *Brighton Courier*.

El hombre uniformado sacó un pedazo de papel del bolsillo de su guerrera y, rápidamente, examinó su lista de nombres.

—De acuerdo, puede entrar.

El policía empujó una de las hojas de la puerta lo suficiente como para que Fenn se deslizara dentro. Éste soltó una risita ante las indignadas voces y gruñidos de los demás reporteros.

Al otro lado del patio, y en lo alto de tres anchos escalones, había un coche negro, abierto y, en cierto modo, amenazador. Fenn cruzó el patio y subió de un salto los dos primeros escalones. Entró en un oscuro pasillo y una encapuchada sombra emergió de las sombras.

—¿Usted es Mr…? —preguntó la monja.

—Gerry Fenn —le respondió, mientras su corazón daba un pequeño brinco, ya por el salto en las escaleras, ya por la repentina aparición—. Del *Brighton Evening Courier*.

—¡Ah, sí, Mr. Fenn! ¿Me da su abrigo?

Fenn se desprendió de su impermeable y se lo tendió.

—No hay dinero en los bolsillos —dijo.

La monja le miró, sorprendida, y luego le devolvió la sonrisa.

—Si quiere usted pasar, verá que casi todo el mundo ha llegado.

Señaló hacia la puerta que había cerca del final del pasillo.

Fenn le dio las gracias y cruzó el vestíbulo; sus pasos resonaron contra el desnudo y reluciente suelo. La estancia al otro lado de la puerta era amplia, y en un día soleado habría sido luminosa y alegre; hoy, su natural luminosidad se había tomado gris. Estaba llena de gente y de voces que susurraban.

—Mr. Fenn, encantado de verle.

Se volvió y vio que se acercaba a él George Southworth.

—Es un honor para mí haber sido invitado —respondió Fenn.

—Ya han llegado sus colegas.

—¿Eh?

—Una más bien pequeña selección de periodistas de élite. Usted es el sexto.

Fenn se alegró de estar entre la *élite*.

—*Associated Press, Washington Post, The Times*… etcétera. Estoy seguro de que los conocerá a todos.

—¡Oh, sí, claro! —Fenn sacudió la cabeza—. Estoy aturdido, Mr. Southworth. ¿Por qué yo?

Southworth sonrió de manera desarmante y dio a Fenn un golpecito en el brazo.

—No debe usted ser tan modesto, Mr. Fenn. Ha cubierto esta historia desde el comienzo. Más aún: fue usted quien atrajo la atención del mundo. Difícilmente podíamos excluirle.

—Difícilmente.

—Y tanto. ¿Le gustaría un poco de té?

—No, gracias.

—Estoy convencido de que apreciará usted nuestra poco favorable disposición a permitir que Alice asista a la misa de St. Joseph este…

—¿Su poco favorable disposición?

—Bien, para ser honestos, la del obispo Caines. Y de los médicos, claro… creen que todo el bullicio podría resultar excesivo para la niña. Las cámaras, la televisión, las multitudes, gente con ganas de acercarse a ella, tocarla… todo eso.

Fenn asintió.

—Así que decidieron ustedes realizar este servicio privado, sin jaleos.

—Precisamente.

—Un montón de personas van a quedar decepcionadas.

—Estoy convencido. Francamente, de haber sido sólo por mí, habría dejado que la niña fuera a la iglesia, como ella quería. Pero su bienestar debe ser lo primero.

—¿Ella quería ir a St. Joseph?

—Al parecer, sí. —Southworth bajó la voz—. Oí decir que se había enfadado bastante cuando la Reverenda Madre le dijo que no podía. Sin embargo, estoy seguro de que eso es lo mejor.

—Así que ustedes sólo invitaron a algunos miembros del… —Escudriñó la habitación— del público y de los medios de comunicación.

—Sí. Realmente fue idea mía. Y el obispo se mostró de acuerdo. Somos muy conscientes, ¿sabe?, de que el público debe saber lo que está pasando. Tiene derecho. De esta manera, todos verán que Alice es bien cuidada. —Y sabrán que la Iglesia católica no la tiene encerrada y que no está sufriendo el trato de una Gran Inquisición moderna.

Southworth soltó una risita.

—Es usted muy astuto, Mr. Fenn. De hecho, ése fue mi argumento con los clérigos. Con las pocas personas escogidas aquí presentes, representantes del pueblo, por así decirlo, y una excelente muestra de los medios de difusión, el interés del público puede quedar satisfecho sin un innecesario pero inevitable pandemónium.

«Y sin perder un máximo de publicidad», imaginó Fenn. Parecía que Southworth —y Fenn estaba seguro de que estaban implicados en el asunto otros hombres de negocios locales— tenía que caminar por la estrecha cuerda entre la explotación (y arriesgar así la correspondiente crítica), y la garantía de que Alice Pagett era resguardada de la atención pública (y asegurarse de que se les veía hacerlo). Él, Fenn, era necesario en aquel plan, no porque fuera un brillante periodista, sino porque, como instigador de la historia, sus artículos eran seguidos con más atención que los de cualquier otro reportero. Era también un periodista «local»; por tanto, más sintonizado con la opinión de los lugareños. «Bien, no lo critiques, Fenn. Tiene sentido. Y ha conseguido que estés aquí hoy.»

—Dentro de un rato —le dijo Southworth— le presentaré algunas personas. Sus colegas ya les están entrevistando, pero estoy seguro de que querrán hablar con usted como el hombre que estaba «en el lugar». La misa empezará a las 8,30; así que tiene usted sólo… —consultó su reloj—… sólo media hora para hacer entrevistas.

—¿Podré hablar con Alice?

—Tratamos de celebrar una breve sesión de preguntas con la niña después de la misa. Sólo veinte minutos, me temo, y sólo si Alice se siente con ánimos para ello. Estoy seguro de que sí lo estará. —Se acercó a Fenn y dijo, con un susurro de conspiración—: Me gustaría invitarle a cenar mañana por la noche. Creo que estará usted sumamente interesado en venir.

Fenn levantó las cejas.

—Aún no he olvidado nuestra pequeña charla al comienzo de todo este asunto, Mr. Fenn. A propósito, se llama usted Gerry, ¿no? ¿Le importa que le llame así? Es

mucho menos formal. Recuerdo el momento en que usted dijo que la historia probablemente perdería interés.

Fenn sonrió secamente.

—Alguien dijo alguna vez lo mismo sobre Lennon y McCartney.

—Creo que su opinión fue muy honrada. Pero ¿recuerda usted mi oferta? Sí, bien, creo que debió usted de sospechar mis motivos en aquel momento. Ahora puede ver que la máquina publicitaria está en movimiento por sí misma, y que no necesita para nada de mi impulso del concejo municipal. En todo caso, un poco de guía desde dentro, y creo que podría usted ser de ayuda en este sentido.

—No comprendo.

—Después de haber leído todos sus artículos en el *Courier*, tenemos bastante confianza en usted como para invitarle a escribir la historia completa de los milagros de Banfield.

—¿Para mi periódico?

—Para cualquier periódico que usted desee. O para un libro. Podríamos hacer que participara usted en todas las reuniones del concejo y cualesquiera otras decisiones, discusiones y planes concernientes a todo este asunto.

Los ojos de Fenn relampaguearon. Aquello era demasiado bueno como para ser cierto. El cronista *autorizado* de los milagros de Banfield. Cualquier redactor jefe de periódico saltaría ante la posibilidad de obtener los derechos de publicar la historia por entregas, y cualquier editor daría su brazo derecho (o el brazo derecho de su director comercial) por los derechos para un libro. Tenía que haber alguna pega.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Creo que ya le respondí antes a esta pregunta, más o menos. La respuesta es simple: porque estuvo usted allí desde el comienzo. Tiene usted ya más conocimiento interno de este asunto que cualquier otra persona, aparte del clero. Y ellos, el padre Hagan y monseñor Delgard, ni siquiera estuvieron en ello desde el verdadero comienzo.

—¿Estarían conformes los sacerdotes?

—Ya he hablado del tema con el obispo Caines. Está interesado, aunque se muestra cauteloso.

—¡Ah!

—Es lo bastante práctico como para darse cuenta de que la historia se ha convertido casi en una exclusiva suya. Sin embargo, no está seguro del todo de que, para usar una expresión pasada de moda, sus «intenciones sean honestas».

—¿Lo son las de él?

—¿Perdón?

—No importa.

—Ésa es la razón por la que le invité a cenar con nosotros mañana por la noche.

—¿Estará el obispo Caines?

—Sí, junto con el padre Hagan y monseñor Delgard. Inicialmente, nuestra

reunión es para hablar sobre la fundación de un santuario en St. Joseph y el papel de Banfield en él. El obispo Caines insiste en que debería haber una total cooperación y comunicación entre el concejo municipal y la Iglesia.

—Eso es mover las cosas demasiado deprisa para ellos, ¿no? Creía que la Iglesia necesitaba años para permitir que se proclamara un santuario.

—Normalmente así sería. Pero, desgraciada o afortunadamente, según el punto de vista con que se mire, los peregrinos van a venir y nada los detendrá. El obispo quiere estar preparado. Oficialmente, la Iglesia no puede declarar a St. Joseph santuario, pero eso no impedirá que el público lo considere como tal.

—¿Saben los curas que yo he sido invitado?

—Sí, el obispo Caines se lo dijo.

—¿Y estuvieron de acuerdo?

—De mala gana. Supongo que se podría decir que el obispo no les dejó mucha elección. Espero que, después de todo esto, esté usted interesado, ¿no cree?

—¿Usted qué cree? ¿Dónde y cuándo?

—En mi hotel, a las 8,30.

—Allí estaré.

—Estupendo. Ahora, déjeme que le presente a algunas personas. Fenn se pasó los siguientes veinte minutos hablando con diversos «invitados», entre ellos, el miembro del Parlamento local *tory* —quien no era católico, pero sentía un profundo interés por todas las religiones—, algunos miembros del clero, cuyos títulos olvidó Fenn instantáneamente, unos cuantos miembros destacados de la comunidad local, la Reverenda Madre del convento y, lo más interesante de todo, el Delegado Apostólico en Gran Bretaña y Gibraltar. Fenn comprendió que aquel clérigo era el «mediador» oficial de la Iglesia católica entre la Gran Bretaña y el Vaticano. Un hombre tranquilo, sin pretensiones, que parecía auténticamente encantado de ser presentado a Fenn y que amablemente le condujo aparte para poder hacerle preguntas sobre los artículos que Fenn había escrito y los hechos que había contemplado personalmente. Pronto, el reportero empezó a sentirse como el entrevistado, pero le gustaba la manera franca que tenía el clérigo de hacer preguntas y la deferencia que mostraba ante las respuestas.

Cuando la audiencia hubo terminado —porque así fue como él se sintió—, Fenn se dio cuenta de que apenas había podido él hacer preguntas. Le había sorprendido el acento del sacerdote, y le proporcionó la respuesta una de las monjas de hábito gris que estaba revoloteando por la atestada habitación, ofreciendo más té o café a los reunidos: el Reverendísimo Padre Melsak era belga. Fenn aceptó un café de la hermana, y deseó haber rechazado la galleta de jengibre, que resistió todos los intentos de ser mordida. La dejó en un platillo, sus dientes dolidos después de la batalla, y sorbía su tibio café cuando una voz ronca dijo a sus espaldas:

—¡Hola!

Se volvió para enfrentarse con una mujer de pelo oscuro, que le sonreía; al menos

sus labios sonreían: sus ojos eran demasiado calculadores como para expresar mucha alegría.

—Shelbeck, del *Washington Post* —le dijo.

—Sí, alguien me la había señalado. ¿Cómo está Woodward?

—Redford estaba mejor.[7] Es usted Gerry Fenn, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

—Me gustó su artículo. Quizá podamos vernos más tarde, ¿no?

—Eso sería estupendo. ¿Para qué?

—¿Para comparar notas?

Su acento era del más puro Nueva York.

—Tengo más información que usted.

—Podría beneficiarse.

—¿Cómo?

—Financieramente, ¿de qué otro modo?

La sonrisa, finalmente, había asomado a sus ojos.

—De acuerdo…

El rumor de conversación se detuvo cuando fueron abiertas las puertas correderas que cubrían uno de los lados de la habitación. Al otro lado había una sala de paredes blancas y techo bajo. Fenn supuso que otrora había sido un garaje doble adosado a la casa, que las Hermanas de Nuestra Señora de Sión habían convertido en una pequeña capilla. El altar era simple: una mesa rectangular cubierta por inmaculado mantel blanco, sobre la que se alzaba un crucifijo. Delante de él, pequeños bancos, suficientes para acomodar a las monjas que vivían en el convento.

—Por favor, ocupen sus lugares —dijo el obispo Caines al selecto grupo—. La misa empezará dentro de un momento. Me temo que no hay bastante espacio para que todo el mundo se siente, aunque nuestras amables hermanas asistirán voluntariamente de pie al servicio, así que los periodistas varones, por favor, sitúense al final de la capilla.

La gente empezó a dirigirse a la otra habitación, y Shelbeck hizo un guiño a Fenn.

—Hablaremos después del espectáculo —susurró—. A propósito, me llamo Nancy.

Fenn observó cómo se abría camino hacia la capilla y ocupaba un asiento cerca del primer banco. Podía tener entre los treinta y los cuarenta años, aunque supuso que se aproximaba a lo segundo, digamos treinta y seis o treinta y siete. Llevaba un práctico traje gris de *tweed*, del tipo de las nativas de Nueva York y con el que consiguen parecer mujeres formales, aunque atractivas. Tenía figura esbelta, y, vista desde atrás, sus piernas eran bonitas —lo cual era la verdadera prueba para unas piernas—. A un examen apresurado, parecía abrasiva, frágil y algo más que un poquito astuta: el tipo de mujer que podía intimidar a las más fácilmente intimidables de las especies masculinas (que eran la mayoría). Podía resultar interesante.

—¿Podríamos disponer del primer banco para mí, la Reverenda Madre, Alice y

Mr. y Mrs. Pagett? —preguntó el obispo Caines, con una radiante sonrisa—. Monseñor Melsak, por favor, ¿quiere acompañamos en el banco?

El pequeño sacerdote belga hizo lo que le pedía, y el obispo dirigió su atención al resto de los reunidos.

—Alice vendrá ahora. El servicio será corto, y ella será la primera en tomar la comunión. ¿Puedo pedir a nuestros amigos de los medios de difusión que se abstengan de hacer preguntas a la niña cuando entre en la capilla? Les prometo que tendrán la oportunidad para ello tan pronto como haya concluido la misa. Sólo veinte minutos, por supuesto, pero deben ustedes recordar que la pequeña se halla bajo una considerable presión. —Intentó una sonrisa desarmante—. No necesito añadir que no se permitirán fotografías, y los miembros de la Prensa han sido invitados con esa condición. De manera que si alguno de ustedes llevan cámaras ocultas, por favor, manténganlas así… ocultas y sin usarlas.

Unas suaves risitas acompañaron esta última observación, y pudieron verse una o dos sonrisas embarazosas entre los hombres de la Prensa.

Pronto todo el mundo estuvo acomodado, y Fenn se situó de pie a un lado, en la parte de atrás. Podía ver por encima de los reunidos, porque se hallaba en lo alto de los tres escalones que conducían de la sala general a la capilla propiamente dicha. Le pareció que las puertas correderas podrían ser un buen lugar en el que apoyarse si el servicio no era tan breve como el obispo había anunciado. Había una atmósfera de expectación: la misma que reinaba en St. Joseph el domingo anterior. Las monjas se arrodillaron en torno a las paredes laterales, las cabezas inclinadas, los rosarios entrelazados en sus dedos. El político y algunos otros dignatarios parecían incómodos, no seguros de la ceremonia, ansiosos ante la posibilidad de ofender. Fenn captó una mirada de Nancy Shelbeck cuando ella volvió la cabeza para observar lo que la rodeaba y tomar nota de ello. Las conversaciones susurradas fueron desvaneciéndose, y los reunidos cayeron en un incómodo silencio.

Fenn se volvió cuando se abrió una puerta. Un hombre entró torpemente en la capilla, y Fenn reconoció inmediatamente en él a Len Pagett, el padre de Alice. Llevaba un traje que le sentaba mal y que, sin duda había conocido mejores tiempos; su reciente lavado y planchado le confería sólo una efímera elegancia. Miró con turbación la atestada capilla, y Fenn pudo observar resentimiento en sus ojos. Se apartó de la puerta, dejando ver la figurilla de Alice. Ésta emergió de la oscuridad del pasillo cual nerviosa y conejil criatura; estaba pálida y tenía los ojos muy abiertos mirando a un lado y a otro. Llevaba un vestido azul pálido, y su rubio cabello colgaba a un lado, sujeto con un lazo blanco. Su padre murmuró algo, y ella entró más deprisa en la capilla. Su mirada se dirigió inmediatamente a las anchas ventanas-patio que daban al jardín del convento, y Fenn advirtió que era como un animal enjaulado, anhelante de salir al exterior, lejos de la sofocante amabilidad de la cautividad.

Inmediatamente detrás iba Molly Pagett, con una insegura sonrisa, mientras apremiaba a Alice a que entrara en la capilla. La última en entrar fue una monja; se

volvió para cerrar la puerta, y luego se quedó con la espalda apoyada en ella como un guardián.

Todas las cabezas se volvieron cuando Alice se acercó a la escalinata; se detuvo un momento para abarcar el escenario que tenía ante ella. Parecía tener menos de once años, aunque se percibía un sutil cambio en sus rasgos, algo que, paradójicamente, la hacía parecer más mayor. Fenn no podía definir el cambio. Quizás estaba en sus ojos…

Alice se volvió hacia él como repentinamente consciente de que el periodista, en particular, la estaba observando. Por un breve momento, algo le hizo sentir a Fenn un escalofrío. Luego desapareció la sensación, y él se quedó mirando la cara de una niña pequeña, tímida. Sin embargo, algo persistía en él, y era una sensación que no lograba comprender.

Alice entró en la capilla cuando el obispo le hizo señas de que avanzara. Hizo la genuflexión ante el altar, y luego desapareció de la vista al sentarse entre sus padres en el banco delantero.

De nuevo se abrió la puerta detrás de Fenn, y la monja que estaba de guardia se apartó rápidamente a un lado cuando giraba el pomo. Entró el padre Hagan, vestido con las brillantes ropas de la misa, seguido de monseñor Delgard, que llevaba su acostumbrado hábito negro. El primer sacerdote llevaba un cáliz cubierto mientras cruzaba la sala en dirección a la capilla, con los ojos bajos. Monseñor Delgard hizo un breve gesto de reconocimiento a Fenn cuando pasaba por su lado.

Ambos curas se dirigieron al altar y se situaron detrás de él, de cara a los reunidos. Fenn supuso que monseñor Delgard estaba allí para ayudar al padre Hagan, en ausencia de monaguillos. Nuevamente, la expresión de Hagan inquietó a Fenn, porque el sacerdote parecía tremendamente cansado y enfermo. Dejó el cáliz en el altar e, incluso desde donde estaba Fenn, su inseguridad se puso de manifiesto. Aún inclinado sobre el altar, la atención del sacerdote se dirigía hacia alguien sentado en el primer banco. Fenn sabía que el padre Hagan estaba mirando fijamente a Alice Pagett.

El sacerdote quedó rígido durante unos segundos, luego pareció recordar en dónde estaba, y empezó la misa.

Fenn, a estas alturas se estaba acostumbrando a la misa, y se sintió aliviado al ver que iba a ser un servicio realmente breve. Pero, a pesar de todo, pronto sus ojos comenzaron a vagar alrededor, absolutamente indiferente al servicio en sí. La luz del día, gris y deprimente en aquella mañana, inundaba la pequeña capilla a través de una ancha claraboya del techo, probablemente construida cuando el garaje fue transformado. Las paredes eran todavía de tosco ladrillo, aunque pintadas de blanco resplandeciente, y el suelo estaba enmoquetado. No había ventanas; sólo una pesada puerta, cerrada, que daba al patio. Los ¡Feligreses, encabezados por las monjas y los clérigos invitados, respondían a las entonaciones del sacerdote, y Fenn trató de seguir el ritual en el misal que le tendió la misma hermana que le había servido el café.

Perdió la pista varias veces, y finalmente renunció. Le resultaba difícil comprender qué atractivo podía encerrar semejante ritual semanal para una persona como Sue, que era una mujer juiciosa, sensata y capaz. También era bastante inteligente, ciertamente no la tonta del grupo. Así que, ¿cómo había quedado involucrada en todo aquello?

Algo captó su atención. Un repentino movimiento arriba. Miró hacia la claraboya y sonrió. La sombra de un gato moviéndose se translucía a través del inclinado cristal esmerilado. El animal se detuvo, y la fantasmal cabeza se agrandó cuando el gato trató de atisbar a través del borroso vidrio. Descansó sus patas delanteras contra el cristal, moviendo la cabeza de un lado para otro, como si se sintiera frustrado. Su cuerpo pareció volverse rígido, luego se relajó en la pendiente y se sentó; sólo era visible la parte superior de su cuerpo.

Fenn y los demás reporteros se arrodillaban cuando lo hacía el resto de los reunidos, adoptaban una actitud más atenta cuando los que estaban sentados se ponían de pie y, en general, respondían al servicio de una manera superficial. Fenn se dio cuenta de que aquello se hacía, más que por reverencia, por respeto a las dulces monjas, que podrían perturbarse si no se hacían los correctos movimientos. Una tenue llamada de la campanilla, y las cabezas se inclinaron. Fenn, sintiendo incomodidad, vio que aquél era el momento de la comunión. Se permitió ponerse de pie, convencido de que nadie se daría cuenta de ello en aquel momento crucial. El silencio era desconcertante. En una iglesia, los ruidos de fondo y los discretos movimientos y susurros de cuerpos inquietos —niños que lloriqueaban y toses ahogadas— bastaban para combatir cualquier silencio, pero en aquella capillita, ni siquiera podía ocultarse el rumor de un estómago que roncara.

El padre Hagan permanecía de pie ante el altar, con el cáliz y la hostia de la comunión en su mano. Sus ojos estaban casi cerrados.

Fenn vio cómo el obispo Caines se inclinaba y susurraba algo a Alice. Por un momento, la niña no se movió, y él tuvo que susurrar nuevamente algo más. La pequeña permanecía allí de pie, con su brillante pelo amarillo, y con el blanco lacito como una mariposa que hubiera anidado en el trigal. Parecía frágil, demasiado pequeña, y Fenn descubrió que sentía una profunda preocupación por ella. Aquella criaturita había pasado por muchas cosas, y se preguntó cómo había logrado conservar la calma. Alice seguía mirando al cura, pero no se movía.

Su madre le tocó en el brazo, pero Alice no la miró. Finalmente, fue la Reverenda Madre la que se levantó y condujo a Alice al padre Hagan. El sacerdote miró a la pequeña, y sus ojos se ensancharon. Su mano temblaba visiblemente cuando le tendió la hostia.

Fenn frunció el ceño, consciente de la tensión que sufría el sacerdote. «¡Dios mío —pensó—, está asustado! Algo le atemoriza absurdamente.»

La cabeza de Alice se inclinó ligeramente hacia atrás, como si ofreciera su lengua a la hostia de la comunión. El sacerdote titubeó, y luego pareció resolver algo en su

propia mente. Puso la hostia en la lengua de Alice.

La cabeza de la niña se inclinó, y por un momento ambos, ella y el sacerdote, permanecieron inmóviles.

Luego el cuerpecito de la niña empezó a estremecerse. Cayó de rodillas y emitió un sonido de náuseas. El vómito se esparció por el suelo. A los pies del sacerdote. Sobre sus blancas ropas.

VEINTE

Luego se sacó una varilla mágica de plata
y dio tres vueltas sobre sí misma;
murmuró extrañas palabras, hasta que mi fuerza desapareció,
y caí al suelo sin sentido.

Anón
ALLISON GROSS

—Padre, apenas ha probado la sopa. ¿No está buena?

El cura levantó la mirada, sorprendido.

—¿Eh? Sí, desde luego que sí. Pero me temo que no tengo mucha hambre. Southworth pareció aliviado.

El obispo Caines rió jovialmente.

—Yo diría que se está usted consumiendo a ojos vistas, Andrew. Vamos, hombre, debe usted comer, especialmente si tiene que presentar batalla durante los próximos meses.

El padre Hagan cogió su cuchara una vez más y la hundió en la sopa de champiñones, con un movimiento lento y distraído. El obispo Caines y monseñor Delgard intercambiaron miradas preocupadas.

—¿Se encuentra usted enfermo todavía? —preguntó Delgard con calma.

Los demás comensales observaban al sacerdote con interés. El deterioro de la salud de aquel hombre se había intensificado durante las últimas semanas, pero el cambio producido aquella noche era más espectacular.

El padre Hagan sorbió un poco de sopa.

—Es sólo un resfriado, creo —dijo, sin mucho convencimiento.

—¿Quiere que le acompañe a casa?

—No. Nuestra discusión de esta noche es importante.

El obispo Caines se frotó los labios con una servilleta.

—No lo bastante importante como para impedir que se acueste usted en una cama caliente. Estoy seguro de que ahí es donde estaría usted mejor, Andrew.

—Me gustaría quedarme.

—Sea. Pero insisto en que vea a un médico mañana sin falta.

—No es necesario…

—Sin falta —repitió el obispo.

El padre Hagan asintió con la cabeza, y luego soltó la cuchara. Se recostó en su silla, sintiéndose extrañamente despegado de su entorno. De vez en cuando era como si contemplara la escena por la parte inadecuada del telescopio. Incluso la conversación le parecía distante.

Miró al reportero sentado en el lado opuesto de la mesa, entre el hotelero y el

obispo Caines, y nuevamente se hizo la silenciosa pregunta: ¿Por qué habían mezclado a aquel hombre? Fenn no era católico, ni parecía sentir ninguna simpatía por la religión católica. Objetividad, había dicho el obispo Caines. Necesitaba a alguien como Fenn, un agnóstico, para que escribiera objetivamente sobre los milagros de Banfield, alguien sin tendencia, que ofrezca más credibilidad precisamente por ello. Informaría de los hechos sin contaminar, y, a fin de cuentas, eso era todo lo que se necesitaba aquí, porque los hechos, por sí solos, serían convincentes y quizá convertirían.

¿Le escucharía el joven reportero? ¿Querría oírle? ¿Y qué podía él, Hagan, decirle realmente? ¿Que tenía miedo? ¿Miedo de una niña? ¿Miedo de…? ¿Qué? De nada. No había nada de qué tener miedo. Nada en absoluto.

—…Alice es admirable —dijo el obispo Caines—. Me temo que la excitación de ayer fue demasiado para ella. Su propio médico le hizo un reconocimiento, y dijo que no había nada de qué preocuparse. Tenía un poco de temperatura, pero eso era todo. Unos días de paz y tranquilidad es todo lo que necesita.

—Me alegra oírlo —intervino Southworth—. Nos tuvo a todos preocupados ayer. Por suerte, aquello no ocurrió en St. Joseph, a la vista de las multitudes. Muy juicioso por su parte —si me permite decirlo, obispo—, mantener a la niña en el convento.

—Sí, por más que comprendo la necesidad que tiene la gente de ver a Alice, debe tenerse en cuenta lo que más le conviene a ella.

—¿Significa eso que no la dejarán volver a la iglesia durante algún tiempo? —preguntó Fenn.

—¡Oh, no, no! Sería absolutamente equivocado mantener a Alice lejos de su amada iglesia de St. Joseph. Ha pasado en la iglesia toda su joven vida, Mr. Fenn; es como un segundo hogar para ella. En realidad, podría decirse que prácticamente nació allí.

—¿Quiere decir que fue bautizada…

—Creo que sería conveniente mantener a Alice apartada permanentemente de St. Joseph.

La interrupción sorprendió a todos los que estaban sentados a la mesa. El obispo Caines estudió a su cura párroco con evidente impaciencia.

—Vamos, Andrew, sabe usted que eso sería imposible. La Reverenda Madre me dijo que encontró a la niña llorando en su habitación porque echa mucho de menos la iglesia. No podemos tenerla siempre bajo llave. —Echó una rápida mirada a Fenn—. Y no es que la tengamos bajo llave, comprenda. Alice es libre de marcharse en cualquier momento en que sus padres lo deseen.

—Pero ella quiere irse —dijo Fenn.

—Por supuesto, no es divertido para una niña estar encerrada en un convento, Mr. Fenn. Naturalmente, a ella le gustaría ver a sus amigos, jugar con ellos, dedicarse a las actividades usuales que los niños llevan a cabo. Y lo hará, antes de que transcurra mucho tiempo.

—No la dejen volver a la iglesia. Todavía no.

—Andrew, no puedo comprender su actitud en esta cuestión. —La voz del obispo ya no sonaba tan afable, aunque seguía hablando con suavidad—. Díganos lo que le preocupa de esta niña.

Fenn se inclinó hacia delante, los codos sobre la mesa, interesado en la respuesta del cura.

El padre Hagan dirigió una mirada insegura a los invitados a la cena.

—Yo… no estoy seguro… Sólo que… no…

—Vamos, padre —insistió el obispo Caines—. Creo que ya es hora de que comparta usted con nosotros su mala disposición a aceptar estos más bien maravillosos hechos. No se preocupe por Mr. Fenn… no tenemos secretos para la Prensa. Si tiene usted dudas, por favor, expóngalas para que puedan ser discutidas.

La puerta se abrió, y el jefe de camareros entró discretamente en la habitación. Rápidamente echó una mirada a la mesa, y luego hizo un gesto de asentimiento a alguien que estaba al otro lado de la puerta. Una camarera entró apresuradamente y empezó a recoger los platos sucios.

—¡Oh, lo siento, padre! —exclamó, cuando iba a coger el plato del sacerdote.

—Está bien. He terminado.

Retiraron el plato. Nadie habló hasta que la camarera hubo salido y el jefe de camareros cerrado la puerta, lo cual cortó bruscamente el rumor que llegaba del restaurante público y el bar de abajo. Southworth había considerado juicioso celebrar la cena en una sala de banquetes privada del primer piso, aparte de los demás huéspedes del hotel, que aquella semana eran principalmente periodistas visitantes.

—¿Andrew? —apremió el obispo.

—Es difícil, señor obispo —replicó el sacerdote en voz baja.

—¿Perdón?

—He dicho que es difícil. Difícil expresar la sensación con palabras.

—Inténtelo —dijo con amabilidad.

—Algo… algo va mal. No sé decir qué es, pero algo va mal. La iglesia… St. Joseph… de algún modo parece… vacía.

—¿Vacía? No entiendo.

—Creo que sé lo que quiere decir el padre Hagan —intervino monseñor Delgard. Todos los ojos se volvieron hacia él—. A mí también me ha preocupado la atmósfera que hay en St. Joseph estos días, y me parece que comprendo lo que el padre Hagan trata de decir.

—Entonces, quizá nos ilustre —dijo el obispo Caines.

—Me parece que la iglesia ha sido vaciada espiritualmente.

—Me sorprende mucho en usted, monseñor Delgard —replicó fríamente el obispo—. Esa observación podría ser considerada como sacrílega. La casa de Dios no puede estar espiritualmente vacía; es imposible, es contrario a todas nuestras creencias sostener semejante punto de vista.

—Una iglesia no es más que un edificio hecho de piedra, obispo —replicó el monseñor con calma.

El obispo Caines enrojeció, y Fenn ocultó su sonrisa detrás de su vaso de vino.

—Sería mejor que limitáramos nuestra discusión esta noche a los aspectos, bueno… más materiales de la situación —cortó Southworth—. ¿No le parece, Gerry?

—Bien, no. Yo…

—Sí, tiene usted toda la razón —respondió el obispo Caines, que no deseaba entablar una discusión teológica delante del reportero, que fácilmente podía interpretarlo todo mal—. Podemos hablar de eso más tarde.

Miró significativamente a los dos clérigos.

—Como usted desee —respondió Delgard rígidamente.

El padre Hagan abrió la boca para hablar, pero al ver la firme expresión en la cara de su obispo, se contuvo.

Fenn estaba decepcionado.

Southworth no permitió ningún respiro.

—Estoy seguro de que los medios de difusión desean una cosa, señor obispo: una declaración sobre la salud de Alice en este preciso momento…

—¿No se lo he dicho ya?

El obispo seguía aún mirando a sus dos sacerdotes, pero se volvió para brindar una amable sonrisa a Southworth.

—Sí, pero yo me refiero a su estado de salud en general. Lo de ayer fue una excepción.

—Sí, eso fue. Una culminación de acontecimientos, si lo prefieren. Tenían que afectar a la niña más tarde o más temprano. Monseñor posee la última información sobre el equipo médico.

—Un informe médico es algo generalmente privado para la persona —replicó Delgard. Señaló hacia Fenn—: ¿Por qué vamos a permitir que lo publique la Prensa?

—Tenemos un trato con Mr. Fenn —observó Southworth.

Fenn le miró con sorpresa.

—Espere un momento. El único trato que tenemos es que yo escribiré la verdad. —Y añadió—: Bueno, tal como yo la veo.

—Naturalmente, Mr. Fenn —le aseguró el obispo Caines—. No esperábamos otra cosa. Sin embargo, también podríamos esperar… bueno… discreto periodismo.

—¡Oh, puedo ser discreto! Lo que pasa es que no puedo guardar los secretos.

Captó la mirada que se intercambiaron el obispo y Southworth.

—De acuerdo —admitió—. Comprendo su dilema. Ustedes quieren que la historia se cuente sin adornos, sin exageración y con veracidad. Está bien, eso es lo que yo quiero también. Por otra parte, ustedes quieren que se respete la intimidad personal, y que sea suavizada cualquier cosa que pueda producir vergüenza o embarazo, cuando no suprimida del todo. —Hizo una pausa para tomar aire—. Estoy de acuerdo con ustedes en el primer punto. Nada de exageración, nada de

explotación. En cuanto a la intimidad personal, me temo que ésta saltó por la ventana cuando Alice tuvo su primera visión. Y no sólo para ella. También para ustedes. Y para todo Banfield. Y en cuanto al tercer punto —revelar algo que pudiera causar vergüenza—… bueno… tendrán ustedes que confiar en mí.

—No estoy seguro de que eso sea suficiente —dijo el obispo.

—Tendrá que serlo —sonrió Fenn—. Mire, sé que el padre de Alice es un empedernido borracho, pero en esta fase no creo que sea esencial para la historia. No es exactamente un secreto de Estado, pero no tengo intención de publicarlo. Discreción, ¿no?

—Sí, Mr. Fenn, pero esto no es demasiada concesión por su parte.

—Cierto. Pero es cuanto puedo ofrecer.

Fue Southworth el que salvó la situación.

—¿Por qué no confiamos en aquel viejo recurso periodístico, «la información confidencial»? De esta manera podría usted conocer la situación en conjunto, pero profesionalmente se comprometería a mantener en reserva algunos aspectos de ella.

«Bueno, o eso, o ser borrado del todo», se dijo Fenn.

—De acuerdo, mientras no haya demasiadas «informaciones confidenciales» —dijo.

—¿De acuerdo, señor obispo? —preguntó Southworth.

El obispo Caines estaba pensativo.

—Comprenda usted, Mr. Fenn. La Iglesia no quiere ocultar nada. La Iglesia no trabaja así.

«¿Ah, no? —se dijo Fenn—. Haga que el Papa cuente al mundo el tercer secreto de Fátima. O ponga al descubierto todos los bienes financieros de la Iglesia, exactamente cuántas compañías y propiedades posee. Y cualesquiera otras cuestiones de interés mundial que la Iglesia católica está guardando para sí misma.»

—Sólo queremos que se escriba la verdad —continuó el obispo Caines—, pero no deseamos que nadie sufra daño por ello. Si entiende usted nuestro punto de vista, estoy convencido de que no habrá problemas entre nosotros. Sin duda hay muchos otros periodistas que estarían encantados de comprenderlo.

«Tú, viejo bastardo astuto. Sabes que no puedo negarme.»

—De acuerdo. Pero con una salvedad: si realmente creo que ustedes retienen algo que debe saberse, quiero decir, si pienso que es moralmente incorrecto no publicarlo, entonces seguiré adelante y lo haré.

—¿Sugiere usted que podemos mentir?

—En absoluto. Pero ustedes podrían desear retener información que no convenga a la imagen de la Iglesia.

—Entonces dejaremos que sea usted nuestra conciencia, Mr. Fenn.

—Conforme.

Southworth suspiró con alivio cuando el obispo Caines y el reportero se relajaron en sus sillas.

—Iba usted a contarnos los hallazgos del equipo médico hasta el momento —apremió a monseñor Delgard.

—Su informe es muy detallado y sumamente técnico en algunas partes, así que trataré de desglosarlo tan concisa y sencillamente como me sea posible. Si quiere usted el texto completo, Mr. Fenn, puedo conseguir una copia para usted. —Sorbió un poco de vino, y luego dejó el vaso a un lado—. Hablemos primero de los detalles de la anterior enfermedad de Alice. No se produjo ningún cambio físico en los órganos de sus oídos y garganta, lo cual corrobora la opinión, largo tiempo sostenida, de que su defecto no tenía orígenes fisiológicos. Nunca existió daño apreciable en los nervios auditivos, ningún trastorno aparente de los osículos, la cóclea o el tímpano. Pudo haber existido alguna infección debido a la enfermedad que sufrió hace siete años, pero ciertamente no había signos de que ésta hubiera subsistido. No ha habido endurecimiento o formación de huesos en el oído interno, ni inflamación de las membranas. La mastoiditis y la otitis media —perdón, eso significa infección del oído— han sido descartadas hace mucho tiempo. En cuanto a las cuerdas vocales, no hubo daño o enfermedad que afectara al nervio laríngeo. Esta enfermedad se consideró siempre como un resultado de la histeria.

—¿Dice usted que Alice tuvo sólo histeria todos esos años? —preguntó Fenn con incredulidad.

—No es tan sencillo ni tan insólito como su tono da a entender. Pudo haber habido otras infecciones que no fueron detectadas por su médico de cabecera cuando Alice sufrió paperas a los cuatro años de edad, infecciones que podían haber sido la causa de su estado. El doctor lo consideró una enfermedad infantil corriente, y no hizo una examen más profundo en su primera fase. Las pruebas vinieron más tarde, cuando se pusieron de manifiesto las desastrosas consecuencias. Yo añadiría que en el informe médico no se hace ninguna crítica encubierta al médico de cabecera. De momento nos movemos en el terreno de la pura conjetura.

—¿Ha visto el informe el médico de cabecera? —preguntó Fenn.

—No. Y, por supuesto, él negaría rotundamente cualquier sugerencia de negligencia por su parte. Pero no me gustaría que sacara usted ninguna conclusión apresurada; de momento, esto es teoría, sólo un intento de buscar motivos.

—¿Podría recordarle nuestra discusión de hace unos momentos? —dijo el obispo Caines, mirando directamente al reportero—. «Discreción» fue la palabra clave, creo.

—No se preocupe. No tengo intención de meterme en un pleito con un ofendido médico de cabecera sobre algo que no podría ser demostrado después de todos estos años. De todas maneras, el equipo médico podría estar del todo equivocado.

—Sí, muy bien podría ser así —reconoció monseñor Delgard—. Sin embargo, el punto que tratan de establecer es que la incapacidad de oír y hablar por parte de Alice era algo psicológicamente sostenido por su propia mente. Cuanto más miedo tenía de su enfermedad, más fuerte era su bloqueo mental. Los registros médicos están llenos de historias similares: los temores crecen y se convierten en fobias; las fobias, en

síntomas físicos. La mente subconsciente tiene su propia lógica peculiar. Hizo falta un *shock* completamente distinto para que se rompiera el bloqueo mental que Alice se había impuesto a sí misma. La visión —fuera imaginaria o real— liberó a Alice de su autoprovocada enfermedad.

—¿Está usted diciendo categóricamente, entonces, que no hubo ninguna curación milagrosa en el caso de Alice? —preguntó Fenn.

—Después de siete años de silencio, puede hablar y oír. Si su incapacidad se debía o no a un trastorno mental o físico, el resultado es el mismo…

…la iglesia… la iglesia… todo lo que le ocurrió a Alice estaba centrado en torno a la iglesia…

El padre Hagan se pasó las manos por las sienes, frotando suavemente, para aminorar el malestar. Las voces sonaban otra vez lejanas, como huecas, igual que si todos estuvieran en una vasta caverna y los que hablaban se hallaran en el otro extremo. O como si estuvieran en una iglesia… una vasta y oscura iglesia. Empezaba a odiar… a la iglesia.

—¡No! ¡La iglesia era la casa de Dios! ¡Nadie puede odiarla! Especialmente un sacerdote…

—¿…salud general? —Hablaba el obispo Caines—. ¿Cómo está la niña?

—Puede resumirse de manera muy simple y sin emplear ninguna jerga médica —replicó Delgard—. Alice es una niña perfectamente normal y saludable. Un poco cansada quizás, y algo retraída, pero eso era de esperar después de lo que ha pasado. Sin embargo, hay una pequeña anormalidad, algo que tiene desde que era un bebé, según su propio médico.

Fenn, con su vaso de vino a medio camino de la mesa a sus labios, preguntó:

—¿Qué es?

Delgard vaciló, mirando cautelosamente al reportero.

—Esto tiene que ser mantenido confidencialmente. No es muy importante, pero podría provocar en la niña cierta vergüenza personal. Le prometo que nada tiene que ver con las curaciones.

Fenn consideró la situación no más de un segundo:

—No quisiera herir a la pequeña.

—Muy bien. Alice tiene un pequeño abultamiento en el cuerpo. En el lado izquierdo del torso, unos milímetros más abajo del corazón.

—¿Un abultamiento? ¡Buen Dios…! —empezó a decir el obispo Caines.

—No se preocupen, no es nada serio —les tranquilizó Delgard—. Es lo que se conoce como «pezón supernumerario».

…Pezón supernumerario… un tercer pezón… él sabía algo de eso… había leído algo en alguna parte… ¡Oh, Dios!, ¿qué era?

—Nada en absoluto de lo que preocuparse. Ha aumentado un poco de tamaño desde que su médico la examinó por última vez, pero su cuerpo se desarrolla normalmente. No hay razón para creer que se haga más grande. —Monseñor Delgard

sorbió un poco de vino una vez más—. Y ahí lo tienen. Alice parece hallarse en perfecto estado de salud, si exceptuamos este pequeño… defecto.

—Son muy buenas noticias, en verdad —afirmó el obispo Caines—. Gracias por su lúcido informe, monseñor. ¿Tiene usted preguntas que hacer, Mr. Fenn?

En aquel momento se abrió la puerta, y dos camareras entraron con platos llenos.

—¡Ah, nuestro plato principal! —exclamó Southworth—. El hotel está más bien lleno hoy, caballeros; de ahí el ligero retraso. Un anticipo de los meses venideros, me parece —añadió, radiante de felicidad.

Y esperemos que también de años venideros, pensó.

La conversación se desvió hacia temas generales mientras se servía la comida, y Fenn se sorprendió contemplando los atormentados ojos del padre Hagan. El sacerdote advirtió su mirada, y Fenn quedó confundido. Era evidente que el cura estaba enfermo: se notaba un ligero brillo de sudoración en su desencajada cara, los ojos tenían una expresión triste y sombría, y había algo quebradizo en el movimiento de sus largos y delicados dedos. El obispo Caines debería ordenar a aquel hombre que se tomara un descanso. ¿Cómo lo llamaban ellos? Un retiro. Aquello era lo que necesitaba: una completa separación de todo. Y las cosas iban a empeorar en cuanto la máquina publicitaria se pusiera en marcha. *Ése* —algo que había sabido por Southworth al hablar con él a primera hora de la tarde— iba a ser uno de los puntos de la agenda. Fenn sonrió ante los medallones de ternera en salsa de hierbas que tenía ante él, y sorbió un poco de vino mientras esperaba que le sirvieran las verduras.

Escuchó a Southworth mientras éste sacaba prudentemente a colación el tema de la publicidad.

—Estoy seguro de que a estas alturas, señor obispo, habrá advertido que aquí tenemos una situación de la cual se esforzarán por sacar dinero empresarios privados de todo el mundo. Realmente creo que ya es hora de que consideremos seriamente la posibilidad de poner en marcha una máquina publicitaria oficial para dirigir…

—…algo prematuro…

—…no, en absoluto. Debemos proyectar…

—…Lourdes no es el ejemplo más adecuado para seguir, George…

…No puedo comer. El obispo no debería haber insistido…

—…alquilado para la visita papal a Inglaterra en el ochenta y dos.

—…pero ¡Dios mío!, esa organización se llevó algo así como el veinte por ciento de los beneficios…

—…vale cada penique…

…cada noche, van empeorando las sensaciones… incluso con el monseñor presente… la sensación de estar solo… vacío… ¡aunque hay algo allí!

—…estatuas, camisetas, anotaciones de los servicios.

—Andrew, debería usted tratar de comer. Le hará bien.

—¿Qué? Sí, señor obispo.

—El entrecot a la Roquefort es una de las especialidades del chef, padre. Estoy

seguro de que le gustará.

—Desde luego…

—…no podemos ser considerados…

—…comprendo sus sentimientos, obispo, pero la Iglesia tiene que mantener una postura astuta en el mundo del comercio… como hizo siempre en el pasado…

…sus ojos… ¿por qué me miraba de aquella manera…? ¿Por qué la hostia le resultaba inaceptable…?

—…hallazgos del Instituto para las Obras de Religión, el propio Vaticano, señor obispo…

—…no creo…

—…el Banco mismo… Estoy seguro de que aceptarán una modesta garantía de la Iglesia católica romana… hablado ya con el director… miembro del concejo municipal…

…carne… sin sabor… debo comer, el obispo dice que debo comer… sus ojos… ella sabía… ¿qué están diciendo…? Tengo que detenerles…

—…diseñar un centro de mesa, algo parecido a lo que se hizo para la visita papal al Phoenix Park de Irlanda… asombrosa simplicidad…

…no puedo tragar… la carne… no puedo tragarla… ¡Oh, Dios mío…! está creciendo… la carne se está agrandando… en… mi…

—¡Padre!

Delgard se levantó de su asiento, derribando hacia atrás la silla, que golpeó contra el suelo. Alargó la mano hacia el sacerdote, alarmado ante el color rojoazulado de la cara del hombre, que, en su asfixia, dejó escapar una jadeante respiración.

Fenn corrió al otro lado de la mesa.

—¡Se está asfixiando! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, se está asfixiando con algo!

…llenándome… no puedo respirar… creciendo… creciendo…

El padre Hagan se retorció en su silla, tratando de abrirse la garganta con las manos. Intentó hablar, gritar, pero sus palabras quedaron bloqueadas por la carne que se expandía en su esófago. Cayó hacia delante en la mesa, volcando el vaso; los cubiertos saltaron con el golpe. El plato se estrelló contra el suelo mientras la parte superior del cuerpo del cura se enderezaba y caía hacia atrás en su silla. Un angustioso sonido jadeante salía de su garganta al tratar de aspirar aire.

—¡Es un ataque cardíaco! —gritó el obispo Caines—. Su corazón está débil. ¡Rápido, debe de llevar encima sus píldoras!

—¡No, se está ahogando! —insistió Fenn—. Empújele para delante, de manera que pueda llegar a su espalda.

Delgard sujetó al sacerdote que se retorcía, y Fenn golpeó al sacerdote con el puño entre los omóplatos. El padre Hagan se sacudió ante el golpe. Pero sólo un sonido de náuseas salió de él. Fenn le golpeó de nuevo.

—¡No sirve de nada, no cambia! —dijo Delgard.

—Pediré una ambulancia.

Southworth salió corriendo de la habitación, contento de librarse de presenciar la agonía del cura.

—¡Es un ataque de corazón, se lo digo yo! —insistió el obispo Caines.

—De acuerdo, echémoslo hacia atrás y mantengámosle la boca abierta. —Fenn cogió al sacerdote por la frente y le obligó a echarse hacia atrás en la silla. Monseñor Delgard le puso una mano bajo la barbilla y le hizo abrir la boca. El sacerdote trató de girar la cabeza; se hicieron insoportables el dolor y el ansia de aire en sus asfixiados pulmones.

Fenn miró en la profundidad de su garganta.

—¡Hay algo ahí, puedo verlo!

Metió los dedos en la boca del cura, hundiéndolos profundamente, con la esperanza de agarrar el objeto que veía. Necesitó toda su fuerza y la del monseñor Delgard para impedir que el padre Hagan cayera al suelo.

—¡Puedo tocarlo! ¡Sí, puedo tocarlo!

…socorro… no puedo respirar… socorro, Dios mío… ojos, sus ojos…

Los músculos de su garganta se agitaban espasmódicamente, pero el trozo de carne seguía sin moverse. En vez de ello, iba hundiéndose más profundamente. Y se hacía más grande a medida que se hundía.

El cuerpo de Hagan se arqueó en un paroxismo de dolor y asfixia. Cayó al suelo, arrastrando con él a los dos hombres que luchaban por salvarle la vida.

—¡Bájele la cabeza! Quizá pueda sacarlo así.

…es inútil… era demasiado tarde… ¡Oh, Dios, qué dolor… en mi pecho… en mis brazos…! ¡Oh, Jesús, debería decírseles…!

—¡Lo he cogido, lo he cogido! Sujételo, puedo…

El sacerdote gritó, y el sonido fue sólo un gorgoteo de agonía, un sofocado grito de miedo mortal. Su cuerpo se agitó salvajemente, su cara tomó una coloración azulada…

…en Tus manos…

…sus ojos reflejaron el miedo de la próxima muerte…

…encomiendo…

…el ruido de su garganta era continuo, un sonido húmedo, metálico…

…mi espíritu…

el sonido murió sólo unos segundos antes de que él muriera…

…perdóname…

VEINTIUNO

¿Y brilló la Faz Divina sobre
nuestras colinas nubladas?
¿Y fue Jerusalén construida aquí,
entre estos oscuros Molinos Satánicos?

Jerusalén
WILLIAM BLAKE

Hacía frío. Un condenado frío que helaba las entrañas.

Fenn cerró la portezuela del coche y se subió el cuello del abrigo. El vapor de la boca empañó la ventanilla cuando se inclinó para insertar la llave en la cerradura. Se enderezó y se dirigió a la iglesia.

Por una vez, la entrada de los terrenos estaba libre de hombres de la Prensa. Probablemente el funeral del día anterior había saciado su apetito durante algún tiempo.

Se encaminó dificultosamente hacia la puerta; el arcén de tierra estaba duro y quebradizo, la hierba pisoteada desde hacía mucho tiempo. Surcos desiguales crujieron bajo sus botas. Una figura solitaria le observaba con cautela mientras se acercaba.

—Fría mañana —comentó Fenn.

El hombre asintió con la cabeza.

—Soy Fenn, del *Brighton Evening Courier* —anunció el reportero cuando llegó a la puerta.

—Le conozco —replicó el hombre, un ayudante voluntario de St. Joseph—, pero sería mejor que me enseñara su carné de Prensa.

Fenn hurgó en su cartera, los dedos ya rígidos debido al frío. La abrió y sacó su carné de identidad. El hombre gruñó, satisfecho. —Vengo a ver a monseñor Delgard.

El hombre abrió la puerta.

—Sí, ya dejó aviso.

Fenn cruzó el umbral.

—No hay mucha gente esta mañana.

El hombre cerró cuidadosamente la puerta, y luego miró al periodista.

—Ya aparecerán más tarde. La mayoría está ahora en el convento.

Se sacó un pañuelo y se sonó.

—Acabo de pasar por él. Hay poca gente allí.

—Supongo que se hartaron ayer. ¡Sanguijuelas!

Contempló a Fenn, y en su mirada no había ninguna excusa.

—¿Conocía usted bien al padre Hagan? —preguntó el reportero, ignorando el desaire.

—Era un buen hombre. Un hombre bueno, e infatigable trabajador. Le echaremos de menos.

Fenn avanzó, dejando al hombre que movía la cabeza y se sonaba.

Se dirigió a la casa; abrió la puerta un joven sacerdote, alguien a quien el reportero no había visto anteriormente. Había algunos de ellos ahora en St. Joseph, haciendo de oficinistas, secretarios… controladores de la multitud.

El sacerdote sonrió y dijo con un suave acento irlandés:

—¿Mr. Fenn? ¡Ah, sí, monseñor Delgard está en la iglesia! ¿Quiere que vaya a buscarle?

—No hace falta, iré yo.

Fenn se volvió, y el sacerdote le observó unos momentos mientras se encaminaba hacia St. Joseph, antes de cerrar suavemente la puerta.

El periodista se estremeció. Se estaba levantando una ligera neblina, que cubría el viejo edificio y se arremolinaba en torno a las esparcidas lápidas manchadas de verde. Sabía que la tumba recién excavada estaba al otro lado, en un lugar retirado del cementerio, cerca de la pared fronteriza, y no sentía el menor deseo de verla. El ver cómo bajaban el ataúd del padre Hagan a su frío hoyo le había trastornado tanto como cuando sus padres —que murieron con unas semanas de diferencia, uno, de cáncer, y el otro, al igual que el sacerdote, del corazón—, fueron enterrados. Era como si la envoltura de tierra fuera realmente la final e irrevocable consumación de la vida, y el momento mismo de la muerte, sólo la primera fase. Había conocido a otras personas muertas prematuramente (¿no era siempre prematura la muerte, incluso entre las personas de edad? No eran muchos los que llegaban a ella realmente dispuestos), pero ninguna le había afectado de aquella manera. Eso había sido comprensible con su padre y su madre, porque ambos habían muerto cuando él era todavía un adolescente, y su mutuo afecto padres/hijo no había tenido tiempo de agriarse; pero el cura había sido casi un extraño, incluso parecía no gustarle a Fenn. Quizás era porque había intentado —y fracasado— salvar la vida del sacerdote, por lo que sentía con tanta intensidad aquella pérdida. Pero, de todas maneras, poco era lo que podía haber hecho, porque la autopsia reveló que Hagan había muerto de un ataque al corazón; la carne que tragó tal vez fue lo que inició el pánico del cura, pero difícilmente era lo bastante grande como para asfixiarle. Así que, ¿por qué el sentimiento de pérdida se mezclaba con otro de culpabilidad? Era una pregunta para la que Fenn no tenía respuesta.

Las puertas de la iglesia estaban cerradas, y Fenn hizo girar el pesado anillo de metal negro para abrir una de las hojas. Fuera hacía un frío glacial, pero dentro de la iglesia el frío tenía un carácter especial. Cerró la puerta y se dirigió al altar, hacia la figura de negro sentada cerca del primer banco.

Monseñor Delgard no se volvió al acercarse el periodista; contemplaba la vidriera situada encima del altar, aunque dirigía la mirada realmente hacia dentro.

Fenn se sentó cerca del sacerdote.

—¿Monseñor Delgard?

El sacerdote siguió mirando fijamente.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, y las palabras no iban dirigidas al reportero.

—Lo siento, ¿qué ha dicho?

El sacerdote parpadeó y dijo:

—No comprendo lo que está sucediendo en esta iglesia, Mr. Fenn. No comprendo por qué murió el padre Hagan y por qué tenía tanto miedo.

—¿Tenía miedo?

—¡Oh, sí! Estaba mortalmente asustado.

—Estaba enfermo.

—Sí, estaba enfermo. Pero había algo más. Algo le arrancó su fuerza.

—No lo entiendo.

El cura suspiró y bajó la cara. Se volvió hacia el reportero.

—¿Cree usted en Dios, Mr. Fenn? —preguntó.

Fenn fue cogido de improviso por la pregunta, y se sintió algo incómodo por ella. —Creo que sí, no estoy seguro. Imagino que no he pensado bastante en ello.

—Todo el mundo piensa bastante en ello, Mr. Fenn. ¿Tiene usted miedo de ofenderme porque soy sacerdote?

—No, no es eso. Realmente, no estoy seguro, eso es todo. No puedo creer en esa gran Figura Paterna del cielo, si es eso a lo que usted se refiere.

—No hace falta que sea así. De hecho, sería más bien ingenuo imaginárselo de esa manera. Déjeme que le pregunte una cosa: ¿tiene usted miedo de *no* creer?

—Supongo que la mayoría de la gente lo tiene.

—¿Y usted?

—Cuénteme entre ellos.

—¿Tiene miedo de morir debido a pasadas transgresiones?

—No. Sólo espero que, al llegar allí. Él acepte mis excusas. Oiga, ¿qué tiene todo esto que ver con el padre Hagan?

El monseñor volvió a mirar hacia el altar:

—Él era un devoto sacerdote, un hombre realmente bueno; no obstante, tenía miedo de morir.

—Quizá tenía secretos que usted no conoce.

—Sí, todos tenemos nuestras vergüenzas secretas. Por lo general, son triviales, importantes —vergonzosas— sólo para nosotros mismos. De manera extraña, oí la confesión del padre Hagan la noche antes de morir, y sé que no tenía nada que temer.

Fenn se encogió de hombros.

—La muerte, por sí sola, ya es suficiente. Es un gran salto, y no hay garantía de que el aterrizaje sea suave. O de que haya aterrizaje alguno. No importa cuán fuertes sean tus creencias, cuán profundamente religioso seas, no existe ninguna garantía, ¿verdad?

—Eso es absolutamente cierto, Mr. Fenn, pero entiendo su punto de vista.

—Así que cuando llegó el momento, el padre Hagan no fue diferente del resto de nosotros… asustado por el dolor, y un poco aprensivo ante el Gran Momento de la Verdad.

—El padre Hagan tenía miedo de lo que dejaba detrás.

Fenn lo miró, atónito.

—Tenía miedo de lo que ocurría en esta iglesia. —El sacerdote volvió otra vez la cara hacia el reportero, apoyando un codo en el respaldo del banco, sus largos dedos apretados—. ¿Sabe usted?, apenas dormía desde que se produjo el primero de los supuestos milagros. Por alguna razón, ya no se sentía seguro en los terrenos de su propia iglesia.

—Advertí que su aspecto iba empeorando cada vez que le veía. Pero lo atribuí a su mal estado de salud general.

—Lo vio usted por primera vez cuando encontró a la niña en el campo, ¿no?

—Sí. Y entonces ya no parecía la imagen misma de la salud. Pero, como digo, iba empeorando día a día. Pensé que era a causa de la presión que se iba acumulando sobre él.

—Sufría una gran tensión mental mucho antes de todo eso, me temo. Durante mi estancia aquí sostuvimos largas discusiones sobre St. Joseph, la niña, y sus visiones. Y sobre el propio padre Hagan. Era un hombre trastornado.

—¿Tenía algo que ver con sus trastornos su nombramiento en Hollingbourne?

Los rasgos de monseñor Delgard se aguzaron:

—¿Quién le habló de eso?

—Nadie. Sólo que recuerdo el incómodo silencio que se produjo en la conferencia de Prensa cuando un reportero de la zona le hizo una pregunta al respecto. ¿Cuál fue el problema, o sigue siendo un gran secreto?

El sacerdote suspiró.

—Con su tenacidad, estoy convencido de que lo descubriría usted más tarde o más temprano. Todo ocurrió en el pasado, y realmente no tiene importancia.

—Pues si no la tiene, cuéntemelo.

—¿En el bien entendido de que no saldrá de aquí?

—Absolutamente.

Delgard se sintió satisfecho. Si se hubiera negado a contárselo, Fenn se habría sentido más interesado y habría hurgado por ahí hasta encontrar algo; de esta manera, se veía comprometido a guardar el secreto a causa de su pacto sobre «informaciones confidenciales» de unas noches antes.

—El padre Hagan era joven, un novicio, cuando fue enviado a Hollingbourne —empezó—. Estaba inseguro de sí mismo, pero trabajaba duramente, ansioso de aprender. Y era vulnerable.

Delgard guardó silencio, y Fenn se impacientó.

—¿Trata usted de decirme que tuvo algún asunto con alguna de las feligresas?

—No exactamente. No exactamente un asunto, y no con una de sus feligresas. —

Delgard movió tristemente la cabeza—. Se… se despertó en él un gran afecto por su párroco.

—¡Oh, Jes…!

—No hubo enredo sexual, que esto quede bien claro. De haber sido éste el caso, ninguno de los dos estaría aún en el sacerdocio.

—Entonces, ¿por qué?

—Se extendieron los rumores. Era un lugar pequeño donde cualquier cosa es noticia. Y el afecto, el afecto profundo, no pasa inadvertido. Llegó a oídos del obispo de aquella diócesis, y éste intervino, afortunadamente, antes de que la situación pudiera agravarse.

—Perdóneme la pregunta, pero ¿cómo sabe usted que no fue así?

—Ambos sacerdotes habrían confesado en el momento de ser enfrentados.

—Tiene usted una elevada opinión de la naturaleza humana.

—No habrían mentido.

—Así que el padre Hagan fue destinado a otro lugar.

—Sí. El otro sacerdote, su nombre no es importante, dejó la parroquia algún tiempo después. Sé que lo sucedido había torturado al padre Hagan durante su carrera eclesiástica, y también sé que jamás volvería a sucumbir a semejante tentación. Se enterró en el trabajo y la oración.

—Pero ¿siempre vivió con el sentimiento de culpa?

—Era un hombre sensible. No creo que jamás se exonerara a sí mismo de la culpa.

—Eso es algo que su religión adora, ¿no?

Le era difícil evitar el rencor en su voz.

—Una observación muy poco amable, Mr. Fenn, y no muy cierta. Sin embargo, sería en este momento más bien inútil una discusión sobre los ideales teosóficos de la Iglesia católica romana. Limitémonos al tema del padre Hagan y sus temores por esta iglesia.

—Eso es algo que me ha venido intrigando desde la noche en que murió. Dijo que había algo que funcionaba mal en St. Joseph, y usted pareció estar de acuerdo.

—Mire a su alrededor, Mr. Fenn. ¿Le parece que está oscuro aquí?

—Bien… sí. Pero hay niebla fuera, la luz es bastante pobre.

—Ahora cierre los ojos y dígame lo que siente.

Fenn lo hizo así.

—¿Cómo se siente?

—Estúpido.

—No. Piense sólo en la iglesia, piense en donde está.

No le gustaba. No le gustaba tener los ojos cerrados dentro de la iglesia.

—¡No!

Abrió los ojos de golpe, y miró al sacerdote con sorpresa.

—Lo siento —dijo—. No sé qué me ha hecho gritar. —Se estremeció—. No sé

qué ha sucedido.

—¿Ha sentido usted una atmósfera…? —apuntó suavemente Delgard.

—No, no he sentido nada. —Fenn frunció el ceño—. ¡Cristo, eso ha sido! No he sentido nada. Está vacío aquí. No me refiero a vacío de gente… sino a lo que usted dijo la otra noche. Algo de que la iglesia iba quedando espiritualmente vaciada…

—Eso es exactamente lo que dije. Usted también lo ha sentido.

—Yo… no sé. Es algo frío y espeluznante, hay que reconocerlo. Pero siempre hay algo espeluznante en una iglesia vacía.

—No para un clérigo. Un sacerdote sólo encuentra tranquilidad en una iglesia vacía, un lugar para meditar, para rezar. No hay paz aquí; sólo una sensación de desolación.

Delgard cambió de postura, se deslizó hacia el borde del asiento y descansó las entrelazadas manos en el asiento de delante. Fenn estudió el perfil del hombre, su nariz de elevado puente, la firme mandíbula, las profundas arrugas de su frente. Sólo un ojo de pesado párpado era visible desde aquel ángulo, y había tristeza en su mirada, un cansancio reflejado desde dentro. Cuando el sacerdote volvió a hablar, su voz era fuerte, profunda, pero la pena interior estaba de algún modo contenida en su timbre.

—Si Alice tuvo una aparición, entonces la presencia del Espíritu Santo sería abrumadora en este lugar.

—Usted dijo que una iglesia es sólo un edificio hecho de piedra —apuntó Fenn.

—Quise decir que era un recipiente que podía ser vaciado de su contenido como cualquier otro recipiente. El obispo Caines debería haberlo comprendido. Esta iglesia ha sido drenada.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedo decirlo?

—Sólo tiene que sentirlo. Como ha hecho usted hace unos momentos. El padre Hagan pasó por el mismo trauma durante muchas semanas; sólo que su percepción era mayor; sus sensaciones, más fuertes. Usted mismo observó que estaba cambiando físicamente, que su vitalidad era socavada.

—Estaba enfermo. Su corazón…

—No. Su fuerza vital estaba siendo drenada, como la esencia espiritual de su iglesia estaba siendo drenada. Debería haberme dado cuenta antes, debería haber comprendido lo que estaba sucediendo cuando él me habló de sus dudas. Él no creía que las curaciones fueran milagrosas, Mr. Fenn. Ni tampoco creía que Alice hubiera visto a la Santísima Virgen. Al principio no estaba seguro. Alice había sido siempre muy buena niña, una inocente a la que lo que más le gustaba era ayudar a su madre en su trabajo en St. Joseph. La conocía desde que era un bebé…

—¿Antes de volverse sordomuda?

—¡Oh, sí! Él llegó a la parroquia poco antes de que la niña naciera. La vio crecer, le dio su primera comunión, la animó a jugar con los demás niños, pese a su incapacidad. Sin embargo, hacia el final… estas últimas semanas… tenía miedo de

ella.

—¿Miedo de una niña de once años?

—Usted estaba en el convento, el domingo pasado.

—Claro. Estaba enferma.

—Antes de eso. La forma cómo la miraba el padre Hagan.

—Tiene usted razón, estaba asustado. Con todo lo que ha ocurrido desde entonces, lo había olvidado. Parecía aterrorizado. —Fenn dio en el banco unos golpecitos pensativamente—. Pero se estaba desmoronando —dijo—. Lo siento, monseñor Delgard, no deseo mostrarme irrespetuoso con él. Pero usted mismo sabe que se estaban aflojando sus goznes. Estaba a punto de caerse a pedazos.

—Tal vez fuera así, pero por una buena razón. La tensión que estaba sufriendo habría sido excesiva para cualquier hombre.

—Quiere usted decir, la publicidad…

—No quiero decir nada de eso. Eso era sólo una pequeña parte. Me refiero a la angustia mental que sufría, al saber que su iglesia estaba siendo saqueada, que una niña estaba siendo utilizada…

—Oiga, espere un momento. Todo eso parece un poco traído por los cabellos, ¿no?

El cura sonrió, pero aquélla era una sonrisa torva.

—Sí, Mr. Fenn. Sí, es lógico que piense usted así, y no le censuro. Usted es" un cínico nato, y creo que probablemente los cínicos son los que menos sufren en este mundo. —Miró al reportero con unos ojos en los que había piedad—. O quizá los que más sufren, ¿quién puede decirlo?

Fenn dio la vuelta en redondo en su asiento, poniéndose de cara al altar y apartándose de la mirada del sacerdote.

—Su escepticismo es el que puede servir de ayuda en este asunto, Mr. Fenn —oyó decir a monseñor Delgard.

Lentamente el periodista giró la cabeza para mirar otra vez al cura.

—No es usted un gran creyente en nada, ¿verdad? —preguntó Delgard, más bien en tono de afirmación—. No tiene usted creencias religiosas, no tiene familia, no tiene esposa…

—¿Cómo lo sabe? Usted no sabe nada de mí.

—¡Oh, sí que lo sé! He tenido una larga discusión sobre usted con Miss Gates, ¿sabe?

—¿Sue? No debería…

Sus palabras se apagaron cuando el sacerdote asintió con la cabeza.

—Susan acude con regularidad a la iglesia en estos días. Me temo que está muy confusa sobre usted en este momento, Mr. Fenn.

—Sí. Ya me he dado cuenta. Pero ¿por qué le habló ella de mí?

—Porque yo le pregunté. —La voz de Delgard se animó—. Necesito su ayuda, Mr. Fenn. Averigüé cuanto pude sobre usted, ante todo, por la asociación que tiene

ahora con la Iglesia bajo el edicto del obispo Caines; y luego, porque creo que puede usted resultar de ayuda de otras maneras.

—De nuevo me desorienta usted.

—Su empleador me dijo que era usted un buen periodista. Algo molesto, pero básicamente competente. Al parecer tiene usted una mente inquisitiva o, tal como dice su redactor jefe, un olfato de detective. Por desgracia no fue muy elogioso en otros aspectos de su carácter, pero eso no me preocupa mucho.

—Puedo imaginar lo que dijo.

—Bien. Así que usted y yo somos conscientes de nuestros defectos.

—Yo no…

—Fue Susan quien me dijo que tiene usted una mente clínica, abierta hacia la mayor parte de las cosas, en especial cuando se trata de su trabajo. Debo admitir, después de haber leído su primer artículo sobre Alice y St. Joseph, que pensé que era usted más bien demasiado emocional, nada objetivo. Pero ella me explicó eso; en realidad me hizo ver cuán objetivo podía usted ser. Era algo perverso, aunque supongo que yo debería respetar su oportunismo de alguna manera. Usted no creía en lo que escribía, pero quería que sus lectores creyeran. Usted, muy hábilmente, sensacionalizó la historia sin dar crédito realmente a lo que había ocurrido. Sólo leyéndolo con más detenimiento y conociendo un poco al autor, puede uno captar la deliberada ambigüedad de sus afirmaciones. Ésa fue su objetividad: escribió un artículo periodístico crudo, sincero, aunque sólo en la superficie, para promover sus propios intereses. En otras palabras: quería usted una noticia de primera plana. Y eso fue seguramente lo que consiguió.

—Quizá me está usted atribuyendo más mérito del que me corresponde. Suponiendo que me atribuya algún mérito. Estoy algo confuso.

—¿Comprende usted todo esto? El hecho de que sea usted un cínico con respecto a la Iglesia, podría significar que también lo es con relación a su contrario. Eso le daría una ventaja.

—¿Sobre qué?

—Sobre el mal que nos está rodeando.

Fenn sonrió.

—¿Ah, sí?

—Ya ve; si no lo cree, entonces no tendrá usted miedo. El mal es un parásito que se alimenta de las creencias de las personas.

—Creía que se alimentaba de la ignorancia.

—A menudo es el ignorante el que tiene creencias irrazonables. Pero la suya no es esa clase de ignorancia. Usted creería algo si se le demostrara de manera concluyente; además, usted se molestaría en buscar esa prueba; el ignorante, no. Y eso es lo que quiero de usted, Mr. Fenn. Quiero que busque.

Fenn se metió las manos en los bolsillos del abrigo. No estaba seguro de si era la conversación o la iglesia lo que le hacía sentir tanto frío.

—¿Qué quiere que busque, monseñor Delgard?

—Quiero que averigüe algo sobre esta iglesia.

Fenn le miró, sorprendido:

—Probablemente, eso le resultaría a usted más fácil.

—Objetividad, Mr. Fenn, y sentido práctico. Yo estaré demasiado ocupado en los meses venideros organizando las cosas en St. Joseph, preparándolo para las peregrinaciones, supervisando el trabajo que tendrá que hacerse. En cuanto a la objetividad, estoy demasiado mezclado en la espantosa atmósfera de este lugar, demasiado implicado en la tragedia del padre Hagan, como para ver las cosas bajo una luz pura, objetiva. Y, aún más, quiero que haga averiguaciones sobre el pueblo. Necesito un ojo investigador, alguien que sepa hurgar, que encuentre respuestas. Ya ha llegado a un acuerdo con el obispo Caines y George Southworth; esto sería simplemente parte del trabajo. Todo lo que pido es que busque usted algo más, algo que pueda haber sucedido aquí en el pasado.

—¿Como qué?

—No lo sé. A usted le toca averiguarlo.

Fenn se encogió de hombros.

—De acuerdo. Como dijo usted, ello formaría parte del trabajo de todos modos.

—Y otra cosa: Quiero que averigüe cuanto pueda sobre Alice Pagett.

Y sobre sus padres. Algo anda mal, y no tengo idea de qué es. Sólo que tenemos que descubrirlo.

—¿No cree que tal vez se está usted también desquiciando un poquito, monseñor?

Delgard le estudió fríamente durante un momento, y luego habló:

—Eso es bueno. Quiero que piense de esta manera. Pero antes de que se vaya, deseo mostrarle algo.

Se levantó del banco y Fenn hizo lo mismo rápidamente; se echó a un lado en el pasillo para que el sacerdote pudiera pasar.

Delgard hizo la genuflexión ante el altar y luego se dirigió hacia la nave derecha de la iglesia. Se volvió hacia Fenn cuando estuvo debajo de la estatua de Nuestra Señora.

—Por favor, ¿quiere usted acercarse?

Fenn, con las manos en los bolsillos, se acercó. Miró con curiosidad al sacerdote que señalaba la estatua con un gesto de la cabeza.

—El padre Hagan me dijo que a Alice le gustaba esta estatua, que solía pasar largos ratos sentada ante ella. Podría decirse que era casi una obsesión. Si sus visiones eran meramente las alucinaciones de una mente perturbada, no es improbable que tomaran la forma de algo por lo que ella estaba fascinada. Eche una atenta mirada a la estatua.

Fenn recordó haber contemplado la estatua sólo dos semanas antes, el domingo de los milagros. Entonces había observado un defecto: la débil grieta que corría desde debajo de la barbilla hacia un lado del cuello.

Ahora, la efigie era una masa de líneas negras, una absurda red de delgadas y melladas venas que cubría casi cada centímetro cuadrado de blanca piedra. Las grietas que salían de las comisuras de los labios de la Virgen le conferían un aspecto de extraña y obscena sonrisa. Incluso sus ojos ciegos estaban cruelmente rasgados por cicatrices.

En vez de una imagen finamente esculpida y de aspecto compasivo, parecía una bruja espantosamente arrugada, cuyos ojos miraban con fijeza a los dos hombres, mientras sus destrozadas manos se tendían hacia ellos en un gesto de súplica.

Fenn se apartó a un lado, como si temiera que la figura de piedra pudiera alargar la mano y tocarle.

VEINTIDÓS

¡Mujer, mujer! el reloj está en hora;
ven rápidamente, todos nos hemos encontrado.
De los lagos y de los pantanos,
de las rocas y de las guaridas
de los bosques y de las cuevas,
de los cementerios y de las tumbas,
de la mazmorra y del árbol,
donde ellos mueren, aquí estamos nosotros!
¿No viene ella todavía?
¡Enciende otra hoguera!

Hechizos de tres brujas
BEN JONSON

Marchó por el camino de grava hacia la puerta. Por encima de su cabeza, se unían las ramas de los árboles sin hojas, formando un dosel cual tela de araña. Delgadas y quebradizas ramas se golpeaban mutuamente, a causa del movimiento causado por la misma fría brisa que había desplazado la niebla. Sus pasos eran anormalmente sonoros, como habían sido dentro de la iglesia, pero ahora no había eco, ningún sonido hueco que reflejar a la vaciedad del santuario. Estaba oscuro bajo los árboles, casi tan oscuro como dentro de la iglesia.

¡Todo aquel asunto era un absurdo! ¡Condenadamente estúpido y absurdo! ¿De qué trataba de acusar monseñor Delgard a la niña? ¡Una niña de once años, por el amor de Dios! ¿Cómo demonios podía ella causar algún daño? ¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Daba a entender Delgard que la pequeña era de algún modo responsable de la muerte de Hagan? ¡Pero si ni siquiera estaba allí!

Se detuvo unos momentos, respirando furiosamente.

¡Delgard se estaba volviendo tan neurótico —tan paranoide— como el padre Hagan! ¡No podía estar hablando en serio! Casi había empezado a creer en el clérigo. ¡Cristo, estaba a punto de volverse tan loco como los otros dos!

Siguió caminando, con las manos metidas profundamente en los bolsillos del abrigo.

Pero estaba la estatua. ¿Qué coño le había pasado a la estatua? ¿Una grieta en la piedra? ¡Juh! ¡Eso era algo nuevo! Grietas como carreras en la media. Quizás alguien la había aporreado en secreto. No, eso no era posible. Se habría roto en pedazos. La estatua le había asustado. Era, en cierto modo… ¡repulsiva! ¡Jesús, la culpa era de Delgard! Era él quien le hacía sentir canguelo.

Pegó un brinco cuando alguien salió de las sombras.

—¿Ha terminado, Mr. Fenn?

—¡Jes…! Me ha dado usted un buen susto.

El hombre soltó una risita mientras le abría la puerta al reportero.

—Lo siento. Me resguardo de la brisa. Hace un frío glacial.

—Sí.

Fenn cruzó la puerta, contento de salir de los terrenos de la iglesia.

—¡Eh, Fenn! —gritó una fuerte voz familiar. Se volvió y vio a la periodista del *Washington Post*, que se acercaba—. ¿Qué pasa? —dijo—. Parece como si acabara de ver un fantasma.

—Es el tiempo —replicó Fenn, dirigiéndose al coche.

—¡Qué raro! A mí generalmente se me pone la nariz roja.

La mujer se puso a caminar a su lado.

Había uno o dos operadores holgazaneando junto a la carretera, pero perdieron interés cuando vieron que era sólo un colega periodista el que había salido de St. Joseph.

—Le vi cuando me adelantó con el coche en el pueblo —comentó la mujer—. Me imaginé que venía para aquí. ¿Qué me dice de llevarme en coche, de vuelta al hotel?

Fenn abrió la puerta del «Mini», y luego se enderezó:

—Se llama Nancy, ¿no?

—Sí. Shelbeck. Nos conocimos el domingo pasado.

El hizo un gesto de asentimiento.

—Suba.

Sin más palabras, ella corrió hacia el otro lado del vehículo. Fenn subió y abrió la portezuela del pasajero. Ella se le unió en el interior y le sonrió agradecida.

—Tiene usted razón —dijo Fenn—. Le veo la nariz roja.

Puso en marcha el vehículo.

La mujer esperó a que él hubiera salido a la carretera, pusiera marcha atrás y luego se dirigiera hacia el pueblo, antes de preguntar:

—¿Cómo consigue usted entrar en St. Joseph, cuando nadie más puede?

—Podía usted haberlo hecho por la próxima puerta del campo.

—¿Está de broma? Tienen a un par de curas apostados allí.

Fenn le echó una rápida ojeada. Aunque tenía la nariz roja, era una mujer atractiva. Vio que sus ojos eran verdes.

—¿Va a decírmelo? —preguntó ella.

—¿Decirle qué?

—Por qué le permiten a usted entrar ahí.

—El Papa es mi tío.

—Vamos, Fenn, dígalo.

—Podría decirse que estoy allí por…, bueno… nombramiento papal. He sido oficialmente autorizado a escribir la historia de St. Joseph y de los santos milagros.

—¡Mierda!, ¿cómo lo consiguió?

—Olfatean a un as en cuanto lo ven.

—Perdóneme por decirlo, pero no parece usted muy feliz con ello. ¿No marcha lo del dinero?

Él rió humorísticamente.

—¿Sabe?, me olvidé de mencionar el dinero.

—¡Qué descuidado! Pero estoy segura de que lo va a hacer de otras maneras.

—Haré lo que pueda.

—En realidad, de eso era de lo que quería hablarle. Recuerde lo que le dije el domingo pasado.

—Dijo usted algo de comparar notas.

—¡Ajá! Mire, ¿por qué no nos paramos y tomamos una copa?

—¿A estas horas de la mañana?

—Son más de las diez. En realidad, casi las diez y media. Sus *pubs* pueblerinos abren muy temprano aquí. Vamos, da usted la impresión de necesitar un trago.

—¡No sabe usted cuánta razón tiene! —exclamó Fenn, sacudiendo la cabeza.

Habían llegado casi a las afueras de Banfield cuando encontraron la primera de las dos tabernas del pueblo. Fenn hizo una señal para girar a la izquierda y entró en su patio. Había ya varios vehículos estacionados allí, pese a lo temprano de la hora, pero Fenn sabía que muchos de los lugareños utilizaban las tabernas como cafeterías a primeras horas de la mañana, igual que hacían con el «Hotel Crown», más arriba, en la Calle Mayor.

El «White Hart» tenía sólo una barra en forma de L; adornaban las paredes pulimentados latones y cuernos de caza, y las pesadas vigas del bajo techo daban a su interior una sensación de vieja solidez. Un fuego recién encendido ardía en la enorme chimenea. No había más de una docena de personas bebiendo, y algunas de ellas le resultaban a Fenn vagamente familiares. Las reconoció como hombres de la Prensa.

—¿Qué va a tomar? —preguntó a la periodista del *Washington Post*.

—No; me toca a mí. He invitado yo.

Fenn aceptó.

—Para mí, un *whisky*, sin hielo y sin agua.

Encontró un asiento junto a la ventana mientras ella pedía las bebidas a un alto y barbudo barman con gafas, y se dejó caer en él con un silencioso suspiro. Sentía flojedad en las piernas. La estatua… le era difícil apartar de su mente la espantosa imagen. ¿Cómo podía haber ocurrido algo así? Podía comprender que la piedra se fuera agrietando de aquella manera a lo largo de los años —y harían falta muchos años para producir aquel resultado—, pero ¿llegar a aquel estado en sólo dos semanas? ¡Era imposible! ¿Y qué estaba insinuando Delgard? ¿Qué era…?

—Le he pedido un doble. Puede necesitarlo.

Fenn se quedó mirando sin expresión a la mujer, y luego al vaso que ésta le ofrecía.

—Gracias —dijo, finalmente, tomando el *whisky* y se bebió la mitad de un solo trago.

—Tenía razón —observó ella.

Se sentó cerca de él y empezó a tomar la cerveza.

—¿Cerveza amarga? —preguntó Fenn, sorprendido.

—Claro. Me gusta probar su cerveza. ¿Quiere decirme en qué está pensando?

Fenn la estudió detenidamente, empleando en ello más tiempo que en su primer encuentro. Su oscuro cabello tenía una tonalidad rojiza, nada que procediera de una botella, sin embargo (al menos, no de una manera evidente). Era difícil precisar su edad, porque se trataba de una de esas mujeres que podían ser más jóvenes de lo que aparentaban, o más viejas, pero que nunca aparentaban la edad que tenían. Sus ojos, de expresión vigilante y alerta, decían «más vieja» —quizás unos cuarenta—, pero su piel, pálida y suave, y sus labios, que no eran llenos, pero sí bien dibujados, decían «más joven». Su nariz era demasiado recta para ser bonita, pero le daba un aspecto de atractiva fortaleza. La mujer se había quitado el abrigo y mostraba un tipo esbelto, aunque no especialmente bien proporcionado, bajo su jersey de cuello de cisne y pantalones ajustados. Fenn ya había observado antes las botas de tacón alto que llevaba, y éstas eran de fina piel de Borgoña, elegantemente cortadas.

—Me siento como si estuviera bajo un microscopio —dijo la mujer.

—Sólo estaba pensando —replicó Fenn—. Usted me servía para fijar la imagen.

—¿Hum?

—La tenaz dama-reportero de Nueva York.

—Gracias. Sabe usted cómo tratar a las mujeres.

Fenn rió.

—Lo siento, no quería ser grosero. En realidad, es una especie de cumplido.

—¿Ah, sí? Pues no me gustaría oír sus críticas. —Sorbió otra vez un poco de cerveza, y luego buscó en su bolso unos cigarrillos. Le ofreció uno a Fenn, y éste movió la cabeza negativamente. La mujer encendió el suyo con un elegante «Dunhill»—. ¿Cuál es el problema, Fenn? —preguntó, expeliendo humo azul por encima de la mesita.

—Me llamo Gerry —dijo él, con voz uniforme.

Ella sonrió.

—Creo que prefiero Fenn.

Éste le devolvió la sonrisa, empezando a disfrutar de su compañía.

—Creo que yo también.

—¿Es la muerte del cura, ese tal padre Hagan, lo que le preocupa? Tengo entendido que estaba usted allí cuando sufrió el ataque al corazón.

Él asintió.

—La autopsia dijo que era un ataque al corazón, pero yo estoy seguro de que se estaba asfixiando. Traté de salvarle. —Ingirió otro largo trago de *whisky*—. Estoy seguro de que vi la carne en su garganta. ¡Incluso intenté tirar de ella!

—Pero el forense habría sabido si fue asfixia.

—Quizá fue ambas cosas, no lo sé. Quizá sólo imaginé que se estaba ahogando. El sacerdote estaba en un estado histérico hacia el final.

—Es probable que ocurra eso cuando el corazón de uno se está atascando.

—No, no me refiero a ese momento. Estaba ya histérico semanas antes.

La mujer se quedó un momento pensativa.

—Observé que había algo peculiar en él aquel domingo en el convento. ¿Trata usted de decir, eufemísticamente, que estaba tarumba?

—No… sólo… bueno… neurótico. Trastornado por lo que estaba ocurriendo en la iglesia.

—Pero eso tenía que ser fantástico para cualquier cura. Él mismo fue testigo de los milagros. ¿Qué era lo que no le gustaba? ¿La publicidad?

Fenn advirtió que estaba hablando demasiado. Como reportero, tendría que haber sido más prudente. Rápidamente cambió de tema.

—¿Tiene usted un trato que proponerme?

La mujer levantó las cejas.

—¿Dónde está su reserva británica? De acuerdo, al negocio. ¿Le gustaría formar una sociedad conmigo en esta pequeña empresa? Trabajaríamos juntos, usted proporcionaría la información, yo escribiría la historia para mi periódico, y usted cobraría unos buenos honorarios. También vería su nombre al lado del mío.

—¿Está usted bromeando? ¿Para qué demonios la necesito?

—Porque yo soy mejor escritora.

Fenn dejó en la mesa su vacío vaso.

—Necesito otra copa.

—¿A esta hora de la mañana? ¡Eh, espere un momento, no se enfade! Mire, es usted bueno, pero, no me gusta decírselo, es provinciano. Vamos, no se levante, escúcheme. No ha tenido la experiencia de trabajar todavía en un Nacional. Lo sé, lo he comprobado. No tiene la experiencia de trabajar a las órdenes de un buen redactor jefe, quiero decir, alguien que le esté golpeando en el trasero hasta que lo haga bien, alguien que le esté *mostrando* cómo hacerlo bien…

—Me han golpeado el trasero un montón de veces —replicó Fenn en una débil defensa.

—Sí, pero hay maneras diferentes de golpear culos diferentes. Lo que estoy diciendo es que no ha tenido hasta ahora la guía adecuada. Desde luego, es usted bueno hasta cierto punto, y, conforme, va a tener un montón de ofertas; pero yo puedo hacer mejor que usted cualquier cosa. Créame, mucho, mucho mejor. Y, si quiere que pasemos a las cifras…

Fenn ya no le prestaba atención. Estaba mirando hacia la puerta, que acababa de abrirse. Había visto a alguien paseando su mirada por el local como si buscara a una persona. Dos hombres se levantaron inmediatamente de sus asientos en la barra, y se dirigieron hacia el hombre.

—Ése es Len Pagett —dijo Fenn, más para sí mismo que para la mujer.

—¿Pagett? ¡Ah, sí, el padre de Alice!

Fenn había saltado ya de su asiento, encaminándose hacia los tres hombres, que se estrechaban las manos. Nancy Shelbeck le siguió inmediatamente.

—¿Mr. Pagett? —dijo Fenn, entrometiéndose en el grupo y alargando la mano—. Nos hemos conocido antes. Soy Gerry Fenn, del *Brighton Evening Courier*.

Uno de los otros dos hombres se interpuso rápidamente entre Fenn y Pagett.

—¡Métase en sus asuntos, Fenn! —dijo el hombre, casi con un gruñido—. Mr. Pagett es nuestro. Hemos hecho un pacto.

—¿Quién es usted? —preguntó Fenn, aunque ya se lo había imaginado. Ahora reconoció a uno de los hombres como un reportero de los gordos.

—Va a firmar un contrato en exclusiva con el *Express* —intervino el otro hombre, que parecía igualmente belicoso—. Y eso quiere decir que no hablará con otros periódicos.

—No sea condenadamente estúpido. Usted no puede…

—¡Váyase al cuerno! —Una mano lo empujó, mientras el primer hombre cogía a Pagett por el brazo—. Vamos a algún lugar tranquilo, Mr. Pagett, donde podamos hablar. Tenemos el contrato listo para usted.

Pagett parecía confundido.

—¿Puedo tomar primero una copa?

—Le servirán muchas adonde vamos —le aseguró el primer reportero—. No está lejos.

Le guió hacia la puerta.

Los otros periodistas del bar que habían tomado un furtivo trago matutino (puramente para prevenirse del frío cuando estuvieran de vigilancia ante la iglesia y el convento) convergían ahora sobre el grupo.

—¿Qué pasa, Fenn? —preguntó Nancy cuando llegó a su lado.

—Esos bastardos han hecho un trato con el padre de Alice. No van a permitir que hable con nadie.

El segundo reportero del *Express* bloqueó la puerta.

—Así es. Nos pertenece.

—Espere un momento —intervino la neoyorquina—. ¿Ha firmado ya el contrato?

—Eso no le interesa.

Fenn sonrió ligeramente.

—Le he oído decir que tenía el contrato dispuesto. Eso significa que no está firmado.

El periodista del *Express* no perdió tiempo con palabras. Abrió rápidamente la puerta y la cruzó como una exhalación, dando un portazo detrás de él.

—¿Qué pasa ahí?

El alto y barbudo camarero parpadeó a través de sus gafas cuando la multitud salió en tromba por la puerta, persiguiendo a los huidos. Agradecía el negocio, pero no le gustaba demasiado el carácter pendenciero de los periodistas.

Fuera, en el aparcamiento, arrancaba un «Capri» gris plateado, y el reportero del *Express* corría hacia él. Abrió la puerta del pasajero cuando el coche se movía ya y saltó a su interior.

Fenn y los que le habían seguido desde la taberna tuvieron que echarse hacia atrás para no ser atropellados.

—¿Adonde se llevan a Pagett? —gritó Nancy Shelbeck.

—Probablemente a algún hotel cercano. Le tendrán encerrado durante unos días donde nadie pueda encontrarlo.

—Eso no puede ser legal.

—Lo es si él está de acuerdo.

Fenn se separó del grupo, dirigiéndose a su «Mini». Se encaramó a él, agradeciendo no haber cerrado las puertas. A través del parabrisas vio cómo los otros periodistas corrían hacia sus propios vehículos. El «Capri» desaparecía en la Calle Mayor. La puerta del pasajero del «Mini» se abrió cuando él ponía en marcha el motor.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Nancy, y se echó a reír—. ¡Parecemos los malditos polis de Keystone!

Fenn no tenía tiempo de disfrutar del humor de la situación, ni tampoco de decirle que se bajara del coche. Metió la primera y salió rugiendo del aparcamiento; torció a la izquierda para meterse en la Calle Mayor, sin comprobar apenas si el paso estaba despejado. Tuvo suerte: el «Capri» con Len Pagett y los dos periodistas a bordo se habían visto obligados a parar en un paso de cebra, mientras dos viejas damas, conversando, lo cruzaban lentamente.

Golpeó el volante en señal de triunfo.

—¡Ya tenemos a los bastardos! No los voy a perder ahora.

Nancy rió.

—¡No acabo de creerlo!

Los neumáticos ardieron cuando arrancó el «Capri». Algunas cabezas se volvieron hacia Fenn cuando éste pisó, a su vez, el acelerador y les siguió.

—Tómeselo con calma, Fenn. ¡No vale la pena morir por ello!

Ambos coches bajaban rugiendo por la Calle Mayor, cuando los otros, conducidos por los periodistas, más lentos, empezaban tan sólo a salir del aparcamiento. Había vehículos estacionados a ambos lados de la calzada, convirtiendo a ésta en un estrecho canal y obligando a los dos coches a aminorar la velocidad cuando venían otros vehículos en dirección contraria. Fenn se daba cuenta de que le sería más difícil no quedarse atrás cuando hubieran atravesado el pueblo y salido a la carretera abierta, pero tenía una ventaja: conocía las carreteras. Suponía que se dirigían a Brighton y que utilizarían alguno de los muchos hoteles que había allí como escondite, y los maldijo —aunque no los censuraba— por su oportunismo. De alguna manera, y debido a su implicación, él se sentía propietario de aquella historia, y, por tanto, los otros periodistas estaban violando su territorio. Por lo que sabía de Len Pagett, y por lo que había supuesto, no le sorprendía que se hubiera vendido al «periodismo de talonario». Uno ya no tenía que ser famoso para vender su propia historia personal; bastaba con que conociera a alguien que lo fuera.

El «Capri» estaba ya a unos cincuenta metros, y se acercaba al final del pueblo. Fenn pudo ver la encrucijada de carreteras a lo lejos, la pequeña glorieta, el garaje cercano, el convento. Libre ya de vehículos estacionados, aumentó su velocidad, intentando desesperadamente mantener su distancia con el «Capri», suponiendo que éste giraría a la izquierda en la glorieta, tomando por la carretera principal en lugar de seguir recto por la secundaria. La Calle Mayor estaba atiborrada de compradores, muchos de los cuales movieron las cabezas con disgusto ante la persecución de coches, quizá resignándose ante los síntomas anticipados de lo que le aguardaba al otrora pacífico pueblo.

A su lado, Nancy Shelbeck se mordió el labio, divertida ante la caza, pero también un poquito alarmada.

Se aproximaban a la glorieta. Los compradores iban apresuradamente a una tienda de comestibles situada a la izquierda, de la que salían con las bolsas llenas y los bolsillos ya no tanto. Un enorme camión cisterna, amarillo y verde, se hallaba en el antepatio del garaje a la derecha, vertiendo su carga en los depósitos situados bajo las bombas. Coches nuevos resplandecían en los escaparates al lado de la estación de servicio. Un autobús verde de un solo piso entraba en la pequeña glorieta, pasando por encima del bache pintado de blanco mientras se dirigía hacia el pueblo. El conductor aceleraba mientras el autobús enderezaba su dirección.

El «Capri» apenas disminuyó la velocidad al acercarse a la glorieta.

Fenn no supo por qué miró hacia delante, a las paredes color crema del convento; sólo sintió el impulso de hacerlo.

Vio la pequeña cara blanca en la ventana, resaltada por la negrura que reinaba detrás. Instintivamente supo que era Alice. Observaba la Calle Mayor. Miraba a los coches.

Demasiado tarde vio que el coche de delante empezaba a dar bandazos de un lado para otro como si el conductor hubiera perdido el control. Estaba casi encima de él. Nancy gritaba. Trató de girar el volante, intentando evitar el choque contra el errático «Capri». Pero el volante no parecía influir en la dirección del coche. Éste se movía por su propia cuenta.

Apretó con fuerza el freno, pero lo hizo demasiado tarde y con demasiado pánico. Las ruedas quedaron bloqueadas y el coche patinó.

El autobús verde, mostrando una serie de caras horrorizadas en las ventanillas como una hilera de guisantes en una vaina partida, giró para evitar el «Capri» que daba vueltas locamente, pero sólo había una dirección que el conductor pudiera tomar: hacia el antepatio del garaje. Donde el camión cisterna estaba vaciando su contenido.

El «Capri» se estrelló contra la parte delantera del autobús. El capó se combó instantáneamente, el motor se alzó y atravesó el parabrisas, yendo a golpear contra los dos horrorizados hombres que viajaban delante, y que no dejaban de gritar. El chófer del autobús salió proyectado hacia delante a causa del impacto, a través del

gran cristal delantero de su cabina, precipitándose bajo el camión cisterna un segundo antes de que el autobús chocara contra éste. Gracias a Dios había muerto antes de que pudiera darse cuenta de lo que iba a suceder.

Cuando el largo tubo que bombeaba gasolina a los depósitos subterráneos fue seccionado por el chirriante metal, las chispas volaron en todas direcciones, lloviendo sobre el volátil líquido que se derramaba.

Fenn vio el choque y lanzó un grito cuando su propio coche fue a estrellarse contra los escaparates, atravesándolos. Fue sólo vagamente consciente del cegador relámpago y del espantoso estruendo cuando hizo explosión el camión cisterna.

VEINTITRÉS

Tu vida ha terminado, y la tiró al suelo, arrastrándola por el pelo a la habitación, le cortó la cabeza en el tajo y la hizo pedazos, de manera que su sangre corría por el suelo. Luego la arrojó tina con todos los demás.

El pájaro del turonero
HERMANOS GRIMM

Alguien le sacudía. Lanzó un gemido, pero el esfuerzo de abrir los ojos era excesivo. Su mejilla seguía apoyada contra algo duro.

Una voz empezó a filtrarse a través de la cacofonía de sonidos, sonidos que no sabía dónde estaban, si dentro o fuera de su cabeza. Gimió. ¡Señor, le dolía la cabeza! Cautelosamente obligó a sus ojos a abrirse, un esfuerzo que le dejó exhausto, como si tratara de despertarse de una pesadilla. Había una cara cerca, una cara de mujer, alguien a quien vagamente reconoció.

—Fenn, ¿está usted bien?

No estaba dispuesto a responder.

Unas manos le rodearon los hombros y le apartaron del volante, echándole hacia atrás en su asiento. Sintió que le agarraban la mandíbula y le sacudían la cabeza. Abrió otra vez los ojos, y ahora casi no le costó trabajo. Había algo que no funcionaba en la cara de Nancy, pero no podía averiguar qué. Estaba manchada de rojo; un espeso jugo de cereza, o quizá tinta rojo oscuro. No, sangre. Su cara estaba sangrando. Se esforzó por enderezarse.

—Gracias a Dios —oyó que decía ella.

—¿Qué ha ocurrido? —consiguió, finalmente, jadear, y todo fluyó a su cabeza aun antes de que ella respondiera. El fugitivo «Capri», el autobús verde, el camión cisterna—. ¡Oh, Jesús, toda aquella gente!

Su mente recuperó en seguida la atención.

El parabrisas del «Mini» era una telaraña plateada de cristal astillado, pero a través de la ventanilla lateral pudo ver las relucientes carrocerías de los modelos del año. Sin embargo, reinaba allí una oscuridad que le dejó perplejo, hasta que pudo darse cuenta de que era a causa del humo negro y turbulento que flotaba. Una figura cruzó por delante de la ventanilla, agitando los brazos y gritando de manera incoherente. Fenn se volvió hacia la mujer que estaba a su lado.

—No es nada. Me golpeé contra el parabrisas cuando atravesamos el escaparate. —Se llevó una mano a la frente y la retiró manchada de sangre—. No me duele. Creo que es sólo un corte. —Apretó el brazo de Fenn—. Tenemos que salir de aquí, Fenn. El camión cisterna… explotó. Todo está lleno de llamas…

Fenn abrió la portezuela del conductor, y la terrible vaharada de calor lo asaltó en seguida, aunque el escaparate de coches estaba parcialmente resguardado por una

pared lateral. El humo se hacía más espeso a cada momento, y empezó a toser cuando los acres vapores se le metieron por la nariz y la garganta.

—¡Vamos, rápido! —gritó a la mujer.

—¡Mi portezuela está atascada! ¡No se puede abrir por culpa del coche contra el que chocamos!

Fenn empujó su portezuela tanto como pudo, abollando el panel lateral del «Rover» nuevo que había junto al aplastado «Mini». Saltó fuera y alargó la mano para ayudar a Nancy a bajar. La mujer salió como pudo, arrojándose casi por la abertura. Fenn la sostuvo con firmeza, y rápidamente echó una mirada alrededor.

No quedaba mucho del escaparate que su coche habría destrozado; enormes trozos de cristal de aspecto amenazador colgaban del techo como transparentes estalactitas. El humo penetraba por la abertura, haciendo irrespirable el lugar, y el fuego se extendía a través de la amplia ventana destrozada. Las llamas atacaron la puerta de cristal del lado de la ventana y ésta estalló de repente hacia dentro a causa del calor. Fenn se dio cuenta de que debía de haber petróleo ardiendo esparcido por todo el antepatio del garaje y que el líquido atacaba cuanto era inflamable.

Empujó a Nancy hacia atrás y cerró la puerta del «Mini», de manera que pudieran deslizarse por entre los coches hacia la parte trasera de la tienda.

—¡Manténgase agachada! —gritó—. ¡Siempre bajo el humo!

En la parte trasera de la tienda había una oficina, separada del local por una mampara de cristal, y Fenn se cercioró rápidamente de que no había allí ninguna salida trasera. En la oficina no había nadie; probablemente la figura que viera antes andando apresuradamente era la del vendedor o el director de ventas que ocupaban la sala. Nancy llegó a su lado, con el cuerpo sacudido por toses de asfixia.

Sosteniéndola estrechamente, Fenn miró a su alrededor en busca de otros medios de escape. Dio gracias a Dios cuando vio la puerta a su izquierda.

Nancy casi cayó de rodillas cuando él trató de arrastrarla hacia la puerta. La dejó reposar durante unos momentos y luego se arrodilló a su lado, esperando que la mujer dejara de toser espasmódicamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y su cara era una máscara roja de sangre sucia.

—¡Hay una salida, allí! —gritó Fenn por encima del retumbante ruido de las llamas y el chasquido de los cristales al romperse y de la madera al arder.

—De acuerdo —jadeó Nancy, dominando, al fin, el acceso de tos—. ¡Estaré bien! ¡Pero sáqueme de aquí!

Fenn medio la levantó para ponerla en pie, y Nancy se apoyó en él cuando se dirigían a la puerta. Tanta era su inercia, que chocaron contra ella, y Fenn alargó una mano para suavizar el impacto. La retiró en seguida. La madera estaba ardiendo.

Apartó a Nancy a un lado y apoyó la espalda en la pared junto al marco de la puerta. Ella le miró interrogadoramente, mientras Fenn le gritó:

—¡Échese atrás!

Agachándose, Fenn alcanzó el pomo; también ardía, pero el periodista ignoró el

dolor mientras lo giraba y abría la puerta.

Nancy gritó cuando las llamas salieron rugiendo al local de exposición, como exhaladas por las fauces de un dragón. Ambos cayeron hacia atrás para escapar del intenso calor y yacieron, jadeando, en el suelo, mientras el fuego se retiraba para lamer los bordes de la abertura. Segundos más tarde, la puerta estaba también ardiendo.

Se levantaron y retrocedieron tambaleándose, chocando contra el capó de un «Maxi». Ahora tenían náuseas, y su visión estaba empañada por las lágrimas. Fenn se arrancó el abrigo y lo colocó sobre sus cabezas mientras se apoyaban contra el capó.

—Tendremos que salir por la parte delantera… ¡a través de la ventana! —gritó.

—¡Hace demasiado calor allí! ¡Nunca lo conseguiremos!

Pero a estas alturas, hasta aquella elección les fue negada.

Levantaron la cabeza y miraron con incredulidad hacia la amplia ventana del escaparate. La rota, la que el «Mini» de Fenn había destrozado, estaba totalmente llena de espantosas llamas rojo-amarillas, y lenguas de fuego lamían el techo del local. Una gruesa columna de hormigón la separaba de la ventana adyacente, donde el vidrio empezaba ya a resquebrajarse por el calor. El fuego se había extendido al menos por la mitad de su superficie, y hasta el suelo se fundía a medida que el petróleo ardiente seguía penetrando a través del vestíbulo exterior.

—¡Oh, Dios mío, estamos atrapados! —gimió Nancy.

Fenn miró salvajemente a su alrededor. ¡Tenía que haber otra salida! El techo, una claraboya. A través del ondulante humo pudo ver que el techo era sólido, pero también que había oficinas arriba, no tejado. Entonces una escalera, tenía que haber un camino que condujera arriba. Ninguna escalera. Tenía que ser a través de la puerta situada detrás de ellos, la cual ahora no era más que una abertura que daba a un horno espantoso. El fuego avanzaba, precipitándose poco a poco sobre las duras baldosas de plástico de la sala de exposición, y produciendo humos que eran aún más asfixiantes y letales que los de arriba.

El escaparate era el único camino de salida.

Ayudó a la periodista a levantarse, y le gritó al oído:

—¡Vamos a salir por delante!

Ella sacudió la cabeza.

—¡No lo conseguiremos jamás!

Fenn se pasó la manga por los ojos, buscó un pañuelo, y se lo puso ante la boca y la nariz. Tiró luego del cuello de cisne del jersey de la mujer y desdobló para cubrirle la parte inferior de la cara. Apartándola del capó y sosteniendo el abrigo como un escudo ante ellos, la condujo hacia la parte anterior de la habitación, en una tambaleante carrera. La dejó acurrucada entre el «Mini» y el «Rover» aparcado a su lado, y corrió hacia la ventana que aún no estaba rota. Se agachó cuando una larga e irregular grieta apareció en el cristal y se oyó un ruido como de un disparo. Durante un largo y espantoso momento, pensó que la ventana iba a estallar hacia dentro y

atravesar su cuerpo con trozos de cristal como dagas; pero los enormes paneles resistieron. Prosiguió su camino, sosteniendo el abrigo con un brazo para protegerse del terrible calor. Las ventanas eran de deslizamiento lateral y se introducía una en otra, según qué lado quisiera el vendedor cruzar con un coche, y Fenn se dirigió al otro rincón, al lado que había estado más alejado del fuego; sólo que ahora la escena exterior quedaba casi borrada por las llamas que se esparcían.

Cogió el pomo y lanzó un grito cuando el metal al rojo vivo le quemó los dedos. Utilizando la tela del abrigo para protegerse las manos, lo volvió a intentar, pero sin resultado; la ventana estaba atascada, o el armazón de metal se había hinchado con el calor, encajándose sólidamente con su marco. Lanzó un juramento, más un grito de frustración que una maldición.

El calor y el miedo de que el cristal explotara hacia dentro le hicieron retroceder. Regresó adonde estaba su compañera, desplomada contra la puerta del «Rover».

—¡Es inútil! ¡No se abre la ventana!

Ella le miró asustada y gritó:

—¡Mierda! —Le cogió por la solapa y le atrajo hacia sí—. ¿No puede romper la maldita ventana?

—Aunque pudiera, el fuego del exterior nos asaría… —Se interrumpió—. ¡Imbécil! —se gritó a sí mismo.

Apartó a la mujer de la portezuela del coche y abrió ésta con violencia, lanzando un gemido de decepción cuando vio que no había llaves en el contacto. Se puso en pie rápidamente y, saltando por encima del capó del «Rover», se dirigió al «Marina» que estaba a su lado. Tiró de la puerta y sufrió otra decepción: no había llaves. Pasó otra vez por encima del capó del coche y aterrizó cerca de la mujer.

—¡Las llaves deben de estar en la oficina! —gritó—. ¡Espere aquí!

Echó a correr, acurrucándose detrás de un coche cuando cruzaba por delante de la puerta abierta, donde el fuego crepitaba y observando que el suelo alrededor estaba ahora ardiendo. Tosiendo y escupiendo en el pañuelo, Fenn llegó a la oficina trasera. Abrió los cajones apresuradamente, vaciando el contenido en el suelo. Ninguna llave, ninguna llave, ¡ninguna maldita llave! Miró a su alrededor, frenética y desesperadamente. ¿Dónde coño…? Lanzó un gemido al ver los ganchos en un tablero de corcho de la pared; llaves etiquetadas colgaban de cada uno de los ganchos. Se abalanzó sobre ellas, examinó las etiquetas, encontró dos con la indicación de «Rover». Tomando ambos juegos salió precipitadamente a la tienda.

El calor sofocante le asaltó una vez más y advirtió que no tardaría en arder todo el local. Su respiración era trabajosa, en cortos y bruscos jadeos. El oxígeno era consumido por el calor, y lo que quedaba de él estaba lleno de humo. Tambaleándose, llegó adonde estaba la mujer.

Se encaramó al «Rover», mientras Nancy se acurrucaba junto a la portezuela abierta a su lado.

—¡No debe de tener gasolina! —gritó ella.

—¡Claro que habrá! ¿Cómo demonios cree que los traen? —gruñó furioso. Introdujo la primera llave, rezando para que fuera la correcta. Lo era. El motor rugió al ponerse en marcha—. ¡Métase detrás y agáchese! —gritó a la mujer por encima del ruido.

Sin decir una palabra más, ella cerró la portezuela de golpe, abrió la otra y saltó al interior del vehículo. El coche empezó a moverse antes de que ella se hubiera dejado caer en el asiento trasero. Encogió las piernas en el momento en que la inercia del «Rover» cerraba de golpe la puerta del pasajero.

Los neumáticos chirriaron contra el suelo de plástico cuando Fenn apretó con fuerza el acelerador. El coche salió zumbando hacia la ventana, y Fenn levantó el brazo para protegerse la cara, esperando que fuera, más allá de las llamas, no hubiese nada sólido.

Nancy gritó cuando el «Rover» cruzaba, en medio de un gran estruendo, los enormes paneles de cristal.

Trozos de cristal chocaron contra el parabrisas, pero éste resistió la embestida. El coche fue engullido por el fuego, y Fenn mantuvo el pie en el acelerador, sujetando recto el volante, esperando a cada momento que el vehículo estallara en una llamarada.

No transcurrieron más de dos segundos antes de que hubieran salido del fuego, pero a los dos les pareció una eternidad. Eran abrumadores, el olor, el calor —y el miedo—, y la visión de cegadoras llamas que se retorcían por todas partes era como una pesadilla que jamás olvidarían. El instinto de conservación, más que la frialdad, fue lo que le hizo a Fenn mantener el pie en el acelerador.

Lanzó un grito de triunfo cuando emergieron del infierno, pero su grito se transformó en otro de pánico al ver el coche que le cerraba el camino. Giró bruscamente el volante a su derecha, y el «Rover» patinó de costado, estrellándose contra el otro vehículo. El metal aplastado hizo un tremendo ruido de desgarramiento, y el coche experimentó una violenta sacudida mientras se paraba el motor. Fenn, con una de las manos todavía en el volante, enderezó éste. Sin pensarlo un momento, cerró la llave de ignición.

Aspiró profundas bocanadas de aire; aún se notaba el ardiente hedor, aunque no tan espantoso como antes. Sus ojos se ensancharon al ver el terrible espectáculo.

Bolas de llamas ascendían al cielo en medio del aire lleno de un humo negro, y su resplandor y calor le escocían en los ojos. El camión cisterna estaba totalmente engullido por el fuego, y sólo cuando las llamas se agitaban, podía distinguirse su forma durante breves instantes. La mayor parte del antepatio estaba en llamas, y el ardiente líquido seguía esparciéndose, devorándolo todo ávidamente en su camino. El local de venta de coches estaba totalmente oculto bajo una pared de fuego, y la parte superior del edificio, donde se hallaban las oficinas, se hallaba ya chamuscada. Había caras en las abiertas ventanas, aterrorizadas caras que gritaban, y ojos que imploraban a los de abajo que les ayudaran, *¡por favor, por favor, socorro!*

El suelo resplandecía a causa del calor, y había en él gente arrastrándose y tratando de salvarse de la devastación. El autobús verde se veía encajado en el costado del camión cisterna, y la mitad de él ardía; la mayor parte de las ventanillas estaba destrozada, y aún quedaban pasajeros en él; los que no habían muerto instantáneamente quemados o habían quedado imposibilitados de moverse debido al choque inicial, luchaban por abrirse camino a través de las llamas, unos cuerpos cortados por los restos de los fragmentos de cristal, la carne quemada por el intenso calor. El «Capri» gris plata estaba a unos metros de distancia de los dos vehículos en llamas, como si hubiera salido rebotado por el impacto, pero se hallaba rodeado de llamas, que lamían su cuerpo de metal y fundían el cristal de las ventanas.

Fenn parpadeó, los ojos contra el resplandor. ¿Se había movido algo en la parte trasera del coche?

Por todas partes corrían personas tambaleantes, escapadas de la destrucción, pero una o dos se movían hacia delante, como fascinadas por el peligro. Los que estaban paralizados por el temor se acurrucaban contra las paredes o se protegían con los coches.

De pronto apareció una cara junto a la suya, una cara llena de lágrimas y manchada de sangre, que, por unos instantes, no logró reconocer, a causa del *shock*.

—¡Lo ha conseguido, Fenn! —gritó Nancy, con voz rota y casi llorando.

Pasó su brazo alrededor del cuello del reportero y apretó su mejilla contra la de él, en un abrazo que hizo guiñar el ojo a Fenn. Pero también le ayudó a recobrar los sentidos. Se puso en pie y tiró de la manecilla de la puerta.

—¡Tenemos que conseguir salir! —gritó—. ¡Hay más tanques de petróleo subterráneos que no ha tocado el fuego todavía! Cuando llegue a ellos…

Dejó la frase sin terminar, pero Nancy comprendió lo que significaba.

Cuando salieron del coche, el seco y ardiente aire les azotó el rostro como una onda de choque emergiendo de un horno, y ambos levantaron los brazos para protegerse. Era difícil respirar, porque todo estaba lleno de humos asfixiantes. Como un acto reflejo, Fenn apartó la mirada de la escena, e inmediatamente deseó no haberlo hecho.

La tienda de comestibles del pueblo estaba a su izquierda, y las enormes ventanas de vidrio cilindrado habían estallado hacia dentro. Cuerpos de mujeres que habían sido arrojadas por la onda de choque contra las ventanas, yacían esparcidas entre los restos, con las latas y mercancías almacenadas cubriéndolas como trozos de albañilería. Algunas permanecían inmóviles; otras se retorcían de dolor. Fenn se preguntó por qué las piernas de una de las mujeres no se movían al unísono con el tronco que se retorcía, y en seguida advirtió que casi las habían cortado por los muslos los fragmentos de cristal. Otra mujer, joven y que había sido hermosa de no haber tenido la cara desfigurada por la agonía, estaba sentada, erguida ante la ventana, con la cabeza apoyada contra la pared que había debajo del marco, y sus manos se tocaban un profundo corte en la garganta, tratando desesperadamente de

apretarse los labios del corte para impedir que la sangre escapara a chorros junto con su vida. El líquido rojo empezaba a brotar por entre sus dedos, mientras él miraba.

El ruido, la confusión —los gritos que pedían ayuda— golpearon su cerebro presa del vértigo. Se apoyó contra el «Rover» para recuperarse, y notó que el metal estaba caliente.

Una mano le tiró del hombro, y oyó gritar a Nancy.

—¡Fenn, alguien se mueve en el otro coche!

Se volvió, protegiéndose los ojos, y miró hacia los ardientes restos. La mujer tenía ahora razón, y él la había tenido unos momentos antes: algo se movía en la parte trasera del «Capri»; unas manos golpeaban contra la ventanilla trasera.

—¡Oh, es Pagett!

Estas palabras le brotaron como un gemido, porque Nancy lo estaba mirando también, y Fenn supo lo que ella iba a decirle.

—¡Tiene usted que ayudarle!

—¡De nada serviría! ¡No conseguiría acercarme!

—¡No puede dejar que se quede ahí quemándose!

—¿Qué puedo hacer? —Fenn gritaba, casi gemía—. ¿Qué demonios quiere que haga?

—¡Algo! ¡Haga algo!

—¡Hay una mujer! —Señaló desesperadamente hacia la ventana del supermercado—. ¡Se está muriendo desangrada!

—¡Yo me ocuparé de ella! —Nancy le empujó fuera del «Rover»—. ¡Por favor, Fenn, inténtelo! —suplicó.

—¡Todo sea por el condenado Movimiento de Liberación Femenino! —gritó a la mujer, y luego se dirigió corriendo hacia el fuego, irritado con ella, y muerto de miedo por él mismo.

Cuando se acercaba a los vehículos en llamas, un muro de fuego aún más intenso cayó sobre él, obligándole a quitarse la chaqueta y a sostenerla frente a él. Le pareció que podía oler el tejido chamuscado. Fenn siguió avanzando, sintiendo que se sofocaba y que tenía la piel seca y caliente. Era difícil respirar; caminar, una agonía. No sólo sus piernas sentían el calor, sino también sus pulmones. Fenn bajó la guardia sólo un momento para mirar al «Capri».

Pagett tenía la cara apretada contra la ventanilla trasera; los rasgos, aplastados, y las palmas de las manos, blancas contra el cristal. Trataba de abrirse camino a través del portón trasero, evidentemente cerrado, con la boca muy abierta para aspirar el escaso oxígeno, y los ojos exorbitados por el terror.

Fenn se vio obligado a ponerse otra vez la chaqueta sobre la cabeza, pero no supuso gran cosa. Sintió cómo le envolvía el aire caliente, y luego se vio sumergido en la oscuridad, cuando una espesa nube de humo negro invadió el antepatio. Hasta el viento invernal desempeñaba su papel en aquella pesadilla.

Se tambaleó, con los ojos llenos de lágrimas y los pulmones palpitando, mientras

expulsaba el venenoso humo. Se cayó y sintió cómo la espalda se le despellejaba al quedar expuesta al intenso calor. Tenía la piel de la cara y manos increíblemente tirante, como si estuviera apergaminándose. Tenía que escapar de allí. No servía de nada. No podía acercarse más. Quedaría asado vivo si lo intentaba.

Se impulsó hacia atrás, apoyándose con los talones sobre el hormigón y utilizando un codo para ganar inercia. Sostenía la chaqueta ante él para protegerse la cara, pero la verdad es que la prenda estaba tan caliente, que parecía como si fuera a encenderse de un momento a otro. Después de avanzar unos centímetros, se levantó apoyándose en una rodilla y se arriesgó a echar otra mirada al «Capri» en llamas. Lo que vio era tan horroroso, que le hizo olvidarse de su dolor.

Sólo pudo captar breves vislumbres a través de los remolinos de humo, y al principio no podía comprender lo que estaba sucediendo. Una forma extraña, confusa, emergía de la ventanilla trasera del «Capri». Parecía como si fueran sus propias lágrimas las que le dieran aquella impresión de forma borrosa. Fenn parpadeó y se dio cuenta de que sus ojos estaban ya secos. Entonces comprendió.

Pagett se abría camino a través del coche, pero el cristal no se había roto. Se estaba fundiendo, aferrándose a su cara y manos como un espeso y viscoso líquido, ardiendo y mezclándose con su carne, convirtiéndose en parte de él. Pagett se había convertido en un retorcido y deformado monstruo, una larva humana que se liberara prematuramente de su brillante y ajustada crisálida. En la retorcida cabeza se le podían ver los ojos dirigidos hacia Fenn, pero nada podían ver ya, porque el cristal líquido había quemado las retinas. Parte de su cara y nariz estaban aún aplastadas, moldeadas en aquella forma y paralizadas por la pegajosa sustancia. Mientras él emergía lentamente, el cristal se estiró, adelgazándose, y empezando a romperse. Una rendija apareció cerca de su cuello y hombro, y de sus ropas brotó humo, mezclado con vapor del cuerpo. Gritaba, pero el sonido quedaba enmudecido por la blanda pantalla transparente que cubría su boca.

No era sólo el calor lo que le hizo a Fenn cubrirse los ojos.

Trató de levantarse, pero se sentía demasiado mareado y débil para ponerse en pie. Empezó a arrastrarse, jadeando y sollozando mientras lo hacía. Tenía que huir de aquella horrible criatura agonizante.

Era demasiado; el calor le estaba ahogando. Sus manos cedieron debajo de él, rodó y quedó de espaldas.

Pagett estaba ahora en llamas. Azotaba el aire con los brazos, con una mano golpeando contra el maletero del «Capri» como en un gesto de frustrada ira. El pelo le ardía, y el cristal de su cara corría ahora por su piel en arroyuelos de un rojo brillante, por entre las llamas de las ropas. Cayó hacia delante y siguió moviéndose, emergiendo de la ventanilla como un autómata, figura de carboncillo que carecía de razón, no empujado por ninguna fuerza inteligente; sólo un movimiento causado por el pánico.

El depósito de gasolina del «Capri» estalló, y desapareció la espantosa visión.

Una nueva vaharada de aire tórrido cayó sobre Fenn, que rodó rápidamente a un lado, pedaleando con las piernas en un desesperado movimiento, como si temiera a cada momento verse también envuelto en llamas. Había otras personas a su lado, los que habían saltado de las ventanillas del autobús, los que habían sido sorprendidos paseando cerca del garaje, los que se habían acercado demasiado al fuego para ayudar a los demás. Todos se arrastraban o andaban tambaleándose, todos trataban de llegar a algún lugar seguro donde el fuego no pudiera alcanzarles, donde pudieran respirar aire fresco, húmedo. Pero el fuego no cedía. Había encontrado nueva sustancia, más material que quemar, más líquido inflamable que reforzar su energía. Los vehículos del interior del garaje empezaron también a hacer explosión; latas de aceite y gasolina formaron incandescentes bolas de fuego al estallar. El calor en los depósitos subterráneos fue aumentando hasta el punto en que se hizo inevitable la combustión.

Fenn se maldijo por no haber escapado, por no haberse refugiado en algún agujero hasta que el fuego hubiera terminado. Se aplastó sin fuerzas contra el suelo.

El aire frío cayó sobre él y pareció cerrar cada uno de los poros de su cuerpo. El calor desapareció de su piel; la comezón, de sus ojos. Fenn levantó los hombros del suelo y se apoyó sobre un codo para ver lo que estaba sucediendo, mirando hacia las llamas, sin creer en lo que veía.

El humo iba desapareciendo en tremendos remolinos, empujado por el viento, oscureciéndolo todo durante un instante, y levantándose para descubrirlo, al siguiente. Las llamas se iban apagando. Parecían encogerse, convirtiéndose en pequeñas lenguas, perdiendo su fuerza a cada segundo. Flaqueando. Desapareciendo. Los restos de los vehículos eran ya sólo humeantes esqueletos y la estación de servicio, una ennegrecida y humeante ruina.

Y a través de aquellos remolinos de humo venía una figurilla, una niña de rubio cabello, que caminaba lentamente, sin temor, por entre la mortandad. Su pajizo cabello era desgreñado por el viento mientras la niña alargaba las manos, y lo que quedaba de las llamas se enfriaba y moría completamente.

TERCERA PARTE

Vamos, entonces, escuchad, antes de que la voz del miedo,
cargada de amargas noticias,
llame a una doncella melancólica ¡a un lecho no deseado!
Nosotros, cariño, no somos más que niños han crecido,
que se lamentan de que ya sea hora de irse a la cama.

A través del espejo
LEWIS CARROL

VEINTICUATRO

Todos vosotros, padres que tenéis hijos,
y vosotros, que no los tenéis,
Si los queréis tener seguros fuera,
Os ruego que los guardéis en casa.

El ogro
WALTER DE LA MARE

Emisión de Televisión de la ITN, a todas las regiones, domingo a primera hora de la noche:

«…ocurrido hoy en el que una vez fuera pacífico pueblo de Banfield, en West Sussex. Miles de personas, reunidas en la iglesia católica romana de St. Joseph, esperando poder echar una mirada a Alice Pagett, la pequeña de once años que ha sido proclamada autora de milagros. Había una cola, de más de tres kilómetros de longitud, de coches y autocares, procedentes de ambas direcciones, que querían entrar en el pueblo, y hubo que llamar a los servicios policiales de reserva de los alrededores para dirigir el tráfico. Para un reportaje en vivo, conectamos ahora con Hugh Sinclair, quien lleva en la iglesia desde esta mañana…

»HUGH SINCLAIR: Las escenas ocurridas hoy aquí han sido absolutamente extraordinarias. Las personas empezaron a reunirse en St. Joseph a primeras horas de la mañana; muchas de ellas, devotos católicos; otras, sólo curiosos, deseosos de echar una mirada a esta pequeña que, según se dice, puede hacer milagros. Y quizás esperaban ver hoy más milagros.

»Alice Pagett llamó la atención del mundo hace sólo unas semanas…

Emisión de Televisión de la BBC I, a última hora del domingo por la noche:

«…curado cinco personas que sufrían diversas enfermedades y que los médicos consideraban incurables. La propia Alice fue sordomuda hasta que —dice ella— tuvo una visión de la Inmaculada Concepción. Aunque ha habido mucho escepticismo en torno a su declaración, especialmente por parte de la propia Iglesia católica, no puede negarse el hecho de que ella y otras cinco personas han sido curadas.

»Se calcula que al menos dos mil personas acudieron a St. Joseph esta mañana, y que ese número se dobló durante el día. Trevor Graves se encuentra aún en Banfield esta noche…

»TREVOR GRAVES: Aunque la muchedumbre se ha reducido considerablemente, esta noche sigue habiendo gran expectación en torno a la vieja iglesia de St. Joseph. Es como si la gente estuviera esperando ver la misma aparición que Alice Pagett

alega haber visto. A primera hora de la mañana de hoy, la atmósfera existente entre los peregrinos sólo puede ser descrita como cargada de electricidad. No hubo histeria de masas —algo que las autoridades temían que se presentara en una concentración semejante—, pero sí se produjeron muchos desmayos, llantos y oraciones.

»Cuando Alice fue a oír esta mañana la misa dominical, a las 9,30, acompañada por su madre y un grupo de guardaespaldas, formado por sacerdotes y policías, le resultó difícil llegar a algún lugar cerca de la iglesia, y mucho más entrar en ella. La misa fue retrasada durante cuarenta y cinco minutos, mientras sus protectores se esforzaban por hacer entrar a esta diminuta niña, de cara pálida y vestida de blanco, evidentemente afligida por la pérdida de su padre, tan trágicamente muerto el jueves pasado…»

Emisión radiofónica de la LBC, después de medianoche:

«…el máximo interés por Alice Pagett se despertó el jueves pasado, cuando, según afirman testigos oculares, apagó un incendio que amenazaba con devastar gran parte de Banfield. El fuego empezó cuando un coche en el que viajaba el propio padre de Alice como pasajero colisionó con un autobús y un camión cisterna. El fuego se extendía, alimentado por el petróleo que se escapaba del camión siniestrado. Este camión había estado llenando los depósitos subterráneos de la estación de servicio, y el peligro residía en que el combustible de dichos depósitos entrara también en ignición, cuando Alice apareció y —afirman los testigos—, apagó el fuego.

Irónicamente, Leonard Pagett había muerto antes de que la hija llegara al escenario de los hechos.

»Nadie sabe cómo pudo Alice Pagett haber detenido el fuego, pero los que estaban allí afirman que las llamas parecieron simplemente apagarse en cuanto ella apareció. Los funcionarios del cuerpo de bomberos, que hicieron un detenido examen de los restos, declaran que no hay una explicación lógica para el incidente. No llovió lo más mínimo ese día, aunque hacía un frío tremendo. Aparte de la explosión inicial, cuando el camión cisterna fue golpeado, no se produjeron otras explosiones lo suficientemente fuertes como para “apagar" el fuego. Los funcionarios encargados de la investigación encontraron madera a medio quemar que debería haberse achicharrado totalmente si el fuego hubiera seguido su curso natural, y petróleo encharcado todavía en el suelo sin arder. Sólo pequeños fuegos, diseminados y relativamente inofensivos, seguían ardiendo cuando llegó la brigada local de bomberos. Se espera un informe más amplio para mañana, pero, de momento, los expertos no dicen demasiado.

»Ayer hablé con personas que han venido de todas partes del país a la iglesia de St. Joseph de Banfield; muchas de ellas sufren alguna enfermedad, o han traído, a

parientes o amigos enfermos o imposibilitados, al lugar que consideran ahora como un santuario…»

Extractos de entrevistas efectuadas en Today, BBC Radio 4, UK, a primera hora de la mañana del lunes:

«…no pudimos acercarnos al lugar. Alguien dijo que la niña estaba allí, pero no pudimos verla…»

«…sí, estábamos en la iglesia. Se suponía que no iba a haber cámaras, pero lo cierto es que allí estaban, y sin parar de rodar. Los sacerdotes no podían controlar a los periodistas, así que supongo que al final renunciaron…»

«…es una santa. La vi. Parece un ángel. Yo sufro de artritis crónica, pero en cuanto la vi, me sentí mejor. Fue ella, sé que fue cosa suya. Ella lo hizo, sin la menor duda…»

«…bueno, nos dirigimos al campo que hay al lado de la iglesia. Los curas estaban tratando de convencer a la gente de que se volviera, así que lo lógico era que no estuviéramos allí, pero, la verdad, es que había demasiadas personas, ¿sabe usted? Yo llevé a mi hermana, quería que entrara en la iglesia. Está tullida. Sin embargo, no pudimos acercamos. Hasta el cementerio estaba atiborrado de gente…»

«¡…oh, no, no soy católico! No, sólo quería ver todo ese jaleo de que hablan. La vi en el coche que se dirigía a la iglesia, pero eso fue todo. Sólo una rápida entrevisión mientras se iba. Aunque fue un día perdido, los niños disfrutaron…»

«…el pueblo está atestado. Ni siquiera pude dejar la puerta de mi tienda esta mañana a causa de la gente. El negocio fue bien. Como vendedor de periódicos, tendría abierto hasta la hora del almuerzo. Pero tuve que cerrar mucho antes, pese a lo cual, agoté las existencias. Creo que los otros comerciantes estaban indignados. No podían abrir, ¿sabe?, no tenían permiso para ello. A pesar de todo, el negocio sería bueno el resto de la semana…»

«…acampé toda la noche. Y como yo, centenares de personas más. Todos queríamos asistir al servicio dominical. Conseguimos hacerlo, yo y mi mujer. Sí, vimos a Alice. Tiene un aura a su alrededor, ya sabe, como un santo…»

«…es una niña santa, eso se puede decir con sólo mirarla. Sonreía, aunque debía de sentirse espantosamente desgraciada por su padre. Estoy seguro de que me sonrió expresamente a mí. Sentí que su amor venía hacia mí, pareció llenar cada parte de mí…»

«…todavía estoy ciego…»

Extractos de entrevistas en World at One, BBC Radio 4, UK, lunes, a la hora del almuerzo:

«…la gente empujaba, daba codazos. Una muchacha delante de mi se desmayó. Fue terrible. Igual que cuando vinieron los Beatles…»

«…todo el mundo se sentía en paz, todo el mundo estaba sereno. Fue maravilloso, como si una ola de amor que nos cubriera a todos…»

«…alguien me pisó. Creo que me rompió un dedo…»

«…no queríamos irnos. Sólo queríamos quedarnos allí y rezar. Aunque no pudimos entrar en la iglesia, sentimos la presencia del Espíritu Santo…»

«…Traje a mi padre de Escocia. El viaje resultó terrible para él, pues tiene cáncer. Sólo pudimos divisar un momento a Alice, pero mi padre dice que se siente mejor, mejor que desde hace meses…»

«…todo el mundo —bueno, casi todo el mundo— del asilo quería venir. Insistieron. Como es una clínica privada, se pagaron el viaje. Tres autocares en total. Sólo se quedaron los que no deseaban venir y los que estaban demasiado enfermos para ser movidos…»

«…era muy diminuta, pero de alguna manera, de alguna manera se alzó por encima de nosotros. Parecía brillar con una irradiación interior…»

«…estábamos como sardinas a la hora del almuerzo, y por la tarde, el negocio fue igual de malo… o de bueno, diría. Mire a su alrededor, usted mismo puede ver. Me he enterado de que todas las tabernas de la zona están igual…»

«…quizá la gente comprenda ahora que hay sólo una verdadera fe. Alice les está mostrando el camino…»

Standard*, martes, última edición*

EL PADRE DE LA NIÑA DE LOS MILAGROS, ENTERRADO

El funeral por Leonard William Pagett, padre de Alice Pagett, la proclamada «autora de milagros de Banfield», se celebró hoy. No era católico, de manera que fue enterrado en un cementerio público situado en las inmediaciones del pueblo. Pagett, de cuarenta y siete años, murió en un choque de vehículos el jueves de la semana pasada. Su viuda, Molly Pagett, de cuarenta y cuatro años, estaba visiblemente afectada, no sólo por la trágica pérdida de su marido, sino también por las hordas de curiosos y periodistas que asediaban el cementerio. Alice estaba silenciosa allí de pie, junto a la tumba, aparentemente ignorando la presencia de la multitud y aparentemente también conmovida por la segunda tragedia ocurrida en su corta vida en el plazo de una semana (pocos días antes de la muerte de su padre, el cura de su parroquia, padre Andrew Hagan, por el que la niña sentía gran afecto, murió de un ataque al corazón…).

Transcripción de entrevistas en Nationwide, BBC 1, a todas las regiones, martes, primera hora de la noche:

P: Probablemente, canónigo Burnes, después de lo ocurrido la pasada semana, la Iglesia católica no puede negar que existe algo más bien extraordinario en la niña, ¿verdad?

R: Yo no estaba allí, de manera que no puedo opinar sobre lo que ocurrió.

P: Sí, pero hay muchos testigos según los cuales Alice Pagett detuvo el fuego. Algunos dicen incluso que caminó a través de las llamas.

R: Los informes son confusos, por no decir otra cosa. Diferentes testigos afirman haber visto distintas cosas. Algunos dicen que parecía caminar a través de las llamas, en tanto que otros declaran que las llamas se apagaban a medida que ella se acercaba. Y hay incluso unos pocos que dicen que Alice no apareció hasta que el fuego estuvo completamente extinguido.

P: No obstante, parece que la niña ejerció un efecto extraordinario en esta ocasión, ¿no diría usted eso?

R: Sería difícil negarlo.

P: ¿Y ha llegado la Iglesia a alguna conclusión sobre los milagros realizados por Alice?

R: Los «supuestos» milagros. Todavía están sometidos a investigación.

P: Bien, ¿cree usted que la Iglesia es el organismo adecuado para llevar a cabo semejante investigación?

R: Lo siento, no le entiendo.

P: Quizá los parapsicológos deberían estar estudiando el asunto. O al menos debería haber uno o dos en su comité de investigación.

R: Tenemos a varios miembros de la profesión médica…

P: No es lo mismo.

R: Nuestros hallazgos podrán ser examinados por cualquier institución científica reconocida que pueda estar interesada.

P: ¿Pero no por los parapsicológos?

R: No quisiéramos excluir a ninguna organización respetable. Sin embargo, por el momento, preferimos tratar el asunto sobre una base más racional.

P: ¿Por qué cree usted que no hubo más milagros el domingo pasado?

R: Yo no he reconocido que haya habido milagros en ningún momento. Por desgracia, los medios de difusión le están creando una enorme carga a esta pobre niña. Son ellos los que están dando al mundo esa imagen de

taumaturgo.

P: ¿Un taumaturgo?

R: Un autor de milagros. La gente espera eso de ella.

P: Realmente, parece que St. Joseph se ha convertido en un santuario para muchas personas. Pero eso, la verdad, no es culpa de los medios de difusión. Nos limitamos a informar sobre los acontecimientos que han ocurrido.

R: Y especular.

P: Ciertamente, es un asunto apto para la especulación. ¿Cómo esperan ustedes arreglárselas con los millares de personas que probablemente visitarán la iglesia después de toda esta publicidad? Tengo entendido que casi hubo un motín el domingo.

R: Eso son tonterías. La multitud se comportó muy bien, aunque muchos debieron de quedar decepcionados al no poder ver a Alice.

P: ¿Esperan ustedes que se concentre una multitud mayor el domingo que viene? Y, en tal caso, ¿están mejor preparados esta vez?

R: Creo que debo subrayar al público que sería absolutamente inútil acudir a St. Joseph. Realmente no habrá nada que ver.

P: Pero ¿es verdad que en estos momentos se están haciendo obras?

R: Sí, sí, es cierto. Aunque pedimos al público que no acuda, debemos estar preparados para cualquier contingencia.

P: Entonces, ¿se están ustedes preparando para —perdóneme— un asedio?

R: Espero que no sea un asedio. Pero, efectivamente, nos estamos preparando para recibir gran número de visitantes, aunque estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para disuadirles.

P: Gracias por responder a mi pregunta. ¿Puede usted decimos la clase de… preparativos que están haciendo?

R: Estamos simplemente construyendo un retablo en el campo adyacente a St. Joseph…

P: ¿Donde Alice afirma haber visto a la Santísima Virgen?

R: Sí. Se dispondrán tantos asientos como sea posible en torno al altar central, pero me temo que muchos tendrán que estar de pie y soportar el barro del campo. La misa se dirá allí en vez de en el interior de la iglesia.

P: Una última pregunta, canónigo Burnes; ¿asistirá Alice Pagett a la misa este domingo?

R: Eso no puedo decirlo.

Conversación entre el contratista de obras y monseñor Delgard, miércoles por la mañana:

—¿Dejamos el árbol, monseñor? ¿O lo cortamos?

—No. No deben ustedes destruir nada de este campo. Tiene usted los planos. Construya la plataforma alrededor del árbol.

Conversación telefónica sostenida entre Frank Aitken, redactor jefe del Brighton Evening Courier, *y la Oficina Central, en Londres, miércoles por la mañana:*

AITKEN: «No sé donde diablos está Fenn. Llamó por teléfono el viernes pasado y dijo que se había quemado un poco en el incendio de Banfield el día antes. Sí, vio todo el asunto… ¡estaba allí, por Cristo! No, no sé por qué no envió la historia. Ya os lo dije la semana pasada. Dijo que le quedaban unos días de vacaciones, y que había decidido tomarlos. ¿Que tiene mala idea? Probablemente así es. Si quieren ustedes que lo eche, lo haré encantado. ¿Que no quieren ustedes que lo eche? No pensé que lo hicieran. No, he probado en su casa. No contesta nadie. Incluso he enviado a alguien por allí. No hay nadie. No, desde el viernes. ¿En los hospitales? No se había quemado tanto, pero de todas maneras, lo comprobé. Simplemente, ha desaparecido, se ha desvanecido, se ha ido. Quizá tenga pluriempleo, alguna oferta que no puede rechazar. Claro que le aumenté el sueldo, tan pronto como la historia se hizo importante. Me imagino que no fue bastante. ¡Cristo! He tenido que dar instrucciones a nuestra centralita de teléfonos de que digan cortésmente a todos nuestros "amigos" del negocio que traten de contactar con él, que se vayan al infierno. No, Fenn no dijo cuánto tiempo, pero voy a romperle las malditas piernas cuando le vea. Sí, señor, le besaré el culo. Gracias. Se lo haré saber en cuanto me entere de algo.»

Extracto de la entrevista de la LBC, Brian Hayes, hecha por teléfono, zona de Londres, jueves por la mañana, con T. D. Radley, profesor de Religiones y Éticas Orientales de la Universidad de Oxford:

«…desde luego, todas las religiones occidentales subrayan la unicidad de Dios y le consideran como un ser sobrenatural. Los milagros sólo pueden ser realizados por

Él, aunque los simples mortales pueden suplicarle, a través de la oración, que los realice en su favor. Por lo general, esto se hace por medio de santos o místicos. Ahora bien, las religiones orientales desprecian generalmente los milagros por completo, y esto se debe a que tienen tendencia a no establecer la misma diferencia entre Dios y la Humanidad. Para ellos, tales acontecimientos forman parte de la realidad total, y obedecen a una especie de ley cósmica. Pero, por supuesto, esa ley cósmica es ajena al orden material. Aunque los, llamémosles de momento milagros, son excepciones a nuestras leyes de la lógica, a nuestra naturaleza, si usted quiere, su origen pertenece al Más Allá y, por supuesto, la lógica del Más Allá está fuera de nuestra comprensión, pero, no obstante, la lógica en sí misma…»

Extracto de un articulo del Guardian*, jueves por la mañana, VISIONARY, FRAUD, OR SELF-DELUDED, por Nicola Hynek, autor de* Bernadette Soubirous: The Facts Behind Fallacy *(Hodder & Stoughton, 1968):*

…en su libro *Vraies et Fausses dans Véglise*, Dom Bernard Billet da una lista completa de las visiones de María que han tenido lugar en el mundo entre marzo de 1928 y junio de 1975. Son 232 en total, dos de las cuales se produjeron en Inglaterra (Stockport, 1947, y Newcastle, 1954)…

Del Universe*, viernes:*

UNOS OBISPOS SE REÚNEN PARA HABLAR SOBRE LA NIÑA DE LOS MILAGROS DE BANFIELD

Los curiosos hechos ocurridos en torno a la niña de once años Alice Pagett serán examinados en Roma por los cardenales y obispos el mes próximo. Con una rapidez sin precedente, la Santa Sede ha decidido que la conferencia se celebre antes de que termine la tarea del comité especial de investigación de la Iglesia. Se cree que existe cierto temor ante la histeria provocada por la afirmación de la niña de que ha tenido una aparición, así como por su supuesta virtud de hacer milagros.

Varios altos miembros de la jerarquía eclesiástica han subrayado la urgencia de que se celebre dicha conferencia, entre ellos, el controvertido cardenal Lupecci, prefecto de la Congregación de la Doctrina, quien afirmó ayer en Roma: «En una época en que los valores religiosos están sufriendo constantes ataques, la Iglesia católica romana debe procurar firmemente mantener, o restaurar, las creencias de sus seguidores. La Iglesia debe buscar en todo momento la guía divina, y no debe ignorar ningún signo o portento de Dios. Despreciar lo segundo o dejar de determinar si son o no auténticamente

enviados por Dios, equivaldría a poner en peligro a la propia Iglesia.»

Extracto del editorial del Psychic News*, viernes*

¿ES REALMENTE EVOLUCIÓN?

…Muchos destacados genetistas creen que ya hemos desarrollado la capacidad biológica para llevar a cabo por nosotros mismos el siguiente paso en el progreso evolutivo, y que Alice Pagett es simplemente una precursora, una representante adelantada de dicho progreso. Su opinión es la de que la educabilidad genéticamente condicionada —que siempre ha sido la cualidad más firmemente favorecida de la Humanidad en el proceso de la selección natural— es ahora nuestra más eficaz adaptación biológica a nuestra cultura.

En un medio ambiente que cambia con rapidez, donde las culturas pueden adaptarse en el plazo de una generación, en tanto que los cambios biológicos exigen miles de años, los sentidos psíquicos del hombre se están desarrollando rápidamente, otorgándonos poderes mentales como el que se pudo contemplar en Banfield las últimas semanas. Debería quedar claro que Alice Pagett no es excepcional, o no será considerada así dentro de una o dos generaciones. Se han producido millares de otros casos, considerados de fenómenos mentales, que incluyen psicocinesia, paradiagnosis, psicofotografía y psicometría; y, por supuesto, la levitación y la curación por la fe se conocen ya hace muchos siglos. Sus experiencias han sido astutamente presentadas dentro de un contexto religioso, al cual tienen que aferrarse las personas desilusionadas por los abrumadores aspectos materialistas de la sociedad de hoy y los descubrimientos de la ciencia moderna que tanto desánimo espiritual están causando…

Extracto de conversación oída en The Punch Tavern, en Fleet Street, a primera hora de la noche del viernes:

«…todo es un montón de mierda…»

VEINTICINCO

Creí que eras un fantasma o un sueño —dijo—.
No puedes morder a un fantasma o a un sueño,
y si gritas, a ellos no les importa

El jardín secreto
FRANCES HODGSON BURNETT

Era papel. De bordes ásperos, pergamino amarillo, las hojas llenas de una escritura descolorida. Estaban por todas partes, flotando en el aire, esparcidas por el suelo, llenando su visión, por todas partes, por todas partes…

«Está bien —se dijo—. Estoy soñando. No puedo detener esto. No tengo más que despertarme.»

Pero las viejas páginas estaban empezando a enrollarse; los bordes, a arder. Manchas pardas causadas por pequeñas llamas se arrastraban hacia dentro.

¡Despierta!

Estaba oscuro allí. La oscuridad del sepulcro. Pero las llamas crecían, arrojando luz, creando sombras danzarinas. Él dio la vuelta, cayó. Una piedra pequeña le magulló las rodillas. Alargó la mano y tocó una madera áspera al tacto. Se incorporó y quedó medio sentado en el banco que había agarrado. A la parpadeante luz vio otros bancos, de madera sencilla, funcionales, nada elaborados. Vio el altar y se estremeció.

¡Despierta, Fenn!

Las llamas crecían, intentando prender en los viejos manuscritos. La iglesia era St. Joseph… sí, no era St. Joseph. Era algo diferente… más pequeña… más nueva… pero también más vieja…

¡Tenía que levantarse! ¡Tenía que despertarse! ¡Era consciente del sueño, así que tenía que despertarse! Pero las llamas empezaban a quemarle, y el humo llenaba su cabeza. Su pie extendido empezaba a chamuscarse.

Se obligó a ponerse de pie, y el fuego se levantó con él. Retrocedió hacia el altar y, mientras lo hacía, miró el papel que ardía. Una hoja yacía a sus pies, sin tocar aún por las llamas, aunque empezaba a retorcerse hacia dentro. No había señales de vieja escritura en su superficie; sólo una palabra, escrita en mayúsculas, sin adornos. Decía:

MARÍA

Y las letras eran comidas por las llamas, y vio que a su alrededor las otras hojas de pergamino llevaban la misma inscripción, y también estas hojas estaban ardiendo, y las llamas permanecían estáticas mientras se consumían.

¡Despierta!

Pero no podía, porque sabía que no estaba soñando. Miró más allá de las llamas,

al pasillo de la iglesia que era St. Joseph, aunque no lo era, hacia la puerta que se abría ahora lentamente. Su piel empezaba a cubrirse de ampollas a causa del calor, pero no podía moverse; estaba inmovilizado en su miedo. Sabía que se estaba quemando, pero no podía hacer otra cosa sino quedarse mirando fijamente la pequeña figura blanca que había cruzado la puerta, observarla mientras se aproximaba, su cara pasiva, sus ojos cerrados. Caminaba a través de las llamas, y éstas no parecían dañarla.

Y ahora sus labios sonreían, al igual que sus ojos. Y lo estaba mirando, y no era Alice, era…

¡POR EL AMOR DE CRISTO, FENN, DESPIERTA!

No estaba seguro de si gritó en el sueño, o gritó cuando estuvo despierto. Una cara le miraba, y el largo y oscuro cabello caía sobre unos desnudos hombros.

—¡Jesús, Fenn, creí que nunca ibas a despertar! Veo la sacudida, pero no soy partidaria de dejar que la gente se despierte por sí misma de sus pesadillas.

—¿Sue?

—¡Oh, mierda, eres terrible!

Nancy rodó sobre la cama para apartarse de él y cogió los cigarrillos que estaban en la mesita de noche.

Fenn parpadeó y enfocó los ojos en el techo, mientras el sueño se desvanecía rápidamente. Volvió la cabeza hacia la repentina llama cuando el fósforo se encendió.

—¡Hola, Nancy! —dijo.

Ella dejó escapar una bocanada de humo mientras sacudía el fósforo.

—¡Sí, hola! —respondió ella malhumoradamente.

Fenn sentía el cuerpo pegajoso a causa del sudor, y le dolía la vejiga. Se sentó y se frotó con la mano el cuello y luego la cara. Tenía una barba incipiente. Levantando las ropas, dejó que sus pies se deslizaran al suelo, y luego se sentó por unos momentos en el borde de la cama. Cerró con fuerza los párpados y los volvió a abrir.

—Perdóname —dijo, casi para sí mismo, y luego se levantó, dando tumbos hacia el baño.

Nancy dio una chupada al cigarrillo mientras esperaba su regreso. La lamparilla de la mesita de noche bañaba en una suave luz sus desnudos brazos y pechos. ¿Qué demonios no funcionaba en él? Era la segunda vez en una semana que había tenido que despertarle de una pesadilla. ¿Tanto le había afectado el incendio de Banfield? ¿Y qué diablos había hecho aquella semana, en que estuvo fuera todo el día, sin decir adonde iba, y volvía tarde cada noche, medio borracho? Ella tuvo que permitirle que se trasladara a su apartamento de alquiler de Brighton, porque Fenn quería estar lejos de los demás periodistas —especialmente de su propio periódico— para trabajar en algo especial, algo que tenía que ver con los milagros de Banfield; pero él no la dejaba participar en la cosa. Desde luego, pagaba su parte de los gastos, pero ella había esperado que a estas alturas compartirían el proyecto. Cuando hablaba de trabajo en equipo, él se limitaba a mover negativamente la cabeza y a decir: «Todavía

no, pequeña.» Estaba siendo utilizada, y eso era lo que andaba mal, porque era ella la que debería estar utilizándole.

Se oyó tirar de la cadena, y al cabo de unos segundos apareció Fenn en la puerta, rascándose en la axila. Nancy suspiró y sacudió la ceniza en el cenicero de la mesita. Él se dejó caer a su lado y gimió.

—¿Vas a contármelo? —preguntó Nancy, sin la menor suavidad en su voz.

—¿Qué?

—¿Tu sueño? ¿Ha sido el mismo que la otra vez?

Él se enderezó, apoyándose en los codos, y contempló la almohada.

—Era algo que tenía que ver con el fuego otra vez, eso está claro. Algo borroso ahora. ¡Oh, sí, había montones de manuscritos…!

—¿Manuscritos?

Él advirtió en seguida su error. Nancy se lo quedó mirando con curiosidad, el cigarrillo colgando de sus labios. Fenn se aclaró la garganta y deseó que su cabeza pudiera aclararse con la misma facilidad. Notó un sabor a rancio y maldijo la borrachera. Tomó una rápida decisión, consciente de que Nancy no era la clase de mujer que permitiría que la dejaran al margen por mucho tiempo antes de estallar. Estaba seguro de que ella intentaba abrir su cartera cada noche —una cartera con una cerradura de combinación que había comprado con el específico propósito de mantener a raya a los entrometidos— mientras él dormía, preguntándose dónde habría estado durante el día y qué era aquello tan precioso que tenía que guardar cerrado con llave. Bien, la verdad era que, después de una semana de tediosa investigación, no había nada precioso que tuviera que ser guardado. Ya era hora de aclarar las cosas con ella, una decisión fácil porque no había nada que revelar.

Se sentó, con la espalda contra la cabecera, cubriéndose con las ropas el estómago y las piernas.

—¿Quieres darme la cartera?

—¡Oh!, ¿quieres decir tu caja de caudales portátil? —replicó ella, confirmando sus sospechas.

Nancy saltó de la cama sin esperar nueva orden y cogió la cartera, apoyada contra una mesa de trabajo. El apartamento era realmente un piso-estudio de vacaciones, uno de los innumerables apartamentos vacíos de temporada baja que en los meses invernales existían en la estación balnearia, y que era ideal para personas como Nancy cuya estancia en el país iba a ser breve, pero demasiado larga para que resultara interesante tomar una habitación de hotel.

Volvió a la cama; Fenn hizo una mueca de dolor cuando ella descargó la cartera sobre su barriga. Nancy aplastó el cigarrillo y saltó a su lado, con los puntiagudos pezones de sus pechos tan ansiosos como la expresión de su cara.

—Sabía que confiarías en mí más pronto o más tarde —dijo, sonriendo.

Fenn lanzó un gruñido, accionando los discos de la cerradura de combinación con los pulgares. Cuando se formó la combinación de seis cifras, separó los cierres y

abrió la tapa. El interior de la cartera estaba lleno hasta los topes de notas garabateadas a lápiz.

Nancy alargó la mano y tomó un puñado, volviéndose hacia la luz con ellas.

—¿Qué demonios es esto, Fenn?

Vio fechas, nombres, breves anotaciones.

—Esto es el fruto de una semana de sólida investigación. Y, en parte, la causa de las pesadillas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, examinando cuidadosamente las notas y cogiendo algunas más.

—Cuando era estudiante, trabajé un verano en un restaurante. En un salón de té de bastante postín, para ser exactos; ya sabes, de la clase adonde las matronas y las tías van a tomar el té y las pastas de la tarde. Era un lugar muy concurrido, y el trabajo resultaba bastante nuevo para mí. En las dos primeras semanas, todo con lo que podía soñar por la noche era con teteras de plata y dedos escaldados. Esta semana he estado soñando con viejos pergaminos. Esta noche —y la otra noche— se añadió una cosita.

—Pero ¿para qué todo esto? ¿Estás escribiendo la historia de Banfield?

—No del todo. Investigo en ella. Ya sabes que la Iglesia me paga para escribir sobre los milagros de Banfield…

—Eso no quiere decir que no puedas escribir también para nosotros.

—Ya hemos hablado de eso, Nancy. Eso no impide que yo pueda escribir para cualquiera, pero, por el momento, quiero poner orden en mi cabeza.

—Te has estado comportando de una manera algo extraña desde el incendio. —Le tocó la pequeña zona descolorida de su frente; la hinchazón había desaparecido, pero la marca seguía allí, tan fea—. ¿Estás seguro de que el daño no es permanente?

Él le apartó la mano.

—¿Quieres escucharme o no? Necesito conseguir todos los antecedentes históricos sobre Banfield…

—Vamos, Fenn. No me trago eso. Puedes conseguir todos los antecedentes en la biblioteca local. Eso es lo que yo hice, y lo que hicieron los demás reporteros.

—Quiero estudiar la cuestión a fondo.

—De acuerdo, trátame como a una cateta; te seguiré la corriente de momento.

Fenn lanzó un suspiro de desesperación.

—¿Me escuchas, o no?

—Desde luego.

—La biblioteca local fue el primer lugar al que acudí. No tiene demasiado material. Sólo un libro escrito por un tipo que era el vicario del pueblo en los años treinta, y un par de volúmenes sobre la historia de Sussex.

—Ya, nada sustancial.

—Así que fui al Ayuntamiento del pueblo, al archivo público. El archivero se mostró muy servicial, pero sus archivos sólo se remontaban al decenio de los sesenta.

De allí fui a los archivos públicos del condado en Chichester, donde me tiré toda la semana pasada. Creo que el archivero que me ayudó está enfermo de verme a estas alturas. He examinado cada trozo de papel sobre Banfield desde el siglo VIII en adelante… no es que haya comprendido mucho de los primitivos documentos. La mayor parte eran ilegibles o estaban escritos en latín. Incluso las inscripciones posteriores eran difíciles, todas con «f» en lugar de «s», ya sabes a que me refiero.

—¿Qué buscabas?

Fenn apartó la mirada.

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no? ¿Cuál es el gran secreto?

—No hay ningún gran secreto.

—Entonces, ¿por qué te encuentras en ese estado?

Él volvió a mirarla.

—¿Qué?

—¿Has visto el aspecto que tienes? —Le pasó la mano por la rugosa barbilla—. ¿No te das cuenta de cómo te has comportado? De que has vuelto cada noche borracho, con tus malditos papeles encerrados como si se tratara de secretos de Estado, con tus pesadillas, murmurando en tu sueño… ¡y jodiéndome como si fueras un maldito zombie!

—¿No te gusta mi técnica?

—¡Cállate! ¿Qué piensas cuando estamos en la cama, que pagas simplemente tu cuota por usar esta casa? ¿Qué diablos te piensas que soy?

Él le puso una mano en el hombro, pero ella la rechazó de un golpe.

—Creí que podríamos ir juntos en esto —replicó ella, con irritación—. He aguantado y dejado que siguieras, esperando el momento en que te abrieras a mí. Y ahora podrías hacerlo, pero has decidido otra cosa. De acuerdo, amiguito, no hemos hecho trato, ya es hora de que te largues.

—Eh, no hace falta…

—¡Fuera!

—Son… son… —Palpó en la busca de su reloj de pulsera, que estaba debajo de la almohada—. Son más de las tres…

—¡Mala suerte! Empieza a moverte.

—Puedo mejorar mi estilo —dijo Fenn, frotándole uno de los pezones.

—No bromees, Fenn. ¡Fuera!

Fenn deslizó la mano bajo las ropas y en torno a la cintura de la mujer.

—Me afeitaré.

Ella le empujó en el pecho.

—¡Vete al diablo!

Fenn deslizó suavemente la mano hacia el muslo.

Ella le golpeó en el hombro.

—¡Hablo en serio, jodido!

Fenn rodó para situarse encima de ella, y las piernas de la mujer se cerraron con fuerza.

—¿Te crees —silbó— que de pronto te has convertido en un amante apasionado? ¿Crees que voy a desmayarme, mierdecilla?

Fenn se desplomó contra ella, derrotado, y luego rodó para quedar boca arriba y mirar fijamente al techo.

—¡Mira que eres ruda!

Nancy se sentó y le miró a los ojos.

—Soy ruda, y hablo en serio. Me has utilizado, Fenn, y a cambio no me has dado nada…

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón.

—Supongo que es tu estilo utilizar a la gente, las situaciones. Pero no sirve con esta dama.

—¿No eres la misma, Nancy? —preguntó quedamente—. ¿No eres la misma clase de animal?

La mujer vaciló.

—Claro, hace falta un listo para conocer a otro listo. Por eso soy prudente contigo. Por eso sé que no voy hacia ninguna parte…

—¡Calla! He dicho que tenías razón y quizás estoy empezando a sentirme culpable. Me he sentido extraño esta semana, casi… bueno, casi obsesionado con esa niña, Alice. Desde el incendio, desde que la vi llegar a través de las llamas…

Nancy seguía silenciosa, fumando aún, y él la miró como buscando una respuesta. El cuerpo de la mujer era esbelto; sus pechos, no tan firmes ya como probablemente lo habían sido otrora, y pequeñas arrugas en torno a su cuello traicionaban el paso de los años. La dureza de su cara quedaba suavizada por la pálida luz, pero la fiereza de sus ojos no podía ser apagada. Fenn estaba seguro de que, incluso cuando era más joven, aquella mujer nunca habría sido clasificada como hermosa; no obstante, tenía ese atractivo que cualquier mujer envidiaría, y que conseguiría que la mayoría de los hombres la desearan (quizá sólo por una noche, tal vez dos —ella demostraría ser demasiado difícil de manejar durante mucho más tiempo).

—Yo estaba allí también, ¿recuerdas? —replicó ella, inquieta por su mirada—. Alice no produjo en mí el mismo efecto.

Fenn se levantó y se apoyó en un codo, de manera que su cara quedó más cerca de la de ella.

—Dime qué efecto ejerció sobre ti.

—¿Qué…? ¡Eh, te estás escabullendo, cambiando de tema!

—No, dímelo. Te prometo que volveremos al tema cuando me lo hayas dicho.

Ella le miró dubitativamente, y luego se encogió de hombros.

—¿Qué demonios podría perder? —Meditó durante unos segundos, tratando de recordar el jueves del incendio—. De acuerdo. Ella no ejerció absolutamente ningún efecto en mí. Nada. Cero. No creía lo que estaba sucediendo, y aún no lo creo.

—Pero lo viste.

—Sí. Y sigo sin creerlo.

—Eso es estúpido.

—Claro. La vi llegar, vi que el fuego se apagaba. Pero algo aquí… —Se golpeó la sien—…no quiere, o no puede juntar las dos cosas.

Fenn sacudió la cabeza.

—¿Y qué me dices de Alice? ¿Qué piensas de ella?

—Es solo una niña. Una niña delgaducha y demasiado pequeña. Bastante bonita, pero nada especial.

—Un montón de gente dice que despide una irradiación, como una especie de aura de santidad.

—Quizá para algunos sea así; para mí, no, desde luego. En realidad, si he de ser absolutamente honesta, me deja un poquito fría.

—¿Por qué?

—Bueno, imagino que se debe a que me parece tan animada como los demás niños. Sé que ha tenido que soportar mucho, pero hay algo… No sé… algo chato en ella. Es como si sus emociones estuvieran encerradas en algún profundo lugar de su interior. Evidentemente estaba trastornada por la muerte de su padre, pero no la vi derramar una lágrima durante el funeral. Quizá lloró sola, en privado.

Fenn se dejó caer de espaldas en la cama.

—Últimamente yo he tenido la misma sensación con ella. Cuando la vi por primera vez, la primera noche que la estuve persiguiendo en el campo, era sólo una niña asustada, vulnerable. Ahora… ahora parece distinta. Tal vez ella impidió que me quemara gravemente la semana pasada; sin embargo, al parecer no puedo encontrar en mí ninguna gratitud hacia ella. Y… ¡oh, Señor, ahora lo recuerdo! ¡La vi un momento antes de que el coche se estrellara! Estoy seguro de que era ella. —Fenn estaba ahora otra vez, con los brazos sobre sus rodillas levantadas—. Estaba de pie en la ventana del convento, observando. Justo un momento antes de que los coches… perdieran… el… control.

—¿Qué estás diciendo, Fenn?

—Los coches. ¿Recuerdas? El «Capri» de delante perdió el control, y luego lo hizo el mío. El volante sencillamente se escapó.

—No recuerdo. Creí que el «Capri» había patinado y que tú tratabas de esquivarlo.

—Eso es lo que pensaba yo también… hasta ahora. Pero ahora lo recuerdo bien, Nancy. No podía controlar el maldito coche. Y ella sin dejar de observar…

—No te capto. ¿Qué estás tratando de decir? ¿Que la niña fue la responsable?

Fenn asintió lentamente.

—Quizá sea eso exactamente lo que estoy diciendo.

—¡Estás loco!

Nancy cogió otro cigarrillo y lo encendió.

—Si puede controlar el fuego, bien puede interferir en la dirección de un coche.

Nancy abrió la boca para hablar, pero se limitó a mover la cabeza.

—Han ocurrido cosas extrañas en torno a la niña —insistió Fenn.

—¡Mierda, eso es un eufemismo! Pero puede haber otros factores implicados, razones psicológicas para estos supuestos milagros. Y, además, su padre murió en el fuego. No es posible que la niña tuviera que ver con ello.

Fenn se frotó el labio inferior con el pulgar.

—No —dijo lentamente—. Desde luego que no.

Pareció perderse en sus pensamientos.

Nancy deslizó una mano por su espalda hasta el hombro de Fenn.

—Ahora vas a ser sincero conmigo.

Fenn se relajó, apoyándose en la cabecera de la cama. Nancy retiró la mano, dejándola reposar en el muslo del hombre.

—Sencillamente, se trata de esto —dijo Fenn—. Monseñor Delgard está seriamente preocupado por lo que está ocurriendo en la iglesia…

—Eso no es muy sorprendente.

—Deja que termine. Intuye que algo malo anda por allí…

—¿Con todos estos milagros? Debería estar brincando de alegría.

—Quizá debería, pero no es así. Está preocupado por la muerte del padre Hagan…

—Fue un caso claro de coronarias seniles.

—¿Quieres callar y escuchar? Está preocupado también por la atmósfera de la iglesia. Siente que ésta, por decirlo con sus propias palabras, está «espiritualmente vacía».

—¿Qué significa eso?

—Supongo que quiere decir que la santidad ha desaparecido.

—No puede hablar en serio. No estarás tratando de decirme que el lugar está poseído por los demonios, ¿verdad?

Soltó una breve risita.

—No. St. Joseph está vacía. No hay allí nada en absoluto. El padre Hagan sintió lo mismo antes de morir.

—¡Eh, no puedo escribir esa clase de sandeces!

—¡Por el amor de Cristo, Nancy, no tienes que escribir nada sobre ello! Te estoy hablando en confianza, porque tú querías saber. Me has estado resguardando esta semana, me has ayudado a permanecer lejos de los carroñeros para que pudiera seguir adelante con todo esto. Te estoy devolviendo el favor al dejarte que sepas lo que me preocupa, ¡pero no quiero que esto sea comunicado a toda la nación!

—No te preocupes, no sucederá. Mi jefe me enterraría. Ahora, si crees que hay alguna especie de fraude en marcha, entonces seguiré contigo.

—Sí, quizá todo sea un fraude muy bien preparado, ¿quién sabe?

—Entonces, ¿por qué seguir con esta… mierda «espiritualmente vacía»?

Siguiendo por este camino, estás echando a perder la posibilidad de una buena historia, Fenn, probablemente la mejor con que te hayas tropezado en tu vida.

—Es difícil de explicar, pero presiento que también hay algo malo en esto.

—Eres un cínico. Eso es natural en ti.

—Gracias, pero quiero decir algo *profundamente* malo. Igual que tú, creo que hay algo extraño en Alice.

—Yo sólo he dicho que no tiene mucha personalidad.

—Has dado a entender algo más.

—De acuerdo, tú y el cura pensáis que existe algo perverso en todo esto. ¿Así que ésta es la causa de toda esta investigación? ¿Adonde te va a llevar?

—Probablemente a ninguna parte, pero podría descubrir algo en la historia de la iglesia que pudiera arrojar un poco de luz.

—¿Quieres decir desenterrar algún oscuro secreto del pasado de St. Joseph? Fenn, no puedo creer esto de ti. Pensé que tenías tus planos pies firmemente asentados en el suelo y tus sucios deditos siempre dispuestos a agarrar el huevo de oro. No te creas que lo digo en plan de crítica. Viniendo de mí, esto es un cumplido; yo actúo así. Pero ahora estás empezando a decepcionarme.

—Monseñor Delgard me ve igual que tú; por eso me contrató.

—¡Oh, sí, eso tiene sentido!

—Lo tiene, y bastante. Quería a alguien que contemplara el asunto de una manera fría y lógica, alguien que no estuviera relacionado con la religión y que fuera capaz de burlarse de las malas vibraciones.

—Hasta hace unos momentos, yo habría dicho que se había elegido al tipo adecuado. Ahora, ya no estoy tan segura.

Fenn lanzó un suspiro, y su cuerpo se desplomó nuevamente contra la cabecera de la cama. Lentamente, se formó una sonrisa en sus labios.

—Sí —dijo—, pudiera ser que me estuviera obsesionando. El choque, el incendio… quizá me estaba cagando de miedo, lo suficiente como para hacerme pensar demasiado, de todas maneras. Tal vez me entró pánico e imaginé que la dirección se había estropeado. Quizás había aceite en la carretera… eso explicaría que el otro coche perdiera el control. De todas maneras… —vació en el suelo la cartera llena de notas—…no encontré nada repulsivo en la historia de Banfield o de St. Joseph. Nada, al menos, que no haya ocurrido en cualquier otro pueblo, ciudad o localidad de Inglaterra durante los últimos cien años. Supongo que eso debería constituir un alivio. Nancy miró los esparcidos papeles.

—¿Qué te parece si examinara un poco tus notas?

—Sírvete tú misma, aunque no hay nada que pueda interesarte.

La mujer se acercó más a él, y su mano se deslizó hacia la parte interior de los muslos de Fenn.

—¿Qué hay de nosotros, Fenn?

—¿De nosotros?

—De trabajar juntos.

—Creí que querías que me fuera.

—Eso era antes. Ahora me has dicho lo que has estado haciendo.

—No había mucho que contar, ¿verdad?

—No, pero al menos has confiado en mí. ¿Qué hay de nuestro trato?

—Estoy trabajando para la Iglesia, Nancy.

—Vamos, Fenn. Estás trabajando para ti mismo… estás utilizando a la Iglesia. Es una manera de estar ahí en primera fila y conseguir la información que necesitas. Sea lo que sea lo que te paguen, puedes sacar tres veces más, no, cuatro, de otras fuentes cuando hayas acabado tu trabajo para la Iglesia. ¿No es por eso por lo que lo aceptaste?

La sonrisa de Fenn afloró lentamente a la superficie, y cuando lo hizo era muy forzada. Al cabo de un rato, dijo:

—No quiero trabajar contigo, Nancy, pero te pasaré información, trataré de conseguirte asientos de *ring* para las ocasiones especiales, y en general te ayudaré de la manera que pueda.

—Hasta cierto punto, ¿no?

—Sí, hasta cierto punto.

Nancy gimió, abandonando la lucha.

—Imagino que va a tener que ser así. Creo que eres un estúpido, sin embargo. Podía haber mejorado cualquier cosa que tú escribieras, haberle dado un estilo. Lo digo en serio, podía haberlo hecho. Y podía haber conseguido para ti un buen trato del *Post*.

Fenn se estiró y la besó en el cuello; la presión de su mano ejercía ya cierto efecto.

—¿Cuándo tienes que volver a Estados Unidos? —preguntó.

—Tan pronto como crea que he obtenido todo lo que puedo conseguir de este asunto de los milagros. No me puedo quedar para siempre, eso desde luego. Quizás un par de semanas; a menos, por supuesto, que empiecen a suceder cosas más grandes.

—Es difícil imaginar que pueda ocurrir algo más tremendo.

Se quedó pensativo. Sólo un par de semanas antes había ido diciendo que todo el asunto fracasaría y que Banfield se hundiría una vez más en el anonimato. Por sus propios motivos personales, no deseaba que esto ocurriera, pero algún pequeño instinto que se mostró esquivo cuando trató de localizarlo, le advirtió que quizás eso habría sido lo mejor.

Nancy frotó su mejilla contra la frente de Fenn.

—Lo que digo es que, si vas a ayudarme, tiene que ser pronto. No te lo guardes para ti. ¿Vale?

—Claro —aceptó Fenn, sin creer en sí mismo.

La ayudaría, pero, como había dicho, hasta cierto punto. Los periodistas son

personas generalmente egoístas cuando se trata de su trabajo, y él no era una excepción a la regla. La mano de la mujer se había movido hacia arriba, y sus dedos empezaron a rodearle el pene, cada vez más rígido. Por primera vez aquella semana (y con gran alivio suyo), su deseo se hizo más intenso que la simple necesidad de cumplir una función corporal. Se retorció cuando los movimientos de la mano de ella fueron aumentando agradablemente el ritmo.

Besó a Nancy en los labios y se volvió para apretarla más contra sí, pero la mujer no soltó su posesión, ni rompió su ritmo. Su palma, sus dedos, eran suaves; sabían ejercer la presión justa, sabían cuándo tenían que apretar y cuándo aflojar. Los besos de Fenn se hicieron más intensos; sus labios, más húmedos. Ella le mordió en el labio inferior, suavemente, solo lo suficiente como para excitarle. Su lengua buscó la de Fenn, y el cuerpo de éste se puso tenso; la zona de excitación se extendía ya desde los riñones a los brazos, muslos, músculos de las nalgas, pezones… Sus propios dedos se deslizaron por las caderas de la mujer, subiendo luego a los pechos, acariciándolos por turno, apretando y tirando de sus erectos pezones, aplanando la mano para abarcar cada parte, estrujando con cierta dureza un momento, y acariciando tiernamente al siguiente.

Ella podía sentir su pasión, y era diferente de cualquiera de las otras veces durante la semana. Era como si, finalmente, él hubiera emergido de un estado de semi intoxicación. Nancy sonrió interiormente. O quizás era ella la que le había hecho emerger de aquel estado.

Nancy le empujó hacia atrás, con un hombro, pues no quería soltar aún su presa. Mantenía sus dedos allí, acariciando, moviendo la suave piel contra su rígido núcleo en un movimiento invariable, aumentando de vez en cuando el ritmo para incrementar su excitación y aminorando luego el movimiento antes de que fuera demasiado tarde para ambos.

La mano del hombre se deslizó hacia el estómago de Nancy; los músculos de la mujer se estremecieron y luego se endurecieron, a su toque; pero ella le apartó la mano cuando él trató de llegar más abajo. Nancy se puso de rodillas, y soltó el pene, al objeto de poder explorar más partes de su cuerpo. Ambas manos corrieron ahora por encima de su estómago, deslizándose hacia arriba en movimientos circulares, en un suave masaje de la piel; la presión se extendía merced a sus abiertas palmas y dedos estirados. Las deslizó luego hasta su pecho, deteniéndose en torno a los pezones; la mujer se inclinó para besarlos, chuparlos, humedecerlos, soplando suavemente en ellos antes de moverse hacia arriba, mientras las manos le acariciaban suavemente los hombros, se enroscaban en torno a su cuello y le tocaban las orejas por detrás con los pulgares.

Fenn sonreía, y Nancy besó aquella sonrisa, cambiando la posición del cuerpo para colocarse encima de él. Se estiró, descansó su cuerpo contra el del hombre, y su piel se tocaba y se moldeaba en una fusión que era cómoda y exquisita a la vez, como si los poros de su carne se abrieran a los del otro, sorbiéndose mutuamente los jugos.

Nancy se retorció contra el duro cuerpo de Fenn; empezaba a notar que se iniciaba su placer, experimentaba la sensación profundamente entre los muslos, sentía cómo fluía la humedad. Abrió las piernas, y sus muslos se extendieron para rodearle. El pene se apoyaba ahora contra su estómago, y Fenn levantó las caderas para apretarlo con más fuerza. Ella le tomó las manos, que estaban agarradas a su parte lumbar, y le subió los brazos, entrelazando sus dedos con los de él; le sujetó las manos con fuerza, empujándolas por encima de su cabeza, apretándolas contra la almohada e inmovilizando el cuerpo del hombre con el suyo. La mujer se movió hacia arriba de manera que su abertura quedara a la altura de los testículos; la excitada raíz de su propio placer se apretaba duramente contra la hinchada base del miembro. Gimió cuando él se retorció y empleó el cuerpo en dar a ella más placer.

Subió las rodillas a medida que aumentaba la sensación, pero aún seguía acurrucada sobre él, aún le sujetaba los brazos hacia atrás. Frotó la vagina, tan húmeda, tan viva contra el pene, y luego otra vez debajo; todo su cuerpo se estremecía ante la sensualidad del varón. Ella se deslizó hacia arriba nuevamente, hasta que la punta de él tocó la suya, y allí se quedó, provocando su propia excitación; el temblor aumentó hasta hacerse casi insoportable, pero era demasiado bueno para soltarlo.

Sus dedos soltaron los del hombre y se dirigieron abajo. Ella levantó el cuerpo, apretó el pene más firmemente contra ella, presionado con una mano arriba y abajo su piel protectora, en el excitante y atormentador movimiento de los momentos previos; ella se excitaba con él, dejando que el cuerpo del varón penetrara sólo parcialmente y utilizándole para cosquillear los labios mayores.

El hombre gimió, tratando de empujar hacia arriba, pero ella subió con él, mientras emitía una ronca risita, que era casi un gemido. Ella le permitió entrar aún más; la humedad suavizaba la entrada sin dolor, sólo placer. Los músculos internos se endurecieron, cerrándose en torno a él y sujetándole allí, su mano acariciando aún el resto del cuerpo, tocando entre sus piernas, retorciéndose entre sus testículos y pellizcándolos suavemente. Las caderas de la mujer hacían un movimiento circular, y las manos de Fenn se aferraban a los muslos de Nancy, esparciéndose por ellos, sujetándolos, soltándolos, corriendo por su espalda, tocando la parte superior de su abertura, atormentándola, pero dándole placer, al tiempo que ella le atormentaba y le daba placer a él.

Aquello era ya demasiado para ella. Se dejó caer hacia abajo, y él se alzó, penetrándola, cada parte de su miembro rodeada por calor, por humedad, por músculos que succionaban los jugos dentro de él, provocando en la pareja hábiles contracciones que necesitaban poco movimiento del resto de sus cuerpos.

Ambos estaban cubiertos por una ligera capa de sudor, y el pelo de Nancy le colgaba flácidamente sobre la frente. Los ojos de ella estaban medio cerrados; las pupilas, hacia arriba, y sus labios, separados lo suficiente como para mostrar sus dientes; su sonrisa era casi una mueca de agonía. Fenn la miró, y la visión aumentó

sus sensaciones. Se apretó contra ella, pero la mujer lo controlaba todo; el placer final no se produciría hasta que ella estuviera dispuesta, hasta que su propio clímax estuviera listo para realizarse. Y eso sería pronto.

Nancy jadeó, y el sonido pareció casi un gritito. Ahora todo su cuerpo se movía, atrayéndole hacia ella, tanto como podía aceptar, que era todo. Él ayudaba a sus movimientos, con sus manos alrededor de las caderas de ella. La levantó de la cama, hincando sus talones en las sábanas, y ella gimió con fuerza, deseando más, más. Sus manos apretaban las caderas del hombre y le empujaba hacia arriba.

Fenn sintió que sus jugos internos empezaban su agitación, entraban en erupción, presionando para el momento en que fueran liberados.

Nancy sintió el cambio que se producía en él, la mayor tiesura de su miembro, y cómo todo su cuerpo se volvía aún más vigoroso, más rígido, más intenso. Ya estaba lista. El tumulto interior se hallaba a punto de hacer explosión.

El cuerpo de la mujer se endureció como si cada tendón, cada nervio, se hubieran tensado hacia dentro. Ya no podía aspirar aire, y su corazón latía apresuradamente, igualando su ritmo al de sus propios movimientos. Y entonces se alcanzó el clímax, y ella se sintió flotar y elevarse, llegando a una gran altura y luego a otra, pues el clímax no constituía una sola y exquisita explosión, sino toda una serie de ellas; las primeras dos o tres se expandían en su mente, de manera que la afectaban a su totalidad, convirtiendo cada nervio en parte de la blancura, parte de su mente, disminuyendo lentamente su intensidad y dejándola jadeante, sensualmente vaciada.

Los hombros de la mujer se inclinaron hacia delante, sus brazos se doblaron, incapaces ya de sostenerla, y su largo pelo oscuro le caía sobre la cara. Soltó un largo y sonriente suspiro, a medida que disminuía lentamente el placer hasta ser sustituido por una profunda satisfacción.

Despacio, se liberó y quedó tumbada al lado de él, mientras los fluidos del hombre le rebosaban y se vertían sobre la parte interna de sus muslos.

—Eso ha estado mejor —suspiró.

—Tú has hecho todo el trabajo —le dijo él, apartando algunas hebras de oscuro cabello de su húmeda frente.

—Sí, pero tu cooperación ha ayudado esta vez.

Quedaron en silencio durante un rato, mientras sus cuerpos se relajaban y sus pensamientos empezaban a divagar. Nancy notó que la respiración de Fenn se iba haciendo más profunda y regular, y comprendió que estaba durmiendo. Cuidadosamente, se liberó de sus brazos y se encaminó al baño, caminando con suavidad, pues no quería estorbarle. Se lavó, se puso una bata, y luego se sirvió un vaso de leche fría en la cocina. Regresó al dormitorio, recogió las notas desperdigadas de Fenn, se las llevó al salón y las puso en el sofá. Encendió la lámpara y volvió al dormitorio para recoger los cigarrillos.

Luego se instaló en el sofá, encendió un cigarrillo, amontonó las notas a su lado en tres limpias pilas y empezó a leer.

VEINTISEIS

Había una niñita, con un ricito
justo en mitad de la frente.
Cuando era buena, era muy, muy, buena.
pero cuando era mala, era horrible.

Jemima
ANON

La marcha de monseñor Delgard había perdido mucho de su vivacidad, y su alta figura se veía más encorvada que de costumbre. La Calle Mayor estaba oscura y tranquila, al no haber regurgitado aún las dos tabernas sus clientes del sábado por la noche. Sus pasos sonaban duros y solitarios a lo largo del firme. No había muchos escaparates iluminados y las luces de las escasas farolas de la calle eran débiles, proyectando unas sombras más amenazadoras que la oscuridad natural. Otra vez hacía un frío glacial, y aunque estaba terminando febrero, no se observaba un cambio significativo en el clima. El sacerdote se subió las solapas del abrigo, preguntándose si el frío que le penetraba hasta los huesos no sería debido a algo más que al tiempo. Se estremeció, sintiendo que unos fríos dedos le tocaban los nervios.

Podía ver las luces del convento, allá delante; bajo sus pesados párpados, sus ojos, generalmente agudos, seguían teniendo una clara visión, que sólo unos pensamientos perturbados o un dolor de sienes podían algunas veces enturbiar. La cabeza le dolía, el aire frío no era ninguna panacea, y sus pensamientos estaban también perturbados. Las luces del convento brillaban como un faro, como guiándole hacia un amistoso refugio, un lugar de retiro, lejos de la acechante iglesia. Pero ¿era quizás un falso refugio? ¿Qué temía dentro de su santuario? Apartó sus dudas con un encogimiento de hombros. Dentro de aquellas paredes había sólo una niña, una niña asustada, aturdida. Pero quizás una niña que estaba siendo utilizada…

Delgard se había enfrentado ya muchas veces con el fenómeno llamado «posesión», había ayudado a las víctimas a derrotar al diablo en su interior, había ayudado a que sus mentes se liberaran de emociones esquizofrénicas que encadenaban y atormentaban. Con el tiempo casi resultó excesivo para su agotado cuerpo el esfuerzo de tales batallas psicológicas, y su mente (o su alma) necesitaba cada vez más tiempo para recuperarse. Pero también los huesos rotos necesitaban cada vez más tiempo en curarse, a medida que la edad los iba desgastando. De repente volvió la cabeza, como si un dedo desencarnado le hubiera dado un golpecito en el hombro.

Una calle vacía. Los curiosos habían regresado a su lugar de origen, y los reporteros y fotógrafos se habían retirado ya, ansiosos de la llegada del día siguiente: domingo. Miró una vez más hacia el convento, su paso se hizo más rápido, y se negó

a aceptar que huía de una espantosa inseguridad y se dirigía a otra inquietante inseguridad.

Pasó por delante del quemado esqueleto del garaje y pensó en Gerry Fenn. El día después del terrible accidente, Delgard recibió una agitada llamada telefónica del reportero para explicarle lo ocurrido, lo que él, Fenn, había contemplado, y luego… nada. El periodista había desaparecido, sin informar a nadie, ni siquiera a su redactor jefe, ni siquiera a Susan Gates, de dónde podían encontrarle, qué estaba haciendo. Delgard estaba preocupado por el reportero; ¿y si hubiera empujado a aquel hombre hacia algo que él no podía comprender y, por tanto, no podía tratar con el respeto (y el temor) que exigía? El hombre no era ningún estúpido, y su cinismo le proporcionaba cierta protección. Pero sólo hasta cierto punto. Más allá de él, era tan vulnerable como cualquiera. Delgard suspiró en aquel frío aire, y expelió una niebla blanquecina, como un alma que se escapara.

El coche a rayas estaba aparcado a medias en el bordillo ante el convento, y el policía que estaba dentro observó al alto sacerdote mientras éste se acercaba a la puerta. Los faros deslumbraron a Delgard, paralizándole como un conejo asustado.

—Lo siento —dijo una voz desde la ventanilla—. Es monseñor Delgard, ¿verdad?

Los faros se apagaron, dejando al clérigo sin visión durante unos momentos. Oyó abrirse la portezuela de un coche, y sólo pudo distinguir una oscura sombra cuando el policía se aproximó.

—No esperaba visitantes a esta hora de la madrugada —dijo la voz.

La puerta del convento se abrió al empujarla el policía, que se echó a un lado para dejar que el cura pasara.

—Gracias —dijo Delgard cuando entraba en el patio—. ¿No hay periodistas hoy?

El policía soltó una risita.

—No hay peligro. Es sábado. Están en las tabernas locales emborrachándose, o metidos en cama esperando el gran día de mañana. Como conozco el paño, yo diría que lo más probable es lo primero.

Delgard asintió, cruzó el patio y subió los tres escalones que conducían a la puerta principal, mientras la del jardín chirriaba detrás de él. Llamó al timbre de la puerta y esperó.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que se abriera la puerta, mientras le azotaba el frío con deliberada intensidad, castigándolo porque se atrevía a permanecer inmóvil cuando sólo el movimiento podía mantenerlo a raya. La monja atisbo por la rendija; su cara apenas era distinguible a causa de la luz que brillaba detrás, y mostraba una actitud cautelosa.

—¡Oh, monseñor! —exclamó con alivio. La puerta se abrió de par en par.

—La Reverenda Madre me está esperando —dijo a la monja, mientras entraba en el recibidor.

—Sí, desde luego. Deje que le muestre a usted…

—Me alegro de que haya venido, monseñor Delgard —dijo una voz desde el otro

extremo del corredor.

La madre Marie-Claire, la Reverenda Madre del convento y la directora de la escuela conventual, se dirigió hacia él, mientras la cruz de plata que colgaba a un lado de su túnica gris relampagueaba brevemente al reflejar la luz del techo. Era una mujer bajita, delgada y vulnerable, como parecían serlo la mayoría de las monjas, aun las más robustas. Unas gafas de montura ligera, colgadas de su estrecha nariz, y sus cejas sin depilar, le conferían una severidad que Delgard sabía que no iba con su carácter. Iba con las manos juntas, como siempre; era como si estuviese rezando constantemente, y monseñor sabía que probablemente así era. Se detuvo ante él, y Delgard pudo captar su ansiedad detrás de las delgadas gafas.

—Lamento haber venido tan tarde, Reverenda Madre —dijo—. Había muchas cosas que preparar para mañana.

—Lo comprendo, monseñor. Ha sido muy amable de su parte venir a esta hora.

—¿Está en su habitación?

—Sí, pero no duerme. Parece muy ansiosa de verle.

—Entonces, ¿sabía que yo vendría?

La madre Marie-Claire asintió con la cabeza.

—¿Puedo ofrecerle algo caliente antes de que vaya a verla? Debe de estar usted helado.

—No, gracias. Estoy bien. Creo que subiré ahora mismo.

—¿No le gustaría que bajara ella? ¿A mi despacho, quizá?

Delgard sonrió:

—No, quizá se sienta inclinada a hablar con más libertad en la intimidad de su propio cuarto, por provisional que éste sea.

—Como usted quiera, monseñor. Le acompañaré arriba.

Delgard levantó una mano.

—Sé dónde está su cuarto. Reverenda Madre. Por favor, no se moleste.

Se dirigió a la escalera, se desabrochó el abrigo mientras caminaba y lo tendió a la hermana que había abierto la puerta.

—¿Monseñor?

El hombre se detuvo y se volvió hacia el corredor.

—¿Cree que será prudente permitir que Alice asista a misa mañana?

—Es lo que ella desea. Reverenda Madre. Insiste en ello.

—Es sólo una niña…

La monja dejó que se apagaran las palabras.

—Y una niña que debe ser tratada con gran cuidado —añadió Delgard amablemente.

—Pero la multitud. Tanta gente…

—No podemos mantenerla encerrada. Me temo que el público pensaría en algún siniestro motivo.

—Pero es por su bien.

—Ya sabe usted cuánto se trastorna cuando tratamos de apartarla de la iglesia. Soy de la misma opinión que usted. Reverenda Madre, pero este asunto no está del todo en mis manos.

—Probablemente el obispo Caines…

—No, no es sólo el obispo quien desea que Alice sea vista en público. Ninguna de estas decisiones son tomadas ya por una sola persona. No se preocupe por su seguridad, se lo ruego; estará bien protegida.

—Lo que me inquieta es la paz de su mente, monseñor. —No había crítica ni dureza, en su tono; sólo una triste preocupación.

—Todos estamos inquietos, Reverenda Madre. Le aseguro que lo estamos todos.

Delgard empezó a subir por las escaleras con pasos más bien lentos, como si no tuviera muchas ganas de llegar al piso superior.

La madre Marie-Claire tocó inconscientemente la cruz de plata que colgaba de la cadena atada en torno a su cuello, y luego regresó a la diminuta capilla situada al otro lado del pasillo, en donde estaba rezando antes de la llegada del sacerdote. La monja que había abierto la puerta a monseñor Delgard la cerró ahora y siguió a su superiora por el corredor, deteniéndose en el camino para colgar el abrigo del sacerdote en un perchero debajo de las escaleras. Echó una mirada a la alta figura antes de que ésta desapareciera en la penumbra del piso superior, y luego volvió a su trabajo en la cocina del convento.

Delgard se detuvo en lo alto de la escalera, para que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz. Había puertas a ambos lados del pasillo, cada una de las cuales correspondía a la celda de una monja. La habitación que él buscaba estaba a medio pasillo, a su derecha. Se preguntó por qué era tan urgente para ella verle aquella noche, y se dijo que pronto lo sabría. Fue hacia la puerta y llamó suavemente.

No se oyó ningún sonido durante unos momentos, pero luego una voz dijo:

—¿Quién hay?

—Soy monseñor Delgard —replicó, con voz suave, no deseando molestar a los que estaban durmiendo.

La puerta se abrió casi inmediatamente, y la pálida y cansada cara de Molly Pagett se quedó mirándole.

—Muchas gracias por venir —dijo; se notaba temblor en su voz.

—La madre Marie-Claire dijo que usted necesitaba…

—Sí, sí, necesitaba verle. Lamento que haya tenido usted que venir tan tarde. Por favor, pase.

La habitación tenía un camastro, un lavabo, una silla de respaldo recto y apariencia incómoda, un pequeño armario y un crucifijo negro en la pared. Después de la penumbra del corredor, la única luz de la celda resultaba fuerte, desagradable. Molly Pagett se sentó en el borde de la cama, con las manos entrelazadas en el regazo, y Delgard tomó la silla que estaba junto a la pared y la puso cerca de ella. Se sentó, con un débil gemido de placer, pretendiendo que le dolían mucho los huesos,

pues sabía que ella le tenía un poco de miedo y quería con ello aparecer menos intimidador.

—Me temo que el tiempo frío me anquilosa las articulaciones —le dijo, sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa, pero ésta fue efímera, nerviosa.

Delgard se sentía demasiado cansado para los preámbulos, pero comprendía que la mujer necesitaba acomodarse.

—¿Cómo la tratan aquí, Molly? No parece muy confortable, a juzgar por su aspecto.

La mujer se miró las manos, y Delgard vio que las mantenía fuertemente apretadas.

—Son muy amables con nosotras aquí, padre… perdón, monseñor.

El clérigo se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en las inquietas manos de la mujer. Éstas quedaron completamente cubiertas por la mano del cura, tan grande era.

—Está bien. No hay ninguna diferencia real entre un monseñor y un sacerdote; es sólo un título más fantasioso; eso es todo. Parece usted cansada, Molly. ¿No ha dormido bien?

—No muy bien, monseñor.

—Bueno, eso es comprensible; ha pasado usted por tantas cosas… ¿No le ha recetado nada el doctor? Algo que la relaje, que la ayude a dormir.

—Sí, sí, me mandó unas píldoras. Pero no me gusta tomarlas.

—Estoy convencido de que no la harán ningún daño. Su médico no le daría algo si creyera que no iba a ser lo mejor para usted.

—No, no, no es eso —respondió ella rápidamente—. Se trata de Alice, ¿sabe? Podría necesitarme durante la noche. Podría llamarme.

—Estoy seguro de que las monjas sabrán cuidar de ella.

—Pero ella quiere a su madre. Si se despierta en mitad de la noche, se asustará. Quiere a su madre…

Delgard vio que las lágrimas empezaban a humedecer sus ojos antes de que inclinara la cabeza.

—No se preocupe, Molly —dijo amablemente—. Sé que todo es una enorme carga para usted en este momento, pero le prometo que todo se arreglará. La pérdida de su querido esposo, esta extraña cosa que le está ocurriendo a Alice…

La mujer levantó la mirada, y sus ojos brillaron a través de las no derramadas lágrimas, con una gloria interna que no podía ni quería ocultar.

—Es algo maravilloso, sagrado, monseñor. Leonard… Leonard… no podía comprenderlo, no podía apreciar lo que le está ocurriendo a Alice. Él no creía en Dios, monseñor, así que todo esto no tenía ningún significado para él.

Delgard se sorprendió del disgusto que se traslucía en la voz de Molly al hablar de su difunto marido.

—En lo único que pensaba es en que podía sacar dinero de esto, ¿lo sabía usted, monseñor? —Movió la cabeza negativamente, como si no creyera en su propia afirmación—. Quería hacer dinero con mi niñita.

—Estoy seguro de que le preocupaba su bienestar, igual que a usted, Molly. No creo que pensara en explotarla.

—No le conocía usted. Al principio odiaba todo lo que estaba sucediendo, la reñía, como si fuera culpa de la niña. No quería que viniéramos a este convento, no quería vernos rodeadas por estas buenas hermanas. Luego se dio cuenta de que la pequeña Alice podía hacerle ganar dinero. «Todo el mundo está ganando —dijo—, así que, ¿por qué no iba a hacerlo yo, su propio padre?» Se disponía a contárselo todo a los periódicos, al mejor postor, absolutamente todo sobre Alice, sobre él y yo. ¡Era malvado, monseñor, malvado!

—¡Por favor, cálmese, Molly! —Su voz se había vuelto firme, aunque todavía era baja—. Ha soportado usted muchas cosas, no sabe lo que está diciendo.

—Lo siento, no quería…

Empezó a dar vueltas arriba y abajo de la cama, y las lágrimas le cayeron en el regazo.

—¿Quiere que le traiga un poco de té, o agua?

Molly sacudió la cabeza y siguió mirando al suelo; su lento movimiento de vaivén se hizo ahora más regular.

Delgard estaba enojado consigo mismo por permitir que la mujer se trastornara, exactamente lo contrario de sus intenciones, pero el estallido había sido tan repentino, tan inesperado… Decidió que no valía la pena intentar remediar la situación.

—¿Por qué quería usted verme, Molly? ¿Se trataba de algo sobre Alice? La mujer pareció encogerse un poco, y no respondió en seguida. Finalmente, se sacó un arrugado pañuelo de la manga del jersey de lana y se secó las lágrimas antes de levantar la mirada.

—Tiene que ver más conmigo y con Len —declaró, con voz insegura.

Delgard se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Qué la trastorna?

—Yo… yo nunca se lo dije al padre Hagan. En todos estos años no se lo confesé. Ahora es demasiado tarde.

—Puede usted hacerme la confesión a mí, Molly. Ya sabe que cualquier cosa que me diga quedará entre nosotros y Dios.

—Siempre me sentí demasiado avergonzada para decírselo, monseñor.

—Estoy convencido de que el padre Hagan habría comprendido. No la habría juzgado, Molly.

—No podía…

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo, y pareció hacer un esfuerzo por recobrar el control.

—¿Qué es lo que no podía usted decirle al cura de su parroquia? —apremió

suavemente Delgard.

Ella no le miraba, y vacilaba al hablar.

—El… el padre Hagan sabía que yo estaba embarazada cuando nos casó a Len y a mí. Le dije eso, le confesé que…

Delgard permaneció en silencio, con las anchas manos entrelazadas.

—Pero no se lo dije todo.

Las palabras surgieron atropelladamente, aunque nada las siguió.

—¿Qué omitió decirle a su sacerdote? —Se vio obligado a preguntar Delgard—. Ya sabe usted que no puede haber perdón completo si no lo confiesa todo.

Molly soltó un pequeño gemido.

—Lo sé, lo sé, pero no podía decírselo, ¡no podía decírselo!

—Puede decírmelo usted ahora, Molly. No hace falta que se castigue más.

Ella sorbió sus lágrimas y levantó ligeramente la cabeza, pero sus ojos seguían mirando hacia abajo.

—Es… es sólo que el campo… el campo cercano a St. Joseph… se ha convertido en un terreno sagrado, monseñor. Es un santuario.

Delgard esperó pacientemente.

—Len… Leonard solía esperarme junto a la iglesia antes de casarnos. No quería entrar, decía que no se sentía bien allí. No me daba cuenta entonces de cuánto odiaba la religión. Quizá nunca me habría casado con él de haberlo sabido. —Se pasó el pañuelo por las húmedas mejillas—. Yo también trabajaba para la iglesia por aquellos días, monseñor. Me gustaba el lugar, igual… igual que a Alice. Y Len… él me esperaba, como le he dicho.

Hizo una profunda aspiración, como resignándose a la confesión.

—Un día él estaba allí, al otro lado de la pared, observándome. Yo recogía las flores secas de las tumbas. Me llamó. Hacía ya un par de meses que salíamos, pero… pero aún no había ocurrido realmente nada entre nosotros. Ya sabe lo que quiero decir… nada *realmente* serio…

Delgard asintió lentamente.

—Pero aquel día… aquel día… no sé lo que nos pasó a ambos. Era una noche de verano y estaba realmente muy oscuro. Hacía calor, había sido un día muy hermoso. Nos besamos a través de la pared, convencidos de que nadie podía vernos. Y luego él me levantó en brazos. Era tan fuerte… tan exigente. Y no pude resistir, monseñor, no pude evitarlo. —Sus pechos se alzaron y empezó casi a jadear, como si el recuerdo de su pasión estuviera aún vivo en su interior. Se ruborizó, aturdida por sus propias emociones—. Yacimos junto a la pared, en aquel campo, en aquel terreno sagrado, e hicimos el amor. ¡No sé lo que se apoderó de mí! Nunca había ido tan lejos con nadie hasta entonces, por favor, créame, pero aquel día me sentí indefensa, me sentí arrastrada. Ambos nos sentimos. Era como si fuéramos personas diferentes, casi extrañas el uno al otro. Más aún, no creo que hubiera ningún amor en todo aquello… sólo, sólo pasión, ¡sólo lujuria! ¡Oh, Dios!, ¿podré ser perdonada algún día?

Los encorvados hombros de monseñor parecían aún más pronunciados mientras hablaba.

—Desde luego que está perdonada. Ha sido muy tonta al mantener encerrada dentro de usted esta irrazonable culpa todos estos años. Si cree que necesita la absolución, yo…

—Alice fue concebida en aquel campo, monseñor, ¿no lo entiende? Y ahora es un santuario a la Santísima Virgen…

Monseñor Delgard sintió de pronto náuseas. ¡Aquello era ridículo! ¡Un pecado semejante cometido hacía tanto tiempo no podía guardar relación con lo que estaba sucediendo hoy! Sin embargo, la idea le causaba vértigo. Luchó por ocultar su consternación.

—Usted… usted confesó su pecado al padre Hagan hace todos estos años.

—Él era nuevo en la parroquia. Yo era demasiado tímida para contarle lo que había sucedido, tan cerca de la iglesia y todo eso.

—Eso no era importante.

—Pero fue en un terreno sagrado.

—No, Molly, fue más allá de los límites de la iglesia. Ni siquiera ahora está consagrada la tierra, aun cuando mañana vaya a celebrarse misa en ella. No hay necesidad de su confesión. —Delgard buscaba las palabras correctas, pues necesitaba asegurarse, pero también era consciente de la congoja de la mujer. Sin embargo, no había forma delicada de preguntar—. ¿Por qué… por qué está usted tan segura de que Alice fue concebida allí? ¿No hubo otras ocasiones…?

—No, no, monseñor. Sólo hubo aquella vez. Luego me sentí tan avergonzada, tan avergonzada. Y estaba embarazada, lo supe casi inmediatamente. No me pregunte cómo lo sabía; sencillamente, lo sabía. Nunca permití que Leonard me tocara después de aquello, hasta que nos hubimos casado. Pero me sentía feliz de estar embarazada. Quería a mi hijo. A pesar de nuestro pecado. Sentía que mi hijo era un regalo de Dios. Y lo fue, lo es, ¿no cree usted? Yo ya no era joven, monseñor, podía haberme quedado solterona. —Soltó una risita—. Casi me había resignado a ello. ¡La solterona de la parroquia! Quizá por eso dedicaba tanto tiempo a la iglesia. Se había convertido en mi vida. Pero Dios me dio algo para mí misma, algo que querer como quería a la iglesia. Pero eso no puede estar bien, ¿verdad, monseñor? Mi pecado no debería haberme proporcionado un regalo así, ¿verdad? Dios no recompensa a los pecadores.

Delgard suspiró para sus adentros, entristecido por la confusión de la mujer y deprimido por la suya. ¡Ojalá existieran respuestas simples! Un sacerdote tiene que ocultar sus dudas, sus confusiones; tenía que aparecer fuerte en sus creencias, convencido de que los caminos de Dios son siempre los correctos y no permitiendo jamás que la confusión de aquellos caminos hiciera tambalear su fe. ¿Cómo tranquilizar a aquella mujer cuando su pregunta espoleaba su inseguridad? Y cuando sus palabras provocaban una especial repulsión en él. La revelación no podía tener un significado especial; entonces, ¿por qué le afligía tanto?

—Fue usted bendecida con un hijo, y por ello debe estar agradecida. No necesita mirar más lejos. —Esto era inadecuado; pero ¿qué otra cosa podía decir?—. No se preocupe por lo sucedido años atrás. Usted crió una hija estupenda según las normas de la Iglesia, tal como Dios sabía que lo haría. Conténtese con eso, Molly. no trate de ver más allá. Dios puede recompensar ahora por lo que tenga que venir después.

La mujer sonrió, con el brillo de las lágrimas todavía en sus ojos.

—Me parece que puedo comprender lo que está usted diciendo, monseñor. Sí, Alice es un regalo muy especial; Él me eligió como madre de… de…

—Ahora, ¡chitón! Los milagros no han sido demostrados todavía. No debe estar usted tan convencida, no todavía.

Su sonrisa se ensanchó, diciéndole que ella estaba segura, que ella sabía. Su cara se nubló por unos instantes.

—Entonces… entonces, ¿no hubo profanación de un lugar santo?

—Pero ¿cómo podía ser así? Hace más de once años, mucho antes de que el campo fuera considerado… —Hizo una pausa—…como sagrado. Su pecado fue de pasión, no de irreverencia, y por él ha sido usted perdonada hace tiempo.

La mujer pareció desprenderse de un gran peso.

—Gracias, monseñor. Lamento que me considere estúpida.

Él le dio unos golpecitos en las manos.

—Nada de estúpida, Molly. Su mente está preocupada por recientes acontecimientos, que no son tan importantes como pueda usted pensar. Lo único que me cabe hacer es pedirle que aparte de usted estas preocupaciones; las semanas, los meses venideros, le impondrán sus nuevas cargas. ¿Le gustaría rezar una corta plegaria conmigo?

—¿Una penitencia?

—No, no una penitencia. Ya le he dicho que el pecado de que usted habla, le fue perdonado hace mucho tiempo. Roguemos ambos porque nos sostenga en lo que el futuro pueda deparamos.

Delgard inclinó la cabeza, y durante unos minutos, ambos rezaron juntos. Él hizo la señal de la cruz, y luego se puso en pie. La mujer le sonrió, y Delgard pudo ver que aún había ansiedad oculta en sus ojos.

—Gracias, monseñor —dijo Molly.

—La paz sea contigo. —Se volvió a la mujer antes de abrir la puerta, no muy seguro de lo que le impulsaba a hacer la pregunta—. ¿Hay algo más que le gustaría decirme sobre Alice?

Molly le miró, sorprendida:

—¿Alice? ¿Qué quiere decir, monseñor?

Se quedó mirándola fijamente durante unos segundos, antes de dar otra vez la vuelta.

—No importa, Molly. —Abrió la puerta—. Pero si alguna vez necesita hablar conmigo, si hay algo en su hija que le cause preocupación, por favor, no vacile en

decírmelo.

Cerró la puerta detrás de sí y permaneció de pie en el oscuro pasillo durante unos momentos, reorganizando sus pensamientos. ¡Alice, concebida en el campo donde ahora tenía las visiones! Aquello no podía tener ningún significado. ¿Seguro que no lo tenía? Su enfermedad, cuando quedó sordomuda, ¿había ocurrido también en el campo? No, no, aquello no tenía nada que ver. Había sido sólo el maligno legado de una enfermedad normal en un niño. No podía haber ninguna relación. ¿Por qué entonces aquella inquietud en su mente? ¿Por qué le trastornaba tanto lo que Molly Pagett le acababa de revelar? Sus dedos se alzaron hasta la frente y se movieron hacia un punto situado debajo de ella, entre los ojos; apretó allí el hueso para aliviar el dolor. Nunca se había sentido tan vacilante como ahora. Quizá la repentina muerte del padre Hagan le había trastornado más de lo que se imaginaba.

Empezó a caminar tranquilamente por el corredor hacia las escaleras, procurando no despertar a los que pudieran dormir al otro lado de las puertas, a ambos lados del pasillo. El padre Hagan parecía tan…

Se detuvo de repente, mientras una oleada de sangre hizo que su corazón empezara a latir con fuerza. Una sombra oscura se separaba de las demás sombras y se dirigió a él.

—¿Quién…?

—Soy yo, monseñor Delgard, la madre Marie-Claire. Lamento haberle asustado.

Delgard suspiró.

—Reverenda Madre, un hombre de mi edad no debería ser sometido a semejantes sobresaltos. —Se esforzó porque su voz sonara ligera—: Un corazón cansado no disfruta con los sustos.

—Perdóneme, pero quería que oyera usted algo.

Sus palabras fueron más bien un susurro.

—¿De qué se trata, Reverenda Madre? —preguntó el clérigo, preocupado inmediatamente.

Ella le precedió por el corredor.

—Cada noche, desde que Alice está con nosotros, yo, o una de las hermanas, nos detenemos ante su habitación para ver si la niña duerme profundamente. He oído dos veces su voz al otro lado de la puerta. La hermana Theodore también la ha oído.

—¿Tiene Alice alguna dificultad para dormir? Muchos niños hablan consigo mismos cuando están solos.

—¡Oh, no, monseñor, no tiene ningún problema para dormir! En realidad, yo diría que duerme demasiado y demasiado a menudo. Sin embargo, el doctor cree que la pequeña está bien, considerando el *stress* que sufre.

—¿Quiere decir que habla en sueños? —La voz del clérigo sonó demasiado alta, y él la ajustó al añadir—: No es nada para alarmarse, Reverenda Madre. Es sólo un síntoma del torbellino por el que está pasando. La pérdida de su padre…

—Lo que me preocupa son las palabras que dice, monseñor. Son extrañas…

impropias de una niña.

Intrigado, Delgard se acercó más a la puerta de la celda.

—¿Qué clase de palabras? —susurró—. ¿Qué dice?

—Óigalas usted mismo, monseñor.

La monja dio la vuelta suavemente al picaporte y abrió con lentitud la puerta unos centímetros. Ambos escucharon. Delgard miró a la Madre Marie-Claire con curiosidad, y, aunque no podía ver su cara en la penumbra, la monja sintió su asombro:

—Estaba hablando justo hace unos momentos…

Su voz se quebró al oír murmullos procedentes de la cama. La monja abrió entonces completamente la puerta y se deslizó dentro, seguida muy de cerca por Delgard. Una lamparilla en la mesita de noche arrojaba una pálida luz en torno a la sencilla habitación, revelando la pequeña cama de blancas sábanas y el bulto que yacía bajo las ropas. La figura se agitaba, y el sacerdote y la monja contuvieron la respiración.

—¡Oh, no me lo niegues, dulce…!

Delgard se puso tenso. Era la voz de Alice, que hablaba bajo, casi en un murmullo, pero había una diferencia en ella. Se esforzó por oír las palabras.

—…deja que la pasión me llene…

La voz tenía mucho acento, las vocales se oían ampliadas, casi toscas. —…loco, excesivamente loco…

Casi ininteligible, a veces demasiado suave para ser oído, otras demasiado… demasiado extraño para ser comprendido.

—…me han explotado…

No era un acento forastero, sino de un condado inglés, que no acababa de localizar. Del Sudoeste, aunque no exactamente. Demasiado cerrado, demasiado fuerte… Ella dijo un nombre, pero Delgard no lo entendió.

—…pasión que azota mi cuerpo…

Delgard hizo ademán de acercarse a la cama, pero sintió su brazo sujetado por la madre Marie-Claire.

—Es mejor no molestarla, monseñor Delgard —susurró la monja.

Él vaciló, deseando oír más. Pero la voz de Alice se había ido desvaneciendo hasta convertirse en un confuso ronroneo, y las palabras eran apenas articuladas y se unían formando un sonido continuo. Mientras Delgard miraba, la niña pareció hundirse en un sueño más profundo, y pronto no se oyeron ya más palabras; sólo una respiración profunda y regular.

La monja le hizo señas para que la siguiera y, de mala gana, así lo hizo Delgard. La madre Marie-Claire cerró la puerta con cuidado.

—¿Qué manera de hablar es ésa, Reverenda Madre? —preguntó monseñor Delgard en voz baja—. ¿Siempre es igual?

—Al parecer, sí, monseñor —replicó ella—. Por favor, venga conmigo, hay algo

más que quisiera mostrarle.

Delgard echó otra mirada a la puerta antes de seguir a la oscura forma por el pasillo. Mientras bajaban las escaleras, la monja dijo:

—Es difícil comprender lo que está diciendo. Al principio pensé que podría ser un defecto del habla que actuara inconscientemente en su sueño. Todos estos años de mudez tal vez hayan ejercido algún efecto.

—No, estoy seguro de que eso sería imposible. Si la situación fuera la contraria, si ella hablara con algún defecto mientras está consciente y lo hiciera sin dificultad al dormir, eso sí podría tener sentido. Pero no al revés.

—Estoy de acuerdo, monseñor. Fue sólo una tonta idea, que deseché rápidamente. Además, creo que las palabras están bien formadas, aunque suenen extrañas a nuestros oídos.

—¿Son quizás un dialecto?

—Creo que podrían serlo, pero un dialecto que no acierto a localizar.

—Yo tampoco. De Cornualles, quizá, pero no del todo.

—No, no del todo. Por desgracia, pronuncia sus sueños sólo en breves fragmentos, nunca lo bastante largos como para que se pueda identificar el origen de su acento o el significado de sus palabras.

Llegaron al pie de las escaleras, y la madre Marie-Claire cruzó el pasillo y abrió la puerta de su despacho privado. Con un gesto de la mano indicó una silla al sacerdote.

—¿Puedo ofrecerle algo caliente, monseñor Delgard?

El clérigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no, quizá dentro de un momento. Ha dicho usted que tenía algo que mostrarme.

La monja se volvió y se acercó a una cómoda. Antes de abrir el cajón de arriba, dijo:

—Alice se ha visto obligada a pasar mucho tiempo sola en su habitación. Quizá demasiado tiempo para una persona tan joven. No hay muchas cosas que el convento pueda proporcionarle para mantenerla ocupada, pero, al parecer, disfruta trabajando con las pinturas y carboncillos.

Regresó a su mesa y dejó la carpeta encima de ella.

—La fascina un solo tema.

—¿Ah, sí? —exclamó Delgard, inclinándose hacia delante—. El padre Hagan me mostró algunas de sus pinturas antes de morir. Su madre le había permitido que las cogiera de la casa. Todas tenían como tema una persona, que supusimos era la Santísima Virgen.

—Sí, monseñor, es cierto. Alice no es muy hábil como artista, pero tiene cierto… entusiasmo por su tema. Hasta el punto de la obsesión, diría yo.

—La niña adora a María. —El cura se permitió una sonrisa—. Creo que eso es obvio para todo el mundo. Me parece que su devoción puede…

—¿Devoción? ¿Es eso lo que piensa usted, monseñor?

La madre Marie-Claire abrió la carpeta y sostuvo la primera hoja ante él. Delgard la tomó, y la hoja tembló en su mano.

—No puede…

—La misma figura en todas partes, monseñor.

La monja esparció por la mesa las otras hojas de la carpeta. Todas mostraban la misma torpe destreza, los mismos colores chillones, los mismos trazos anchos, ásperos.

Hasta las obscenidades pintadas eran las mismas, aunque el falo erecto de una podía ser diferente, en tamaño y color, de la siguiente; la forma de los pechos, distinta, en cuanto a tamaño, de otra, y la sonriente y roja boca, más distorsionada que la de al lado.

VEINTISIETE

Su creencia en la magia era algo duradero.

El jardín secreto
FRANCES HODGSON BURNETT

Ben corrió rápidamente por entre las filas de bancos, cual Indiana Jones huyendo de centenares —no, *millares*— de vociferantes árabes, listo para dar la vuelta y arrancar las espadas de las manos de cualquiera que se acercara demasiado, con su imaginario látigo de cuero cómodamente puesto en su hombro izquierdo, sin el menor peso. Un banco y luego el siguiente, para deslizarse a la húmeda hierba, pero enderezándose en un instante y deteniéndose sólo para disparar contra el asesino de negras ropas y más de dos metros de altura, que esgrimía una espada larga y curvada; reía ante su grito de sorpresa y aceleraba en su carrera para encontrar el Arca Perdida antes de que la consiguieran los sucios nazis y utilizaran su poder para hacerse con el mundo. Indiana Jones es mejor que Han Solo (aun cuando era el mismo hombre), y Han Solo, mejor que Luke Skywalker. Corre, sin aliento, no debes detenerte, no deben cogerme, sin aliento, sigue corriendo, no deben… ¡el pie de alguien!

Cayó al suelo cuan largo era, y unas manos le ayudaron a ponerse en pie. No se había hecho daño; sólo lastimado ligeramente la rodilla. Se sacudió la tierra de los tejanos, y una voz dijo:

—Cuidado, hijo, vas a hacerte daño si sigues corriendo así como un loco.

Él no replicó nada, recordando que era aún Indiana, un hombre de pocas palabras. Las manos le soltaron y, con un pequeño salto, quedó libre.

El campo se estaba llenando de gente, y los bancos que se encontraban cerca de la tarima central —no los reservados especialmente para determinados dignatarios de la Iglesia y seglares— estaban cada vez más repletos. La muchedumbre se estaba extendiendo a partir del centro, como una flor que abre su capullo. Todavía era temprano, faltaban dos horas para que empezara la misa, pero ya la gente se agolpaba en la recién construida entrada al campo, ansiosa por encontrar un asiento cerca del altar; muchos de ellos deseaban sólo ver a la Niña de los Milagros, y otros querían acercarse para que les bañara su santidad, temerosos de que quizá sus efectos no llegaran hasta las últimas filas.

El sol era sólo un débil resplandor en el neblinoso cielo, y la aspereza del aire resultaba especialmente rigurosa para los inválidos de la multitud. El zumbido de conversación, de excitación y de cierto temor, aumentaba a medida que crecía el número de asistentes; los bien preparados organizadores, acomodadores y jóvenes sacerdotes llamados para ayudar a manejar la enorme multitud que se esperaba, no podían evitar un temblor a medida que se extendía la intoxicante atmósfera. Todos

hablaban en susurros, de manera reverente, como si estuvieran dentro de una catedral, pero aún así su número hacía que el conjunto fuera bastante ruidoso. Las sillas de ruedas —cuyo paso a través del campo no había sido fácil porque la blanda tierra había sido pisoteada y removida por demasiados pies—, empezaban ya a obstruir los pasillos, y los organizadores tomaron mentalmente nota de que en el futuro debería disponerse una zona apartada para tales inválidos.

Ben siguió corriendo, evitando esta vez caer en la trampa de los pies, limitándose a los bancos menos ocupados. Era un niño de siete años que disfrutaba de su juego, ignorante de la tensión que reinaba en el recinto, perdido en la excitación de su propia creación. Un camión cargado de sucios nazis estaba precipitándose contra él, y el niño rodó bajo el banco situado a su derecha, disparando contra el conductor mientras lo hacía. Luego se puso en pie de nuevo, continuando su carrera, temeroso, y despertando él también temor. Era vagamente consciente de que el juego pronto tendría que terminar; que su madre le había hecho prometer que regresaría a la iglesia antes de que el campo se llenara demasiado. Si no se encontraba allí, estaría en casa del párroco. Todavía no estaba demasiado lleno, había un montón de bancos vacíos, un montón de oscuros callejones árabes, un montón de…

El hombre acababa de entrar en aquella determinada fila, y la acometida de Ben le hizo perder el equilibrio y chocar violentamente contra el banco en el que se disponía a sentarse. Sujetó al muchacho por los hombros, y Ben, asombrado y sin respiración, levantó los ojos para mirarle. El hombre se encogió cuando vio cómo los ojos del muchacho se abrían de par en par ante la sorpresa, y cómo abría también su boca, y su cuerpo quedaba rígido. El hombre no pudo por menos de sonreír para tranquilizarle, pero esto no hizo más que aumentar su grotesco aspecto.

Soltó su presa, y el muchacho se separó lentamente, sin apartar los ojos de la llagada boca y nariz del hombre, la terrible desfiguración de la tuberculosis facial. Se levantó la bufanda de seda, que había caído a consecuencia del choque con el niño, y se cubrió otra vez la cara, algo que parecía natural en un día frío como aquél. No debería haber estado allí, no con su terrible enfermedad; la gente tenía miedo de él; los amigos, los supuestos amigos, tenían miedo de que su enfermedad fuera contagiosa. En el pasado, la *lupus vulgaris* era conocida como «hocico de perro», y la descripción era apropiada; a veces le trataban con cautela, como a un perro furioso, temeroso de que pudiera morderles y ellos se tornaran igual que él. La enfermedad de la piel era rara, pero eso no le daba ningún sentimiento de distinción, sino sólo una sensación de desesperación, una sensación de impotencia y de furia por haber sido elegido para llevar el espantoso estigma que, en su caso, ningún antibiótico podía curar. Una última esperanza. Hoy, una última esperanza. Si no, si no podía volver a sentir los labios de otra persona contra los suyos, no volver a mirar los ojos de otro ser humano sin ver en ellos la repulsión apenas contenida —si no podía tocar a un niño sin sentir que todos sus músculos se tensaban para echar a correr—, entonces, todo aquello no tenía sentido, no había ninguna razón para seguir. ¿Qué tiene la vida

que sea tan precioso como para que uno se sienta obligado a vivirla? Era mejor el frío, el olvido insensible, que una existencia de desprecio. Observó al muchacho que escapaba de él y trató de mantener aquella sensación de entumecimiento en su mente, su única barrera contra la autocompasión. Ben corrió, temeroso ahora de aquel gran campo, de aquella gente que seguía llegando, todos extraños, todos repentinamente convertidos en una amenaza. Ya era hora de volver con mami; Indiana Jones se había desvanecido sin los títulos de crédito finales.

—Tendrás que seguir. No hay ningún sitio para aparcar.

—Prensa.

Fenn se asomó por la ventanilla del coche y mostró su carné al policía.

—Ya, usted y ocho mil más. No se detenga.

Fenn reanudó su marcha, incorporándose de nuevo al lento tráfico.

—¡Otra vez un maldito día de carnaval! —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Nancy.

—Resulta sorprendente cuántas personas vuelven para asistir a un espectáculo gratis, ¿no?

—Me parece que un buen montón de ellas tienen motivos más poderosos que ése para venir, Fenn.

—Quizá.

Se acercaban al sendero que conducía a la casa del párroco, y Fenn vio que también estaba bloqueado por vehículos, probablemente los de los clérigos y ayudantes que habían venido para el acto. Lanzó un juramento:

—Debería haber aclarado con Delgard que reservara un lugar para aparcar. Se supone que yo soy «oficial».

—Imagino que deberíamos haber venido más temprano.

Nancy contempló a la multitud que iba arrastrando los pies, la cola que llegaba hasta la calle, la Policía y los organizadores esforzándose en diversos puntos por mantener cierto orden e impedir que la calzada quedara bloqueada. Se detuvo el autocar que iba delante del coche de Fenn, y éste, de mala gana, tuvo que apretar el pedal del freno. Nancy sacó la cabeza por la ventanilla para ver qué los había detenido.

—Hay una ambulancia ahí delante, a la entrada del campo, me parece —le dijo —. Sí, está descargando. ¡Jesús, un par de camillas!

—No me sorprende. Dentro de poco van a traer hasta a sus muertos.

Nancy hurgó en su bolso en busca de cigarrillos.

—No sé por qué sigues mostrándote tan cínico —dijo mientras encendía uno—. Tienes que enfrentarte con ello, ha habido resultados.

—Lo sé, pero mira, mira allá.

Indicó el lado contrario de la carretera, en cuyo arcén habían montado tenderetes.

A través de los claros que la multitud dejaba en torno a los tenderetes pudieron ver pequeñas estatuas y baratijas sagradas colgando de armazones de alambre, en tanto que ajados pósters de la Virgen María, de la Virgen con el Niño y de la Virgen en la Crucifixión colgaban fláccidamente de largos cordeles atados a las ramas de los árboles, detrás de los puestos.

Captaron una visión de un cartel en el que aparecía el Papa tocado con sombrero de *cowboy*, y otro, borroso, en el que le disparaban. Los comerciantes parecían malhumorados, aunque el negocio parecía marchar bien. Una furgoneta de helados era la más atestada de todas, y Fenn se preguntó si venderían polos con la imagen de la Virgen.

—Me sorprende que lo permita vuestra Policía.

—Probablemente está demasiado ocupada manteniendo las multitudes bajo control como para preocuparse de pequeños mercachifles sin licencia —replicó Fenn, poniendo de nuevo el coche en marcha cuando la fila empezó a moverse.

—Parece como si nadie fuera a St. Joseph hoy —comentó Nancy mientras se acercaba a la puerta de la iglesia.

Fenn vio cómo el policía que hacía circular la cola ante la cerrada puerta, explicaba con paciencia a los más insistentes, que la misa se celebraría hoy en el campo, no en la iglesia.

—No me extraña, hace un frío espantoso.

—Eso no les va a hacer ningún bien a algunos de estos inválidos. —Fenn sacudió la cabeza, con disgusto—. No puedo comprender cómo sus médicos se lo permiten.

—No puedes detener a la naturaleza humana, Fenn. Si ellos creen que van a ser curados, nada les detendrá. ¿Cómo te sentirías, dime, si tuvieras una enfermedad incurable, o en fase terminal? ¿No aprovecharías una última posibilidad desesperada, aunque supieras que la posibilidad de curar era sólo de una contra mil… o contra un millón?

Él se encogió de hombros.

—¡Quién sabe!

—No tendrías nada que perder.

—Excepto sentirme absolutamente estúpido.

—¿Qué es la estupidez contra la posibilidad de volver a vivir?

Fenn permaneció en silencio, aceptando el punto de vista. Luego dijo:

—Mira la entrada del campo. Está atascada.

Ahora podían ver que la cola convergía hacia la puerta, procedente de ambas direcciones y formando una desordenada masa frente a la entrada.

Si al menos vendieran entradas… —murmuró Fenn.

Siguieron moviéndose, más lentamente aún; coches, furgonetas y autocares aparcados ahora parachoques contra parachoques, a lo largo de la carretera, dejaban libre sólo la zona inmediata alrededor de la iglesia y la entrada del campo, gracias a la acción de la Policía.

—¿Quieres bajar aquí, mientras yo busco algún sitio para aparcar? —sugirió Fenn.

—Vas a ver a Delgard, ¿no?

Fenn asintió.

—Entonces me pegaré a ti.

—Haz lo que gustes.

—Como una lapa.

—De acuerdo.

Más adelante vio al conductor de un autocar discutiendo acaloradamente con un policía, su vehículo metido a medias en el arcén de hierba. Suponiendo que la disputa estaba acabada, Fenn giró repentinamente el volante hacia el vehículo y se detuvo junto a su rueda trasera. Ásperos bocinazos saludaron su maniobra, mientras los demás conductores se veían obligados a girar a su vez el volante y deslizarse por el estrecho pasillo que Fenn había dejado entre su «Fiesta» alquilado y el tráfico que venía del otro lado.

—¿Qué diablos estás haciendo, Fenn?

—El pasillo no es lo bastante ancho como para que el autocar aparque, de manera que el conductor tendrá que marcharse, ahora que ha descargado a sus pasajeros.

—No parece que se esté moviendo.

—Lo hará.

Fenn tenía razón. Con un último gesto de disgusto, el conductor del autocar desapareció en el interior del vehículo, y el autocar cobró repentinamente vida. Penetró violentamente en el tráfico sin hacer ninguna señal y sin esperar a que hubiera espacio. Fenn se lanzó rápidamente a ocupar el lugar vacío y dos coches más siguieron su estrategia.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó triunfalmente mientras echaba el freno de mano.

Salieron del coche y retrocedieron hacia St. Joseph, procurando hacerlo por el lado de la calle contrario al de la cola.

—Hoy se congregarán aquí muchos miles de personas —observó Nancy, envolviéndose el cuello con la bufanda para resguardarse del frío.

—Ya los hubo la semana pasada.

—Sí, pero no tantos. Ni siquiera el Papa podría arrastrar ese número de personas.

Pronto se vieron obligados a bajar a la calzada para no chocar con la gente apiñada en torno a los puestos de venta. Se detuvieron para examinar más detenidamente las mercancías.

—Increíble —comentó Fenn, sacudiendo la cabeza y sonriendo—: ¡Mira, mira allí! —Señaló con la mano—. ¡Frascos con Tierra Sagrada del campo de la Madona! ¡Qué barbaridad!

Nancy tomó un pequeño recipiente cupuliforme transparente lleno de agua, en el que aparecía una mal definida versión en plástico de la Virgen. Lo agitó, y los copos de nieve casi borraron la imagen.

Fenn sacudió la cabeza de nuevo en un gesto de divertido desaliento al ver un altar de trece centímetros, también de plástico, con pequeñas velas rojas dentro de candelabros a ambos lados de una fotografía de Alice que, sin duda, había remplazado apresuradamente a otra imagen santa. La fotografía, en blanco y negro, era una reproducción de un periódico, porque la ampliación revelaba con mucha crudeza los finos puntos impresos.

Nancy señaló a una gruta, pintada de blanco, cuyas luces relampagueaban intermitentemente revelando una Virgen y lo que sólo podía ser Bernadette de Lourdes.

Observaron cómo un peregrino cogía una diminuta muñeca, que se parecía ligeramente a Alice Pagett, y una parodia mecánica de voz infantil decía: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo…»

—¡Increíble! —exclamó Fenn—. ¿Cómo pueden manufacturar estas cosas con tanta rapidez?

—Lo llaman iniciativa —explicó Nancy, a la que no divertían aquellas trivialidades—. Son sólo rápidas y sencillas adaptaciones de la mercancía que llevan años vendiendo. Apostaría a que bajo esas etiquetas que rezan «Alice, la autora de milagros» o «Nuestra Señora de Banfield», encontrarás otras que se refieren a algo totalmente distinto.

Luego pasaron delante de medallones de todas las formas y tamaños imaginables, crucifijos sencillos y ricos, porcelana china, bolsos de mano e incluso sombrillas, aludiendo de alguna manera al hecho de que todos los objetos estaban tocados por la santidad. Se acercaban a un hombre que vendía postales de pueblos de Sussex, aunque Banfield no figuraba entre ellos. Fenn rechazó la oferta con abstraído ademán.

Cruzaron la calle cuando se encontraron frente a la puerta que conducía a St. Joseph, sorteando los coches que se movían con lentitud y zambulléndose en la cola. El policía al que habían visto antes dirigir a la multitud, les impedía ahora el paso.

Fenn sacó su carné de Prensa.

—Monseñor Delgard me está esperando.

El policía se volvió hacia uno de los organizadores, que estaba oculto más allá de la entrada.

—¿Sabe usted algo de un tal Mr. Gerald Fenn?

El hombrecillo, que había hablado con Fenn en una ocasión anterior, asintió con la cabeza.

—Está bien, puede dejarle pasar.

La puerta osciló para abrirse, y Nancy hizo el gesto de acompañar a Fenn.

—Lo siento, señorita, sólo Mr. Fenn.

—Yo voy con él. —Nancy abrió el bolso y sacó el carné de Prensa—. Mire, soy también de la Prensa.

—Miss… ¿Shelbeck?

El policía examinó el carné y se volvió de nuevo hacia el otro hombre.

—No, no sé nada de ella.

—Lo siento, señorita, tendrá usted que usar la entrada de más abajo. Sólo se permite pasar aquí a las personas autorizadas.

—Pero ya se lo he dicho; voy con *él*.

Señaló a Fenn, el cual procuraba no sonreír.

—Me gustaría complacerla, señorita, pero me temo que no puedo.

—Fenn, ¿quieres hablar con este individuo?

—Lo siento, Nancy, supongo que las órdenes son las órdenes.

—¡Bastardo! Sabías que iba a pasar esto.

Fenn levantó las manos en una negativa burlona.

—¿Y cómo podía saberlo?

La boca de Nancy se convirtió en una línea recta.

—Bueno, mire, oficial, soy del *Washington Post*. Estoy aquí para cubrir esta información…

—Seguro que tiene razón… —replicó el policía, cortés, pero firmemente—, pero sólo si se une a la cola. Puede usted seguir ahí delante, limítese a mostrar su carné de Prensa.

—Pero… —Nancy comprendió que no tenía objeto discutir—. Te veré más tarde —dijo bruscamente a Fenn antes de abrirse paso hacia la multitud.

Fenn cruzó la puerta, con una amplia sonrisa brillando en su cara, sonrisa que fue desvaneciéndose lentamente a medida que avanzaba por el sendero hacia la iglesia. Se sentía incómodo, como si el viejo edificio estuviera observándole, y la negra puerta abierta esperase devorar su alma. Si es que existía eso que llaman alma. Él no estaba seguro (no había llegado a ninguna conclusión definida —¿y cómo podía llegar alguien?)—, pero le parecía que creía en la «chispa» de la vida, una esencia interior que daba al hombre su impulso y generaba energía y pensamientos, a través de impulsos derivados químicamente. Una tenue luz piloto, si se prefiere, necesaria para ponerlo todo en movimiento. Así que, ¿qué era Dios? ¿Una chispa mayor? ¿Eran él y todos los demás sólo vástagos del mayor? ¿O Dios era todo lo que las diferentes religiones querían que fuese? ¿Y eso importaba realmente? No a Fenn. Y quizá tampoco a Dios.

Pero la iglesia le desconcertaba. Había en ella una frialdad que parecía hacerse más y más perceptible cada vez que la visitaba… a menos que él mismo estuviera absorbiendo los temores del padre Hagan, primero, y ahora de Delgard. «Espiritualmente vacía» era una extraña expresión para alguien que no tenía especiales creencias en esa dirección, así que, ¿por qué le parecía tan adecuada? Se había sentido decepcionado de que su investigación de aquella semana no hubiera descubierto profundos misterios o actividades calumniosas en torno a St. Joseph o al pueblo, pero sólo porque ello habría proporcionado una historia interesante, quizá intrigante. Sin embargo, ¿había sido tan cínico cuando inició la investigación, o se

trataba sólo de racionalización después de descubrir que no había esqueletos encerrados?

Recordó que su ataque a los archivos había sido casi obsesivo. El incendio, las muertes del cura y del padre de Alice, lo extraño de la propia Alice y las veladas insinuaciones de monseñor Delgard habían introducido dudas y sospechas en su propia mente, habían despertado en él un especial temor, un temor que él no había comprendido y ni podía ignorar. Quizá la semana de incesante investigación le había liberado del temor, confundiendo el verdadero propósito de sus investigaciones la multitud de hechos y fechas históricos mundanos.

Permaneció de pie frente al viejo edificio y contempló la pequeña torre. Sus orígenes eran muy antiguos —nadie estaba seguro de la época—, y Fenn se preguntó cuántas cosas habrían contemplado las viejas piedras, cómo los tiempos habían cambiado bajo sus agujas, intensificándose dichos cambios con cada nuevo siglo. Había resistido o partes de él habían resistido desde la Inglaterra premedieval hasta la Era de los microchips y los cohetes espaciales, a través de la brujería y la superstición hasta la Era del realismo. Si la iglesia fuera humana; si la piedra y el mortero fueran carne y sangre; las ventanas, sus ojos, y el altar, su cerebro, ¿cómo absorbería aquellos vastos cambios, qué efecto tendrían en su ser viviente? ¿Y sobreviviría su aura espiritual al devastador ataque de materialismo? ¿O transmitirían los años dadores de sabiduría una nueva percepción, que superaría con mucho los logros del conocimiento científico?

Sacudió la cabeza. Allí estaba Fenn, un filósofo a pesar de todo. Era sólo un montón de piedras lo que se alzaba ante él, sin sentimientos, sin cerebro, y sin alma. Hecho por el hombre, envasado y sellado por la Iglesia católica. Fin de la profunda contemplación filosófica. Unos pasos le hicieron volverse bruscamente.

—¿Puedo servirle en algo?

Era un sacerdote distinto del joven irlandés con el que Fenn hablara en la iglesia más de una semana antes.

—¡Ah, sí! Me llamo Fenn. Estoy buscando a monseñor Delgard.

—¡Oh, sí, Mr. Fenn, he oído hablar de usted! Acabo de dejar a monseñor en el presbiterio.

—Gracias.

El periodista se volvió hacia dicha dirección.

—Está muy ocupado ahora, preparándose para la misa.

—No le robaré demasiado tiempo —replicó Fenn por encima del hombro.

El sacerdote entró en la iglesia.

Mientras caminaba, Fenn pudo ver a la multitud reunida en el campo justo más allá del cementerio. Se detuvo y entornó los ojos, mirando hacia el distante roble y contemplando con interés la plataforma construida delante de él, el altar. «La hora del espectáculo», murmuró, y siguió su camino.

Dio un golpecito en la puerta del presbiterio y luego llamó al timbre, su método

usual de anunciar su llegada cuando se le daban dos opciones, y levantó los ojos con sorpresa al ver que era Sue la que respondía.

—Hola —dijo.

—Hola, Gerry.

—¿Estás en el equipo ahora?

—Sólo ayudando. ¡Hay tanto que hacer! —Sue se echó a un lado, para que pudiera entrar—. ¿Querías ver a monseñor Delgard? —preguntó Sue, y luego añadió inútilmente—: Claro que querías.

—Me alegro de verte. —Y se alegraba, aun cuando la mujer parecía cansada, con oscuras ojeras y un pelo que no se veía tan elástico y vibrante como de costumbre—. ¿No duermes mucho últimamente, Sue?

—¿Qué? —La mujer se apartó un mechón de pelo de la cara y desvió la mirada como si se sintiera molesta—. ¡Oh, no, no, estoy bien! —añadió con falsa animación —. Trabajando demasiado duro, supongo.

Fenn se acercó.

—Haciendo dos trabajos: en la emisora de Radio y en la iglesia.

—St. Joseph no me lleva realmente demasiado tiempo.

—¿Qué haces aquí?

—No estoy sola; algunas mujeres del pueblo vienen a ayudar. Limpiamos la iglesia, la casa. Compramos la comida para monseñor; él está terriblemente ocupado, ya sabes. Esta mañana he estado respondiendo al teléfono en su nombre; parece como si no hubieran dejado de llamar ni un momento.

—¿Y atendiendo la puerta?

—Sí, también.

—¿Está contigo Ben?

—Está por ahí, en alguna parte, en el campo, creo. Te he llamado un montón de veces esta… la pasada… semana.

Sue miró a Fenn con preocupación.

Él sonrió, encantado de que ella la tuviera.

—He estado agobiado de trabajo. Pensé que necesitaba alejarme de la gente durante un tiempo.

—No estabas en el *Courier*.

—No; he tenido que hacer algunas averiguaciones para monseñor Delgard. Lamento que no pudieras encontrarme, pero no sabía que lo quisieras.

—¿Después del accidente de la semana pasada, del incendio? ¿No pensaste que me preocuparía? Oí que habías tenido algo que ver.

Sus ojos brillaron suavemente.

—¡Oh, Jesu…! Realmente lo siento, Sue, pero ya sabes que te habías mostrado muy rara conmigo. Ni siquiera sabía que quisieras volver a verme.

Alargó el brazo y puso una mano en el de ella.

Ella bajó los ojos, e iba a decir algo cuando sonó el teléfono, muy cerca, en el

pasillo.

—Tengo que contestar. —Se alejó de él y cogió el auricular—. ¡Oh, señor obispo! Sí, ¿quiere hablar con monseñor? No, hace mucho rato que no estoy allí, pero uno de los sacerdotes me dijo que va llegando mucha gente… Delgard salió de una puerta que daba al pasillo. Sonrió e hizo un pequeño ademán al ver a Fenn. Sue le tendió el teléfono, susurrando:

—Es el obispo Caines, que quiere saber cómo va todo.

Delgard asintió y tomó el teléfono. Sue se volvió hacia Fenn.

—Hay mucho barullo ahora —dijo en voz baja, para no molestar al sacerdote.

—¿Puedo verte más tarde? —preguntó Fenn, sintiéndose ligeramente ridículo de tener que pedirlo.

—¿Quieres verme realmente?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—¿Dónde estuviste la semana pasada? Quiero decir, ¿dónde te alojaste?

La mentira surgió fácilmente. Sólo que él no quiso decirla.

—Hablaremos de eso más tarde.

Se sorprendió a sí mismo por no haberle contestado inmediatamente que se había alojado en un hotel de Chichester, cerca de la casa de John Dene, donde se guardaban los archivos históricos de Sussex.

—¿No me estás ocultando algo?

Él decidió que no podía ser del todo honesto.

—Nada —repuso.

Delgard había colgado el auricular y se dirigía hacia ellos.

—Gerry, me alegro realmente de volver a verle. Pensé que quizá le había asustado.

Sue miró al sacerdote agudamente, pero no dijo nada.

—No sabe usted cuánto me dio que masticar —dijo Fenn—. No había empollado tanto desde que dejé la escuela. —Y añadió, como reflexionando mejor—: Aunque me temo que tampoco empollé mucho entonces.

—Puede usted contármelo camino de la iglesia. Tengo que ir a revestirme para la misa.

—¿Va usted a celebrar el servicio?

—Al parecer, he heredado una parroquia, al menos temporalmente. Susan, ¿querrá usted cuidar de Alice y de su madre mientras nosotros vamos a la sacristía?

—¿Está aquí Alice? ¿En la casa?

La voz de Fenn se alzó a causa de la sorpresa.

—Pensé que lo mejor sería que la instaláramos aquí al principio. De esta manera no tendrá que abrirse camino a la fuerza a través de toda la gente que ha venido a verle. Sólo tendremos que cruzar el patio de la iglesia para ir al campo.

—Parece una buena idea. ¿Puedo verla?

—Yo debo prepararme para el servicio ahora, y estoy ansioso por saber lo que ha

descubierto usted. Me gustaría que viniera a la iglesia conmigo.

—Desde luego. ¿Quizá más tarde?

El sacerdote no respondió, pero consultó su reloj y dijo a Sue:

—El obispo Caines viene de camino; estará aquí dentro de veinte minutos más o menos, si el tráfico no se lo impide. ¿Querrá usted esperar aquí con Alice y la Reverenda Madre hasta que él llegue, y luego llevarlos a su lugar antes que empiece la misa?

La joven asintió.

—Tal vez el obispo llegue con algún séquito.

—Cuidaré de ellos, monseñor.

Delgard sonrió dando las gracias y llevó a Fenn afuera. Mientras se dirigían a la iglesia, comentó:

—Parece usted cansado, Gerry.

—Mire, iba a decir lo mismo de usted. Y de Sue. Creo que ella se ha cargado demasiado sobre sus hombros.

—Quizá todos lo hemos hecho. —Volvió la cabeza para examinar la cara del reportero—. Es una buena mujer, muy capaz, muy sincera. Me dijo que su fe se había desviado durante un tiempo, pero que ahora parece haber regresado con renovado vigor.

—¿A causa de Alice?

—Dicen que el verdadero milagro de Lourdes no son las curaciones, sino el fortalecimiento, e incluso la iniciación de la fe en muchos peregrinos. —Sue parece haber pillado el microbio.

El cura rió.

—Creo que es una descripción apropiada. Es más bien como pillar un microbio, aunque no hay efectos dañinos, sino sólo buenos.

—Eso es cuestión de opinión.

—¡Ah, sí, veo que su relación está sufriendo cierta tensión! Pero no puede usted echar la culpa de eso a Sue, ¿verdad Gerry?

—No del todo.

Delgard pensó que sería mejor cambiar de tema; había cuestiones mucho más importantes que le preocupaban en aquel momento. Fenn era un joven impulsivo, y ciertamente egoísta. Algunos aspectos de su escepticismo eran saludables y, evidentemente, intrínsecos a la profesión que él había elegido, en tanto que otros eran, en cierto modo, destructivos. Había en él un aire de crueldad, aunque a menudo esto aparecía disfrazado bajo una actitud aparentemente indiferente; aunque Delgard sospechaba que el reportero era un hombre compasivo, y que esta sensibilidad se ocultaba bajo una capa exterior de indiferencia. La comprensión del sacerdote respecto a la naturaleza humana a través de años de escuchar, ahondar y consolar, era lo que permitía que su dura valoración —que no juicio— de Fenn fuera atemperada por impresiones más suaves. El hombre en cuestión era complejo, pero, en última

instancia, simpático, alguien cuyas faltas podían irritar, pero que pronto serían olvidadas.

—¿Ha descubierto algo de interés, Gerry? —preguntó Delgard.

Fenn hizo una profunda inspiración.

—Nada que guarde relación con nuestro… su particular problema. Pondré a máquina mis notas para usted, con cierto orden, dando fechas y nombres correctos, pero ahora puedo hacerle una especie de resumen.

Llegaron a la puerta de la iglesia, y Fenn se estremeció cuando entraron en el oscuro interior.

—Hace frío.

—Sí —fue todo lo que el sacerdote dijo.

La iglesia estaba vacía, y el cura con el que Fenn se había encontrado antes debía de estar ahora en la sacristía, o quizá se había unido a la multitud del campo.

—Sentémonos aquí.

Delgard señaló a uno de los bancos.

—Pensaba que tenía usted prisa.

—Hay tiempo de hablar. Por favor, continúe.

Se sentaron: Fenn, en uno de los bancos, y Delgard, en el de delante, con el cuerpo girado, para dar la cara al reportero, y, por tanto, de espaldas al altar.

—De acuerdo, aquí está —dijo Fenn, sacándose del bolsillo una libreta de notas —. Me temo que este lugar no tiene muchas cosas que le hagan famoso. Rectifico: no tiene nada. Su primera mención oficial se remonta al 770 de nuestra Era, cuando los sajones poseían un castillo cercano en Stretham. Al señor feudal le concedió un estatuto Osmund, el rey de los sajones occidentales, para ceder quince *hides* de tierra con los que dotar a la iglesia de Banefelde. Probablemente se trataba de ésta, St. Joseph, ya que no hay mención de que existieran otras iglesias en el lugar en aquella época. El nombre del pueblo parece haber variado a lo largo de los años, digamos de pasada. Banefelde, Banedryll, Banefeld, sin la «e» final y, al fin, Banfield.

»Antes de la llegada de los sajones, los hombres prehistóricos habían recorrido el condado de Este a Oeste, y en su camino establecieron el asentamiento que, con el tiempo, se convirtió en este pueblo. Recordará usted que esta parte del país era casi todo bosque; el poblado fue en su día probablemente sólo un pequeño claro en el bosque.

»Su segunda mención oficial aparece en el Estudio de Domesday en el 1085, cuando Guillermo el Conquistador quiso saber cuánto valían sus posesiones y quién estaba en ellas exactamente. No parecen haber ocurrido muchas cosas desde entonces. Un poco de excitación durante la época de la Reforma y la Guerra Civil, en el siglo siguiente. Sesenta y dos lugareños murieron de peste en el siglo XVII. Pocas más cosas de importancia hasta que se convirtió en parada de diligencias en el trayecto de Londres a Brighton, en el XVIII. ¡Oh, sí! entonces fue cuando fundó su propio asilo para pobres, para los indigentes de la parroquia. Los habitantes del

pueblo consiguieron también su primera línea de ferrocarril en 1880, y la conservaron hasta las reducciones de cien años más tarde. Podría ser que la línea fuera restablecida, con toda la atención que Banfield está despertando ahora.

»A lo largo de los años aparecen algunos nombres familiares, algunos de ellos se remontan a los siglos XIII y XIV. Southworth es uno de ellos. Otros dos, Backshield y Oswold, están con él en el concejo municipal. Hay un Smythe que consigue varias menciones, Breedehame, Woolgar, Adams y un tal Charles Dunning, que parece haber tenido cierta relevancia. Fue investido caballero en tiempo de Enrique VIII. La mayoría fueron propietarios y granjeros independientes. Hubo conflictos entre algunas familias durante la Guerra Civil unos apoyaban a Carlos I, y otros estaban con Cromwell.

Conociendo los odios hereditarios que se dan en los pueblos, es probable que sigan enemistados hoy en día. Algunos de los lugareños han estado implicados en el contrabando. Supongo que era un camino abierto desde la costa, con multitud de lugares para ocultar la mercancía en el camino. Eso fue toda la actividad fraudulenta que se llevó a cabo, o, al menos, la que ha sido registrada.

Fenn sonrió al sacerdote.

Delgard esperó a que el reportero continuara, y frunció el ceño cuando no lo hizo.

—¿Eso es todo? —preguntó, sorprendido.

—El esqueleto, al menos. Ya tendrá los detalles en mis notas mecanografiadas. Siento no poder proporcionar datos sobre asesinatos, sacrificios paganos o quema de brujas, pero simplemente no sucedieron.

—Es una especie de anticlímax.

—Especialmente cuando uno ha examinado todo lo que hay escrito sobre el lugar desde la época sajona. Los callejones sin salida nunca son divertidos.

—¿Y la iglesia? Debe de haber algo más sobre la iglesia.

—Lo hay. Aunque no mucho. En Inglaterra, Sussex fue una de las últimas fortalezas paganas. Estaba limitada al Norte por bosques, al Este y el Oeste, por las marismas, y al Sur, por el mar. Agustín y sus seguidores cristianos de Roma consiguieron pocas conversiones en aquella época. Le correspondió a un obispo llamado Wilfred —que había sido empujado a las costas de Sussex por mares tempestuosos— llevar a cabo la penetración. Quedó asombrado del salvajismo existente, y decidió volver y convertir a los habitantes. Lo hizo, veinte años más tarde, y consiguió su propósito. La Historia sigue diciendo que Banfield, o Banefelde, como era conocida entonces, fue uno de los pueblos que más resistió. Lo interesante es que la primera iglesia cristiana —y no podemos hacer otra cosa que suponer que era St. Joseph— fue construida sobre un lugar de adoración pagana. Y sus cementerios.

Había una frialdad en la mirada de Delgard que era más bien un reflejo de sus pensamientos, y no se dirigía a Fenn. Dijo:

—Eso probablemente no tiene importancia; muchas iglesias han sido construidas

sobre altares paganos como un rechazo firme y simbólico de lo que anteriormente había tenido lugar. Y los cementerios siempre han sido sagrados en las mentes de los hombres, tanto cristianos como paganos.

—Desde luego. Es sólo una exposición simple de un hecho, por mi parte, no una insinuación.

El sacerdote asintió.

—Por favor siga.

—El primer coadjutor de que se hace mención aquí fue… —Fenn consultó su libreta de notas—…un tal John Fletcher. Eso sucedió en 1205. Los archivos de la iglesia, digamos de pasada, sólo se remontan hasta 1565, y tratan sólo de matrimonios y fallecimientos. Conseguí la información sobre Fletcher en el pueblo.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Pero descubrí algo más, de lo que hablaré dentro de un momento. Como he dicho antes, Banfield se mostró especialmente resistente al obispo Wilfred y sus seguidores cuando éstos empezaron a convertir a la gente de Sussex. Se derramó mucha sangre. Sin embargo, una vez que la iglesia se estableció, ya no hubo más problemas, al menos, no se ha registrado ninguno. Algunos conflictos con Carlos II —el pastor de aquí era realista y estuvo implicado en la huida del rey a través de los Downs hacia la costa, en donde tomó un barco para Francia—. Cromwell hizo ejecutar al párroco. Aparte eso, el clero no se había distinguido demasiado en Banfield; nada de escándalos, ni apropiación de fondos de la Iglesia, ni anarquía.

»Pero los archivos no se remontan más que hasta el siglo XVI. No sabemos cómo esta iglesia se vio afectada por la extensión del luteranismo en Inglaterra. Éstos fueron tiempos difíciles para los católicos.

»La Reforma produjo cambios y problemas en todas las iglesias de esta región, pero no he podido encontrar nada específico sobre St. Joseph. Uno o dos dignatarios de la zona tuvieron grandes problemas cuando se negaron a jurar vasallaje a Enrique VIII como cabeza de la Iglesia de Inglaterra, pero la mayoría decidió aceptar la idea en aras de la paz. Además, muchos se beneficiaron de la transformación; Enrique VIII se dedicaba a vender las tierras disponibles después de la disolución de los monasterios, y los miembros de la pequeña nobleza eran los recipiendarios.

Algo empezaba a incordiar en el fondo de la mente de Delgard, un pensamiento atormentador que se disolvía como un sueño perturbador cuando trataba de localizarlo.

—Había facciones opuestas en Banfield —continuó Fenn—, y la controversia fue utilizada probablemente para continuar enemistades antiguas que habían permanecido dormidas durante algún tiempo. De todas maneras, en los archivos no hay registros de la iglesia que abarquen ese período. Y eso nos lleva al asunto que mencioné antes.

Delgard se inclinó hacia el reportero, como si quisiera oírle en confesión.

—¿Existe un viejo cofre en algún lugar de la iglesia? —preguntó Fenn.

El sacerdote le miró con sorpresa.

—¿Un viejo cofre hecho de gruesa madera de roble? —prosiguió Fenn—. Está rodeado de flejes de hierro de Sussex. Y… ¡oh, sí, tiene tres candados! El sacerdote sacudió lentamente la cabeza.

—No sé nada de semejante cofre. No lo he visto.

—¿No podría estar guardado en algún lugar?

—Hay sólo la sacristía y la cripta. Estoy seguro de que no está en ninguno de los dos lugares.

—¿Y en la casa parroquial? ¿En el desván?

—¿Qué tamaño tiene el cofre?

—No estoy seguro. Un metro sesenta por sesenta centímetros. Es antiguo, data del siglo XIV.

—No, no está en el presbiterio. ¿Por qué es importante?

—Porque en él se guardan viejos documentos, objetos de valor, libros y registros de la iglesia. Hallé mención de él en los archivos. Enrique VIII ordenó que cada iglesia tuviera un cofre sólido, pagado por los feligreses, en el que se guardaran los registros. Eso ocurrió en el siglo XV, más o menos, pero, según los archivos, Banfield tenía ya su propio cofre, que se remontaba a dos siglos antes. Podríamos descubrir muchas más cosas sobre St. Joseph gracias a él.

Era importante. De alguna manera, Delgard sabía que el cofre era importante. Tenía alguna relación con el escurridizo pensamiento que lo había asaltado momentos antes.

—Puedo registrar la cripta más tarde, después de la misa.

—Yo puedo hacerlo ahora.

Delgard vaciló, consultó su reloj y dijo:

—Muy bien. Venga conmigo a la sacristía y le daré la llave. La entrada de la cripta está fuera.

Se puso en pie, un hombre alto, de ropas oscuras y ojos marcados por profundos círculos. Fenn, todavía sentado, levantó su mirada hacia él y recordó lo indomable que le había parecido el sacerdote cuando le viera por primera vez; ahora parecía haberse desvanecido algo de aquella fuerza, como si Delgard se estuviera encogiendo, su vibración no desaparecida, pero sí disminuida. Aunque el cambio apenas era perceptible, Fenn estaba seguro de que no se trataba de su propia imaginación.

—¿Algo no va bien? —preguntó el sacerdote.

Fenn se serenó.

—¡Uh, no, sólo estaba pensando! Vamos por la llave.

Mientras caminaba hacia la sacristía, los pasos sonaban extrañamente fuertes en la vacía iglesia. Fenn echó una mirada de reojo a la estatua de la Virgen. No quedaba ninguna blancura en ella.

VEINTIOCHO

Entonces se oyó con claridad una voz asombrada de niño:
«¡No lleva nada puesto!»

El traje nuevo del emperador
HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Ben movió las nalgas en el duro banco de madera, una nalga primero, luego la otra, con las manos bajo las piernas. Su madre estaba sentada a su lado, con los ojos cerrados, ignorando el ruido que se producía a su alrededor.

Ben había superado su primer temor, después de haber contemplado visiones muchos peores que la del hombre con la cara desfigurada: hombres sin piernas, niños con cabezas demasiado grandes y ojos saltones, mujeres con bultos y protuberancias y miembros blandos como la gelatina; y ojos nerviosos que atisbaban desde bultos andrajosos en sillas de ruedas.

—Tengo frío, mami —se quejó.

—Calla —le dijo Sue—. Pronto empezará la misa.

Sue miró a su alrededor, asombrada al ver el número de personas que asistía al servicio. De vez en cuando, por encima del mar de caras rosas, se alzaban banderas proclamando la presencia de distritos y asociaciones religiosas. Muchas personas del mismo banco en donde ella se sentaba llevaban insignias que les señalaban como peregrinos de Lourdes. Un joven elegante, situado inmediatamente detrás, llevaba una tarjeta de identidad de plástico prendida en su ropa, en la que podía leerse que era Anthony Roberts, de la agencia St. Peter’s Tours. Otras personas, alrededor de él, mostraban insignias de colores diferentes a las del banco de Sue. En el suelo, a sus pies, en la removida tierra, había un folleto, desechado con cierto disgusto por un peregrino que lo había recibido de una joven al entrar en los terrenos; en dicho folleto se pedía contribuciones para los seguidores del Reverendo Sun Myung Moon, para que la Iglesia de la Unificación pudiera convertirse en una importante fuerza económica. Una fangosa marca de tacón había ensuciado la cara de luna del hombre que sonreía desde el folleto, reduciendo la imagen a la de un manchado oriental Mr. Happy. Un grupo de figuras con blancos ropajes que se sentaba algunas filas más atrás, la había sorprendido, al principio, con sus brillantes cintas y ropas poco familiares a cualquier Orden eclesiástica que ella conociera, hasta que la mujer sentada a su lado observó su mirada y le dio un codazo.

—Son una sociedad laica —aclaró la peregrina—. Caballeros del Santo Sepulcro se llaman. Los vemos a menudo en Lourdes.

Sue y Ben habían sido bastante afortunados al poder sentarse cerca del recientemente erigido retablo, instalado sobre una plataforma a metro y medio de altura sobre el terreno, de manera que todos los asistentes pudieran ver la ceremonia;

un joven sacerdote, que ejercía de acomodador y que conocía a Sue como asistente voluntaria, hizo apretar a los peregrinos en el banco para que quedara sitio para ella y Ben. La única zona reservada era los bancos situados delante de ella, y ahora estaban llenos de una mezcla de clero, monjas y «civiles», de cuyo último grupo, Sue conocía a algunas personas. El hombre llamado Southworth era uno de ellos, al que Sue veía ahora charlando y riendo tranquilamente con el obispo Caines, dando la impresión de que estaban esperando un concierto al aire libre más que un servicio santo.

En el pasillo central, a partir de ella en adelante, habían dejado libre un sector para camillas y sillas de ruedas; miembros de la Brigada de Ambulancias de St. John, jóvenes severamente vestidas y parientes de los inválidos, se sentaban en bancos inmediatamente detrás de ellos. A la Prensa no se le habían concedido especiales privilegios, aparte el de entrar un poco antes, y la mayoría de periodistas habían conseguido encontrar lugares cerca de la primera fila, en donde estaban todos juntos, algunos, con libretas de notas preparadas, y otros, que lo habían visto todo antes —aunque nada *exactamente* igual que esto, habían de admitirlo— hacían breves comentarios y se preguntaban si sería sacrílego fumar. Los fotógrafos se apretujaban en los extremos de los bancos, y muchos se habían puesto de cuclillas en la hierba en el pasillo central, después de ser rechazados de las proximidades del altar. A las cámaras de televisión no se les había permitido entrar en el recinto, pero las grúas se asomaban por encima de los altos setos, junto a la carretera, y sus lentes de *zoom* se enfocaban sobre el retorcido roble y el altar, decorado con sencillez, levantado ante él.

De algunos sectores de los reunidos se elevaron voces cantando un suave himno; de otros grupos surgía el monótono zumbido de los rezos.

Sue estaba tensa, y sintió que la gente a su alrededor experimentaba la misma sensación. Si algo era, la excitación de aquel domingo era mucho mayor que la de la semana anterior. La expectación había aumentado. Incluso a Ben le brillaban los ojos; no se aburría en absoluto. Tenía frío, pero Sue comprendía que sus escalofríos se debían más a la excitación que al frío. Era pura alegría, un sentimiento compartido por todos los presentes. De pronto se oyó un siseo, y luego, un gemido bajo y maravilloso recorrió la multitud. Habían visto salir a Alice por la recién practicada abertura en la pared fronteriza de la iglesia.

Molly Pagett llevaba por la mano a su hija, y la Reverenda Madre encabezaba la marcha hacia los asientos situados ante el altar. En la cara de Molly podía apreciarse palidez debida a la aprensión, pero no así en la de Alice, que era inexpresiva; mantenía los ojos fijos sólo en el árbol, sin dirigirlos ni una sola vez hacia la multitud, que la miraba con temor reverente. Se hizo un silencio total.

Ben se puso en pie de un brinco, ansioso de ver lo mismo que los mayores; pero era demasiado pequeño para poder atisbar por encima de las cabezas y hombros que tenía delante. Así que, antes de que su madre pudiera detenerle, se encaramó al banco. Vio a Alice, pero no sintió la menor impresión.

Fenn bajó el corto tramo de escaleras, cuidando de no resbalar en las mohosas superficies, e introdujo la larga llave en la oxidada cerradura. Sorprendentemente, la llave giró con facilidad. El periodista empujó la puerta y permaneció allí unos segundos, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra interior, mientras recordaba los viejos programas de televisión que solía ver de niño. *Santuario oculto*, se llamaba, y los títulos de crédito empezaban siempre con una vieja puerta de cripta que se abría lentamente, acompañada del clásico crujir de maderas. Aquella puerta y lo desconocido que el lugar pudiera albergar le había producido más de una pesadilla, pero la mañana siempre borraba el recuerdo, como una mano que corriera las cortinas. Sólo que ahora era por la mañana, y no se trataba de un sueño. Llenó sus fosas nasales un olor a humedad, a moho.

Sonrió ante su nerviosismo. Delgard le había asegurado que St. Joseph ya no guardaba sus muertos en la cripta.

Palpó la pared por la parte interior, en busca del interruptor. Lo encontró, y encendió la luz.

«¡Maravilloso!», murmuró. La débil luz apenas alcanzaba a las cuatro paredes de la cámara.

Avanzó y sintió una frialdad —no húmeda—, que se deslizaba bajo su piel. Algo se escabulló en algún oscuro hueco. El suelo estaba atestado de cajas de cartón. Una vieja mesa con patas *Michelin* y su superficie deteriorada se alzaba en el centro de la pieza, y una escalera de madera, manchada de pintura, se apoyaba como un borracho contra ella. Más allá del círculo de luz se distinguían confusamente otras formas grises.

Fenn paseó la mirada alrededor, deseando vivamente encontrar el cofre sin necesidad de tener que buscar. Captó su atención un objeto bajo, de forma cuadrada, cubierto de una capa de polvo, y cautelosamente se dirigió hacia él. El suelo era desigual, y se mojó los zapatos mientras caminaba a través de los charcos que se habían formado en las depresiones. Se puso de cuclillas y tendió una mano hacia la tapa.

Monseñor Delgard se volvió hacia los fieles, con las grandes manos apoyadas en ambos lados del atril y los ojos mirando a las caras expectantes, más que al misal que tenía ante él. Emitió un profundo suspiro, enderezando ligeramente los encorvados hombros.

«¡Buen Dios, hay miles, *miles*! ¿Por qué han venido? ¿Qué quieren de la niña?»

Su corazón sangraba por los enfermos que había entre la multitud, los tullidos e inválidos que le miraban con ojos brillantes, con labios entreabiertos y sonrisas de anticipación, que iluminaban sus atormentadas caras. «¡Oh, amado Señor, por favor, ayúdales en su fe! No dejes que se apodere de ellos la decepción. Lo que ocurrió

antes con la niña no puede repetirse, tienen que comprenderlo. ¡Que hoy se produzca el final de todo esto! Muéstrales que aquí no hay milagros.»

Los dos micrófonos, hábilmente adaptados al atril, zumbaron desconcertadamente durante unos momentos.

Una pequeña brisa lamió las páginas del misal.

Las emociones de los reunidos parecían precipitarse sobre él en oleadas de euforia, y sintió que toda aquella energía le aligeraba la cabeza. Caras enrojecidas y expectantes ante él, guijarros rosa sobre una playa ondulante, que llegaba hasta más allá del punto en que ya no había bancos, y el cambio de nivel parecía un escalón formado por la marea, que se extendía hasta la entrada del campo y en que los altos setos que bordeaban la carretera semejaban un rompeolas verde. «Es una locura —se dijo—. Una estúpida ilusión en la que la Iglesia católica no debería tomar parte.» El obispo Caines sonreía alentadoramente debajo de él. Southworth, con la cabeza vuelta, observaba a la muchedumbre. Había muchos otros sacerdotes, dando crédito al engaño con su presencia. ¡Pero no, no era un engaño! ¡Alice Pagett era una niña sincera! No podía haber ningún profundo y lamentable pecado en su joven alma. Quizás era él, el sacerdote, quien estaba en pecado a causa de su duda, de su negativa a aceptar lo que él mismo había contemplado. Quizá le faltaba la humildad para creer que una niña pudiera evocar semejante poder espiritual. Quizás…

Levantó las manos a nivel de los hombros, con las palmas vueltas hacia fuera, y empezó la misa. Alice le observaba intensamente; sus ojos miraban con fijeza, aunque, de alguna manera, en blanco, sin expresión, observando directamente a través de él… mirando… mirándolo no a él… sino el árbol…

La tapa era fría y húmeda al tacto, y Fenn tuvo que obligarse a coger el objeto y retirarlo. Debajo había una caja de madera, y unas cositas negras huyeron rápidamente por encima de su superficie cuando quedaron expuestas a la luz. Inmediatamente, el reportero supo que aquello no era el cofre que buscaba —era demasiado pequeño y no lo bastante antiguo—, pero, de todas maneras, decidió abrirlo. Los documentos en cuestión podían haber sido transferidos a él en algún momento del pasado. No había ninguna cerradura; levantó la tapa.

Las partículas de polvo que flotaban en el aire le hicieron estornudar, y Fenn dirigió sus acuosos ojos a los viejos libros y papeles. La tapa cayó hacia atrás cuando alargó la mano y cogió un libro. Era un gastado Misal parroquial, escrito en latín. Muerto. Difunto. Sólo para ser empleado por los intransigentes religiosos desde que el Vaticano decidió utilizar en la liturgia el lenguaje de cada pueblo. El libro de debajo era lo mismo, al igual que el otro y el otro; la caja estaba llena de ellos. Los papeles no eran más que amarillentas hojas de himnos. Fenn cerró la tapa, decepcionado. Habría sido demasiado fácil.

Fenn se puso en pie, con las manos en las caderas, y examinó una vez más la

cámara subterránea. ¡Hacía frío! Se colocó en el centro, con la bombilla y la pantalla de grueso metal tan sólo a quince centímetros por encima de su cabeza, arrojando negras sombras más allá de su frente y su nariz. Dos insectos aleteaban en torno a la bombilla, buscando inconscientemente la muerte en su sol personal.

«¿Cuántos huesos habrá bajo este suelo?», se preguntó Fenn. Huesos y restos paganos. ¿Vagaban sus espíritus por donde lo habían hecho sus cuerpos? Se dio cuenta de que estaba hablando innecesariamente consigo mismo, y mentalmente se dio un puntapié en la espinilla. «¡Acaba con ello, Fenn, y vete!»

Siguió su propio consejo y anduvo a grandes zancadas hacia una pila de cajas que había detrás de un montón de sillas en un rincón de la cripta, silbando desatinadamente mientras empezaba a tirar de ellas. Una rápida mirada bastaría, sin necesidad de examinar nada con demasiado detalle. Lo que buscaba era un viejo cofre, bastante grande, demasiado para quedar oculto con facilidad. Un radiador estropeado, que perdió el equilibrio a causa de su registro, empezó a deslizarse por la pared contra la que estaba apoyado; se estrelló finalmente contra el suelo con espantoso estruendo, y su eco resonó en las húmedas paredes de piedra.

Fenn permaneció inmóvil con los hombros hundidos, hasta que murieron los ecos. «Lo siento», se excusó con los fantasmas, y luego siguió buscando. Se dirigió hacia las grises formas que le habían estado observando silenciosamente todo el rato. Parecían canijos espectros, y Fenn frunció el ceño ante sus desfiguraciones, a medida que se acercaba. Había cuatro de ellas, y dos conservaban todavía un poco de color desvaído en sus desportilladas ropas de plástico; las otras dos habían iniciado su vida como blancas, pero ahora eran casi tan negras como la oscuridad que las rodeaba. «Tenéis una camarada arriba, que pronto se unirá a vosotras», les dijo Fenn silenciosamente, pensando en la Virgen. La estatua más cercana era un Cristo sin nariz ni barbilla, que parecía sostener algo en un brazo doblado; el otro brazo estaba roto a la altura del codo. Fenn se inclinó ligeramente, lleno de curiosidad por ver el extraño objeto que sostenía. «¡Magnífico!», murmuró cuando descubrió que se trataba de un corazón de piedra con una crucecita en lo alto como un descolorido tallo de fresa.

La estatua de detrás era más alta, y su superficie estaba descolorida y mugrienta. Probablemente se trataba también de una escultura de Cristo, aunque —sin la cabeza y sólo con una parte de la barbilla sobre un destrozado cuello— era difícil de asegurar. La siguiente era tan pequeña como la primera, y su forma, ligeramente encorvada, representaba a un hombre con un niño en los hombros. Faltaba el cayado, y ambas caras, la del niño y la del portador, habían sido mutiladas, pero Fenn reconoció fácilmente a san Cristóbal y a Jesús niño.

Se volvió rápidamente hacia la luz cuando ésta se desvaneció momentáneamente.

«¡No te atrevas, maldita sea!», rugió. La luz se recobró instantáneamente.

Fenn prestó de nuevo atención a las estatuas deterioradas. Había algo familiar en la que estaba detrás de todas. Entornó los ojos, deseando que la luz fuera más fuerte;

tampoco ayudaba mucho la pantalla de metal, que eliminaba la mitad de sus rayos. Deslizándose con dificultad más allá de la primera estatua, atisbo por entre las otras dos que bloqueaban su camino. La cara que miraba sin visión era la misma que la que estaba arriba en la iglesia. Era de María, y tenía aspecto sereno.

Fenn frunció el ceño, asombrado. Desde el otro lado de la cámara, esta figura había parecido tan deformada como las demás, manchada, agrietada y carente de algunos trozos; debía de haber sido a causa de la escasa luz, que arrojaba sombras engañosas, porque de cerca no se distinguían mutilaciones ni suciedad. El reportero trató de acercarse más; había algo en aquellos ojos ciegos que miraban…

Apoyando una mano en la estatua decapitada que tenía a su derecha, se inclinó hacia delante. La blanca cara sonreía. Y Fenn tuvo la extraña sensación de que aquellos ojos podían verle. Con la otra mano tocó el san Cristóbal, y la figura cargada con el niño se tambaleó peligrosamente. Fenn fijó la estatua y se acercó más a la Virgen en sombras. Tenía que tratarse de algún efecto óptico de la luz: la sonrisa de los labios de piedra parecía haberse ensanchado. Parpadeó. También parecían haberse separado.

Sentía un entumecimiento mental, como si le hubieran rociado algunas células cerebrales con un pulverizador contra el dolor. Los ojos sin pupilas le hipnotizaban. La respiración de Fenn era superficial, pero él apenas se daba cuenta. Tenía que acercarse más, tenía que tocar la estatua, tenía que tocar aquellos labios abiertos.

La luz estaba disminuyendo. 0 lo parecía, porque él apenas podía enfocar la mirada sobre aquellos labios húmedos, aquellos penetrantes ojos. Se oyó un débil ruido de chisporroteo detrás de él, pero Fenn apenas registró el sonido ni observó el parpadeo.

Estaba a sólo treinta centímetros —menos quizá—, de distancia, y no podía avanzar; las otras dos estatuas le mantenían a raya. Se estiró hacia delante, alargando el cuello hacia los suaves labios, mientras los dos guardianes empezaban a inclinarse.

No podía acercarse más, pero justo antes de que se apagara la luz, la estatua de María se movió hacia él.

Sacerdote: Hermanos y hermanas míos, preparémonos para celebrar el sagrado misterio reconociendo nuestros pecados.

El viento agitó bufandas y banderas y desgreñó el pelo en las cabezas descubiertas. Algunas personas tosían, rompiendo el silencio. Un bebé lloró.

Sacerdote: Señor, hemos pecado contra Ti:
Señor, ten piedad.
Respuesta: Señor, ten piedad.

En lo alto de una grúa que dominaba el campo, un cámara miró, intrigado, la máquina.

—¡Eh!, ¿qué pasa ahí abajo? —gritó, haciendo caso omiso de la misa—. La luz fluctúa. ¡Haced algo antes de que eche todo a perder!

Sacerdote: Señor, muéstranos tu misericordia y amor.
Respuesta: Y concédenos tu salvación.

Un fotógrafo de Prensa maldijo el motor de su «Nikon». «¡Vaya condenado momento para estropearse!» No se dio cuenta de que algunos de sus colegas se encontraban con el mismo problema.

Sacerdote: Que el Señor tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.
Respuesta: Amén.

Una reportera, que iba grabando en voz baja en su microcasete, lo sacudió con impaciencia cuando las ruedas empezaron a girar más lentamente y acabaron por pararse. «¡Mierda!», maldijo, procurando mantener la voz baja, y golpeó la máquina contra la palma de la mano.

Sacerdote: Señor, ten piedad.
Respuesta: Señor, ten piedad.
Sacerdote: Cristo, ten piedad.
Respuesta: Cristo, ten piedad.
Sacerdote: Señor, ten…

Monseñor Delgard se apretó los oídos con las manos cuando los micrófonos emitieron un zumbido agudo y penetrante y acabaron por pararse.

A través de los ojos medio cerrados vio que Alice se levantaba del banco y caminaba hacia él.

Las estatuas de ambos lados cayeron al suelo, y Fenn, con ellas. Gritó, consciente de pronto de que se encontraba en una oscuridad total, y a su grito se unió el impacto contra la piedra. Algo le aplastaba los dedos, pero apenas sentía el dolor. Sintió sobre sus hombros un peso abrumador, aturdiéndole con el golpe. Instintivamente trató de rodar hacia un lado, pero algo a su derecha se lo impidió. Agitó frenéticamente las piernas, terriblemente asustado, y recordó la estatua de la Virgen, cómo se había movido, cómo le había deseado… el ansia en sus ojos…

«¡No!», gritó; su voz resonó en la cámara llena de olor corrupto, y el sonido aumentó su pánico. Golpeó, empujó, se esforzó desesperadamente. La estatua era irrazonablemente pesada, y le abrumaba con su peso. Logró volverse a medias, y su mano aferró la fría piedra. Estaba húmeda de limo, y sus dedos resbalaron a lo largo de la superficie; en algunos puntos, su mano se deslizó por algo que sólo podía haber sido un montón de liquenes, pero que daban la sensación de una carne blanda, podrida.

Casi podía sentir la respiración cálida, fétida, sobre su piel.

Consiguió pasar un brazo por debajo del incómodo peso, y emitió un ronquido al empujar. La estatua se deslizó lentamente de su cuerpo, haciendo un ruido áspero al golpear el suelo. El reportero se volvió, con los codos debajo de él, jadeando en busca de aire; su pecho subía y bajaba con frenesí. Tenía que escapar, ¡la oscuridad le envolvía! La razón le decía que el sótano estaba lleno de cosas muertas, inanimadas; la imaginación insistía en que dichas cosas podían moverse, podían respirar, podían ver, podían tocar.

Sus pies resbalaron en la humedad cuando gateó para conseguir ponerse en pie. Parpadeó en la oscuridad, temeroso de ser sumergido por ella. Se veía una grisácea luz diurna, que llegaba débilmente de la puerta. Tenía que alcanzarla.

Empezó a arrastrarse sobre muertas y mutiladas figuras, a través de hediondos charcos formados en el irregular suelo como lagos subterráneos estancados, golpeando las cajas de cartón, cualquier cosa que se cruzara en su camino, tratando de ponerse en pie, pero sintiéndose aún demasiado vacilante, desesperado por llegar a la luz, desesperado por liberarse del frío, de los dedos sin vida que se estiraban hacia él desde la oscuridad…

Sólo la luz podía devolver a la piedra aquellos dedos. Pero ahora había una sombra en aquel gris rectángulo de la abierta puerta, una masa negra que devoraba la luz mientras se movía hacia Fenn. Como si quisiera alcanzarle.

No surgieron más sonidos de la multitud; no más toses, no más vagidos de bebé, no más rezos murmurados. Era como si los millares de personas allí presentes hubieran contenido la respiración al unísono. Aunque sólo los que se encontraban más cerca de la plataforma podían ver lo que ocurría, una especie de conciencia de masas extendía la tensión por entre los reunidos como si fueran las ondas expansivas de una piedra tirada en un estanque. Todos contenían la respiración y miraban hacia el altar.

Luego escapó de las miles de gargantas un estruendoso «¡aaaah!» cuando la diminuta figura de la niña subió los escalones del altar. La maravilla y la excitación brillaban en todos los ojos. Los operadores de televisión, en lo alto de sus grúas, no podían hacer más qué gemir de frustración ante la inoportuna avería del generador, y ninguno de ellos era consciente de que sus colegas sufrían el mismo problema. Un

policía de guardia en la puerta, ignorante de lo que ocurría dentro, frunció el ceño ante los ruidos de estática procedentes de su emisora de radio manual, único sonido que salía del aparato, en un momento en que necesitaba pedir refuerzos. La multitud, incontrolable ya, trataba de abrirse camino a través de la atestada entrada al campo.

Delgard sintió que le temblaban las piernas cuando la extasiada carita se acercó a él. Era muy pequeña y muy frágil, y sus ojos contemplaban algo no visible para nadie más. Alice pasó por su lado, y él sacerdote quedó vaciado de vitalidad, como si aquella criatura fuera un extraño imán espiritual que atrajera la energía. Delgard se tambaleó y tuvo que agarrarse al atril para sostenerse en pie. Detrás del altar se alzaba el roble, negro gigante retorcido, criatura siniestra que parecía pertenecer a la niña.

Los ojos de Alice permanecían medio cerrados cuando quedó parada de pie ante el árbol, y entre sus párpados sólo podían distinguirse blancas rendijas. Inclinó lentamente la cara hacia atrás, como si examinara algo en las ramas superiores, y mostró los dientes en una blanca sonrisa. Su pajizo pelo le colgaba hasta muy abajo de sus hombros, y levantó las manos de sus costados, como dispuesta a abrazar algo. La respiración se transformó en unos cortos y ásperos jadeos, se hizo cada vez más rápida, luego disminuyó su velocidad y se hizo regular, uniforme, para detenerse al fin.

El aire resplandecía a su alrededor, y las nubes parecían más negras sobre su cabeza. Pero entonces el sol se abrió camino, y el campo, el altar y el árbol quedaron bañados en una luz pura.

Alice volvió lentamente la cabeza para mirar a su hechizado auditorio; su pequeño cuerpo temblaba, estremeciéndose con algún éxtasis interior, que los espectadores podían sentir crecer también en ellos mismos.

De repente, la niña emitió un jadeo, como si una invisible hoja le hubiera pinchado la carne; no obstante, permaneció la sonrisa que se hizo más serena. Y ahora fue la multitud la que jadeó, cuando la niña empezó a elevarse.

—Fenn, ¿qué demonios te pasa?

El reportero dejó de luchar, dejó de intentar separarse a golpes de la figura que se inclinaba sobre él. Su mente empezó a aclararse, aunque todavía quedaba pánico.

—¿Quién… quién está ahí? —preguntó, con voz trémula.

—¿Quién mierda crees que es, idiota? Soy yo, Nancy.

La mujer alargó la mano para ayudarle otra vez, y ahora su mano no fue rechazada con violencia.

—¿Nancy?

—Sí, ¿recuerdas? La amiga que descargaste en la puerta de la iglesia. Fenn gateó para ponerse en pie, y ella tuvo que sostenerle mientras él trataba de dirigirse precipitadamente a la puerta.

—Tómatelo con calma —le advirtió—. Hay un montón de objetos por aquí, te vas

a romper el maldito cuello.

Nancy siguió manteniendo el brazo alrededor de él, sujetándolo mientras se encaminaba a la puerta. Los últimos pasos fueron demasiado para él; se soltó y corrió como un loco. La mujer le encontró apoyado contra la pared exterior de la iglesia; un hilito de saliva le corría por la barbilla, como si acabara de tener náuseas.

Nancy le dio tiempo para recuperarse, y luego dijo:

—Bueno, ¿vas a decirme de una vez lo que ha sucedido ahí?

Los hombros de Fenn subían y bajaban agitados mientras trataba de recuperar el aliento.

—Estaba en el otro lado de la pared —prosiguió Nancy, preocupada por su estado —. Sólo he podido entreverte a través del cementerio bajando los escalones hacia la puerta trasera de ahí. Me ha llevado un rato deslizarme sin que me detuviera la santa mafia. —Su voz se suavizó—. ¿Qué ha ocurrido, Fenn? Parece como si hubieras visto el proverbial fantasma.

El periodista emitió un largo suspiro y se volvió hacia ella. Sus ojos estaban húmedos. Dijo, casi sin respiración:

—Me parece… que ha sido así.

Nancy dejó escapar una risita y, ahora en que él se encontraba al aire libre, a plena luz del día, casi le pareció ridículo también a él mismo. Sólo que él había estado allí; él había visto.

—Había… había una figura.

—Querrás decir una estatua. Oí el estruendo cuando la atropellaste, aunque parecía haber más de una.

—Había cuatro. Pero una… la de atrás, la de María, no lo era. No era una estatua. Se movía.

—Eh, Fenn, ¿hablas en serio? Lo único que ha pasado es que has chocado contra ella y se ha caído. Te he visto desde la puerta dando patadas como un maníaco. De todas maneras, ¿qué hacías dando tumbos por ahí en la oscuridad?

—Había una luz. Debió de fundirse la bombilla.

—Ya, y te dio un susto de muerte. Debió de ser entonces cuando tropezaste y caíste sobre las estatuas. —Volvió a soltar una risita—. ¡Vaya comportamiento!

Él sacudió la cabeza; todo parecía tan irreal…

—¿Qué buscabas?

Su mirada era aguda; la diversión había desaparecido.

—¿Eh? ¡Oh, un cofre, un viejo cofre que creíamos que podría estar allí! Podría contener algunos viejos registros de la iglesia.

—Volvamos y veamos si podemos hallarlo.

Nancy se volvió, pero Fenn la agarró del brazo.

—No, no está ahí, lo habría visto.

—¿Seguro que no es mieditis?

—¡Lo habría visto!

—¡De acuerdo, de acuerdo! Te creo. Mira, ya ha empezado la misa; de manera que vayamos allí antes de que nos perdamos demasiado. Nunca se sabe, hoy podría ser otro día de milagros. —Le tomó de la mano, apartándolo de la pared—. Estás temblando —añadió con sorpresa, deteniéndose para mirarle cara a cara—. ¡Jesús, estás realmente asustado!

—Estaré bien dentro de un momento.

Pero ¿estaría bien cuando llegara el momento de cerrar los ojos y dormir?

—Por supuesto. —Nancy le tocó la mejilla con los dedos—. Descansa un momento. Daremos un lento paseo hasta el campo.

Le apartó de la iglesia, lejos de aquel negro agujero de la cripta. De vez en cuando le echaba una mirada de reojo y fruncía el ceño. Podía comprender su susto, su andar a ciegas como un loco en aquella oscuridad; ¡la había asustado a ella, sólo el estrépito! Andar brincando por el cementerio, con sus herrumbrosas y viejas tumbas y lápidas, ya la ponían bastante nerviosa, a plena luz del día. Los pequeños montículos de arena tampoco contribuían mucho a aligerar la atmósfera. Pero cuando llegó a los escalones que conducían a lo que parecía ser un lóbrego pozo, ¡ella estaba ya realmente nerviosa! Y sólo se aventuró dentro porque pensó que Fenn podía haberse caído y hecho daño. No obstante, miedoso o no, Fenn estaba asustado hasta un grado ridículo. ¡Qué extraño! No parecía de ese tipo de hombres que se asustan del coco.

Intuyó que algo no funcionaba cuando se acercaban a la brecha recién abierta en la pared fronteriza del campo, y Nancy no podía ni imaginarse lo que era. Por su parte, Fenn estaba demasiado preocupado con sus propios pensamientos como para darse cuenta de ello. Poco a poco, Nancy empezó a comprender de qué se trataba, mientras se acercaban al campo. Era el silencio. En una parcela de más de cuatrocientas áreas completamente llena de gente reinaba un silencio total, absoluto.

Nancy se detuvo, y Fenn la miró, sorprendido. También él advirtió, al fin, la ausencia de sonido. Y cuando ambos miraron hacia el altar, comprendieron.

Monseñor Delgard había caído de rodillas, y todavía sujetaba con una mano la parte superior del atril. Aquellos que le observaran; aquellos que hubieran sido capaces de apartar los ojos de la niña que se mantenía a metro y medio de altura en el aire, habrían podido creer que se trataba de un gesto de homenaje, y no sólo de una espantosa debilidad en las piernas del sacerdote. Los monaguillos, que se habían arrodillado momentos antes, estaban ahora medio sentados, medio tumbados en la plataforma, con los brazos y codos estirados para apoyarse en ellos.

Delgard tenía los ojos cubiertos de bruma; era como si observara a la niña a través de un fino velo. Con la mano libre se secó la frente, notó que el brazo le pesaba infinitamente y se dijo que lo que veía era imposible. Sin embargo, no estaba soñando; la niña estaba allí, encima de él, con la cara vuelta hacia el cielo, los brazos ligeramente estirados, la brisa agitando su falda. Movía los labios en silenciosa

oración.

Uno a uno, cada vez más deprisa, los asistentes empezaron a deslizarse de sus asientos y caer de rodillas; su ademán era de adoración, nada involuntario. Pronto se generalizó el movimiento, mientras el sonido era curiosamente sofocado. Había lágrimas en las caras de muchas personas, y sonriente adoración en las de otros. Algunos tenían que cerrar los ojos ante el resplandor que emanaba de la niña, en tanto que otros sólo veían una diminuta e inmóvil forma que parecía brillar tenuemente y desvanecerse en su visión. Todos estaban humillados por la niña de los milagros.

Delgard trató de levantarse y comprobó que no tenía fuerzas. Boquiabierto, observó cómo Alice inclinaba la cabeza y los ojos, sus gloriosamente azules ojos, muy abiertos. La pequeña sonrió. Y lentamente, singularmente, muchos de aquellos que habían yacido en camillas sobre el suelo o permanecido sentados, impotentes, en sus sillas de ruedas, se levantaron para dirigirse, tambaleantes y cojeando, hacia el altar. Allí se reunieron, apoyándose mutuamente, sus caras vueltas hacia arriba, sus ojos implorando, un creciente enjambre de cuerpos quebrantados, consumidos. Suaves y roncos murmullos se elevaban de ellos mientras ensalzaban a la niña y a la Virgen por lo que sentían les estaba sucediendo.

Se oyó un grito repentino cuando un hombre, con una cara espantosamente hinchada y marcada, se abrió camino a empujones hacia la multitud de inválidos y cayó en los escalones que llevaban al altar.

Alargó un vacilante brazo e imploró:

—¡Ayúdame, ayúdameee…!

Las palabras terminaron en un agudo grito. Se golpeó la cara y gritó; cuando apartó la mano, ampollas de pus estallaban en sus mejillas, boca y barbilla.

Sólo Ben que podía ver con claridad —porque estaba de pie mientras los demás se arrodillaban—, no podía comprender lo que estaba sucediendo.

VEINTINUEVE

«¿Cómo estás?» —gorjeo ella—.
Me alegro de que no sea ayer, ¿verdad?

Poliana
ELEANOR H. PORTER

Riordan cerró cuidadosamente la puerta del establo, pues no deseaba molestar a las criaturas del interior; ya estaban bastante nerviosas. Cruzó el patio y se dirigió a la puerta trasera de la granja, guiado, en su camino hacia la cálida atmósfera del interior, por las luces de las ventanas. Sacudió la cabeza y murmuró algo para sí. Los tiempos eran ya bastante difíciles de por sí, sin necesidad de que el ganado diera guerra. Se detuvo un momento y escuchó, mientras el frío le envolvía como el brazal de un esfigmomanómetro. Aquel condenado perro volvía a aullar como un hada maligna en la noche. El que empezaba siempre era el perro mestizo del viejo Fairman. El suyo, *Biddy*, sería el siguiente, y luego seguiría el de Rixby, en la casa de más abajo de la carretera. Tres noches llevaban así, ¡y ni siquiera había luna, que excitara a los perros! Como si fuera una señal convenida, su perra labrador, *Biddy*, empezó a gañir y luego a aullar desde el interior de la casa.

Quizás era el foco que estaba encendido toda la noche en el campo de allá abajo. Parecía bastante misteriosa la forma en que alumbraba aquel condenado roble; quizás el perro de Fairman podía ver el resplandor desde su perrera y reaccionaba ante aquella luz tan poco familiar para él. A Riordan nunca le había gustado el árbol cuando era propietario del campo donde se alzaba, aunque jamás comprendió por qué —sólo por su fealdad, suponía—, pero el campo se usaba sólo para pastar, de manera que el roble no hacía ningún daño, por lo cual no valía la pena preocuparse por él. Sin embargo, la tierra pertenecía ahora a la iglesia, que había pagado un buen precio por ella. No podía imaginar por qué pensaban que un roble muerto era especial sólo porque una niña hacía cosas peculiares ante él. Pero era una condenada molestia tener la luz encendida así, asustando a los perros.

Oyó que su mujer reñía a Biddy dentro de la casa, gritándole que se estuviera quieta.

¡Y era también una maldita molestia que todas aquellas personas invadieran el campo los domingos! Eso era lo que su ganado temía; los animales se mantenían lejos de la zona, acurrucados en el extremo más lejano de su propio campo, como si creyeran que la multitud pudiera causarles daño; lo miraban con ojos desorbitados cuando él llegaba para llevarlos al corral, y temblaban como si hubiera tormenta en el aire.

Permaneció en medio del patio mirando más allá del cubierto pozo de ensilaje y almacén de maquinaria y observando el rayo de luz que cortaba el azul índigo del

cielo dos campos más allá. De alguna manera, incluso a él le hacía sentirse incómodo. Era un intruso plateado, poco familiar y mal recibido, que perturbaba la estabilidad de la noche campestre. Levantó la mirada a las estrellas: el cielo estaba claro, no había nubes que empañaran los enjambres resplandecientes; sin embargo, había tormenta en el aire, una electricidad que le hacía hormiguear los sentidos. Era algo sobrenatural y no le gustaba, no le gustaba ni un pelo. Cuando los perros aullaban por la noche, era generalmente un aviso de muerte; esta noche, de pie allí solo, en el patio, con el frío y la oscuridad abrazándole como hermanas de la opresión, presintió que el aullido era una advertencia de algo más. Mucho más.

¡Oh, maldita sea, no más problemas! Terminó cuidadosamente de llenar el vaso de cerveza, ignorando las roncas voces procedentes del otro extremo del bar. Tomó el dinero de la ronda, lo metió en la registradora, y luego, sin darle importancia, se dirigió hacia la fuente del problema, suspirando levemente cuando descubrió que eran tres individuos de la localidad los que estaban creando el alboroto.

Él era un hombre grandote, aunque no rudo, y su simple entrada en escena bastaba en general para pacificar al más beligerante de los clientes. Había tenido que hacer sentir su presencia dos veces aquella noche, y una —por desgracia sin resultado — la noche anterior. Aunque agradecía el negocio extra que toda aquella publicidad le proporcionaba, ya no recibía con tanto agrado la exasperación que lo había acompañado. El «White Hart» había sido siempre una taberna pacífica —al menos, relativamente—, y él tenía intención de que siguiera siéndolo. —De acuerdo, chicos, ahora tranquilos.

Ellos le miraron con resentimiento, pero —se imaginó él— con respeto. Sin embargo, el vaso que pasó volando por encima de su cabeza no tenía nada de respetuoso. No pudo hacer otra cosa sino mirar a los tres hombres, aturdido, mientras éstos se abrían paso a través del atestado local y desaparecían en el exterior, soltando una obscenidad como despedida.

Toda conversación había cesado cuando el vaso se estrelló contra el espejo situado detrás de la barra, y ahora los clientes observaban al alto barman, tan sorprendidos como él. Una camarera acudió apresuradamente a limpiar la cerveza derramada y recoger los trozos de cristal; el barman no dejaba de sacudir la cabeza, asombrado.

—¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? —dijo, y sus clientes inclinaron las cabezas en un gesto de simpatía.

La conversación se reanudó —primero, un hilillo de agua, y luego, un torrente—, y el barman se volvió de espaldas a la barra y se sirvió un *whisky* doble, rompiendo así su propia regla de no beber nunca antes de las diez. A aquellos tres les prohibiría la entrada, se dijo hoscamente. Nunca le habían causado problemas antes, pero estaba convencido de que no se los volverían a causar nunca más. ¿Qué estaba sucediendo

en Banfield? Había sido una localidad viva, boyante, a lo largo de las últimas semanas, pero el humor parecía estar cambiando. Por la noche parecía planear una pesadez sobre el pueblo, como en verano cuando negras y tristes nubes se ciernen bajas y amenazadoras; no obstante, el aire, afuera, era vivificante y no había nubes.

Ingirió de un trago el *whisky* e hizo una mueca, aunque agradeció el calorcillo que le proporcionaba.

—¡Lo prometiste, bastardo!

Tucker alzó una mano como para aplacar su malhumor, mientras mantenía fija su mirada en la carretera.

—Son los primeros días, Paula —dijo apaciguadoramente—. Aún no sé si los planos van a ser aprobados.

—Lo sabes, bastardo. ¡Todo va a ser aprobado!

—No, no, hemos de esperar a que el Concejo Comarcal dé el visto bueno, y ya sabes cuán lentos son. Y aunque concedan el permiso para los proyectos, se tardará otro año, y quizá más, en construir un supermercado.

—Dijiste que ibas a comprar un par de tiendas en la Calle Mayor y convertirlas en una.

—Lo haría, pero nadie quiere vender, ahora que es probable un *boom*.

Esto no era cierto, porque él había hecho tentadoras ofertas por dos tiendas, una al lado de otra, cuyos propietarios eran gente mayor y más bien temían la aglomeración que la deseaban. No tenía objeto decírselo a Paula hasta que la venta fuera un hecho. ¡En qué pesadilla se estaba convirtiendo la mujer!

—Aun así, y aunque construyas un nuevo supermercado, ¿por qué no puedes decir que sí a que yo regente el viejo? Al menos sabré a qué atenerme.

—Paula, hay un montón de cosas más de las que ocuparse…

—¡Lo prometiste!

El «XJS» se desvió cuando ella le golpeó en el brazo.

—¡Maldita sea, Paula!, ¿qué te pasa? Vas a conseguir que nos salgamos de la carretera.

Tucker soltó un chillido mientras ella arremetía contra el volante.

—¡Paula!

Empujándola hacia atrás con una mano y gobernando el coche con la otra, maldijo silenciosamente el día en que se mezcló con ella. Comprendió que había juzgado erróneamente a Paula. Era estúpida, pero también calculadora. Redujo la velocidad del «Jaguard» y abandonó la autopista principal para meterse en una carretera secundaria. Detuvo el coche, paró el motor y apagó las luces.

—Ahora mira, pequeña… —empezó a decir.

—¡No te importo un comino! ¡Sólo me quieres para una cosa!

«Bastante cierto», pensó Tucker.

—No seas tonta. Ya sabes cuánto pienso en ti.

—¡No te importo! ¿Qué es lo que me has dado?

—Bueno, aquellos pendientes por Navidad…

—¡Bastardo! Ni siquiera sabes de qué te estoy hablando.

Aunque el coche estaba parado, las manos del hombre agarraban el volante, mientras seguía observando la carretera delante de él. Un frenético pájaro o murciélago revoloteaba al otro lado del parabrisas. Su presa se hizo más rígida, y las palabras le brotaron de unos apretados labios:

—¡Dime de *qué* estás hablando, Paula!

—¡Pues de mi vida! ¡De mí! ¡De mi futuro! Te he ayudado a *ti* y a tu negocio. He trabajado por ti noche y día, nunca me he quejado.

Los ojos de Tucker expresaron asombro.

—…siempre estaba allí cuando me necesitabas. Siempre disponible, para el negocio o el placer. He hecho tanto por ti…

—¿De qué demonios estás hablando? Te he dado un buen empleo, te he hecho regalos, te he llevado a…

—¡Un sórdido motel! ¡Ése es tu estilo! ¡Y haces mejores regalos a tu mujer! ¡Ya la he visto paseando por el pueblo con su asqueroso abrigo de pieles y sus joyas!

—¿Quieres un abrigo de pieles? ¡Pues te compraré un abrigo de pieles!

—¡No quiero un jodido abrigo de pieles! ¡Quiero algo más!

—¡Pues dime qué!

—¡Quiero el supermercado!

Se abrió un asombrado silencio en el coche durante unos momentos. Luego, el hombre repitió con incredulidad:

—Quieres el supermercado.

Ella volvió la cara.

—¿Quieres el supermercado? —Su voz había subido ahora varias octavas—. ¡Estás completamente loca!

—No lo quiero todo, sino una parte. Quiero ser socio.

Su voz había bajado varias octavas.

Tucker seguía exactamente igual de incrédulo.

—¿Y cómo supones que voy a explicar eso a Marcia?

—Puedes decirle que necesitas un socio para el negocio.

—¿Necesitar un socio? ¡Debes de estar bromeando! —Trató de reír, pero su garganta no pudo más que emitir un sonido seco, ronco—. Sabes joder bien, Paula, y no eres mala con los números y ordenando el almacén. Pero dirigir un negocio… dirigir realmente un negocio… y convertirte en socio… Me gusta tu manera de hacer el amor, querida, pero no la adoro. ¡Puedes prepararte para darte el piro!

La mujer se lanzó contra él, arañando, abofeteando, golpeando, tirándole del pelo, escupiéndole, gritándole. Tucker trató de agarrarle las muñecas, pero sus brazos se agitaban sobre él violentamente, histéricamente.

—¡Paula!

La violencia de la mujer agitaba el coche.

—¡Paula!

—¡Se lo diré, bastardo! ¡Le diré todo a ella! ¡No vas a tratarme como a una zapatilla! ¡Lo sabrá todo, bastardo!

—¡Paula!

Sus manos encontraron la garganta de la mujer, y el contacto resultó bueno, agradable. Apretó.

—Bastardo, voy a…

¡Oh, aquello era bueno! ¡Iba a hacerla callar! Su cuello era suave, blando. Pudo sentir el comienzo de una erección. ¡Sí, aquello era bueno!

—Tú… tú…

Estaba oscuro, pero Tucker podía ver la blancura de los ojos de la mujer y olfatear su miedo. Conque trataba de hacerle chantaje, ¿eh? Creía que era un estúpido, ¿verdad? ¡La estúpida ella, pedazo de vaca! Los músculos de su cuello trataban de resistir la presión, y aquella sensación también era buena; quería que durara.

La mujer le apretaba el pecho con las manos, y ni siquiera esto era desagradable. En realidad, era más bien estupendo.

Pudo ver cómo la lengua empezaba a salir de su blanca cara, como un pico de pollito emerge del cascarón. Ahora brotaba de ella un divertido sonido, una especie de gemido, de borboteo. «Eso es mejor, bruja, es mejor que todas esas asquerosas palabras de chantaje.» Era un sonido mucho más dulce. Aumentó su presión. Era divertido comprobar cuán estrecho puede hacerse un cuello cuando se aprieta lo bastante fuerte. Probablemente con una sola mano podía rodeárselo en el momento de morir…

…de morir…

«¡Oh, Dios mío!, ¿qué estoy haciendo?»

—¡Paula!

Le soltó la garganta, y ella cayó hacia atrás como una muñeca de trapo.

—Paula, lo siento, lo siento…

Los ojos le miraban fijamente, y aún brotaban ruidos borboteantes de su garganta.

Tucker se inclinó hacia ella.

—No tenía intención…

Ella gritó, pero el sonido era aún extraño, como si surgiera de una abertura aplastada. Le tocó el brazo, y ella apartó la mano violentamente. ¿Qué había estado a punto de hacer, qué le había ocurrido?

Trató de volver a tocarla, y esta vez la mujer pateó salvajemente. Tucker saltó hacia atrás, pero las uñas de la mujer le arañaron la mejilla antes de escapar de su alcance. Paula buscaba ahora frenéticamente la manivela. La encontró, abrió la portezuela y la luz alumbró sus redondeadas nalgas cuando ella salió del coche dando tumbos.

Quedó tumbada en la carretera, mientras los ruidos de ahogo seguían saliendo aún de su garganta, y Tucker se estiró por encima de la palanca del cambio automático, con el miedo reflejado ahora en sus ojos, para verla.

—¡Paula! —volvió a gritar.

La mujer estaba ahora de rodillas con los muslos heridos por el duro asfalto. Acabó de ponerse en pie tambaleante, y empezó a correr, jadeando.

—¡Paula! —la llamó Tucker—. No digas a nadie…

Pero ella se había ido ya, engullida por la noche, y él permaneció sentado allí durante largo rato, con la portezuela cerrada, en su propio capullo de oscuridad, preguntándose qué le había ocurrido, por qué había tratado de estrangularla. No era su estilo.

Southworth cerró el libro de cuentas, mientras una sonrisa de satisfacción le retorcía los labios. Dobló los estrechos hombros, puso los codos en la mesa y apoyó la barbilla en los dedos. Luego se ensanchó su sonrisa y se dejó caer suavemente hacia atrás en la silla.

Todo iba a marchar bien, maravillosamente bien. Banfield había cambiado casi de la noche a la mañana; los comerciantes hacían grandes negocios con el turismo, y tabernas y restaurantes estaban atestados día y noche. Y también su hotel estaba abarrotado desde que habían empezado los milagros. La moral en el pueblo era alta, la excitación hacía correr oleadas de adrenalina entre sus habitantes, despertándoles de nuevo, ahuyentando toda depresión. Y todo ello se había conseguido en el corto plazo de dos meses, gracias a una increíble escalada de acontecimientos, milagrosos aunque sólo se tuviera en cuenta este contexto.

En los meses venideros, cuando el clero hubiera detenido su previsible nerviosismo y se hubiera establecido realmente el santuario, el comercio se incrementaría diez veces, porque peregrinos del mundo entero acudirían al escenario de la aparición. Southworth negociaba ya con el único agente de viajes del pueblo, una pequeña empresa cuyos ingresos se habían ido hundiendo lentamente con la economía del país, para formar una nueva sociedad. «St. Joseph’s Tours» sería el título de su aventura conjunta. Southworth proporcionaría el capital —su crédito era especialmente bueno en los Bancos en estos días— para comprar una flota de autocares que cubrirían las Islas Británicas; las relaciones del agente en el extranjero ayudarían a establecer alianzas con otras compañías de viajes extranjeras. Dicha sociedad, aparte los evidentes beneficios económicos que aportaría en el terreno del turismo, contribuiría a beneficiar su propio negocio hotelero.

Pronto se iniciaría la construcción de un nuevo hotel, más moderno, más fácil de dirigir y adaptado a un movimiento más rápido. También tenía secretamente otras propiedades en Banfield, tiendas que había adquirido muy baratas a lo largo de los años, cuando sus propietarios renunciaron a llevar una vida decente en el mortecino

pueblo; las compró con un nombre comercial, y su representante llevó todas las negociaciones, de forma que nadie más supiera quién era el verdadero comprador, ni siquiera —*especialmente* ni siquiera— los otros miembros del Concejo Municipal. Los arrendatarios a quienes alquilaba las propiedades se iban a llevar una buena sorpresa cuando vieran cómo, en los próximos meses, les doblaran e incluso triplicaran los alquileres. Difícilmente podrían recurrir y si se negaban a pagar, bueno, pues entonces habría muchos otros que desearían tomar aquellos locales. Y sus alquileres serían aún más altos.

Southworth se levantó de la mesa y fue hacia el rincón de las bebidas. Cogió la botella de jerez, pero luego cambió de idea y tomó la de *brandy*. La copa de *brandy* repicó agradablemente cuando la botella tocó su borde. Sorbió el líquido lentamente, encantado de sí mismo, satisfecho de haber sido el primero en ver la oportunidad y haber sabido atraparla.

El padre Hagan había sido un problema, mientras que el obispo se había mostrado mucho más asequible a la persuasión de Southworth; pero el obispo Caines tenía sus propias y privadas ambiciones. Por supuesto, Southworth lamentaba la inoportuna muerte del cura, aunque ello había significado eliminar lo que podía haber sido un escollo menor. Sin embargo, ¿lo habría sido? El obispo Caines, tan astuto político como respetado clérigo, seguramente habría intervenido y apartado con cuidado al sacerdote de la situación. De hecho, en sus múltiples discusiones privadas con Southworth, el obispo había insinuado que el padre Hagan necesitaría pronto un largo reposo, pues todo aquel alboroto era algo excesivo para un hombre de su delicada salud. Monseñor Delgard, sacerdote con mucha experiencia en lo que podía ser calificado como «fenómenos», actuaría como investigador y supervisor al mismo tiempo. Southworth sabía que el obispo no tenía más elección que enviar a un hombre con tan especiales calificaciones, y se preguntó con cuánta habilidad había sopesado Caines sus instrucciones a Delgard. El escepticismo por delante, sin duda, pero también la suficiente receptividad como para que un mensaje de Dios mantuviera abierta la mente de Delgard. Y ahora nadie, *nadie* podía negar los milagros.

El domingo, ante millares y millares de personas —*ocho a diez mil*, se calculó, fueron a St. Joseph, aunque la mayoría no pudieron entrar en el campo para oír misa —, se habían realizado más milagros. Ninguno podía ser confirmado aún, por supuesto, porque podía tratarse de mejorías temporales y los pacientes quedar engañados por su propia histeria; el muchacho afectado por la enfermedad llamada demencia postencefalítica (lesión cerebral causada por un virus infeccioso) tal vez se hallaba en una breve fase de normalidad. La joven cuya asma era una compañera casi constante y cuyos ataques la ponían a las puertas de la muerte, podía recaer al cabo de una o dos semanas; el hombre cuya esclerosis múltiple le confinaba a una silla de ruedas tal vez descubriera que sus tejidos nerviosos no habían sufrido una imposible regeneración y pronto se encontraría de nuevo en la silla. Había más, muchos más, algunos de poca importancia; otros, con enfermedades mortalmente graves, y todas

las víctimas afirmaban haberse «sentido mejor» o «elevadas». Mas, había un caso, que resultaba indiscutible.

Cierto hombre había ido solo al campo próximo a St. Joseph, un hombre que, por vergüenza, mantenía la cara oculta a la multitud. Su mandíbula inferior, labios y nariz, estaban plagadas de llagas y costras, y gran parte de la carne estaba corroída. *Lupus*, era el término médico usado para definir esta enfermedad; tuberculosis facial. A los pies de Alice, cuyo cuerpecito se había elevado en el aire —en la vasta reunión había quienes juraban que no habían visto levantarse a la niña, pero estaban lejos, algunos, cerca del final, y su visión seguro que fue estorbada—, la cara del hombre empezó de pronto a cubrirse de ampollas, desaparecieron las costras, y las llagas se cerraron sobre sí mismas. Había curado a la vista de todos, porque se volvió hacia la multitud para que todos pudieran contemplar el milagro. Al terminar la misa —acabada en medio de una increíble emoción, con la niña otra vez en su lugar entre los fieles, su cara blanca, la piel tensa—, las profundas cavidades en la carne del hombre se cubrían rápidamente de piel. Ni los más cínicos podían rechazar lo que se había producido físicamente ante miles de personas.

Ni siquiera monseñor Delgard podía negar algo tan asombroso.

Southworth volvió a su mesa, llevándose el *brandy*. Se sentó, con la mente agitada por las nuevas perspectivas que había abierto para él la Niña de los Milagros. Aquél era su milagro: la revitalización de sus esperanzas. El nombre de Southworth no se hundiría con Banfield en el fango de la oscuridad, sino que, al igual que el pueblo, se convertiría de nuevo en un nombre a señalar, enaltecería su herencia de siglos. El pueblo crecería, y con él, su nombre y su riqueza.

Se llevó el vaso a los labios y se preguntó por qué un espantoso temor instintivo empezaba a asaltarle, interfiriendo aquellos felices pensamientos.

El sacerdote se levantó ligeramente de su postura en genuflexión junto a la cama, terminadas las Completas, la última oración del día. Las articulaciones de las rodillas crujieron con el esfuerzo, y monseñor Delgard estiró la rígida espalda, sintiéndose viejo y cansado. Se volvió y se sentó en el borde de la cama, demasiado fatigado para hacer las abluciones antes de acostarse. Se pasó por la frente una mano ligeramente temblorosa, como si con ello pudiera apartar la debilidad. Pocas veces se había sentido tan agotado; por lo general, después de exorcismos especialmente agotadores —en raras ocasiones, aunque no tan raras como la gente pudiera pensar—; a veces, después de considerar el mundo en sus aspectos más espinosos: Biafra, Bangladés, Etiopía. A la edad de veintiún años había prestado su ayuda después de la explosión de Nagasaki, y quizás esto fue lo peor de todo: el arma nuclear ejemplificaba al hombre en su aspecto más potente y odioso. En aquellos momentos fue cuando se aflojó su ser espiritual y luego se desplomó, abrumado de desesperación. Pero el espíritu humano tenía su propia facultad de flotar. Sin embargo, la recuperación

necesitó cada vez más tiempo, pues los años y las acontecimientos hacían más abrumadora la carga. Pero ¿por qué ahora la fatiga espiritual?

El padre Hagan no necesitó hablar de ello antes de morir; resultaba evidente en su aspecto, la debilidad de su alma reflejada en sus ojos sin brillo. ¿Por qué se cernía esta depresión sobre la iglesia, sobre la casa? ¿Por qué, se sentía tan asustado en un momento en que los enfermos eran curados milagrosamente; en que un dramático interés religioso —quizás incluso un importante despertar— se extendía por todo el país y, según se decía, por todo el mundo? La Conferencia Episcopal se había reunido aquel mismo día para interrogar a la niña, y ésta había permanecido tranquila y firme en su convicción de que había conversado con María. ¿Por qué los milagros?, preguntaron. ¿Y por qué la Madre de Dios decidía aparecérsele a *ella*, una simple niña? ¿Qué había hecho Alice para recibir semejante gracia? ¿Y cuál era el propósito de las Apariciones? Alice dio sólo una respuesta a todas aquellas preguntas: la Señora revelaría su propósito a su debido tiempo; ahora era demasiado pronto para saberlo.

Una respuesta bastante insatisfactoria.

Los obispos se habían dividido; algunos creían que la niña había tenido una visión divina, y otros afirmaban que no había en absoluto ninguna prueba de que las visiones hubieran sido divinas. Era aún demasiado pronto para que las curaciones fueran declaradas milagrosas, y, en cuanto a la levitación, se trataba de una ilusión que podía ser contemplada en todos los teatros del mundo. Cuando se argumentó que Alice no podía haber utilizado ningún truco ante tantas personas y en semejante escenario, se respondió que los faquires indios realizaban también dichas hazañas en similares circunstancias mediante la hipnosis de masas. Para reforzar sus afirmaciones, los clérigos «anti» subrayaron que *nadie* de los presentes en la Conferencia había visto levitar a Alice, y, además, ninguna televisión ni cámara fotográfica había registrado el fenómeno. Al parecer, sus mecanismos habían sido misteriosamente interferidos; sólo surgió de ellos un filme en blanco. Eso, en sí mismo, declaraban los «pro», era prueba de la presencia de influencias paranormales. Probablemente —se mofaron los otros—, pero no las convertía en santas. El debate se extendió hasta muy avanzada la noche, sin llegar a ninguna conclusión. Los obispos volverían a reunirse al día siguiente en Londres, y la investigación proseguiría hasta que pudiera ofrecerse alguna declaración oficial a un mundo impaciente, aunque se trataría, sin duda, de una declaración en la que se evitaría cuidadosamente todo reconocimiento específico por parte de la Iglesia.

Delgard estaba asombrado del fallo de las cámaras y de los micrófonos del atril, y se preguntaba si aquello estaría vinculado de algún modo con su pérdida de energías de aquel domingo. Él había caído de rodillas a causa de la debilidad que se apoderó de él, y les ocurrió lo mismo a los que tenía cerca, aunque ellos podían pretender que simplemente rendían homenaje. ¿Podía tratarse de alguna extraña fuerza parasitaria que robara la energía del cuerpo, así como de las máquinas construidas por el hombre? No parecía posible; pero tampoco lo parecían la levitación ni las curas

milagrosas. Sin embargo, no eran desconocidas la levitación ni las curas milagrosas. La Iglesia católica contaba con sus propios levitadores, como santo Tomás de Aquino, santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz y san José de Cupertino, así como muchos bendecidos con el milagro de los estigmas, la aparición de llagas sangrantes en las manos, pies y costado, semejantes a las heridas recibidas por Cristo en la cruz. Algunos incluso sangraban por la cabeza, como si les hubieran clavado una corona de espinas. Y las curas milagrosas se habían convertido casi en tradición religiosa. Quizás el más asombroso milagro de todos se había producido en Fátima (Portugal), cuando casi setenta mil personas vieron cómo el sol subía en espiral en el cielo y luego caía hacia la tierra. ¿Alucinación de masas? ¿Era ésa la explicación para Fátima y para lo que había ocurrido en Inglaterra aquel domingo? Era un razonamiento del hombre lógico, una presunta respuesta del científico. Pero aun así, ¿qué había causado la alucinación? Alice era sólo una niña.

Delgard se acercó a la ventana y contempló el cielo nocturno. Podía ver el brillante foco del campo, que acentuaba la retorcida forma del roble. Su visión le inquietaba: le habría gustado más que estuviera oculto por la oscuridad. Los vándalos —quizá sólo adoradores que amaban lo que el árbol representaba, de la misma forma que la Iglesia amaba la madera de la Cruz— habían empezado a arrancar la corteza, guardando la vieja madera para hacer con ella *souvenirs* o su propia reliquia sagrada personal, y ahora el árbol tenía que ser vigilado, de manera que la luz tenía esta función disuasoria. El árbol dominaba el campo como jamás lo hiciera anteriormente.

Corrió las cortinas, para no seguir contemplando aquella visión; pero cuando estuvo ya en la cama, incapaz de cerrar los ojos ante las sombras que le rodeaban, la luz seguía brillando a través de la tela, recordándole que el árbol seguía allí, cual siniestro centinela. Esperando.

La cabeza de Alice se balanceaba de un lado a otro, golpeando en la almohada con una fuerza tal, que habría dejado aturdida a la niña, de haberse tratado de algo sólido. Sus labios se movían constantemente, y su cuerpo estaba empapado de sudor, aunque en la habitación reinaba un frío invernal. Susurraba las palabras —angustiadas, atormentadas— con una voz que guardaba muy poca semejanza con la de una niña de once años.

Las ropas de la cama estaban sueltas y arrugadas en torno a sus tobillos, y sus delgadas piernas, estiradas, temblaban.

—*…sí, buen Thomas, llléname con tu semilla…*

Agitaba espasmódicamente la pelvis y el camisón de algodón estaba levantado hasta la altura del pecho.

—*…tan querido, de fuerza tan buena…*

El pequeño pecho se bajaba y se alzaba en su sueño.

—*…dispérsate en mí…*

Emitió un largo y ululante gemido, pero había éxtasis en el suspiro que le siguió. Por un momento, el cuerpo se inmovilizó, y los párpados aletearon, pero no se abrieron. Gimió de nuevo, y esta vez el sonido fue lánguido:

—*…más lleno de lo que nunca estuvo…*

El gemido se convirtió en profundos suspiros de placer, que exaltaban sus sentidos. Algo pequeño y negro se movía contra su blanco estómago.

Fuera, en el pasillo que conducía a las celdas de las monjas, escuchaba, una alta figura vestida de oscuro conteniendo la respiración y con los dedos tensos en el pomo de la puerta.

—*…calma sus lenguas, padre mío…*

Alice abrió bruscamente los ojos, pero su cuerpo no había despertado del sueño.

—*…maldita María… maldita MARIA.*

Los ojos de la monja se abrieron de par en par, mientras su mano apretaba con más fuerza el pomo.

—*…MALDITA MARIA…*

El cuerpo de Alice se curvó hacia arriba y los talones y hombros se hincaron en la cama. La negra criatura de su estómago casi fue desalojada, de su sitio, y la niña gritó de dolor cuando unas afiladas agujas atravesaron su tierna carne. Pero no se despertó.

Cayó hacia atrás en la cama y permaneció inmóvil, sin emitir ya ningún sonido.

La monja —madre Marie-Claire, superiora del convento—, cogiendo maquinalmente con una mano el crucifijo que colgaba en su pecho, abrió lenta y suavemente la puerta, como si temiera por ella misma. El rayo de luz procedente del pasillo se ensanchó cuando la puerta se abrió del todo. La sombra de la monja parecía un alargado espectro en el suelo de la habitación. El frío glacial arremetió contra ella de una manera poco natural y casi dolorosa.

La monja avanzó, con pasos lentos y suaves.

—¿Alice? —susurró, resistiéndose a despertar a la niña, pero sin estar segura de que ésta durmiera.

No hubo réplica por parte de Alice, pero otro sonido llegó a los oídos de la monja, un ruido de succión. La monja arrugó la frente. Se acercó a la cama y contempló la desnuda forma que yacía en ella.

Entonces vio la pequeña y brillante forma hundida en el estómago de la niña.

Levantó el crucifijo hasta sus labios cuando descubrió que se trataba de un gato.

Sintió náuseas cuando vio que el gato estaba chupando el tercer pezón de Alice.

TREINTA

¡Mirad, mirad, chicos! ¡Dejad libre el camino!
¡Las brujas están aquí! ¡Han vuelto todas!
Ellos las colgaron ¡De nada sirvió! ¡De nada sirvió!
¿Qué le importa a una bruja el nudo del verdugo?
Las enterraron profundamente, pero no se quedaron allí,
porque gatos y brujas son difíciles de matar;
juraron que no deberían y no morirían.
Los libros dicen que si, ¡pero mienten, mienten!

Mirad, chicos
OLIVER WENDELL HOLMES

Los dos hombres emergieron de la cripta a la luz del día; delante iba el más bajito, que brincaba por los escalones como si se sintiera aliviado de escapar de la mohosa cámara. Fenn esperó en el cementerio —con las manos en los bolsillos del chaquetón —, a que se le uniera el sacerdote.

La marcha de Delgard era más lenta; sus pies se movían como si llevaran atados grandes pesos, y sus hombros se veían más encorvados que de costumbre. Fenn sintió preocupación por el sacerdote; su palidez y su porte se parecían a los del padre Hagan antes de morir.

El cura llegó a su lado y ambos caminaron a través de las tumbas hacia la pared fronteriza.

—Eso es todo —dijo el reportero, aplastando deliberadamente la parte superior de un agujero de topo al pasar—. Ningún cofre, ninguna información sobre la historia de la iglesia.

Habían registrado completamente con gran atención la cámara subterránea. Fenn estuvo en tensión todo el rato, y sólo la presencia del sacerdote impidió que escapara corriendo al exterior. La bombilla funcionaba, aun cuando Fenn insistió en que el domingo anterior se había apagado; no obstante, ambos hombres se armaron de antorchas por si fallaba la luz.

—Quizá no sea así. —La voz de Delgard era grave, y sus ojos estaban fijos en el terreno que se extendía ante él—. El cofre no debería haberse perdido, si contenía documentos referentes a los primeros tiempos de St. Joseph. Debe de estar en alguna parte.

Fenn se encogió de hombros.

—Podrían haberlo robado o destruido.

—Tal vez.

—Bien, ¿dónde más podemos mirar?

Habían llegado junto a la pared, y los dos hombres miraron hacia el altar del campo.

—Ese árbol me da escalofríos, ¿lo sabía? —dijo Fenn, sin esperar una respuesta a su pregunta.

Monseñor Delgard sonrió torvamente.

—Comprendo su sentimiento.

—También usted, ¿eh? Es difícil conciliarlo con un lugar de adoración.

—¿Cree usted que este lugar es sagrado? —preguntó el cura, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al campo.

—A usted le corresponde decírmelo, pues es sacerdote.

Delgard no respondió.

Algunos obreros transportaban bancos en el campo; las filas de asientos se extendían hacia fuera, cubriendo apenas la mitad del campo. Se habían efectuado mejoras en la decoración del retablo; en primer lugar, se había sustituido el improvisado altar del domingo anterior por otra versión en madera labrada, más grande y ornamental y a su lado había una mesita auxiliar. A lo largo de los pasillos iban poniendo postes de madera, destinados a banderas, y se había levantado una barandilla baja en torno a la plataforma, para que los fieles pudieran arrodillarse mientras el sacerdote o sacerdotes administraban la comunión. Toda aquella actividad daba a la escena una normalidad que contradecía los extraordinarios acontecimientos que se habían desarrollado sólo unos pocos días antes.

Delgard pensó en Molly Pagett y en la ironía de la no-tan-inmaculada-concepción que había tenido lugar allí. La conversación que había sostenido con la madre Marie-Claire aquella mañana a primera hora, le había hecho preguntarse qué habría engendrado aquella ilícita unión carnal doce años antes.

—Creo que es de una importancia vital que localicemos el cofre de la iglesia, Gerry —dijo, con las manos apoyadas en la fría pared de piedra.

—No estoy tan seguro. ¿Qué podría decirnos? Probablemente estará lleno de misales y hojas de himnos, como la caja de la cripta.

Su carne pareció apretarse contra los huesos cuando recordó la cámara subterránea.

—No; estoy seguro de que es importante.

—¿Y cómo puede estarlo? Creo que nos estamos agarrando a un clavo ardiendo.

—Es sólo una sensación… una sensación muy fuerte. Los otros archivos que consultó usted se remontan a finales del siglo XVI. ¿Por qué no antes, por qué deberían empezar ahí?

—¿Quién sabe? Quizá fue la primera vez que se les ocurrió guardar documentos.

—No; la idea de conservar documentación es anterior a ese período. Podría ocurrir que hubiesen sido deliberadamente ocultados.

—Me parece que está usted haciendo conjeturas. No puedo creer…

—¿Todavía incrédulo, Gerry? El domingo pasado creyó que una estatua de la Virgen María, una blanca estatua sin mancilla, se movía hacia usted. Dijo que sus labios y ojos tenían vida, que trataban incluso de seducirle. ¿Y hoy? ¿Qué es lo que

cree usted hoy?

—¡No sé lo que sucedió!

—Pero hace unos momentos hemos estado en la cripta. No existía semejante estatua; sólo una vieja escultura rota, de piedra, casi irreconocible como Virgen, entre otras estatuas igualmente desfiguradas.

—Caí contra ella, la atropellé.

—Las grietas estaban sucias por el paso del tiempo, no tenían nada de frescas. Y no había ninguna cara en la Virgen. —La voz de Delgard era de razonamiento, no había ni pizca de crítica en ella—. ¿No puede usted creer que ocurrió allí algo que no puede explicar lógicamente?

Ahora le tocó a Fenn permanecer en silencio. Finalmente, dijo:

—¿Qué le hace estar tan seguro de que la respuesta se encuentra en registros del pasado?

—No estoy en absoluto seguro. Pero la Reverenda Madre vino a verme esta mañana. Me temo que estaba un poco agitada. —Aquello era un eufemismo: la monja se había mostrado frenética de preocupación—. Alice ha hablado otra vez en sueños. La noche pasada, la madre Marie-Claire escuchó junto a su puerta, como hicimos días atrás. No pudo captar mucho de lo que decía Alice, pero era por el estilo de lo que habíamos oído la vez anterior. Recordaba algunas palabras, y una o dos frases: «Llename con tu semilla» era una; y otra: «Calma sus lenguas.» También oyó la palabra «sacerdote».

—Lenguaje arcaico. Suena como si fuera Shakespeare.

—Eso es precisamente. Fue ese acento peculiar lo que me desconcertó antes; hacía que las palabras de Alice parecieran desvirtuadas, absurdas. Hoy he recordado un nuevo tratamiento de las obras de Shakespeare que vi hace varios años en el Teatro Nacional. Yo diría un «viejo» tratamiento; todos los actores hablaban en inglés isabelino, pero no se limitaban a usar el isabelino en el diálogo. Una autoridad sobre el tema les había asesorado sobre el acento usado en aquella época. Era completamente distinto, no sólo en la forma, del lenguaje que hablamos hoy. Era el mismo que usaba Alice en su sueño.

—¿Citaba a Shakespeare en sueños?

Delgard sonrió pacientemente.

—Hablaba el lenguaje de aquel período, quizás incluso anterior, en su correcto idioma.

Fenn levantó las cejas.

—No puede estar seguro de eso.

—No lo estoy. Sin embargo, esto nos ofrece una base sobre la que trabajar. ¿Cómo, una niña de la edad de Alice (y recuerde que ha estado totalmente sorda durante la mayor parte de su vida), puede conocer un lenguaje que jamás ha oído y que probablemente tampoco nunca ha leído antes?

—¿Adonde quiere ir a parar? ¿Posesión? ¿Posesión demoníaca? ¿Hablar lenguas?

—Me gustaría que fuera así de sencillo. Quizá podríamos llamarlo regresión.

—¿Quiere decir revivir una vida pasada? Creía que los católicos no aceptaban lo de la reencarnación.

—Nadie ha demostrado jamás que la regresión tenga nada que ver con la reencarnación. ¡Quién sabe cuánta memoria de raza está contenida en nuestros genes!

Fenn se volvió para sentarse en la pared, con las manos embutidas aún en los bolsillos. Mientras hablaban, había empezado a caer una fina llovizna.

—No me extraña que esté usted tan ansioso por saber qué se guarda en ese viejo cofre. ¿Sabe?, hace un par de semanas me habría reído de todo esto. Ahora, todo lo que puedo soltar es una poco entusiasta risita.

—Hay más, Gerry. Algo más, que debería haber recordado antes. —El cura se apretó las sienes con los dedos, como si quisiera detener un dolor de cabeza—. La noche en que murió el padre Hagan, la noche en que cenamos en el «Crown Hotel».

Fenn asintió, apremiando a Delgard a que siguiera:

—¿Recuerda que en aquel momento yo hablaba del estado general de salud de Alice? Dije que estaba bien, excepto por su cansancio y su ensimismamiento.

—Sí, lo recuerdo.

—Dije también que los médicos habían descubierto una pequeña excrecencia en su costado, debajo del corazón.

—Sí, dijo usted que era un… ¿qué fue lo que dijo…?, un pezón supernumerario de cierto tipo, nada de que preocuparse.

—Eso, un pezón supernumerario. Pues yo observaba al padre Hagan en el momento de mencionarlo, y vi que se agitaba más aún de lo que lo había estado durante toda la noche. Eso resbaló en mi mente a causa de la tragedia que siguió. Me parece que despertó algo especial en él, algo que estaba en el fondo de su mente y que no podía sacar a la conciencia. Fui un estúpido por no haberlo sabido.

—Perdone mi impaciencia, monseñor, pero me estoy mojando. ¿Va a decirme por fin qué ha recordado?

Delgard se apoyó en la pared para apartarse de ella, y miró hacia la iglesia. La ligera lluvia había dejado pequeñas gotitas en su cara.

—La Reverenda Madre me dijo que había encontrado un gato en la habitación de Alice la noche pasada. El animal descansaba sobre su dormido cuerpo y le mamaba el pezón supernumerario.

Fenn, con la cabeza medio hundida entre los hombros para protegerse de la lluvia, se enderezó de golpe.

—¿De qué demonios está usted hablando?

—El gato chupaba el pezón supernumerario de Alice.

Fenn arrugó la cara en señal de desagrado.

—¿Está segura? ¿Lo vio realmente?

—¡Oh, sí, la madre Marie-Claire está segura! Cuando me lo dijo, advertí lo que había olvidado antes. —Apartó los ojos de la iglesia y miró al árbol, más allá de la

pared—. Recordé el antiguo folklore de las brujas. En general se creía que tales mujeres llevaban una marca en el cuerpo. Podía tratarse de una mancha azul o roja, o de una concavidad; se llamaba la «marca del diablo». Como es lógico, en aquellos supersticiosos tiempos podía atribuirse significado diabólico a las cicatrices, lunares, verrugas o cualesquiera otras excrecencias del cuerpo de una persona sospechosa; pero había otra protuberancia o hinchazón, que establecía la culpabilidad de la persona que llevara la deformidad, más allá de toda discusión.

—¿El pezón supernumerario?

Delgard asintió con la cabeza, los ojos fijos todavía en el árbol. Preguntó:

—¿Sabe usted qué se entiende por familiar de una bruja?

—No estoy seguro. ¿No es algo que tiene que ver con una guía procedente del mundo de los espíritus?

—No exactamente. Está usted pensando en un familiar espiritista, un espíritu que ayuda al médium a establecer contacto con las almas del más allá. Se suponía que un familiar de bruja era un regalo del Diablo, una bestia-espíritu que ayudaba a la adivinación y a la magia. Generalmente se trataba de un animal pequeño, algo así como una comadreja, un conejo, un perro, un sapo e incluso un topo.

—Pero con más frecuencia un gato, ¿no? He oído esos cuentos de hadas.

—No desprecie usted por sistema tales historias; a menudo se basan en el folklore que nos ha llegado a través de los siglos, y pueden contener algún elemento de verdad. La cuestión es ésta: dichas bestias-espíritus eran enviadas por la bruja a maliciosos, y a menudo malignos recados y recompensados con gotas de la propia sangre de la bruja. O bien eran alimentados con el pezón supernumerario de la bruja.

El reportero estaba demasiado sorprendido como para burlarse.

—¿Habla usted de brujas aquí, ahora, en el siglo XX?

Delgard sonrió ligeramente y apartó al fin los ojos del árbol con un esfuerzo.

—No es en absoluto insólito en nuestros días; todavía hay muchos aquelarres de brujas en todas las Islas Británicas. Pero creo que estoy hablando de mucho más. Usted ha asociado la brujería con los cuentos de hadas. ¿Qué pasaría si tales mitos estuvieran basados en una realidad, algo que la gente de aquella época no podía comprender, y que sólo podía percibir en términos de hechicería? La brujería habría tenido algo que ellos no podían comprender, pero podían aceptar. Nosotros nos reímos hoy ante tales ideas porque resulta confortable para nosotros hacerlo así, y nuestra tecnología científica excluye tales nociones.

—Me desorienta usted. ¿Me está diciendo que la pequeña Alice Pagett es una bruja, o que no lo es? ¿O que es la reencarnación de alguna antigua hechicera?

—Ninguna de esas dos cosas. Pero creo que debemos explorar en el pasado para encontrar algún nexo con lo que está sucediendo aquí hoy. Esta fuerza puede emanar de algún lugar.

—¿Qué fuerza es ésa?

—La fuerza del mal. ¿No la siente en torno a nosotros? Usted, usted mismo la

experimentó el domingo pasado en la cripta. La misma fuerza debilitó primero y después destruyó al padre Hagan.

El sacerdote no añadió que él sentía la misma presión sobre sí mismo.

—No hay nada maligno en los milagros —observó Fenn.

—Eso no lo sabemos aún —replicó Delgard—. No sabemos adonde o hacia qué nos conduce esto. Debemos seguir investigando, Gerry. Debemos encontrar las claves. Tenemos que hallar la respuesta antes de que sea demasiado tarde, mientras hay una oportunidad de combatir esa fuerza.

Fenn dejó escapar un largo suspiro.

—Mejor sería que me dijera usted dónde más puedo buscar el cofre —dijo.

Fenn era un estúpido. Debería haber visto la relación. Quizá la investigación que había estado realizando le había vaciado el cerebro. Era fácil ser objetivo cuando ya estaba hecho todo el trabajo y no tenía uno más que leer las notas. Pero, con todo, ella podía estar equivocada; tal vez no estuviera aquí en absoluto.

Nancy se detuvo ante la puerta de pesado aspecto dentro del porche, con su pintada madera con las huellas del tiempo, preguntándose si estaría cerrada. Giró el pomo de metal y sus ojos brillaron de satisfacción cuando éste dio la vuelta y se abrió con facilidad la puerta. No había motivo para que estuviera cerrada, en un lugar tan aislado.

Se dio cuenta de la posibilidad cuando Fenn le dijo que el viejo cofre de la iglesia que estaba buscando no se encontraba en St. Joseph. Si no hubiera sido tan reservado con ella, Nancy se lo habría dicho. «Eso es lo que has ganado, Fenn, por tratar de apartarme del caso.»

Empujó la puerta, que se abrió de par en par, y entró. La luz, en el interior, era pálida, gris, una luz difundida sólo por las gruesas ventanas emplomadas.

El cofre databa del siglo XIV o XV, y debió de desaparecer algún tiempo durante el XVI, porque hasta ahí llegaban los registros que Fenn había hallado. Ésa había sido su clave.

La puerta hizo un grave ruido retumbante cuando la cerró, un ruido sordo, amortiguado, que perturbó el silencio interior al cerrarse del todo. Nancy paseó su mirada alrededor de la pequeña iglesia, admirada por su originalidad, impresionada por su tradición. Ante ella se alzaba una pila de plomo de agua bendita, y el oscuro metal adornado con letras le hablaba de otro tiempo, de una época diferente. Casi todos los bancos eran cerrados; con paneles de madera llegaban a la altura del pecho, y tenían estrechas puertas de entrada. Probablemente se sentaban en cada uno familias enteras —supuso Nancy—, separadas de sus vecinos, encerradas en sus propias islitas de adoración. Los paneles de madera habían perdido todo el barniz, y su desnudez complementaba de alguna manera el carácter de la capilla. Apenas a diez o doce metros de distancia, delante del estrecho pasillo, se levantaba el diminuto

altar.

«Así que era aquí donde el señor del feudo venía a rezar —musitó Nancy—. Lindo.»

Dio la vuelta a la pila para meterse en la capilla, e inmediatamente soltó un grito de triunfo. ¡Allí estaba! ¡Tenía que serlo!

El cofre estaba contra la pared de su derecha, inmediatamente debajo de un gran tablero de madera pulimentada, con los nombres de todos los clérigos que habían servido en la iglesia desde 1158 hasta la actualidad. Nancy se quedó mirando el alargado y bajo cofre, apenas sin dar crédito a sus ojos, pero casi segura de que se trataba del que había estado buscando Fenn. Encajaba perfectamente en la descripción de sus notas: hecho de tablas gruesas de olmo o roble, unidas con flejes de metal, con la madera deteriorada y marcada, que indicaba su antigüedad; y allí estaban los tres candados, de insólito aspecto, en su cara frontal.

Nancy se puso de cuclillas a su lado, sonriendo aún triunfalmente, y manipuló los tres candados.

—¡Fantástico! —exclamó—. Ahora todo lo que necesito son las malditas llaves.

Se enderezó y miró a su alrededor. ¿Dónde podía estar el cura? Por supuesto que no sería residente, ya que no había casa; sólo la gran mansión, a cierta distancia. El tablero situado ante ella la informaba de que el sacerdote, desde 1976, era el padre Patrick Conroy de Storrington. ¡Ah, eso era! Evidentemente, el sacerdote venía en autobús desde la parroquia vecina para dirigir aquí el espectáculo. No le quedaba más remedio que ir a la ciudad o pueblo de Storrington para localizarle. Pero ¿le permitiría el acceso al cofre? Probablemente… no, decididamente no le dejaría. Tal vez conseguiría Fenn el permiso, gracias a sus relaciones con la Iglesia. «¡Mierda, tendría que decírselo!»

A menos que…

A menos que las llaves se guardaran en la iglesia. Era improbable, pero valía la pena mirar. Quizás en la sacristía.

Caminó a grandes zancadas por el pasillo hacia la parte delantera de la nave; sus pasos eran vivos. Sombras de luz cruzaron por las altas ventanas, nubes pesadas, bajas, que se movían afuera. El sonido del viento soplaba a través de alguna rendija del tejado de la iglesia. Un ligero ruido como de arañazo, un ratón que estaba trabajando la madera en algún lugar de las sombras.

Sus pasos vacilaron cuando algún cambio subliminal en su conciencia le dijo que no se encontraba sola en la iglesia.

Se detuvo durante un momento y escuchó. Los arañazos habían cesado, como si el ratón también supiera que había cerca una presencia nueva. Las nubes se espesaron en el exterior, y la luz disminuyó.

Sus pasos eran ahora más lentos, más cautelosos. Atisbaba por encima de los altos bancos cerrados, como si esperara encontrar a alguien rezando en uno de ellos. A su derecha, al lado del altar, podía ver la cerrada puerta de la sacristía. A su izquierda

había un rincón, el interior flanqueado en aquella dirección, probablemente para formar una capilla lateral. Sin embargo, los paneles de madera sin barnizar indicaban que tenía que tratarse de otro banco, separado del resto. Allí debía de ser donde se sentaba el señor con toda su familia, pensó Nancy.

No llegaba ningún sonido de aquella dirección, pero la mujer sintió aprensión en su pecho, como si le apuñalara un delgado y agudo carámbano.

«¡Domínate, caramba! Quizás haya alguien ahí; pero ¿por qué no?» ¡*Era* una iglesia, por el amor de Dios! Tosió con fuerza, esperando alguna reacción de la persona que estuviera rezando allí. Bastaría un arrastrar de rodillas o una tosecita de respuesta. Cualquier cosa que demostrara que quienquiera que estuviera allí no se estaba escondiendo. No se oyó ningún sonido.

«Sería estúpido marcharse», se dijo Nancy. Estúpido e infantil. Siguió andando, pisando con pasos deliberadamente ruidosos en el suelo de piedra. Lo primero que vio cuando llegó a la altura de la separación fue un cuadro. Era un lienzo de la Virgen y el Niño al estilo de Perugino, que colgaba encima de una chimenea. De hecho, el rincón era una pequeña habitación, evidentemente construida para comodidad del señor de la mansión Tudor que compartía la hacienda con la diminuta iglesia. Se acercó un poco más. La puerta del banco estaba abierta.

En su interior estaba sentada una figura, una figura pequeña, vestida de oscuro.

Nancy casi silbó de alivio cuando vio que se trataba de una monja.

Pero el hábito era extraño. No era el gris de dos tonalidades que había visto llevar a las monjas del pueblo, y la falda era más larga. Llevaba la negra capucha echada hacia delante, cubriéndole la cara.

Estaba sentada de lado respecto a Nancy, con la espalda encorvada y las manos bien ocultas en su regazo, mientras la holgada tela flotaba a su alrededor.

—Perdóneme —dijo Nancy suavemente, con indecisión, de pie en la puerta del banco, una mano en la parte superior de la madera, los dedos cerrados en torno a ella.

La monja no se movió.

—Yo… yo siento molestarla…

Las palabras de Nancy se fueron apagando. Algo no marchaba bien. ¡Oh, Dios, había algo malo! Se movió, como si fuera a volverse; sin saber por qué, tenía miedo; sólo consciente de que estaba irracional, inexplicable y mortalmente asustada de aquello que estaba sentado allí; pero sus miembros no reaccionaban, no la apartaban de la oscura y oculta figura.

Sus piernas se aflojaron, y un chorrito de orina le humedeció la parte interior de los muslos cuando la monja se volvió lentamente para mirarla.

TREINTA Y UNO

«¿Quién llama?» «Yo, que era hermoso,
mas allá de todo lo imaginable.
Yo, procedente de las raíces del oscuro espino vengo,
y llamo a la puerta.»

El fantasma
WALTER DE LA MARE

La lluvia salpicaba el parabrisas mientras Fenn cruzaba las altas verjas de hierro. Disminuyó la velocidad del coche, esperando que alguien le interpelara, pero no había nadie vigilando. Debían de estar fuera, de temporada, se dijo. La propiedad estaba probablemente cerrada al público hasta la primavera. Aceleró, ignorando la señal que indicaba que el máximo allí debía ser de 15 kilómetros por hora.

Fuera, las nubes eran bajas y oscuras, sobrecargadas de lluvia, y las salpicaduras en el cristal eran sólo el aperitivo de lo que iba a venir. Los árboles desfilaban apresuradamente a ambos lados del coche y sus desnudas ramas parecían brazos petrificados en un gesto de alarma. Un ligero movimiento a su izquierda captó su atención, y de repente se encontró frenando, para no atropellar a un ciervo que atravesaba a saltos la estrecha senda. Observó cómo desaparecía entre los árboles —fugaz espectro color castaño suave—, y envidió su asustadiza gracia. Desapareció de la vista al cabo de unos segundos, tragado por el desolado santuario arbóreo. El coche de alquiler reanudó su viaje, redujo otra vez la velocidad al llegar a una verja abierta, traqueteando, al cruzar por encima de la parrilla de ciervos. Fenn frunció el ceño ante la pesadez que reinaba en el aire; aquel tiempo tan triste hacía de la última hora de la tarde noche casi cerrada. El invierno en Inglaterra podía ser soportable sólo si no se alargaba ocho o nueve meses al año. El camino trazó una curva que emergía de los árboles para enfrentarse con un amplio panorama de lujuriantes campos verdes, con los neblinosos South Downs en la lejanía cual telón de fondo fundiéndose en el hinchado cielo gris.

El camino descendía abruptamente, y luego se escindía y su brazo principal se dirigía hacia delante, hacia la gran mansión de piedra gris, y el otro, más estrecho, torcía a la izquierda, hacia un aplanado recinto vallado detrás de un grupo de olmos, un discreto aparcamiento para visitantes de la propiedad. Más allá del estacionamiento, a una distancia no superior a cuatrocientos metros, se levantaba una pequeña iglesia.

Stapley Park, Barham. La gran mansión Tudor era Stapley Manor. La pequeña iglesia del siglo XVII era St. Peter.

Fenn se maldijo por su idiotez; realmente tendría que haber establecido la relación. Todo estaba allí para que él lo viera, en las notas que había tomado de los

archivos. El problema era que se había empantanado tanto en la historia, que no había sido capaz de prestar atención a los detalles que no le parecían pertinentes. Bien, eso no importaba mucho ahora; estaba bastante seguro de que el cofre de la pequeña iglesia era el que había estado buscando. A primera hora de aquel día, después de dejar a Delgard, y por consejo del monseñor, se dirigió a la catedral de Arundel, esperando encontrar más documentos concernientes a St. Joseph, y fue allí donde tuvo conocimiento de St. Peter en Stapley y de la propia Stapley Manor.

La Iglesia católica había poseído la Propiedad Stapley, en cuyos terrenos se alzaba St. Peter, antes de ser desposeída de tierras y propiedades durante la época de la Reforma en Inglaterra.

En 1540, con la Disolución de los Monasterios, cuando las tierras y propiedades de la Iglesia fueron «legalmente» adquiridas por la Corona, Enrique VIII concedió a Richard Staffon, un mercero de Londres, la casa señorial de Stapley y toda su propiedad. Éste vivió allí con toda su familia hasta que la Contrarreforma, efectuada bajo la nueva reina católica, empezó su corto, pero espantoso reinado de terror. Staffon fue afortunado: él y su familia fueron arrojados al exilio junto con muchos de sus compañeros protestantes, en tanto que casi trescientos más eran quemados en la hoguera como herejes.

Por medios tortuosos, la hacienda pasó a manos de un tal Sir John Woolgar, en recompensa por su lealtad a la Iglesia católica en la época de Enrique. Woolgar fue un opulento hombre de negocios de Sussex, cuyo único hijo era el sacerdote de St. Joseph de Banfield.

Fenn había detenido el coche y estudiaba el panorama, dejando que la información se reuniera por sí misma en su mente. Se había enterado de la relación entre Stapley Manor y Banfield gracias a su investigación en los archivos de Sussex, ya que el vigilante de Arundel se limitó a sugerir el recuerdo. La ulterior información referente a la Reforma había sido aportada por el cura que acababa de visitar en Storrington.

Dicho cura, el padre Conroy, atendía a su parroquia de Storrington, y la de St. Peter en Stapley Park, celebrando allí semanalmente la misa. Él le confirmó que había, realmente, un gran cofre antiguo en St. Peter, cuya descripción encajaba con la aportada por Fenn, y una llamada telefónica del padre a monseñor Delgard —por quien Conroy sentía un no disimulado respeto— le dio la autoridad para entregar las llaves al reportero. Fenn obtuvo también permiso para llevarse cualesquiera documentos que pudiera considerar útiles, con tal de que hiciera una lista completa de ellos, la firmara y dejara que Conroy examinara lo que había cogido. El sacerdote le habría acompañado a St. Peter, pero sus deberes le dictaron otra cosa. Aquello le vino bien a Fenn: prefería fisgonear solo.

El sacerdote le había completado otros detalles relativos a la Propiedad Stapley Park y St. Peter. Originalmente había existido un pueblecito en torno a la iglesia, pero llegó a ser considerado como un foco de infección después de que, a comienzos del

1400, estallara una misteriosa epidemia, matando a la mayoría de los lugareños; posteriormente fueron destruidas las casas alrededor de la iglesia. Muchas alteraciones y restauraciones se habían hecho a lo largo de los años, y cada nuevo señor de la hacienda contribuyó a financiar el trabajo, tanto si era católico como si no lo era, porque, al igual que la mansión, St. Peter era de importancia histórica y constituía una atracción para los múltiples turistas que acudían en tropel a la propiedad durante los meses de verano. El padre Conroy recordaba haber leído en alguna parte que el cofre había sido traído a St. Peter desde Banfield, en prueba de agradecimiento por una vidriera que Sir John Woolgar había donado a St. Joseph.

Un cuervo estaba posado en el camino, a unos veinte metros de distancia delante del coche, y parecía desafiar el avance del vehículo. Era una especie de pájaro que Fenn encontraba difícil admirar; demasiado grande, demasiado negro. Permitió que el coche se moviera lentamente hacia delante, sus neumáticos crujiendo contra la senda de grava. El ave se apartó calmosamente a un lado y observó a Fenn con un ojo cuando éste pasaba.

El vehículo fue ganando velocidad cuando el camino empezó a descender. Manadas de ciervos de negro lomo, apostados en la hierba detrás de los árboles, le observaron con curiosidad, sus cuellos estirados, cuando se aproximaba; los machos, con sus cuernos altos y amenazadores, lanzaban miradas centelleantes, como desafiándole a aproximarse más. Fenn tomó la desviación, dirigiéndose al vacío estacionamiento de hierba, y los ciervos de aquel sector se levantaron al unísono para alejarse, aunque su fuga nada tenía de apresurada: cautelosa, pero no temerosa.

La hierba del recinto estaba cortada muy corta, y las zonas de aparcamiento, marcadas mediante líneas rectas y estrechas de tierra, discretas y claramente dibujadas. Unos bueyes de un campo vecino mugieron al verle, y el sonido resonó entre los árboles, como si también ellos recibieran con desagrado su presencia.

Fenn agarró una bolsa de viaje del asiento del pasajero y abrió la portezuela. El viento le acometió cuando bajaba del coche; llegaba soplando del mar, por encima de los Downs, y transportaba consigo un frío húmedo y una fuerza no aminorada. Subiéndose el cuello del chaquetón y parpadeando contra la lluvia, que el viento lanzaba contra su cara, se dirigió hacia la iglesia, con la correa de la bolsa colgando de un hombro.

Un largo y recto sendero comunicaba el estacionamiento con la iglesia medieval. A la derecha, más o menos a cuatrocientos metros de distancia, se levantaba la impresionante mansión, una imponente estructura estilo Tudor, aunque, curiosamente, de aspecto vacío, sin vida. Probablemente lo estaba en aquel momento, porque, como Fenn sabía ya, el propietario había muerto unos años antes, y su familia residía en la casa sólo unos meses al año, de preferencia, durante el verano.

A medida que caminaba por el estrecho sendero, la iglesia se iba perfilando como una imagen enmarcada en un lento *zoom*, y el reportero empezó a sentirse muy solo y aislado. Al igual que la gran casa solariega, que se alzaba a lo lejos, St. Peter era de

piedra gris, manchada de verde por el paso del tiempo; una sección del tejado estaba llena de grandes pizarras cubiertas de musgo, y el resto, de tejas encarnadas; las ventanas estaban emplomadas; el vidrio grueso, y suavemente ondulado como si cada cristal hubiera sido colocado en su bastidor, todavía caliente y fundiéndose. Ahora vio cuán extrañamente formado estaba el edificio, y pudo imaginar que se habían añadido varios segmentos en diversos momentos a través de los siglos, y cada porción reflejaba su propio período. El sendero cruzaba por delante de la iglesia, conduciendo probablemente hacia la entrada, porque no veía puertas mientras se aproximaba. La extensión de terreno que acababa de cruzar estaba desierta de vegetación; pero ahora había árboles, en su mayor parte robles, alrededor de la iglesia, y el viento soplaba con fuerza a través de sus desnudas ramas, sonido que aumentó su sensación de aislamiento. Algunas ramitas se rompían y barrenaban el aire antes de caer al suelo; ramas más fuertes yacían esparcidas, víctimas de anteriores acometidas más violentas, semejantes a retorcidos miembros humanos. El horizonte, justo encima de los lejanos Downs, brillaba ahora como una plateada franja sostenida en el aire por las oscuras nubes que se cernían encima. Era sorprendente el contraste entre las amenazadoras nubes y el condenado cielo.

Fenn salió del sendero y pisó la áspera hierba para acercarse a una de las ventanas de la iglesia, y, colocando una mano entre la frente y el cristal para hacer pantalla, atisbo dentro. Había una poco atractiva penumbra en su interior, y apenas pudo distinguir los vacíos bancos, cerrados por paneles de madera. A primera vista le sugirió la idea de un corral santo. Apartó la mano, torció el cuello y apretó la nariz contra el cristal, en un esfuerzo por ver más. Había otras ventanas en el lado opuesto, que permitían entrar un poco de luz, pero apenas pudo distinguir la forma de una pileta y más bancos cerrados. Un movimiento captó su atención; fue tan repentino que le hizo retroceder unos centímetros. Luego se dio cuenta —y los vasos sanguíneos de la garganta parecieron estrechársele— de que la acción no se producía dentro de la iglesia, sino que era un reflejo en el cristal.

Se volvió rápidamente y comprobó que no había nada allí. Sólo una rama que se balanceaba.

«Espeluznante —se dijo—. Espeluznante, espeluznante, espeluznante.»

Levantándose hasta el hombro la bolsa de mano, volvió al sendero y se encaminó hacia la parte delantera de la iglesia. Al llegar a la esquina, el viento le acometió con renovada fuerza, lanzando la lluvia contra su cara como bolitas de hielo. Una torre cuadrada se levantaba ante él, demasiado baja y rechoncha como para ser mayestática; se elevaba a sólo unos doce o trece metros en el aire, su amurallada cima casi tan gris como las nubes que la remataban. Bajo la torre, una puerta oxidada, de forma monótona y poco imaginativa, no honraba la historia que guardaba en su interior. Una verja de hierro sin cerrar protegía la puerta, aunque sólo a pocos centímetros de distancia de la superficie de madera, como alguna idea primitivamente mal concebida de doble vidriado.

Antes de entrar en la iglesia, Fenn dio una vuelta al otro lado. Más allá de un muro de piedra había un pequeño cementerio, cuyas tumbas estaban apiñadas como si los cuerpos hubieran sido enterrados en posición vertical. Acá y allá había algunas parcelitas más espaciosas y algunas lápidas que parecían haber sido limpiadas con regularidad. Había también una o dos cruces de madera podridas, caídas en la hierba, señalando el lugar de reposo de aquellos que no habían podido permitirse nada mejor. Frente a la iglesia una empalizada doblemente apuntalada, y más allá, una maleza que llegaba a la altura de la cintura; y luego, nada, al parecer. La tierra caía en pendiente hacia un pequeño valle, al otro lado del cual se alzaban los bosques hasta las vertientes de los Downs.

Fenn se volvió hacia la puerta, su cabello aplastado y húmedo contra la frente. Abrió la verja de hierro, luego la pesada puerta y entró en la iglesia, satisfecho de librarse del tiempo hostil. La puerta se cerró detrás de él, y el viento exterior se convirtió sólo en un ahogado susurro. Como en todas las iglesias que había visitado, que no eran muchas, se sentía incómodo e intruso, como si su presencia demostrara una falta de respeto, más que una prueba del mismo. El interior era ciertamente extraño, con sus cerrados bancos, su bajo techo abovedado y su diminuto altar. Cerca de éste se levantaba el púlpito, y detrás había una puerta que probablemente conducía a la sacristía. ¿Estaría allí el cofre? El cura de Storrington había olvidado decírselo.

Luego lo vio, a no más de metro y medio de distancia a su derecha. Sus ojos se iluminaron y sonrió tristemente. «Mejor será que valgas la pena, tío», se dijo, recordando la experiencia de la búsqueda en la cripta de St. Joseph. Encima de él había una placa de madera muy pulimentada, con nombres y fechas escritas. Echó una mirada más detallada y vio que era una lista de los clérigos que habían servido en St. Peter. Uno le resultaba familiar:

REV. THOMAS WOOLGAR, 1525-1560

Sería el hijo de Sir John, el sacerdote de Banfield. Probablemente llegó después de que su padre hubiera recibido la donación de la propiedad, de manera que si murió en 1560, habría prestado el servicio sólo durante unos años. Rápidamente calculó la edad del sacerdote en la época de su muerte: treinta y cinco años; joven, según los patrones de hoy, pero razonablemente mayor para aquel período.

La lluvia azotaba las ventanas con nueva furia, golpeando en los gruesos cristales como si pidieran entrar.

Fenn hurgó en su bolsillo, buscando las llaves que abrirían los tres candados. Vaciló al insertar la primera. «Quizás esto sea absurdo —se dijo—. ¿Cómo podía tener alguna relación con lo que pasaba hoy en St. Joseph, algo que había ocurrido —si es que había ocurrido algo importante— cuatrocientos años atrás? El hecho de que una niña utilizara en su sueño un lenguaje viejo, anticuado, y tuviera en su cuerpo una marca de la que se pensaba generalmente que era un signo de brujería, no significaba

que la respuesta residiera en algún momento de la Historia. ¿Estaba Delgard realmente convencido de ello, o sólo desesperado? Alice, la autora de milagros, era un fenómeno actual; ¿por qué el pasado tenía que desempeñar en ello algún papel?»

El viento, fuera, se hizo más ruidoso, como si golpeara contra las paredes de la iglesia; una nueva ráfaga de lluvia se precipitó contra las ventanas como millares de diminutas bolitas de metralla.

Un ruido, en algún lugar cercano a la parte delantera de la iglesia, hizo a Fenn volver la cabeza.

El reportero se enderezó, inquieto.

El ruido volvió a producirse.

—¿Hay alguien por ahí? —gritó.

No hubo ninguna respuesta, ni se volvió a oír ningún ruido más. Sólo el viento y la lluvia fuera.

Anduvo hacia el centro de la nave y esperó. De nuevo el ruido. Un ruidito, semejante a unos arañazos.

No podía ser nada, se dijo para tranquilizarse. Probablemente un ratón, o algún pájaro atrapado. Entonces, ¿por qué estaba tan seguro de que había alguien más en la iglesia? Sintió que le estaban observando, y automáticamente sus ojos se volvieron hacia el púlpito. Estaba vacío.

Otra vez el sonido. Algo o alguien próximo a la parte delantera de la iglesia.

—Bueno, ¿quién anda por ahí? —gritó con forzada animación.

Empezó a caminar hacia el altar, conteniendo sus ganas de silbar una alegre melodía, mientras sus ojos miraban a derecha e izquierda, a cada banco, a medida que avanzaba. Todos estaban vacíos, pero el último desaparecía rodeando una esquina, y en aquella dirección sobresalía el edificio. Fenn estaba seguro de que era allí donde había surgido el sonido. Llegó a la esquina y se paró, resistiéndose, por alguna razón, a seguir adelante. Tenía la clara sensación de que realmente no quería ver lo que pudiera estar escondido allí. El ruido se produjo de nuevo, más fuerte esta vez, sorprendiéndole.

Dio algunos pasos y atisbo por encima de la madera.

Vacío.

Fenn soltó un suspiro de alivio.

Era un extraño recinto, con una chimenea en el otro extremo y, encima, un cuadro de la Virgen y el Niño. A ambos lados había bancos forrados de cojines. Oyó de nuevo el sonido, y vio la rama del árbol fuera, agitada por el viento, arañando la ventana. Quedó demasiado aliviado como para sonreírse a sí mismo.

Regresando junto al cofre, se arrodilló y giró la primera llave. Al no ocurrir nada, recordó la corta varilla de metal que el padre Conroy le había dado. Tal como le había instruido, la insertó en un pequeño orificio situado en un lado del candado, presionó una palanca y luego hizo girar nuevamente la llave. El candado se separó en dos mitades.

Repitió el procedimiento dos veces más, y dejó en el suelo las secciones separadas. Su lengua chascaba nerviosamente a través de los labios secos mientras se preparaba a abrir la tapa.

La puerta del porche resonaba como si alguien estuviera golpeándola con sus puños. «Es el viento —se dijo—, sólo el viento.»

La tapa era pesada, y al principio resistió sus esfuerzos. Luego cedió lentamente, y los goznes crujieron al realizar el poco familiar movimiento. Fenn balanceó la tapa hacia atrás, de manera que descansara contra la pared. Entonces echó una mirada a su interior; del cofre brotó un pesado olor a humedad y a moho, como si se tratara de un animal liberado.

En la parte superior había viejas vestiduras, sus colores desvanecidos, y la textura del material carecía ya de suavidad al tacto. Apartó las ropas, amontonándolas a un lado del cofre. Debajo aparecieron hojas de amarillento papel y diversos libros, gastados y arrugados por el paso del tiempo. Cogió algunos ejemplares, los hojeó rápidamente y los dejó a un lado, en el suelo, al descubrir que no eran bastante antiguos. Consideró que algunos de aquellos papeles resultarían quizás interesantes para un historiador, pero a él no le servían de nada. Luego sacó varios libros de holgada encuadernación, las tapas de cierta clase de piel, y el papel interior, delgado y de bordes ásperos. Abrió uno de ellos y observó que se trataba de una especie de libro mayor, un libro de cuentas de St. Peter. En clara inscripción enumeraba los pagos efectuados a operarios por trabajos realizados en la iglesia. El primer pago databa de 1697. Los otros libros eran más antiguos, pero ninguno del siglo que él buscaba.

Había más papeles esparcidos, algunos misales en latín, y por fin encontró lo que buscaba. Tres de los libros medían aproximadamente unos veinte por treinta centímetros; las tapas eran de rígida y amarilla vitela; las hojas estaban unidas por retorcidos hilvanes de vitela, trenzados mediante trozos de piel que los reforzaban. La escritura era de estilo enérgico, cada letra angulada con exactitud, y la tinta, de color marrón, estaba, por desgracia, medio borrada. Y, más desgracia aún, todo estaba escrito en latín. Pero la fecha decía: 1556.

Ansiosamente observó los otros dos, y las fechas correspondían a años consecutivos. Mientras manejaba el tercer libro, un puñado de hojas sueltas cayó de la parte de atrás al cofre. El reportero cogió una y observó que no llevaba fecha. Estaba escrita con la misma tinta marrón, y aunque su estilo era similar al de la anterior, se veía más garabateada, menos firme, menos disciplinada. También estaba en latín. Fenn recogió las otras páginas esparcidas, mirándolas rápidamente, en busca de una fecha, y sonrió al encontrarla.

El tejado gimió sonoramente bajo el impacto del viento; algo se rompió, probablemente una losa, y resbaló; su caída quedó ahogada por la blanda tierra que rodeaba la iglesia. Fenn levantó ansiosamente su mirada y se tranquilizó diciéndose que la iglesia había soportado aquellas embestidas durante siglos, y no era probable

que fuera a derrumbarse ahora. No obstante, abrió con rapidez la bolsa de mano y metió en ella los tres documentos forrados de vitela, colocando antes las hojas sueltas al final del libro del que se habían desprendido.

El viento agitaba violentamente la puerta de la iglesia, y no se veía nada a través de las ventanas; tan intensa era la lluvia. Empezó a meter otra vez los libros, hojas y ropas en el cofre, sin ganas de seguir buscando, pues la urgencia de marcharse del lugar era demasiado grande. Tenía la misma sensación de negra opresión que había experimentado en la cripta de St. Joseph. La tapa se cerró con un golpe sordo, y Fenn se puso en pie, contento de que todo hubiera acabado. Ahora volvería al coche y se iría lejos de aquel siniestro lugar, con su desgarrador viento y su oscura, oscura iglesia… Hasta ahora no se había dado cuenta de cuán oscura estaba ya.

Salió al pasillo y dirigió sus ojos al altar. El aullante viento sonaba como el lamento de innúmeras almas perdidas. La puerta que tenía ante sí era sacudida violentamente, y algo le hizo retroceder. La barra sobre la cerradura daba saltos arriba y abajo como si una mano neurótica jugara con ella. La madera temblaba en su marco, y Fenn podía sentir la presión detrás de ella, el vendaval que chillaba pidiendo entrar.

Poco a poco fue deslizándose en su mente una sensación con dedos húmedos, escamosos. Algo más, no sólo el viento, quería entrar en la iglesia. *Algo* quería alcanzarle.

Aún seguía retrocediendo, sus ojos fijos en el agitado porche; se acercaba al altar y avanzaba banco tras banco, con sus separaciones de madera, detrás de las cuales podían ocultarse las cosas. En la periferia de su visión entró el púlpito, alzándose sobre él como un depredador al acecho. A su derecha tenía la cámara extrañamente segregada, con su vacía chimenea, su cuadro de la Virgen y el Niño, con su ventana, la rama golpeando y arañando el cristal como una mano que implorara su admisión… con su figura vestida de oscuro sentada junto a la vacía chimenea…

Fenn se detuvo, con las piernas paralizadas y la garganta oprimida.

La figura estaba encapuchada; su cabeza, hundida entre las rodillas; empezó a enderezarse y a volverse hacia Fenn.

Y la puerta del porche se abrió violentamente con una fuerza que sacudió todo cuanto había en la iglesia.

TREINTA Y DOS

Allí ella nunca más pasea
a la luz del sol, la luna o las estrellas;
mira abajo, donde no hay
ni días ni noches.

Novia de las sombras
J. R. R. TOLKIEN

Fenn fue arrojado hacia atrás, más por el sobresalto que por la fuerza. Dio un traspiés y cayó. Sintió la dureza del suelo contra su espalda, pero ningún dolor; sólo cierto entumecimiento.

El viento aullaba alrededor de la iglesia, como una hada maligna enloquecida, de manera que incluso la pileta de plomo pareció temblar bajo su furia. Las ropas de Fenn fueron zarandeadas por el viento; su cabello, barrido hacia atrás, y el cuello del chaquetón aleteó contra su mejilla. Se vio obligado a volver la cabeza a un lado para evitar la acometida inicial, sus ojos entornados contra la onda de choque. La lluvia penetraba ahora en la iglesia, mojando las paredes y los bancos, cual aliado del viento. El rugido del aire era amplificado por los estrechos límites del edificio de piedra, ensordeciéndole con su frenético chillido.

Algo se movía a su derecha; algo negro, pequeño, que se levantaba de la silla en la habitación lateral; que estaba de pie en la entrada del recinto, que se inclinaba para tocarle.

Fenn no se atrevía a mirar. Sentía su presencia, atisbaba la oscura forma sólo al borde su visión. No quería ver.

Fenn consiguió ponerse de rodillas, tambaleándose durante unos momentos, sacudido por el viento circular. Trató de levantarse y descubrió que sus piernas no eran lo bastante fuertes para sostenerle, aunque el vendaval no era tan intenso, y su fuerza quedaba amortiguada por las paredes y escindida en corrientes confusas y separadas. Empezó a moverse hacia delante, arrastrando la bolsa de mano por el suelo, temeroso de la tormenta que penetraba por la abierta puerta, pero más temeroso aún de la encapuchada figura que le observaba.

Se encogió como si le hubieran tocado, pero la razón le decía que no estaba al alcance de la cosa que había allí. Parecía como si unos crueles dedos le hubiesen arañado el brazo, dejando desgarrada y quemada la carne bajo sus ropas. La misma sensación sintió en su mejilla, y jadeó, abrasado por el dolor, aunque era irreal. Más calor —porque eso era lo que sentía, un calor tremendo, al rojo vivo, contra su piel— tocó su mano estirada, y cuando bajó los ojos, vio que empezaban a formarse en ella rojos verdugones.

Su cabeza fue proyectada hacia atrás como si unos largos dedos se hubieran

enredado en su cabello y tirado de él con violencia. Su cuerpo se arqueó cuando unas melladas uñas trazaron sangrientos surcos en su espalda.

Sin embargo, la figura estaba aún demasiado lejos como para que pudiera tocarle.

Se puso en pie vacilante; el temor le dio la fuerza suficiente para ello, y caminó dando tumbos por el pasillo, luchando contra el viento como un hombre que se ahoga lucha contra la resaca, obligándose a sí mismo a dirigirse hacia la gris luz de la puerta; cayó contra una separación y se agarró al borde de ella, empujándose hacia delante, sin dejar de sentir en su nuca la maligna mirada. Volvió a caer; ahora era el viento que le había sacudido con gigantescas e invisibles manos y derribado.

La ancha puerta de madera giró sobre sus goznes, golpeó contra la pared y agrietó la piedra enyesada. Fuera, la lluvia caída había convertido el paisaje en un confuso dibujo de apagados verdes.

Fenn seguía temiendo volver la cabeza, sin llegar a comprender aún de dónde había surgido la figura; sólo sabía que estaba allí, una sobrenatural presencia que quemaba con malevolencia. Se arrastró otra vez, y algo se agarró a su tobillo. Gritó cuando la desolladora presa se endureció y tiró de él hacia atrás.

Se aferró con una mano a la esquina de un banco de madera, y con la otra en las grietas del irregular suelo. Sintió como si el corazón fuera a saltársele del pecho, tan salvajemente estaba golpeando. Fenn gritaba ahora, lanzando maldiciones contra la cosa que tiraba de él, los tendones de sus muñecas tirantes contra la carne mientras luchaba por liberarse. Luego empezó a dar patadas, asustado y enfurecido, los ojos empañados por lágrimas de ira y frustración. Patadas, patadas… sus rodillas arañaban el suelo, glóbulos de sangre se formaban bajo las uñas de la mano que se aferraba al áspero suelo. Patadas, patadas… los ojos cerrados por el esfuerzo, pero la boca abierta para gritar.

De repente se sintió libre, mientras seguía dando patadas al aire. Se encontró moviéndose hacia delante una vez más, el viento presionándole todavía los hombros, azotando su cara con cristalitos de lluvia. Estaba de pie, se dirigía vacilante hacia la puerta, negándose todavía a mirar por encima de su hombro y sintiendo en la nuca la cálida y pútrida respiración. Sus pasos eran cada vez más lentos… más lentos… la compulsión seguía tirando de él hacia atrás, creando la pesadilla de tener las piernas en un cenagal… los sueños infantiles de…

…el monstruo de Frankenstein avanzando torpemente, los brazos estirados para agarrar, sus enormes botas retumbando contra el suelo…

…el sonriente gigante Fe-Fi-Fo-Fum esgrimiendo su hacha…

…la espantosa Criatura emergiendo de la Laguna Negra…

…el hijo muerto regresando de la tumba, golpeando al otro lado de la puerta de su madre, que sujetaba la pata del mono, para que le dejara entrar…

…la cosa que estaba siempre esperando en la oscuridad al pie de las escaleras del sótano…

…el coco de verde cara que daba golpecitos en la ventana del dormitorio a mitad

de la noche…

…Norman Bates, vestido de Madre, detrás de la cortina de la ducha…

…la forma blanca a los pies de la cama, que no le dejaría despertar de la pesadilla hasta que se hubiera disuelto otra vez en la noche…

…la mano que le aprisionaría el tobillo si sacaba éste de las sábanas…

…todos los compañeros de pesadilla de su infancia se habían reunido allí detrás de él en la iglesia, cada uno de los temores nocturnos se arrastraba sobre él, sus imágenes eran tentáculos que le sujetaban…

Y, al igual que en una pesadilla, la cosa se rompió cuando el terror se tornó excesivo.

La liberación fue como ser disparado por un cañón. Pasó como una exhalación a través de la puerta, resbalando y cayendo pesadamente en el sendero fuera de la iglesia. Dio la vuelta, apoyándose en un codo, y la lluvia empezó a golpearle la cara con tanta fuerza, que tuvo la certeza de que dejaría huellas en ella. La arqueada puerta se alzaba sobre él, el interior era una fangosa cueva de gárgolas; la achaparrada torre se perfilaba dominándole, y por un breve instante se imaginó que, desde las almenas, miraba su propio cuerpo tendido boca abajo en el sendero. Parpadeó contra la lluvia y contra su propia confusión.

Empezó a forzarse hacia delante para huir de la amenazadora puerta, utilizando talones y codos, con las ropas y la piel ya empapadas y sin dejar de arrastrar la bolsa de mano. Una suave frialdad le rozó la espalda mientras resbalaba por la hierba. Volvió la mirada hacia la vieja iglesia, con los ojos abiertos de par en par y mortalmente pálido. Su cerebro le gritaba que se levantara y corriera. Mientras se esforzaba por ponerse en pie, vio una fugitiva figura justo al otro lado de la valla que marcaba el perímetro.

La figura se había levantado del mar de hierba como un nadador que rompiera la superficie, y luego se puso a correr, abriéndose camino a través del follaje y alejándose de Fenn y de la iglesia.

La figura le pareció familiar, pero su pensamiento era demasiado confuso todavía como para permitirle reconocer algo durante unos momentos. Cuando, finalmente, se dio cuenta de quién era, se sintió aún más aturdido. Agarrando la bolsa de mano y poniéndosela debajo del brazo, corrió hacia la cerca, usó una mano para pasar por encima de ella torpemente y fue a caer en medio del follaje del otro lado. Cuando se puso en pie, la figura había ya desaparecido.

Una fuerte ráfaga de viento se filtró a través de la maleza, creando una ondulación que le alcanzó y casi le desequilibró.

—¡Nancy! —gritó; pero la tormenta sofocó cualquier posible respuesta.

También él se abrió paso a través del follaje, ganando velocidad mientras lo hacía y sin dejar de gritar el nombre de la mujer. No es que tuviera miedo por ella; la necesitaba. Estaba asustado por sí mismo.

Fenn corrió bajo la lluvia, contra el viento, casi cegado, arrollando la maleza. De

repente cayó, resbaló, dio tumbos y rodó hacia un abismo que no había visto. Tallos y zarzas le golpeaban la cara y las manos; pensó que aquello jamás terminaría, que el mundo nunca volvería a estabilizarse. Pero, finalmente, su caída tuvo un almohadillado térmico al pie de la pendiente, y las hojas se cerraron sobre sus ojos como traviesas manos.

Se sentó y trató de quitarse el mareo sacudiendo la cabeza. El movimiento no hizo más que empeorarlo, y el mundo siguió girando durante largos segundos. Cuando, finalmente, todo dejó de girar, buscó la figura fugitiva. Se encontraba en un estrecho valle, y al otro lado se alzaban los bosques. Un desigual sendero de tierra cruzaba el valle, desapareciendo en la lejanía tras una ladera. Directamente delante, a no más de unos doscientos metros, había un granero, de una forma extraña; jamás había visto antes uno como aquél. Era muy viejo, y evidentemente hacía mucho tiempo que no se utilizaba, en tan mal estado se hallaba. Inmediatamente debajo de un techo de paja, sostenido por gruesas vigas, había unas aberturas, y los lados cubiertos del granero llegaban sólo a cierta altura. La madera estaba descolorida y gastada, y la paja era espesa, pero oscura por el paso del tiempo.

Fenn sabía que Nancy estaría allí.

Se puso en pie y cogió la bolsa. Luego, encogiendo los hombros contra la lluvia, se dirigió hacia el granero. El viento se había debilitado en la parte baja de la depresión suavizándose, por tanto, su espantoso rugir. Fenn se volvió rápidamente para mirar la colina, y vio que St. Peter estaba fuera de su visión; ni siquiera se divisaba la torre por encima del falso horizonte; el follaje de la cima de la vertiente se agitaba a uno y otro lados, inclinándose, pero resistiendo a los elementos.

No había puerta en el granero; sólo una vasta abertura que abarcaba la mitad de uno de sus lados, con un poste en medio que dividía la entrada. Desde donde estaba Fenn, podía ver el interior, atestado de viejos troncos, entablados de madera y restos de maquinaria oxidada. No tenía deseos de entrar, porque parecía aún más oscuro e igualmente lleno de malos presagios que la iglesia. Sólo los gemidos que oía por encima del apagado viento le empujaron a hacerlo.

La encontró acurrucada detrás de una pila de madera en la parte trasera del granero; lo guiaron hasta ella sus sollozos de miedo. Tenía la cabeza hundida entre las rodillas, y se sujetaba las piernas fuertemente con los brazos. Tembló con violencia cuando él le tocó un hombro.

—Nancy, soy yo, Gerry —dijo suavemente, pero ella no le miró.

Se arrodilló a su lado y trató de tomarla entre sus brazos; con un gañido animal, la mujer le empujó contra la pared del húmedo granero, gateando para librarse de él.

—¡Por el amor de Dios, Nancy, cálmate! Soy yo. —Suavemente la atrajo hacia sí y la meció en los brazos—. Soy yo —no cesaba de repetirle, con voz falsamente suave, porque tampoco él andaba lejos de la histeria.

Le llevó algún tiempo conseguir que levantara la cabeza y le mirara.

Y cuando lo hizo, la expresión que Fenn vio en sus ojos le asustó tanto como la

cosa que había dentro de la iglesia.

TREINTA Y TRES

¡Despertad todos los muertos! ¡Arriba! ¡Arriba!
¿Cuán profundamente duermen?
No se preocupan de los pobres amantes que caminan encima,
en las cubiertas del mundo en tormentas de amor.
Ningún susurro ahora, ninguna ojeada puede
atravesar portilla o paneles de cristal;
Porque nuestras ventanas y puertas están cerradas y atrancadas,
yacen cerca en la iglesia y en el patio.
En cada tumba, hace sitio, ¡hace sitio!
El mundo está en un extremo, y nosotros venimos, venimos
¡Despertad todos los muertos! ¡Arriba!¡Arriba!

SIR WILLIAM DANENAT

Delgard se quitó las gafas de lectura y se frotó los cansados ojos. El reflejo de la luz ultravioleta proyectaba un matiz blancoazulado sobre sus rasgos, y el rígido y artificial resplandor mostraba crudamente las líneas de la fatiga. Los descoloridos papeles estaban esparcidos sobre la mesa ante él, los bordes del pergamino áspero y escamosos por el paso del tiempo; a un lado había un grueso libro encuadernado en piel, una ayuda para la traducción del antiguo pero duradero lenguaje de los pergaminos. Apagó el fluorescente, pues ya no necesitaba su peculiar luz para subrayar la semiborrada escritura, y rápidamente garabateó más notas en su bloc. Luego dejó la pluma, sujetó las gafas con una mano y se frotó la frente con la otra. Sus hombros parecieron aún más encorvados; su pecho, más hundido.

Cuando apartó la mano, sus ojos tenían una expresión de asombro, de incredulidad. No podía ser cierto; aquellos papeles tenían que ser el sueño de un loco, las imaginaciones impulsadas por la culpa de un hombre nacido casi quinientos años antes.

La boca de Delgard se secó, y el sacerdote se pasó la lengua inútilmente por sus quebradizos labios. Había tirantez en su piel, rigidez en sus articulaciones; la causa de ello era la tensión de las últimas horas.

Estiró el cuello hacia el reportero, que yacía desplomado en un sillón cercano, e imaginó que podía sentir cómo rechinaban sus propios huesos al volverse. Fenn se había quedado rápidamente dormido, demasiado exhausto, y quizás incluso aburrido, como para soportar la vigilia con el sacerdote hasta hora tan avanzada de la noche.

Debería despertar al reportero, contarle lo que había descubierto, pero, por el momento, Delgard sintió otra necesidad mayor. Una necesidad de limpiarse, de rezar pidiendo fortaleza y guía espiritual. Y rezar por el alma manchada de alguien que había muerto siglos antes.

Delgard se levantó, y su voluminoso cuerpo vaciló ligeramente. Tuvo que mantener apoyadas las manos en la mesa durante unos momentos, antes de poder

permanecer totalmente erguido. La habitación se estabilizó en torno a él una vez más, pero su fuerza y su vitalidad seguían desvaneciéndose. Empujó la silla hacia atrás y se encaminó a la puerta, deteniéndose para echar una mirada a Fenn antes de salir.

—Gerry —dijo, aunque no lo bastante alto.

El reportero dormía, y no era demasiado sorprendente; su mente se refugiaba de los terrores del día. Cuando Fenn trajo los viejos manuscritos a casa del sacerdote, a primera hora de aquella noche, todo su comportamiento había sido de desorientado nerviosismo. Un cínico que no creía en fantasmas creía —*sabía*— que había visto ahora una de esas apariciones. Y había necesitado dos *whiskies*, tragados apresuradamente, antes de calmarse lo suficiente como para contar una historia coherente. Delgard lamentaba haber dejado que el reportero fuese sólo a la iglesia de Barham; debería haberse dado cuenta antes del peligro.

Después del incidente de St. Peter —y que el periodista había descrito con gran detalle, como si necesitara racionalizarlo con la palabra hablada—, Fenn encontró a la periodista americana, Nancy Shelbeck, oculta allí cerca. La mujer se había negado a que la llevara a un hospital, donde Fenn esperaba que pudiera ser tratada del evidente *shock* que sufría, y el reportero tuvo miedo de dejarla sola en su apartamento. De manera que se la llevó a casa de Sue Gates, en cuyo piso la mujer cayó en un aturdido sueño.

Sueño. El cansancio le dominaba también a él. Era como si la no vista presencia, la presencia que había emanado aquí, en los terrenos de la iglesia, fuera parasitaria, succionando su fuerza de la psique humana. La debilidad que había sentido al comenzar los milagros, la interferencia con la maquinaria accionada eléctricamente, la extraña atmósfera, la vibración en el aire mismo, todo, todo sugería que se estaba produciendo una reacción, quizás una manera de socavar la energía existente para crear una nueva forma. Y —ahora estaba seguro— el catalizador, tanto físico como espiritual, era Alice Pagett.

Echó otra mirada a los descoloridos manuscritos. La respuesta estaba allí, escrita en latín, la antigua lengua común a todos los sacerdotes desde los comienzos de la religión cristiana. Era increíble, pero él había sido testigo de cómo lo increíble se hacía realidad muchas veces en su vida. El vínculo, de siglos de antigüedad, estaba en aquellos papeles; aquella torturada y floreada escritura daba pruebas del atormentado e incluso demente hombre que había escrito aquellas palabras llenas de vergüenza. Y aquel hombre era sacerdote, un clérigo del siglo XVI, que había pecado no sólo contra su fe, sino contra la humanidad misma.

Y lo que hacía la iniquidad del sacerdote más imperdonable aún era que había tenido destellos de comprensión en una Era de superstición e ignorancia. Había sido consciente de la existencia de las fuerzas parapsicológicas; había sido capaz de diferenciarlas de los descaminados conceptos de la brujería; no obstante, había alentado y usado las falsas percepciones de su compañero para sus propios propósitos, y, al hacerlo, había invocado un poder mucho más maligno contra él. El

pueblo de aquella época creyó que había destruido a una bruja bajo la autoridad e incitación de su gobernante, una reina llamada María. *María Tudor*. Pero ellos habían destruido algo más que una mítica invención; habían destruido a alguien cuyos extraordinarios poderes mentales trascendían su propia muerte y que, con el tiempo, cuando se reunieran algunos elementos psíquicos, podría quizá recrear su propio ser físico.

Brujería, el nombre de María, la energía mental liberada por el fervor religioso: éstos eran los extraños e intrínsecos ingredientes. El moderno sacerdote que había pecado, la niña que había sido concebida en pecado: éstos eran los catalizadores. Y Alice era la que desempeñaba el papel más importante en la metamorfosis, *porque ella había sido creada en el mismo campo en que la monja había sido despedazada y luego quemada hasta morir, casi quinientos años antes*.

Delgard se apoyó contra la puerta, mientras en su mente se agolpaban increíbles y absurdas teorías.

¿Podía haberse producido una metempsícosis al cabo de siglos, la migración de un alma a otro cuerpo? ¿Había sido Alice invadida en el inicio mismo de su existencia? Había crecido hasta convertirse en una niña, guiada por su madre, devota hacia la Iglesia, que adoraba el nombre de María, que sufrió una grave enfermedad a los cuatro años, una enfermedad que los médicos no habían podido explicar a satisfacción, para ser inexplicablemente curada siete años más tarde. Milagrosamente. Las curas de los demás habían parecido también milagrosas. Pero ¿eran en realidad inducidas psíquicamente?

Sacudió la cabeza, como si quisiera desprenderse de toda aquella mescolanza de pensamientos.

Alice hablaba en una lengua extraña para ella, con voz madura, palabras en inglés arcaico, de contenido… perturbador, lascivo. ¿Estaba poseída? ¿O… era una reencarnación? Como sacerdote católico, la idea no debería tener validez para él, pero era una idea punzante, que le resultaba imposible erradicar.

Sin embargo, había una cuestión que dominaba todas las demás: ¿Cuál era el propósito de todo aquello?

Negros presentimientos se apoderaron de él con tanta intensidad, que su cuerpo se hundió y se vio obligado a apoyarse en la puerta. La premonición de un desastre no era nada nuevo —la sensación de amenaza lo acosaba hacía varias semanas—, pero ahora sabía que era inminente. La breve visión interior fue como una descarga física, que le golpeó y le hizo desvanecerse instantáneamente, dejándole una sensación de desolación total, un perturbador conocimiento de… nada. Un vacío, un absoluto vacío. Era la cosa más espantosa que jamás hubiera percibido.

La necesidad de hallarse en terreno santo hizo salir a Delgard tambaleándose de la habitación. Tenía que rezar, tenía que buscar guía espiritual para combatir el inminente peligro.

Abrió con fuerza la puerta delantera; fuera, la noche parecía tan negra como el

vacío que se había visto empujado a contemplar momentos antes.

Una fría corriente de aire se coló por el pasillo y penetró en la habitación en que dormía el reportero. Fenn cambió de posición, inquieto, cuando la caída de temperatura le afectó; pero siguió durmiendo, y sus sueños no constituyeron ningún refugio, sino tan sólo simples prolongaciones de la pesadilla diurna. Las esquinas de los descoloridos papeles sobre el pequeño escritorio se agitaron bajo la fresca brisa.

Sue echó una mirada a su reloj. Casi las once. ¿Qué entretendría tanto a Gerry? ¿Pensaba dejar a Nancy Shelbeck allí toda la noche? Dijo que volvería.

Removió el café y lo llevó de la cocina al salón. La puerta que daba a su dormitorio estaba ligeramente entreabierta, y se detuvo para escuchar durante unos segundos. La respiración de Nancy parecía más regular, más profunda; los primeros alocados jadeos habían ido cediendo, hasta convertirse en pequeños gimoteos infantiles, antes de que un sueño más natural se apoderara de ella. Sue se dirigió al sofá, se sentó y dejó la humeante cafetera sobre la mesita de café, ante ella. Se hundió en los blandos cojines y cerró los ojos.

De pronto los abrió y se puso en pie; fue a la ventana y corrió las cortinas. Por alguna razón había sentido la noche como intrusa. Volvió al sofá y, abstraídamente, removió el café.

¿Qué les había ocurrido a los dos, que tanto les había asustado? A primera hora de aquella noche llegó Gerry farfullando algo sobre que había hallado a la norteamericana en una iglesia de Barham, en estado de *shock*, y luego le rogó que cuidara de la mujer hasta que volviera. Se había marchado apresuradamente, agarrando su bolsa como si contuviera el salario de un año y diciéndole que había de ver a monseñor Delgard, pues tenía que mostrarle algo importante. ¿Qué podía haber sido tan importante? Y, ante todo, ¿por qué habían ido a Barham él y aquella mujer? ¿Y qué era lo que temían tanto?

Sue se dio unos golpecitos de frustración en la barbilla. ¿Y por qué la había traído aquí? ¿Por qué era Fenn tan insensible a la situación? Resultaba evidente que había algo entre ellos. No obstante, Sue sabía que la insensibilidad de Gerry era a menudo una pose, que era plenamente consciente de las emociones que suscitaba en los demás, que prefería la reacción a la inercia. Pero ahora había en él una desesperación que descartaba toda noción de juegos de amantes; necesitaba la ayuda de Sue, y no importaba que ello involucrara a otra mujer con la cual él había tenido relación.

Sorbió el café. ¡Maldita sea! Había tratado de reñir con él; incluso había intentado despreciarle durante algún tiempo, pero de nada había servido. Su religión, el trabajo en la iglesia, el tiempo pasado con Ben, todo lo había inventado para compensar, pero la satisfacción había sido efímera, y —si tenía que ser completamente sincera consigo misma— nunca del todo lograda. Había encontrado una conciencia espiritual renovada, pero ello no podía llenar sus necesidades emocionales, no podía sustituir

una diferente clase de amor, el amor de una persona por otra. Al principio, sólo unas semanas antes, creyó que dicho amor físico no era necesario; sus traumas, la dependencia de otro —en especial cuando la otra persona no era tan dependiente—, los celos, la *responsabilidad*, era una prueba de la que podía prescindir perfectamente. Pero poco a poco fue cayendo en la cuenta de que era esencial amar y ser amado en los mismos términos, con todas sus consecuencias. Al menos para ella.

Sue frunció el ceño mientras sostenía la taza con ambas manos, descansando los codos en las rodillas. Había estado tratando de escapar, pensando que disponía de otro refugio, una alternativa, sólo para descubrir, al fin, que ambas cosas eran igualmente importantes. Esta noción le había acompañado durante los últimos días, pero fue preciso que se reunieran a primera hora de aquella noche para que el hecho diera en el blanco. Quizá fuera su nueva vulnerabilidad —la de Fenn— la que le había conmovido. O quizás era la idea de que aquella otra mujer pudiera significar algo para él. El temor a perder ha sido siempre un motivador fundamental.

Lo único que había de…

El grito la hizo derramar el café sobre sus manos. Rápidamente, Sue soltó la taza sobre la mesa y corrió hacia el dormitorio. Buscó a tientas el interruptor, lo pulsó y miró, asustada, a la mujer, que trataba de enterrar la cabeza en la almohada. Sue se acercó a la cama:

—Bueno, todo va bien, está usted segura, no hay nada que temer…

Nancy le apartó las manos con violencia.

—¡Nancy! ¡Pare! ¡Está usted bien ahora!

La voz de Sue era firme, mientras trataba de hacer que la norteamericana la mirase.

—No… no…

Los ojos de Nancy estaban desenfocados, mientras trataba de apartarlos de Sue.

Ésta la cogió por las muñecas cuando sus largas uñas trataron de arañarle la cara.

—¡Calma, Nancy! Soy yo, Sue Gates. ¿No recuerda? Gerry la trajo aquí.

—¡Oh, Dios, no me toque!

Sue dobló los brazos de la mujer sobre su pecho y se inclinó pesadamente sobre ella.

—Calma. Nadie va a hacerle daño. Estaba usted soñando.

Hablaba suavemente, repitiendo las palabras; finalmente, los esfuerzos de Nancy se fueron debilitando. Sus ojos empezaron a perder aquella mirada vidriosa y se posaron en la cara de Sue.

—¡Oh, nooooo! —gimió Nancy, y empezó a llorar, su esbelto cuerpo sacudido por los sollozos.

—Todo va bien, Nancy. Está usted completamente a salvo.

Nancy echó los brazos en torno al cuello de Sue y se aferró a ella como un niño trastornado a su madre. Sue la apaciguó, acariciándole el pelo y sintiéndose incómoda, pero lo bastante compasiva para no apartarla. De la calle llegaban las risas,

las de los trasnochadores que regresaban a sus casas. El reloj de la mesita de noche iba desgranando los minutos con un suave tictac.

Pasó un buen rato antes de que cesaran los sollozos de Nancy y las manos aflojaran su presa alrededor de los hombros de Sue. Su cuerpo temblaba cuando murmuró algo:

—¿Qué? —Sue la apartó ligeramente—. No la he oído.

Nancy soltó un suspiro estremecido.

—Necesito una copa —dijo.

—Creo que tengo un poco de *brandy*. ¿O prefiere ginebra?

—Cualquier cosa.

Sue la soltó, fue a la cocina y abrió la despensa en la que guardaba su escasa provisión de alcohol. Sacó la achaparrada botella de *brandy* y luego cogió una copa de otro armario. Pensándolo mejor, tomó dos vasos. Sus nervios estaban también destemplados.

Llevó los dos *brandies* al dormitorio, descubriendo que la norteamericana se había incorporado y estaba ahora sentada, apoyada en la cabecera. Tenía la cara blanca, y la palidez resultaba grotesca debido a las rayas de maquillaje corrido. Miraba con expresión vacía hacia la pared opuesta, y sus manos retorcían el borde de las ropas.

Sue le tendió uno de los vasos, que ella agarró con ambas manos. El ambarino líquido casi se derramó por el borde cuando ella levantó el vaso hasta sus labios. Nancy bebió y empezó a toser, mientras sostenía el *brandy* lejos de ella. Sue le tomó el vaso de la mano y esperó a que se le calmara la tos.

—Trate de tomarlo más despacio esta vez —aconsejó cuando Nancy alargó otra vez la mano. La periodista hizo caso de la advertencia, y Sue tomó su propio trago.

—Gr… gracias —jadeó Nancy, finalmente—. ¿No tiene… no tiene usted un cigarrillo?

—Lo siento.

—No importa. Tengo algunos en el bolso.

—Me temo que no llevaba usted consigo ningún bolso cuando Gerry la trajo aquí. Debe usted de haberlo dejado en el coche.

—¡Oh, mierda, no! Fue allí en la iglesia, probablemente entre la maleza.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué lo dejó allí?

Nancy miró a Sue.

—¿No se lo contó Fenn?

—No tuvo tiempo de hacerlo. Dijo algo sobre St. Peter en Barham, me pidió que cuidara de usted y luego marchó precipitadamente. ¿Qué hacían ustedes en la iglesia?

Nancy tomó un trago de *brandy*, apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

—Yo estaba buscando algo. Supongo que él fue por lo mismo.

Le contó a Sue lo del cofre y los archivos históricos que habían esperado encontrar en su interior. Su voz aún temblaba, debido a la tensión.

—Eso es lo que debía de llevar en su bolsa de mano —señaló Sue. Nancy apartó la cabeza de la pared.

—¿Los encontró?

—Creo que sí. Dijo que tenía que llevar algo a monseñor Delgard.

—¿Fue… a ver a Delgard, a St. Joseph?

Sue asintió.

—Sé que esto parecerá extraño —siguió Nancy, agarrando el brazo de Sue—; pero ¿qué le dije yo? No… no puedo recordar nada después de escapar de aquella condenada iglesia.

—No lo sé. Se encontraba usted en estado de *shock*.

—Ya, así debió de ser. —Todo su cuerpo se estremeció—. ¡Dios mío! creo que vi una especie de fantasma!

Sue la miró con sorpresa.

—No parece usted de ese tipo de personas.

—Bueno… eso es lo que yo pensaba. Pero algo había en aquella iglesia que me asustó terriblemente. —Cerró una vez más los ojos, tratando de revivir el recuerdo. Sus ojos se abrieron con violencia cuando la imagen acudió a su mente—. ¡Oh, no! —exclamó, y luego gimió—: ¡Oh, no!

Sue la sacudió suavemente.

—Tómeselo con calma. Fuera lo que fuera, ahora está usted a salvo.

—¿A salvo? Era una maldita cosa muerta lo que vi allí. ¿Cómo puede una estar a salvo de una cosa así?

Sue estaba asombrada.

—Debe usted de haberlo imaginado. No pudo haber…

—¡No me diga eso! ¡Sé lo que vi!

—No se trastorne otra vez.

—¿Trastornar? ¡Tengo todo el derecho a trastornarme, maldita sea! Se lo digo, vi algo que jamás me abandonará, algo que nunca olvidaré.

Las lágrimas fluían nuevamente, y el vaso de *brandy* chocó contra sus dientes cuando intentó beber. Sue le sujetó la mano.

—Gracias —dijo Nancy cuando consiguió ingerir un poco más de alcohol—. No quería gritar. Sólo que… usted no sabe a qué diablos se parecía.

—¿Quiere usted contármelo?

—No, no quiero contárselo, quiero borrarlo de mi mente. Pero sé que nunca podré.

—Por favor, eso podría ayudarle.

—¿No tiene usted otra copa?

—Tome la mía. —Las mujeres se intercambiaron los vasos. Nancy necesitó dos sorbos para volver a hablar. Sus palabras eran lentas, como si tratara de controlarlas, de racionalizarlas en su propia mente.

—Yo estaba en la iglesia de St. Peter, en la Propiedad Stapley. ¿La conoce?

—He oído hablar de ella. Nunca estuve allí.

—Pues no se le ocurra. Había encontrado el cofre…

—Dijo usted que buscaba unos archivos históricos.

—En efecto. Fenn dijo que una parte de la historia de St. Joseph se había extraviado. Seguimos la pista del cofre que quizá la guardaba. Estaba en St. Peter.

—¿Fueron allí juntos?

—No, por separado. Fenn no quería que yo estuviera en el ajo. Ya sabe usted cómo es.

Sue no comentó.

—Yo había encontrado el cofre, estaba segura de que lo era. Luego oí, quizá sólo presentí, que había alguien más en la iglesia. Fui al altar a echar una mirada. Había algo sentado detrás de una especie de alcoba, en un recinto de madera cerrado en un lado. Parecía… parecía una monja. Ingirió un poco más de *brandy*.

—Sólo que no era una monja —continuó—. No era una monja…

Su voz se desvaneció.

—Siga, Nancy —la apremió Sue.

—Llevaba una de esas ropas con capucha, un hábito de alguna clase, pero no como los que se ven hoy. Era antiguo, estoy segura de que era condenadamente antiguo. Al principio no pude verle la cara. —Nancy estaba temblando nuevamente —. Pero ella… aquello… se volvió hacia mí. ¡Oh, Dios, Dios, qué cara!

Sue sintió cómo se le erizaban los cabellos de la nuca, y la espina dorsal y los brazos se le ponían de carne de gallina.

—Siga —volvió a decir, horrorizada, pero especialmente fascinada.

—Era sólo una masa de cenizas, carbonizada. Los ojos eran negros; sólo unas rendijas con el cartílago quemado que asomaba. Los labios y la nariz habían sido quemados, y los dientes no eran más que raigones calcinados. ¡No quedaba nada humano en aquel rostro, ningún rasgo! Pude oler a carne quemada. Y empezó a moverse. Estaba muerta, pero empezó a moverse, a levantarse, a venir hacia mí. ¡Me tocó! ¡Tocó mi cara con el calcinado muñón que tenía por mano! Y trató de sujetarme allí. ¡Respiraba su fétido aliento en mi cara! ¡Pude sentirlo, pude olerlo! Sus dedos, sólo consumidos muñones, ¡tocaron mis ojos! Y reía, ¡oh. Dios, reía! *¡Pero seguía quemando! ¿Comprende usted? ¡Seguía quemando!*

TREINTA Y CUATRO

Y el sueño me obedecerá
y no te visitará jamás,
y la maldición caerá sobre ti
por siempre jamás.

La maldición de Kehama
ROBERT SOUTHET

Fenn se despertó temblando. Se frotó los ojos y luego paseó la mirada por la habitación.

—¿Delgard? —llamó.

La puerta estaba abierta, y el aire frío penetraba en la habitación. Se apoyó en los brazos del sillón para levantarse y cruzó la estancia. Atisbando en el oscuro pasillo, volvió a gritar el nombre del sacerdote. No hubo respuesta. Fenn observó que la puerta de entrada estaba abierta. ¿Se había dirigido Delgard a la iglesia? El reportero regresó a la habitación y consultó su reloj. ¡Jesús! ¡Casi la una de la madrugada! Sus ojos cayeron sobre el pequeño escritorio y los papeles esparcidos encima de él. Con una última mirada al vestíbulo, cerró la puerta y se encaminó al escritorio. Cogió algunas hojas del viejo papel pergamino y advirtió que eran los mismos papeles que habían caído del manuscrito de vitela en la iglesia de la Propiedad Stapley. Los examinó durante unos segundos como si las palabras pudieran traducirse por sí solas, y luego los devolvió a la mesa. Las primeras páginas de la libreta de notas de Delgard estaban dobladas como si el aire las hubiera desordenado. Eliminó los dobleces y echó un vistazo a las líneas de la primera página. Se sentó lentamente, sin apartar los ojos de las palabras que tenía ante él.

Hojeando la libreta, observó que el monseñor había traducido la mayor parte —si no todos— de los viejos papeles, añadiendo y firmando con su inicial sus propias notas a medida que lo hacía. Su cansancio desapareció rápidamente, a medida que leía la primera nota de Delgard:

> (La letra es poco clara en algunos puntos, y gran parte del texto es casi ilegible. La escritura es errática, garabateada, a diferencia de la letra clara del manuscrito en donde fueron hallados estos papeles, aun cuando el autor parece ser el mismo. La traducción ha sido tan fiel al original como ha sido posible, pero habrá que recurrir a la propia interpretación y comprensión para dar sentido a algunas partes del texto. Igualmente, el latín es a veces incorrecto, quizás esto se deba a la mente trastornada del escritor. D.)

Fenn cogió una hoja del pergamino y frunció el ceño ante los garabatos. ¿Una

mente trastornada o asustada?

Dirigió su mirada hacia la puerta, y se preguntó si debería ir a buscar a Delgard. No tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba fuera el sacerdote, pero la traducción debía de haberle llevado horas, a juzgar por la cantidad de notas. Fenn estaba enojado consigo mismo por haberse dormido. Era una hora extraña para que Delgard se hubiera marchado a la iglesia, pero él, Fenn, sabía poco de la vida de hombres como el cura: quizás era normal para ellos hacer sus oraciones a una hora tan tardía. Por otra parte, Delgard tal vez había ido a comprobar si los dos jóvenes sacerdotes cumplían satisfactoriamente su misión de vigilancia nocturna en el campo de al lado. Con tantos locos rondando por allí, habría sido más juicioso contratar a una agencia de seguridad, pero —supuso— la Iglesia tenía su propia manera de hacer las cosas.

Aún hacía frío en la habitación, aunque la puerta estaba ahora cerrada. Observó que el fuego estaba bajo, casi apagado, los leños casi calcinados, con parches de blanca ceniza que interrumpían la negrura. Se dirigió a la chimenea y arrojó otros dos troncos; las cenizas brillaron brevemente al caer. Se frotó las manos para limpiarse el polvo de la leña, y ayudó a los troncos a que empezaran a arder; el frío estaba empezando a penetrarle hasta los huesos.

La madera chisporroteó cuando escapó el gas, y pequeñas llamas empezaron a lamer la parte inferior. Fenn lazó un gruñido de satisfacción y se volvió hacia la mesa. Por alguna razón, sus ojos se sintieron atraídos hacia la ventana y la larga y estrecha separación existente entre las cortinas; se adelantó para cerrarlas del todo, como si la noche fuera un siniestro curioso. Se sentó una vez más y cogió la ancha libreta de notas de Delgard. Empezó a leer, sintiendo aún frío.

Decimoséptimo Día de Octubre del año 1560

Ella está muerta, aunque no mora en el mundo subterráneo. Por la noche la veo ante mí, un horrible ser del Infierno que no puede descansar y tampoco me deja hacerlo a mí; una putrefacta criatura de la tumba que una vez amé. Pero entonces, su belleza era inmaculada. Ahora, la dulce y Detestable Elnor no se marchará hasta que me lleve con ella entre su corrupta progenie.

Es cierto que merezco dicho destino, porque mis Pecados claman justicia y no seré perdonado por Nuestro Dios de los Cielos. Quizá mi locura sea una Penitencia terrena y esto signifique una elección mejor que el Infierno al que ella me arrastra. Pero ella me ha invitado, y seguramente ella, mi Elnor, me

tendrá.

¡Mi mano tiembla porque ella está aquí! ¡La presencia de su cadáver me envuelve y envicia al aire!

Mi padre, ese noble Señor, me prohíbe que me confiese a mi obispo, porque ve sólo locura en mis ojos, y quiere enmudecer mis expresiones de loco. Así que me mantiene prisionero en esta pobre capilla, donde sólo los sirvientes y labradores son testigos de mi debilitación. Ya no soy un hombre libre, porque he pecado ante sus ojos, y no se le puede censurar por ello. Pero cuánto tiempo debo oír su sarcasmo chauceriano:

(La escritura es imposible de leer aquí, y no se puede hacer ninguna conjetura. D.)

«Pues si el oro se oxida, ¡qué no hará el hierro! Porque si un sacerdote no cumple con su deber, ¡no es extraño que un hombre corriente se enmohezca!»

A pesar de toda su mofa, sé que no comprende la gravedad de mi pecado. ¡Debo apresurarme ahora! Aunque mi frente arde y mi mano tiembla como presa de la fiebre, esto debe ponerse por escrito, de manera que otros puedan leer sobre aquella cuya venganza no tiene límites ni está atada por el tiempo terreno. Dame fuerza, Amado Señor, y no me niegues el coraje de cumplir con este deber; que otros conozcan su malignidad y sean advertidos. Mi culpa se revela en estas mis palabras. Tú, que las lees, no las deseches como los desvaríos de un demente. Pero aférrate estrechamente a la visión de Nuestro Salvador que está dentro de ti, no sea que tu Alma se manche con esta confesión.

(Líneas garabateadas en este punto, y muchas tachaduras. Como si el escritor no fuera capaz de poner sus ideas sobre el papel. D.)

Serví largos años en la Iglesia de St. Joseph, de Banefeld, y allí conocí la alegría. El pueblo era mi casa; los lugareños, mis confiados hijos. Arreglaba las disputas, y ellos tenían Fe en mi Palabra porque creían en la Palabra de Dios. Las mujeres descargaban sus preocupaciones sobre mis espaldas, y yo me sentía feliz de dar consejo a estas gentes simples, porque ella daba un sentido a mi vida y Gracia a mi Alma. Los niños sentían un ligero temor de mí, porque mi semblante no es agradable. Sin embargo, el temor del Sirviente de Dios en la Tierra es propio de los jóvenes. Mi Santidad era

(Se refiere a la Reforma y a la Fundación de la Iglesia de Inglaterra durante el reinado de Enrique VIII. D.)

reverenciada, y la Verdadera Fe se mantuvo en mi Parroquia a través de todos aquellos perturbados tiempos Heréticos.

Ningún hombre traicionó mi confianza, aunque el Diablo entró en mi alma y todavía la domina.

Fue la Priora la que me trajo a Elnor, sin saber que era obra del Diablo. Elnor, esta Maldita Monja era de aspecto bello y gentil; una niña, una inocente, cuya traición a Dios y a la Humanidad yo no percibí. Más negra que el azabache era su Alma, su mente estaba llena de culpa, y su personaje, bien armado con el engaño. Su maestra la consideraba animada, pero la conciencia adaptable de esta buena mujer percibía la sutil malignidad de Elnor.

Iba a resultar de ayuda en la Iglesia, una ayuda muy necesaria, porque mis deberes eran muchos. Entonces me sentí excitado por deseos carnales, apremios de la carne que no podían ser dominados, sueños sacrílegos que traicionaban mi Castidad. Y fue como si inmediatamente ella tuviera Conocimiento de mi oculto pecado, porque sus ojos vieron claramente en mi Alma. Ése era su Misterio. Demasiado pronto supe que Elnor no era como cualquier otra mujer y que su Santa Vocación era sólo una aberración de su perversa mente. Sin embargo, fue su mente lo primero que me desvió de mis deberes. Mis estudios habían abarcado astronomía, medicina, física e incluso el antiguo arte esotérico de la alquimia; y de medicina y alquimia, su conocimiento era mucho mayor.

(Como hijo de un noble rico, su aprendizaje bien pudo haber incluido temas tan diversos. Pero ¿cómo podía aquella monja saber tales cosas? D.)

Pronto quedé demasiado fascinado por su Conocimiento, y por ello cautivado.

Desde el comienzo, ella se mostró diferente a todas las otras religiosas que yo había conocido; realmente, no se parecía a ninguna otra mujer. Elnor cumplía sus deberes magníficamente bien, pero siempre estaba la sonrisa que ocultaba algún velado secreto, la mirada que se detenía demasiado tiempo en mi persona. Pronto quedé Embrujado, y más tarde consideré que el término había sido usado adecuadamente. En aquellos primeros días vi sólo cándida inocencia, no la verdadera naturaleza que hacía de mí un imbécil. Rezábamos juntos, y su adoración se inclinaba más hacia la Santísima Madre de Cristo, hija de santa Ana. Hubo por aquel tiempo una enfermedad en el

(Por entonces se concebía el cuerpo de la persona como compuesto de cuatro

pueblo, no la peste, sino una enfermedad que obligaba a las gentes a permanecer en su lecho. Dos niños murieron, aunque eran de naturaleza frágil desde su nacimiento, de manera que Dios fue loado por Su Misericordia y por mandar a un mortal tan diestro en el tratamiento de la enfermedad. Porque sus poderes en medicina pronto se pusieron de manifiesto, e incluso nuestro médico, un hombre pomposo, aunque bienintencionado, se permitió mostrar su admiración. Otras dos jóvenes Santas Hermanas se unieron a nuestro trabajo. Eran dos novicias, llamadas Agnes y Rosemund, y se quedaron en la Iglesia cuando la enfermedad hubo pasado. Se decía que una Mano Divina guiaba las manos de Elnor, que mirando a un hombre, fuera fraile o pastor, podía decir si era seco o frío, húmedo o caliente.

elementos: Tierra, Agua, Aire y Fuego. Tierra, fría y seca: Agua, fría y húmeda; Aire, caliente y húmedo; Fuego, caliente y seco. La enfermedad era un desequilibrio de estas cualidades. D.)

Así administraba ella sus simples y curas reconstituyentes. También usaba imágenes para llevar en torno al cuello cuando los planetas se mostraran favorables; las energías descendían a la imagen, con gran beneficio para el sujeto. Tuve ahí motivo para reñir a Elnor por tales prácticas, pero ella sonrió y dijo que era la Fe la que ofrecía la cura y nada más. Si yo encontraba esto sacrílego, guardaría silencio debido al profundo interés que despertaba en mí. Tal fue entonces mi Encantamiento inicial con Elnor, que no consideré la posibilidad de consultar con la Priora. Cuando una misteriosa enfermedad atacó mi propio cuerpo, la inminente desgracia se consumó. Elnor me fue enviada por la Priora para atenderme, y, en mi delirio sentí sus manos sobre mi cuerpo, calmando mis dolores, haciendo desaparecer la humedad de la fiebre y despertando un deseo que había estado latente. Tal vez fueron sus propias pociones lo que encendió mi pasión. Así, caí en la trampa y me convertí en su gustoso cautivo. Mi abandono era completo; mi afición por sus deleites, insaciable. Me siento demasiado avergonzado para contar todo lo que tenía lugar en nuestra pecaminosa fornicación; baste decir que nuestros actos carnales se sumían en una bestialidad de tan baja naturaleza, que temo que mi Alma haya perecido, para no volver a nacer jamás a la luz de Dios.

(Aquí aparece más escritura incoherente, gran parte de ella indescifrable. Aunque el Sacerdote ha dicho que no detallaría sus indecencias con esta mujer, parece que lo ha hecho en cierta medida. No está claro si es la culpa lo que le ha hecho inconscientemente ilegible la escritura o ha sido el temor, o su propia excitación despertada. Parece haber estado implicado mucho sacrilegio y el uso de objetos sagrados. Algunos nombres acá y allá, pero que no aportan ningún sentido. D.)

A medida que Elnor me abría su carne, me abría también su mente. Hablaba de cosas antiguas y de cuestiones que no son aún de esta Tierra. Hablaba de voces que procedían de los muertos y de fuerzas que cabalgaban el aire como silenciosas tempestades; fuerzas percibidas sólo por los Elegidos. Ella comparaba estos poderes incorpóreos con grandes mareas invisibles que tratan de penetrar en el estrecho mundo de los hombres. Furias que, si eran desatadas, lo destruirían y recrearían a su propia imagen. Yo le preguntaba si de lo que hablaba ella era del poder del Diablo, y Elnor se burlaba de mí y decía que no hay mayor poder que la Voluntad del Hombre. Yo me acobardaba ante semejante blasfemia, y creía que ella era una bruja; pero con el transcurso del tiempo me di cuenta de que era mucho más. Para ella, la magia era sólo un producto de la Voluntad, y pociones, venenos y transmutadores, las herramientas de alquimistas y médicos, no de las brujas.

Yo estaba irremisiblemente perdido en ella; aquella horrible Monja dominaba mi existencia. Mi frágil cuerpo, tan exquisitamente atormentado por sus instrumentos, vivía sólo para gratificarse con sus placeres. Igualmente buscaba su Conocimiento; sin embargo, todavía estoy confundido.

¿De dónde viene tu Maldad?, le preguntaba. ¿Y de dónde tu Bondad? Porque también curaba a los enfermos. ¿Por qué veneras el Santo Nombre de la Sagrada Virgen, y sin embargo blasfemas de su presencia fornicando ante su imagen? ¿Por qué eliges el recto sendero del servicio de Cristo, cuando tus actos secretos no son Su Camino? ¿Y por qué has hecho prisionera a esta pobre Alma? Estas preguntas se las hice muchas veces, pero ella no las respondió hasta que hubo transcurrido un año, y, me parece, hasta que estuvo segura de que no se habían aflojado las invisibles cadenas que atenazaban mi Voluntad. Ella curaba a los enfermos para que su nombre fuera exaltado como lo era el nombre de María; y exaltaba el nombre de María para que ella, Elnor, fuera como la Virgen Madre, una intermediaria de poder, aunque no to talmente comprobado todavía. Soy una Monja, me dijo Elnor, porque busco tener una posición sobre los demás, para que pueda ser reverenciada y

obedecida. Como Priora, ganaré esta confianza, y eres tú, dulce Thomas, quien me ayudará en esto, porque, ¿no tiene tu noble padre gran influencia en la Iglesia?

Mientras escribo, la Capilla se ha enfriado, el viento agita las ventanas y puertas, y los Demonios vienen a buscarme. ¡Quédate fuera, Elnor! Este lugar es Sagrado; su Santidad, inviolada. Sin embargo, mis dedos siguen entumeciéndose con el frío y se vuelven tan quebradizos como si fueran a romperse. ¡Oh, Dios, ten piedad de esta miserable criatura y permite que sea escrita esta Crónica!

Me parece que oigo voces que gritan mi nombre fuera. Quisiera que fueran los aullidos de algún animal nocturno, pero me temo que es la voz de mi amante muerta. La Capilla está oscura, y la lámpara no puede alumbrar los lugares sombríos. No hay paz para mí aquí, ni la habrá hasta que ella sea enterrada. Pero ¿quién realizará esta hazaña? Yo no, que yo sepa.

(Trisulfuro de arsénico y disulfuro de arsénico. D.)

En verdad, entonces conocí a Elnor, pero no pude resistir a su Voluntad. Ella se rió de mis palabras y se burló de mi horror. Habló de veneno para la Priora: Oropimente o Rejalgar serían el insidioso asesino.

El envenenamiento sería lento, para que no despertara ninguna sospecha. La Priora sufriría una larga y devastadora enfermedad, y se vería que incluso los hábiles y tiernos cuidados de la Hermana Elnor no podían impedir la muerte de la Monja. ¡Oh, astuta Bruja! Sin embargo, no eres una Bruja. No eres ninguna hechicera, tú, Condenada Elnor; eres algo más, mucho más.

Demasiado tarde me di cuenta de estas ambiciones, pobre, y corrompido estúpido como era. ¡Débil, cobarde discípulo del Pecado! Ayúdame, Señor, antes de que llegue mi muerte.

Sin embargo, tan perdida estaba Elnor para su propia lujuria, que su caída fue por su propia causa. Y Bendito sea Jesús por ello. Mi gente la adoraba porque la consideraban pura de corazón y había curado a muchos de su enfermedad. Le traían regalos; algunos, simples baratijas, y otros, de valor. Estos últimos los guardaba secretamente en la Cripta de St. Joseph para que la Priora no los descubriera, y

los de poco valor los entregaba a la Priora. Y todos la consideraban buena y generosa.

Los niños acudían en tropel a la Hermana Elnor, esta ruin y depravada criatura, adorándola, implorando su Bendición, porque habían aprendido de sus mayores que ella era un Santo en la Tierra; y su negro corazón les acogía con agrado, porque eran como corderos para un lobo. ¿Qué es lo que hace así a un Alma? No hay respuesta en este Mundo, sino que ésta reside en un lugar de oscuridad, donde negros espíritus conspiran con los diablos para destruir la paz de la Humanidad.

En la Iglesia rezaba durante largas horas, su cuerpo postrado ante el altar, para que todos pu dieran ser testigos de su devoción. Por la noche, cuando no había observadores, profanaba aquel mismo altar con prácticas que ahora despiertan en mí náuseas, porque yo era su gustoso cómplice. Aún no sé qué me indujo a esta ignominia, qué Espíritu liberó este frenesí carnal en mí. Me digo que su Voluntad gobernó la mía, que sus pensamientos controlaban los míos; pero en el fondo de mi corazón sé que la Voluntad tenía que surgir primero de mí. Sus tentaciones eran tan espantosamente dulces, la tortura sobre mi cuerpo tan tremendamente gloriosa. Su cara de niña, su blanca carne, aquella puerta del diablo entre sus muslos de la que ella me mandaba beber, eran demasiado maravillosas para renunciar a ellas.

Sin embargo, estoy desvariando, mis pensamientos ya no coordinan. Mi padre, ese constante protector de la Iglesia, cree que estoy loco; y quizá sea así. Sin embargo, no tengo la facilidad del loco para escapar hacia el delirio, y no hay consuelo en mis sueños.

Pero en el segundo año de mi Conocimiento de Elnor, se fueron extendiendo las sospechas. Mi comportamiento había cambiado. Yo nunca había sido un hombre robusto, pero se notaba ahora una debilidad en mí, un encorvamiento de mi estatura que resultaba evidente. Mi obsesión por la joven Monja ya no podía ser disimulada. Peor aún fue la desaparición de los niños, perdidos a lo largo de varios meses en los cercanos bosques, para no ser encontrados jamás. Tres niños en total, cuyos nombres ya he señalado.

¡Cuánto habían creído estos simples niños

(¿Señalado? D.)

campesinos en la dulce Hermana Elnor, y cuánto tuve que sofocar sus gritos cuando ella infligía a aquellos cuerpecillos su castigo! Amado Señor, no puede haber perdón para mí en estas espantosas acciones. Ni siquiera pude orar ante sus ocultas tumbas.

La Priora se había ido debilitando, decayendo más y más cada día su Espíritu vital. Su derrumbe era lento, constante, porque Elnor no permitiría que nadie dijera que intervenía la mano de otro en la muerte de la monja. Más audaz se volvía esta Hija del Diablo y más exigente en sus excesos. Mis esfuerzos ya no bastaban a su lujuria, y con menos frecuencia podían mis torturas saciar su apetito. Pero se había hecho peligroso apoderarse de más niños en el distrito. Sus apetitos se dirigieron ahora hacia las dos jóvenes novicias que venían diariamente a St. Joseph. Una de ellas aceptó su degradación gustosamente, porque su corazón estaba ya perdido para Elnor; la otra se sometió, pero luego huyó avergonzada. Esta novicia se quitó la vida en remordimiento, pero antes Confesó su Pecado Mortal a la enferma Priora.

(Los nombres deben de ser los menciona dos en el primer pasaje oscuro. ¡El sacerdote y la monja mataron a los niños! D.)

El ultraje dio a la Madre Superiora una renovada fuerza. Pero esta mujer era muy astuta, y sabía que los cofres de mi padre estaban abiertos a la Iglesia. Su lealtad a nuestro Santo Papa Roma no había vacilado durante los tiempos heréticos del Luteranismo de Enrique, ni tampoco durante el confuso reinado del joven Eduardo. Ahora, mi padre se veía favorecido por la buena Reina María y justamente recompensado por su fortaleza y lealtad. Tenerle como enemigo no habría sido prudente para la Priora, que muchas veces se había beneficiado de su generosidad.

Esta juiciosa mujer envió a buscarme y, sabiendo que todo estaba perdido, me entregué a su misericordia. La culpa era toda de la vil tentadora, la hermana Elnor, cuyas mágicas pociones me habían arrebatado la razón. Lloré y me flagelé ante la Priora; confesé mi más grave y pecaminosa fornicación con Elnor y supliqué perdón. Pero no lo conté todo, porque temía por mi vida.

Aunque me miraba con desprecio en sus ojos, la Priora me concedió su perdón. El Espíritu de Elnor estaba oscurecido por espectros que rechazaban la

Vía Cristiana. Era una hija de Satanás cuya brujería había dominado mi Voluntad. Simple mortal, poca era la resistencia que podía ofrecer a la sangría de mi fortaleza y a las mágicas pociones con que alimentaba mi cuerpo. Ávidamente acepté aquellos Juicios, sabiendo muy bien que eran mi Salvación, dispuesto a creer que yo no era más que una indefensa víctima de su Encantamiento. Aquel día discutimos el castigo de la Hermana Elnor.

La Priora no dudaba de que Elnor era una Bruja y Profanadora, y, aunque yo sabía que era algo más, me mostré en seguida de acuerdo. La buena Reina María había decretado que tanto Brujas como Disidentes deberían ser expulsados de su Reino y de este Mundo Mortal. Corría el rumor de que más de doscientos herejes habían sido quemados ya en la hoguera, y el Condado de Sussex había desempeñado un papel en muchas de estas ejecuciones. Yo mismo había sido testigo de dos de ellas en el cercano Lewes. El Convocador fue enviado a buscar, y yo denuncié a la Hermana Elnor como Hereje y Bruja. La Priora se mostró encantada con ello, y pareció satisfecha de mi Contrición. Cuando el Convocador nos dejó para hacer las disposiciones necesarias para el confinamiento de Elnor, la Priora me ordenó que advirtiera a mis feligreses de las malignidades de la Monja para que no derivara de ello más sufrimiento. Había un brillo en sus ojos cuando insinuó que Elnor podría mentir en el juicio y que vendrían a pedirme cuentas a mí. Yo sabía perfectamente que la verdad acabaría por descubrirse, y sospeché que la Priora, mi nuevo guardián, también se daba cuenta. Volví a Banefeld apresuradamente, mi frente tan calenturienta como si la verdadera fiebre se hubiera apoderado de mí. Pensaba en mi propia salvación, y deseaba proteger también el buen nombre de mi padre. En el pueblo, conté rápidamente a algunos miembros de mi Parroquia lo que la Priora y yo habíamos descubierto de Elnor, y el rumor se extendió como las llamas en un bosque incendiado. Aquellas buenas personas estaban llenas de ira, porque veían que se había denigrado su Fe y de una manera que ellos no podían soportar. Aquellos cuyos hijos se habían perdido clamaban pidiendo venganza, y su

(Convocador: alguien pagado para llevar los pecadores a juicio ante un tribunal eclesiástico.

un tribunal eclesiástico. D.)

grito fue escuchado por sus compañeros, que se armaron de estacas y garrotes. La muchedumbre se encaminó apresuradamente a la Iglesia de St. Joseph. Era un tropel de gen te vehemente, amenazadora y yo les seguía, incitándoles, estimulando con su pasión, porque, ¿acaso no había sido yo involuntariamente Seducido para entregarme a su Perversidad? Había niños entre ellos, aquellos que habían reverenciado otrora a aquella Santa Monja y que ahora la despreciaban. Tan repentina fue nuestra incursión en la Iglesia, que Elnor fue encontrada ante el altar, bajo la estatua de la dichosa Madre de Nuestro Señor, en brazos de la novicia, Rosemund, que tan fácilmente había sucumbido a sus artimañas. Como lo había hecho yo. Elnor fue sacada a rastras, gritando, de la Iglesia, mientras su compañera en el deseo era arrojada a un lado. ¡Oh, cómo me encogí cuando los ojos de Elnor encontraron los míos! Parecía como si unas dagas de envenenada punta se hubieran hundido en mi corazón. Ella supo inmediatamente que yo era su delator, y había tanta malevolencia en sus ojos, que caí al suelo. Mi grey pensó inmediatamente que me había hechizado, y le sacaron los ojos con dedos y palos. Aun cuando gemía lastimosamente, sin vista, no tuvieron compasión de ella, sino que la azotaron por su brujería. Ella gritaba que yo, su guía espiritual, era cómplice en su iniquidad, y yo negué las acusaciones rotundamente, ordenándoles que no prestaran atención a las mentiras de una Hereje e instándoles a que buscaran la Marca del Diablo en su persona, porque secretamente sabía que en su cuerpo había un tercer pezón, una aberración que los ignorantes creían que era un pecho en el que mamaba un Familiar de bruja.

La desnudaron de sus ropas de Monja y encontraron la Maldita Marca. La rabia los consumió. Los hombres empezaron a golpearla despiadadamente, mientras que sus mujeres e hijos les incitaban a seguir, hasta que su desnudo cuerpo chorreó sangre. Y mientras tanto le decían que Confesara su brujería. Pero ella no lo hacía; sus únicas palabras eran maldiciones. Le arrancaron el cabello, engrasado con su propia sangre, del cuerpo, hasta que se convirtió en una obscena figura sin pelo; pero ella seguía sin

(¡Alice!)

admitir la acusación de hechicería. ¡Oh, cuántas torturas llegaron a infligirle! Y, sin embargo, mis súplicas para que terminara el castigo eran débiles y no fueron escuchadas. Le rompieron los miembros, aquellos hombres cristianos, y la arrastraron por el fango mientras los niños y las mujeres la apuñalaban con bastones afilados. Yo no podía detenerles, y ya no lo intentaba.

Elnor imploró misericordia, pero no confesaba el Crimen del que era acusada. Tan furiosos estaban, que la arrastraron a una acequia cercana, pues el río estaba demasiado lejos para su hirviente pasión. El agua corrió escarlata cuando le sometieron a la Prueba, y su torturado cuerpo dejó paso, finalmente, a la agonía. Confesó su brujería, y tanto era mi propio temor y necesidad de venganza, que casi creí que era cierto. Que el Altísimo me perdone, pero quería que esto fuera cierto.

Llevaron a Elnor a un joven roble cercano y allí ataron una cuerda alrededor de su cuello y la levantaron en el aire. Aún seguía gritando, y aquellos gritos me llenaron la cabeza hasta que sentí que mi cráneo iba a estallar. Y cuando encendieron el fuego debajo de sus desnudos y balanceantes pies, pareció que su agonía consumía mi propia carne. Aquellas cuencas sanguinolentas, que una vez fueran el receptáculo de los más suaves ojos, me miraban fijamente a través de la multitud cada vez que su cuerpo se retorcía y se volvía en mi dirección, y sus partidos labios vomitaban maldiciones sobre mi cabeza y sobre todos los presentes, cada hombre, mujer y niño y sus descendientes. Y maldijo también el nombre de María. Yo no sabía si se refería a la Santa Madre de Cristo o a nuestra Buena Reina María, y me pregunto si para entonces aquella desquiciada criatura lo sabía también. Incluso cuando el carpintero, un hombre fuerte, de estómago nada débil, le sacó los intestinos y le arrancó los órganos para que pudieran asarse con el fuego que ardía debajo, sus Maldiciones seguían atronando en nuestras cabezas.

Cuando murió, supe que aquella mujer era real mente algo más que una Bruja, porque el cielo se oscureció y la tierra tembló bajo nuestros pies. Los que podían

correr lo hicieron, mientras otros se acurrucaron en el barro. Yo pensé que mi cercana Iglesia se vendría abajo, pero su robusta estructura resistió, aunque cayeron varias piedras. Tan asustada estaba esta pobre Alma Mortal, que creí ver espectros surgiendo del cementerio. No sé qué repugnante fuerza del Infierno había liberado la muerte de Elnor. La tierra misma pareció abrirse bajo mis pies, y me encontré mirando el Pozo Negro, y allí vi las retorcidas criaturas del mundo inferior, desgraciadas Almas Perdidas, cuyos peca dos tan horribles eran irremediables, cuyos angustiosos gemidos bajo el tormento se extendían por el oscurecido paisaje. ¡Qué clase de criatura era para invocar tales horrores! Caído al suelo y arrastrándome como un gusano, aparté mi cabeza de esta visión Infernal y contemplé el esqueleto chamuscado de aquella que otrora fuera mi dulce y malvada amante.

La cuerda de la que colgaba se rompió, y su espantosa carga cayó al fuego que ardía debajo, donde hirvió y silbó, hasta que fue como madera carbonizada. Me pareció oír que surgía de aquella cosa ennegrecida un último alarido, pero eso sólo podía ser el producto de mi torturada imaginación, porque, con toda certeza, no quedaba nada humano del que fuera un hermoso cuerpo.

Todo se oscureció, aunque el día no había terminado, y yo huí de aquel Lugar Infernal, mientras el repugnante olor y los inhumanos gritos se levantaban del Pozo Negro para asaltar mis sentidos. Huí, con pasos inseguros, porque el suelo seguía agitándose, y pedí a Cristo Nuestro Señor que me salvara de la Ira de Satanás. La Cripta de la Iglesia fue mi refugio, mi Santuario, y me tapé los ojos para no ver los Demonios que se levantaban desde sus perturbadoras últimas moradas. Durante tres días estuve oculto en aquella tumba de oscuridad, acurrucado en el rincón más oscuro, mi cabeza cubierta con una basta arpillera, mis ojos estrechamente cerrados contra las sombras. Tal vez el tiempo pasado en aquel solitario calabozo me hizo perder la razón completamente, porque cuando los sirvientes de mi padre me encontraron, al fin, de mis labios no brotaban palabras con sentido.

Me sacaron de allí, y mis ojos quedaron cegados por la luz del día. Eso estuvo bien, porque no sentía deseos de mirar otra vez aquella desolada escena. Fui encerrado en una habitación en la casa de mi padre, y los médicos se esforzaron por sosegar mis desvaríos con medicinas y amables palabras. Cuando, finalmente, se hubieron calmado mis delirios, mi Obispo me llamó y habló tranquilamente conmigo, mi padre a su lado, cual una inquebrantable roca de realidad. Me dijeron que la gente de Banefeld, los labriegos, sus mujeres y sus hijos, no hablaban de aquel Aciago día, si no era para pedir que Elnor había confesado su brujería y la matanza de tres niños, y que los había maldecido con su último aliento. Una tempestad había sacudido la tierra, y oscuras nubes se habían acumulado sobre sus cabezas, aunque no había caído lluvia. Pero nada dijeron de demonios que se alzaban, ni de negras aberturas al Infierno. Yo imploraba a mi padre y al Obispo que me creyeran, pero su réplica fue una suave reprimenda: Elnor había envenenado mi mente con sus pócimas, y yo había visto lo que no era, había vivido sólo en el reino de mis propios pensamientos. Ante esto, yo me puse a vociferar, y dos sirvientes recibieron la orden de atarme a la cama.

Transcurrieron las semanas, aunque ignoro cuántas, y durante ese tiempo se decidió entre mi padre y el Obispo que mi salud, con lo cual se referían al estado de mi mente, podría ser mejor atendida si permanecía lejos de St. Joseph y Banefeld. Sospecho que la Priora tuvo que ver con ello, porque, aunque no me había acusado ante mi padre, su Conciencia no le permitía tener en su Provincia a una persona manchada como yo. Así, pues, mis días transcurrirían en la pequeña Iglesia de St. Peter, en la hacienda de mi padre, donde mis balbuceos serían ignorados por sus sirvientes y los arrendatarios. Yo serviría como Pastor. Aquí estaría a salvo, encerrado en mi propia celda de locura. Mi padre entregó dinero a St. Joseph para reparaciones de la piedra del edificio, ¡ja! Golpeado por el rayo, dijeron, y en la pared del Sur instalaron una nueva vidriera. Me hizo traer algunas de mis cosas de la vieja Parroquia, ropas y cosas así. El cofre de la Iglesia fue transportado también a St.

Peter, y creo que esto es lo que tuvo más presente. Me parece que se habían celebrado conversaciones privadas entre mi padre y aquella malvada Religiosa, la Priora, porque él parecía ansioso por conseguir este cofre en el que se guardaban todos los archivos de St. Joseph y la parroquia de Banefeld. No tenía por qué haberse preocupado tanto, porque yo no había sido tan estúpido como para mencionar en los libros mis actos carnales con la Hermana Elnor, ni tampoco nada que pudiera despertar sospechas sobre ella. ¡Cuánto debió de estudiar detenidamente estas cartas y escritos, buscando cualquier cosa que pudiera echar vergüenza sobre el apellido Woolgar, y cómo debió de suspirar al no encontrar nada! ¿Y como consideraría, entonces, este papel que ahora escribo para futuros lectores, que permanecerá bien oculto hasta que Dios decida que debe ser hallado? No muy bien, estoy convencido.

¡Escuchad ahora! La puerta cruje una vez más, pero ella ya está dentro. Su aliento se hace más fuerte, y yo no miraré las oscuras sombras que se levantan al borde de mi visión. Mi cuerpo está rígido por el frío, y la pluma con que escribo, rasca profundamente la página. ¡Sin embargo, mi temor no me dejará descansar! ¡Debo terminar esta tarea rápidamente, no sea que me falte el coraje y otros no puedan ser advertidos! He desempeñado aquí mi servicio todo este tiempo con diligencia y devoción, sabiendo que mi Alma está Condenada para siempre. Al cabo de un tiempo, muchos meses desde luego, aprendí a contener el temor dentro de mí, dando sólo rienda suelta a la angustia y el miedo que me torturaban cuando estaba solo. Ellos pensaban que aún estaba loco, y su mirada evitaba la mía. Pero ya no se agobiaban con mis discursos rimbombantes, mis apasionados alegatos contra fuerzas invisibles. Una vez más, Nuestro Papa de Roma ha sido negado ahora que Isabel ha llegado al trono, pero eso me preocupa poco, porque aquí me dejan en paz. ¡En paz! ¡Qué absurdas cosas escribo! ¡Gustosamente cambiaría la persecución de nuestra nueva Reina por la de este espíritu sin alma! No he visto a la Priora desde que fui ocultado aquí, y ella hace caso omiso de los mensajes que le envío a través de los sirvientes de

mi padre (tal vez él los intercepta). Su baile me dijo que la Hermana Rosemund fue expulsada del Priorato después de la muerte de Elnor y enviada a vivir a los bosques cercanos al pueblo. Esto quizá sea cierto; no me preocupa. Siento compasión sólo por mí. Nadie se librará de esta desgracia. Noto la respiración de Elnor sobre mí, ¡y es el fétido aliento del Diablo! Quiere que mire en estos sanguinolentos ojos, que caiga en sus brazos de amante. Una arrugada mano me toca el hombro, y, sin embargo, ¡no miraré! Todavía no, querida Elnor. No hasta que esté terminada esta tarea, hasta que estén escritas estas palabras que otros puedan leer. No dudes de estas palabras, lector; no las consideres como los desvaríos de un loco, ¡antes bien préstales crédito! Su Maldad aún no se ha realizado, y su maligno Espíritu no reposa todavía.

La puerta está abierta, y el viento aullador penetra en la iglesia. Trata de arrancarme estos papeles de la mano. Pero yo resistiré. No los tendrá. Los guardaré, bien ocultos, y luego me volveré hacia mi Elnor. Y la abrazaré como la había abrazado en sueños últimamente, porque mis deseos aún son suyos. Yo veo sólo su belleza, no esta marcada y ennegrecida criatura que se inclina sobre mí, cuya boca sin labios permanece cerca de mi mejilla, cuya…

¡Basta ya! Ella me tiene, porque no hay mentiras entre nosotros ahora. Fornicaré con ella en mis pensamientos, y mi pecaminosa lujuria es lo que nos une para siempre. Dejaré esta advertencia para aquellos que la busquen. Ella me toca, ¡y yo soy suyo una vez más!

Guardad vuestra alma. Con este escrito, tal vez yo consiga alguna Redención. Guardad vuestra Alma. Y Orad por mí, que ya estoy perdido.

(Final del documento. Sin la menor duda, es su autor Thomas Woolgar, sacerdote de St. Joseph, de Banfield, y, posteriormente, de St. Peter, Barham, hijo de Sir Henry Woolgar. D.)

Preguntas:

1. ¿Estaba loco Thomas Woolgar?

1. ¿Estaba loco Thomas Woolgar?
2. ¿Qué quería decir con lo de «Elnor es más que una bruja»?
3. ¿Se está cumpliendo la maldición?
4. ¿Son el padre Hagan-Molly Pagett, los catalizadores?
5. ¡¡¡¿ES ELNOR ALICE?!!!

Fenn se recostó en la silla, pero sus ojos no se apartaron de los papeles. Soltó un largo suspiro. ¡Jesucristo! ¿Era posible esto? ¿Todas estas palabras, ¿eran la verdad o los desvaríos de un loco? ¿Podía aquel hecho, aquella terrible y desgraciada quema de brujas, que ocurrió hace casi quinientos años, ser la causa de todo lo que estaba ocurriendo hoy en St. Joseph? ¡No, *tenía* que tratarse de farsas supersticiosas! Las brujas procedían de los cuentos de hadas, del folklore; eran leyendas que a los padres les gustaba contar a sus niños alrededor de un alegre fuego en una noche oscura. Pero Woolgar no pretendía que Elnor fuera una bruja. En realidad, lo *negaba*. Pero ¿era lo sobrenatural más real que las leyendas del folklore o los cuentos de hadas? Aunque él, Fenn, había sido testigo de hechos en Banfield que sólo podían ser calificados de paranormales, a su mente lógica le resultaba difícil aceptar como una realidad este vocablo. Pero ¿cómo podía descartar lo que le había ocurrido a él aquel mismo día? Había algo en la iglesia con él, algo que despedía una maligna aura de perversidad. Había asustado a Nancy casi hasta hacerla enloquecer, y también a él le había aligerado las tripas. ¿Qué demonios era aquello? ¿El fantasma de la pobre Hermana Elnor?

—¡Aaaah! —exclamó en voz alta con disgusto. Sencillamente, no podía ser. No existían tales cosas—. Deja de decirte eso, Fenn —murmuró.

Se examinó la mano y ya no vio verdugones en ella, ninguna marca del Demonio en su piel. Pero las tuvo dentro de la iglesia, porque las había visto aparecer. Y no había tampoco otras marcas en su cuerpo, excepto allí donde el follaje le había herido durante sus tumbos por la pendiente.

Se preguntó cuál sería la opinión de Delgard. Como sacerdote, lo sobrenatural formaba parte de su dogma, y el concepto de vida después de la muerte era la base de su religión. Pero ¿qué hacer con la manifestación de la maldición de una mujer malvada de otra época? ¿Cómo le afectaría eso? Si creía en todo aquello, ¡tenía que haber ido a la iglesia a rezar en petición de ayuda!

Fenn sacudió la cabeza. Todo era demasiado increíble. Y, sin embargo, estaba sucediendo.

Empujó la silla hacia atrás, se puso en pie y se dio cuenta de repente de cuán rígido y frío se sentía otra vez. El fuego se había vuelto a consumir. Cogió el abrigo, se lo puso y se subió la cremallera hasta el cuello. Sería mejor ver a Delgard, hablar con él. El sacerdote no era ningún estúpido, a pesar de su vocación; si él creía que el documento merecía algún crédito, es que sin duda lo merecía. Y, en tal caso, el problema consistiría en qué hacer al respecto.

estar muy seguro de si lo que le hacía estremecerse era el frío de la noche o los papeles que acababa de dejar en la mesa.

Cerró la puerta y anduvo a lo largo del pasillo, sintiendo una fría corriente de aire que le llegaba de la puerta delante de él. Salió a la noche y, automáticamente, levantó los ojos al cielo; era claro, como si los vientos del día lo hubieran limpiado de nubes, y de un azul oscuro, casi negro; los enjambres de estrellas se veían nítidos, vividos. Se percibía una luz débil a través de las ventanas de la iglesia, y Fenn se encaminó con paso ligero por el sendero que conducía a ella. Su paso se fue acelerando, hasta que casi se puso a correr. Había algo extraño en St. Joseph, algo que no podía comprender. Parecía totalmente negra, más oscura que la noche que la rodeaba; ningún reflejo de las estrellas en sus paredes de piedra, ningún relieve en su forma, ninguna sombra de gris. Extraña y misteriosamente negra, con sólo una débil luz brillando en sus ventanas. Fenn pudo sentir cómo le latía el corazón, y de pronto no quiso llegar a la iglesia; quería volverse, escapar del lugar, huir de aquel malévolo edificio. Se sintió como se sintiera en St. Peter a primera hora de aquel día: asustado y desorientado.

Pero sabía que Delgard estaría allí, solo, desprevenido, inconsciente de la transformación que se había producido. Fenn tenía que advertir al cura, apartarle de allí, porque de pronto comprendía que St. Joseph ya no era la casa de Dios, sino el santuario de algo no santo.

Cuando tocó la puerta, ésta le resultó repelente, como si la madera misma no fuera limpia. Estaba mortalmente asustado, pero se obligó a sí mismo a empujar la puerta.

TREINTA Y CINCO

«Pero yo no quiero mi pago ahora, —dijo la bruja—, y no es un pago pequeño tampoco.»

La sirenita
HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Las muñecas de monseñor Delgard descansaban contra la baja barandilla del altar, y tenía la cabeza inclinada contra el pecho, y la espalda, encorvada en una forma desagradable. Sus labios se movían silenciosamente en una letanía, aunque había inmovilidad en su cara, como si sus rasgos hubieran sido esculpidos en piedra gris. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba rezando ante el altar de St. Joseph; una hora, quizá menos. Sin embargo, no se habían apaciguado su temor y confusión, y tampoco disponía de soluciones para el inminente problema que se le presentaba. No tenía dudas de que las antiguas palabras que él había traducido representaban la verdad, y se hallaba igualmente seguro de que la maldición se estaba cumpliendo. Él creía que el poder de la mente humana no tenía límites en esta tierra, y tampoco los tenía la psique humana. Elnor había poseído un poder muy superior al conocimiento o la comprensión de sus contemporáneos; era de una estirpe rara, única, una evolución en las condiciones genéticas que la mayor parte de los hombres apenas podían percibir, y mucho menos, esforzarse por alcanzar. Había tenido la capacidad de apoderarse de la voluntad de los demás, de sus energías, de sus creencias, para fundirlas en un poder colectivo que pudiera trascender las simples fuerzas humanas. No había curado las enfermedades, sino que ellos se habían curado a sí mismos. El papel de Elnor fue sólo el de un «director» psíquico. Ese poder operaba ahora a través de Alice, y de una manera más potente que lo hiciera con la propia monja. ¿Había permitido la muerte —esta entrada en el mundo de los espíritus en el que la energía de la mente no estaba controlada por restricciones físicas— que su poder se incrementara hasta este grado espantoso? Algo más se le había ocurrido a Delgard. Primero, razonó que el padre Hagan y Molly Pagett podían haber sido los catalizadores para el desencadenamiento de todos estos terrores; ahora se preguntaba también si había necesitado el espíritu de Elnor todo este tiempo para desarrollar sus extraños poderes en el «otro» mundo —¿qué eran unos pocos siglos comparados con la propia infinitud?—. Y era este pensamiento lo que más le asustaba de todo, porque, si realmente había regresado Elnor, ¿cuán poderosas podían ser sus fuerzas psíquicas, y con qué propósito las emplearía?

Se sentía inadecuado e indefenso. ¿Cómo podía combatir algo que ni siquiera podía comprender del todo? A través de su obispo debía buscar la ayuda de las personas versadas en tales materias, algunos de ellos, seglares, y otros, religiosos como él; quizá juntos podrían controlar esta maldad. Pero, ante todo, buscaría la

ayuda de Dios, porque sólo el Omnipotente podía vencer semejante creación.

Un ruido áspero le hizo levantar la cabeza. Miró a su alrededor; el interior de la iglesia estaba oscuro, las luces se estaban apagando. No pudo ver a nadie más en la iglesia. Su atención se volvió otra vez hacia el crucifijo, y sus pesados párpados se cerraron cuando reanudó sus plegarias. Sentía sus articulaciones frágiles, y una vez más, como le había ocurrido frecuentemente durante las últimas semanas, su cuerpo le recordó que la edad y la fatiga de los males de la Humanidad se estaban cobrando su inevitable tributo. Quizá, cuando todo esto hubiera terminado, buscaría su propia paz, un retiro en…

¡Otra vez el ruido! Un ruido áspero, como un crujido. Procedía de su derecha.

Miró hacia la desfigurada réplica de la Virgen María, y sus labios se movieron, aunque esta vez el movimiento era causado más por el temblor de un hombre viejo, que por una plegaria.

Delgard se apoyó para levantarse, y el esfuerzo pareció ser mayor de lo que debería. Sus pasos eran lentos, casi arrastrados. Se acercó a la estatua y quedó de pie ante ella, mirando con curiosos ojos la grotesca cara agrietada. Las manos de la Virgen María estaban ligeramente estiradas hacia delante, como dándole la bienvenida, pero su sonrisa no era ya una expresión de amor maternal; la agrietada piedra la había distorsionado, convirtiéndola en una siniestra mirada lasciva.

El sacerdote abrió los ojos de par en par cuando la otrora beatífica cara cambió de expresión, y el cura se dio cuenta rápidamente de que las grietas se estaban ensanchando y convirtiéndose en dentadas líneas más largas. Se fueron desprendiendo varios trozos de piedra, cayendo al suelo y pulverizándose. La sonrisa se ensanchó, se hizo más malévola. Su labio inferior cayó, y fue como si la boca se hubiera abierto para reír silenciosamente. El yeso superficial empezó a moverse, como si corrientes internas empezaran a desplazarse por su interior, y Delgard trató de retroceder, pero quedó paralizado, fascinado por el cambio producido en su estructura.

Levantó la mirada para fijarla en los ojos de la estatua, en el mismo momento en que de su interior se deslizaba polvo y dejaba unas cuencas vacías.

Su boca se abrió de horror, y empezó a levantar una mano temblorosa, como si de repente se diera cuenta de lo que iba a suceder.

Fenn entró vacilante en la iglesia, e inmediatamente vio al alto sacerdote en el otro extremo, cerca del altar. Delgard tenía los ojos fijos en la estatua de la Virgen, y una mano levantada.

Y había algo más en la iglesia. Una pequeña figura encapuchada, sentada en uno de los bancos, unas pocas filas detrás del sacerdote.

La oscura frialdad que envolvió a Fenn era ahora una sensación familiar. Sintió que los músculos del estómago se le contraían y que se le erizaba el pelo. Trató de llamar al monseñor, pero de sus labios salió sólo un sonido silbante. Empezó a avanzar, pero ya era demasiado tarde.

La estatua estalló, y el ruido retumbó en la iglesia. Millares de trozos de piedra desgarraron el cuerpo de Delgard como metralla de metal, lacerando su carne, cortándole la cara, el pecho, las manos y la ingle y proyectándole hacia atrás, de manera que fue lanzado por encima del primer banco y cayó contra el siguiente, mientras los fragmentos que habían penetrado ya en él a través de sus ojos se alojaban profundamente en su cerebro, destruyendo las células, de manera que el increíble dolor fue sólo momentáneo. Su cuerpo, ahora insensible, se retorció crispadamente entre los estrechos límites de los bancos, y una gran mano desgarrada se levantó como si suplicara a algo invisible. Se aferró al respaldo del banco y apretó, una presa de muerte, el último contacto con el mundo material.

Fenn corrió hacia el sacerdote caído. Se detuvo en el pasillo, con las manos apoyadas en los respaldos de los bancos, mirando hacia el ensangrentado y retorcido cuerpo. La cara de Delgard estaba rasgada; su cuello blanco, manchado de carmesí. Fenn gritó el nombre de Delgard, aunque sabía que el sacerdote no le oiría, no volvería a oír nunca más.

Con ojos llenos de enfurecidas lágrimas, miró hacia la pequeña figura vestida de negro. Pero no había nadie. La iglesia estaba vacía. Aparte él y del sacerdote muerto.

WILKES

«Pero, ¿no hay nada que yo pueda hacer por conseguir un alma inmortal?» —pregunto la sirenita

La sirenita
HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Cerró la caja y comprobó la tapa, para cerciorarse de que estaba segura. Satisfecho, la cogió de la mesa y cruzó la pequeña estancia en dirección al guardarropa, para lo cual no necesitó dar más que tres pasos. Estirando el cuerpo, colocó la caja en lo alto del armario y la empujó hasta el fondo, para que no estuviera a la vista. Suponía que su entrometida patrona la había ya descubierto, pero no veía ninguna razón para mantener despierta su curiosidad, permitiendo que sus ojos cayeran sobre ella cada vez que inspeccionaba la habitación. Sonrió, imaginando cuál sería su reacción si alguna vez descubría su contenido. Pero ése era *su* secreto. Se sentó en la estrecha cama individual y se echó hacia atrás con la mano el rubio cabello que le caía sobre los ojos.

El periódico estaba desplegado en el suelo a sus pies, y, una vez más, echó una rápida ojeada al artículo que había estado leyendo. Un reportero local de Sussex había tratado de desacreditar a la pequeña santa; afirmaba que el sacerdote no había muerto a causa de una bomba colocada por algún fanático movimiento antirreligioso, ¡y se había convertido en el hazmerreír de todo el mundo, al denunciar que todo lo que había ocurrido en Banfield se debía sólo a la maldición de alguna bruja demente!

Miró pensativamente y asintió varias veces con la cabeza mientras leía el artículo. A su vez, un obispo había denunciado al reportero como traficante de sensacionalismo que trataba de obtener de la historia sólo beneficios económicos. Aunque la Iglesia no podía aceptar todavía como milagrosas las curaciones de St. Joseph, sí podía rechazar firmemente la idea de que fueran obra de alguna grotesca «bruja de cuento de hadas».

Sonrió.

Además, la pequeña santa había pedido que se celebrara una misa por el monseñor asesinado y el cura párroco que había muerto anteriormente. Dijo a las autoridades de la Iglesia que la Dama de la visión había pedido que se celebrara una procesión con velas a través del pueblo, en memoria del buen sacerdote, y que a ello le seguiría una revelación. La Iglesia iba a satisfacer sus deseos, porque se creía que —aunque no era probable que se produjera ninguna revelación— los sacerdotes —uno de los cuales había sido una valerosa víctima de aquellos que negaban el trabajo de Cristo aquí en la tierra— merecían semejante tributo.

Ahora no sonreía.

Se echó hacia atrás en la cama, apoyó contra la pared cabeza y hombros y masticó

una uña de pulgar que ya había sido mordida hasta la carne. Tres caras —recortadas de viejos periódicos y adheridas con cinta transparente a la puerta del armario—, le miraban fijamente. Debajo de las fotografías aparecía el nombre de cada una de aquellas personas. Pronto las quitaría de allí y las pondría entre los otros artículos de periódico que había guardado en un álbum de recortes dedicado a ellos.

Pero de momento musitó silenciosamente los tres nombres, mientras volvía a su cara la remota sonrisa:

CHAPMAN
AGCA
HINCKLEY

TREINTA Y SEIS

La bruja esta a horcajadas de la escoba
era noche para montar
el Diablo y ellos juntos:
a través de lo más denso y de lo más tenue,
ahora fuera, y luego dentro,
aunque nada tan horrible es el tiempo.

La tempestad se levantará,
perturbando los cielos;
esta noche, y milagrosamente,
el fantasma de la Tumba,
asustado, vendrá,
llamado por el Trueno.

La bruja
ROBERT HERRICK

Era la locura. La pura locura.

Fenn detuvo el «Mini» y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Qué es ese atasco? —gritó, haciendo gestos hacia el enredado tráfico.

El policía, que estaba tratando de poner un poco de orden en aquel caos, se acercó poco a poco, disimulando la agitación con su lento caminar.

—No conseguirá atravesar el pueblo —dijo bruscamente—. Al menos durante algún tiempo.

—¿Cuál es el problema?

—La Calle Mayor está atestada. La procesión empieza allí.

—Son sólo las siete; creía que no empezaba hasta las ocho.

—Vienen desde las seis de la mañana, y no han parado en todo el día. Dios sabe cuánta gente hay en el pueblo a estas alturas; sin duda, muchos miles.

—Mire, soy del *Courier*. Necesito llegar a la iglesia.

—Ya, todos tenemos nuestros problemas, ¿no?

El policía frunció el entrecejo mirando hacia los coches que se habían detenido detrás del de Fenn, pues algunos hacían ya sonar sus cláxones.

Levantó el brazo en dirección a ellos, como la batuta de un director pidiendo silencio.

—Podría usted probar por las calles traseras. Dé un rodeo a través de Flackstone; al menos quedará más cerca.

Fenn puso inmediatamente la marcha atrás y retrocedió cuanto pudo hacia el coche que le seguía. Cuando oyó el suave toque de claxon, metió la primera y giró del todo el volante. Necesitó varias maniobras hacia atrás y adelante y se subió a los arcenes de hierba de ambos lados de la carretera, pero finalmente se encontró en dirección contraria a Banfield, hacia las deslumbradoras luces del tráfico que llegaba.

Debería haberse dado cuenta de que las cosas irían así de mal; los medios de difusión habían aireado ampliamente la historia los últimos días. ¿Por qué el maldito estúpido obispo no le había escuchado? Fenn golpeó el volante con la palma de la mano, sintiendo cómo crecía su ira.

Pronto llegó a la señal de tráfico que indicaba Flackstone, y torció para meterse en el camino rural sin alumbrar. Era una carretera serpenteante, con pocas casas a ambos lados, hasta llegar a la aldea misma; incluso aquí había sólo una o dos casitas de campo y casas de piedra levantadas en una curva sin visibilidad. A su izquierda pudo ver un extraño resplandor en el firmamento; supo que se trataba de Banfield; el pueblo estaba iluminado como jamás lo estuviera antes. Lanzó un juramento, primero, para sí, y luego, en voz alta.

Poco después, llegó a otra carretera principal y gimió al ver la cantidad de coches que discurrían en la misma dirección. Tomó una rápida decisión y estacionó el coche en el arcén de hierba. Cerró el vehículo y empezó a caminar, sabiendo que el tráfico que se movía lentamente a su lado pronto se vería obligado a detenerse por completo. Le quedaban por lo menos casi dos kilómetros hasta la iglesia, pero caminar era la única manera de llegar allí antes de que todo, incluso los peatones, se vieran obligados a detenerse.

«Una locura», no dejaba de repetirse como una rítmica cancioncilla mientras andaba. «Todos se han vuelto condenadamente locos.»

Una poderosa línea blanca que brillaba en lo alto de la noche, un rayo que se destacaba del difuso resplandor del pueblo. Era el foco principal del santuario y a Fenn le pareció un faro de sirena instalado para atraer a los caminantes a alguna siniestra destrucción. La misteriosa blancura le hacía estremecer. Arriba había pesadas nubes oscilantes, de bordes ocasionalmente recortados por la plateada luz de la luna, que, por unos instantes, acentuaba su forma dentada y turbulenta.

Los peregrinos a los que adelantaba, en sus autocares, minibuses, coches —e incluso en motocicletas y bicicletas— parecían de buen humor, pese a los largos retrasos en su avance. Himnos de alabanza salían de muchos vehículos, y de otros, murmullos de rezos. Sin embargo, pronto se pondría de manifiesto que algunos de los grupos marchaban empujados sólo por la curiosidad, por la búsqueda de emociones, por lo insólito, por lo inexplicable. Otros en fin, hacían aquella excursión porque no había mucho que ver en la tele.

Nuevamente, a medida que se acercaba a St. Joseph, Fenn sintió la peculiar vibración en el aire. Era semejante a la atmósfera de Londres en el verano del 1981, el día de la boda real, o cuando el Papa Juan Pablo visitó la ciudad al año siguiente. Aunque la energía que le llegaba tenía ya una peculiar potencia propia, una impetuosa oleada de impulsos, que él conocía, llegaría a su punto culminante en la zona situada alrededor del altar. Ahora sabía que allí estaba el origen del poder de Alice, lo mismo que ocurrió con Elnor siglos antes. Sabía esto con tanta seguridad como si los muertos le hubieran susurrado el secreto. La omnipotente energía mental

que trascendía lo físico, que permitía que las incapacidades físicas fueran superadas en aquellos que permitían el saqueo de su propia psique. En aquellos que realmente creían. Y ése —Fenn estaba convencido— era el don de todos los curadores por la fe: la capacidad de dirigir las energías psíquicas de los otros. Las palabras del desgraciado sacerdote del siglo XVI habían proporcionado la clave; habían proporcionado la respuesta a los susurros recibidos en sueños de los recientes sacerdotes que, al igual que sus predecesores, ya no vivían. Pero el obispo Caines no quiso escuchar a Fenn. Las fantasías de un reportero sensacionalista no significaban nada para el clérigo. «Pruebas, Fenn, eran pruebas lo que se necesitaba.»

¿Dónde estaba el manuscrito de que hablaba?

Polvo en el suelo de la casa del párroco.

¿Dónde estaba la traducción del difunto monseñor?

Polvo en el suelo de la casa del párroco.

¿Dónde, entonces, estaba la prueba?

Polvo, como la estatua de la Virgen María dentro de la iglesia.

Fenn tenía los hombros inclinados, y en sus ojos se veían marcadas bolsas, causadas por noches de sueño inquieto. Sabía, —cuando trataba de convencer al obispo— que su intensidad era casi demencial, y sus palabras, frenéticas, demasiado emotivas para que Caines le considerara seriamente; pero en realidad, él se había sentido demasiado cerca de la locura para su *propio* gusto. Menos suerte había tenido con Southworth, el hombre de negocios entre bastidores, cuya codicia había concebido hábilmente la parte comercial del santuario. Y ninguna suerte con la cabeza de la Iglesia católica de Inglaterra. No podía culpar por ello al eminente cardenal, porque la advertencia del obispo Caines sobre un reportero lunático suelto había precedido sus intentos de abordar al cardenal arzobispo. Su alternativa era la de volver a su propia profesión, y ésta también le había rehuido. Incluso los del *Courier* —todavía disgustados porque le hubiera vuelto la espalda al periódico, aunque, de todas maneras, necesitaban desesperadamente su historia— habían puesto obstáculos a su revelación. Se habían comprometido sólo a una entrevista, una pieza escrita por uno de sus propios colegas con el mismo escepticismo que él habría mostrado sólo unas pocas semanas antes, de haber sido el entrevistador. Era un castigo difícil de aceptar; y, sin embargo, pudo ver el aspecto irónico de la cuestión. El cínico estaba pagando por su cinismo pasado; el sensacionalista no era creído por su pasado sensacionalismo.

Fenn pudo casi sonreírse a sí mismo. Sólo que le dolió cuando lo intentó. El claxon de un coche le hizo pegar un brinco, y entonces se dio cuenta de que se había desviado ligeramente y de que se había cruzado en el camino con un vehículo de lento movimiento. Se echó a un lado de la carretera, con la respiración ahora pesada, pero con un paso más vivo que el tráfico que circulaba a su lado.

Llegó una confluencia de carretera en forma de T, y vio más allá de él, a su izquierda, la iglesia. La carretera principal estaba atestada de gente y vehículos, que

formaban una tremenda algarabía. Había más tenderetes que nunca en los bordes de la carretera, que vendían comida, bebidas y toda clase de chucherías, así como la usual parafernalia religiosa; la Policía estaba evidentemente demasiado ocupada intentando controlar a las multitudes, como para preocuparse de la flagrante infracción de las leyes de comercio.

Se abrió camino entre la perezosa multitud y se dirigió a la entrada lateral de la iglesia; necesitó sus buenos veinte minutos en cubrir un trayecto de poco más de cuatrocientos metros. Llegó a la puerta, ahora brillantemente iluminada, e intentó abrirla de un empujón.

—Un momento —dijo una voz desde dentro.

Fenn reconoció al hombre cuya vida parecía estar por entero dedicada a guardar la entrada de la iglesia. En esta ocasión estaba acompañado de dos sacerdotes y un policía.

—Está bien —le dijo Fenn—. Soy yo, Gerry Fenn. Creo que a estas alturas ya debe usted de conocerme.

El hombre pareció violento.

—Claro, señor. Pero me temo que no podrá usar esta entrada.

—Está usted bromeando. —Fenn enseñó su carné de Prensa—. Trabajo para la Iglesia en este asunto.

—Bueno… no es eso lo que me han dicho. Tendrá usted que utilizar la otra entrada.

Fenn se quedó mirándolo fijamente.

—Lo comprendo. *Persona non grata*, ¿verdad? Debo de haber ofendido realmente al obispo.

—Ahora hay una entrada especial para la Prensa, Mr. Fenn. Está sólo un poco más abajo.

—Acabo de pasar por ella. Parece como si ya no estuviera entre los privilegiados.

—Sólo cumplo instrucciones.

—Claro, olvídelo.

Fenn se marchó, sabiendo que no tenía sentido discutir.

Regresó a la pequeña entrada con el rótulo de PRENSA, abierta en la valla que rodeaba el campo, y sintió gran alivio cuando su pase le permitió cruzarla sin más inconvenientes. No le habría sorprendido en absoluto que la prohibición se hubiera hecho extensiva a todas las entradas, incluyendo la pública. Se detuvo apenas hubo entrado, y abrió unos ojos como platos.

«¡Jesús —pensó—, los castores han estado ocupados!»

Una red de bancos cubría todo el campo como una telaraña cuidadosamente construida, y en su centro, la propia araña. El retorcido roble tal vez fuera algo inanimado, pero para Fenn tenía todos los aspectos depredadores de la criatura con la que él lo había comparado. El altar debajo del árbol estaba más adornado que nunca, aunque no había en él estatuas, imágenes de Cristo y de Su Madre que significaran

que la Iglesia católica estaba completamente comprometida con la creencia popular de que aquél era un lugar santificado. Las autoridades religiosas se habían mostrado sutiles; no había extravagantes exhibiciones de crucifijos, excepto una solitaria cruz en el altar, pero se veían muchos de tales simbolismos tejidos en los paños que cubrían ciertas secciones en la plataforma principal y alrededor de ella. La tarima había sido ensanchada para permitir la instalación de más asientos por encima del nivel de los fieles, con un toldo color rojo fuerte a cada lado para proteger a los adoradores contra el tiempo inclemente; un sector especial con gradas había sido construido a la izquierda, sin duda para el coro. Había banderas a intervalos a lo largo de los pasillos laterales, y sus brillantes tonalidades rojas, verdes y doradas, daban un aspecto rico, aunque dignificado, a la vasta explanada. Vio sistemas de altavoces en lugares estratégicos del campo, para que nadie se perdiera las palabras del servicio religioso. Y las cámaras ya no estaban confinadas a los límites exteriores, porque se habían levantado plataformas dentro de los setos fronterizos, desde las que podían tomarse vistas generales de los actos.

La luz general era pálida, subrayando más la sorprendente viveza de la plataforma con su batería de focos y su potente reflector solitario, el cual daba al árbol y a las ramas superiores una peculiar monotonía contra el cielo nocturno. Este resplandor central dominaba el campo como un foco al que la mente de cada uno de los fieles debería ser arrastrada.

Mientras observaba, dos figuras con blancas casullas subieron a la plataforma y empezaron a encender filas de altos cirios detrás del altar. Fenn pensó de nuevo en la pregunta que le había asaltado repetidamente aquellos últimos días: «¿Por qué la Iglesia había accedido a la extraña petición de Alice de una procesión de velas a través del pueblo de Banfield?» Ella les había dicho que la Señora pedía que se hiciera esto en memoria del padre Hagan y de monseñor Delgard, y que pronto se produciría una revelación divina. El obispo Caines se había mostrado muy reservado en su anuncio de la procesión que iba a celebrarse, desempeñando con ello su ahora familiar papel público de abogado reacio. Había subrayado que la ceremonia sería más bien una especie de tributo a dos excelentes sacerdotes —uno de los cuales había sido asesinado por lo que parecía ser una bomba puesta por algún fanático antirreligioso—, que una satisfacción de los deseos de la niña, que podía haber tenido o no una visión de la Santísima Virgen. Pero ¿por qué el obispo había sido tan vehemente en su ataque contra Fenn cuando el reportero trató de convencerle de que no había bondad en lo que estaba sucediendo, sino sólo maldad? La ambición —por uno mismo, por la propia causa— podía ser un gran obstáculo que impidiera ver la verdad y rechazara todos los argumentos sin considerarlos —religiones e ideales habían sucumbido a su influencia a través del tiempo—, aunque Fenn había esperado más de aquel representante de la Iglesia. Él, el no creyente, esperaba algo más de aquellos que profesaban una creencia. En cualquier momento, la desilusión podía haber sido amarga, pero quizás habría sido aceptada con un cínico encogimiento de

hombros; ahora provocaba un profundo resentimiento, una desesperada ira cuya causa profunda era el miedo.

Avanzó por el pasillo como si se sintiera atraído por la brillante luz, mientras la blanda capa de pisoteado barro bajo sus pies emitía un débil ruido de aspiración a cada paso.

El campo se estaba llenando deprisa, y Fenn se preguntó vagamente cuántas personas —las de los vehículos que había adelantado, las que iban a participar en la procesión y las que se estaban arremolinando en torno a la entrada, ansiosas de ocupar un asiento de primera fila— iban a ser acomodadas. ¿Y adonde escaparían?

—¡Fenn!

Se detuvo y miró a su alrededor.

—Aquí.

Nancy Shelbeck se estaba levantando de un banco en un sector reservado a la PRENSA, según el letrero.

—No esperaba verte aquí —dijo Fenn, mientras ella se acercaba.

—No me lo habría perdido jamás.

Había excitación en sus ojos, aunque detrás de ella se podía percibir una cierta inquietud.

—¿Después de lo que te ocurrió? ¿No te asustó?

—Desde luego, me quedé aterrada. Pero aún tengo que ganarme la vida. ¿Puedes imaginar lo que diría mi jefe si volviera sin un reportaje sobre el acontecimiento principal?

—¿El acontecimiento principal?

—¿No lo sientes? ¿No captas la tensión? El aire está lleno de ello. Es como si todo el mundo supiera que algo grande va a suceder.

La voz de Fenn era baja.

—Ya, puedo sentirlo. —De repente le agarró el brazo—. Nancy, ¿qué viste en la iglesia el otro día?

Eran empujados por la gente, ansiosa de conseguir un asiento cerca del primer banco.

—¿No te lo contó Sue?

—No la he visto desde el día en que te llevé a su piso. He estado muy ocupado estos últimos días.

—Trató de localizarte… bueno, las dos lo intentamos. Nadie respondía a tu teléfono, y tampoco había nadie cuando fuimos a tu piso. ¿Dónde has estado?

—He estado intentando que este espectáculo fuera cancelado. Ahora, responde a mi pregunta.

La mujer se lo contó, y quedó sorprendida al ver que él no reaccionaba.

—¿Es eso lo que viste tú también en St. Peter? —preguntó Nancy cuando hubo terminado.

—Me imagino que sí. Para decirte la verdad, no eché una mirada demasiado

detallada. Pero todo encaja.

—¿Encaja en qué?

—Es demasiado complicado para explicártelo ahora. —Miró a su alrededor y quedó sorprendido al ver cómo se había llenado el campo en el poco rato en que había estado hablando con la norteamericana—. ¿Está Sue aquí? —le preguntó.

—Justamente la he visto hace un rato. Iba con su hijo. Están en algún lugar cerca del primer banco, creo. —La mujer le hizo volver la cara hacia ella—. ¡Eh!, ¿estás bien? No tienes muy buena cara.

Fenn consiguió sonreír.

—Un par de noches inquietas, algunas pesadillas. Tengo que encontrar a Sue y Ben.

Ella le sujetó un momento.

—Tuve una larga charla con Sue, Gerry; lo sabe todo sobre nosotros.

—No es importante.

—Gracias.

—Quiero decir que…

—Está bien, sé lo que quieres decir. Ella te quiere, majadero, ¿lo sabías? Creo que ha llegado a una especie de decisión sobre ti.

—Le ha llevado mucho tiempo.

—A ni me habría llevado más. Y luego creo que te habría despachado.

—¿Estás tratando de hacer que me sienta bien otra vez?

—Me imagino que habría resultado difícil vivir contigo; habríamos sido una mala combinación.

Fenn se encogió de hombros.

—Me alegro de no habértelo pedido.

—No digo que no pudiera cambiar de idea, ¿comprendes?

Él la sujetó y le besó la mejilla.

—Cuídate, Nancy.

—Siempre lo hago.

Ella le devolvió el beso, pero en los labios.

Fenn se separó, y la mujer le vio desaparecer entre la multitud. La tensión se reflejó en su cara una vez más. Estaba asustada, espantosamente asustada, y sólo su profesionalidad la había llevado allí. Sabía que jamás habría vuelto a la otra iglesia, a St. Peter, ni siquiera por un millón de dólares o por un programa de televisión en exclusiva. Para todos los que estaban a su alrededor, la atmósfera debía de ser muy diferente; sus caras revelaban sólo radiante expectación, una predisposición a creer que la Santísima Virgen había bendecido este campo con su presencia y que, si lo deseaban con bastante fuerza, volvería a aparecer. O, al menos, la niña realizaría más milagros.

Nancy se echó a un lado para dejar pasar a una anciana, ayudada por un mujer joven, ambas con un vago parecido entre sí —madre e hija, quizás—. La periodista

volvió la cara, desesperada por fumarse un cigarrillo, pero sin estar segura de si sería adecuado en semejante lugar, y regresó al sector de la Prensa. ¡Al diablo con ello! Alice había dado a estas personas una nueva esperanza en un mundo enfermo, donde el optimismo era considerado trivial, haciéndolas confiar en una bondad superior, algo poco afortunado. Aunque era cierto que el santuario se había mostrado como una beneficiosa aventura comercial para oportunistas, también había socorrido la fe de millares de personas… quizá millones en todo el mundo. Pero persistía la lacerante duda: ¿no debería haber utilizado mejor la palabra *chupado*? Nancy se sentó en el banco de los reporteros y se subió el cuello del abrigo; su deseo de fumar cedió paso a sus ansias por un fuerte *bourbon* con hielo.

Paula ayudó a su madre a circular por el pasillo, esperando llevarla tan cerca del altar como fuera posible. Le había dicho en la puerta que se había reservado espacios bajo la plataforma central sólo para los muy enfermos, los que eran llevados en camillas y sillas de ruedas; los que podían caminar, con ayuda o sin ella, tenían que ocupar su lugar entre los demás miembros de la feligresía. El artritismo de la cadera o la hipertensión no eran consideradas afecciones lo bastante graves, ni siquiera concomitantes, de manera que su madre no podía recibir ningún tratamiento especial. Después de ver el número de heridos capaces de caminar que habían acudido, Paula no se sorprendió demasiado. ¡Dios, sólo verlos a todos ya le ponía a uno enfermo!

—No vayas tan lejos, mamá —dijo—. Ya estamos bastante cerca de la primera fila.

—¿Qué son esas brillantes luces? —Fue la quejumbrosa respuesta—. Me hacen daño en los ojos.

—Es sólo el altar. Lo han iluminado todo con focos y cirios. Tiene un aspecto adorable.

Su madre hizo un gesto de impaciencia.

—¿Podemos sentarnos ya? Estoy cansada, querida.

—Casi.

—Quiero ver a la niña.

—Pronto vendrá.

—Ya he sufrido bastante.

—Sí, mamá. Pero no esperes demasiado.

—¿Por qué no? Ha curado a todos los demás; ¿qué puede tener contra mí?

—Ni siquiera te conoce.

—¿Conocía a los otros?

Paula lanzó un gemido interiormente.

—Todo irá bien, mamá. Podemos sentarnos en el extremo de este banco si este caballero es tan amable de correrse un poquito.

El caballero parecía muy poco dispuesto a ello, pero la estrábica mirada de la madre de Paula le animó a hacerlo.

La vieja dama gimió cuando se sentaba, pregonando así su incapacidad a los que

se encontraban cerca.

—Este tiempo tan frío no le va a sentar nada bien a mi cadera, ¿verdad? ¿Cuándo empezará todo, cuándo terminará?

Paula iba a soltar una impaciente réplica cuando una cara familiar llamó su atención. Tucker estaba de pie en un banco a una docena más o menos de filas delante de ella, y llamaba a alguien. Los ojos de Paula se estrecharon cuando vio que una regordeta mano le tiraba del codo, evidentemente apremiándola a que se sentara. Paula se había levantado a medias del asiento para atisbar por encima de las cabezas de los que tenía delante, y sus ojos se helaron cuando reconoció la voluminosa forma, envuelta en pieles, próxima a Tucker. ¡De manera que la gorda babosa había traído a su hembra con él! La querida y mimada Marcia. ¡Seguro que no quería perderse nada! Bien, quizás esta noche aprendiera algo nuevo sobre el cerdo con el que estaba casada. ¡Un pequeño enfrentamiento entre ellas, amante y esposa, podría ofrecerle cierta compensación por el miedo que ella, Paula, había sufrido bajo las regordetas manos de Tucker! No había vuelto al supermercado desde aquel día —ni siquiera había enviado aviso diciendo que estaba enferma—, su jefe era demasiado cobarde para llamar por teléfono y averiguar cómo estaba. Bien, esta noche, ante la fea hermana de la Señorita Cerdita, ¡le haría saber exactamente cómo era! Ya veríamos cómo Tucker manejaría el asunto.

La madre de Paula murmuraba ahora algo sobre la humedad del suelo que se filtraba en sus botas y sobre el hombre de su lado, que no se había movido bastante y la estaba aplastando, y si no era aquella Mrs. Fenteman, la que nunca iba a la iglesia excepto por Navidad y por Pascua, ¿y no tenía una aventura con el hombre de la ferretería?

Paula ni siquiera miraba a su madre. Replicó lentamente y con voz cansada:

—¡Cállate!

Tucker ignoró los toquecitos de su mujer y se abrió camino por entre las rodillas de los asistentes hasta llegar al lateral.

—¿Qué hace aquí, Fenn? —dijo al llegar al espacio abierto.

Fenn se volvió y reconoció al gordo.

—Mi trabajo —replicó, dispuesto a marcharse.

—He oído decir que ya no trabaja usted para la Iglesia.

—No, pero sigo trabajando para el *Courier*.

—¿Está seguro?

La pregunta fue acompañada de una sonrisa burlona.

—Nadie me ha dicho lo contrario hasta ahora.

—Bueno, ha de saber que no es usted bienvenido aquí, a causa de las mentiras que ha estado esparciendo por ahí.

Fenn se movió para acercarse a él.

—¿De qué está usted hablando?

—Lo sabe muy bien. George Southworth me lo contó.

—Ya, Southworth y el obispo deben de haberse reído lo suyo a costa mía.

—Todos lo hicimos, Fenn. Bastante lunático, ¿no? Brujería, monjas que vuelven de la tumba. ¿Espera que alguien se crea eso?

Fenn hizo un gesto con la mano hacia el altar.

—¿Se cree usted todo esto?

—Tiene más sentido que todo lo que ha estado usted diciendo últimamente.

—¿Sentido financiero, quiere decir?

—Cierto que algunos de nosotros estamos consiguiendo un estupendo beneficio. Es bueno para el pueblo y para la Iglesia.

—Pero especialmente bueno para usted y Southworth.

—No sólo para nosotros. Hay otros muchos que están recogiendo sus ganancias. —La sonrisa de Tucker se hizo más pronunciada—. A usted no le ha ido tan mal, ¿verdad?

El reportero no consiguió encontrar una réplica adecuada. Se volvió, obligándose a ignorar la risita de burla que sonó a sus espaldas.

Se acercó más a la plataforma, y las brillantes luces le obligaron a entornar los ojos. Habían dejado libre un amplio sector debajo de la misma, y los acomodadores dirigían a los portadores de camillas y a los que empujaban sillas de ruedas hacia él. Fenn se detuvo bajo un achaparrado andamio, donde un cámara de televisión apuntaba su objetivo hacia el sector de los inválidos. Lo empujaron por detrás, y Fenn tuvo que agarrarse al andamio de metal para mantener el equilibrio. Rápidamente tuvo que retirar la mano, al sentir en sus dedos el hormigueo de una descarga de electricidad estática. Frunció el ceño y, para probar, tocó la estructura metálica de una silla de ruedas que pasaba por delante de él. Nuevamente sintió una pequeña descarga en los dedos. Supuso que se habrían tomado todas las precauciones posibles con la maquinaria electrónica del campo, especialmente teniendo en cuenta la humedad del suelo donde los cables aislados serían enterrados. Levantó la mirada hacia el cielo nocturno, a las oscuras y tormentosas nubes, tan bajas y tan amenazadoras ahora. Había tempestad en el aire, y su carga se encontraba ya en la atmósfera. Bruscas reacciones de varios amplificadores esparcieron un hiriente sonido metálico por el campo, despertando jadeos entre los reunidos y obligándoles a frotarse los oídos con gestos de buen humor, riendo y sonriendo a sus vecinos.

Fenn no acababa de encontrar nada humorístico en todo aquello; por el contrario, las peculiaridades de la atmósfera aumentaron su temor. Miró hacia delante, al árbol —cuya retorcida apariencia era acentuada más aún por el resplandor de los focos— y recordó la primera vez, sólo unas pocas semanas atrás —parecía una vida entera—, en que la luz de la luna había alumbrado su grotesca forma, cerniéndose sobre la niña arrodillada como un monstruoso ángel de la muerte. La visión del roble le había asustado entonces, y le asustaba aún más ahora.

Se abrió camino a través de la larga fila de inválidos, hasta que fue interceptado por un hombre con un brazalete de acomodador.

—No puede pasar por esta sección, señor —le dijo—. Es sólo para los inválidos.

—¿Y para quién son esos bancos? —preguntó Fenn, señalando hacia las filas que había detrás del espacio abierto.

—Están reservados para personalidades especiales. Por favor, retroceda; está obstruyendo el camino.

Fenn divisó a Sue sentada en el extremo de uno de los bancos privilegiados, con la figurilla de Ben a su lado. Entonces sacó su carné de Prensa.

—Sólo he de hablar con alguien de allí. ¿Puedo pasar?

—Me temo que no. Ustedes, los periodistas, tienen su propia sección en aquel lado.

—Sólo dos minutos. Es todo lo que necesito.

—Hará usted que me echen.

—Dos minutos. Le prometo volver en seguida.

El acomodador gruñó.

—¡Hágalo deprisa, amigo! Le estaré vigilando.

Fenn echó a andar antes de que el hombre tuviera ocasión de cambiar de idea.

—¡Sue!

La mujer giró en redondo, y Fenn pudo notar alivio en su cara.

—¿Dónde has estado, Gerry? ¡Dios mío, cuánto me has preocupado!

Le tendió una mano, y Fenn la trajo hacia sí y la besó en la mejilla.

—¡Hola, tío Gerry! —saludó Ben alegremente.

—Hola, chaval. Encantado de verte. —Pellizcó la nariz del muchacho mientras se sentaba junto a Sue. El resto del banco estaba ocupado por monjas del convento, las cuales le miraron con desaprobación. Fenn atrajo más a Sue y bajó la voz.

—Quiero que te vayas de aquí —dijo—. Coge a Ben y sígueme.

Sue sacudió la cabeza, con una mirada de consternación.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasa, Gerry?

—No lo sé, Sue. Lo único que te puedo decir es que algo malo va a suceder. Algo horrible. No quiero que vosotros dos estéis por aquí cuando eso ocurra.

—Tendrás que decirme más cosas.

La presa de Fenn sobre su brazo se reforzó.

—Todas estas cosas, Sue, estos extraños acontecimientos, hay algo maligno detrás de ellos. La muerte del padre Hagan, el incendio del pueblo, esos milagros… Alice no es lo que parece. Ella provocó la muerte de monseñor Delgard…

—Fue una explosión…

—Ella la causó.

—Es una niña. No pudo…

—Alice es algo más que una niña. Delgard lo sabía: por eso tenía que morir.

—Es imposible, Gerry.

—¡Por el amor de Dios! Todo esto es imposible.

Las monjas empezaron a cuchichear entre sí, haciendo gestos en dirección a él.

Algunas levantaron la vista en busca de un acomodador. Fenn las miró y trató de mantener tranquila la voz.

—Sue, por favor, confía en mí.

—¿Por qué no viniste a verme? ¿Por qué no llamaste?

Él sacudió la cabeza.

—Sencillamente, porque no tuve tiempo. He estado demasiado ocupado tratando de detener todo esto.

—¡Y yo he estado condenadamente inquieta! Me he sentido tan preocupada…

—Ya, lo sé, lo sé.

Le acarició la mejilla.

—Nancy me contó lo ocurrido en Barham. Eso no es cierto, ¿verdad Gerry? No pudo haber sucedido.

—Pues es cierto. Ella vio algo allí… los dos lo vimos. Está relacionado con el pasado; todo este asunto es el resultado de algo que ocurrió hace siglos.

—¿Y cómo puedo creerte? No tiene ningún sentido. Dices que algo maligno está ocurriendo, pero mira a tu alrededor. ¿No eres capaz de ver lo buenas que son estas gentes, cuánto creen en Alice? ¿No ves todo el bien que ha hecho?

Fenn mantuvo entre las suyas las manos de la mujer.

—Encontramos un viejo manuscrito latino en la iglesia de la Hacienda Stapley. Delgard lo tradujo y encontró la respuesta. Por eso lo mataron, ¿entiendes?

—No entiendo nada. Nada de lo que dices tiene sentido.

—Entonces, limítate a confiar en mí, Sue.

La mujer levantó los ojos lentamente y miró profundamente en los de Fenn.

—¿Hay alguna razón por la que deba…? ¿Eres realmente digno de esa confianza?

Él sabía a qué se estaba refiriendo, y guardó silencio. Luego dijo:

—Si me quieres, Sue, si realmente me amas, haz lo que te pido.

Sue sacudió la cabeza con irritación.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué lo has dejado para tan tarde?

—Ya lo he dicho; porque los dos últimos días he estado corriendo arriba y abajo como un lunático, tratando de conseguir que todo esto se parara. No he ido a casa hasta primera hora de esta mañana, y luego no he hecho más que dormir y dormir. Y los sueños han sido más claros que nunca.

—¿Qué sueños? —preguntó Sue débilmente, queriendo creer en él otra vez, deseando olvidar su oportunismo, su falta de fiabilidad, su infidelidad, pero diciéndose también que sería una estúpida si lo hiciera.

—Los curas. Hagan y Delgard, me hablaron. Los vi en mi sueño. Me advirtieron sobre este lugar.

—¡Oh, Gerry!, ¿no puedes ver que te estás engañando a ti mismo? Te has enredado tanto en este asunto, que ya no sabes lo que haces ni lo que dices.

—De acuerdo, me estoy volviendo loco. Sígueme la corriente.

—No puedo dejar…

—Sólo esta vez, Sue. Haz lo que te pido.

La mujer le estudió durante largos segundos y luego le agarró el brazo.

—Ben, nos vamos a casa.

El pequeño levantó la mirada, sorprendido, y Fenn hundió la cabeza, lleno de alivio. Le besó ambas manos, y cuando levantó la cabeza de nuevo, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

Fenn se puso en pie y tiró de ella. En ese mismo instante el silencio se abatió sobre la multitud. Las voces se convirtieron en susurros; los susurros se desvanecieron, y sólo se podía percibir una ligera brisa. Todo el mundo escuchaba intensamente.

Podían oírse voces en la lejanía. Voces que cantaban alabanzas a Dios y a la Virgen María. El extrañamente obsesionante sonido fue creciendo en intensidad, a medida que se acercaba la procesión procedente del pueblo.

Fenn volvió su mirada hacia el roble, y cerró los ojos como angustiado. Sus labios se movían en silenciosa plegaria.

TREINTA Y SIETE

Pero la vieja aparentaba sólo ser amistosa. En realidad era una bruja maligna.

Hansel y Gretel
HERMANOS GRIMM

De acuerdo, Cámara 1, toma un bonito primer plano. Lento zoom *sobre Alice. Eso está bien. Mantenlo lento. Pasaremos a la 2 dentro de un momento para una toma general. Mantén el primer plano acercándose, 2. Bien, es una buena toma de la niña… ¿qué está ocurriendo, 1? La imagen se está disolviendo. ¡Oh, por el amor de Dios, pasa a la 2! Eso está mejor, sigue así. ¿Qué está ocurriendo, Cámara 1? ¿De dónde viene la interferencia? De acuerdo, arréglalo. Quédate en la 2. Daremos entrada a Richard dentro de cinco segundos. Cámara 3, prepárate para tomar a Richard. Lenta panorámica para mostrar a la multitud reunida en el campo cuando él empiece a hablar. Quiero una buena toma del altar y de ese condenado árbol del fondo. Vale, Richard, 4-3-2. Cámara 3.*

«A medida que la procesión se acerca al campo, ahora llamado por muchos "El Campo de la Santísima Virgen", se van oscureciendo todas las luces alrededor. Pronto, la procesión entrará en este —en lo que se ha convertido— templo al aire libre, encabezada por el obispo de Arundel, el Reverendísimo obispo Caines, seguido por sacerdotes, monjes y, por supuesto, la propia Alice Pagett. Parece como si millares de personas se hubieran unido a esta santa marcha, muchas del pueblo de Banfield, en tanto que otras han venido de todas partes del país para estar aquí. No todas profesaban antes creencias profundamente religiosas; realmente, cuando hablé con algunas de ellas a primera hora de hoy, me dijeron (estática) *en este pequeño pueblo de Sussex —Banfield que ha hecho— realizar una más profunda verdad…»*

¿Qué pasa con el sonido ahí? John, estamos perdiendo la voz de Richard. Sigue hablando, Richard, tenemos problemas, pero seguimos recibiendo.

«Quizás entonces la vasta concentración de esta noche sea un gesto simbólico de la fe de un pueblo en un mundo… torbellino (estática)… (estática)*… prevalece…»*

¡Oh, Dios, ahora estamos perdiendo la imagen!

…en memoria (estática) *del sacerdote que fue cruelmente asesinado… jueves por* (estática) *explosión… los autores de tan…* (estática)*… sabe, pero…*

¡Qué barbaridad! Se han ido la imagen y el sonido.

Fenn se volvió junto con el resto de los reunidos, cuando la cabeza de la procesión penetró en el campo. Desde todos los ángulos disparaban *flashes*, que causaban efectos estroboscópicos sobre los cantores. Aun desde aquella distancia reconoció al obispo Caines, que iba acompañado por dos curas, con hábito, a cada lado. Las primeras velas eran gruesos y altos cirios, que llevaban los monaguillos, y

sus llamitas vacilaban con la brisa. El canto se hizo más fuerte, y la gente del campo se unía ya a él. Se oyeron voces cuando Alice entró y los adoradores y curiosos se levantaron para echarle una mirada. Fenn se levantó con ellos, tratando de atisbar por encima de sus cabezas. De nada sirvió: todo lo que pudo ver fueron los cirios alzados y las banderas que llevaban los de la procesión. Sue se puso de pie a su lado, y Ben se encaramó a un banco para tener mejor visión.

Las emociones de la multitud parecieron crecer como una marea cuando los cantos se hicieron más fuertes y las cuatro hileras de la procesión fueron penetrando más en el campo, mientras las balanceantes velas constituían una deslumbradora demostración de cálida luz. Fenn observó las caras que le rodeaban: aun en la oscuridad pudo ver cómo sus ojos brillaban y sus labios sonreían en una especie de éxtasis profundamente sentido. La misma expresión se veía en la cara de Sue. Le tocó la mano, y la retiró al sentir otra pequeña descarga. Mirándose los dedos, pensó: *Todo el maldito campo está vivo*. Sintió otra suave sacudida, esta vez sólo al tocar la tela de su ropa.

—Sue —dijo suavemente—, hemos de irnos ahora.

Sue le miró con expresión vacía y luego apartó la cabeza.

Ben ahogó un bostezo.

Fenn le tiró del brazo una vez más.

—No, Gerry —dijo ella sin volverse—, es demasiado maravilloso.

La cabeza de la procesión había llegado a la plataforma central, y el obispo Caines subía los escalones, sonriendo a los inválidos que se hallaban extendidos bajo él sobre mantas o en sillas de ruedas. Alice Pagett le siguió, y detrás de ella, su madre, con las manos apretadas y la cabeza inclinada en un gesto de oración.

Las voces fueron elevándose en un crescendo sostenido; el himno subía a los cielos como si tratara de hacer retroceder las bajas y amenazadoras nubes. A Fenn le pareció oír el retumbar lejano del trueno, pero no podía estar seguro. El obispo Caines tomó asiento al lado del altar y pidió a Alice y a su madre que se sentaran cerca de él, mientras sacerdotes y servidores llenaban la plataforma. Los bancos situados enfrente de Fenn empezaron a llenarse; muchas de las caras le resultaban familiares al periodista. Algunos eran los enfermos curados por Alice en las semanas anteriores, en tanto que otros eran dignatarios y clérigos locales. Observó cómo Southworth ocupaba su lugar y notó que el hotelero recorría detenidamente con la mirada a los reunidos; su sonrisa parecía más de satisfacción que de feliz adoración.

Un movimiento en el banco de Fenn captó la atención de éste: una de las monjas se había desmayado, y sus compañeras estaban levantándola suavemente y sentándola otra vez. Sintió que Sue se balanceaba, y la sujetó firmemente. Otras personas, acá y allá, se estaban también desmayando, y sus vecinos las agarraban antes de que pudieran hacerse daño.

Fenn dejó escapar un suspiro. La histeria flotaba en el aire como un agresivo germen que saltara de persona en persona.

El himno alcanzó su punto culminante, con las voces, llenas de éxtasis unificadas en el monótono estribillo, Fenn se sintió extraño: notaba una sensación de ligereza en la cabeza y un malestar en el estómago. Esta vez fue él el que se sintió mareado y tuvo que agarrarse a Sue. Ésta casi se cayó, y ambos se hundieron en el banco.

Ben se arrodilló en el asiento y pasó los brazos alrededor de los hombros de su madre; estiró una mano y rozó la mejilla de Fenn. Inmediatamente, el mareo abandonó al periodista; era como si hubiera descargado en el muchacho la incómoda debilidad. Sin embargo, no aparecían signos visibles de molestias en Ben.

El himno terminó, y el repentino silencio produjo casi aturdimiento. No tardó en ser roto cuando los reunidos empezaron a sentarse, pero se estableció de nuevo cuando se hubieron instalado. No se oían toses, ni murmullos, ni ruidos de cuerpos que se movieran. Sólo un silencio tranquilo, reverente.

El joven sacerdote que iba a celebrar la misa se adelantó hacia el atril, con toda una batería de micrófonos. Levantó los brazos hacia los reunidos y trazó en el aire la señal de la cruz.

—La paz sea con vosotros —dijo, y la vasta multitud respondió al unísono. El sacerdote habló durante unos momentos del padre Hagan y de monseñor Delgard. La misa sería aplicada a los dos sacerdotes, en homenaje al trabajo ejemplar que habían llevado a cabo en nombre de la santa Iglesia católica. Se vio obligado a detenerse varias veces, pues los micrófonos empezaron a zumbar y hacer ruidos extraños, y pareció sentirse aliviado cuando hubieron concluido los preliminares. Hizo un gesto con la cabeza en dirección al coro, que había ocupado su posición en las gradas especialmente levantadas para ello, y empezó un nuevo himno.

En todo el campo se encendieron velas, creando un enjambre de miríadas de estrellas que despedían un resplandor parecido al del sol.

En el pueblo de Banfield, a poco más de kilómetro y medio de distancia de la iglesia de St. Joseph, un anciano caminaba vacilante por la acera. Había sido un largo camino para él, dieciséis kilómetros, pero estaba decidido a llegar al santuario antes de que hubiera terminado la misa. Aunque caminar había sido su única ocupación durante los últimos quince años —en que había recorrido las carreteras más tranquilas del sur de Inglaterra, sobreviviendo gracias a la caridad ajena, aunque amargado por la indiferencia de otros—, le dolían los pies, llenos de ampollas, y su respiración era fatigosa. Brighton era su base, porque en la ciudad costera había suficientes iglesias y organizaciones caritativas como para mantener alimentada su barriga y caliente su cuerpo en las noches más frías. Aunque nunca demasiado bien alimentado y nunca demasiado caliente, pero sí lo suficiente como para mantenerle vivo. Qué le había conducido a ese nivel de existencia, no era importante… al menos, no para él. En ese momento, él era lo que era; insistir en el pasado no le hacía diferente a él o a sus circunstancias. Por otra parte, tal vez lo consiguiera escarbar en

el futuro.

La idea de que no era completamente incorregible se le había ocurrido aquella misma mañana, cuando se había extendido el rumor entre los marginados, el eficaz sistema de comunicaciones directas de su especie que nunca dejaba de reportarle «fáciles ganancias». Le habían hablado de la pequeña de los milagros, de la misa de aquella noche, a la que se esperaba que acudieran millares de personas, gentes de buena voluntad que no rechazarían las súplicas de los menos afortunados que ellos. Pero, curiosamente, el viejo estaba interesado en los milagros de la niña, no en la oportunidad de pedir a los demás.

Había llamado a la puerta de un sacerdote, un hombre de Dios que le conocía, que siempre se mostraba amable con él, sin hacerle ninguna reprimenda. El cura le había dicho que era cierto que había una niña en Banfield capaz de realizar ciertos actos que podían ser descritos como milagros, y que aquella noche iba a celebrarse una procesión de velas a través del pueblo. El viejo decidió que estaría allí y que vería a aquella niña con sus propios ojos. Sabía —como lo sabe instintivamente cualquier hombre que se está muriendo—, que su muerte no estaba lejana; sin embargo, no quería el milagro de una vida más larga. Deseaba ardientemente la salvación. Una última oportunidad de contemplar algo que estaba más allá de este mortal y despreciable mundo. Una oportunidad de creer una vez más, una señal positiva de que la expiación no sería en vano.

Como miles de otros que acudían en tropel al santuario, buscaba los medios de su propia redención, un símbolo físico de la inmaterialidad. Un santo viviente que refutara la omnipotente maldad.

Pero ¿llegaría a tiempo allí para verla?

Se apoyó en un escaparate, una mano descansando en el frío cristal. La Calle Mayor del pueblo estaba débilmente iluminada, pero había un foco a lo lejos, una brillante luz que horadaba el cielo, emergiendo de una difusa luz alrededor de su base. Sabía que aquélla era su primera visión del santuario, un resplandor en la noche que le invitaba a observar la mayor bondad. Mientras estaba apoyado contra el escaparate, recuperando fuerzas, con un nuevo brillo en sus legañosos y viejos ojos, algo tocó su alma y siguió su camino. Algo frío. Algo que provocó un estremecimiento en sus frágiles huesos. Algo que le hizo caer de rodillas, dejándole allí doblado. Algo cuyo destino era el suyo. Había sido el suyo.

Bajó la cabeza hasta el pavimento y lloró. Transcurrió algún tiempo antes de que se arrastrara hasta un oscuro portal y permaneciera enrollado en él en una posición fetal. Cerró los ojos y esperó.

El alto y barbudo barman del «White Hart» parpadeó sombríamente a su único cliente. Suspiró mientras se apoyaba en la barra. Una maldita pinta de cerveza y un paquete de raspaduras de cerdo le durarían al viejo actor toda la noche. Dos

camareras charlaban ociosamente en el otro extremo de la barra, disfrutando de la tranquilidad de aquella noche de domingo, por lo general tan ocupada.

Sin embargo —pensó el barman—, el servicio religioso no podía durar toda la noche. Dentro de una hora más o menos, estarán aquí amontonándose, desesperados por una bebida, y realmente no podía quejarse por el negocio que estaba haciendo últimamente: su caja no sólo se había doblado… ¡se había triplicado! Si hubiera tenido un local mayor, ¡se habría cuadruplicado! Difícilmente la fábrica de cerveza podía negarse ahora a invertir el dinero en una ampliación de la trastienda. ¡Qué gran autora de milagros se había mostrado aquella niña!

Por enésima vez pasó un trapo húmedo por la barra y luego se sirvió un zumo de limón amargo. «¡A vuestra salud —exclamó dirigiéndose a las ausentes multitudes—. No tardéis demasiado!

Levantando el ala abatible del mostrador, cruzó el local y recuperó dos vasos dejados por clientes tempraneros.

—Judy —llamó a una de las camareras, mientras dejaba los vasos en el mostrador. «Que la vaca perezosa haga algo para ganarse el dinero que cobra», pensó.

Se volvió y, con las manos en los bolsillos, se dirigió paseando hacia la puerta. De pie en el umbral, con un pie apretando la puerta, escudriñó la Calle Mayor. Vacía. Ni un alma allí donde, menos de una hora antes, estaba atestado con los integrantes de la procesión. Banfield era como una ciudad fantasma; casi todos sus habitantes habían ido al santuario. «El pueblo está vacío sin ellos, de acuerdo», pensó, y luego soltó una risita ante su irrefutable lógica.

La risita cesó, y la sonrisa se congeló en sus labios cuando vio que algo frío pasaba junto a él. Era como estar en medio de una corriente fría, excepto que ésta parecía aferrarse al cuerpo, buscaba ocultas hendiduras, cubría cada parte de él como fría agua antes de ser aspirada, para proseguir luego su viaje hacia quién-sabe-qué-destino. Las luces de la taberna detrás de él parecieron parpadear momentáneamente, y luego recobraron su brillo normal.

Miró a la carretera que conducía a la iglesia y vio la repentina brisa como una sombra que se arrastraba hacia la luz.

El hombre alto se estremeció y se metió en seguida en el local. Tuvo que esforzarse para no cerrar la puerta detrás de él.

Al norte de St. Joseph, a menos de dos kilómetros de distancia, un automovilista dio un puntapié a la deshinchada rueda trasera de su «Allegro». Casi habían llegado, y aquello tenía que suceder, se quejó amargamente para sí.

—¿Es un pinchazo? —preguntó una voz de mujer desde la ventanilla del pasajero.

—Sí, un maldito pinchazo. Todo el camino desde Manchester, y tenemos un pinchazo ahora. Y el lugar adonde vamos debe de estar justo al final de esta carretera.

—Bien, mejor será entonces que busques solución. Nuestra Annie se está durmiendo.

—Es lo mejor que ha podido hacer. Ha sido un largo viaje para ella. Sólo espero que valga la pena.

—Nuestro John viajó a Lourdes con cáncer.

—Sí, ¡y maldito para lo que le sirvió! —murmuró en voz baja el marido.

—¿Qué has dicho, Larry?

—Pues que no duró mucho después de ello, ¿verdad?

—Ése no es el caso; él hizo el esfuerzo.

«Sí, y eso acabó con él mucho más pronto», pensó el hombre.

—Trae la linterna, ¿quieres?

Su mujer hurgó en la guantera y encontró la linterna.

—¿Qué pasa, mami? —dijo una vocecita desde el asiento trasero.

—Cállate, cariñito, y vuelve a dormir. Tenemos un pinchazo, y tu padre va a arreglarlo.

—Tengo sed.

—Lo sé. Pronto llegaremos, no tengas miedo.

—¿Veremos a Alice?

—Claro que sí, cariño. Y ella te verá y hará que te sientas mejor.

—¿Y ya no volveré a necesitar más bastones?

—Eso es, cariño. Podrás correr como los otros.

Su hija sonrió y se acurrucó otra vez bajo la manta. Apretó contra la suya la mejilla de plástico de Tina Marie, y la niña sonreía cuando sus ojos se cerraron.

La esposa bajó del coche, guiando el haz de la linterna hacia su marido mientras éste abría el maletero y buscaba el gato.

La rueda pinchada estaba en el suelo cuando la luz empezó a desvanecerse.

—Mantén la luz constante, ¡maldita sea! —exclamó el marido.

—Ya lo hago —replicó ella malhumoradamente—. Las pilas deben de estarse agotando.

—¿Eh? Las puse nuevas.

—Entonces, la bombilla.

—Sí, claro. Acércate un poco más, ¿quieres?

Se inclinó hacia él, y el marido buscó una llave en la caja de las herramientas.

De repente, la mujer soltó la linterna.

—¡Eh, alumbra! —gimió el hombre.

La mano de la mujer se aferró a su hombro.

—Larry, ¿no has notado eso? ¿Larry? ¡Larry!

Pudo sentir como él temblaba.

Al fin, el marido logró decir.

—Sí, lo he notado. Debe de haber sido el viento.

—No, no ha sido el viento, Larry. Ha pasado por dentro de mí, directamente a través de mis huesos.

Su respuesta tardó en llegar.

—Se ha ido —dijo, mirando hacia el resplandor del cielo, a más de un kilómetro de distancia.

—¿Qué ha sido?

—No lo sé, chica. Una sensación rara. Como si alguien caminara sobre mi tumba.

Del coche llegaron los lloriqueos de la niña.

En la granja Riordan, en las tierras adyacentes al campo donde se estaba celebrando la misa nocturna, un perro aulló y correteó impotente por la cocina. Al final de cada vuelta, la perra *Biddy* se arrojaba contra la puerta, desesperada por salir al exterior. Sus dueños la habían dejado para que guardara la casa —«demasiadas personas extrañas vagando por la zona a causa de este bendito santuario»— mientras ellos, participaban en la misa —«mejor que ir al cine»—, y ahora la perra sentía la agitación de las vacas en los establos. Sentía y oía, porque los animales coceaban frenéticamente las paredes en su esfuerzo por escapar, y sus patéticos bramidos provocaban una gran excitación en el animal.

Biddy arañó la puerta, arrancó la pintura de la madera y aulló desesperadamente. La perra corría alrededor de la cocina, volvía a la puerta, saltaba, arañaba, empujaba, ladraba, aullaba y volvía a correr por la cocina. Una y otra vez, una y otra vez…

La conmoción se detuvo, mucho más repentinamente de lo que había empezado.

La perra se quedó quieta en el centro de la oscurecida habitación, con una oreja levantada y la cabeza ladeada. Escuchaba. No había más sonidos. El animal olisqueó el aire. No se percibía fuera sonidos extraños.

El animal empezó a gañir.

Algo se movía a través de la granja, silenciosamente, sigilosamente; algo que no tenía olor, que no emitía ningún sonido, que no tenía forma. La cola de la perra cayó lacia, y sus patas se doblaron, mientras inclinaba la cabeza. *Biddy* soltó unos gañidos. Tembló. Finalmente, se arrastró bajo la mesa de la cocina.

Y, con un ojo, observó la puerta de la cocina, temerosa de lo que estaba allí afuera.

Se deslizó a través de la noche, invisible, intangible, algo sin ninguna sustancia, que existía, pero sólo en los profundos recovecos de la mente. Ahora fue atraído hacia dentro, convergió hacia un centro inducido por un poder semejante, se arrastró a través de la oscuridad como un ansioso reptil hacia un indefenso insecto, guiado por alguien, algo, que había trascendido lo natural.

Aquello fue aspirado hacia el vértice, para ser absorbido y usado. Pero la maldad pertenece al individuo, y, al igual que un soldado que desfila puede perturbar el ritmo de un pelotón, así la maldad individual puede trastornar el propósito del conjunto.

WILKES

«Lo hice —dijo, reflexionando—.
Cuando las damas solían venir a mi en sueños, decía:
Linda madre, linda madre;
pero cuando, al final, vino ella realmente,
le disparé.»

Peter Pan
J M BARRIE

El tercer himno llegaba a su fin, y él se metió las manos entre los muslos de manera que aquellos que le rodeaban no pudieran ver cuánto temblaban. Su cabeza estaba inclinada, lacia, con su amarillo pelo cayéndole encima de la frente, enrollándose hacia dentro y casi tocándole la punta de la nariz. Se quedó mirando fijamente su regazo, mientras en sus ojos había un brillo que en nada se parecía al de los ojos de los demás fieles. Su visión no estaba concentrada en su propio cuerpo, sino en el futuro. Imágenes de su propio destino centellearon ante él; vio su nombre escrito en grandes y negros titulares; su cara, sonriente, aparecía en todas las pantallas del mundo; su vida, su motivo, era discutido, diseccionado y admirado por personas eruditas, personas eminentes, por… *¡todo el mundo!*

Apenas podía contener la estremecedora expansión de su yo interior, la cegadora blancura que empujaba hacia fuera contra su pecho. La sensación le debilitaba tanto, que apenas podía respirar.

La noche anterior había viajado; durmió en el suelo, en una cochera de autobuses cerca del pueblo, convencido de que moriría congelado de frío, y sólo lo sostenía y consolaba el pensamiento de lo que iba a venir. Apenas había dormido, y sus breves cabezadas fueron espasmódicas y estuvieron llenas de feas imágenes.

Quedó consternado al ver la ingente multitud congregada ante la iglesia de St. Joseph a la mañana siguiente. Creyó que sería de los primeros, en su deseo de encontrar un lugar privilegiado en los bancos dentro del campo. Para decepción suya, descubrió que no se autorizaba a nadie entrar tan temprano en el santuario; se seguía trabajando para acomodar a las muchedumbres que iba a acudir, y no se permitiría la entrada hasta primeras horas de la noche. De manera que tuvo que hacer cola con los demás; bromeó con sus compañeros de peregrinación, hizo el papel de buen chico, aparentó estar interesado en las aburridas historias de sus miserables vidas, fingió devoción por la Iglesia y sus obras y se rió secretamente de aquellos insignificantes idiotas que no tenían ni idea de quién estaba a su lado.

Al final se autorizó la entrada, y se enfrentó con lo que imaginó podía ser la prueba más difícil. Pero, aunque se examinaban bolsas y carteras de todo tipo con fines de seguridad, no se hacían registros personales, de manera que no encontraron y ni siquiera sospecharon la existencia del objeto embutido bajo sus calzoncillos y

pegado a su ingle, y que le provocaba una pequeña erección siempre que era consciente de su peso —lo cual era la mayor parte del tiempo—. Aunque le hubieran pedido que se desabrochara el viejo abrigo gris, la camisa que llevaba fuera de los pantalones habría cubierto cualquier extraño (o indecoroso) abultamiento en torno a la bragueta.

Aunque faltaban horas para que se llenaran los bancos y empezara la procesión, no se aburría con la espera; demasiadas visiones pululaban en su mente para que eso ocurriera.

Como todo el mundo, estiró el cuello para ver a la niña cuando llegó con la procesión, y, como había elegido un asiento junto al pasillo central, tan cerca del altar como le había sido posible, Alice pasó a pocos metros de distancia de él. La urgencia de hacerlo allí y entonces —nadie podría haberle detenido— era casi abrumadora, pero él sabía que sería mejor, más espectacular, esperar. Quería que todos lo vieran.

Y ahora estaba casi terminado el tercer himno. La había estado observando al comienzo del servicio, y descubrió que no podía contemplar demasiado tiempo su pequeña y extasiada cara; su bondad, su divinidad, parecían desparramarse y le hacían sentirse incómodo. Las palabras de la misa eran sólo un murmullo en el fondo de sus caóticos pensamientos, y aunque se ponía en pie, se arrodillaba y se sentaba cuando todo el mundo lo hacía, lo realizaba de una manera automática, como una respuesta de robot a la actividad de su alrededor. Y, mientras tanto, mantenía la cabeza inclinada.

De repente, el canto empezó a debilitarse, aunque tardó algo en apagarse, porque no todo el mundo vio a Alice levantarse y caminar hacia el centro de la plataforma al mismo tiempo.

Él levantó la mirada, asombrado por la interrupción del muro de fondo de sonido, y vio que la pequeña estaba en medio de la escena, con su cara mirando hacia arriba, sus vidriosos ojos contemplando algo que nadie más que ella podía contemplar. Detrás de Alice estaba el altar, y detrás de éste, el brillantemente iluminado y grotescamente retorcido roble.

El campo permanecía en silencio, todos los ojos concentrados en la pequeña figura vestida de blanco, las respiraciones contenidas en excitada anticipación. Había también temor en aquella expectación, porque lo desconocido provoca generalmente dicha emoción.

Alice bajó la cabeza y dirigió sus ojos hacia la muchedumbre, observando con detenimiento la multitud de caras temerosas y admirativas. Sonrió, y la sonrisa le resultó enigmática a la mayoría de fieles.

A lo lejos retumbó el trueno.

La niña extendió los brazos y empezó a levantarse en el aire.

Él salió del banco, y nadie le vio desabrocharse el abrigo, levantarse la camisa y meterse la mano en los pantalones, ya que todo el mundo estaba transfigurado por la pequeña figura de blanco que se levantaba sobre ellos.

Anduvo a grandes zancadas por el pasillo que conducía al altar, con la «Luger» alemana —la pistola del calibre 38, reliquia de la última gran guerra, cuando la mitad del mundo había enloquecido con el ansia de sangre— sujeta a su costado, y el cañón apuntado hacia la enfangada tierra.

Cuando estuvo directamente debajo de la plataforma y sólo a escasos metros de distancia de la niña, con vestido blanco, que se levantaba al menos unos cincuenta centímetros del suelo, y antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, Wilkes levantó el arma y disparó a quemarropa contra la pequeña.

Siguió disparando hasta que la quinta de las ocho balas de la «Luger» se encasquilló entre el cargador y la recámara.

TREINTA Y OCHO

Y transcurrió sólo un momento antes de que ella abriera los ojos,
levantara la tapa del ataúd y se incorporará, viva otra vez.

Blancanieves
HERMANOS GRIMM

Fue una escena de pesadilla, un drama de horror que se desarrolló lentamente.

Fenn lo veía, pero no podía comprenderlo.

Alice caminó hasta el centro de la plataforma, y el himno vaciló, y luego murió en los labios de los cantores. La cara de la niña tenía aspecto beatífico, y hasta él, sabiendo lo que sabía, había quedado hechizado. Alice miró hacia el cielo y luego hacia abajo, estudiando a la multitud; y entonces fue cuando él se estremeció. La niña había sonreído. Y parecía como si sus ojos se hubieran encontrado con los de él. Fenn vio su sonrisa como un rictus torvo, malévolo y, en cierto modo, ávido. Se burlaba de él en particular y de la multitud en general.

Sin embargo, era sólo la dulce sonrisa de una niña.

La multitud estaba hipnotizada, y, en el caso de Fenn, era la fascinación de un conejo paralizado por el miedo ante los mortales ojos de una serpiente. No obstante, allí había sólo una niña.

Se sentía débil una vez más, su vitalidad extraída de él y de los que le rodeaban, extraída por aquella cosa maligna que estaba allí de pie bajo el resplandor de los focos.

Sin embargo, se trataba de una niña demasiado joven para conocer el mal. Las luces habían parpadeado, y se habían debilitado, y entonces Alice empezó a ascender, por encima de ellos en un lento pero constante movimiento, con los brazos estirados hacia fuera como suplicando su amor. Su confianza.

La multitud gimió como en un éxtasis, y se oyeron jadeos y gritos desde diferentes partes del campo. Fenn sintió que su garganta se cerraba, y el mareo le invadió una vez más. Era difícil respirar, difícil mantenerse en pie. Fue sólo vagamente consciente de la persona delgada y rubia que caminaba a grandes zancadas por el pasillo hacia el altar, y no comprendió nada cuando aquella persona levantó su brazo y apuntó algo hacia la pequeña figura que flotaba encima de él.

Ni siquiera oyó el disparo… al menos, no se registraron en su cerebro las cuatro agudas detonaciones; pero vio como salía sangre de cuatro puntos del pecho de Alice, que brotaron en fuentes separadas para caer sobre su blanco vestido, un tinte carmesí esparcido sobre un campo de nieve.

Hubo sorpresa, incredulidad y, finalmente, dolor en su carita, antes de caer a la plataforma para yacer allí en un arrugado montón. La sangre se esparció, fluyó hacia el borde de la plataforma y manó en dos corrientes espantosamente abundantes.

No surgió ningún sonido de la multitud. Los peregrinos, los curiosos, los creyentes, los no creyentes… todos permanecían en un absoluto, incomprensible silencio.

Hasta que el trueno retumbó directamente sobre sus cabezas, y estalló un pandemónium en el campo.

Fenn cogió a Sue cuando ésta se desplomó contra él.

El alud de ruido era terrorífico, un caótico farfulleo de gritos y alaridos que pronto se convirtieron en gemidos y lamentos, aunque la angustia afectó a los grupos e individuos de manera diferente: muchos estallaron en histeria, mientras otros simplemente se mantuvieron callados; algunos permanecieron en un silencio paralizado, demasiado sorprendidos para poder hacer o decir algo; la angustia de otros se convirtió rápidamente en rabia, gritos de denigración contra el asesino corrían de persona en persona, elevando un vehemente canto de venganza. Pero había otros que no habían visto el brutal acto y que llamaban la atención de sus vecinos pidiendo que les contaran lo que había sucedido.

Ben estaba asustado y se agarraba al fláccido cuerpo de su madre. Fenn pasó un brazo protector en torno a él, mientras seguía sosteniendo a Sue.

Algunas figuras emergieron de la masa para abalanzarse sobre el hombre rubio que había disparado contra Alice Pagett y que seguía sosteniendo la pistola alemana contra su costado. El hombre cayó bajo un tumulto de cuerpos y gritó al ser golpeado por puños y pies. Afiladas uñas le arañaron la cara, le arrancaron un párpado inferior, le aplastaron los huesos del puente de la nariz, y sintió cómo los aplastados fragmentos le salían por la ventanilla de la nariz junto con la sangre. Le arrancaron la pistola de la mano, y los dedos fueron pisoteados por alguien. El ruido de fractura se perdió entre los gritos de la multitud, pero el tremendo dolor no podía perderse para su propia conciencia.

Chilló cuando le tiraron de los miembros y los descoyuntaron. Sus lágrimas corrieron y se mezclaron con su propia sangre cuando un peso imposible, sofocante, le aplastó el pecho. Algo estaba cediendo allí, y no podía comprender qué. Los huesos de su pecho se hundían lentamente, presionando su corazón y pulmones, impidiendo el funcionamiento de su órgano de bombeo y exprimiendo el aire donador de vida de los delicados sacos. Lentamente empezó a pensar que quizás había cometido un error.

Cerca, una joven que había ido al santuario a rendir homenaje a la pequeña autora de los milagros por el regalo que le había sido concedido, se quedó mirando con fijeza el inmóvil y todavía sangrante bulto delante del altar. La cara de la muchacha se retorció de repente. Un lado de su boca se movió hacia abajo, contorsionándose grotescamente en una mueca de gárgola. Un párpado aleteó una vez, dos veces, y luego ya no se detuvo. Su brazo experimentó una sacudida y luego se estremeció;

empezó a moverse espasmódicamente. Luego su pierna se unió a la involuntaria e incontrolada danza, y la muchacha gritó y cayó al suelo.

Igual que hizo en otra parte del campo un muchacho que había ido al santuario a adorar a una niña llamada Alice, la santa viviente que le había devuelto el uso de sus piernas. Su fuerza había desaparecido, y él forcejeaba entre los bancos, gritando de frustración, temeroso de quedarse tullido de nuevo…

En algún otro lugar, la visión de un hombre empezó a desvanecerse rápidamente; el rayo de luz que brillaba en medio del campo empezó a convertirse en una borrosa nube, mientras las cataratas que la niña había limpiado retomaban con una rapidez que tenía tanto de antinatural como de inexplicable… igual que lo fuera su desaparición. Se llevó las manos a la cara y, lentamente, se sentó en el banco, mientras emitía un lento gemido…

Mientras tanto, en otro lugar del campo, una joven comprobó que los sonidos emitidos por su garganta no podían formar palabras y que su afligida madre no la comprendía cuando ella preguntaba qué estaba sucediendo…

Y un muchacho, cuyas manos habían empezado a llenarse de espantosas verrugas, no podía hacer otra cosa sino gemir y golpear los puños contra el banco de delante…

Un banco en el que, más lejos, un hombre sentía cómo en su cara se formaban llagas abiertas, cómo su piel se cuarteaba igual que la tierra reseca. Jadeó, no porque le dolieran las heridas, sino porque sabía que se estaba convirtiendo una vez más en un monstruo, un hombre con hocico de perro, repugnantes desgarrones y supurantes llagas.

De todo el campo brotaban parecidos gemidos y llantos de desesperación, porque había unos que caían al suelo; otros cuyos miembros se convertían en inútiles; otros cuyas lacras, de manera repentina y cruel, volvían para dominar sus vidas. Ellos habían pensado, habían pedido, que sus curaciones fueran permanentes; creían que Alice Pagett Ies había concedido una nueva y duradera esperanza, una divina manifestación de la preocupación de Dios que no sería borrada con el tiempo. Y ahora se sentían traicionados, perdidos.

Derrotados.

Fenn ya no se sentía debilitado, y el mareo había desaparecido. Sus nervios estaban tensos, endurecidos, de manera que sus acciones eran rápidas, sus sentidos estaban conscientes. Atrajo hacia sí a Sue y a Ben, protegiéndoles de la confusión que reinaba a su alrededor. Sue empezó a revivir, y las piernas soportaron su propio peso.

—¿Gerry? —dijo, aturdida aún.

—Todo va bien, Sue —replicó él, con la cabeza apoyada contra la de ella—. Estoy aquí, igual que Ben.

—¿Está… está muerta?

Fenn cerró los ojos durante un segundo.

—Así lo creo. Debe de estarlo.

—¡Oh, Gerry ¿cómo ha podido ocurrir? —Sue sollozaba— ¿Cómo ha podido

alguien hacerle eso?

Ben se agarró a su madre, esperando consolarla, trastornado, pero aún sin comprender todo lo que estaba ocurriendo.

—Vámonos a casa, mami. No me gusta quedarme aquí más. Por favor, vámonos a casa.

Fenn miró hacia el altar por encima del mar de agitadas cabezas.

—¡Señor! —exclamó—, nadie se ha acercado a ella todavía. Están todos demasiado aturdidos.

Y sabía que también estaban todos demasiado asustados, incluso su propia madre, como para acercarse al inerte cuerpo. Temerosos, posiblemente, de descubrir que Alice estaba realmente muerta.

—Tengo que subir ahí —dijo.

Sue se aferró con fuerza a su brazo.

—No, Gerry. Vayámonos de aquí. No hay nada que podamos hacer. Fenn la miró a los ojos.

—Tengo que asegurarme… —No hacía más que mover la cabeza—. Espera aquí con Ben; estarás bien.

—Gerry, no es seguro. Presiento que no es seguro.

—Quédate aquí. —Suavemente, la hizo sentarse en el banco—. Ben, cuida de tu madre; no la dejes marchar. —Se arrodilló junto a ellos, ignorando el caos que les rodeaba—. Esperadme. No os mováis de aquí, ¿eh?

Sue abrió la boca para protestar, pero él la besó en la frente y luego se fue, encaramándose por encima de los bancos, abriéndose camino a través de la desorientada muchedumbre.

Fenn se encontró en el espacio vacío delante de la plataforma, con el suelo atestado de implorantes inválidos, cual un campo de batalla después de que la guerra hubiera pasado por él. A su derecha había un tropel de gente gritando, y supo lo que yacía bajo sus pies; supo que el hombre del arma ya no podía estar vivo. Siempre se habían sentido impotentes por los pasados asesinatos e intentos de asesinato proclamados a los cuatro vientos por la publicidad, obligados a contener su ira, su despecho, contra los autores, frustrados en su pena, despreciando a aquellos que se burlaban de las reglas de la civilización. Pero ahora el agresor estaba a su alcance, uno de los de la legión del Diablo yacía bajo sus pies; por una vez, el pueblo tenía la facultad de tomar venganza.

Fenn se mantuvo lejos de ellos, y se dirigió a las escaleras al lado de la plataforma. Un hombre, evidentemente angustiado y que llevaba un brazalete de acomodador, hizo un débil intento de interceptarle el camino, pero el reportero lo apartó con facilidad. Fenn se encontraba ya casi en lo alto de la escalera cuando se detuvo.

La mayoría de los monaguillos estaban llorando; algunos rezaban de rodillas, sus caras húmedas por las lágrimas, mientras otros no dejaban de mecerse a uno y otro

lados, con las cabezas enterradas entre sus manos. El sacerdote que había estado celebrando la misa, con cara cenicienta y labios moviéndose en silenciosa oración, sostenía a Molly Pagett; la mujer se hallaba sin duda en un estado de máximo *shock*, porque tenía los ojos desorbitados y la boca completamente abierta, mientras sus movimientos eran rígidos. El obispo Caines, vestido con sus mejores galas, ofrecía el mismo aspecto de insegura torpeza, con la cara mortalmente pálida.

Fenn compartió su pena y se preguntó si no se habría equivocado sobre Alice. Era imposible creer que pudiera existir maldad alguna en aquel diminuto cuerpo boca abajo, en una niña que había traído tanta felicidad y renovada fe.

Subió otro escalón, y las luces —hasta las velas— empezaron a debilitarse.

Fenn notó que le fallaban las fuerzas, dobló una rodilla, y tuvo que sostenerse con una mano en la plataforma para conservar el equilibrio. El mareo se apoderaba de él una vez más, y luchó contra las náuseas. Fue débilmente consciente del centelleo del relámpago, seguido de un retumbante trueno.

Sacudió la cabeza y miró al grupo situado sobre la tarima. El obispo Caines, el sacerdote y los demás que le rodeaban, habían caído de rodillas. Sólo Molly Pagett seguía de pie, transfigurada, con una mano alargada hacia el ensangrentado bulto que había sido su hija.

El bulto empezaba a agitarse, a enderezarse. La niña a la que le habían disparado cuatro veces se estaba poniendo lentamente en pie.

La niña cuya cara ya no guardaba ninguna semejanza con la de un niño terrenal, que miraba a su alrededor con malévola intención y sonreía. Y reía burlonamente.

TREINTA Y NUEVE

Expresamos nuestro amor hasta que el día terminó.
Le deseé buenas noches y me marché.
Pero ella sacó una lengua que era roja y larga
y me tragó como una corteza de pan.

Las dos brujas
ROBERT GRAVES

Fenn se desplomó contra los escalones, con un codo sosteniendo la parte superior de su cuerpo y una mano todavía en la plataforma. Quería correr; y si no correr, deslizarse al menos por los escalones y huir, arrastrándose, de aquella monstruosidad que se levantaba en el centro del santificado escenario. Pero tenía muy poca fuerza. Apenas podía moverse. Sólo podía observar.

La cabeza de la niña estaba vuelta en dirección a él, y cada nervio del cuerpo del periodista se tensó; parecía como si una descarga helada corriera a través de él, paralizando sus músculos, arañando el interior de su piel, abriéndose camino por su corriente sanguínea de tal manera, que incluso su fluido vital estaba casi congelado; se movía lentamente, casi se detenía.

Trató de inspirar con fuerza, pero sus pulmones se ensanchaban con dificultad, se expandían con esfuerzo para tomar aire.

Los ojos de la extraña aparición se encontraron con los suyos. Pero ya no eran ojos, sino sólo unos negros y profundos agujeros. Su carne estaba quemada, calcinada; su cuerpo, deformado. Tenía la cabeza en un ángulo extraño, casi como descansando en su hombro, y llevaba una marca en el cuello, una apretada franja de carne mellada que le cortaba completamente la tráquea. Espesa sangre seguía manándole de las heridas, y el vestido de la niña ya no era blanco, sino un harapo rojo, empapado en sangre. Y entonces la espantosa figura, semejante a una muñeca, empezó a arder, volutas de humo se elevaron de sus ropas y carne. Su cara empezó a llenarse de ampollas, y la piel se rasgó y se ennegreció.

Y fue nuevamente Alice.

Confusa, desorientada, una niñita que había experimentado la llegada de la muerte y no podía comprender por qué no yacía agonizando.

—¡Alice, Alice!

La niña se volvió, sus ojos abiertos de par en par, temerosos, hacia su madre.

—¡Oh, Dios! —gimió Fenn en voz baja al ver cómo los rasgos de la criatura cambiaban una vez más.

La voz de Alice era baja, ronca.

—Rosemund —dijo.

Molly Pagett, que había encontrado fuerzas para moverse hacia su hija, se detuvo,

y de su boca salió un grito, que trataba de negar la repentina percepción.

—¡No, no!

Molly cayó, pero sus ojos no dejaron de mirar la figura que se alzaba ante ella.

—¡No! —gritó—. ¡No soy Rosemund! ¡Ella no!

Los escalones en los que yacía Fenn parecieron retumbar con el trueno, pero el temblor no se detuvo. El periodista se aferró a los escalones de madera cuando éstos se movieron y se agitaron de manera cada vez más violenta.

A su izquierda estalló uno de los focos, y brotaron las chispas como la respiración de un dragón. La luz fluctuó mientras otras lámparas se oscurecían, se volvían brillantes, estallaban. Se oyeron gritos de pánico entre la multitud cuando un temblor de tierra corrió bajo sus pies. El cabello y las ropas de la gente se alborotó cuando una violenta corriente de aire sacudió la plataforma, haciendo inclinarse las llamas de las velas antes de apagarlas. El crucifijo del altar cayó sobre las alfombradas tablas, causando un gran estrépito.

Sue y Ben estaban acurrucados juntos mientras la gente, presa del pánico, corría por su lado. Las monjas, con las que habían compartido el banco, se hallaban ahora en el pasillo central, y las vibraciones del suelo las hacían dar bandazos de un lado a otro. Se sostenían mutuamente como si fuera un grupo de ciegos al que condujeran a un lugar seguro.

Algunas personas se encaramaban por encima de los bancos, abriéndose camino por entre sus compañeros que estaban todavía demasiado conmocionados para moverse, o que no podían huir bastante deprisa. Los que habían traído parientes o amigos inválidos se esforzaban por avanzar a través de la apretada masa, trataban desesperadamente de mantenerse al ritmo de la marea humana, caían junto con sus cargas cuando la implacable presión se hacía insoportable, pedían ayuda, protegían con sus cuerpos a los enfermos, desaparecían bajo un revoltijo de brazos y piernas.

El banco al que Sue y Ben se aferraban fue derribado, y ambos se encontraron en el suelo, que no dejaba de vibrar; la estrecha hendidura entre el caído banco y el de detrás les proporcionaba cierta protección contra el frenético tropel de gente. Sue atrajo hacia sí la cabeza del muchacho, una mano contra su mejilla, un brazo alrededor de los hombros, mientras cerraba los ojos contra el terror y trataba de ahogar el ruido, los gritos, los llantos, el sordo retumbar que llegaba del subsuelo.

Los operadores de cine y televisión saltaban de sus grúas para caer en medio de la multitud, pues sus máquinas y las plataformas que habían levantado parecían dotadas de una peligrosa energía, ya que la corriente fluía a través de los cuerpos de los técnicos en rápidas ondas, no lo bastante fuertes como para matar o mutilar, pero sí para producir una conmoción en el sistema nervioso. Los fotógrafos —muchos de los cuales habían seguido tomando instantáneas de la extraña escena que se desarrollaba en la plataforma central a pesar del pánico que les rodeaba— se vieron obligados a

soltar sus instrumentos cuando los estuches de metal les quemaron los dedos.

Los fieles que habían venido a adorar, a idolatrar, a ser testigos, huían hacia las tres salidas del campo, convergiendo sobre estos puntos para formar su propio bloqueo humano. Muchos quedaron aplastados contra las altas puertas cerradas que habían sido levantadas a un lado del campo, una amplia entrada pensada para los camiones que traían materiales de construcción y equipo de filmación, antes de que la pesada reja cediera bajo la presión. Al reventar, las personas que estaban apretujadas contra ellas cayeron y fueron atropelladas por las que venían detrás, y más personas fueron cayendo luego sobre el confuso montón.

Los policías de guardia en la puerta de entrada central trataron de controlar el tropel de gente que huía, pero fueron barridos con ellos. Los niños eran sostenidos en el aire por sus padres, y muchos, de repente, se sentían llevados a la deriva sobre olas de cabezas y hombros. Los menos afortunados caían por los pequeños espacios abiertos y se hundían en la pulverizadora corriente humana. Los que conseguían escapar del campo, heridos, vapuleados y casi enloquecidos, huían hacia la carretera; muchos de ellos corrían hacia las luces del pueblo, y otros sencillamente huían en todas direcciones, hacia la oscuridad de los otros campos, a lo largo de la carretera que se dirigía a campo abierto, arrastrando con ellos a indefensos compañeros, dando gracias a Dios por hallarse a salvo de aquel espantoso lugar, aquella tierra que habían creído santificada, sagrada. Y daban gracias a Dios de que la tierra ya no temblara bajo ellos.

La entrada de Prensa era demasiado estrecha para absorber aquel diluvio; quedó totalmente bloqueada. La pila de cuerpos aplastados se hacía cada vez más alta, a medida que más y más gente trataba de pasar por encima encaramándose a ella y quedaba enmarañada en la masa de cuerpos retorcidos. Otros se hirieron al intentar abrirse paso a través de los espesos setos que rodeaban el campo, natural barrera que actuaba como centenares de bobinas de alambre de espino.

Los que se encontraban fuera del santuario durante el servicio —los dueños de los puestos, la Policía, los peregrinos y curiosos que habían llegado demasiado tarde para que les permitieran la entrada en el ya atestado recinto— no podían hacer más que contemplar horrorizados lo que ocurría. Habían oído retumbar el trueno sobre sus cabezas, y contemplado ansiosamente las siniestras nubes, en cierto modo conscientes de que la atmósfera había cambiado, de que se cernía el peligro. No podían explicar la sensación, y se miraban mutuamente con inseguridad; algo parecía haberles atravesado, una espantosa frialdad que estremecía los nervios, y sus aprensiones se convirtieron en franco temor. Muchos de los propietarios de los tenderetes habían empezado a empaquetar sus mercancías, en tanto que su buen humor y disposición naturales había desaparecido entre ellos. Decepcionados adoradores y turistas se sintieron de pronto aliviados de no haber tenido acceso al campo; empezaron a dirigirse apresuradamente a sus vehículos, inseguros sobre sus sensaciones, pero deseando alejarse de aquel lugar. Su ansiedad aumentó cuando los

motores de sus coches, furgonetas y minibuses, zumbaron y se negaron a ponerse en marcha. La Policía y los oficiales situados fuera del recinto se alarmaron, y un sargento uniformado trató de hablar por radio con su inspector que estaba dentro del campo vigilando los actos. El sargento captó sólo estática en su microteléfono.

A pesar de su preocupación, nada funesto había ocurrido hasta que el tercer himno llegaba a su fin. Entonces se abrió un largo silencio, y luego se oyeron claramente disparos, seguidos por un pandemónium de voces y ruidos. Aunque habían oído todo el clamor procedente del recinto, no se dieron cuenta de la gravedad del pánico hasta que los reunidos empezaron a salir en tropel, llevándose por delante a los hombres uniformados que se cruzaban en su camino.

Pero no todos los que estaban dentro habían tratado de escapar. Algunos cayeron de rodillas y juntaron las manos en gesto de oración, sus ojos levantados hacia los turbulentos cielos; algunos estaban reunidos en grupos, sus temblorosas voces levantadas en un himno, temerosos, pero resueltos; otros se acurrucaban en el tembloroso suelo, agarrándose a la hierba y el barro como si temieran desaparecer de la faz de la tierra. Y otros yacían allí para no volver a moverse nunca más, la vida arrancada por los despiadados pies que los habían pisoteado.

Paula trataba de poner en pie a su madre, que no dejaba de farfullar, pues ambas habían caído en la embestida inicial. Aturdida, miró a su alrededor; todo parecía estar en penumbra, confuso, caótico. Podía oír unos cánticos que se superponían a los gritos de ayuda, pero todo sonaba muy lejos, remoto. Unos quebradizos dedos, como garras, le arañaron la garganta, y oyó las trémulas súplicas atemorizadas de su madre. Paula apartó las débiles manos para ver con más claridad.

La única luz que llegaba del altar, el brillante faro, seguía resplandeciendo en lo alto del cielo, iluminando el deformado árbol, cuyas ramas oscilaban y temblaban como si fuera una criatura viviente. Se veían siluetas ante la luz, un negro drama representado en el escenario. Aún en su confuso estado, Paula comprendió que el temor derivaba de aquella plataforma: la gente no corría sólo porque el suelo temblara bajo sus pies, sino porque sentía repulsión ante la horrenda cosa que se levantaba en el altar y que había mirado a cada uno de ellos personalmente e invadido burlonamente la intimidad de sus almas. Había despreciado e injuriado a cada hombre, mujer y niño, y había *conocido* la crueldad de cada uno, todos los pecados y deseos inicuos que albergaban. Les conocía y había hecho que cada uno de ellos se conociera a sí mismo.

Paula pasó los brazos alrededor de los frágiles hombros de su madre y la condujo, vacilante, a lo largo de la fila, hacia el pasillo central. Casi se desplomaron en varias ocasiones, cuando el suelo se sacudió. Era agotador arrastrar a su madre, abrirse camino a través de aquellos que habían quedado paralizados por el terror, rechazando a otros que trataban desesperadamente de avanzar. Consiguieron llegar al final del

banco, se detuvieron y reunieron fuerzas para unirse a la corriente principal de gente que luchaba.

Alguien se derrumbó contra ellas, todos cayeron y derribaron el banco de detrás y estrellándose contra la blanda tierra. Paula se deslizó de rodillas, palpando en busca de su madre, mientras un agitado bosque de piernas pasaba a pocos centímetros de su cara. Tocó el cuerpo de su madre y tiró de él, pero el cuerpo no se movió. Sus nerviosas manos se movieron a lo largo de la forma hacia la cara de su madre: la encontraron y descubrieron que la boca estaba abierta, y los ojos, cerrados.

—¡Madre! —gritó, y en ese momento se calmó la temblorosa tierra.

Los gritos de terror se calmaron al inmovilizarse la tierra. La gente se paró y miró a su alrededor. Llegaban gemidos de todas partes, pero eran suaves, como los de animales después de una dura paliza. Hasta los que cantaban himnos se habían detenido. Hasta los que rezaban.

Algo ardía en el altar.

Paula supo instintivamente que su madre estaba muerta, pese a lo cual metió una mano bajo el abrigo de la anciana para comprobar si le latía el corazón. Estaba tan inmóvil como el aire que les rodeaba. No sentía ninguna pena; sólo embotamiento. Y, en cierto modo, alivio.

Pero el entumecimiento se disipó al ver a Rodney Tucker derrumbado contra un banco cercano. El odio hirvió en su interior, una furia que rápidamente devoró el entumecimiento y despertó una tremenda emoción en todo su ser.

Y entonces, justo cuando una intranquila calma empezaba a extenderse sobre todo el mundo, la tierra se abrió.

George Southworth había huido hacia la pared de la iglesia; toda su dignidad se había evaporado y mostraba sólo un puro terror.

Todo iba tan bien… sus sueños estaban a punto de realizarse. El santuario —*su proyecto*— se había convertido en un enorme éxito, una máquina de fabricar dinero. Él y otros de la zona, aquellos que habían previsto invertir, meterse en el negocio desde el principio, iban a ver recompensada su astuta perspicacia de hombres de negocios. Realmente, la recompensa ya se había dejado ver; ahora sólo podían incrementarla. El pueblo de Banfield ya no estaba muriendo; florecía y seguiría haciéndolo, igual que el pueblo francés de Lourdes, ahora convertido en bulliciosa ciudad, una próspera comunidad conocida en todo el mundo.

Pero ella, aquella cosa, aquel ensangrentado monstruo que había regresado imposiblemente de la muerte, le había mirado, sólo a él, y había visto la codicia en su corazón. Y se había reído de ella, y se había alegrado de ella, porque la codicia formaba parte de la maldad que le daba la existencia.

Southworth empezó a correr aun antes de que la tierra comenzara a temblar. Aquellos que le rodeaban estaban demasiado ciegos para ver, demasiado horrorizados

para darse cuenta de esta nada santa resurrección. Él sabía, aunque no comprendía cómo, que aquella criatura era la manifestación de su propia maldad, que existía merced al poder que obtenía de sus propias almas ennegrecidas. Se le había ocurrido la idea porque ella lo había querido así. Tal instigación era el tormento de esta criatura: el darse cuenta de la propia e infinita maldad de uno mismo. La culpa que la Iglesia enseñaba a sufrir a todos los hombres se basaba en la realidad: la culpabilidad era real, porque la maldad siempre había estado en todas y cada una de las personas. Hasta en los inocentes, en los niños. Niños como Alice.

Pasó junto a aquellos que sólo podían quedarse mirando fijamente el altar, y luchó contra la debilidad y el mareo que le asaltaban, sabiendo que la catástrofe seguiría a aquel nuevo y obsceno milagro.

Vagamente, en algún lugar a lo lejos, oyó hablar a la cosa encorvada, una palabra, quizás un nombre, y el eco en su mente fue ahogado por el trueno, un sonido tan fuerte, tan estremecedor, tan cercano, que pareció rasgar su corazón. Pero él se seguía moviendo, vacilando entre los inválidos tumbados en el suelo.

Estaban luego aquellos otros que huían con él, gritos que escapaban de almas aterrorizadas, súplicas de los demasiado tullidos para moverse. Una mano le cogió la pierna, y él bajó la vista para contemplar a un hombre esquelético, consumido, envuelto en una gruesa manta roja, el cual le suplicaba con ojos desorbitados que le sacara de aquel caos. Golpeó la arrugada y amarilla mano para apartarla de su pierna, y siguió vacilante hacia delante; el suelo vibraba todavía bajo él, el profundo temblor parecía levantarse a través de las plantas de sus pies, para sacudirle como una muñeca de trapo.

Transcurrió una eternidad antes de que llegara a la pared baja que rodeaba los terrenos de la iglesia, y la oscilación se había hecho aún más violenta. Había otras personas con él, aquellas que se daban cuenta de que las salidas estarían bloqueadas, y también ellas se encaramaron a la pared, y saltaron al cementerio que había al otro lado.

Cayó pesadamente y se quedó allí agachado, sin aliento, en la áspera hierba, las manos aferradas a la tierra. Resultó golpeado cuando otros saltaron la pared, y algo le dio en la sien, haciéndole tambalearse. Southworth se echó atrás, se pegó contra la pared y permaneció allí jadeante, tratando de recobrar la respiración, esperando cautelosamente, como un *jockey* desmontado debajo de un obstáculo.

Unas botas de tacones altos le arañaron el hombro, y Southworth reconoció vagamente a la periodista norteamericana que estaba en el convento el día en que el estómago de Alice rechazó la hostia de la comunión. Gritó ayuda a la fugitiva figura, demasiado aturdido para moverse; pero la mujer había desaparecido entre las lápidas.

No tenía noción del tiempo transcurrido ni del rato que hacía que estaba allí, porque sus sentidos estaban embotados; el miedo y el golpe que había recibido se combinaron para aumentar su confusión. Advirtió que la tierra ya no temblaba y que a su alrededor reinaba la quietud. Se pasó la mano por la cara y vio que estaba

húmeda; no se había dado cuenta de que había estado llorando.

Southworth gimió cuando volvió a estallar el pandemónium. El desgarrador sonido daba la impresión de que la tierra entera entraba en erupción. Todo se movía: los árboles, la tierra, las lápidas. La tierra fresca, lujuriante, corría formando pequeños riachuelos en las diminutas pirámides que eran las toperas. Mientras observaba, una lápida gris, a unos dos metros de distancia se inclinó y cayó al suelo. Resonaban las tapas de piedra de las tumbas; una de ellas empezó a agitarse a sacudidas, con rápidos movimientos, de manera que se deslizó de su lugar, se rompió en fragmentos al tocar el suelo y dejó la tumba completamente abierta.

Tenía que llegar a la iglesia. Allí podría refugiarse contra toda aquella locura. Trató de levantarse, pero no se lo permitió el temblor de la tierra; avanzó dando tumbos, encorvado, ya a cuatro patas, como un animal, ya tumbado, impulsándose con brazos y piernas.

Algunas figuras a su alrededor iban dando tumbos por el cementerio, cayendo contra las lápidas, apoyándose en temblorosas tumbas.

De vez en cuando, las espesas nubes dejaban entrever la luz de la luna, aunque eso duraba sólo unos instantes.

Se movió un montón de tierra cerca de Southworth, y él se quedó mirando hechizado, diciéndose que eran los temblores de tierra lo que perturbaba la sepultura. Pero el suelo era empujado desde abajo, desde dentro, como si algo subterráneo quisiera respirar una vez más el aire de los vivientes.

Más movimiento procedente del suelo cercano. Una urna con flores frescas se volcó. La tierra de debajo empezó a moverse, a abrirse.

Un arroyuelo de tierra tocó sus dedos extendidos, y Southworth apartó la mano, metiéndosela bajo el pecho. Vio la pequeña tumba próxima, la tumba de un niño… o quizá de un enano. Se estaba formando un pequeño montecillo, levantándose por encima de la tierra llana que lo rodeaba, y, antes de que la luna fuera tragada nuevamente por las pesadas y tronantes nubes, unas cositas blancas se abrieron camino a través del suelo; bien podrían haber sido gusanos. Gusanos que se alzaban rígidos, hacia arriba. Cinco de ellos. A los que se unieron otros cinco.

Southworth gritó y se puso en pie tambaleante. Corrió, dio tumbos, se arrastró hacia la puerta de St. Joseph, consciente de las deslizantes formas del suelo que le rodeaban.

Chocó con fuerza contra la vieja puerta, gimiendo; tenía las piernas manchadas con sus propios excrementos; sus ojos, empañados por las lágrimas. Arañó la madera como si fuera a abrirse camino a través de ella con las uñas, rascó el anillo de metal situado al nivel de la cintura, lo retorció, una vez, dos; empujó la puerta, la abrió y entró tambaleándose. La cerró de golpe, y se quedó allí en la oscura iglesia, su espalda contra la puerta, su pecho subiendo y bajando pesadamente, tratando de inspirar un poco de aire.

Hasta que se paralizó, sus pulmones a medio llenar.

Y oyó cómo arañaban al otro lado de la puerta.

CUARENTA

¿Adónde han ido los muertos?
¿Dónde viven ahora?
No en la tumba, dicen;
entonces, ¿donde?

Tumba junto a una encina
STEVIE SMITH

Fenn levantó la cabeza de la plataforma y trató de hacer una profunda inspiración. El aire era fétido, estaba lleno de corrupción y del hedor a carne quemada; se atragantó y notó espasmos en el estómago.

Era vagamente consciente del torbellino que se estaba produciendo en el campo; de la gente presa del pánico que corría hacia las salidas; de los temblores de tierra que hacían caer a muchos al suelo, donde eran pisoteados por los demás. Pero estaba oscuro allí y era virtualmente imposible distinguir algo más que una confusa lucha de cuerpos; lo que revelaba el verdadero horror eran los gritos y los patéticos gemidos.

En algún lugar de los conductos de su confusa mente, la razón le decía que tenía que marcharse, que tenía que volver, encontrar a Sue y a Ben y llevarlos lejos del peligro, porque aquella cosa abominable tenía intención de destruir, de devastar. Pero no tenía fuerzas; sentía los músculos flojos, aunque sus nervios estaban tensos. Quería apartar los ojos de la ardiente y ensangrentada monstruosidad, pero la visión retenía su mirada, retenía su debilitado cuerpo, le retenía allí como si unas cadenas le impidieran cualquier movimiento.

La oía hablar, y había otras voces en su cabeza que le decían que debía resistir su poder. La fuerza de ella era la de *él*, era la fuerza de todos los presentes, era una potencia acumulativa obtenida a partir de la maldad de los demás, la fuerza negativa arrancada de la positiva, que creaba un desequilibrio en todos. Pero había que resistir. *¡Resistir!* Las voces repetían la palabra, y eran las mismas voces y las mismas palabras que en sus sueños. Elnor sólo podía existir merced a la energía cinética de los que vivían. *¡Resístela!* Ella no podía gobernar a los que se oponían.

¿Sería sólo una simple ilusión que las voces de su mente y de sus sueños fueran las de los dos sacerdotes muertos?

Fenn gimió y trató de resistir, pero el esfuerzo era excesivo. No podía ni siquiera apartar la mirada de la desfigurada criatura. En la iglesia de Barham había huido de aquellas pesadillas, negándose a enfrentarse con ellas, negándoles toda realidad; ahora no tenía ninguna opción en la confrontación. Estaba demasiado débil para irse.

Todas las personas que se encontraban en la plataforma alrededor del altar se hallaban en un estado cercano al colapso. El obispo Caines estaba de rodillas, con una mano en el entarimado y agitando la otra débilmente en el aire, en un movimiento no

coordinado, que se parecía vagamente a la señal de la cruz. Sus labios no dejaban de moverse, y de ellos fluía un poco de baba, que brillaba en su barbilla. Las palabras eran casi inaudibles, pero quedaron claras en la mente de Fenn:

…Santísimo Señor, Padre Altísimo, Dios Eterno y Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Quien, de una vez para siempre, mandó al tirano caído…

El sacerdote que había estado celebrando la misa yacía en el suelo, con los brazos estirados, como si estuviera suplicando. Estaba inmóvil, y Fenn pudo ver cómo sus ojos quedaban en blanco; la boca del sacerdote se abrió, pero no se observó ninguna indicación de que estuviera respirando.

…a las llamas del Infierno.

Quien envió a su Hijo Unigénito al mundo para aplastar al rugiente león; atiende nuestra llamada…

Unos monaguillos estaban acurrucados, las rodillas dobladas, las frentes apretadas contra la rica alfombra de la plataforma, y las manos, cubriendo la cabeza como para alejar la malignidad que se había manifestado; otros se tambaleaban mientras se arrodillaban, con una expresión de horror en la cara, y los ojos fijos en la pequeña, e impura figura.

…de ayuda y aparta de la perdición y de las garras del Diablo a este ser humano hecho a Tu imagen…

Sólo Molly Pagett permanecía de pie.

Sin embargo, aunque se estaba desmoronando, su brazo permanecía aún levantado hacia su hija.

—¡Aliiiiice! —gimió.

Y la malévola voz silbó:

—Tu hija está muerta, dulce Rosemund. Ella, la semilla de nuestro Diablo, está entre este lugar y el mundo subterráneo, pues casi ha completado mi servicio. Nadie puede salvarla. Nadie puede salvarte a ti. —La chamuscada y encorvada criatura volvió la cabeza hacia la negrura—. Ni tampoco aquellos que me asesinaron y negaron mi derecho.

…y semejanza.

Descarga el terror, Señor, contra la bestia que ahora asóla Tu viña. Haz que Tu poderosa…

—¡Noooooo!

Molly Pagett se tambaleó hacia delante, se desplomó y se arrastró hacia la cosa ardiente, con ambas manos estiradas.

Y la criatura que era Alice, que era Elnor, rió, y Fenn vio una forma colgando de una de las ramas inferiores del árbol, y la forma estaba ardiendo y retorciéndose, y tenía el cuello estirado, sus pies se movían crispadamente y se ennegrecían y caía sustancia humeante de su cuerpo al altar situado debajo, y su cabeza estaba en llamas, y su carne ardía, y cuando se volvió se vio que era Alice.

…mano lo arroje, para que él… él… él… no pueda ya mantener cautiva a esta persona…

Con un chillido de pura desesperación, Molly Pagett se abalanzó y tocó el chamuscado y podrido cuerpo de Elnor, luego gritó de dolor cuando arroyuelos de fuego corrieron por sus dedos, a lo largo de sus brazos, engullendo su cabeza y hombros.

Se produjo un silencio. Un silencio que era más terrorífico que el clamor que le había precedido.

El obispo Caines permaneció quieto.

Molly Pagett, ardía, pero no se movía.

Fenn notó que sus sentidos empezaban a desvanecerse.

Y el cadáver-imagen de la monja del siglo XVI rió burlonamente mientras el trueno retumbaba de pronto y la tierra del campo empezaba a abrirse.

Paula abandonó el cuerpo muerto de su madre.

El sordo ruido del trueno resonó en su cabeza cuando la tierra se separaba violentamente y empezaba otra vez la cacofonía de gritos y ruidos. Contempló, hipnotizada, cómo se abría una enorme grieta en el suelo; la brecha fue ensanchándose, corriendo a lo largo del pasillo central, y obligando a la petrificada multitud a encaramarse a las filas de bancos.

La tierra se abrió completamente, y Paula vio la negrura en su fondo, un fondo sin límite, una infinitud de oscuridad. Sin embargo, cuando la luna apareció entre la masa de nubes y arrojó su tenue brillo a la sima, vio allí movimiento, manos que se alzaban hacia arriba, miembros que se aferraban a la blanda y escindida tierra. Formas que ascendían de las profundidades, figuras que se retorcían, que gemían y abrían la boca mirando el cielo sobre ellas, almas atormentadas que ansiaban el mundo de arriba.

Paula cerró los ojos, y se dijo que aquello no podía ser cierto, que no estaba sucediendo realmente. Los volvió a abrir, y vio que era cierto, que aquello estaba sucediendo.

Había figuras al borde de la abierta sima, retrocediendo, empujándose para mantenerse lejos de la brecha cada vez más ancha. Aun en medio de su terror, Paula reconoció a dos de ellas.

Tucker luchaba por apartarse del abismo, entorpecido por su mujer, que había resbalado, una pierna fuera del borde, desapareciendo en la oscuridad. Se aferraba a las ropas del hombre, tratando desesperadamente de sujetarse, pero él le apartaba las manos, temiendo que ella se lo llevara consigo, y sabiendo que no podía izar aquel peso. Ella le gritaba, implorando que la salvara, pero él le gritaba a su vez, diciéndole que se soltara, golpeándola, tratando de hacerle soltar los dedos. Ella le agarraba ahora con una sola mano, y con la otra se aferraba al suelo bajo ella, una de sus rodillas al borde mismo de la sima. La tierra se desmoronó bajo su pesado cuerpo, y la tela del traje de Tucker se rasgó cuando ella cayó gritando.

Tucker retrocedió dando tumbos y luego se enderezó. Se quedó allí con las manos

en los muslos, luchando por recobrar la fuerza; no tardó en darse cuenta de que tenía que seguir moviéndose, de que la sima no había dejado de agrandarse.

Se volvió justo en el momento en que lo embestía Paula.

El odio la había empujado hacia delante; no sentía más que aborrecimiento por aquel gordo bastardo que la había traicionado, utilizado, abusado de su cuerpo y mentido, mentido, *¡mentido!* Bajo tierra, era el lugar que le correspondía, retorcerse y serpentear con los gusanos, las babosas y las criaturas del submundo semejantes a él.

La mujer se abalanzó, él la cogía en sus brazos. Pero el ímpetu era demasiado fuerte; y Tucker no pudo mantener el equilibrio. Cayó hacia atrás, se agarró a la mujer y la arrastró consigo.

Juntos, unidos en un espantoso y vociferante abrazo, se hundieron en la negrura.

Southworth huyó de la puerta.

Tocaba cada banco mientras retrocedía, como un niño que toca los barrotes de una reja, acción que carecía de lógica y que era impulsado sólo por el pánico.

Llegó a la barandilla baja del altar y tropezó con ella; gimió ante la soledad de la iglesia, temeroso de los helados cadáveres que estaban fuera tratando de entrar.

La iglesia empezó a vibrar. Las estatuas se movieron en las paredes, impulsadas por el temblor. No pudo seguir aferrándose a la barandilla. El crujido de la vieja piedra sonó como un disparo de cañón, haciéndole volver violentamente la cabeza en dirección al sonido. Con fascinado horror observó cómo se abría una rendija a través de toda la pared. Más sonidos restallantes y más líneas se unieron a la primera, ahora, procedentes del otro extremo de la iglesia. Y luego, del tejado.

Trozos de mampostería se estrellaron en el suelo de piedra. Hormigón pulverizado empezó a caer como si fuera blanco polvo, y las débiles luces de la iglesia iniciaron un parpadeo como si fueran velas agitadas por el viento. Luego sus llamas se quedaron muy bajas.

Se apretaba la boca con las manos, ahogando los gritos —que nadie habría oído— por encima del estruendo de la piedra al partirse. Detrás de él cayeron los candelabros del altar; la puerta del sagrario se abrió, mostrando la blancura, forrada de seda, de su interior; el enorme vitral, donado a St. Joseph en el siglo XVI, por un noble, se rompió hacia dentro, proyectando con fuerza por todo el recinto fragmentos de vidrio coloreado.

Southworth jadeó cuando varios trozos le golpearon la cabeza, segándole el pelo, el cuero cabelludo, y causándole unos delgados cortes, de los que pronto empezó a manar sangre. Tuvo suerte de que la barandilla a la que se agarraba le protegiera la mayor parte de la cara y cuello.

La turbulencia se hizo aún más intensa, y el ruido de rotura y de temblor resultó ensordecedor. Se abrió una larga y mellada línea en el suelo de piedra, que corría bajo los bancos y a través del pasillo. Pronto empezó a abrirse una brecha, una grieta tan negra, que parecía pintada. Los bancos se movieron y cayeron unos contra otros

mientras la grieta se convertía en una fisura, y ésta, en una ancha hendidura.

Le empezaron a sangrar los nudillos cuando se los mordió con dureza; observaba cómo unos dedos, cubiertos de fango, aparecían por encima del borde del agujero. Mordió hasta que sus dientes llegaron al hueso desnudo. Aparecieron unas manos, luego brazos, sucios de tierra y mantillo. Pequeñas cosas negras horadaron el suelo y desaparecieron en los rincones más oscuros; algo alargado se deslizó por el suelo y se enrolló en torno a la base de la estatua. Más dedos aparecieron por encima del borde, más brazos se alzaron en el aire. Más manos y desnudos hombros, descoloridos por la muerte, empezaron a aparecer.

La puerta del otro extremo de la iglesia empezó a resquebrajarse, pues la presión de la piedra que se quebraba a su alrededor estaba forzando su marco. De pronto se rompió, se abrió con violencia, y las criaturas muertas entraron.

Sue se sentía extrañamente tranquila.

—¿Qué pasa, mami? ¿Por qué gritan todas esas personas?

Sue sujetó fuertemente a Ben, una mano contra su nuca y la cabeza apretada contra el pecho.

—Todo va bien —le tranquilizó, acariciándole el cabello—. No te asustes.

El niño levantó la cabeza y miró a su alrededor para ver lo que estaba sucediendo.

—No estoy asustado —replicó seriamente, contemplando el espectáculo con los ojos bien abiertos.

Alguien llegó corriendo, tropezó con ellos y cayó al suelo. La figura gateó para ponerse en pie bajo aquella pobre luz —no había forma de decir si era un hombre o una mujer— y salió corriendo.

Ben se enderezó.

—Puedo ver al tío Gerry —dijo, señalando hacia el altar.

Sue se esforzó por ponerse en pie, apoyándose en el derribado banco que tenía a su lado. La tierra seguía temblando, aunque no tan violentamente como antes, y el retumbante sonido era ahora más profundo, como si resonara en las entrañas de la tierra. Por alguna razón, la gente huía del pasillo central, aunque era imposible saber el motivo. Siguió con la mirada el dedo de Ben, y jadeó al ver la escena del altar.

Había allí cuerpos vestidos con ropas litúrgicas, diseminados en toda la plataforma. Reconoció la corpulenta figura del obispo Caines, su escaso y gris cabello aplastado contra la frente, húmedo de sudor; su mano se movía inútilmente en el aire. A un par de metros de él había algo que ardía brillantemente. Era una figura humana, una figura arrodillada que no se movía, no se agitaba en su agonía. Sólo la cabeza, brazos y hombros ardían, con las manos estiradas hacia alguien que estaba justo más allá de la luz que arrojaba la única lámpara que ardía. Era sólo una pequeña silueta negra, la figura de un niño, de pie ante la horrible demostración, observando, absolutamente inmóvil, en tanto que remolinos de humo de las apagadas luces formaban turbulencias en torno al altar. Y dominándolo todo, alzándose por encima

del santuario, el roble, sus gruesas ramas inferiores retorcidas hacia abajo como brazos que se dispusieran a recoger los cuerpos caídos.

Sue vio a Fenn caído en las escaleras de la plataforma. Parecía impotente y asustado.

Se puso en pie, arrastrando a Ben con ella.

—¿A dónde vamos? —preguntó el niño.

—Fuera de aquí —replicó ella—. Pero antes tenemos que recoger al tío Gerry.

—¡Claro! —gritó Ben y se precipitó por encima del banco.

Inmediatamente, Sue sintió náuseas y vértigos. Se le empezaron a doblar las rodillas.

—¡Ben! —gritó, y el muchacho volvió a su lado; sus brazos le rodearon la cintura y su carita miró ansiosamente la de Sue.

El mareo desapareció. Tragó saliva; ya no sentía náuseas. Sue miró con curiosidad a su hijo.

Se inclinó.

—No me dejes, Ben. No te apartes de mí.

Él la tomó de la mano y, juntos, pasaron por encima de los bancos, hacia el altar.

Sue se obligó a ignorar los patéticos gritos de ayuda que emitían los inválidos esparcidos por la estrecha franja de tierra entre los primeros bancos y la plataforma, sabiendo que no podía acudir en su ayuda, que había de llegar hasta Fenn, que quizá juntos pudieran trasladar a uno o dos fuera de allí. Agarró con fuerza la mano de Ben, sin comprender por qué su fuerza, su tranquilidad, parecían derivar de él, y consciente sólo de que era así.

Trató de no mirar la figura que ardía, y vio que Ben había quedado fascinado por ella. Sue acercó la cabeza del niño hacia su cadera, cubriéndole la cara con una mano para apartarle de la visión, pero él le abrió los dedos y atisbo por entre ellos.

Llegaron a los pies de la escalera y empezaron a subir.

—¿Gerry?

Estaba a su lado, mirando ansiosamente la cara del periodista. Éste parpadeó y no pareció reconocerla al principio.

—Sue —dijo suavemente, y ella lanzó un suspiro de alivio. Fenn se aferró de pronto a su brazo.

—Sue, ¡tienes que marcharte de aquí! ¡Ahora, ahora mismo! ¿Dónde está Ben?

—Aquí. Vamos, ven con nosotros.

Hundió la cabeza contra la escalera.

—No, no puedo moverme. Estoy demasiado débil. Tenéis que iros sin mí.

Sue hizo subir a su hijo los escalones.

—Vamos, tócale, Gerry. Sostenle la mano —le dijo.

Fenn le miró sin comprender.

—¡Vete, Sue, vete!

Ella puso la mano de su hijo en la suya, y Fenn miró a ella y al muchacho; luego

bajó los ojos a sus unidas manos. Empezaba a recuperar su desvanecida vitalidad.

Gritos de agonía hicieron que los tres miraran al altar.

Molly Pagett se estaba levantando lentamente de su posición de arrodillada, golpeando sus manos inflamadas con manos que también ardían. El sonido de sus gritos les alcanzó causándoles escalofríos.

—¡Oh, Dios, tengo que ir a ayudarla!

Fenn se quitó la chaqueta y subió el resto de los escalones que llevaban a la plataforma. Fue dando tumbos y colocó la chaqueta ante él, preparado para echarla sobre la cabeza y los hombros de la mujer.

Pero Molly Pagett estaba más allá de cualquier ayuda.

Con un último grito desgarrador, se abalanzó hacia la oscura figura que estaba de pie justo más allá de la luz. La figura no pareció moverse; sin embargo, los ardientes brazos de la mujer no la hirieron. Molly se arrojó fuera de la plataforma, cayó en la oscuridad y quedó retorciéndose en el campo de abajo, un llameante andrajo, cuyos gritos de agonía fueron debilitándose lentamente, desvaneciéndose y deteniéndose de pronto cuando, al fin, se consumió su vida.

Fenn lanzó un gemido y se derrumbó en el suelo, balanceándose sobre sus talones, con los ojos cerrados y la chaqueta sostenida inútilmente en su regazo.

La pequeña figura dio un paso adelante; salió al círculo de luz, quedó de pie ante el altar y miró al árbol. Luego se volvió hacia Fenn.

Centelleó el relámpago e inundó con plateada luz el santuario, el campo y la lejana iglesia. Fenn, que había abierto los ojos, sintió que no formaba parte de la escena, sino que se cernía en algún lugar por encima de todo aquello, observándolo desde gran altura, sin sentirse implicado. Los fieles que corrían y se empujaban, los enfermos eran abandonados, y sus brazos levantados imploraban ayuda; el enorme abismo del que emergían todas aquellas reptantes cosas; la iglesia, con su torre, que empezaba a desmoronarse; las abiertas tumbas; el santuario, los cuerpos desplomados ante el altar, el crucifijo caído, el deformado árbol. La criatura que le observaba.

El centelleo de luz se apagó, una instantánea de dos segundos que inculcó en la mente de Fenn una indeleble visión monocroma del caos del Infierno. El trueno retumbó, un ensordecedor ruido que sumergió a todos; Fenn se llevó las manos a los oídos, en un acto reflejo.

Ben le tiró del vestido a su madre y dijo:

—Hay sangre por todo el vestido de Alice, mami.

Fenn miró a los astutos ojos de Elnor y se vio hundiéndose en su dulzura, un vórtice de paz que le arrastraba hacia dentro para ser exquisitamente anegado en sus profundidades. Fue consciente de sus rasgos, de delicada belleza; de la blancura de su piel; de la humedad, de la natural rojez de sus labios, aunque sólo miraba a sus ojos. Sintió la agradable flexibilidad de su cuerpo, su agilidad, su vitalidad y la firmeza de sus jóvenes pechos, que el sencillo hábito de monja no podía disimular.

Elnor sonrió, y la cabeza de Fenn dio vueltas.

Cuando ella habló, él apenas comprendió sus palabras, tan extraño era su acento, y tan baja, ronca, su voz.

—Contempla mi venganza —dijo—. Y forma tú parte de ella.

Y sus ojos ya no eran suaves y pardos, sino profundamente negros, insondables pozos que le fascinaban. Su piel ya no era suave y blanca, sino que estaba chamuscada y desgarrada; los quemados labios se abrieron y mostraron raigones de ennegrecidos dientes y supurantes encías. Su cuerpo no era ya flexible y erguido, sino que estaba retorcido, encorvado, deformada figura que, de alguna curiosa manera, se parecía al retorcido árbol que se cernía sobre ella. Su hedor le invadió en oleadas de putrefacción. Fenn levantó una mano contra ella, cayó hacia atrás e hizo grandes esfuerzos por alejarse.

La risa de la visión era insidiosa, una maliciosa y deslizante risita.

—¿Por qué está Alice de pie ahí? —preguntó Ben a su madre.

Se elevó el tono de la risa, llenando la cabeza de Fenn e inundando su mente. Debo escapar, se dijo. Debo librarme de ella. ¡Oh, Dios, Jesucristo, por favor, ayúdame!

La plataforma empezó a vibrar. Sus manos fueron arrancadas de la superficie, y su cuerpo rodó hacia atrás. Se volvió, trató de cogerse las rodillas, cayó, y su cuerpo resonó contra la astillada madera, por encima del ruido sordo. La larga y negra hendidura del campo se estaba ensanchando, fluyendo hacia el altar como un oscuro río y estirándose hacia la plataforma.

Las ropas de la monja ardían mientras se acercaba a Fenn, y su piel se llenaba de ampollas una vez más. Sin embargo, seguía riendo, y su boca sin labios se mofaba de él. Unos dedos chamuscados se alargaron hacia él. Un relámpago iluminó el cielo.

Elnor estaba casi encima de él, y su respiración era tan espantosa como su cuerpo.

Fenn gritó, incapaz de moverse.

Y ella sonrió, con su mueca de muerte.

Pero entonces se detuvo. Miraba hacia atrás, al árbol. Gemía y lanzaba un patético y grave quejido. Se enderezó, y sus rotas manos se apretaron fuertemente contra sus pechos. Sus gemidos se hicieron más fuertes.

Fenn siguió su ciega mirada y no vio nada. Luego se produjo un tenue resplandor.

Una incandescencia.

En la base del árbol.

Fenn sintió renovarse su temor, pero esta vez era de otra clase. El resplandor se acrecentó, se hizo brillante, como un sol que acabara de nacer. Fenn trató de protegerse los ojos con la mano, pero la radiación era demasiado grande, demasiado cegadora. Sin embargo, había algo en su centro. Algo se hallaba de pie en medio de su incandescente núcleo.

Y en su mente pudo oír las voces de los dos sacerdotes. *Reza*, le apremiaban. *Reza*.

El periodista parpadeó. Cerró los ojos. Y rezó.

El rayo golpeó el árbol, y sus ojos se abrieron de golpe.

La encorvada criatura se estaba alejando, arrastrándose lentamente, los brazos extendidos hacia el astillado roble. Gritó, maldijo, su gutural voz alcanzó su punto culminante.

Las ramas superiores del árbol estaban ardiendo, y de su despedazado tronco, surgían diminutas criaturas, gusanos, piojos, brillantes sanguijuelas de la madera. El árbol estaba podrido, muerto por dentro, un nido de parásitos que se alimentaba de cosas muertas.

El trueno y, casi simultáneamente, el rayo bifurcado, cayó sobre el árbol, y cada rama se tomó viva, con azules destellos danzantes, vertiéndose la energía a través de los retorcidos miembros, buscando la tierra. Todo el roble se incendió, y un espantoso sonido de desgarro hendió el aire. El árbol empezó a inclinarse.

Unas manos cogieron a Fenn por los hombros. Unas manos de mujer y de niño.

Sue y Ben tiraron de Fenn hasta que éste se movió con ellos, huyendo de la plataforma, lejos de la vociferante criatura, lejos del árbol que caía. Cogidos de la mano, saltaron de la plataforma a la noche.

Aterrizaron pesadamente, pero la fangosa tierra era blanda, se hundía. Fenn, jadeante, con los tobillos doloridos por la caída, se volvió para ver a la niña de pie bajo el desencadenado infierno, la niña que estaba ya muerta, asesinada por un demente. Alice, que ahora levantaba sus brazos como si fuera a rechazar la llameante némesis, aunque ya no la niña cuando las llamas la engullían, sino una vez más la negra y encorvada criatura que no podía desafiar el poder más fuerte. Fenn creó oír que Elnor lloraba cuando el ardiente árbol aplastó y luego incineró su corrupto y sobrenatural cuerpo.

La plataforma se desplomó, y todos los que estaban desparramados por ella cayeron hacia dentro, hacia el centro del fuego. Pronto toda la estructura quedó envuelta en llamas.

Sólo podían oírse el crepitar de las llamas y el llanto de aquellos que todavía quedaban en el campo. Los temblores de tierra se habían detenido. No se oían más gritos.

Fenn se volvió para coger a Sue y a Ben, sus enloquecidas caras bañadas por el cálido resplandor de la hoguera. Los atrajo hacia sí, se acurrucaron juntos y se movieron sólo cuando las llamas de la ardiente plataforma se acercaron demasiado.

Y entonces la lluvia empezó a caer suavemente.

CUARENTA Y UNO

Rodea y rodea el círculo
completando el encantamiento
Para que el nudo puede ser desatado,
La cruz, descruzada,
lo encorvado, enderezado
y la maldición, acabada.

La maldición debe acabar
T. S. ELIOT

—Ven con nosotros.

Fenn sonrió a Sue, que estaba mirando la abierta portezuela del coche y, suavemente, sacudió la cabeza.

—Ve con Ben —dijo—. Os recogeré más tarde.

El muchacho salió a gatas del asiento trasero del coche al bordillo. Sue se inclinó hacia el «Mini», con una rodilla en el asiento del pasajero, y se estiró para besar a Fenn en la mejilla. Tiernamente lo acarició, y luego se fue.

Fenn los observó mientras caminaban por el largo sendero hacia la entrada de la iglesia; el pelo de Sue despedía reflejos dorados en los bordes, y Ben, sujetando su mano, daba brincos a su lado.

Era un domingo por la mañana, un día fresco y brillante, y en el aire flotaba un fuerte olor a mar. La iglesia era de diseño contemporáneo, elegante en su sencillez, y su estructura huía de toda solemnidad y opresividad. Más invitadora que un par de iglesias que Fenn podía recordar, pensó el periodista torvamente. Pocas eran las personas que paseaban por la calle en aquella parte de la ciudad balnearia, aunque era una mañana brillante y soleada, todavía envuelta en la brisa invernal; sólo las que tenían perros que necesitaban hacer ejercicio; las que se sentían demasiado solitarias para permanecer en casa y las que asistían a los servicios dominicales en los múltiples y variados templos y capillas de Brighton, habían abandonado el calor de sus hogares. Una de tales personas, un paseante de perro, andaba por el lado contrario de la calle, y Fenn captó una palabra de los titulares de la primera página del periódico que el hombre iba leyendo.

Decía SANTUARIO, y Fenn apartó la cabeza.

Estaba cansado de sus teorías, sus conjeturas, su desesperada necesidad de racionalizar. La opinión favorita del momento era que una tempestad eléctrica se había centrado en el campo, y que un rayo había destruido la plataforma donde estaba levantado el altar, haciendo que el árbol ardiera y cayera; el rayo había golpeado también el suelo, provocando sacudidas que recorrieron la tierra. Los técnicos de cine, radio y televisión presentes, se quejaron de que la interferencia eléctrica había provocado averías en sus equipos. Incluso la película de las cámaras de los fotógrafos

de Prensa había sido velada, aunque nadie podía explicar completamente cómo una tempestad electromagnética podía producir semejante efecto. La Policía, que recibió severas críticas por no haber controlado el pánico, afirmaba desmayadamente que su propio sistema de comunicaciones había quedado perturbado por la tormenta. Las ondas de *shock* habían producido histeria de masas entre la ya sumamente cargada y emocional multitud, causando alucinaciones, desmayos y pánico. Ésa era la mejor clasificada, la Número Uno, entre todas las conclusiones a que se había llegado. Otras eran más fantasiosas, pese a lo cual, no habían sido totalmente rechazadas: Alice Pagett había adquirido algunos poderes paranormales mentales, y, al perder el control de los mismos, había trastornado el delicado equilibrio de la Naturaleza; una erupción subterránea había sacudido la zona, asustando a todos los reunidos hasta provocar la histeria (por desgracia, no había ninguna prueba sismográfica que corroborara la idea); una organización antirreligiosa había colocado una bomba bajo el altar (probablemente el mismo grupo que había matado al monseñor). Más y más soluciones, más y más confusión.

Más de veinte mil peregrinos habían ido al santuario aquel negro domingo, y, si realmente hubo un milagro aquel día, ése fue el hecho de que sólo se produjeran ciento cincuenta y ocho muertes en el pánico. Muchos habían sido aplastados hasta morir bajo los pies de sus correligionarios; algunos habían sufrido ataques al corazón de desenlace fatal; otros —aquellos que se encontraban en la plataforma central o cerca de ella, habían muerto por el fuego, y otros murieron en accidentes cuando huían del campo. Muchos, muchos más habían resultado gravemente heridos o lisiados, en tanto que el estado de una serie de inválidos asistentes se había agravado hasta un grado alarmante. De forma extraña, los que habían sido curados por Alice Pagett, volvían a ser víctimas de sus enfermedades e incapacidades, como si la muerte de la niña hubiera cancelado los milagros.

Montones de los desgraciados adoradores —clérigos y monjas entre ellos— afirmaban haber visto cómo la tierra se abría bajo ellos. Pero estas personas estaban confusas incluso semanas más tarde, y su estado mental podía ser, a lo sumo, descrito como «inestable». Lo cierto era que centenares, tal vez millares, de personas, habían borrado por completo el incidente de su mente; cuanto podían recordar era la tremenda tempestad y su huida del campo.

La especulación entre los medios de difusión era para todos los gustos, oscilando entre el más salvaje sensacionalismo de la llamada Prensa popular —como si el incidente necesitara de cualquier tipo de sensacionalización— hasta los puntos de vista científicos y psicológicos, deliberadamente falseados, de los medios más conservadores. Fenn ya no formaba parte de este particular circo. Se había despedido del *Courier* y rechazado ofertas de empleo en los grandes Nacionales. Se había negado incluso a responder preguntas concernientes a los acontecimientos de aquella noche. Quizás algún día, cuando su cabeza estuviera clara y sus nervios más controlados, se sentaría y escribiría un libro definitivo sobre el santuario de Banfield.

Pero tendría que etiquetarlo como ficción, porque, ¿quién iba a creer los hechos?

Sonrió al recordar la frenética llamada telefónica de Nancy desde Estados Unidos. Sus jefes querían que fuera allí, le ofrecían un trabajo en el *Post* —«di tú mismo la cifra»—, a cambio de la historia completa del santuario. Fenn rechazó la oferta, y Nancy bufó de cólera y echó pestes en el otro extremo de la línea. Había sido una de las primeras en huir al darse cuenta de que «algo iba mal», pues aún tenía muy presente lo ocurrido en St. Peter. Tan asustada estaba, que, apenas percibió la menor señal de problema, echó a correr. A diferencia de la mayoría de gente asustada, se encaminó directamente a los terrenos de la iglesia, sabiendo que todas las salidas estarían atestadas; siguió a un hombre que a ella le pareció Southworth, el hotelero del pueblo, al que perdió de vista en algún lugar del cementerio. Había utilizado la entrada de St. Joseph como su ruta de escape y se había perdido el *finale*. Por este motivo estaba tan entristecida. Encantada de seguir viva, desde luego, pero furiosa por haberse perdido el *grand slam*. Nancy había apremiado, suplicado, amenazado, pero él se negó a satisfacer su petición. Estaba todavía furiosa al final de su conversación, pero consiguió gruñir «Te quiero, esquirol», antes de colgar el auricular.

Fenn se frotó las sienes con rígidos dedos y recordó a aquellos que habían muerto en el campo. El gordo hombre de negocios, Tucker, al que encontraron agonizando en el barro, su cara violácea a consecuencia de un ataque al corazón. Su principal ayudante, una mujer cuyo nombre no podía recordar Fenn, yacía encima de él, como tratando de proteger su grueso cuerpo de los pies de los demás. Se encontraba en un estado de *shock*. Irónicamente, su madre fue encontrada muerta allí cerca, también de un ataque al corazón. Empleador y madre, ambos perdidos al mismo tiempo y por la misma causa. No era extraño que se encontrara en estado de *shock*. La mujer de Tucker, encontrada también allí cerca, no podía recordar nada; sólo que se había desmayado al tratar de escapar del campo.

El obispo Caines había muerto, junto con otros clérigos y monaguillos, en el incendio. Aplastado por el árbol, quemado por las llamas.

George Southworth había sido más afortunado, aunque algunos pudieran pensar otra cosa. Fue encontrado escondido en St. Joseph, convertido en una temblorosa y babeante ruina humana. Tuvieron que sacarle a rastras de la iglesia, mientras él no dejaba de gritar, porque se negaba a caminar por el pasillo hacia la puerta. Aparte la puerta astillada y una vidriera rota (ambas por el rayo, se creía), la iglesia no había sufrido ningún otro daño, aunque Southworth insistía en que el edificio yacía en ruinas a su alrededor.

Luego estaba Molly Pagett.

Fenn cerró los ojos, pero la visión de su cuerpo inflamado era aún más aguda. ¡Aquella pobre mujer! Cuánto había sufrido en los minutos finales de su vida, viendo cómo disparaban contra su hija, luego resucitaba, se transformaba en algo indescriptible, y, finalmente, sufría una espantosa agonía. Quizás era mejor que

hubiera muerto, por terrible que fuera el modo, ya que el recuerdo de todo aquello la habría matado también, y la muerte habría sido más lenta y cruel.

¿Por qué Alice —¡no, *Elnor*!— la había llamado Rosemund? Una de las dos mujeres mencionadas en la crónica del sacerdote del siglo XVI se llamaba Rosemund. Era una de las dos jóvenes novicias a las que Elnor había seducido, la que fuera arrojada de la iglesia y de quien se afirmaba que vivía en los bosques que rodeaban el pueblo. ¿Podía Molly Pagett haber sido una descendiente de aquella muchacha? ¿O la criatura Elnor, aquella resurrección, aquella encarnación, estaba confundida por su propio odio? Nunca lo sabría, porque no había respuestas claras.

Tampoco había una respuesta clara al motivo por el que el joven había disparado contra Alice. Su cuerpo muerto fue encontrado entre los demás, apaleado y aplastado; nadie sugeriría siquiera que hubiera sido hecho pedazos por el populacho. La pistola alemana fue encontrada allí cerca, encasquillada. Su nombre era Wilkes, y la única anormalidad de sus antecedentes de típica clase media era que parecía sentir —a juzgar por los recortes de periódico recogidos que se encontraron en su mesilla de noche— fascinación por el asesino de John Lennon y los asesinos frustrados del Papa Juan Pablo y de Ronald Reagan. Si hubiera sido algo mayor, quizá sus héroes habrían sido Oswald, Ray y Sirhan.

Fuera cuales fueran sus retorcidas razones, una manera de conseguir fama, un rechazo de lo que él creía que era la bondad absoluta, lo cierto era que Alice estaba muerta. Quizás el mal había derrotado al mal.

Elnor había buscado su venganza y había exigido mucha. Sólo la imprevisible muerte de la niña había desbaratado su total consumación, y el santuario había sido destruido con tanta seguridad como por la mano de… Fenn no podía aceptarlo. Estaba todo demasiado confuso en su mente. Tal vez había imaginado que había visto… todo estaba tan confuso…

El cuerpo de Alice —lo que quedaba de él— fue encontrado bajo los restos calcinados del árbol. Y había sido enterrado, junto con los restos de su madre, en el cementerio de St. Joseph. Curiosamente, cuando se excavó el lugar donde se alzaba el santuario, una semana más tarde, se hallaron los restos de otro cuerpo enterrados bajo las raíces del caído roble.

Pero éste tenía siglos de antigüedad, y era sólo un esqueleto retorcido.

Parecía el de una persona pequeña, y muchos de sus huesos estaban rotos en el momento de su muerte. Y calcinados también.

Estos despojos fueron retirados para ser estudiados por expertos, quienes decidirían la fecha de su origen. Finalmente, los huesos irían a parar al Museo Británico, donde serían exhibidos en una vitrina a los turistas, y todas las personas interesadas en la evolución de la Humanidad podrían venir y contemplar el sonriente cráneo.

Fenn levantó la mirada y vio a Sue y Ben cerca de la puerta de la iglesia. Ben estaba distraído, acurrucado al borde del sendero, observando algo en el suelo, quizás

un insecto. Sue le estaba hablando; evidentemente le decía que iban a llegar tarde a misa.

¿Qué extraño poder tenía Ben? ¿Era su inocencia total lo que le protegía, lo que no le había dejado ver lo que los otros *creían* ver, lo que no le había dejado oír lo que los demás *creían* oír?

No había sido testigo de la irradiación de Alice ni de su levitación.

Y *no había visto a Elnor*. No había sentido estremecerse la tierra, ni visto cómo se abría. Y no era el único, porque otros niños del campo tampoco habían compartido el terror de sus padres y guardianes. Sin embargo, otros sí lo habían compartido.

Fenn había notado que recuperaba su fuerza cuando tocaba al muchacho; igual que Sue. Era como si su debilidad hubiera fluido a través del niño, actuando éste como un conductor humano y disipando su debilidad en el suelo. ¿Era tan poderosa la inocencia contra semejante maldad?

Quien hubiera dicho que las preguntas eran más importantes que las respuestas, era un loco. Las preguntas sin responder podían conducir a la locura.

Se obligó a relajarse. Fuera, el cielo tenía un color azul claro, y el sol mostraba sus bordes neblinosos, suaves. Aunque no había fuerza en su brillo, resultaba doloroso mirarlo, y Fenn se protegió los ojos, apoyando el codo en la ventanilla. Recordó la luz que viera en el santuario, el brillante resplandor en la base del árbol; de todas las visiones de aquella terrible noche, aquélla era la que más le obsesionaba. Sin embargo, no se trataba de una obsesión desagradable. De alguna manera le daba valor. Algo más… ¿Fe? Se rascó la barbilla y cambió de postura en el asiento, sintiéndose agitado interiormente.

¿Por qué le inquietaba tanto eso? ¿Por qué, de todo lo que había ocurrido, era esto lo que le producía más aturdimiento? ¿Por qué la cosa llamada Elnor había tenido tanto miedo cuando, también ella, vio el resplandor?

¿Y había él captado la visión de una vaga figura de mujer vestida de blanco dentro de aquella irradiación?

¡No podía ser! ¡Había sufrido demasiadas ilusiones aquella noche! ¡Su mente se había llenado de demasiados terrores! Su propio mecanismo de supervivencia había funcionado de pronto contra ellos, creando una clase diferente de ilusión, que esparcía calma, paz, una visión que rezumaba una suave tranquilidad.

Sin embargo, ¿por qué Ben —que no había visto los demás horrores— preguntó más tarde quién era aquella hermosa dama de blanco que estaba de pie junto al árbol aquella noche, cuando todo el mundo gritaba y el altar ardía?

¿Quién era ella?

¿Quién era ella?

¿*Qué* era ella?

Tenía los ojos cerrados, cubiertos por su mano. Los abrió y se dirigió a la iglesia. Sue llevaba a Ben por el corto tramo de escaleras hacia la abierta puerta.

Fenn cerró el puño y apretó los nudillos contra sus dientes. Abrió la portezuela

del coche y se dirigió, dando grandes zancadas a la puerta de la iglesia. Vacilaba.

Sue se volvió y le vio. Sonrió.

Y él recorrió rápidamente el sendero para unirse a ellos. Juntos entraron en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción.

Pequeña Alice, dulce y pura.
Ven a verla si precisas una cura
Curará tus diviesos y te aclarará la cabeza.
Y sonreirá dulcemente cuando estés muerto.

Nueva poesía infantil

Notas

[1] *Kermit*: Personaje de la televisión británica que tiene la costumbre de aplaudir. (N. del T.) <<

[2] Se refiere el autor a los periodistas que sacaron a la luz todo el asunto del Watergate. (N. del T.) <<

[3] Aquí el autor hace un juego de palabras intraducible. Relieve, en inglés, es *relief*, pero *relief* significa también alivio, indicando que el árbol alivia la monotonía. (N. del T.) <<

[4] Aquí, el autor hace mezclar a su personaje los dos apellidos de los famosos periodistas de Watergate. (N. del T.) <<

[5] *Hubble hubble, toil and trouble*. Fragmento de *Macbeth*, de Shoks, en el que las tres brujas preparan sus pócimas. (N. del T.) <<

[6] Se refiere a los periódicos de difusión nacional. (N. del T.) <<

[7] Nueva alusión al asunto Watergate. En la película, el periodista Woodward es interpretado por Robert Redford. (N. del T.) <<